
BIANCA
HARLEQUIN
ADRENALINA SIN LÍMITE
BELLA MASON
EL PILOTO Y LA PERIODISTA
BIANCA
HARLEQUIN
JULIA JAMES
EL JUEGO DEL GRIEGO
BIANCA
HARLEQUIN
ADRENALINA SIN LÍMITE
AMANDA CINELLI
CARRETERA HACIA EL AMOR
BIANCA
HARLEQUIN
MILLIE ADAMS
AMANTES DESCONOCIDOS
¡Consigue ya este apasionante pack!

Créditos

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid
www.harlequiniberica.com

© 2026 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
E-pack Bianca, n.º436 - abril 2026

I.S.B.N.: 9791370176556

Índice

Créditos
El piloto y la periodista
- Prólogo
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23
- Si te ha gustado este libro…

El juego del griego
- Prólogo

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Epílogo
- Si te ha gustado este libro…

Carretera hacia el amor
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Epílogo
- Si te ha gustado este libro…

Amantes desconocidos
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3

Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Epílogo
Si te ha gustado este libro…

Portadilla

BIANCA™

BELLA MASON

EL PILOTO
Y LA PERIODISTA

HARLEQUIN™

Prólogo

Tres años antes

El rugido de un motor V6 se parecía casi más al de un avión que a cualquier cosa que Katherine Ward hubiese conducido nunca. Su vibración al circular por la pista del circuito de Melbourne era como un pulso en la tierra, en el aire, en su pecho.

Lo había conseguido.

Años de estudio y determinación la habían llevado hasta allí: al *paddock* de *Alpha One*. Las carreras eran su gran pasión, una pasión que compartía con su padre y que a él le hacía sentirse orgulloso. Y, mientras crecía, no hubo nada que desease más que ser periodista en *Alpha One*. Y eso era lo que había conseguido.

Los coches de servicio estaban en la pista, lo cual quería decir que los pilotos de *Alpha One* a los que tendría que entrevistar estarían ya allí, siendo la nueva corresponsal de *VelociTV* en el *pit lane.* Pilotos como el campeón mundial Lukas Jäger, a quien se moría de ganas por entrevistar.

A duras penas podía contener la excitación. El corazón le iba a mil. Estaba viviendo su sueño, y no permitiría que nada echase a perder aquel momento. Ni siquiera la rabia y la irritación que aún le escocían desde un momento antes. Ya sabía ella que ser mujer en un deporte dominado por hombres iba a ser duro, pero esperaba que los buenos modales prevalecieran. Obviamente, se equivocaba.

Por eso estaba en aquel momento en un rincón algo oculto del *paddock*: para respirar hondo y recuperar la paciencia perdida para lidiar con sus compañeros de *VelociTV*. Ella era la única mujer en el equipo, y estaba convencida de que, si los demás hubieran podido opinar, no estaría allí. Pero la cosa no había terminado ahí. Internet

llevaba días ardiendo con los comentarios sexistas de Roman Poulet, un piloto habitualmente de los rezagados.

–Es que tiene razón –había dicho el productor de Katherine charlando junto al furgón de producción móvil–. Este deporte no es para mujeres. Estoy convencido de que el resto del equipo tiene que cargar con el peso de lo que esas ingenieras no pueden hacer.

–Y no solo el problema es con las ingenieras –añadió el cámara–. Es con las que quieren ser piloto. No tienen la fuerza física ni la fortaleza mental para aguantar una carrera.

–Ni para entenderla. Me niego a creer que una mujer pueda entender este deporte como lo entendemos nosotros.

Ya había oído suficiente. Dio media vuelta y se alejó de allí.

Estaba claro que no la querían con ellos y, siendo nueva, no había mucho que pudiera decir para defenderse, a sí misma o a cualquiera de las demás mujeres que participaban en aquel deporte. Por eso, en aquel momento, intentaba calmarse y endurecer la piel. Daba igual lo que pensaran: conocía aquel deporte de dentro afuera, y no iba a marcharse.

Estaba a punto de abandonar el refugio improvisado cuando todas sus células se pusieron en alerta. Lukas Jäger caminaba por el *paddock*, charlando con Roman Poulet, el hombre que decía que el lugar de las mujeres era el hogar. Que una mujer nunca podría competir físicamente con él. Un hombre que corría para un equipo de segunda fila porque era demasiado lento para estar a los mandos de un coche que ocupase una de las posiciones de cabeza en la carrera.

Toda la paz mental que había intentado lograr se transformó en desilusión al ver cómo Lukas sonreía por algo que había dicho Roman. Roman era un problema que la organización estaba esforzándose por solucionar, pero Lukas no intentaba mantener las distancias. Tampoco había hecho ninguna declaración en la que condenase las opiniones de Roman. ¿Sería aquel un lado secreto del campeón? ¿Compartiría opiniones con Roman? ¿Serían las dos mismas patas de un banco?

Puso a buen recaudo esa información para un futuro escrito, pero se centró en alcanzar la zona de prensa, que era lo que tenía que

hacer en aquel momento. Una vez le instalaron el micrófono y su cámara se colocó detrás de ella, Katherine se colocó su mejor sonrisa y fue hablando con cuantos pilotos le salieron al paso, esperando el momento de hacerlo con el campeón.

Y entonces ocurrió: Lukas Jäger entró en el set.

Casi a cámara lenta, lo vio caminando hacia ella, acompañado por su director, y su nerviosismo creció. Aquello era por lo que había trabajado tanto. Era solo el segundo día de la temporada, pero ya tenía montones de preguntas para Lukas.

No apartó la mirada de él. No podía. Era un hombre con un magnetismo increíble. Por eso vio perfectamente qué pasó en cuanto la vio a ella: su expresión perdió todo el calor y arrugó el entrecejo. Todo lo contrario a la sonrisa despreocupada que lucía charlando con Roman. Vio que Lukas le decía algo a su director al oído y acto seguido intentaba dar media vuelta, pero su productor acudió a su lado de inmediato y Katherine contuvo el aliento mientras veía cómo intentaba convencerlo para que le dedicase unos minutos. Apretó el micrófono entre las manos como único signo de ansiedad, ya que tenía que mantener la calma y parecer profesional.

Pero el corazón se le cayó a los pies: Lukas se alejaba. No podía creer lo que veía. En todos los años que había pasado construyéndose una carrera, nadie se había negado a hablar con ella.

–Ven conmigo.

Las palabras de su productor la sobresaltaron y una incomodidad se le alojó en el vientre. ¿Qué le habría dicho Lukas? No se atrevió a preguntar, y se limitó a seguir a su jefe al furgón.

–Todos fuera –ladró, y se quedaron solos. La puerta se cerró con suavidad.

–Te contratamos porque uno de tus catedráticos te respaldó –dijo–. Nos pidió que te diésemos una oportunidad. Pero eso no tiene valor ninguno si los pilotos se niegan a hablar contigo. No nos sirves de nada si el campeón vigente no quiere hablar contigo, así que has terminado aquí. Estás despedida.

–¿Qué? –No podía creérselo–. No puedes estar hablando en serio. ¡No puedes despedirme sin más! Yo he hecho mi trabajo. ¿Quién no

quiere hablar conmigo?

–Lukas Jäger. Es competitivo y siempre lo va a ser, lo cual significa que siempre va a estar luchando por el título, y por lo tanto tú eres un problema. Así que, sí, puedo despedirte.

La miró como si el estallido del mundo de Katherine no tuviera ninguna importancia para él.

–¿Te lo ha dicho Jäger o es un modo fácil de deshacerte de mí? –quiso saber. No entendía por qué se habría negado a hablar con ella–. No creas que no me he dado cuenta de que soy la única mujer que informa en *Alpha One* para *VelociTV* o cómo habláis todos de las pocas mujeres periodistas que cubrimos este evento. O de las pocas ingenieras y estrategas. ¡Vamos, sé sincero!

–En primer lugar, sí, me lo ha dicho Lukas. En segundo, ya no eres empleada de esta cadena, así que me da igual lo que pienses. Si te me vas a poner sensible, búscate otro hombro en el que llorar. Dame tu pase. Estás fuera.

Katherine se quitó la identificación y se la lanzó antes de abrir la puerta del furgón con un tirón. Mientras se alejaba, intentó controlar la devastación que la estaba destrozando. Había vivido su sueño durante tan poco tiempo antes de que se lo arrancasen violentamente, gracias a un cerdo misógino que conducía bien un coche, pero no era el fin. Encontraría el modo de mostrarle al mundo quién era exactamente Lukas Jäger.

Capítulo 1

El veloz clic clac del teclado mecánico cesó con un golpe fuerte y final en la tecla *enter*.

–Ya está –se dijo Katherine en la quietud de su despacho. Los sonidos de Londres volvieron a filtrarse por el cristal de la ventana con toda su fuerza después del silencio. Se sentía particularmente orgullosa del artículo que acababa de terminar, un retrato de Lukas Jäger, campeón de *Alpha One*, sin equipo para el próximo año. El hombre que más odiaba en el mundo.

Podría decirse que Katherine era una de las periodistas más populares del *paddock*, pero no siempre había sido así. Había trabajado duro para ser una pieza clave en el equipo de retransmisión del canal oficial, *Aero TV*, lo que también le había servido para que le ofrecieran escribir su propia columna en el sitio de la cadena de deportes, pero no todo había sido un camino de rosas. Lukas Jäger era el responsable de que la hubieran despedido de su primer empleo como enlace a pie de pista de *VelociTV,* una cadena de deportes más pequeña, pero muy respetada.

Aún recordaba con toda nitidez aquel día, tres años atrás, en que Lukas la miró, dio media vuelta y se alejó. La esperanza floreció al ver a su productor hablando con el piloto para que le concediera cinco minutos a una tímida presentadora como ella, pero eso no llegó a ocurrir, y ese día su productor pisoteó sus sueños.

–No nos sirves de nada si el vigente campeón no quiere hablar contigo. Se acabó. Estás despedida.

La retransmisión de *Alpha One* había sido su trabajo soñado, y el deporte en sí, un punto de conexión con su padre. Algo que era solo para ellos dos. Siendo niña, eran las carreras el momento en que su

padre le prestaba la atención que ella tanto deseaba, pero que no se atrevía a pedir, y ese sueño se hizo añicos casi antes de materializarse por culpa de un imbécil prepotente. Y no había podido contar lo ocurrido porque necesitaba que otra cadena o medio la contratase, un medio en el que una mujer sería tan poco bienvenida como en *VelociTV*.

Para proteger su sueño, tenían que seguir queriendo contratarla.

Y allí estaba, escribiendo un artículo sobre el hombre cuyo nombre aparecía constantemente en la rumorología, donde se barajaba si encontraría escudería para la siguiente temporada o si su carrera tocaba ya a su fin. Y no se había contenido.

Independientemente de lo que pensara sobre Lukas Jäger, era una profesional y, tras una rápida lectura, quedó satisfecha con el equilibrio de su artículo. Había presentado los hechos. Complacida, envió el escrito. Consultó su *smartwatch* dorado y sonrió.

–Voy a llegar pronto a la cena –musitó. Llevaba anticipando la cena familiar toda la semana.

Se dispuso a escribir en el teléfono para decir que salía cuando vio que su padre había escrito:

Papá: La cena se pospone. Paige tiene problemas. Lo siento. Un beso, Kittykat.

–Cómo no –protestó.

La ilusión que había sentido un momento antes se transformó en la acostumbrada decepción que iba ligada siempre al nombre de su hermana. Su hermana gemela. La gente pensaba que los gemelos estaban siempre muy unidos. Que, además de parecerse, debían tener una conexión casi telepática. Pero ese nunca había sido su caso. Mientras Katherine alcanzaba el éxito, Paige languidecía. Mientras Katherine escogía el camino del estudio y la responsabilidad, Paige elegía fiestas y malas compañías. Y, sin embargo, era la mimada de Christopher, el hermano mayor. Y Nicholas, el hermano menor que Katherine había ayudado a criar, quería estar siempre con Paige, la hermana divertida. Sus padres se habían centrado en sus hermanos, y en Paige en particular, porque

la necesitaban más que ella. Estaba acostumbrada. No tenía mucha importancia. Ella siempre tenía trabajo que hacer.

Y como si el universo hubiera escuchado sus pensamientos, el teléfono sonó y el nombre de su productor apareció en la pantalla.

–Hola, Robert.

–Kat, necesito que hagas las maletas.

–Vale. ¿Paso por la oficina? –Habría una reunión, seguro. Y parecía urgente. Miró su reloj–. Puedo estar allí en veinte minutos.

–Bien. Tráetelo todo ya. Te vas al aeropuerto nada más acabar la reunión.

Adiós a la cena. Siendo sincera, prefería trabajar que sentarse a una mesa en la que se le recordaría lo diferente que era a sus hermanos. En la que comprobaría que nunca sería capaz de relacionarse con ellos como lo hacían entre sí. Si se iba a trabajar, seguiría siendo la responsable. La hija que había logrado el éxito y por la que sus padres no tenían que preocuparse. La que algún día se ocuparía de ellos cuando se hicieran viejos porque sus hermanos no podrían hacerlo. La que se ocuparía de Paige, el espíritu libre… un modo aceptable de decir egoísta e irresponsable. Por lo menos, gracias a su hermana, no tendría que salir por pies de la cena, dejando atrás a un padre orgulloso de su hija periodista de *Alpha One* y a una madre desilusionada porque su Katherine no hubiera elegido una vida tranquila de matrimonio e hijos que le proporcionara los nietos que tanto deseaba y por los que ella no sentía la más leve inclinación.

–¿Por qué tanta prisa? ¿Qué es lo que voy a cubrir? –preguntó.

La temporada había concluido. Los equipos estaban en las vacaciones de invierno y las noticias eran menos urgentes en aquella época, aparte del hecho de que un par de equipos aún no habían confirmado quiénes iban a ser sus pilotos para la siguiente temporada. Era inusitado que esperasen tanto para anunciarlo, y sospechaba que Lukas era parte de la razón.

–Un truco publicitario de Lukas Jäger.

–Robert… –respiró hondo–, lo que quieras menos Lukas.

–No me importan tus razones, Kat. Vas a entrevistarlo –replicó con firmeza–. En un circuito de velocidad. Él conducirá y tú le harás

preguntas. A los espectadores les encanta veros juntos, y vamos a aprovecharlo.

Sabía lo que los espectadores pensaban. Estaba por todas partes en las redes:

¿No sería genial que Lukas y Katherine salieran? Hay algo entre Lukas y Katherine, os lo garantizo.

#¡¡Lukat!!

–¿Tengo elección?

–No.

–Está bien –suspiró–. ¿Dónde me voy?

–Estás de coña, ¿no? –Lukas Jäger miró muy serio a su director–. No pienso ir a Laponia con Katherine Ward, Dominic. Con quien sea menos con ella.

–Mala suerte.

Lukas respiró hondo y se alejó de su amigo, el hombre que había dirigido su carrera desde que dejó los karts con catorce años para pasarse a las categorías inferiores de la F1. Dos décadas llevaban conociéndose. Confiaba ciegamente en él, y no podía recordar otro momento de sus treinta y tres años en el que hubiera estado más enfadado con él.

Salió a la terraza de su exclusivo ático de *Carré d'Or* desde la que disfrutaba de una panorámica excepcional de Mónaco, y el frío de aquella mañana de diciembre le mordió la piel.

No quería estar cerca de Katherine. Había trabajado muy duro, su familia había sacrificado mucho para que él pudiera permitirse aquella vida y ser el campeón del mundo de *Alpha One*, no solo una vez, sino tres. Pero eso a ella no le importaba. Sin miramiento ninguno, aprovechaba cada oportunidad que se le presentaba para poner en duda su talento, su carácter, su compromiso, hasta tal punto que había notado que afectaba a la gente que tenía a su alrededor en su forma de tratarlo. Afectaba incluso al número de ofertas que le hacían los equipos, porque sembraba dudas acerca de

su talento, o de su capacidad para seguir compitiendo. Cuando perdió su estatus de piloto número uno en su escudería, ella hizo todo lo posible por alabar al que ocupó su lugar, lo cual había tenido un impacto tremendo en el modo en que el público asimiló el cambio.

Oyó pasos a su espalda, pero no se volvió a mirar a Dominic. Con ambas manos se agarró al pasamanos metálico que envolvía toda la terraza de su apartamento de tres plantas.

–Ya sabes lo que pienso de ella –dijo Lukas con la mirada puesta en las aguas color acero.

–Lo sé, pero esta temporada ha sido mala porque no has ganado el campeonato. Sí, los dos sabemos que principalmente ha sido por el coche –interrumpió Dominic, acercándose–. La segunda mitad de la temporada te ha hecho mucho daño. No has tenido ritmo con ese coche para remontar, y sé lo que te ha costado llegar al podio. Pero, independientemente de eso, lo cierto es que has perdido tu estilo. Necesitas una buena campaña de RP.

–Es culpa de ella que la necesite –replicó, volviéndose–. La mierda que ha estado esparciendo sobre Easton Rivers es la razón por la que a nadie le importa lo injusto que ha sido que yo haya perdido mi puesto.

–Lo entiendo, Lukas, pero lo que dice es cierto. Easton Rivers ganó el campeonato *junior*, ha demostrado que tiene ritmo en los entrenamientos…

–¡Eso no importa! –rabió–. ¡Es el piloto de Thomas Dudek, y Dudek creó el puesto en el equipo que dirige para su piloto echándome a mí!

–Lo sé, Lukas.

–Además, Easton viene con el bolsillo lleno, con lo que Dudek no tendría por qué haberle dado mi puesto. ¡Easton podría haberse comprado el suyo propio! Podría usar la pasta del patrocinio para hacerse con un equipo de segunda fila como *Brock Racing*, que estaría encantado de llevar su logo en sus coches. ¿Y qué pasa con el compromiso de renovación que tenía conmigo? Cuando nos reunimos, me aseguró que las publicaciones de Katherine no

contenían ni un gramo de verdad, y que Rivers no iba a ocupar mi puesto de ninguna manera. Que todo eran rumores.

–Yo también mantuve una conversación de ese estilo con él.

–¿Y no podemos hacer nada? Tú sabes que solo hay una razón por la que ha esperado a que todos los equipos importantes tuvieran sus pilotos oficiales para anunciar que Rivers iba a ser el suyo.

–Lo sé, Lukas. Lo hizo así para que no quedase ningún puesto para ti en la primera categoría. Sabe que eres capaz de llevar a cualquier equipo a ganar el mundial de pilotos e incluso el de constructores. Sé que duele que, después de todos estos años con el equipo, cuando esperabas que anunciase tu renovación, anunciase en su lugar el fichaje de Rivers. Pero tenemos que enfrentarnos a la realidad. Will firmó hace nada con ellos y es muy joven. Nunca se desprenderán de él. No, siendo un piloto de academia y con una sola temporada. Aunque tú hayas terminado segundo y él, octavo. Tenemos que buscar alternativas. Las negociaciones van a ser difíciles porque tú tienes que ser el primer piloto de cualquier equipo con el que pretendamos firmar.

Lukas se apoyó contra la columna *art déco* de la terraza.

–¿Te he dicho lo mucho que me gusta que seas tan bestia?

–Sé que no es justo –sonrió–, pero tenemos que trabajar en lo que sí podemos cambiar. No podemos deshacer nada de lo que ha pasado esta temporada, pero quizás podamos salvar la que viene con algo lucrativo y que valga la pena.

Lucrativo. Cuando Lukas era un crío que competía en una pista de karts de su localidad, al pie de las colinas de los Alpes austriacos, con un kart que había construido su padre aprovechando los neumáticos que desechaban otros padres ricos, el dinero era algo que no le preocupaba ni de lejos. Todo se reducía a conseguir su sueño: llegar a *Alpha One*. Ahora gran parte de la negociación era cuestión de dinero, pero estaría dispuesto a recortar sus ganancias si con ello conseguía estar en un equipo competitivo. Quería pilotar y ganar. Se lo debía a su padre, a quien perseguir el sueño de su hijo le había costado el matrimonio, una vida cómoda, una existencia sin estrés. ¿Estaría desilusionado con él después de aquella temporada de pesadilla? No podía saberlo. Con los muertos no se podía hablar,

así que lo único que podía hacer era asegurarse de que sus decisiones lo devolvieran a la punta de lanza de la parrilla.

–Tanto si te gusta como si no –continuó Dom–, Katherine es la favorita de los fans, así que vas a tener que trabajar con ella para que la opinión pública pese a vuestro favor.

–¿Te refieres a que tengo que fomentar la chorrada esa de que somos pareja? ¡Y unas narices!

Dominic suspiró.

–Dom, ya sabes lo que pienso sobre los medios. Cuando termina la temporada, es un tiempo que quiero solo para mí. Es mi intimidad. Pero, sobre todo: no quiero estar con la mujer que apoyó a quien me ha robado mi puesto. Fue ella la que dijo que reemplazarme con Easton era algo obvio, y cuestionó a los equipos como *Brock Racing* que se planteaban contratar a alguien como yo, al final de su carrera. ¿Lo recuerdas?

–Sí, lo recuerdo, pero piensa cómo quedará en los medios que la persona que está en tu contra tan abiertamente aparezca pasándoselo bien contigo en un coche, haciéndote preguntas para que el mundo siga pensando en ti.

Lukas se rio pasándose la mano por el pelo.

–Has pedido expresamente que sea ella, ¿verdad?

–Tienes que estar en el ojo del huracán para que tus opciones sigan vivas –contestó sonriendo–. Si los equipos que no tienen todavía el bloque cerrado para el año que viene no te consideran, te quedarás fuera. Y entonces sí que tu única alternativa será retirarte. Todos los puestos de piloto de reserva están ocupados, y absolutamente todos son más jóvenes que tú. Aunque consigamos crear de la nada un puesto de piloto adicional, ¿vas a ser feliz haciendo montajes de publicidad y trabajo de simulador?

–No –admitió, pero aquellas no eran sus únicas opciones. Había otra de la que no había hablado aún con Dominic, ni con nadie, porque no quería considerarla.

Un equipo nuevo iba a entrar en la competición la siguiente temporada. Se trataba de algo pequeño, pero le había ofrecido la posibilidad de ser su director, con lo que sería el más joven de la historia de la F1. El coche tenía cero posibilidades de ganar la

primera temporada, pero sería la oportunidad de crecer para la organización y para él como líder. Lukas Jäger, director de un equipo de *Alpha Team*. No podía pararse a considerarlo porque significaría que daba por terminada su carrera de piloto. No habría vuelta atrás. No habría modo de devolverle a su padre todo cuanto había sacrificado.

–Bien. Iré a Finlandia, pero con algunas condiciones.

–Lo sabía. A ver, habla.

Lukas contuvo una sonrisa. Qué bien lo conocía su amigo.

–Es obvio que tendremos que estar allí más de un día, así que quiero que mi alojamiento esté lejos de *Aero.*

–Me parece bien. ¿Qué más?

–Katherine solo se me acercará mientras rodemos. No voy a darle más munición contra mí.

Capítulo 2

Lukas se había detenido en la puerta de madera de su lujosa cabaña para subirse la cremallera de la gruesa chaqueta de nieve. Ya llevaba puestas unas recias botas negras. Sabía hasta qué punto podía hacer frío allí, así que se había preparado bien. Puso una mano en el pomo y respiró hondo. Aquel reportaje publicitario era lo último en el mundo que quería hacer, pero allí estaba y ya no había marcha atrás.

Abrió la puerta y contempló el maravilloso paisaje de Lapland. Había pinos enormes por todas partes, y sus ramas parecían haber adquirido una tonalidad gris por el efecto de la nieve caída, como si la naturaleza hubiera disfrutando usando azúcar glas. Era verdaderamente precioso y, de no ser por los eventos ya planeados para el día, se habría ido encantado unas horas con su moto de nieve o en trineo, o con las raquetas para volver después a su refugio y sentarse ante el ventanal, con el fuego crepitando a su espalda y algo caliente entre las manos. Pero esa pacífica fantasía nunca se haría realidad mientras tuviera que estar con Katherine.

Salió y cerró la puerta. Un conductor lo esperaba en un SUV cuatro por cuatro oscuro. El modo más eficaz para desplazarse sobre la nieve era el más eficaz para ir a cualquier sitio: algo con un motor. Y eso le hizo sonreír.

–Buenos días, señor Jäger –lo saludó el chófer.

Se lo veía entusiasmado, en particular por contraste con él, a quien las próximas horas se le antojaban un horror.

«Pon tu cara de foto», le había rogado Dominic cuando Lukas habló con él un rato antes.

–Buenos días –masculló. Menos mal que el hombre pilló la indirecta y no volvió a despegar los labios. Lukas necesitaba hacer acopio de toda su paciencia si tenía que sobrevivir al rodaje con Katherine.

La sola mención de su nombre era como una trepanación en el lóbulo frontal. Intentó no perder de vista por qué estaba haciendo aquello: para salvar su carrera. Para que el sacrificio de su padre no fuera en vano. Para volver a subirse a un coche de *Alpha One*. Nunca se había sentido tan vivo como cuando tomaba la recta de tribunas en un monoplaza, a trescientos cincuenta kilómetros por hora, con el mundo reducido a un borrón, un túnel que recorrer con tan solo una idea en mente: la curva número uno. Cuando frenaba lo justo y entraba en ella, siempre sabía si iba a ser una buena vuelta o no. Y después, a por la siguiente, y la siguiente, una y otra vez. Nunca se había sentido más vivo, ni tampoco más cerca de su padre. Podía sentir su orgullo, y por un momento era capaz de olvidar que él era la razón por la que su madre había abandonado a su padre. Necesitaba correr. Competir en F1 le daba sentido a su vida, así que haría lo que fuera necesario. Sonreiría cuando tocase. Soportaría aquella invasión.

Al irse acercando, distinguió parte de una pista que habían trazado y pisado en la nieve. Era una pista sencilla que serpenteaba entre los árboles y daba la vuelta, con una sección sobre el hielo del lago.

El SUV se detuvo cerca de un deportivo de dos puertas, desprovisto de logo que pudiera relacionarlo con cualquiera de los equipos de *Alpha One*, a diferencia de los demás reportajes publicitarios que había rodado a lo largo de su vida, que siempre estaban ligados a su equipo. Otro recordatorio de que seguía sin pertenecer a ninguno. De que necesitaba que el día saliera bien.

El coche era de un rojo brillante, fácilmente identificable, dinámico en aquel entorno monocromo. Había cámaras montadas en distintos puntos de la carrocería, además de tres que pudieran distinguirse dentro. No habría dónde esconderse. Katherine y él iban a ser grabados constantemente. No podía permitir que se le escapara una sola expresión que lo delatara.

Bajó del coche y vio al equipo de grabación como si fueran pequeñas manchas negras sobre un lienzo blanco.

–Por aquí, señor Jäger –le dijo el conductor.

–Llámeme Lukas –respondió, examinando el perfil de la pista por la que tendría que conducir. Al menos iba a ser divertido.

–¡Lukas! –oyó que lo llamaban al llegar junto a una espaciosa tienda de campaña desde la que no se veía la pista. Y en un abrir y cerrar de ojos, quedó rodeado de gente. Uno lo atacaba con maquillaje, otro le colocaba un micrófono y un tercero le informaba sobre lo que iba a tener que hacer. Para la mayoría de personas, todo aquello sería demasiado, pero él oyó y comprendió cada palabra que le decían, notó cada pasada de la esponja por la cara y dónde le prendían el micrófono y por dónde le pasaban el cable. Aun con todo, notó un cambio en el aire. Supo de su presencia antes de haberla visto y, a pesar de que la odiaba por lo que había dicho de él, por contribuir a que aún no tuviera coche que pilotar, se dio la vuelta para encontrarse los apasionados ojos azules de Katherine Ward. Su pelo cobrizo, perfectamente peinado para que pareciera elegante sin pretenderlo, le colgaba por encima del hombro derecho. Su piel parecía de porcelana, y sus labios carnosos, el inferior algo más lleno que el superior, formaban una línea apretada.

Un escozor le recorrió la piel, pero no apartó la mirada. Examinó la chaqueta que llevaba, que parecía caliente pero no lo era. Solo una pieza de diseñador caro que quedase bien en fotos y vídeos. Había visto a muchos turistas en su pueblo de Austria, el más frío de los Alpes, vestidos como ella, tener que volver deprisa y corriendo a su hotel, o peor aún, obligando a los servicios de emergencias a ir a buscarlos. Cuanto más miraba la chaqueta más crecía su irritación, y sabía que empezaba a reflejarse en su expresión, una expresión que, como un espejo, fue copiándose en la de ella.

–Os daremos un momento mientras terminamos con los preparativos –dijo el director–. Empezaremos a grabar en el momento en que os pongáis los cascos. Solo tenemos un par de horas de buena luz para hacerlo todo, así que hay que darse prisa.

–Entendido –contesto Katherine, pero Lukas no dijo nada. Se limitó a cruzar los brazos sobre el pecho.

Katherine había estado observando a Lukas con atención mientras se acercaba. Debía medir un metro ochenta o algo más y, aunque iba envuelto en una gruesa chaqueta, era evidente que estaba en un estado de forma envidiable. Tenía un pelo castaño claro casi rubio, y un cuello muy fuerte y ancho. Aquel hombre era un atleta de élite. Un instrumento cincelado para soportar las inmensas fuerzas de un coche de carreras de *Alpha One*, y el tiempo que hacía que se había acabado la temporada no había mermado su forma física. Al verlo, había ocultado un escalofrío. Se le formaba un nudo en el estómago siempre que lo tenía cerca.

«No nos sirves de nada si el vigente campeón no quiere hablar contigo. Se acabó. Estás despedida».

Aquel hombre era el motivo por el que había sido despedida, y tenía la audacia de mirarla como si fuera un mosquito molesto. ¡Qué valor!

–Qué detalle que hayas venido –espetó.

–Llego a la hora convenida –respondió él, ajustándose el cuello del anorak grueso que llevaba. No resultaba *sexy*, ni había sido escogido pensando en las cámaras, y parecía sentirse muy cómodo con él. Caliente. No como ella, que tuvo que disimular un escalofrío cuando el viento atravesó su chaqueta. Tenía que estar impecable para la cámara.

«¿Eres un bellezón? Porque, si no lo eres, no saldrás ante la cámara».

Eran las palabras de uno de los profesores de su universidad, el hombre que le había facilitado las referencias que le habían permitido acceder al puesto en *VelociTV*. Sus palabras le habían hecho volver a casa, mirarse en el espejo y luego esforzarse por estar perfecta cada momento del día. Porque daba igual lo que pudiera saber: nadie le daría ni un minuto de su tiempo si no era también una cara bonita, si no tenía un cuerpo preparado para ir a la playa en cualquier momento del año.

Ver la chaqueta de Lukas transformó el nudo que tenía en el estómago en una bola de fuego.

–Pues fíjate que yo he conseguido llegar unos minutos antes.

–Ese es tu trabajo, no el mío –sentenció, mirándola con el aburrimiento brillando en aquellos ojos tan grises.

Ni siquiera había descruzado los brazos ni había hablado con la gente que lo rodeaba. Ella tenía que estar siempre conectada, mostrarse siempre alegre, jovial, como todos esperaban de ella en los medios, y era agotador. Mientras que los hombres como Lukas podían ser maleducados y gruñones, que todo el mundo encontraría una excusa a su comportamiento. Era algo que odiaba. Como lo odiaba a él.

–¿Y a qué te dedicas? Porque a competir, no. Al menos en este momento.

Fue un placer exquisito ver cómo achinaba los ojos, cómo fruncía el ceño. El pulso se le aceleró al ver que se le acercaba. Sabía que le había escocido, pero nada que pudiera decir podría compensar el hecho de que la hubieran despedido. Que hubiera estado a punto de destrozar el sueño de su padre y el suyo propio.

–Debes estar disfrutando enormemente con todo esto –le dijo entre dientes–. Es exactamente lo que querías. Lo he leído en tus panfletos: «Lukas Jäger está acabado». Pues te equivocas.

Se plantó delante de ella, obligándola a mirarle a unos ojos que parecían sentirse en casa en aquel gélido entorno.

–Yo solo digo la verdad, Lukas. Y si no te gusta, deberías mirarte en un espejo para encontrar la solución.

–¡Kat!

Lo que Lukas fuera a decirle quedó en el limbo porque uno de los asistentes de producción la llamaba desde lejos. No se molestó en disculparse. No le debía cortesía alguna. Simplemente se alejó de él. Sintió que la seguía y otro escalofrío le erizó la piel.

–Estúpida chaqueta –murmuró.

–Estamos listos –le informó el asistente. Le conectaron un transmisor que quedó oculto bajo la ropa y se hicieron las pruebas de sonido. Otro asistente lo esperaba con los cascos.

–Teniendo en cuenta lo lento que has estado este año, imagino que esta pista no será un desafío para ti. Aunque, viendo cómo has

pilotado últimamente, bien podríamos acabar contra un banco de nieve.

¿Era un movimiento inteligente criticar así al hombre que iba a conducir aquel potente coche sobre el hielo? Seguramente no, pero Katherine quería que sintiera la misma irritación que su presencia le hacía sentir a ella.

–Eso te encantaría, ¿verdad? Al fin y al cabo, los buitres solo os sentís a gusto cuando hay muerte alrededor.

–¿Cómo te atreves?

–¿No querías que enfrentase la verdad? Pues deberías seguir tu propio consejo.

De un tirón le quitó de las manos el casco al asistente y bordeó el coche. Katherine sintió que ardía de rabia, pero no pudo hacer nada al respecto porque escuchó una cuenta atrás. De inmediato se puso una sonrisa en la cara y se metió el casco, pero no logró abrocharse el barbuquejo. No era de clic, sino de doble aro, y sin un espejo y con los guantes puestos no podía hacerlo. Podría agacharse y mirarse en el retrovisor, pero ofrecería un ángulo terrible, y con tan pocos minutos de buena luz, cada fotograma tenía que ser perfecto.

Fue entonces cuando notó una mano en el hombro que le quemó la piel por encima de la chaqueta. Era Lukas, que la miraba apretando los dientes, aunque enseguida sonrió.

–Tardé un tiempo en saber cómo abrocharlos con los guantes puestos –dijo.

La estaba ayudando. ¿Por qué?

–Hace falta práctica –respondió.

–Y yo tengo mucha.

Abrió la puerta del coche y Katherine percibió su perfume. La llevó a un lugar con chimenea y una copa de coñac. Recordó entonces que estaban grabando y sonrió.

–Qué caballero.

–Espero que no andes mal del corazón –bromeó él cuando estuvieron los dos acomodados.

–No te preocupes. Tengo un corazón fuerte.

Mentira. En aquel momento, latía desbocado.

–Ahora lo veremos –respondió, poniendo el motor en marcha con un brillo malicioso en los ojos–. ¿Preparada?

Katherine revisó el cinturón y asintió.

–¡Vamos allá!

El motor rugió y comenzaron a moverse. La parte trasera coleó al desplazarse sobre la nieve y Lukas sonrió. Ella también. No pudo evitarlo. Su excitación era contagiosa, pero no se trataba solo de eso. Estar allí, en un coche rápido con un piloto de *Alpha One*, en aquel entorno de belleza incomparable, era un sueño hecho realidad. Aulló entusiasmada cuando tomaron la primera curva y un árbol apareció y desapareció en su campo de visión. Entonces oyó reír a Lukas. Fue un sonido profundo que parecía salir del pecho.

–Vale, Lukas, tienes que contestar unas cuantas preguntas –dijo para las cámaras.

–No si no puedes leerlas.

Redujo y pisó el acelerador, lo que les hizo girar sobre sí mismos. A punto estuvo de que sus papeles salieran volando, pero él controló el movimiento sin esfuerzo, riéndose como no le había oído hacerlo nunca. Aunque Lukas siguió intentando dificultarle el trabajo, logró hacer todas las preguntas que había preparado y algunas que improvisó. Cuando el coche se detuvo en el punto de salida, oyó gritar al director:

–¡Corten! ¡Genial! ¡Habéis estado genial los dos!

–Sí –corroboró el asistente de dirección–. A los espectadores les va a encantar, Kat.

La tregua que habían encontrado en los confines del vehículo se rompió en cuanto descendieron. Lukas volvió a fruncir el ceño.

–Tenemos que hacer una toma más desde el hielo y hasta el final.

–Estás de broma, ¿no? –protestó Lukas–. ¿Por qué?

–Tenemos tomas magníficas de Kat y de ti en el coche, pero hemos tenido algunos problemas técnicos con una de las cámaras exteriores, así que vamos a eliminar esa parte y podremos volver a grabar. Podéis subir al coche mientras tanto.

El director se alejó y Katherine recuperó su casco de manos del asistente.

–Esto es ridículo –protestó Lukas, repiqueteando con los dedos en el techo del coche.

Qué hombre tan insoportable.

–Tú sabes que este rodaje te beneficia, Lukas. Podrías mostrarte más comprensivo. –Se metió el casco y el asistente se lo abrochó–. Para mí es bastante peor que para ti. Tengo que aguantarte metida en este coche. ¿Me has visto quejarme?

–¿Y de qué ibas a quejarte? Tu cara va a salir en televisión. Con eso tendrás gasolina para seguir distorsionando la verdad con tus artículos.

–Mis artículos no distorsionan nada. ¡Solo tú tienes problemas con ellos! ¿Y sabes qué? –Se alejó del asistente y llegó hasta el coche–. Que es todo culpa tuya porque eres tú quien no ha ganado el campeonato. Es muy difícil trabajar contigo. Hay metraje que demuestra que puedes ser agradable si quieres, pero no lo eres porque no te da la gana. –Por eso precisamente se sentía orgullosa de su artículo: porque, a partir de su publicación, el mundo había empezado a cuestionarse quién era Lukas en realidad. Si pudieran verlo en un momento como aquel, serían muchos quienes se cuestionarían su autenticidad–. Así eres tú: un tío gruñón, áspero y esnob. Esas cosas tan monas que haces para tus fans son una farsa. Eres un hipócrita que tiene dos caras, y mi trabajo consiste en reportar la verdad.

¿Un hipócrita con dos caras?

Le estaba bien empleado por intentarlo. Detestaba ponerse delante de una cámara e invitar a la gente a entrar en su vida. Que unos desconocidos intentasen descifrarlo. Llevar una sonrisa en la cara cuando estar en los medios le ponía los pelos de punta. De hecho, él, personalmente, no tenía redes sociales. Sus perfiles los manejaba su publicista. Él les concedía unas horas de su tiempo para crear contenido y así nunca había tenido que documentar su vida privada.

Pero allí estaba, en su tiempo libre, un tiempo que solía emplear para relajarse de la vida a máxima velocidad que llevaba. Un tiempo

que también reservaba para su madre, por si acaso, aunque sabía que ella no lo llamaría ni lo invitaría a visitarla en Salzburgo.

¿Cómo podía tener la audacia de llamarlo hipócrita?

–¿Y tú qué sabes de la verdad? –espetó, subiéndose al coche antes de que ella pudiera responder. Cuando escuchó la palabra «acción», vertió la frustración en el coche. Notó el momento exacto en que el neumático delantero pasó de tocar la nieve compactada al hielo. Cuando el coche comenzó a deslizar. Oyó el grito de Katherine, entusiasmada y asustada, pero no le importó porque, en aquel momento, estaba muy lejos de él. Era un chaval a lomos de un kart que le había construido su padre, con neumáticos usados, que eran los que se podían permitir, en una pequeña pista congelada cercana a su casa.

Y era libre. Hielo, nieve, una fina lluvia desprendiéndose de las ruedas. Aquello era amor. Aquel era el sentimiento que perseguía. Incluso podría jurar que acababa de ver a su padre al pie de la pista, animándolo como nadie. No podía olvidarse de esas sensaciones para ser director deportivo. No podía darles la espalda a los recuerdos de su padre. Sentía la presencia de Florian cuando conducía.

Katherine seguía hablando y él le contestaba. Se habría pasado encantado el día entero en aquel lago helado de no ser porque tenían que parar la filmación.

–¡Ha sido increíble! –fue lo primero que oyó al bajarse del coche–. Este segmento va a ser impresionante.

¿Bastaría para que su teléfono comenzase a sonar?

–Nos queda un poquito de luz decente y hemos pensado seguir un poco más. Hacer algunas tomas pensando en promociones. Kat podría conducir –sugirió el director.

–¿Qué? –se sorprendió Lukas.

–Va a haber tormenta en un rato, y si pudiéramos grabar un poco más, sería estupendo.

–¡Me encantaría! –se ilusionó Katherine.

–De ninguna manera –se opuso Lukas–. No confío en que pueda conducir este… –dio unas palmadas en el techo– bicho en el hielo. No pienso arriesgarme a tener un accidente.

Mentalmente contó a la espera de la explosión de Katherine. No llegó al tres.

–¿Cómo dices?

–Esto… sí, bueno… –intervino el productor–, sería fantástico tener unas cuantas tomas más, así que podéis ir a la tienda a que os retoquen el maquillaje y a tomar algo caliente. Os llamaremos cuando estemos listos.

–Eres un misógino –lo acusó Katherine en cuanto se alejaron hacia la tienda en la que habían montado el set. Así nadie podría verlos mientras se arrancaban los ojos–. Porque soy una mujer das por sentado que voy a ser mala conductora. ¡Por amor de Dios!

Katherine había enrojecido hasta la raíz del pelo.

–No es porque seas mujer, sino porque eres tú, y no me fío de ti.

En realidad, no se fiaría de nadie de su equipo en aquellas condiciones. En un lago helado, la diversión podía pasar a tragedia en un momento, y él no era un inconsciente.

–No puedo soportarte un segundo más –sentenció y dio media vuelta.

–¿A dónde vas? No es para allá.

–¿Que dónde voy? ¡Lejos de ti!

Que se fuera donde le diera la gana. No era asunto suyo.

Capítulo 3

Katherine desapareció.

Ojalá pudieran dar por terminado aquel dichoso rodaje. Quería poder estar solo un rato, pero la marcha de Katherine lo había dejado incómodo.

Notó el cambio en la dirección del viento. No tardaría en llegar la tormenta. Nadie debería estar allí cuando empezase, pero pensar en la absurda chaqueta que llevaba Katherine le hizo maldecir. No tenía por qué pasarle nada, pero las montañas en las que él había crecido también parecían un lugar seguro, y no había año que no se registrara algún incidente con turistas con ganas de explorar.

Maldiciendo una vez más, echó a andar en la dirección que ella había tomado, y de pronto se detuvo. Había visto una cuerda abandonada seguramente por alguien del equipo de rodaje, que pensó recogerla después. El instinto desarrollado después de años viviendo entre montañas le hizo recogerla, adujarla y colgársela del hombro antes de continuar la búsqueda de la mujer a la que detestaba más que a nadie.

–¡Katherine! –gritó.

Había pasado un buen rato y ni rastro de ella. El viento soplaba con más fuerza y unas nubes ominosas se habían ido congregando. La tormenta se estaba preparando mucho más rápido de lo que se habían imaginado, e iba a ser también más fuerte.

–¡Katherine! –volvió a gritar con más fuerza. Tenía que encontrarla ya para poder buscar refugio. ¿Y si no contestaba porque era él quien llamaba? Podía ser así de tonta. Todo el mundo la llamaba Kat, pero él, no. Nunca.

–¡Kat! –gritó con todas sus fuerzas.

–¡Estoy aquí! –oyó una voz angustiada.

–¡Voy a por ti! ¡Sigue hablando!

–Estoy en una repisa. Me he caído.

Lukas se quedó helado. Era lo último que quería oír. Corrió en la dirección de la que provenía la voz y frenó en seco al llegar al borde de una especie de grieta estrecha. Se tumbó boca abajo y se arrastró despacio hasta el borde para asomarse.

–¿Lu… Lu… Lukas?

Temblaba como una hoja. La piel se le veía enrojecida y la parte de los labios que ya no estaban maquillados había adquirido una coloración azul. Tenía que sacarla ya.

–¿Estás herida?

–Me he torcido el tobillo al aterrizar, pero solo eso.

Qué alivio.

–Espera, que te voy a sacar.

Miró a su alrededor. No había árboles cerca. Solo nieve en todas direcciones. Aquello se ponía cada vez peor. Él tendría que ser el ancla para sacarla. Curioso que no hubiera querido que condujese porque no se fiaba de ella en una pista de hielo y, en aquel momento, si algo salía mal, podría ser el fin de los dos.

Extendió la cuerda e hizo un nudo en forma de ocho tal y como le había enseñado su padre, dejando un círculo de cuerda al final que pudiera ser lo bastante grande para que Katherine se lo pasara por la cintura y volvió al borde.

–Métete la cuerda por la cabeza y pásatela por debajo de los brazos –le indicó–. Agárrate a la cuerda con fuerza, ¿vale? –siguió diciendo–. No intentes escalar, que te voy a subir yo. ¿Entendido?

Katherine asintió.

–Sí o no. Necesito saber que lo entiendes.

–Sí –respondió, aunque le castañeteaban los dientes.

Lukas se apartó del borde, no se fuera a caer también, y tiró. Una mano delante y después la otra. La cuerda le estaba quemando la palma, pero no le importó. Se sentía totalmente concentrado. Tiró y tiró hasta que vio unas manos y las mangas de una chaqueta asomar. Manteniendo la tensión de la cuerda con una mano, agarró

con la otra la manga de Katherine para tirar con todas sus fuerzas y subirla a la nieve.

–Gra… gra…cias –tartamudeó por el frío.

Tenía que hacer que entrase en calor de inmediato. Ignoró a su agradecimiento y la examinó de arriba abajo por asegurarse de que no estaba herida. Cualquier cosa que pudiera complicar su siguiente misión: encontrar refugio para la tormenta. El viento ya los sacudía con fuerza.

–¿Puedes andar? –le preguntó, ayudándola a levantarse.

–Creo que sí –respondió, y dio dos pasos con dificultades. El viento arrancaba la nieve y azotaba con ella sus cuerpos. No tenían tiempo de avanzar así, así que hizo lo único que podía hacer: tomarla en brazos. Fue sentirla contra su pecho y notar una especie de descarga eléctrica. Pero no podía pararse a analizarlo. Tenía cosas más importantes que hacer.

Katherine no dejaba de temblar, y Lukas maldijo aquella ridícula chaqueta. No había nada que pudiera hacer por el momento aparte de luchar contra la tormenta que ya descargaba sobre ellos. La nieve y la ventisca le hostigaban, y aún no había hecho más que empezar.

–No te duermas –dijo al ver que a Katherine se le cerraban los párpados.

–Estoy muy cansada –balbució.

Eso no era bueno.

–Háblame –ordenó. Tenía que mantenerla despierta.

–¿De qué?

Los copos se quedaban enganchados en sus pestañas y tuvo que contener las ganas de apartarlos. Tenía que seguir caminando. Las cabañas no quedaban muy lejos del camino.

–No cierres los ojos –ordenó de nuevo, y Katherine obedeció. Unos iris azules se asomaron entre los párpados. El pulso se le aceleró, lo cual no dejaba de ser ridículo. El ejercicio que estaba haciendo no era tan exigente–. Háblame de lo que sea.

–Me gustan los osos polares.

–Aquí no hay.

–Es una lástima.

No había osos polares, pero sí árboles reconocibles. Se guio por ellos y vio aparecer las cabañas un poco más allá. Estaban a oscuras, a pesar de que los coches se hallaban aparcados delante. En el caso de la suya era lógico, pero no en el de la otra.

Subió los peldaños del porche que ya estaban cubiertos de nieve y, sujetando en equilibrio a Katherine, consiguió abrir la puerta. Al entrar vio que todo estaba igual que cuando se había marchado. Las pertenencias del equipo de grabación estaban diseminadas por el espacio, pero la chimenea estaba apagada. No había ni una luz encendida.

–¿Hola? –llamó, pero no obtuvo respuesta.

Estaban solos.

Al haber llegado tan deprisa la tormenta, los habrían sacado en helicóptero. Y en ese momento se enfadó. ¿Cómo podían haber tenido una información tan desfasada? ¿Cómo nadie se había dado cuenta de que faltaba Katherine? La evacuación debía haber sido todo un caos. Seguramente habían pensado que Katherine y él estaban juntos. Solo habrían reparado en su ausencia una vez estuvieron todos juntos, y habrían dado aviso de su extravío. Pero nadie saldría en su busca en plena tormenta. Ningún equipo de rescate estaría dispuesto a arriesgar más vidas.

–Estarás contenta, ¿no? –espetó, pero la respuesta de Katherine fue ininteligible. La piel se le estaba poniendo azul–. Maldita sea…

La dejó en uno de los sofás y corrió al dormitorio más cercano para arrancar el edredón de la cama.

–Tengo que quitarte esta ropa –dijo. Jamás se habría imaginado que pronunciaría esas palabras.

La tormenta los había mojado a ambos, pero primero le quitó a ella la chaqueta, los zapatos, calcetines, blusa, vaqueros y prendas térmicas, dejando al aire su piel clara y su cuerpo tonificado. Los abdominales ligeramente marcados. Jamás se habría imaginado que estaría en aquella posición. Puede que en una ocasión sí que lo pensara, cuando la vio por primera vez en el circuito y quedó impactado por su belleza. Pero no habían hablado. Él no quiso. No quería sentirse atraído por una persona a la que nunca le abriría las puertas de su vida. Y ahora estaba allí, conteniendo las ganas de

acariciar con el dorso de la mano sus mejillas y su cuerpo. Pero no iba a hacerlo. Aquello era solo una reacción física y era perfectamente capaz de controlarse. Se aseguró de que la ropa interior no se le había mojado y la envolvió en el edredón.

–Necesito que te quedes despierta –le dijo, tomando su cara entre las manos–. ¿Puedes hacerlo?

Ella asintió primero, pero negó después con la cabeza.

–Inténtalo.

Se acercó a la chimenea. Afortunadamente había leña seca al lado y enseguida las llamas crecieron.

Se quitó la ropa y tomó en brazos a Katherine para acercarla al fuego. Los dos quedaron sentados frente a la chimenea con la espalda apoyada en el sofá. La piel de ella lo quemaba, a pesar de lo fría que estaba.

–Estás helada –dijo, y se acurrucaron bajo el edredón. Cubrió las piernas de ella con las suyas y le frotó los brazos y el pecho, haciendo todo lo que se le ocurría para que entrase en calor, a pesar de que el contacto con ella le erizaba el vello dondequiera que la tocase. Era por el cambio de temperatura, nada más. Estaban en aquella situación por su culpa, pero cada vez que miraba sus ojos entreabiertos que parecían no ver nada parte del enfado se deshacía. Necesitaba conseguir que recuperase la temperatura.

¿Por qué se preocupaba por ella? Pues no podría decirlo. Lo único que sabía era que necesitaba que se repusiera. Que solo volvería a respirar tranquilo cuando la oyera increparle de nuevo. No quería reconocer lo bien que se sentía teniéndola en brazos. Aquel abrazo, aunque lo llenase de preocupación, lo calmaba al mismo tiempo. Desde que no le habían renovado el contrato, la cabeza le iba a mil, pero en aquel momento no pensó en cómo lo habían engañado. Solo pensaba en ella.

Poco a poco parecía entrar en calor, así que seguramente no corría ningún riesgo si la dejaba un instante sola para ir a preparar un té caliente.

–¿Siques despierta?

–Mm… –fue la única respuesta que obtuvo.

–¿Puedes quedarte sola un momento?

Intentó levantarse, pero Katherine se aferró a su cintura.

–¡No! No te vayas, por favor.

Lukas la miró atónito: la mujer que lo detestaba le estaba pidiendo que se quedara con ella. Su expresión, de puro vulnerable, era difícil de soportar.

–Solo voy a hacer un té.

–Quédate, por favor.

Aunque el sentido común le estaba advirtiendo que no debía, volvió a sentarse y a pegarse a ella, de modo que quedaron los dos tumbados en la alfombra. Calientes.

–No me voy a ningún sitio –le prometió, consciente de lo efímera que era aquella promesa porque, en cuanto ella volviese a la normalidad, en cuanto el peligro hubiera pasado, volvería a mantener las distancias con aquella periodista que, por hermosa que fuera, tenía menos escrúpulos que el diablo.

Capítulo 4

Calor. Demasiado calor. Katherine notaba un calor intenso en la espalda, y algo pesado que la aplastaba. Otro calor menos intenso le caldeaba las mejillas. Nada de todo eso tenía sentido.

Haciendo un esfuerzo, abrió los ojos y vio las ascuas de una chimenea que no recordaba haber encendido. Obviamente se trataba de la fuente de calor que le daba en la cara, pero no podía ser la de la espalda. Cuando la niebla se fue despejando de su cabeza, notó la suavidad de una almohada contra la mejilla y la firmeza de los músculos de un brazo que pasaba por debajo de su cuello. Y otro por encima de su pecho. La confusión y el temor aceleraron su pulso, y siguió la línea de aquel brazo hasta un pecho desnudo y escultural. Cerró los ojos. «Dios, que no sea quien creo que es», rogó. Abrió de nuevo los ojos y se encontró frente al rostro dormido de Lukas Jäger. Maldiciendo entre dientes, intentó separarse, pero al apartar el grueso edredón que la cubría se dio cuenta de que solo llevaba la ropa interior.

–Tranquila –dijo una voz adormilada, y vio a Lukas levantarse en calzoncillos.

–Por favor, dime que no hemos…

–Tranquilízate. A ser posible, me gusta que mis parejas no estén prácticamente en coma.

–¿Qué demonios pasó anoche?

No recordaba haber vuelto a la cabaña. Apretando los ojos, intentó forzar la memoria. Exasperada por la discusión, había echado a andar sin rumbo y no vio la grieta cubierta de nieve que cedió nada más poner el pie encima. Se había torcido el tobillo. Apartó el

edredón del pie. Lo tenía inflamado, pero no le dolía tanto como el día anterior.

–No tienes esguince ni rotura. La inflamación se te pasará en un par de días –dijo Lukas. Evidentemente la estaba observando, pero ella era incapaz de mirarlo. La había sacado de aquella grieta, pero sus recuerdos de lo ocurrido después estaban borrosos.

–¿Por qué estoy casi desnuda? ¿Dónde está mi ropa? ¿Y los demás? ¿Por qué estás tú aquí?

–Estoy aquí –respondió despacio– porque fui el único que salió a buscarte. Porque todos los demás se largaron antes de que llegase la tormenta. Estás prácticamente desnuda, Katherine, porque, si no te hubiera quitado la ropa, habrías sufrido hipotermia, y no quería llevar tu muerte sobre mi conciencia.

–¿Tú me desnudaste? ¿Y me miraste?

–Soy un piloto de carreras, así que soy perfectamente capaz de quitarte la ropa sin mirar.

–Date la vuelta –ordenó, y se quitó el edredón para ir a por su ropa–. Así que me quitaste la ropa y me pusiste delante del fuego.

La idea de haberse pasado toda la noche en los brazos de Lukas la ponía de los nervios. ¿Por qué narices había tenido que ser el hombre que más detestaba el que hubiese ido en su busca? ¿Y por qué se habría quedado con ella? Su presencia le era insoportable, así que jamás habría hecho aquello por pura bondad de su corazón. El hombre que tenía delante y por quien había sido despedida no tenía corazón. Se metió las mallas térmicas y el vaquero a continuación.

–¿Por qué te has quedado?

Rápidamente se puso la blusa, pero, al no contar ya con el calorcito del edredón, ni de Lukas, ni de la chimenea, empezó a tener escalofríos. Necesitaba la chaqueta, pero no la veía por ninguna parte.

–Qué poco agradecimiento para la persona que te ha ayudado a seguir con vida –espetó riendo.

Vio la chaqueta hecha un gurruño en un rincón. Era obvio que la habían lanzado con rabia.

–Es que… ¿por qué ibas a quedarte? Tú no haces nada que no te beneficie. La única razón por la que estás aquí en Laponia es porque

hacer publi te viene bien. ¿Qué ganas ayudándome?

Al darse la vuelta vio que Lukas ya se había vestido y la miraba enfadado.

–No gano nada, pero no soy un animal que dejaría morir a otro ser humano, que es lo que parece que estás insinuando. –Se volvió hacia ella echando fuego por los ojos–. Intentas que el mundo se ponga en mi contra –dio un paso hacia ella–, me insultas –otro paso–, y ni siquiera eres capaz de darme las gracias por haberte salvado la vida cuando además es culpa tuya que estemos metidos en este lío. –Otro más–. Es culpa tuya que el mundo esté pensando en este momento que nos hemos perdido, cuando yo soy quien ha conseguido que salgamos con vida de esa tormenta. Y ahora, puedes empujarme. –Estaba delante de ella–. Puedes darme una bofetada por haberte desnudado. –La acorraló contra la pared. No podía respirar. Un relámpago eléctrico descargó entre ellos–. Pero no puedes, ¿verdad? Porque aquí no hay nadie más que yo.

En eso tenía razón, pero no podía claudicar. No podía dejar de enfrentarse a él. Tampoco podía concederle el beneficio de la duda. Jamás podría.

–Nadie te ha pedido que te quedes, y yo no he puesto al mundo en tu contra. Solo he dicho la verdad: Easton Rivers es el futuro de ese equipo, no tú.

–Sigues sin poder decir: «gracias, Lukas, por salvarme. Gracias por no dejar que sucumbiera a la hipotermia y que mi triste carrera se acabase de ese modo».

Quizás tuviera razón, pero era incapaz de decir las palabras, de modo que permaneció callada.

No esperaba menos que su silencio. No era capaz de mostrar gratitud, y no podía lamentar lo que había escrito, aunque sabía que él era perfectamente capaz de ganar otro campeonato.

Le dio la espalda por pura necesidad. Necesitaba espacio, pero, por encima de todo, necesitaba encontrar el modo de sobrevivir. Había cosas que tenía que hacer.

–Enciende el fuego en la cocina de hierro –dijo, manteniendo la calma, conteniendo la ira y la frustración–. Voy a ver si puedo pedir ayuda.

–¿Es que aún no lo has intentado?

–No, y deberías alegrarte de ello porque, si lo hubiera hecho, estarías muerta o en coma.

Qué distinta estaba de la mujer que le había rogado que no la dejara sola. Podría echárselo en cara, contarle cómo se había aferrado a él, pero ¿qué conseguiría con ello?

Lukas la dejó en la zona de estar para buscar en la cabaña algo que pudiera usar. Si al menos consiguiera hacer saber que estaban bien, pondría freno a las historias locas que debían estar circulando por la red. Podría intentar comunicarse con Dominic, o con su madre. ¿Estaría preocupada por él? Fue revisando todas las habitaciones. Abrió todos los armarios, todos los cajones, hasta que encontró la respuesta a sus oraciones. Una emisora de onda corta. La encendió y la pantalla se volvió azul. La batería aún tenía algo de carga. Iba a probar todas las frecuencias posibles, pero mejor hacerlo donde Katherine pudiera oírle. Tenía derecho a escuchar lo que encontrase. Mejor llevársela a la cocina.

Al rascar con las patas de la silla el suelo de madera de la cocina, Katherine se acercó. La radio y el móvil estaban juntos, y tocó la pantalla. El mensaje volvió a ser el mismo: «Sin servicio».

–¿Ya has intentado comunicar? –preguntó ella esperanzada.

Lukas negó con la cabeza.

–He pensado que querrías estar presente si conseguía hablar con alguien. Es una posibilidad remota, pero bueno…

Ella asintió. Lukas tomó el micro rezando por que funcionase, e intentó llamar, pero la única respuesta que consiguió fue el crepitar de la estática. Probó con otra frecuencia, pero ocurrió lo mismo. Y con otra. Y otra. El corazón se le cayó a los pies. Había puesto muchas esperanzas en que aquello funcionase, y la esperanza era peligrosa en una situación como aquella.

–Tenemos que esperar –dijo pasándose una mano por la cara.

No tenía ni idea de cuánto podía durar aquella tormenta. No rugía como lo había hecho la noche anterior, pero seguía siendo imposible

que alguien saliera en su busca con aquel temporal, así que no podría decir cuánto tiempo iba a estar allí atrapado con Katherine, una mujer tan terca que ni siquiera había encendido el fuego en la cocina de leña.

–Necesitas una chaqueta que abrigue más y una bebida caliente –dijo cerrando la puerta por la que había introducido la leña. Las llamas lamieron los troncos al otro lado del cristal.

–Anoche me ayudaste, Lukas, y te estoy agradecida, pero eso no te da derecho a mangonearme –dijo cruzando los brazos sobre el pecho, apoyada en la mesa de la cocina.

–¿Qué?

Lo de aquella mujer era increíble. Podría haberse vuelto a su propia cabaña, donde sin duda estaría más a gusto, pero se había quedado para asegurarse de que estaba bien.

–Ya me has oído. Soy una adulta. Puedo cuidarme sola.

–¿Sabes qué? Que tienes razón –explotó, lanzando la linerna en la mesa–. Por lo menos en mi cabaña tendré algo de paz –resolvió, acercándose a la puerta–. Buena suerte.

Ni siquiera se molestó en mirar hacia atrás al abrirla y cerrarla después para dejar fuera el aullido del viento.

Capítulo 5

Katherine le vio salir. Oyó el cristal de la puerta vibrar por el portazo.

–¡Genial! –gritó a la puerta cerrada, aliviada de verlo desaparecer. Su pecho subía y bajaba como si hubiera estado corriendo. Así era como le afectaba aquel hombre, y en su ausencia lograría calmarse poco a poco.

–No le necesito –murmuró–. Llevo años sola.

Oyó su propia respiración. Sintió el frío posarse de nuevo en su piel.

–Tengo que abrigarme –dijo.

La cocina de hierro había empezado a caldear la cabaña, pero no era suficiente. En la chimenea quedaban algunas ascuas aún candentes. No le costaría mucho reavivar el fuego, pero cuando fue a por la leña que se almacenaba cerca de la chimenea se dio cuenta de lo rápidamente que estaba desapareciendo. Obviamente Lukas había usado parte la noche anterior, y de nuevo aquella mañana para encender la cocina. Se asomó por la puerta trasera de la cabaña y vio que todo estaba cubierto por una gruesa capa de nieve. ¿De dónde iba a sacar más leña?

–Podría salir a buscar troncos –murmuró para sí misma, pero el tobillo aún le dolía y podía tener problemas. Lo último que quería era tener que pedirle ayuda a Lukas, ahora que acababa de deshacerse de él.

«Se ha marchado ahora, con esta tormenta, para volver andando a su cabaña».

–¡No es mi problema! –dijo en voz alta, casi gritando–. Podría haber sido amable, pero nunca lo es. –Se alejó de la puerta–. Pues

bien. Necesito dosificar lo que tengo para poder alimentar la cocina.

Miró la cocina de hierro, con las llamas bailando detrás del cristal de la puerta. Nunca había utilizado una. Cuando Lukas le había pedido que la encendiera, no había sabido cómo hacerlo. Había intentado buscarlo en el móvil, pero allí no había cobertura, y de ningún modo habría admitido ante él que no sabía hacerlo. Por el momento tenía una fuente de calor, pero la cocina le era completamente inútil porque, a parte de unos huevos revueltos o un ramen, era la cocinera más incompetente del mundo. Siempre había pensado que no valía la pena dedicarle tiempo a aprender viviendo en Londres y viajando casi constantemente.

–Vamos, Katherine, piensa. La tormenta pasará, y alguien vendrá. Todo el material del equipo está aquí. –Corrió a los dormitorios–. Y la ropa también. –Buscó en un armario y encontró una chaqueta gruesa–. ¡Perfecto!

Se quitó la chaqueta que llevaba, se puso uno de los jerséis del armario y el grueso chaquetón e inmediatamente se sintió mejor.

–Tengo que encontrar algo que comer.

Eso era lo siguiente en la lista. No había llevado consigo ninguna golosina. No era necesario porque se suponía que no iban a estar allí más que dos noches. Además, ella era muy disciplinada con lo que comía. Pero en aquel momento se olvidó de la disciplina y rebuscó por los armarios de la cocina. Encontró una caja de barritas energéticas. Quitó el envoltorio de una de ellas y la devoró allí mismo; con otra, se fue al sofá y se rodeó las piernas con los brazos.

Con suerte, alguien aparecería pronto.

Lukas consiguió llegar a su cabaña y se sacudió la nieve de la ropa nada más entrar. No había ningún fuego encendido y hacía bastante frío. Un sacrificio para asegurarse el bienestar de Katherine y lo único que había recibido por las molestias eran más acusaciones. Pero estaba viva, y era cuanto necesitaba.

Desde luego, aquella mujer sabía cómo metérsele bajo la piel. Nunca había conocido a otra persona más terca y orgullosa. Ahora

ya no era asunto suyo. Había hecho lo correcto, y ya podía esperar tranquilo en su propio espacio.

Encendió la chimenea y la cocina de hierro. Estaba muerto de hambre. Llevaba casi un día completo sin comer y aún más tiempo sin hacer nada de ejercicio, pero eso tenía que esperar. Aunque, para él, el ejercicio era la forma de mantener el equilibrio. Para desequilibrio, ya estaba Katherine. Tenía que darse una ducha y comer.

Afortunadamente aún quedaba agua caliente. Cuando se desnudó y se metió bajo el chorro, sintió un enorme alivio. Había pasado el día con una tremenda tensión, y en el agua caliente su cabeza se relajó. Imágenes de una piel tonificada y clara y una melena roja ardieron detrás de sus ojos, haciéndole gemir. Hilos de agua resbalaban por sus brazos y sus manos hechas puños al recordar la suavidad de Katherine. Era cruel que su cuerpo reaccionara de inmediato cuando la detestaba tanto, pero no había modo de negar lo atractiva que la encontraba cuando la evidencia de ello palpitaba endurecida.

Cerró el grifo de golpe, se vistió con ropa limpia y fue a la cocina para sacar lo que hubiera en la nevera y los armarios y prepararse el mismo desayuno con el que empezaba cada día. Le gustaba cocinar. Le recordaba a su padre, y era más fácil mantenerse en forma para correr si él mismo se preparaba la comida.

Se sirvió las gachas con bayas y añadió miel. Hundió la cuchara en el cuenco, pero no fue capaz de comer. Katherine ni siquiera había intentado hacerse algo de beber caliente. ¿Tendría comida? ¿Y por qué narices se preocupaba? ¿Por qué su bienestar le impedía llevarse a la boca aquel estupendo desayuno?

Lanzó al aire una ristra de improperios. ¿Por qué no podía quitársela de la cabeza? ¿Y por qué el aire vibraba cada vez que estaban cerca? Lo había sentido así la primera vez que la vio en la zona de prensa tres años antes. Llevaba los cascos puestos y su melena pelirroja se movía con la brisa. Sus ojos azules brillaban cuando los alcanzaba la luz. Empuñaba un micrófono y tenía una sonrisa que lo paralizó de inmediato.

No podía hablar con ella de ninguna manera. No podía permitirse sentir atracción hacia alguien de los medios. No cuando la relación con la mujer a la que amaba y con la que debería haberse casado acababa de quebrarse de un modo tan doloroso.

«Tienes que encontrar el modo de solucionar los problemas que tienes con los medios. Ellos nunca te van a abandonar, pero yo sí».

No quería tener otra relación que esconder y proteger, y por eso no se había permitido entrar en la órbita de Katherine. ¿Dónde habría ido a parar aquella chispa? Habría sido algo tan intenso como cabalgar un rayo, tanto si se amaban como si se detestaban.

Maldiciendo una vez más, apartó el cuenco y volvió a colocarse el chaquetón.

–Esto es ridículo –se dijo, arriesgándose a salir desafiando la nieve y la ventisca para ir a su cabaña. Era absurdo correr un riesgo por una mujer que había precipitado la destrucción del sueño por el que tanto habían trabajado su padre y él.

Cuando se plantó delante de la puerta, volvía a estar de un humor de perros.

Giró el pomo, y descubrió que estaba abierto.

–¿En serio? Está sola y ni siquiera es capaz de echar la llave.

«¿Y a ti qué más te da?».

Entró al salón y Katherine se volvió de inmediato. Su expresión pasó de la sorpresa a la sospecha, pero él no reaccionó. Estaba demasiado ocupado mirando lo que se había puesto. Estaba acurrucada en el sofá con un chaquetón enorme con el logo de *Aero TV* en la manga y un jersey igual de grande debajo, y se rodeaba las rodillas con los brazos. Ya había visto antes esa chaqueta, puesta en el cuerpo de un cámara, y lo encontró irritante sin saber por qué. Por lo menos ya no tendría frío.

La cabaña estaba algo más caldeada, pero no como la suya, y cuando se volvió a mirarlo no vio ningún plato o taza. Tampoco había nada en la encimera. Solo un envoltorio de una barrita energética.

–¿Es todo lo que tienes para comer? –preguntó, intentando que su voz no sonase rabiosa.

–¿Y a ti qué te importa? –espetó.

–Contesta a la pregunta, Katherine.

–Sí, pero no sé por qué te parece que sea asunto tuyo.

¿Se podía ser más desagradable? Debería marcharse. Ya sabía que estaba viva, así que ya podía dar media vuelta y disfrutar de su desayuno calentito.

Pero, si no tenía comida allí, no podía abandonarla sin más.

–No quiero llevar tu muerte sobre mi conciencia. Recoge tus cosas, que te llevo a mi cabaña.

–¿Por qué?

–Porque está caliente y tengo comida.

–No te molestes. La tormenta está cediendo y alguien vendrá.

Se volvió hacia la chimenea, que solo tenía cenizas.

–Tardarán unos cuantos días en llegar. Además, no saben que estamos aquí. Deben creer que nos hemos refugiado en cualquier otro sitio porque debieron verte salir corriendo, lo cual, por cierto, fue toda una irresponsabilidad. No se arriesgarán a enviar un equipo de rescate con este tiempo. Los helicópteros no pueden volar porque no hay visibilidad y seguramente organizarán una partida de búsqueda antes de venir hasta aquí, y solo cuando sea seguro hacerlo, así que mientras tanto te quedarás conmigo, porque de supervivencia andas fatal. Recoge tus cosas y vámonos.

Katherine lo miró, y el aire se hizo más y más denso hasta que tuvo la sensación de que no podía respirarlo, pero no iba a renunciar. Si no le escuchaba, era capaz de cargársela al hombro.

–Está bien.

Esperó una eternidad que en realidad se compuso de unos minutos, y Katherine volvió arrastrando una maleta rígida de ruedas.

–Vámonos –dijo, y le quitó la maleta para llevarla hasta su cabaña–. Deja el abrigo y las botas junto a la puerta –le dijo al llegar– y siéntate junto al fuego.

Allí se estaba mucho más caliente. Estando los abrigos colgados dentro, los encontrarían calientes cuando tuvieran que volver a usarlos.

–¿Qué huele tan bien? –preguntó Katherine.

Era la primera vez que no protestaba.

–Gachas y bayas rojas. ¿Quieres?

–¿No te lo has preparado para ti?

Parecía incómoda de estar en su espacio, y una parte de sí se alegró.

–Puedo hacer más.

–Gracias –respondió y fue a la barra que cerraba la cocina, ante la que había tres taburetes. Aquella cabaña era mucho más grande que la que el equipo y ella compartían, con toques de lujo. Ser quien era él tenía sus ventajas.

Lukas intentó no mirarla. Intentó no quedarse mirando cuando la cuchara le rozó los labios con la comida que él había preparado, y cuando cerró los ojos con un gemido.

Lo intentó, pero no lo consiguió.

Fue a la cocina a preparar más, sintiendo que ella no dejaba de mirarlo.

–Haces que parezca fácil –comentó Katherine, pero él no se volvió.

–¿Qué? ¿Cocinar?

Como no contestaba, tuvo que volverse y la encontró observando sus manos, ensimismada. Aquellas palabras eran las primeras que intercambiaban y que no eran un ataque.

–¿No sabes cocinar?

De nuevo, sin respuesta.

–Lo tomaré como un no.

Se quedó donde estaba para dar cuenta de la comida en un abrir y cerrar de ojos, como había hecho ella.

–Gracias –le dijo Katherine–. Estaba buenísimo.

Lukas fue consciente de lo mucho que pareció costarle el halago.

–¿Cómo es que sabes cocinar? –preguntó ella–. No me daba esa impresión.

–Mi padre era cocinero. Él me enseñó.

Vio que los ojos se le abrían por la sorpresa. Aquello era precisamente lo que detestaba: que compartir un pequeño detalle

de su vida hiciera que quisieran más información que no tenía por qué compartir.

–Creía que era mecánico.

Lukas bajó la mirada. Buena parte de quien era se lo debía a su padre: la disciplina, las habilidades, la destreza. La razón por la que tenía provisiones extra. Su padre conocía los riesgos y siempre se adelantaba.

–Las dos cosas. Tenía dos trabajos para que yo pudiera permitirme la carrera de piloto. Tres, si contamos lo mucho que trabajaba para conseguirme patrocinadores. –La rabia se le enroscó en el estómago. El mundo ya sabía demasiadas cosas sobre su familia. Ni él ni su padre tenían intimidad ninguna–. ¿Por qué me preguntas por él cuando ya conoces la historia? ¿Cuando tú y los que son como tú ya habéis andado escarbando en mi pasado para tener chismes que contar?

Dejó caer de golpe el cuenco en el fregadero. El pulso se le había acelerado al recordar los comentarios sobre el divorcio de sus padres y su mala relación con su madre, lo que había hecho revivir una y otra vez la agonía de la fractura de su familia. El hecho de que él había sido la razón por la que sus padres se habían divorciado.

Sintió una mano en el brazo y se volvió.

–No te atrevas a comportarte como una víctima cuando tú también eres implacable –le advirtió con las mejillas al rojo.

Dio un paso hacia ella y el crepitar del aire volvió.

–¿Qué he podido hacer yo que se parezca ni remotamente a vuestros actos sin escrúpulos?

–¿Estás de coña?

Lukas no tenía ni idea de a qué se refería.

–¡Hiciste que me despidieran! –estalló.

–No sabes lo que dices.

Había mucha gente famosa en los medios que no le gustaba, pero él nunca había empleado su poder para hacer que los despidieran. De hecho, había intentado ayudarla en secreto. Por supuesto, nunca iba a confesárselo. Además, no le creería.

–¿Que no sé lo que digo? –replicó, empujándolo por el pecho, los ojos inyectados en sangre–. ¡Le dijiste a mi productor que no

querías hablar conmigo! ¡Aquello era un club de hombres que esperaba una excusa para deshacerse de mí, y tú se la diste! ¿Por qué? Porque soy una mujer y tú eres un misógino, como tu amigo Roman, que quiere que el automovilismo siga siendo un deporte dominado por hombres, y que es un hipócrita, porque su publicista es una mujer. ¿O es que el desequilibrio solo os preocupa cuando sirve a vuestros intereses?

Lukas se quedó desconcertado. En primer lugar, Roman no era amigo suyo. Lo toleraba, nada más. Y, en segundo, recordaba haber dicho esas palabras solo a Dominic, después de que verla a ella lo hubiera dejado sin aliento. Fue después cuando se dio cuenta de que el productor de Katherine las había oído. Incluso había llegado a hablar con él para explicarle que no tenía que ver nada con ella. Al parecer, no le había hecho caso ninguno.

–Puedes pensar lo que quieras.

–¡Es la verdad!

Lukas soltó una risa explosiva que le dejó claro lo que pensaba.

–Seguro que a ella le pagan menos de lo que cobran los publicistas masculinos. Dime, ¿cuánto ganaste el año pasado?

Estaba harto de jugar a aquel juego. Lo que ganaba era del dominio público, por mucho que le molestase.

–Sesenta y nueve millones de euros.

–Sesenta y nueve… qué apropiado para un hombre que estaría dispuesto a hacer cualquier cosa.

¡Ya estaba bien!

–¿Cuánto sexo crees que practico? –espetó.

–¡Vamos, Lukas! No insultes mi inteligencia. He visto la cantidad de mujeres que te cuelgas del brazo.

–Salgo con muchas, pero no me acuesto con muchas. Ni siquiera tengo una relación con ellas. Soy mucho más exigente.

–Está bien… voy a morder el anzuelo. ¿Cuántos meses hace que no estás con una mujer?

Sabía que la iba a callar de golpe, de modo que se acercó a su oído para responder y notó el escalofrío que le recorrió el cuerpo.

–Tres años –confesó, y se separó–. ¿Qué pasa? ¿Molesta porque no encajo en la narrativa?

Katherine se quedó muda. No supo qué decir. Satisfecho, enfadado y tenso, Lukas la dejó plantada en la cocina.

Capítulo 6

La mirada de Katherine se quedó pegada a la espalda de Lukas. Nunca se había comportado de ese modo, atacando así a una persona, pero es que aquel hombre la ponía de los nervios. Con él explotaba del modo más incontrolable, y detestaba no ser capaz de atemperar lo que iba a decir antes de hacerlo.

Había visto montones de fotos de Lukas con distintas mujeres, fotos para las que no habían posado. Y no era solo ella la que tenía esa idea de él. Pero, por sorprendente que fuera la revelación, estaba convencida de que decía la verdad. Su expresión ofendida, el daño que reflejaba su mirada. Estaba claro que algo había ocurrido y lo lamentaba, pero aún no podía hablar con él. No había querido admitir su responsabilidad en el despido, y eso no podía perdonárselo, de modo que allí estaba, llena de ira contra sí misma y contra Lukas, hasta el punto de no saber qué hacer.

Por fin logró moverse, y sus piernas la llevaron hasta la puerta. ¿Dónde iría? Un paseo la ayudaría a serenarse, pero un paseo en mitad de una tormenta de nieve la mataría. También podía volver a su cabaña, pero no tenía ni comida ni leña. Además, Lukas no tenía por qué haber ido a buscarla, pero lo había hecho, incluso estando claro que la detestaba tanto como ella a él. Estaban solos allí y tenían que confiar el uno en el otro.

Con un hondo suspiro se sentó frente a la chimenea y contempló cómo las llamas crepitaban y se contorsionaban. Era una imagen hipnótica. Quizás lo mejor sería dejar a un lado sus diferencias. Sabía ser una mejor persona.

Más tranquila ya, se levantó del suelo y fue a buscar a Lukas, lo cual resultó más difícil de lo que imaginaba. Abrió varias puertas:

una sauna, gimnasio, sala de entretenimiento, sala de billar… al final encontró una cerrada y llamó a la madera.

–Lukas, ¿podemos hablar, por favor?

Oyó ruidos y la puerta se abrió. Allí estaba, una mano en la puerta y otra en el marco. El suave color camel de su jersey prestaba a sus ojos de color invierno un poco de calor. Eran unos ojos grises que parecían no casar con su pelo castaño. ¿Cómo era posible que un hombre como aquel llevara tres años de celibato?

Sus miradas se trabaron, pero él no dijo nada. Seguramente, de estar en su lugar, habría hecho lo mismo.

–Solo quiero hablar –ofreció, esperando una respuesta. O un rechazo, seguramente.

Sin embargo, se hizo a un lado para dejarla pasar. Justo antes de que cerrase la puerta del dormitorio vio un libro abierto puesto boca abajo sobre la cama. Le sorprendió, porque no le parecía que pudiera ser aficionado a la lectura. Pero tampoco le había parecido que fuera a saber cocinar, ni que tuviese habilidades de supervivencia. Sin embargo, había ido a buscarla con una cuerda y había impedido que la hipotermia se apoderase de ella. Había otro detrás del piloto, del que no sabía absolutamente nada.

La condujo a la estancia más próxima y Katherine se sentó en un sofá de precioso cuero tostado con la esperanza de que se sentase a su lado y poder mostrarle que sabía ser civilizada. Fue un alivio ver que aceptaba, pero tomó asiento sin mirarla.

–Siento lo que te he dicho antes, Lukas. No ha sido mi mejor momento.

Por toda respuesta obtuvo un parpadeo, pero aun así decidió seguir.

–Quiero proponerte una tregua.

Entonces sí la miró. Es más: clavó en ella la mirada. Un estremecimiento le bajó por la espalda y sin pretenderlo se acercó un poco más hacia él.

–¿Y qué crees que pretendía yo cuando he ido a buscarte a tu cabaña para que entrases en calor y que comieras?

–Yo… –No sabía qué decir–. No he sabido reconocerlo –admitió–. Tampoco es que tu actitud haya ayudado demasiado.

–Está bien. Quieres una tregua. ¿Qué significa eso?

–Que tienes razón: vamos a estar aquí aislados y deberíamos trabajar juntos para sobrevivir. Admito que yo carezco de algunas de las habilidades necesarias, pero puedo compensar con otras. Bastará con que me enseñes. Será mucho más fácil si coexistimos pacíficamente que si nos estamos lanzando a la yugular constantemente.

–¿Y vas a poder hacerlo? –preguntó, apoyando un brazo en el respaldo del sofá y cruzando las piernas.

«¿Cómo narices puede ser tan… insufrible?», se preguntó, y le costó un esfuerzo ímprobo no mandarlo lejos.

–Puedo intentarlo si tú también lo intentas.

Transcurrieron unos segundos en los que pareció estárselo preguntando. Katherine era consciente de que Lukas podía echarla y vivir perfectamente hasta que llegase la ayuda, pero sería absurdo vivir de espaldas el uno al otro cuando solo podían confiar en su ayuda mutua.

–Está bien, pero solo hasta que nos rescaten. Después cada uno volverá a su vida.

–Por supuesto.

Katherine le ofreció la mano y Lukas la miró quieto un instante antes de estrecharla, envolviéndola con la suya, mucho más grande y caliente. Katherine ocultó la reacción que le produjo y puso fin al contacto.

Resultó sorprendente lo bien que se llevaron los días siguientes. Luka midió el tono de sus palabras cuando le hablaba, y preparó todas las comidas. Ella, a cambio, intentó no pensar en que por su culpa la habían despedido, lo cual contribuyó a que no hubiera fricciones entre ellos. Lo único que se resintió fue su presión arterial. El nudo en el estómago era una presencia constante, lo mismo que la rabia por la misoginia que él representaba y a la que tendría que enfrentarse con su padre, si llegaba a fracasar en su carrera.

Afortunadamente, aquella tregua era temporal, y no tardarían en poder escapar el uno del otro.

Katherine estaba añadiendo leña al horno, algo que le resultaba fácil de hacer una vez Lukas la enseñó, y él preparaba la comida.

–Gracias –dijo él cuando cerró la portezuela.

–¿Puedo ayudarte con la comida?

–¿Quieres ayudar? Mira que tenemos que comérnosla después.

–Tú vuelve a burlarte y me como todo el yogur –amenazó.

–Llegas tarde para eso. Ocúpate de las verduras, si quieres. ¿Sabes lo que hay que hacer?

–He aprendido viéndote.

Estaba marinando unas pechugas de pollo con los limitados ingredientes de que disponían. No era normal quedarse hipnotizada mirando sus manos, de modo que abrió la nevera. Tenía razón: ya no quedaba yogur. De hecho, quedaba bastante poca comida, y era consciente de que la ración de Lukas estaba siendo bastante más reducida de lo habitual. Estaba racionando la comida, ya que los alimentos que tenía allí estaban pensados solo para una persona, y durante un par de días. Aun contando con lo que habían encontrado en la cabaña del equipo, les quedaba lo justo para dos comidas más.

–¿Sabes? Aquel día, en el circuito –empezó mientras ella comenzaba a cortar–, yo estaba hablando con Dominic. No sabía que tu productor me estaba escuchando.

Katherine dejó suspendida la mano sobre la tabla de cortar. El corazón se le aceleró. Había evitado aquella conversación desde la discusión.

–Cuando me di cuenta, le dije que lo que había escuchado no era culpa tuya. Que no tenía nada que ver contigo, y él me contestó que lo entendía. Después me enteré de que te había despedido, pero no supe por qué.

Katherine le acercó la tabla de cortar con cuidado de no tocarlo y de ocultar lo que le estaba pasando.

–¿Por qué no querías hablar conmigo? –le preguntó cuando estaba metiendo el plato en el horno–. No nos conocíamos.

–El porqué no importa –dijo con cara de arrepentimiento–. Siento mucho lo que pasó.

Por fin. Las palabras que tanto tiempo había estado esperando. Lo había hecho responsable de lo ocurrido, y estaba convencida de que

jamás podría aceptar sus disculpas por ello. Nunca podría perdonarlo. Lo que nunca se había imaginado era que pudiera ser inocente, o que sus palabras se hubieran sacado de contexto. Le había visto hablarle al oído al productor.

–No me imaginaba que… no es lo que él… –Los pensamientos se sucedían a velocidad vertiginosa–. ¿Llegaste a saber lo que me dijo?

–No –respondió acercándose–, porque no concedo entrevistas a *VelociTV*. No les doy ni un minuto de mi tiempo.

–¿Por qué? –preguntó. Necesitaba saberlo. ¿Era por su culpa? Sería ridículo, porque ya habían pasado tres años–. ¿Por qué, Lukas?

–El porqué da igual. Lo importante es que yo no sabía nada.

A ella no le daba igual. Debería, pero le resultaba imposible.

–Ve a sentarte –le dijo, ya de espaldas–. Llevaré la comida cuando esté lista.

La estaba evitando. ¿Por qué le costaba tanto hablar de ello? ¿Qué escondía? Igual era ella la que le estaba dando demasiada importancia. De buena gana lo habría agarrado por un brazo para obligarlo a soltar todos sus secretos, pero recordó que la última vez que se habían tocado, aquella vez que se estrecharon las manos, le había dejado un rastro que aún podía sentir y no podía arriesgarse a que ocurriera de nuevo.

Comieron en silencio, sentado el uno al lado del otro, en una atmósfera que no era ni cómoda ni tampoco hostil. Era como si estuvieran al borde de algo. Como si tuvieran palabras en la punta de la lengua que se negaran a salir. Y cuando hubieron terminado y todo quedó recogido y ordenado, algo que había descubierto que Lukas necesitaba, se sentó delante de la chimenea, esperando que él desapareciera en uno de los cuartos como solía, pero no ocurrió.

Se sentó a su lado en el sofá, cubriéndolos a ambos con una manta y acurrucándola a su lado como si supiera que la ansiedad de la situación le estaba robando el calor. Pero tener su cuerpo tan cerca hizo que todo se despertara. Su sensibilidad, su pulso, su temperatura. Ya no se odiaban. ¿Por qué entonces le afectaba tanto su cercanía?

–Gracias por las disculpas de antes –le dijo. Aún quería que supiera lo que había echado a perder sin ser consciente de ello. O

quizás fuera que se sentía sola con aquella extensión desolada y blanca que la rodeaba, con Lukas por toda compañía. Quizás fuera que llevaba más tiempo del habitual sin hablar con su padre–. Me dolió mucho perder aquel trabajo, pero también me aterró.

–¿Por qué?

–Porque era un sueño compartido con mi padre, y lo perdí incluso antes de haber tenido oportunidad de disfrutarlo.

El recuerdo la hizo estremecerse y, tomándolo por frío, Lukas le pasó el brazo por los hombros para pegarla a su costado. Y ella no le sacó de su error ni se apartó. Quería estar precisamente donde estaba. ¿Qué le estaba pasando?

–Nací en una familia bastante grande. Tengo un hermano mayor que yo, otro menor y una hermana gemela, y, por mucho que lo he intentado, nunca he conseguido relacionarme con ellos como lo hacen entre sí. Entre ellos se llevan de maravilla, pero yo siempre fui distinta. Más callada, más estudiosa. Todos son muy extrovertidos y yo siempre he preferido la compañía de mis libros. Tenían su pequeño club al que yo no pertenecía, pero nunca me importó demasiado porque tenía mis propios intereses. Solía quedarme en la biblioteca mientras ellos se metían en líos. Mi hermana, Paige, en particular. Pero con mi padre tenía una relación especial, algo que solo nos interesaba a los dos y que nos unía: las carreras. Cuando había competición, mi padre era solo para mí. Y cuando terminaba, tenía que volver a apagar los fuegos que provocaban los demás.

Había visto cómo el comportamiento de sus hermanos estresaba a sus padres, y estaba decidida a que nunca tuvieran que preocuparse por ella. De hecho, seguía viviendo por ese código, ahora que sus padres se habían hecho mayores. ¿Cómo iban a pensar en la jubilación teniendo aún tres hijos en casa?

–Las carreras eran un sueño poco realista –respondió Lukas, sin ánimo de juzgar ni de ridiculizar. Era solo un pensamiento.

–Cierto, pero no por el hecho de que no hubiera pilotos femeninos en aquel momento, sino porque ellos nunca habrían podido ayudarme económicamente. Pero el periodismo sí que era algo que podía compartir con mi padre. Y lo disfrutó a cada paso del camino.

Y ella había vivido para sentir esa atención.

–¿Y tu madre?

La respuesta a esa pregunta era mucho más complicada. Aunque quería a su madre, seguramente ella era la razón por la que estaba decidida a no casarse nunca, y a no tener hijos. La presión a la que la sometía su madre seguía empujándola en la dirección contraria.

–Mi madre no comprende mi necesidad de alcanzar el éxito a toda costa. Ella tenía una prometedora carrera en *marketing*. Había ascendido en su empresa y se estaba labrando una reputación, hasta que se casó y tuvo hijos. Dejó su trabajo para aceptar otro con menor salario y menor posibilidad de crecimiento para ocuparse de la familia.

–¿Y cuál es el pero?

–Pues que esa atención nunca me llegó a mí porque yo no la necesité tanto como mis hermanos. Mi madre quiere que siente la cabeza y haga lo mismo que hizo ella, porque, en su opinión, es lo que hay que hacer. Seguir tus intereses cuando eres joven y estás soltera, pero después hacer sacrificios para la familia. Para ella, esos sacrificios eran demasiado grandes.

Había visto fotos de su madre en la época en que trabajaba: era una mujer sofisticada, estilosa y elegante. En la foto de la boda de sus padres, su madre llevaba cuatro damas de honor, sus mejores amigas. No había conocido ni a una sola, y sabía que habían perdido el contacto, de lo cual era responsable su caótica familia.

Aquella mujer brillante y sofisticada había desaparecido por otra que se pasaba el día corriendo. Su corte de pelo estiloso había dado paso a una desastrada coleta que llevaba todos los días. Las únicas personas con las que su madre hablaba a diario eran su marido y sus hijos, menos ella, claro, porque ella no necesitaba cuidados. Su madre decía que era feliz. Sin embargo, recordaba bien la nostalgia con la que miraba a las madres trabajadoras que dejaban a sus hijos corriendo en la escuela porque tenían que acudir a sus trabajos. Los fines de semana, la veía hojear una revista envidiando las prendas de moda que aparecían en sus fotos, mientras que ella iba siempre con salpicaduras de comida o de cuidar de Nicholas.

Su madre no se sentía satisfecha con la vida que llevaba, pero era una mujer con un alto sentido del deber y de cuál era su papel en la

familia, y por alguna razón quería que Katherine siguiera sus pasos.

–¿Y tú qué quieres?

–Quiero ser la imagen visible de *Alpha One*. Que esté tan firmemente arraigada en la compañía que nadie pueda pensar en automovilismo sin pensar en mí. Quiero seguir este circo durante el resto de mi vida. Quiero…

–Quieres… –la animó a seguir.

–Quiero alcanzar el éxito. Y cuidar de mis padres cuando sean mayores. Sé que seré yo quien tenga que hacerlo, siendo Paige como es.

Lo miró a los ojos y vio que la entendía.

–Deben estar muy orgullosos de ti, tanto si te lo demuestran como si no.

–No sé. Antes de venir aquí, iba a cenar con mi familia, pero todo se canceló porque Paige se había metido en un lío.

–¿Siempre es así?

–Sí, pero es que mis hermanos necesitan más apoyo de mis padres que yo.

–Lo entiendo.

–¿Lo entiendes?

El divorcio de sus padres era del dominio público, lo mismo que su mala relación con su madre, pero nada más se sabía.

–Mi madre se marchó por mi culpa.

Katherine sintió que su corazón se había saltado un latido.

–Mi padre invirtió mucho tiempo, energía y dinero en mi carrera, y si todo eso lo hubiera invertido en la familia, podríamos haber tenido una vida bastante más cómoda.

Sabía que el origen de Lukas era humilde. Todo el mundo lo sabía, del mismo modo que todo el mundo conocía a su padre, un hombre que asistía prácticamente a todas las carreras de su hijo. Había fallecido no hacía mucho.

–Tener que apoyar a un hijo los años de las carreras de karts y todo lo demás supone una pesada carga económica para una familia. Mi madre no quiso seguir ese camino, así que se divorció y se fue a vivir a Salzburgo.

Katherine lo abrazó por la cintura. Si alguien le hubiera dicho unos días atrás que iba a intentar ofrecerle consuelo, se habría reído en su cara. Pero allí estaban, y había algo que le llamó la atención: Lukas y ella no eran tan diferentes.

–Fue difícil, pero lo superamos. Mi padre y yo nos teníamos el uno al otro hasta hace poco más de un año.

Lukas se quedó callado. Su angustia era palpable, y Katherine empezó a sentirla como propia. Como si su propio corazón se estuviera haciendo pedazos.

Recordaba bien el fallecimiento de Florian Jäger tras una corta enfermedad. Durante las semanas que precedieron a su muerte, Lukas no apareció en los medios. Todo el mundo en los equipos sabía que cada noche se subía a un avión para acudir a su lado, y el estómago se le encogió al recordar cómo ella se había preguntado en un artículo si Lukas iba a poder seguir siendo competitivo con ese ritmo. De haber sido lo contrario, y que su propio padre estuviera agonizando, habría puesto el grito en el cielo, pero no le había quedado más remedio que verbalizar la pregunta porque estaba en labios de todos, en todos los equipos, en todos los medios.

Empezaba a ser consciente de que siempre había tendido a pensar lo peor de él. Nunca le había concedido siquiera el beneficio de la duda, pero no podía disculparse por ello porque, simplemente, estaba haciendo su trabajo.

–No sé por qué te he contado esto –murmuró él, casi más para sí mismo que para ella.

–Porque nos estamos quedando sin comida y sin leña, y es posible que sucumbamos a los elementos y acabemos nuestros días en esta cabaña de superlujo –bromeó con la esperanza de aligerar un poco la atmósfera solemne que se había creado. Cuando le oyó reír, experimentó alivio.

–¿Estás cómoda?

–Mm… sí –respondió, arrellanándose contra su costado.

Y cuando quiso mirarlo, se encontró con que él la observaba. Se quedó atrapada en su mirada, congelada en el sitio por unos iris del color del invierno. Unos ojos que parecían cobrar sedal, como si la estuviera hipnotizando. Separó los labios y él hizo lo mismo. Su

respiración le dio en la cara, fresca y con olor a menta. Estaban tan cerca… cualquier movimiento haría que sus labios se rozasen. Cuando estaba a punto de ocurrir, Lukas se separó parpadeando a toda prisa, como si estuviera rompiendo el hechizo. Tiró de la manta para que los cubriera mejor, lo que obligó a Katherine a incorporarse rompiendo el contacto de sus cuerpos.

¿Qué había pasado?

Capítulo 7

El corazón le había martilleado dentro del pecho, la piel donde le había tocado Katherine ardía como si le hubiera prendido fuego, y empezaba a notar que despertaba esa reacción en él a cada intercambio, en cada pensamiento, en cualquier contacto. Había necesitado romper la conexión de sus cuerpos, pero había sido incapaz de alejarse porque era electrizante estar cerca de ella. Porque Katherine tenía frío y estaba angustiada. Por todo lo que le había contado. Permaneció en el sofá debajo de la manta con ella, en silencio, hasta que los dos se quedaron dormidos.

Cuando volvió a abrir los ojos el fuego de la chimenea apenas tenía llama, pero añadir leña no fue su primer pensamiento. No lo fue porque ella estaba acurrucada a su lado, con la cabeza apoyada en su hombro y las manos bajo la mejilla. Relajada. Hermosa. Peligrosa. No debía estar a su alcance. No debería querer acariciarla,ni besar sus labios. Necesitaba espacio. Aire.

Con delicadeza fue inclinándola hasta dejarla tumbada sobre los cojines, salió de debajo de la manta y la tapó bien. Añadió un par de troncos a la chimenea y miró por la ventana. El viento se había aplacado y había dejado de nevar, y el cielo de la noche comenzaba a insinuarse al otro lado de un fino velo de nubes que poco a poco se iba desmadejando. Necesitaba aire y en aquel momento podía tenerlo.

Se calzó las botas de nieve, se puso el chaquetón y salió al porche. Todo lo que se podía ver era un grueso manto de nieve inmaculada teñida suavemente de plata por la luna. Los árboles parecían pilares blancos, y solo el extremo de sus agujas asomaba

bajo el colchón de nieve, tan blanco contra el negro del cielo nocturno. Lukas inspiró hondo una vez. Y otra. Y otra.

Haberse separado de Katherine le había despejado un poco la cabeza. No se había dado cuenta, pero, en los días que llevaban juntos, ella había pasado a ocupar todos sus pensamientos. Su presencia lo impregnaba todo.

–¿Cómo puedes querer besarla después de todo lo que ha hecho? –le preguntó al aire helado.

Le habría gustado conocer la respuesta. ¿Por qué su cuerpo parecía a punto de romperse en mil pedazos con el roce más leve? La detestaba con todas sus fuerzas, pero no siempre había sido así. No. La imagen de la primera vez que la vio seguía fresca en su recuerdo. Cómo lo había dejado sin aliento. Siempre había habido algo entre ellos. Algo eléctrico, o químico. Algo tremendamente reactivo ante cualquier estímulo. No podía negarlo.

Se volvió a mirar la puerta cerrada de la cabaña. Por un lado, sentía deseos de volver a entrar y sentarse a su lado como si nada, pero en el fondo sabía dónde le conduciría hacerlo: a ser de nuevo un yonqui de la adrenalina que se disparaba al sentirla a su lado.

Se giró de nuevo hacia la pendiente, apoyado contra uno de los gruesos postes de la cabaña, y al mirar hacia arriba vio transformarse el cielo nocturno. Una luz comenzó a bailar despacio de un lado al otro del firmamento, opaca y casi blanca al principio, más brillante cuanto más la miraba. Unas pinceladas de rosa y verde se deslizaron entre él y las estrellas. Era arrebatador. Y quería que Katherine lo contemplase con él. Corrió dentro y se agachó delante del sofá.

–Katherine –la llamó, conteniendo las ganas de rozar con la mano su mejilla.

Ella murmuró algo dormida y le hizo sonreír.

–Creo que querrías ver lo que estoy viendo.

–¿El qué? –preguntó, grogui.

–La aurora boreal.

–¿Qué? –Abrió los ojos de par en par.

Su reacción le hizo reír. Fue a por sus botas de nieve y la envolvió bien en la manta.

–Ven.

La condujo afuera y apretó su espalda contra su pecho para asegurarse de que no se le caía la manta que la mantenía caliente.

–Mira al cielo.

Los trazos de color acariciaban el cielo y unas pinceladas irregulares se enroscaban y serpenteaban sobre el lienzo oscuro del firmamento.

–¡Vaya! –exclamó–. Gracias por despertarme. Es increíble.

La miró y vio la admiración en sus ojos azules, la sonrisa en sus labios. Katherine se giró y viendo que la miraba su sonrisa floreció.

–No estás mirando al cielo.

–No puedo.

La sinceridad más absoluta escapó de sus labios antes de que pudiera pensar qué estaba diciendo, pero ya no pudo hacer nada. Katherine era inteligente, y seguro que había captado con exactitud lo que quería decir, además de que el corazón le dio un salto cuando se volvió en sus brazos. La sonrisa se desvaneció en su rostro al recorrer cada centímetro de su piel antes de atraparlo con su mirada. Algo desprendía chispas entre los dos, y ellos eran leña seca. No podían seguir negándolo. No cuando se habían acercado el uno al otro, cuando sus respiraciones se estaban mezclando, cuando sus bocas se rozaron y aquel fuego tuvo un puente que cruzar.

Katherine contuvo la respiración y Lukas no podría decir si su sonido al hacerlo era un gemido, un suspiro de angustia o la primera palabra de una oración. O quizás una mezcla de todo ello. La envolvió con los brazos justo al mismo tiempo que ella se aferraba a su chaqueta. Y la besó, lenta pero desesperadamente, con ansia, con ganas de saborearla. Desatando explosiones a cada roce de sus lenguas. Excitado, necesitado, hambriento. Llevó una mano a su nuca y la besó a placer, perdiendo el control, lamiendo el cielo de su boca, bailando con su lengua, mordiendo sus labios.

Fue entonces cuando dio dos pasos hacia atrás y se volvió. La adrenalina inundaba su cuerpo. Era así como se sentía cuando se tiraba en paracaídas, o esquiaba fuera de pista, o cuando evitaba que su coche hiciera un trompo a trescientos kilómetros por hora. Estaba vivo. Katherine le hacía sentirse así. No debería sorprenderle.

El odio era una emoción pasional, y entre ellos había una pasión desbocada.

«¿Y de verdad la odias?». No. Ya no.

Se mesó el cabello antes de volverse. Katherine lo observaba. Las cadenas saltaron por los aires.

Katherine vio el momento exacto en que Lukas decidió arrojar las precauciones al viento. Se acercó de nuevo a ella como un depredador, un lobo de mirada plateada. Pero ella no era una presa. En cuanto lo tuvo a su alcance, tiró de su abrigo para besarlo. Los labios de Lukas transmitían urgencia, igual que las manos de ella, y la hizo girar para que se apoyara contra el poste del porche y sujetarla allí con su propio cuerpo. La respiración se le había acelerado y una humedad mojaba su centro. Los dientes y la lengua batallaban descontrolados, como siempre ocurría entre los dos.

Tanto si discutían como si se besaban, no había ningún control sobre lo que el uno provocaba en el otro. Katherine quería tocarlo, quería decir su nombre, hacerle rogar, pero no había modo de atravesar la barrera de su abrigo. Sin embargo, él sí logró meter las manos bajo la manta y alcanzar su piel. Sus manos, sorprendentemente cálidas, dejaron tras de sí un rastro de estremecimientos que no tenían nada que ver con la temperatura de su piel.

Volvieron a moverse, pero sin querer pisó la manta y Lukas gruñó frustrado. Inesperadamente, la tomó en brazos como lo habría hecho con una novia y la llevó dentro.

–El cielo está espectacular, pero no tengo paciencia –dijo mordiéndole el cuello.

–Ni yo quiero que seas paciente –confesó sin aliento.

Lo deseaba sin más. Él siempre avivaba lo que ella sentía, y no fue distinto con las sensaciones físicas. Se deshizo de la manta en cuanto la dejó en el suelo, y le quitó apresuradamente la camiseta y las mallas, desesperado por llegar hasta su piel, al mismo tiempo que ella tiraba de su abrigo y de su jersey. Lukas se agachó para que pudiera sacárselo por la cabeza.

Katherine había visto muchos atletas impresionantes en su vida, pero no estaba preparada para la perfección del cuerpo de Lukas. Músculos perfectamente definidos, duros y exquisitos. Y su piel era tan suave como si hubieran vertido seda en una vasija perfecta para formarlo.

–¿Disfrutas con la vista?

–Sí –sonrió. Siempre había sido brutalmente sincera con él, y no iba a hacer otra cosa.

Ese momento fue todo lo que pudo concederle antes de que por fin le quitase el top y la tumbara sobre la gruesa y mullida alfombra que había delante de la chimenea. Le bajó las braguitas y de inmediato se lanzó a besarla… allí.

Todo iba al mismo tiempo demasiado deprisa y no lo suficiente. Quería sentir sus labios y su miembro al mismo tiempo. Había calor en sus venas y descargas eléctricas en su vientre. Le lengua de Lukas creaba destellos de placer puro en todo su cuerpo, pero quería más. Más. Mucho más.

Lo agarró por el pelo y tiró. Tenía los ojos entornados, ebrios de placer, y puso la mano bajo su barbilla para pedirle lo que quería, pero no fue necesario. Lukas la besó con ferocidad, sosteniéndose en los brazos mientras ella le soltaba el cinturón, desabrochaba el botón y le bajaba la cremallera para que pudiera deshacerse de todo.

Por fin, quedó desnudo. Gloriosamente desnudo. Impresionantemente desnudo. «Dios, este hombre debería estar expuesto en un museo».

–Me alegro de que pienses eso –le susurró al oído y Katherine enrojeció. Sin darse cuenta, había hablado en voz alta.

Lukas sorbió su carne en un punto de su cuello y Katherine gimió.

–Vuelve a hacerlo –le rogó él, mientras lamía el mismo punto y dejaba que las manos viajaran por su cuerpo hasta su sexo. Lo abrió y entró.

–Lukas –gimió ella.

–Mm… así mejor.

Le mostró los dedos. Estaban empapados. Los lamió para limpiarlos.

–Maldita sea, Lukas, dame lo que quiero –le pidió.

–¿Y qué quieres?

–Tenerte dentro de mí.

–No tengo preservativo.

–No puedes dejarme así –le rogó. Si se paraba, lloraría.

–No tengo intención de hacerlo. Voy a devorarte.

Katherine enrojeció de nuevo.

–Tomo la píldora, y tú no has estado con nadie en tres años.

Confiaba en él porque Lukas siempre decía la verdad. Era brusco y parecía darle igual cómo cayeran sus palabras, así que no tenía por qué dudar de él. Por mucho que lo detestara, su integridad era innegable. Ese pensamiento condujo a otro: había dejado de detestarlo.

–La píldora no serviría –contestó, y volvió a bajar la mano–. ¿Estás segura?

–Sí –jadeó–. Te deseo.

Lukas no necesitó que se lo dijera dos veces. La penetró. Katherine gimió con fuerza, arqueando la espalda, y él impuso un ritmo que le voló la cabeza. Los pulmones no daban abasto y cada gruñido, maldición y jadeo le ponían la carne de gallina y hacían que su corazón perdiera latidos por el camino.

–Dámelo, Katherine –le ordenó, y ella explotó en él como una cadena de fuegos artificiales. Lukas, su pirómano, la siguió. Con una mano sujetándole la nuca, la frente apoyada en la suya, murmurando su nombre, el cuerpo tenso, deshaciéndose en un movimiento incontrolable, hasta que por fin pudo tomar aire. Hasta que se relajó y soltó la pierna de ella que había colocado sobre su cadera. Hasta que por fin pudo abrir los ojos. Sus iris eran de plata fundida.

–Lukas –musitó ella, que apenas se podía creer lo que habían hecho, o cómo se había sentido con ello, o lo mucho que deseaba volver a hacerlo.

–Lo sé.

Capítulo 8

Katherine se encontró en la sala de juegos, deslizó una mano por el borde de madera de la mesa de billar, tomó una bola en la mano y calibró su peso. Había dejado a Lukas durmiendo delante del fuego, porque ella había sido incapaz de conciliar el sueño. No podía dejar de pensar en cómo se habían comportado los dos. En cómo encajaban perfectamente. En que había sido su mejor amante. Entonces recordó lo que le había dicho: «La píldora no serviría». No sabía a qué se podía referir, pero le hizo pensar en sus prioridades: ella no quería amor, niños o sacrificio.

Colgado en la pared había un triángulo de madera de bordes suavemente redondeados, lo descolgó y lo colocó en la mesa. Una a una fue metiendo las bolas de color.

–Contrólate, Katherine –se dijo en voz alta al mirar otra vez la puerta–. Está durmiendo.

Pero deseó que no lo estuviera. Precisamente por eso necesitaba espacio para pensar. Contempló la jota perfecta que formaban las bolas. Tomó la bola blanca y la colocó en el centro de uno de los laterales cortos de la mesa.

–Aquí estás.

Lukas se había apoyado en el marco de la puerta con los brazos cruzados sobre el pecho desnudo. Lógico, porque ella se había puesto su jersey. Llevaba los vaqueros, pero sin abrocharse el botón de la cinturilla, y traía el pelo castaño claro alborotado de sueño y sexo.

–Creía que estabas dormido –le dijo, apoyándose contra la mesa.

–Y lo estaba, pero necesitaba algo, y quien podía dármelo no estaba.

–Ah.

Lukas se acercó, con una mano la hizo levantar la cara y con la otra la sujetó por la cadera.

–Necesitaba esto –dijo, y la besó en la boca.

Katherine le devolvió el beso de inmediato. La pasión de antes había bajado al punto previo a la ebullición, de modo que volvió a hervir de inmediato. No podía tenerlo demasiado cerca ni acariciar su piel porque era intoxicante. Una droga. Ese pensamiento la asustó y detuvo el beso, aunque no se separó de él.

–Me gusta cómo te queda mi jersey –dijo sonriendo.

Y a ella le gustaba la sensación de llevarlo, pero no lo que le hacía sentir. Siempre se había obligado a mantener a sus parejas a distancia, pero ya estaba rompiendo la regla con Lukas, dado que estaban atrapados en aquella cabaña y no podía impedir que fuera sabiendo cosas de él. Que conectasen. Que lo deseara. Que quisiera saber más de él. Como lo que había dicho antes, que tenía que aclarar dado que habían tenido intimidad física.

–¿Puedo hacerte una pregunta?

Lukas se encogió de hombros, pero su mirada se tiñó de precaución.

–¿Qué querías decir antes con lo de la píldora?

La precaución desapareció de su mirada, pero dio un paso atrás con las manos en los bolsillos.

–Que da igual que tomes la píldora, porque me hice la vasectomía.

¡Vaya! Eso sí que no se lo esperaba.

–¿No quieres tener hijos?

El pulso se le había acelerado. Casi todo su círculo criticaba su decisión, pero quizás Lukas compartiera con ella esa opinión, lo que le dio esperanza e inquietud al mismo tiempo, porque no quería ser consciente de que tenían más cosas en común.

–No.

–Yo tampoco –le dijo. Sentía ganas de llorar porque alguien la comprendiera.

Él asintió y no hizo preguntas.

–¿No quieres una explicación?

–No –respondió acercándose a ella para apartarle un mechón de la cara–. Eres una mujer adulta, que sabe perfectamente lo que quiere y necesita. No tienes que darle explicaciones a nadie.

Aceptación. Una certeza que la partía en dos y que la reconstruía al mismo tiempo. Ahora quería explicárselo precisamente porque no había preguntado.

–Mi madre no lo comprende, y no quiero desilusionarla. Ella quiere tener nietos y me presiona, pero yo no quiero ser como ella. No quiero conformarme con una vida que le satisface solo a medias. No quiero renunciar a mis amigos, y no quiero sacrificar mi sueño, la carrera por la que tanto he trabajado, por tener una familia e hijos que ni siquiera apreciarán o comprenderán el sacrificio que supone. Y eso es lo que una relación significa para mí: sacrificio. Una amenaza a todo lo que he construido. Y no lo quiero. Ni siquiera tengo mascotas, y mis plantas están hechas de piezas como los Lego. Quiero una vida en la que pueda ser libre para irme a cualquier sitio. Quiero viajar con *Alpha One* y fuera de ella. No quiero ataduras. Pero me gustaría encontrar el modo de no ser una desilusión para ella.

En los ojos grises de Lukas brilló una especie de consuelo, mezclado con una pequeña parte de dolor. Estaba tan cerca que no podía mirar a otro sitio. Bloqueaba el resto de la estancia con su cuerpo, colocado como estaba entre sus piernas.

–El divorcio de mis padres fue todo culpa mía –dijo él–. De no haber sido por mí y por las carreras, mi madre nunca nos habría dejado, lo sé. Y también sé que me culpa. Intento compensarla económicamente, pero sé que no basta. Y cuando el divorcio y mi relación con ella se hicieron del dominio público, me chocaba con esa realidad cada vez que ponía la televisión o entraba en Internet. Por eso no puedo permitir que los medios entren en mi vida: la gente vería lo egoísta que puedo ser, capaz de sacrificar la felicidad de mi padre por mi propio beneficio. Prefiero no darme a conocer, para que nadie pueda saber lo que pasó excepto mi madre y yo.

Katherine rozó su mejilla y el corazón se le conmovió al sentir que él inclinaba mínimamente la cabeza para aceptar su caricia. Ella había desnudado parte de su alma ante él, y Lukas no la había

juzgado. Se había limitado a mostrar que comprendía cómo era una relación complicada con un progenitor. Que recibía su vulnerabilidad y le ofrecía a cambio otra suya. Ahora comprendía por qué detestaba tan vivamente a los medios de comunicación: no lo consideraban un ser humano, sino una celebridad, un producto público al que poder diseccionar, y temía que pudieran verlo como él se veía a sí mismo. Ambos tenían padres orgullosos y madre decepcionadas, y tenía que admitir que no le gustaría que la gente lo supiera porque, cada vez que alguien hablara de ello, sentiría dolor. Qué distinto era el Lukas verdadero de la persona que mostraban los medios. Aquel hombre le gustaba. Lo besó suavemente en los labios.

–Lukas –suspiró, y él le devolvió un beso feroz, un beso que le dejó la mente en blanco e iluminó su cuerpo como un árbol de Navidad.

–Tengo que confesarte algo –dijo él entre besos–. Aquel día de hace tres años, en el circuito, pensé que eras la mujer más guapa que había visto. Me alejé porque no quería hablar contigo, oír tu voz o arriesgarme a caer en tu hechizo. Acababa de salir de una relación que fracasó a pesar de que nos queríamos mucho porque yo estaba decidido a mantenerla en secreto, así que no podía sentirme atraído por ti estando en público, y siendo tú la última persona sobre la tierra a la que debería acercarme.

–Porque soy periodista –adivinó, apoyando su frente en la de él.

–Los medios nunca han sido amigos míos, Katherine. No quiero que el mundo se meta en mi vida privada y analice todo lo que soy.

Eran tan diferentes… querían cosas distintas, confiaban en personas distintas. Mientras fuera periodista, él nunca confiaría en ella. Y ella, a su vez, no iba a sacrificar su carrera por nadie, y menos por él.

–No sé por qué te opones tan frontalmente a que el mundo te conozca, Lukas. Todo lo que voy sabiendo me hace desear conocerte mejor. Todo lo que voy descubriendo me deja boquiabierta. Me alegro de que estemos aquí encerrados y que esté pudiendo conocerte así. Eres un hombre extraordinario. ¿Por qué quieres ocultarlo? No eres tú quien tiene que sentirse culpable o disculparse, sino tu madre.

–No te lo estoy contando por eso –respondió tomando su cara entre las manos–. No puedo estar contigo, Katherine. Valoro demasiado mi intimidad, y eso no va a cambiar. Renuncié a una relación por culpa de los medios y, después de perderla a ella, no pienso tener otra relación estando bajo los focos como estoy. Tu carrera siempre se interpondrá entre nosotros, pero eres una droga y me he vuelto adicto.

Tenía razón en los dos sentidos. Su química no se podía ignorar.

–Podemos disfrutar ahora. Hasta que nos rescaten. Después…

–Yo volveré a mi vida, y tú, a la tuya.

Por el momento, podía fingir que todo era perfecto. Podía disfrutar de esa química. Del placer.

–Me gusta como suena.

Apenas había pronunciado esas palabras cuando Lukas la alzó para sentarla sobre la mesa de billar. Un aire frío le recorrió sus partes íntimas y le vio arrodillarse ante ella, con los ojos brillantes y la boca dispuesta a devorarla como si fuera un hambriento.

Los términos de aquel acuerdo eran perfectos.

Capítulo 9

El agua resbalaba sobre Lukas y Katherine, y el vapor los rodeaba en el lujoso cuarto de baño.

Lukas mantenía a Katherine pegada a su cuerpo mientras sus talentosas manos interpretaban una melodía de gemidos como si ella fuese su instrumento favorito. Cada cuerda que tocaba emitía la música más dulce. Suscitaba la más bella danza.

Cada mañana, desde que mantuvieran aquella conversación, comenzaba así. Cada momento desde que la tomó en la mesa de billar deseaba más y, para su deleite, el deseo era mutuo. Los días pasaban en una nebulosa de caricias. A pesar de que el cielo se abrió en una ocasión, la nieve y el viento habían vuelto a arreciar, y a ninguno de importó. Hasta aquella mañana.

El cielo los saludó al despertar, tan intenso era su azul como si alguien lo hubiera pintado, y reflejaba su luz en el manto inmaculado de la nieve. El buen tiempo significaba rescate.

Su tiempo se había terminado, de modo que Lukas estaba decidido a disfrutar de lo poco que les quedase. Entendía y agradecía que lo suyo no tuviera futuro, pero, Dios, deseaba seguir zambulléndose en aquella pasión un poco más.

–Date la vuelta –le pidió, sabedor de que ella le obedecería de inmediato. Con un brazo le rodeó la cintura y la besó apasionadamente mientras cerraba los grifos. Chorreando como estaban, la tomó en brazos y salió de la ducha cuando el sonido inconfundible de los rotores de un helicóptero llegó hasta ellos.

–Creo que la ayuda ya ha llegado –susurró Katherine, con los labios inflamados y rosados de sus besos.

–Deberíamos vestirnos –respondió, pero sin hacer ademán de soltarla.

Se miraron a los ojos. Había tanto entre ellos: electricidad, aflicción, pasión…

–Bájame, Lukas.

Él se resistió, pero al final se obligó a dejarla en el suelo para secarse rápidamente y ponerse lo que había más cerca. Se pasó la mano por el pelo y la miró sin saber qué decir. ¿Qué podía decir? Quizás lo mejor fuera el silencio.

Corrió a la entrada, justo a tiempo de encontrarse con Dominic abriendo la puerta.

–¡Lukas!

Nunca había oído a su representante, su amigo, impregnar su nombre con tal dosis de alivio. Con dos pasos se acercó para abrazarlo.

–Ya les dije yo que estarías bien –dijo con voz ahogada–. Que debíamos empezar por aquí.

Lukas se rio.

–Así que no estabas preocupado, ¿eh?

–¡Serás mongrelo!

–Gracias.

–¿Por saber que estabas bien o por venir a buscarte?

–Por las dos cosas.

Lukas se volvió a tiempo de ver entrar a Katherine en el salón, arrastrando su maleta de ruedas. Llevaba puesto otra vez el abrigo del cámara y tuvo que contenerse para no ir a quitárselo, ponerle el suyo y reclamarla como propia, pero eso iría contra todo lo que tenían: un flirteo momentáneo mientras estaban atrapados allí por la nieve. Si mostraba algún interés en ella, los rumores se dispararían. Si una relación en la que había estado tan comprometido había tenido que terminar porque no estaba dispuesto a que su vida privada fuera del dominio público, no podía ir en contra de sus principios por una aventura, de modo que apretó los puños y se quedó donde estaba.

Katherine supo lo que pasaba. Su forma de ladear mínimamente la cabeza era la prueba.

–¡Katherine! –exclamó Dominic sorprendido–. ¿Cómo has podido…? Creíamos que estabas… –Los miró a ambos alternativamente–. ¿Os quedasteis atrapados juntos?

–Sí –respondió ella acercándose.

Lukas sintió como algo físico la distancia que crecía entre ellos, como si cada uno estuviera encerrado en una burbuja, estando apenas a un metro de distancia.

–De hecho, Lukas me salvó de morir congelada. Me caí y me torcí el tobillo, y fue él quien me encontró y me trajo aquí.

No quiso mirar la cara de Dominic. No quería reconocer que el odio que había antes ya no existía, ni mucho menos explicarle lo que había pasado en aquella semana.

–Gracias a Dios –respondió Dominic, abrazándola–. ¿Te gustaría salir de aquí?

–Me encantaría.

El vuelo en helicóptero hasta Rovaniemi fue incómodo. Lukas lo hizo en completo silencio, pero, cada vez que la miraba, percibía fuego en sus ojos. Su cuerpo reaccionaba, pero ya no habría desahogo. No la besaría ni se la llevaría a la cama. Las caricias tendrían que vivir solo en su recuerdo. Katherine era consciente de que, desde aquel momento, siempre compararía a sus parejas con Lukas, y siempre saldrían perdiendo en la comparación. Pero todo había terminado. Los habían rescatado, y daba igual lo que el corazón le demandase.

En cuanto aterrizaron, Lukas fue a un coche y ella a otro. Ni siquiera pudo darle las gracias ni despedirse.

–*Hei* –saludó al conductor, se abrochó el cinturón y abrió el móvil, que todavía tenía toda la carga, ya que se había pasado la semana metido en la maleta. Sonaron varios mensajes, y uno de ellos era un billete de avión desde el aeropuerto de Rovaniemi a Heathrow.

–Perfecto.

Hizo caso omiso de los correos electrónicos. Ojalá pudiera estar ya en su casa. Entre sus paredes podría permitirse echar de menos a Lukas, podría recordar la noche delante de la chimenea y pensar en

lo distinto que era de lo que ella misma había dicho de él en su último artículo de fondo. Lo que había escrito no tenía nada que ver con el hombre que era, y no podía dejarlo pasar.

Inmediatamente llamó a su editora.

–¡Katherine! ¡Qué alegría oír tu voz! Estaba tan preocupado porque…

–Necesito que retengas el artículo de fondo –la cortó.

–¿Qué?

–Jennifer, sé lo que te estoy pidiendo, y el artículo sobre Lukas Jäger no puede salir. Te lo suplico. –Las palmas de las manos le sudaban–. Escribiré otro que lo sustituya.

–¿Por qué?

–Lo que digo en él ya no es cierto –explicó, y apretó los ojos. Imágenes de Lukas hablando con ella, cuidándola, dándole placer, cocinando, la asaltaron. Pero eso no podía decírselo, así que intentó parecer más racional–. No refleja bien la personalidad de Lukas.

–Pero es un artículo estupendo, Kat. ¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

–Estar atrapada en una tormenta de nieve –replicó. Sabía que el enfoque emocional no funcionaría con ella. Solo había una cosa que podía decirle para hacerla cambiar de opinión–. He tenido una oportunidad que nadie más ha podido tener: acceso total a Lukas Jäger. He podido conocer a la persona detrás del personaje y, si lanzamos el artículo que te di, no estaríamos diciendo la verdad.

–Veremos qué puedo hacer… pero, entonces, voy a necesitar un nuevo artículo que cubra lo que has sabido de él, o tendremos que publicar otra cosa que nos valga esos *like*.

–Gracias, Jen.

–Me debes una. Me alegro de verdad de que te encuentres bien. Todos estábamos muy preocupados por ti.

–Estoy bien, sí. Nos vemos pronto.

Jennifer Harrison nunca le había dado motivos para que dudase de ella, pero no se sintió demasiado tranquila en aquella ocasión. Quizás se había vuelto un poco protectora de Lukas, pero lo único que podía hace era esperar que Jennifer fuera fiel a su palabra.

Para distraerse, abrió sus perfiles. Pasar una semana sin hacerlo le era ajeno, y necesitaba saber qué estaba pasando. En cuanto abrió la primera aplicación, se encontró con miles de notificaciones etiquetándolos a ella y a Lukas.

–Pero ¿qué…?

Leyó algunos y cerró la aplicación. Abrió otra, con el mismo resultado. Miles de publicaciones hablaban de que Lukas y ella habían desaparecido en Lapland. Eso era de esperar, pero no la explosión de especulaciones sobre su relación con Lukas. Las teorías iban desde lo más plausible –que los había pillado una tormenta de nieve– a las más absurdas –que habían huido deliberadamente antes de la tormenta para tener una aventura secreta y que estar perdidos les había dado un tiempo sin interrupciones para estar solos.

¿Lo habría visto Lukas? ¿Qué pensaría? Seguía desplazándose por la pantalla cuando sonó el teléfono.

–Hola, Robert.

–Me alegro de saber que has sobrevivido. ¿Y Jäger?

–Si me estás preguntando si lo he estrangulado, la respuesta es no.

–Estoy muy orgulloso de ti. Te llamo porque mañana hay una reunión a las diez en punto. Quiero que estés.

–¿No me vas a dar unos días de recuperación?

–Kat, no has hecho absolutamente nada en la tundra. Creo que son vacaciones más que suficientes. Te espero mañana.

–Allí estaré.

Terminó la conversación sintiendo incertidumbre en la boca del estómago. Robert no le había dicho qué iba a tratarse en la reunión o quién asistiría. Lo único que podía hacer era presentarse y esperar que nada terrible hubiera pasado en su ausencia.

Katherine abrió la puerta de cristal de la sala de conferencias en las oficinas de *Aero,* llevando consigo solo su ordenador. Lo dejó sobre la mesa y tomó asiento. Se sentaba siempre en el mismo sitio, dando la espalda al cielo gris acero de Londres y a los edificios nuevos y viejos que se alineaban frente al agua del Támesis. Era una

vista preciosa, pero que distraía. Desde su sitio también podía ver casi toda la planta: quién entraba y quién salía, siempre que no estuvieran bajadas las persianas, que nunca solían estarlo. Pero, en aquella ocasión, lo estaban. Mala señal.

Robert entró acompañado por Jennifer y Scott Courteney, un ejecutivo de la cadena al que no conocía. Aunque era ella el talento más reconocible, él operaba a un nivel muy superior al suyo. ¿Qué hacía allí? El nudo de ansiedad que se le había ido formando en el estómago se apretó de golpe.

–¡Katherine! –la saludó Robert, y fue hasta ella para abrazarla–. Me alegro de verte. De verdad nos tenías preocupados.

–Menos mal que no he estado sola –contestó, encogiéndose por la punzada de dolor que le provocaba pensar en Lukas.

Percibió una mirada extraña en la cara de su productor, y no pudo descifrarla.

–Menos mal, sí. ¿Conoces a Scott?

–No he tenido el gusto –respondió ofreciéndole la mano, que Scott estrechó con fuerza, pero había un brillo en su mirada que no le gustó.

–¿Nos sentamos?

Scott ocupó la cabecera de la mesa, Robert se sentó junto a ella y a Scott, y Jennifer lo hizo al otro lado, dejándola a ella en el medio. Tampoco le gustó.

–¿Viene alguien más? –preguntó.

–Sí, deben estar al llegar –contestó Robert.

No era mucha información.

–¿Para qué es esta reunión?

–Estoy seguro de que tiene muchas preguntas, señorita Ward, pero creo que podrá esperar un poco más.

Scott apoyó ambas manos entrelazadas sobre la mesa. Era un hombre muy acostumbrado al poder al que no le suponía ningún problema mandarla callar.

–¿Por qué no nos cuentas lo que pasó en Finlandia? –sugirió Robert. ¿Estaría allí para desviar su atención y suavizar cualquier cosa que Scott pudiera decirle?

Katherine ya tenía preparada la historia que iba a contar. Todo el mundo estaba interesado en Lukas y ahora también en ella, pero no quería que el mundo supiera de la ternura que habían compartido, o de cómo habían confiado el uno en el otro, o de lo mucho que significaban sus carreras para ellos. Se lo contó todo, pero tuvo cuidado de no dejar traslucir ni un solo detalle de su intimidad. De lo que le dolía.

Hubo un momento en que se miraron los tres. Estaban poniendo a prueba su paciencia porque, fuera lo que fuese, estaba claro que tenía que ver con su aventura en Lapland. Justo entonces la puerta se abrió, y entraron Dominic Wilson, el representante de Lukas, Erin Walker, su publicista, y por último él. Lukas con vaqueros, botas y cazadora de cuero. Sus miradas se encontraron nada más entrar, y fue como si la sala se hubiera quedado sin aire y, al mismo tiempo, como si respirase de verdad por primera vez desde que se habían separado.

¿De verdad había sido el día de antes?

No dejó de mirarla ni siquiera cuando Robert y Scott le estrecharon la mano. Tampoco lo hizo al sentarse frente a ella. Había una enorme mesa de reuniones entre ellos, pero deseó cruzarla a gatas, sentarse en su regazo y besarlo. Al diablo con su acuerdo y con quien pudiera estar viéndolos. Y pudo ver el brillo acalorado de sus iris plateados cuando le leyó el pensamiento.

Acabó apartando la mirada y posándola en Scott. El calor dejó paso al hielo.

–Es evidente que habéis estado tramando algo, así que lo mejor es que vayamos al grano.

Katherine sonrió por dentro. Lukas no estaba sujeto a las mismas expectativas de comportamiento que ella. No podían despedirlo por no mostrar la reverencia que esperaba alguien como Scott.

–Creo que debería empezar Robert –dijo Scott, y todas las miradas se posaron en el hombre que tenía al lado.

El aludido carraspeó.

–Bien. Como todos sabemos, ha habido cierta dosis de especulación sobre lo que os ha ocurrido a los dos en Lapland. Ambos aparecisteis en las noticias a diario porque no se sabía nada

de vuestro paradero –explicó, mirándolos a ambos–. Lo que no esperábamos era el nivel de especulación que ha habido sobre una posible relación entre los dos.

Katherine sintió que el estómago se le quedaba sin fondo. No podía ser que aquella reunión fuese a tratar sobre lo que ya se imaginaba.

–La audiencia parecía haber llegado a la conclusión de que erais pareja, o lo ibais a ser, y el nivel de interés que eso ha generado no se puede ignorar.

–Habla claro –exigió Lukas.

Robert sacó unos documentos de un portafolios que tenía ante sí y en el que Katherine no había reparado y los distribuyó a los presentes.

–Estos son los gráficos con el crecimiento del tráfico en *Aero TV* desde que lo vuestro se hizo viral.

–Hemos visto el mismo movimiento en las redes sociales de Lukas –intervino Erin, y Lukas le dirigió una mirada que habría hecho encogerse a cualquiera. Katherine vio el miedo en el rostro de Erin, pero la joven no se amilanó–. Este es un análisis del *hashtag Lukat*.

Katherine aceptó la página, pero tanto los gráficos como las palabras se le desdibujaron ante sus ojos.

–Esta es la razón de que os hayamos convocado a los dos –dijo Jennifer. Parecía tan confiada como siempre, pero Robert, por primera vez, parecía nervioso–. Esta clase de atención es demasiado potente para que la ignoremos, así que hemos pensado que deberíais alentar los rumores.

Exactamente lo que ella se temía.

–¿Qué? –graznó Lukas.

Lukas no iba a aceptar. No le había contado a nadie cómo habían conectado, y estaba segura de que él tampoco. Era su secreto. Y no quería estar en un escaparate, por mucho que su cuerpo y su corazón le pidieran más.

Scott se irguió y puso las manos con las palmas sobre la mesa, esperando que todo el mundo le prestase atención, y así fue, pero Lukas lo miró desafiante con los brazos cruzados. No recordaba haberse sentido nunca tan atraída por él como en aquel momento.

–No os estamos pidiendo nada del otro mundo –dijo–. Los dos sois figuras públicas, y todo lo que esperamos es que os hagáis pasar durante un par de meses por pareja, lo que nos permitirá mantener la atención hasta el arranque de la temporada de *Alpha One*. Anunciaremos vuestra ruptura y dispondremos de interés añadido durante las pruebas de pretemporada y los primeros compases de la temporada.

–En beneficio tuyo, por supuesto.

–En beneficio de todos los que nos sentamos a esta mesa.

Lukas negó con la cabeza, manteniendo la expresión aburrida, pero ella sabía perfectamente que la mera idea le podría la piel de gallina.

–De ninguna manera.

–Lukas…

–No pienso permitir que mi vida privada aparezca en los medios como si fuera una obra de teatro –cortó a Robert–. Tenéis derecho a mi tiempo mientras estoy en el circuito, pero, fuera de él, ninguno de vosotros tiene derecho absolutamente a nada de mí. La idea es ridícula.

Katherine intentó no tomarse su vehemencia por lo personal, pero aun así le escoció. Veinticuatro horas antes, estar juntos no era precisamente ridículo, aunque tenía razón. Aquella idea no la beneficiaba en absoluto. Tenía veintisiete años, y toda una carrera por delante, que podía desarrollarse en *Aero TV* o no, y si semejante acuerdo salía a la luz, su futuro se arruinaría. Su integridad. Su reputación.

–¿Qué dices tú? –la interpeló Lukas, y todas las cabezas se volvieron hacia ella.

–No quiero hacerlo. Es demasiado riesgo para mi carrera. Beneficia a todo el mundo menos a mí.

–Beneficia a la cadena, señorita Ward –apostilló Scott.

–Un mayor índice de audiencia te beneficia, Kat –dijo Robert intentando mediar–. Imagina el impacto en tu nombre. Piensa en el potencial para negociar tu próximo contrato.

–Señorita Ward –intervino Scott Courtney de nuevo, volviéndose hacia ella con intención de intimidarla–. Esto es un equipo, y a usted

le toca arrimar el hombro. Todos trabajamos por hacer crecer esta cadena.

–No.

No iba a dejarse coaccionar, y vio orgullo reflejado en la mirada de Lukas.

La expresión de Scott se volvió amenazadora.

–Kat, ¿quiere trabajar aquí?

–¡Un momento! –explotó Lukas.

–No puede estar hablando en serio –respondió Katherine.

Jennifer giró su silla para mirarla.

–Podríamos encontrar otro modo de maximizar el interés, pero no sería tan beneficioso. Imagina los artículos que podríamos publicar.

Jennifer clavó su mirada en ella, y Katherine se estremeció. Le estaba diciendo que iba a publicar el artículo que ella le había pedido que retirase. Pero si todo el mundo sabía ya que ellos dos habían estado juntos en Lapland, y salía un artículo como ese en el que lo atacaba, el drama estaría servido. Ella obtendría una reputación por ser implacable y Lukas perdería cualquier oportunidad que le quedase. No podía hacerle eso. Ni a él ni a sí misma.

–La visibilidad os hará bien a los dos –apostilló Erin, intentando suavizar la situación, pero daba igual porque ya estaba acorralada. O decía que sí, o se perdería su trabajo, su reputación y la carrera de Lukas. Había trabajado muy duro para conseguir todo lo que había conseguido y no podía permitir que se viniera abajo. Scott la despediría, reemplazándola por una cara nueva a la que le apasionara el deporte del motor. También podía ocurrir que ella dijera que no, y que el equipo de Relaciones Públicas de Lukas le obligase a aceptar a la desesperada para salvar su carrera. Incluso podían encontrar a otra mujer que accediera a semejante ridiculez. Otra mujer que estaría con él, lo acariciaría y se dejaría acariciar por sus manos y su voz. No era culpa de Lukas, pero no podía permitir que volviese a destrozarle la carrera. Nunca más.

–Está bien: lo haré –dijo, y su tono sonó a derrota.

Lukas quería estar enfadado con Katherine por haber accedido. Cuando los dos se oponían a semejante estupidez, se había sentido bien. Era como si por lo menos en aquello pudieran ser un equipo, algo más que la nada absoluta a la que se habían visto reducidos al tener que seguir cada uno con su vida a la vuelta de Finlandia. Pero no podía culparla. Sabía lo que significaba aquel trabajo para ella y el imbécil que amenazaba su carrera lo había cabreado de verdad.

Puede que fuera bueno que ella hubiera accedido porque así no podrían culparla cuando él se negase.

–Pero yo no.

–Lukas… –intervino Dominic–, escúchame.

–Todos sabemos bien cuál es tu situación en este momento –se coló Scott pretendiendo sonar encantador, pero consiguiendo solo parecer falso–. Es tu última oportunidad.

–Todos trabajamos para que esta atención os beneficie a ambos –dijo Erin–. A pesar de la publicidad negativa que los puso nerviosos en un principio, los equipos preferirían contar contigo que con alguien de su academia, o un piloto de pago, si pueden llegar a un acuerdo sobre el ROI del *marketing*, es decir, el rendimiento de la inversión en la campaña de *marketing*. Con tanta atención, serías rentable. Atraerías patrocinadores para el equipo, y tu nombre valdría más de lo que ya vale.

Pilotos de pago. ROI. Todo dependía del dinero. ¿Dónde quedaba el talento? Como si ganar un campeonato ya no fuera suficiente.

–Lukas –habló Dominic en un tono que conocía bien. Era el tono que empleaba cuando iba a decir algo que no quería escuchar–. ¿Quieres tener equipo para el año que viene? Estoy haciendo cuanto puedo. Erin y yo. Y no estaríamos sentados aquí si no pensáramos que es tu mejor opción. Hay dos equipos que aún no han firmado con segundos pilotos y yo diría que hay entre un setenta y cinco y un ochenta por ciento de posibilidades de que entren dos novatos, pero nos lo estamos trabajando para que te consideren a ti como su salvador, porque sabemos que tú puedes marcar la diferencia y hacer que pasen de ganar de sesenta a ochenta millones de dólares.

Esas cifras implicaban que no sería un equipo de primera fila el que contratase sus servicios, pero al menos podría competir. Si podía

conseguir más patrocinadores para el equipo, eso significaba más dinero y mejores coches, pero al mismo tiempo implicaría asumir que su intimidad se escapaba por la ventana. Que la gente podría ver quién era: el muchacho que se había elegido a sí mismo por encima de la felicidad de sus padres.

Si aceptaba el puesto de director, no tendría que participar en aquella charada, pero no estaría sobre la pista. Todo el sacrificio para nada. No podía haberle costado tanto a su padre para ver morir su sueño. Tenía que pilotar.

Con dos dedos se presionó el puente de la nariz.

–Lukas…

Volvió su atención hacia Katherine antes de ser consciente de que había sonado su voz. Qué ganas de largar a toda aquella gente y tomarla sobre la mesa, demostrarle lo loco que había estado desde que se subieron al helicóptero. Aquella mujer inteligente y hermosa que veía peligrar su carrera si él se negaba. En lugar de perjudicarla podía ayudarla. Y tendría un mes para estar con ella y extender el placer un poco más.

«¡Sí!», le gritó su cuerpo.

–Lo haré –claudicó.

Capítulo 10

Lukas se sentó frente a Katherine en su avión privado. Había hablado muy poco desde que salieron de *Aero*. De hecho, cuando él propuso que se dirigieran a Mónaco a pasar el tiempo allí, apenas se opuso. Parecía perdida en sus propios pensamientos, y eso estaba bien. Ya tendrían tiempo de hablar en su casa, con la intimidad necesaria, así que, por el momento, podía darle el espacio que necesitara.

Bueno, no tanto. Su avión tenía ocho asientos y un dormitorio en la parte de atrás. Podría haberse sentado en otra parte, pero no quería. Quería estar cerca de ella. Lo necesitaba. Y no porque le proporcionase paz, sino todo lo contrario: porque le hacía sentirse conectado a un cable de alta tensión. Katherine hacía que toda su atención se centrara en ella. Lo consumía. Y eso era lo más parecido a la paz para él.

Necesitaba llegar a casa. Necesitaba un momento con ella en privado para besarla. Para hablar. Para encontrar unos límites con los que poder trabajar porque, en aquel momento, no era capaz de pensar con claridad.

En cuanto entraron en su apartamento, Lukas pudo volver a respirar. La tensión que había forzado sus músculos desde el momento en que fueron rescatados desapareció. Allí podía ser él mismo. Nadie lo observaba. Nadie lo juzgaba. Tampoco nadie lo apoyaba ni mostraba alegría por su regreso. Era el silencio quien lo recibía.

–¿Lukas?

Excepto aquel día.

–Ven, que te enseño tu habitación. Podemos hablar luego –dijo al entrar en su apartamento de tres plantas, lleno de luz a pesar de que el cielo estaba encapotado y caía una fina lluvia.

–No. Quiero hablar lo primero.

–Bien. Ven conmigo –respondió, poniendo una mano en su espalda–. Deja la maleta ahí. Yo te la subiré luego.

Entraron en una zona de relax con unos enormes y mullidos sofás y un techo a doble altura, al que se asomaba la planta siguiente, abierta por un lado a aquel espacio.

–Ya estamos a mediados de diciembre y no tienes adornos de Navidad.

–No le veo sentido a celebrar unas fiestas que solo me recuerdan que no tengo familia con quien pasarlas.

Echaba de menos a su padre constantemente. ¿Y a su madre? Bueno, entendía que no quisiera ver a quien era el responsable del fracaso de su matrimonio.

–Siéntate –dijo, y él se sentó en la mesa baja frente a ella–. ¿Quieres hablar tú primero?

Katherine no dudó.

–¿Por qué me has traído aquí? Sigo siendo periodista, Lukas. No ha cambiado nada.

–Tienes razón: no ha cambiado nada, y ha cambiado todo. –Atrapó sus manos entre las rodillas para no tocarla–. No pretendo invitar a los medios a mi casa, y no es eso lo que he hecho. Quiero que lo entiendas, Katherine. Lo que pase entre estas paredes no va a ser del dominio público. Y me ha parecido que lo mejor era venir a esta casa, porque es donde me siento cómodo. Donde los dos podemos estar cómodos y tener espacio para ambos si lo necesitamos. Aquí no tenemos que fingir, porque cuando salgamos…

–Las cámaras nos perseguirán –terminó por él–. Mónaco es lo bastante pequeño como para que podamos volver aquí enseguida si necesitamos un santuario.

Lukas asintió, aliviado porque lo entendiera.

–Hay espacio suficiente para que puedas trabajar y está a tu entera disposición todo el equipamiento de la casa.

–Gracias. Pero aún no has hablado de *nosotros*.

Entonces reparó en cómo jugaba nerviosa con el anillo que llevaba. Necesitaba saber en qué punto estaban tanto como él.

–Estamos en esta situación porque teníamos pocas opciones –explicó, poniendo una mano sobre la de ella–, y, de no ser por esa reunión, lo nuestro habría terminado.

–¿Y es así como querrías que siguiéramos?

–No tenemos futuro. Somos demasiado diferentes en cosas fundamentales. –Katherine quiso quitar la mano, pero él no se lo permitió–. Pero mentiría si dijera que no quiero que haya nada entre nosotros. Te estoy dando la oportunidad porque, si dependiera de mí, ya estarías en mi cama. Ni siquiera habrías llegado a este apartamento sin que me hubiera abalanzado sobre ti. Gritarías mi nombre, pero nadie te oiría. Y no porque estuviéramos aislados en una cabaña, sino porque habríamos escogido tener la intimidad que nos merecemos.

–Sigues deseándome.

–Te he deseado desde la primera vez que te vi, y eso no ha cambiado. –Tiró de ella y la acomodó a horcajadas sobre sus piernas. Katherine le pasó las manos por el pelo y él la miró a los ojos, tan azules con aquellas pestañas pelirrojas–. ¿Tienes idea de lo frustrante que es sentirte tan atraído por una persona a la que odias, y que sabes que te detesta?

–¿Sigues odiándome? –le preguntó con un hilo de voz, tan cerca de sus labios que su respiración le rozó la piel.

–No.

–Yo tampoco te odio –sonrió.

Y Lukas la besó.

Capítulo 11

La luz brillante del sol mediterráneo despertó a Katherine en una habitación espectacular, con acentos de mármol y oro, cuyas ventanas carecían de ornamentos para que nada pudiera distraer al observador de aquella vista.

Ni en sus sueños más salvajes se había imaginado en semejante situación: en la casa de un piloto de Fórmula 1 fingiendo tener una relación con él. *Fingiendo*. Por eso, después de disfrutar de la pasión de Lukas en el salón, le había pedido que la llevase a su habitación.

Aquella relación no era real. Ambos habían aceptado porque estaban acorralados, pero ella no quería tener una relación porque el amor era un sentimiento peligroso. El amor podía acabar con los sueños, y después, ¿qué? ¿Una vida de mediocridad e insatisfacción? No, gracias. Ella no era su madre.

Pensar en su madre le hizo caer en la cuenta de que sus padres no estaban preparados para recibir la noticia de su relación con Lukas. Con un gemido, apartó la ropa de la cama y fue a por el móvil.

Tenía numerosas llamadas y mensajes de los dos. Bueno, de su padre solo uno:

Papá: ¿Por qué no nos lo has dicho? No tenías por qué esconderlo. Cuídate mucho, Kittykat. Y disfruta de Mónaco.

A él le encantaba el sol. Le encantaría estar allí. «Es una pena que no pueda conocer a Lukas». Sí que lo era. O no. Lo suyo no era real, así que mejor que no.

El teléfono sonó. Era un mensaje de Robert:

Robert: Scott está molesto porque os habéis escondido en Mónaco. Sugiero que paséis un rato en público.

Que Scott Courteney no estuviese contento era malo para ella, así que bajó la escalera al siguiente nivel, que contenía la cocina, dos comedores, un salón y una sala multimedia, todo ello un montón de espacio para un hombre solo. El olor a café recién hecho la condujo a la cocina. Lukas tenía el torso desnudo y sudoroso y llevaba unos pantalones cortos de deporte que empezaban a mitad de la cadera. Bebía agua. Varias gotas de sudor resbalaban por su piel y fueron absorbidas por la cinturilla del pantalón. Katherine sintió que enrojecía y que sus músculos se enroscaban por dentro.

–Buenos días –la saludó.

Había un tinte hilarante en su voz. Obviamente la había pillado mirando. ¿Cómo no, si era un sueño hecho realidad?

–¿Quieres un café? Té no tengo. No esperaba invitados.

–¿Alguna vez los tienes?

Se le acercó y se agarró al pantalón con las dos manos para darle un beso breve que a él le puso la carne de gallina. Así estaba mejor. Había que igualar el juego.

–En estos últimos años, no –admitió.

Qué solo estaba.

–Tengo una vida, Katherine, y no me gusta que el mundo entre en mi santuario.

–Pero a mí me has traído.

–Cierto.

No hubo más respuesta. Sacó una taza y le sirvió un café.

–Robert me ha escrito. Quiere que se nos vea juntos por la calle.

Tomó un sorbo. No era excesivamente amargo, y tenía notas de chocolate negro y caramelo. ¡Delicioso!

–Me lo esperaba. Menos mal que tenía un plan.

–¿Ah, sí? ¿Y eso?

–Vístete y te lo enseño.

El plan de Lukas era dar un paseo por la calle. No una calle cualquiera, sino por la exclusiva *Carré D'Or*. Marcas de alta costura por todas partes.

–Estás callada –comentó él mientras se colgaba las gafas de la camisa.

–¿No lo estoy siempre?

Lukas medio se rio.

–¿Eso es un no?

Katherine se rio.

–Esa chaqueta es preciosa –comentó, intentando cambiar de tema.

Un error, porque inmediatamente la guio al interior de la tienda.

–Pruébatela.

–Lukas, no es…

Una dependienta de aspecto impecable se les acercó.

–¿Puedo ayudarles?

–No.

–Sí.

Habían hablado al mismo tiempo.

–Sí –insistió Lukas–. Le gustaría probarse esa chaqueta –dijo señalando el escaparate.

–Por supuesto. Síganme, por favor.

–Esto es una tontería –le susurró Katherine.

–¿Lo tuyo o lo mío? ¿Cuántas veces tienes una oportunidad como esta?

Nunca, la verdad. Se ganaba bien la vida, y, si todo iba según lo planeado, mejoraría. Por eso estaba allí: para asegurar que su carrera seguía en ascenso. Así podría cuidar bien de sus padres, y también de Paige, de modo que comprarse una chaqueta de cinco mil euros no entraba en sus planes. Tenía otras preocupaciones.

–Por la cara que has puesto, diría que no muchas. Déjame darte ese capricho. Al final, solo vas a tener que soportar todo esto un mes.

El recordatorio de lo que iba a ocurrir hizo que su estado de ánimo se desplomara, pero se obligó a sonreír.

–Gracias –le dijo.

Se puso la chaqueta en el probador. Era perfecta. Como hecha a medida. Estaba dejándola en la percha cuando alguien llamó a la puerta. Era Lukas, que le llevaba un vestido. Antes de que pudiera decir nada, se coló en el probador y cerró la puerta.

–Quiero que te pongas esto.

–¿Qué?

–Pruébatelo.

–Eres consciente de que te has colado en mi probador, ¿verdad?

–Totalmente. Sé que conduzco en un circuito cerrado, pero tengo un buen sentido de la dirección.

–Desde luego, eres imposible.

Él se encogió de hombros.

–¿Sales?

–¿Te importa si me quedo?

–No.

Le encantaba que no pudiera ocultar la atracción que sentía por ella. ¿Sería apropiado en una tienda tan exclusiva como aquella? Se quitó el jersey y los vaqueros sin dejar de mirar a Lukas, cuyos ojos grises se habían oscurecido como un mar en una tormenta, y no apartó la mirada de ella ni un segundo de los que tardó en ponerse la pesada prenda. Era de una suavidad impresionante, y el peso era debido a las lentejuelas.

–Date la vuelta.

Obedeció, y por el espejo vio cómo se acercaba para dibujar un camino de besos en su espalda a medida que iba subiendo la cremallera.

–Precioso.

Aquel vestido era más que precioso. Las mangas empezaban al borde del hombro, y estaba cubierto de la cabeza a los pies de lentejuelas doradas y plateadas en degradado.

–Mírame.

Sus miradas se encontraron en el espejo mientras Lukas deslizaba las manos por sus brazos y bajaba hasta la cintura. Le dio la vuelta e hizo que se apoyase en el espejo.

–Te lo pondrás mañana.

–¿Por qué?

–No es eso lo que deberías estar diciendo. –Poco a poco subió la falda del vestido y una de sus manos recorrió el interior del muslo hasta llegar a su sexo, cubierto en satén y encaje–. Deberías decir: «sí, Lukas».

Apenas pudo oír lo que decía porque su mano la estaba asaltando, deshaciéndola.

–Lukas –musitó.

Él emitió una risa gutural.

–Eso solo es la mitad de la frase.

No podía pensar, porque un gemido se le estaba escapando de la garganta.

–Calla –protestó él y la besó tragándose el sonido mientras la volvía loca con sus caricias. Katherine se movía al ritmo que marcaba su mano, queriendo más, necesitando más.

–Qué delicia –murmuró, rozando sus labios. Sus palabras, su mano, sus labios, su lengua… todo ello la lanzó a un orgasmo en aquel probador de Mónaco con el vestido más caro que había llevado jamás.

–Sí, Lukas –respondió, porque si aquello era el aperitivo de lo que la esperaba, se pondría lo que él quisiera sin rechistar.

Capítulo 12

Lukas estaba haciendo todo lo posible por llamar la atención. Un Bugatti negro esperaba delante del portal de su edificio con las luces encendidas, brillando contra la última luz del día como si fuera un espectro, oscuro y misterioso. Si Robert y Scott querían que los vieran, lo iban a conseguir.

Katherine llevaba el vestido que Lukas le había comprado. Su estómago subía y bajaba como en una montaña rusa cada vez que pensaba en lo ocurrido en el probador. Pasara lo que pasase después, guardaría aquel vestido como recuerdo del piloto al que había juzgado tan mal, el hombre que la había subido a la vida.

–¿Lista?

–Sí.

Lukas tomó su mano para conducirla al coche. Había algo distinto aquella noche. De hecho, venía notándolo desde el probador, pero no lograba identificarlo. ¿Era él, más atento quizás? ¿O era ella y la sensación de que lo que sentía por Lukas se estaba transformando en un afecto que no podía nombrar?

Intentó no prestar demasiada atención a lo que pasaba fuera del coche en el corto trayecto hasta el casino de Monte Carlo, pero no pudo dejar de notar la cantidad de móviles que apuntaban en su dirección al verlos pasar, lo mismo que cuando se detuvieron ante la puerta y salieron del coche.

Katherine siempre había estado del otro lado de la cámara, y al ver cómo los dos eran observados, fotografiados y grabados durante cada minuto que pasaban fuera de casa, no estaba segura de que le gustara. Lukas le pasó el brazo por los hombros y ella le dedicó una pequeña sonrisa.

–Estás preciosa.

–Gracias.

–Ignóralos.

–¿Qué?

–Que los ignores –repitió, abrazándola con más fuerza, como si quisiera protegerla–. Cuanto más tiempo dure esto, peor se pondrá. Las cámaras te seguirán a todas partes, y lo mejor que puedes hacer es ignorarlas.

Llegaron a la gran entrada del casino al que gente de todo el mundo quería acceder, pero que estaba reservado solo a unos pocos. Lukas la atrajo hacia sí para mirarla a los ojos con una expresión decidida.

–Y puedes confiar en mi protección.

Sintió que la garganta se le secaba. ¿Por qué esa atención que antes buscaba ahora le molestaba?

–Yo…

–¿Tú puedes protegerte sola? Ya lo sé, pero para esto no estás preparada. Esta clase de atención es invasiva. Sienten que tienen derecho a hacerlo.

–¿Cómo sabes…?

–Yo también he buscado una atención que nunca he conseguido recibir, Katherine, pero sé que esto –señaló con la cabeza las cámaras que no dejaban de apuntarlos con sus flashes– no lo es.

Lukas la entendía como nadie más. Si se quedaban allí mucho más, se iba a emocionar, y eso haría que los medios ardieran.

–Creo que deberíamos entrar.

Él sonrió.

–Buena idea.

Iniciaron la subida de las escaleras que conducían a la entrada.

–Entonces esta noche vamos a jugar –comentó.

–No.

–Ah. Entonces, ¿qué hacemos aquí?

–Ver y ser vistos. Y que nadie pueda oírnos –sonrió.

–Vale. No voy a preguntar. Te sigo.

Lukas veía cómo Katherine lidiaba con dificultad con toda aquella atención. Estaba acostumbrada a las cámaras, pero no a algo tan invasivo y violento. La estaba protegiendo llevándola a su casa, de compras a tiendas exclusivas y al casino, con su clientela exclusiva. Y por eso iban a su restaurante.

–*Bonsoir* –los saludó una elegante jefa de sala–. Bienvenidos. Su mesa le espera, señor Jäger. Síganme, por favor.

Lukas rodeó la cintura de Katherine para seguir a la jefa de sala de aquel impresionante local hasta un rincón apartado. Las mesas que quedaban más cerca estaban vacías, con un cartel de reservado. Apartó la silla de Katherine para que se sentara y ocupó su lugar. La mujer les entregó la carta y se marchó.

–¿Has reservado tú todas estas mesas? –le preguntó–. ¿Es así como te aseguras de que nadie vaya a oírnos?

–Soy un hombre egoísta, Katherine. Quiero que te centres únicamente en mí.

–Creo que no es cierto. Tú no eres egoísta. Puede que te criaran para serlo, pero en realidad eres generoso, considerado y protector.

–¿Ah, sí?

–Sí –confirmó, y puso una mano sobre la de él.

Hubiera querido llevarse su mano a la mejilla para empaparse de su consuelo.

–Y de verdad no comprendo cómo llevas tanto tiempo sin pareja, ni por qué.

Porque las elecciones siempre tenían consecuencias, y no podía pretender que otra persona llevase la vida que él llevaba.

Un camarero se les acercó a tomar la comanda y Lukas hizo un gesto para que ella pidiera la primera. Le gustaba verla sonreír, reír y charlar. Le gustaba cómo su melena pelirroja brillaba a la luz. Cómo el brillo de las velas que adornaban la mesa arrancaban destellos a sus ojos azules. Era una mujer increíble, llena de vida y determinación. La única persona que había conocido con la que podía relacionarse.

–¿Y para usted, *monsieur*?

–Lo mismo, y una copa de su mejor burdeos para la señorita Ward.

–Desde luego.

–¿Cómo sabías que me gusta el tinto? –le preguntó ella cuando el camarero se hubo alejado.

–Una vez hablaste con algunos pilotos sobre vino, estando en Francia, y nombraste un burdeos que habías probado y que…

–Que me encantó –terminó por él, abriendo los ojos de par en par–. ¡Hace dos años de eso, Lukas! Y ni siquiera estabas presente.

–No estaba en la conversación, pero sí por allí, y os oí. Y contestando a tu pregunta de antes, llevo tanto tiempo sin pareja por las decisiones que tomé.

Katherine frunció el ceño, esperando que continuase.

–Tuve una relación durante dos años. Vivimos juntos, y yo creía que acabaríamos casándonos. La quería, y en mi interior estaba ya convencido de que envejeceríamos juntos.

–¿Qué? No tenía ni idea.

–Nadie lo supo, y ese fue el problema. Nadie lo sabía porque yo estaba decidido a proteger nuestra intimidad. A protegernos de la prensa y el escrutinio. Pero mantener nuestra relación oculta nos obligaba a ser muy cuidadosos con lo que hacíamos y los lugares a los que íbamos. Intentamos ser felices, pero se hartó de mi celo por proteger nuestra intimidad.

«Me estás asfixiando, Lukas. Yo quiero divertirme, y no estar secuestrada en las sombras donde nunca vemos a nadie, y donde nadie pueda hacernos una foto. No voy a esperar a que estés preparado para vivir. Tienes que encontrar el modo de digerir lo de los medios porque nunca van a dejar de seguirte, pero puede que yo sí».

–Me dijo que no podía vivir así. Que era como si tuviéramos que escondernos por haber hecho algo malo.

Katherine lo escuchaba atentamente, sin interrumpirlo.

–Creía que podríamos seguir así durante los años que yo tuviera que estar bajo los focos y, una vez me hubiera retirado, tendríamos la vida que queríamos y todo mejoraría. Pero me equivoqué, y ella tenía todo el derecho a marcharse porque yo estaba siendo un

egoísta. Yo no quería que nuestra relación estuviera en los medios, y la obligué a vivir así sin consultárselo. Fue una época dura –confesó, volviéndose a mirar por el ventanal a las luces de Mónaco–. Dos semanas después, estábamos en pretemporada y fue cuando te vi –concluyó, rememorando cómo se había quedado clavado en el sitio al verla.

Katherine se rio con tristeza.

–Me viste, te sentiste atraído por mí y todo se fue a tomar viento.

–Sí. Después de eso, decidí que lo mejor para mí sería no estar con nadie hasta que me retirase.

El camarero se acercaba y Lukas se recostó en la silla. Katherine hizo lo mismo y permanecieron en silencio mientras les dejaban los platos.

–Hay una cosa que no entiendo –dijo ella cuando volvieron a estar solos–. Si seguir pilotando te hace tanto daño en este momento de tu vida, ¿por qué tanto empeño por continuar? Sé lo que me has dicho de tu padre, pero ¿y a ti? Tú eres el que tiene que vivir con esa carrera.

–No tengo por qué hacerlo. Hay otra opción. –Hubiera preferido no hablarle de ello, pero ya no podía dar marcha atrás. Nadie lo sabía. Ni siquiera Dominic–. Tengo una oferta de *Vortex Racing*.

–Obviamente no de piloto.

–Para ser director de su equipo.

–¡Vaya! –se sorprendió, recostándose de nuevo en la silla–. ¡Qué bueno! Pero, si sigues buscando equipo, significa que la has rechazado, ¿no?

–Aún no les he contestado –admitió, y tomó el tenedor, pero solo para pasear la comida por el plato.

–Es una oportunidad formidable, Lukas –dijo, incorporándose y poniendo las manos en la mesa. Aquella era la Katherine analítica, la que absorbía información y establecía conexiones a partir de ella. Era fascinante verla en acción–. Es cierto que son nuevos y es poco probable que obtengan grandes resultados el primer año. Su fábrica es pequeña, pero han incorporado mucho talento entre bastidores, de modo que pienso que van a tener uno de los coches mejor diseñados, lo que significa que es un equipo con mucho potencial,

aunque el motor no sea de diseño propio. Con tu nombre en el equipo, habrá más inversores y eso podría marcar la diferencia. Siendo tú el director, Lukas, me atrevo a decir que en dos o tres años estaríais listos para empezar a ganar carreras.

–No sé, Katherine –dejó el tenedor en el plato–. No sé si estoy listo para quitarme el casco aún, o para dirigir un equipo.

–Ya has dirigido un equipo siendo piloto. Tus conocimientos son tan amplios, tu comprensión del coche y del oficio son tales que incluso desde un punto de vista técnico podrías aportar y marcar la diferencia. Luego está el hecho de que has sido capaz de llevar el equipo de Dudek desde la nada al campeonato. Es más, lo has hecho con dos equipos distintos. Si hay alguien que sabe cómo ganar, ese eres tú.

–Pero no es pilotar.

–No, no lo es, pero ¿pilotar es lo que de verdad te apasiona?

Le encantaba llevar un monoplaza, pero no podía decir con sinceridad que sintiera lo mismo que al principio. Estaba un poco cansado.

–Ser piloto es lo que te mantiene en este purgatorio en el que está estancada tu vida. Estás solo por seguir siendo piloto. Y no tienes que estar solo, Lukas.

–Yo podría decir lo mismo de ti.

–Eso es distinto –se desmarcó, tomando sus cubiertos. No quería seguir escuchando esas cosas.

–¿Por qué? No eres tu madre. Has conseguido más que cualquier otra persona de tu familia. ¿Por qué permites que las elecciones que hizo tu madre te alejen de un posible futuro?

La pregunta era un poco invasiva, pero quería comprenderlo todo de ella.

–He conseguido lo que tengo precisamente porque no me he permitido enamorarme. Demuestra lo que soy capaz de hacer si no me distraigo. Tengo responsabilidades.

–Háblame de eso.

–Mis padres se están haciendo mayores y no tardarán en jubilarse, pero eso no va a ser posible si mi hermana Paige sigue metiéndose en líos. Unas veces es por robar en tiendas, otras por las

drogas, pero siempre hay algo. No es capaz de mantener un trabajo. En una ocasión, decidió empeñar unas cuantas cosas para irse a Europa. Fue trabajando aquí y allá, moviéndose de un país a otro, hasta que se le acabó el dinero y mi padre tuvo que ir a buscarla.

–¿Y eso le hizo perderse algo importante? –adivinó.

–La celebración de mi primer trabajo como periodista. Era el primer paso de nuestro plan, y sé que quería celebrarlo conmigo, pero no pudo. Entiendo que tuviera que auxiliar a mi hermana, pero sigue doliéndome.

–Podría haberla hecho esperar unos días. O enviarle dinero para volver. Lo que pasara después sería solo consecuencia de su decisión como adulta.

–Tenía que hacerlo. Les había prometido que, por mí, nunca iban a tener que preocuparse, y por eso tengo que lograr el éxito, Lukas. Si tengo recursos suficientes para cuidar de Paige, mis padres podrán disfrutar de su jubilación. Y podré ocuparme de ellos cuando lo necesiten. Alguien tendrá que pagar la residencia cuando sea necesario, dado que ellos se habrán gastado todos sus ahorros rescatando a mis hermanos. Y, además, este deporte es mi vida. Mi sueño. Y no puedo perderlo por nada ni por nadie.

–Lo siento, Katherine. No me imaginaba lo mucho que estaba poniendo en peligro hablando como lo hice entonces. Si hubiera estado en tu lugar, también me habría odiado.

–Yo siento no haberte dado la oportunidad de que te explicases. Quizás podríamos haber tenido esto antes.

Le dio igual quién pudiera estar viéndolos. Inclinándose sobre la mesa, la besó deseando lo mismo que ella, deseando haber sabido guardar su corazón, porque el afecto que estaba sintiendo por aquella mujer a la que nunca podría tener le estaba haciendo más daño que el odio.

Capítulo 13

Katherine se apresuró a terminar con la decoración de Navidad del salón.

Después de la cena volvieron a casa, se metieron en la habitación de Lukas y se quedaron allí. A la mañana siguiente, al bajar a desayunar, no había ni rastro de él, lo cual le resultó extraño, pero al mismo tiempo, le ofreció una oportunidad.

Estaba empezando a comprender cómo era la vida para Lukas. *Alpha One* era su vida, pero había muchas más cosas que no deberían ir aparejadas y que él soportaba como podía: la atención no deseada. La soledad. «No le veo sentido a celebrar unas fiestas que solo me recuerdan que no tengo familia con quien pasarlas». Un hombre como él, sensible, generoso y de buen corazón, no se merecía estar solo, y menos en Navidad. Y había tenido una idea brillante. Discretamente, había salido del apartamento y había vuelto con toda clase de ornamentos navideños.

Guirnaldas verdes colgaban por la estancia, tejidas con luces de hadas y adornadas en rojo y dorado. El árbol, decorado en los mimos tonos, ya estaba casi listo. Rápidamente puso lo que faltaba y se deshizo de todos los envoltorios antes de que Lukas llegase. Quedaba solo una cosa, que esperaba que hiciera con ella: poner la estrella en lo alto del árbol.

Acababa de dejar un plato en la mesa de centro cuando oyó una voz áspera a su espalda:

–¿Qué es todo esto?

–No te he oído entrar –contestó, volviéndose rápidamente con el corazón desbocado.

Él debió ver su pulso alterado porque posó una mano delicadamente en su cuello.

–No me has contestado –dijo con suavidad.

–Quería demostrarte que sí que puedes celebrar la Navidad. Que no estás solo.

–¿En serio?

Ninguno de los dos se movió. Lukas siguió con la mano en su cuello y Katherine con los brazos colgando junto al cuerpo. No movieron ni un músculo. No se atrevían a respirar.

–Sí.

Mientras que le permitiera seguir formando parte de su mundo, no estaría solo. Se acercó para abrazarlo, pero no con intención de dar rienda suelta a la pasión en la que solían perderse, sino con ganas de tenerlo en sus brazos, de darle el consuelo que él le había ofrecido a ella.

Lukas la abrazó y apoyó la mejilla en su hombro. Katherine podría haberse echado a llorar en aquel momento. Nunca había sentido su corazón de ese modo. Aquello no era solo físico.

–¿Son galletas de jengibre? –preguntó de pronto.

–Sí –respondió, y Lukas fue de inmediato a por una, pero no se la llevó a la boca.

–Cuando mi madre se marchó, mi padre se aseguraba de que nunca faltasen en Navidad –le contó, y le dio un pequeño mordisco–. Casi nunca había regalos, pero siempre una lata de estas galletas en Nochebuena.

Se metió el resto de la galleta y masticó con deleite, y Katherine recordó que su padre era cocinero.

–¿Las hacía él?

Lukas asintió.

–¿Cuánto hace que no las comías?

–Dos años.

Su padre había fallecido hacía algo más de un año, de modo que la Navidad precedente ya no podían haberla pasado juntos.

–Me queda una cosa por hacer en el árbol. ¿Me ayudas?

–Claro.

Le dio una caja para que la abriera, pero él estaba examinando una nuez dorada que colgaba de una de las ramas. Había muchas.

–Has pensado en todo.

–Nunca subestime a una mujer con una misión, señor Jäger.

–Nunca te subestimaría a ti.

–Abre la caja.

Intentó ocultar el rubor de las mejillas, pero no pudo porque Lukas quiso besarla en los labios. Abrió la caja y sacó una estrella de nácar iridiscente.

–¿La puedes colocar en lo alto?

–Claro.

–Cuando éramos pequeños, los cuatro decorábamos el árbol de Navidad, y siempre discutíamos por ver quién colocaba la estrella.

Lukas se detuvo a escucharla.

–Al principio teníamos un ángel. Era de porcelana, precioso. Dijimos que lo haríamos con cuidado, pero, como discutimos, se nos cayó y se rompió. A partir de entonces, hubo una estrella de plástico. Cuando empezaba la pelea, yo me iba a un rincón, lo más lejos posible del jaleo.

–¿Y qué hacías para que te hicieran caso?

–¿Qué quieres decir? –preguntó, haciendo una bola con el papel del envoltorio, pero él se lo quitó de las manos y la abrazó.

–Me parece evidente que a ti no te hacían mucho caso porque el comportamiento de tus hermanos se lo llevaba todo. ¿Qué hacías tú para recibir atención de tus padres?

Katherine se quedó desconcertada. No se sentía capaz de responder a la pregunta.

–Creo que elegiste este trabajo porque querías visibilidad, Katherine –resumió como si no pretendiera quitarle la armadura y dejarla vulnerable–. Tu padre y tú compartíais el amor por *Alpha One* y quizás ser piloto no era una opción, pero, teniendo en cuenta lo que me has contado, podrías haber escogido otros caminos. Una ingeniería, por ejemplo. Pero escogiste ser periodista, un trabajo en el que te iban a ver y a escuchar millones de personas. –Le acarició la mejilla–. Atención.

Katherine intentó mirar para otro lado, pero él no se lo permitió.

–Tanto te esforzaste por ser la hija buena que no necesitaba nada que te volviste casi invisible. Hacías lo que te mandaban cuando te lo mandaban sin protestar, pero querías que tus padres te prestasen atención, y el único momento en que lo lograbas era en las carreras y con esta profesión. Y quieres cuidar de ellos porque eres buena y cariñosa, pero también porque así por fin repararán en ti. Y ahora estás aquí, ante los focos, pidiendo atención, defendiendo tu lugar en el mundo porque siempre has sido independiente. Pero tu madre no entiende por qué has cambiado. Por qué de pronto has dejado de escuchar sus consejos y ya no eres invisible.

Katherine sentía una quemazón en la garganta, pero no quería llorar.

–Querías ser tan buena, tan fácil de llevar que te ocultaste a sus ojos, pero deberían haberse esforzado por conocerte. –Puso una mano en su mejilla–. Yo te veo, Katherine.

Y, tomándola en brazos, la alzó para que pudiera poner la estrella en lo alto del árbol.

El corazón le iba a estallar. Se colgaría del cuello de Lukas y no lo soltaría jamás.

–Aún tenemos que dejarnos ver –comentó al dejarla de nuevo en el suelo.

Su corazón pasó de volar a arrastrarse por el suelo. Aquella relación era falsa. No le habían dejado otra opción y no debía olvidarlo.

–Mañana saldremos con mi barco –continuó–. Nos verán fácilmente, pero tendremos intimidad. Podrán sacarnos fotos, pero nada más.

–Mañana cumples treinta y cuatro –dijo. Qué tonta. Le había comprado un regalo.

–¿Lo sabías?

–El mundo entero lo sabe, Lukas.

–Lo que quiero decir es que te has acordado.

–Pues claro.

–¿Por qué? Y no me digas que es tu trabajo.

–No puedo responderte –fue lo que se le ocurrió decir. Se había quedado sin excusa.

–¿No puedes o no quieres?

–Es que no sé por qué.

–Yo creo que sí, pero no quieres analizarlo. No pasa nada, Katerine. Lo entiendo.

Lo había malinterpretado. No había nada que analizar.

–Tengo que ducharme –dijo Lukas.

Ni él le pidió que lo acompañara ni ella lo siguió.

Capítulo 14

Cuando Lukas se refirió a su barco, Katherine no supo qué podía esperar. Aquel resultó ser más grande que su apartamento y mucho más lujoso, pero no era lo rápido que esperaba que fuese.

–Pareces sorprendida –comentó.

–Es que tu barco es más lento de lo que me imaginaba –se sinceró, cruzándose de brazos con su jersey grueso de punto.

Lukas manejaba con facilidad el gran timón de acero, y ella iba sentada a su lado.

–Vengo aquí para alejarme de todo. No necesito que sea rápido, sino tranquilo.

Paró el barco y echó el ancla. Desde allí, podían ver todo Mónaco. Resultaba muy distinto de lo que ella había visto en los días del gran premio. Era un lugar tranquilo, espectacularmente hermoso y sereno. Pero perdería todas esas cualidades para ella. A partir de aquel momento, cada vez que viajara a Mónaco, la recibiría un buen montón de recuerdos de Lukas.

Lukas la abrazó por la cintura. «Es solo apariencia, Katherine. No lo olvides».

–Vamos a la cubierta de popa –sugirió, y la condujo a la parte trasera del barco, en la que había varios sillones cómodos alrededor de una mesa fijada a la cubierta.

–Siéntate, que vuelvo enseguida.

Katherine se acomodó y contempló la costa. Quizás debería irse. Aquello empezaba a ser peligroso. Lukas sabía lo que ella pensaba, y no podía cambiar de opinión respecto a las relaciones. Lo entendería si se buscaba alguna excusa para volver a Londres. «¿Después de haberte comprometido a pasar con él la Navidad?». No quería

hacerle daño, y sacó un pequeño paquete envuelto para regalo del bolso.

–¿Qué es eso? –preguntó él, después de dejar un bol con fruta sobre la mesa.

Se había sentado a su lado, y automáticamente su mano voló hasta posarse en su muslo, como si no pudiera resistirse a tocarlo. Lukas apretó su mano debajo de la mesa, donde nadie pudiera verlos. Ningún fotógrafo podría captar aquella pequeña muestra de afecto. Y eso la confundió aún más.

–Es tu regalo de cumpleaños –dijo, poniéndoselo delante.

Con la mano libre, deshizo el lazo y abrió la caja. Era un delicado adorno de Navidad de cristal.

–Me pareció apropiado.

Lukas sonrió.

–A mí también –dijo. Con el lazo enrollado en el dedo corazón, se levantó de la mesa y recogió el bol. La brisa marina le alborotaba el pelo y pegaba la camiseta a su torso–. Ven conmigo.

Lukas entró en la cabina, separada de la cubierta por una doble puerta de cristal, y esperó a que ella hubiera entrado para cerrar.

–Creía que teníamos que mostrarnos en público.

–Esto va a ser solo para nosotros, Katherine.

La tomó de la mano para conducirla al camarote principal, decorado en madera oscura y luces suaves.

–Esto no tiene que significar más de lo que tú quieras que signifique. Ya hemos cumplido con nuestra obligación, y ahora no quiero compartir esta parte de ti con nadie –explicó, haciendo que se sentara en el borde de la cama. Junto a ella dejó el cuenco con la fruta y el copo de nieve–. ¿He malinterpretado tu regalo? Es un recordatorio de que lo nuestro es temporal, ¿no? Sexo sin ataduras como el que tuvimos en la cabaña, ¿verdad?

Katherine le había comprado el copo de nieve porque, pasara lo que pasara, siempre tendrían la cabaña de Lapland, el lugar en el que habían conectado el uno con el otro, el recuerdo de lo bien que podían estar juntos. Pasión con fecha de caducidad. Solo eso, según él. El recordatorio de que lo que tenían era efímero. Podría haber corregido su interpretación, pero ¿para qué?

–Te deseo, Lukas.

Era la única verdad irrefutable.

Él se arrodilló ante ella y le quitó los zapatos sin prisa.

–Tontita –dijo, desabrochándole los vaqueros y quitándole el jersey–. No se puede desear lo que ya se tiene.

Pero, en realidad, no lo tenía. «Pero puedo fingir que sí».

Ojalá pudiera retirar sus palabras. Sabía que Katherine deduciría cosas que no eran ciertas porque era consciente de que se estaba enamorando de él. Lo veía en las cosas que decía, en su elección de palabras, en sus miradas incapaces de ocultar nada. Pero no quería estarlo. Permanecía a su lado solo para salvar su carrera, y si estaba empezando a sentir algo más, aplastaría esos sentimientos porque anteponía su éxito profesional a todo lo demás. Lo comprendía perfectamente, incluso lo respetaba, porque era esa la razón de que hubieran acabado en aquella situación, pero no podía mentirse. Lo que él sentía por Katherine iba más allá de la pasión y la lujuria. Sin embargo, no podrían ser nada más porque ella era periodista y él no quería vivir su vida en los medios.

Le quitó el resto de la ropa y se desnudó él, sonriendo cuando su mirada pasó de pensativa a hambrienta.

Fue resbalando sobre su piel besándola brevemente, apenas un roce de los labios. Y cuando ella hizo ademán de incorporarse para alcanzar su boca, le agarró las muñecas y se las sujetó por encima de su cabeza.

–No tengas prisa –le dijo. Quería tomarse su tiempo con ella. Un día no muy lejano ya no estaría, y aquella conexión, más intensa que cualquier otra, desaparecería también.

–Eres un provocador.

–Sí, pero soy un provocador de los buenos. Veo esa carita de hambre, y te doy de comer –le susurró, y del cuenco tomó un pedazo de mango y se lo acercó a los labios. Katherine dio un mordisco. El zumo le humedeció los labios y escurrió por los dedos. Lukas se comió el pedazo que quedaba. Ella soltó una mano y se

llevó la de Lukas a la boca para lamer sus dedos uno a uno. Hubo un gemido.

–Y yo me lo como todo –susurró ella.

Condenada mujer…

–Me estás llevando al borde del precipicio.

–Pues déjate ir.

–Quiero que sea especial para ti.

–¿Por qué?

–Porque estoy seguro de que has malinterpretado mis intenciones al traerte aquí hoy. Te quedaste muy callada cuando te dije lo que íbamos a hacer. Y no lo dije para recordarte la naturaleza de lo que hay entre nosotros, sino para que supieras que respeto tu compromiso con tu carrera y que, para no estropearlo, era necesario que apareciéramos en público. Pero también quería tenerte para mí solo, Katherine. –Rozó su cuello con la nariz, inhalando su aroma, un aroma que ansiaba y al mismo tiempo no quería tener en su habitación, porque cuando ella se marchase sería un tormento–. Y ahora mismo, estamos completamente solos. Nadie puede vernos. Ni oírnos. Tú eres mía y yo soy tuyo.

Katherine lo besó salvajemente y Lukas deseó que aquella verdad no fuese temporal. Ojalá pudiera ser distinto. Ojalá pudiera decir que era suya sin tener que precisar la duración. Pero la realidad se imponía. La realidad era el dolor que estaba sintiendo en la base del abdomen de lo feroz que era su deseo por ella. Realidad era el placer que sacudía su cuerpo como si se hubiera lanzado a un lago de puro éxtasis.

Necesitaba que ella conociera aquel placer, así que se arrancó de sus labios y fue trazando un camino de besos por su pecho, deteniéndose a adorar sus senos, moviéndose a su compás.

–Lukas –gimió–, más.

Atrapó su pezón con los dientes y disfrutó de oírla gritar, y siguió descendiendo hasta llegar a su sexo. La piel le brillaba por la excitación, y en sus ojos había una expresión de anticipación que encajaba con lo que él estaba sintiendo sacudiéndolo de la cabeza a los pies. La necesitaba. La deseaba. Iba a tenerla una y otra vez para que gritara su nombre, para que quedase grabado en su alma y

que nunca pudiese librarse de él, como él jamás podría librarse de ella.

Con la lengua abrió sus pliegues y succionó su clítoris. Jamás había conocido otra satisfacción como la que experimentó al oírla gritar. Agradeció estar en el barco y que nadie pudiera escucharlos, pero al mismo tiempo deseó estar en un lugar público que todo el mundo la oyera gritar su nombre.

Siguió devorándola, bebiéndola, y sus gemidos crecieron en intensidad y ritmo hasta que se aferró a su pelo y al edredón después, alzando las caderas, rodeando sus hombros con las piernas. Le ofreció las manos para que pudiera agarrarse a ellas y Katherine, echando la cabeza hacia atrás, se derramó en él.

Tenía aún los ojos cerrados cuando Lukas la abrazó para que pudiera volver a la tierra. Tiró de su pierna para envolverse con ella la cadera y deslizó su pene endurecido y palpitante en el calor y la humedad de su cuerpo, gimiendo como un animal herido, consumido por su sabor, su olor y el satén de su piel.

–Sí –gimió ella con el aliento entrecortado, una sonrisa satisfecha y las mejillas encendidas.

¿Cómo iba a ser capaz de despedirse de ella?

Había intentado protegerse manteniéndola en su propia habitación, pero, a partir de aquella noche, eso iba a cambiar. A partir de aquel momento, dormiría en su cama, y dejaría su presencia por toda la casa. Hasta que no entró en su cuerpo, desatando una letanía de gemidos, no supo que un corazón podía cantar y llorar al mismo tiempo, pero Katherine le acariciaba las mejillas, así que no le importó.

–Más –le rogó él–. Por todas partes.

«Deja tu marca en mí».

–Me estás echando a perder –le dijo tan cerca de los labios que respiraban uno el aliento del otro.

–Yo ya estoy perdido.

Intentó memorizar el tacto de su pecho, de su espalda, de su pelo, la curva de sus nalgas. Incluso sus movimientos, cada vez más urgentes, como los de él. Se perdió en la sensación, en la lujuria, en todo lo que Katherine le hacía sentir.

Sintió un latigazo en la espina dorsal. Eran todos los nervios, clamando por su liberación.

–Es… estoy tan cerca.

–Acaríciate –le pidió. Quería que experimentara tanto placer como fuera posible y, tomando la mano que ella tenía en su pelo, se la llevó a la boca para humedecérsela y la colocó a continuación entre sus cuerpos, haciéndola gemir.

–Siéntelo por mí, Katherine.

Oleada tras oleada, el clímax la sacudió de arriba abajo, lanzando a Lukas al orgasmo más intenso de su vida.

–Joder –gruñó, abrazándola con fuerza. No quería soltarla. No podía abrir los ojos, pero sintió que algo húmedo le caía al brazo y supo exactamente de qué se trataba. Aquello era distinto. Era mucho más que cualquier sexo que hubiera tenido, porque no era sexo. Allí, en mitad del mar, habían hecho el amor.

La amaba. Una mujer a la que nunca podría tener. Una mujer que luchaba por su carrera en los medios, los mismos que él detestaba. Pero Katherine tenía integridad, era generosa y sensible. Y confiaba en ella.

¿Cómo sería estar juntos? Su relación estaría al descubierto para el ojo público, y la gente pensaría que lo aceptaba, cuando en realidad estaban en aquel barco para esquivar toda esa atención. ¿Podría hacerlo de continuo? ¿Quería vivir su vida así por la mujer a la que amaba?

Capítulo 15

Lukas estaba colocando un pequeño árbol de Navidad en su dormitorio, entre dos sillones, bajo la atenta mirada de Katherine. Era la primera vez que estaba en su alcoba, y tenía la sensación de que habían ido un paso más allá en su acuerdo de solo placer. Algo había cambiado en el barco. Ya antes, pero la última vez que habían hecho el amor había sido mejor que ninguna, con la pasión y las risas que ya conocía, pero con una intensidad y una conexión desconocidas.

Y ahora estaba en su alcoba, prueba definitiva de que Lukas había bajado las defensas con ella.

–Sabes que tienes otro mucho más grande que este dos plantas más abajo, ¿verdad? –preguntó señalando el arbolito.

–Pero en ese no va a estar esto –contestó, y sacó de su caja el copo de cristal que le había regalado para colgarlo en una rama–. Este es solo para mí.

Casi nadie entraba en su casa, y él seguía queriendo poner barreras y proteger su relación para que nadie más pudiera saber de ella.

–Anda, ven –le dijo, llamándola con la mano, después de quitarse los zapatos y tumbarse en la cama con un brazo doblado bajo la cabeza.

Katherine se unió a él sin necesidad de pensarlo.

–Es un buen sitio. Por la mañana, cuando el sol dé en el cristal…

–Estarás aquí para verlo porque dormirás conmigo –interrumpió.

–Creía que querías tu intimidad.

Lo suponía porque tanto su alcoba como su lugar de trabajo estaban en otra planta, así que aquello era un gran cambio.

–Quiero que estés en mi casa y en mis brazos, Katherine. Puede que no dispongamos de mucho tiempo, pero podemos aprovechar al máximo el que nos han dado.

¿Y si dispusieran de más? Podría despertarse muchas mañanas a su lado. Otras, lo haría con el aroma a café y con la imagen de un Lukas sudoroso y descamisado. Podría trabajar desde su despacho, puede que a los circuitos juntos. Él competiría, ella informaría y volverían a los brazos el uno del otro cada noche. No sonaba nada mal. Él se había hecho la vasectomía, de modo que no había peligro de que una familia pudiera obligarla a renunciar a sus sueños. Con él, era seguro tener la vida que deseaba tener.

–Yo también lo quiero –susurró, y Lukas la besó. Fue como una erupción volcánica que los arrastrase ladera abajo, hasta que un timbre sonoro rasgó el aire.

–Tengo que contestar –protestó Katherine–. Debe ser trabajo.

Sacó el móvil del bolsillo y vio que se trataba de un correo de Jennifer. Lo abrió y el estómago le dio un vuelco:

…que me pediste que no publicase el artículo, pero va a salir mañana.

¡No! ¡No podía ser! ¡No podía ocurrir algo así!

–¿Qué pasa? –preguntó Lukas.

–Aún no estoy segura. Tengo que llamar a Jennifer.

Katherine bajó al salón, tan lejos de Lukas como le era posible, para llamar a su editora. Jennifer respondió de inmediato.

–Me dijiste que retirarías el artículo –espetó, nada más oír su voz. Aquello era un desastre. Lukas no podía ver lo que había escrito, que pertenecía prácticamente a otra vida.

–Lo sé, pero hay tanto jaleo sobre vosotros en este momento que ese artículo es una mina de oro.

–Eso no es cierto. Dime por qué has decidido publicarlo.

–¿Quieres la verdad? Pues ahí va: os pedimos que aparecierais en público como pareja. Que generarais interés, y lo único que tenemos es una mañana de compras en la que Lukas intentaba ocultarte de las cámaras, y algunas imágenes lejanas en un barco.

–Es suficiente para sugerir una relación, Jennifer.

–Nadie ha hablado de «sugerir». Queríamos que salierais de la reunión de la mano. ¿Qué significa eso para ti? Te advertí en aquella reunión lo que iba a pasar.

–¿Que me advertiste? Amenazarme con el artículo es chantaje, Jennifer. Había quedado claro que lo que escribí en él no era cierto. Ahora tenemos mucha más información. Podríamos escribirlo de nuevo.

Si lo hablara con Lukas, podría escribir algo con lo que él se sintiera cómodo y que no hiciera pedazos el sueño que acababan de encontrar.

–En tu artículo hay un ángulo que es perfectamente válido, y que seas tú precisamente quien lo ha escrito atraerá un tráfico brutal al sitio, que es lo que a mí me importa. Y a los demás también les gustará, porque la gente querrá saber qué pasa entre Lukas y tú después.

–¿Hay algún modo de que pueda convencerte de que no lo publiques? –preguntó, desesperada y con el estómago revuelto.

–No.

–¡Maldita sea, Jennifer! –gritó, y colgó.

No podía hablar. Se dejó caer en el sofá y con las manos se tapó la cara. Lukas iba a odiarla. Todo lo que tenían entre los dos quedaría perdido.

Tenía que encontrar la manera de adelantarse, y el único modo era hablando con Lukas. Él sabía cómo pensaba ahora. Tenía que intentarlo. No podía perderlo.

Lukas estaba en la terraza de su dormitorio, contemplando la puesta de sol.

–¿Lukas?

Se volvió hacia dentro. Katherine estaba en mitad de la habitación, aferrada a su teléfono con las dos manos. Algo ocurría. Algo iba mal.

–¿Qué pasa? –le preguntó alarmado. Vio que hacía ademán de empezar a hablar, pero no emitió un solo sonido–. Ven, Katherine –

dijo, y ella corrió a su lado–. Pase lo que pase, podremos arreglarlo –dijo abrazándola.

–Ha ocurrido algo –anunció, y tragó saliva. Estaba claro que intentaba no echarse a llorar.

–Tómate tu tiempo.

–Por favor, quiero que me escuches antes de decir nada. ¿Me lo prometes?

–Claro.

Ella asintió y respiró hondo.

–Antes de que fuéramos a Lapland, incluso antes de que supiera tan siquiera dónde estaba Lapland, tuve que escribir un artículo sobre ti para *Aero.*

La irritación se desencadenó de inmediato, porque cualquier cosa que tuviera que ver con la atención de los medios no era buena para él, y si Katherine había escrito algo antes de que quedasen atrapados en la nieve, iba a ser malo, sin duda.

–Y lo van a publicar ahora –adivinó. Era lo lógico.

«No pierdas los nervios. No sabes lo que ha escrito».

–Ya no somos los que éramos, Katherine, y si es parecido a lo que escribías antes, creo que ya lo he visto todo.

Pero ella negó con la cabeza.

–No, no lo has visto todo. Llamé a Jennifer cuando el helicóptero nos dejó en tierra para pedirle que no lo publicara, y me dijo que no lo haría.

–Pero ahora lo va a hacer. ¿Es muy malo?

Ella no contestó.

–Katherine, te he hecho una pregunta.

Ella siguió sin contestarle y, de pronto, el sol perdió todo su calor. Lukas sintió frío. Le faltó tierra bajo los pies. Pero no tenía por qué ser así. Si pudiera ver lo que había escrito, quizás fuera posible encontrar una salida.

–Enséñamelo.

Katherine se alejó de él.

–¿No podemos hablar de ello antes? ¿De verdad tienes que verlo? Ya no somos para nada quienes éramos.

–Seguimos siendo las mismas personas, aunque hemos aprendido a comprendernos. Tengo que decirte que no me gusta nada que no quieras enseñármelo. ¿Cuándo sale?

–Mañana –confesó en voz baja.

–Perfecto. Entonces Dominic tendrá información.

Y fue en busca de su móvil.

–¡No, espera!

–De un modo u otro voy a verlo.

–Lo sé –dijo cubriéndose la cara con las manos–. Pero no quiero que lo leas aún.

–No sirve de nada retrasarlo.

Katherine dio varios toques en la pantalla de su móvil y se lo tendió.

–Me siento mal –susurró, retirándose hasta la balaustrada.

Lukas comenzó a leer:

Lukas Jäger: ¿Uno de los grandes o un piloto sobrevalorado, ahora en el ocaso?

Es un hecho que, en Alpha One*, un piloto es tan bueno como lo haya sido su última carrera. Para Lukas Jäger, esta ha sido una temporada para olvidar. Aparte de los breves destellos del talento que una vez poseyó, este año ha acumulado veintitrés carreras plagadas de errores, trompos y segundos perdidos, lo cual hace que nos planteemos la siguiente pregunta: ¿de verdad nos sorprende que lo hayan sustituido por Easton Rivers? La respuesta es no.*

Lukas miró a Katherine, que se había cruzado de brazos y esperaba en silencio. Ella había estado en esas carreras y sabía que los trompos los había causado una aerodinámica incorrecta. Los malos tiempos habían durado hasta que consiguieron que los ajustes y configuraciones del monoplaza fueran los idóneos para la competición. En las clasificatorias había batido a Will, su compañero de equipo, veinte a tres, y había acabado por delante de él en todas las carreras menos en una, y ese fallo se había debido a problemas mecánicos.

Lukas siguió leyendo sin decir una palabra.

Pero antes de analizar su temporada, quizás deberíamos estudiar la trayectoria de su ascenso gracias a la experiencia de su representante, Dominic Wilson. Originario de una parte de Austria que nunca ha sido conocida por ser patria de buenos pilotos, Lukas recibió una gran atención desde el principio…

Lukas sentía que el pulso se le iba acelerando con cada palabra que leía.

…con lo que podría decirse que quizás, en los años en que se alzó con la victoria, la falta de competidores serios le hicieron parecer más talentoso de lo que era en realidad. De hecho, contaba con el mejor coche de toda la competición, lo cual se traducía en que, en muchas ocasiones, no tenía a quién batir, dado que partía siempre del primer puesto en la parrilla de salida.

A cada renglón, la calma que se había prometido mantener iba siendo reemplazada por furia. Aquella crónica ofrecía la peor imagen suya posible.

La pregunta que ahora todos nos hacemos es: ¿valieron la pena los sacrificios que Florian Jäger tuvo que hacer? Hace un par de años, aun cuando las temporadas de Jäger no fueron las mejores, podría decirse que sí, pero después de la de este año, ese sí ya no podría ser categórico.

Aquella era la obra maestra de Katherine. Su Quijote. Su odio destilado gota a gota. Ella ahora sabía lo mucho que él necesitaba honrar la memoria de su padre, y quizás se había dado cuenta antes también. Al fin y al cabo, ambos parecían entenderse de un modo extraño, así que habría sabido qué nervio tocaba con aquel artículo.

Quienes pueblan el paddock *en cada gran premio solían describir a Lukas como un hombre frío, pero además se ha ganado la reputación de implacable y egoísta. Todos los fines de semana se lo*

podía ver deambulando con un bloc, anotando información sobre el coche, los neumáticos y las distintas condiciones del circuito, observaciones que se negaba a compartir con los miembros de su equipo. En opinión del conocido comentarista Benjamin Stevens, era un acto «inmaduro e injusto». Al fin y al cabo, es el equipo el que tiene que ganar el premio de constructores para seguir siendo competitivo y para recompensar el trabajo duro de quienes se esfuerzan en la fábrica.

Pero este retrato no estaría completo si no echásemos un vistazo a lo que ocurre también fuera de los circuitos. La publicista de Jäger, Erin Walker, se vio desbordada con el escándalo que provocó la noticia de la difícil relación entre su madre y él, que obligó a su madre a exiliarse de su pequeño pueblo austriaco, donde Lukas es venerado como un héroe. En un deporte como Alpha One*, en el que los medios son tus amigos, Jäger se ha negado obstinadamente a dar su versión de la historia, lo cual ha conducido a que sean muchos los que especulen sobre el papel que desempeñó él en el destino de su progenitora.*

Lukas se sentó en uno de los sillones junto al árbol de Navidad con su adorno de cristal y siguió leyendo:

Por todo esto, hemos de aplaudir a Thomas Dudek en su decisión genial de firmar con William Bell y Easton Rivers, ya que de este modo cuenta con un dúo de talentos jóvenes y libres de escándalos que llevarán al equipo de nuevo al podio. En cuanto a Lukas Jäger, su carrera fue buena mientras duró, pero quizás retirarse ahora sería el paso más inteligente. No obstante, sería una lástima que desperdiciase su experiencia: quizás un papel de consultor en un equipo pequeño debería ser el próximo paso para su carrera.

Clac.

En el silencio de la alcoba, el ruido que hizo Lukas al dejar el teléfono sobre la mesa sonó tan fuerte como un grito.

–Lukas, di algo –le rogó Katherine desde la terraza.

–¿Qué quieres que diga? –respondió, frotándose la frente.

Sentía un dolor intenso en el pecho, y el pulso le retumbaba en las sienes. Sus palabras le habían arrancado las entrañas. Aquella crónica iba a tirar por tierra todo lo que Dominic, Erin y él habían hecho para conseguirle un monoplaza. La mujer a la que amaba sería quien acabaría con su carrera.

–¿Es esta tu venganza porque te despidieron por mi culpa?

–¿Qué? ¡No! Me gustaría pensar que soy más profesional que eso –contestó a la defensiva–. Yo… yo no te conocía como te conozco ahora. Le dije a Jennifer que no podía publicarlo porque ya no es cierto.

Lukas se echó a reír aun con los dientes apretados.

–Nunca lo fue.

La miró, y Katherine se apartó de lo que fuera que vio en sus ojos.

–Por favor, Lukas –le rogó, haciendo acopio de valor y acercándose a él–, intenta comprender que las cosas eran muy distintas cuando escribí este artículo. –Arrodillándose delante de él, tomó sus manos. Lukas solo deseaba apartarla de un empujón, pero no podía hacerlo porque, a pesar de estar furioso y herido, siempre quería más de ella–. Es de antes de que me mostraras quién eres en realidad. Jennifer me chantajeó con este artículo cuando nos reunimos en *Aero*. Si no accedía a fingir una relación contigo, lo publicaría, y no podía permitir que ocurriera eso. Me ofrecí a escribirlo de nuevo. Intenté arreglarlo antes de que ocurriera, asegurarme de que no te hiriese.

Lukas se levantó para alejarse de ella.

–Eso es una estupidez, y tú lo sabes –espetó. Sabía que mentía–. Has tenido varias oportunidades para arreglarlo. En Lapland, cuando supiste que iba a salir, tenías el teléfono y el portátil, pero no hiciste nada. Durante todo el tiempo que estuvimos allí, podrías habérmelo contado, pero no. Lo ocultaste y ni siquiera te has disculpado por ello.

–Lukas, de verdad que…

–¡No te atrevas a hacerlo ahora, Katherine! Ni lo intentes.

Se tiró del pelo con fuerza, y el dolor que se causó fue bienvenido. Se sentía tan estúpido por haber confiado en ella.

–La mujer que escribió esto no tendría inconveniente alguno en meterse en mi vida utilizando las excusas que fueran necesarias. Creo que esa persona –señaló el móvil– sería capaz de organizarlo todo con Robert y Courtney solo para obtener algunos «me gusta» extra.

–Eso no es cierto –repuso acercándose, pero Lukas no se lo permitió.

–Debería haberme dado cuenta desde el principio. Solo te acercaste a mí para tener una historia que contar.

–¡Jamás haría algo así! –estalló en lágrimas.

–Y pensar que fue gracias a mí que conseguiste este trabajo en *Aero*.

Katherine lo miró boquiabierta, y él disfrutó con su desconcierto.

–Les dije que no estaría mal que una mujer guapa que conocía este deporte estuviera en el equipo de presentadores. Les dije que a los pilotos no les importaría hablar contigo.

–Pero si tú me detestabas.

–Vete.

–¡Me odiabas! –exclamó casi histérica.

–Al principio, no –declaró en un tono cargado de final–. Márchate.

–No quiero irme –contestó, rota–. Va a ser Navidad. No quiero dejarte solo.

–Que te vayas, Katherine.

–Lukas, por favor. Dejemos que pase un tiempo para calmarnos y volvamos a hablar.

–¡Que te largues! –gritó.

Permanecieron un instante más mirándose, y luego ella dio media vuelta y salió de la alcoba.

No quería a nadie en su casa, y menos a la persona que había vertido todo su odio contra él, aunque él la amase. No volvería a pasar. Había terminado con los medios y había terminado con el amor.

Capítulo 16

Katherine se detuvo ante un pareado color crema de St. Albans, una casa que visitaba siempre que le era posible, en la que había crecido soñando con hacer carrera en Londres. No sabía si estarían sus padres, pero, en cuanto desembarcó del avión proveniente de Niza, aquel fue el único lugar al que quiso ir.

No podía quitarse de la cabeza lo que Lukas le había revelado. Llevaba años culpándole de haber estado a punto de acabar con su carrera, y resulta que él era la razón de su éxito, de que tuviera un mejor puesto en *Aero* que en *VelociTV*. Y ella se lo había devuelto convenciendo al mundo de que lo odiase.

Los ojos volvieron a llenársele de lágrimas, paró el motor de su Mercedes y fue hasta la puerta. No se oían voces dentro, de modo que, usando su llave, entró.

–¿Mamá? ¿Papá?

No hubo respuesta.

La fuerza de voluntad la abandonó, y el dolor de perder a Lukas se le hizo insoportable. Habría tenido que despedirse de él de todas formas, pero cuando la echó de su casa, se dio cuenta de que no quería separarse de él.

–Esto ha sido un error –murmuró, dando media vuelta.

–¿Kittykat? Me parecía haber oído tu voz.

Sin pensar se echó en los brazos de su padre. Nunca había pedido el consuelo de sus padres. Desde que era bien joven había sido capaz de controlar sus emociones. Sus hermanos nunca lo hacían.

–Esto no es propio de ti –dijo su padre cuando se separaron–. Ven, vamos a tomar un té en el salón. Tengo la chimenea encendida.

–¿Puede ser café?

–¿Desde cuándo te gusta el café? –preguntó su padre, sacando del armario de la cocina un tarro de instantáneo.

–Desde siempre.

¿Por qué habría dicho eso? Estaba allí para que la consolaran, no para hacer que sus padres se sintieran culpables.

Su padre puso en marcha el hervidor.

–Estoy yo solo. Tu madre ha salido con Paige, y tus hermanos están por ahí.

–Bien.

Solo quería hablar con su padre.

Acabó de preparar las bebidas y le puso en las manos una jarra de flores. Katherine tomó un sorbo. No era gran cosa, pero al menos era algo que ella había pedido.

–Vamos a charlar.

El salón seguía intacto. Las paredes de un color melocotón que casi podía saborear, los sofás seguían en el mismo sitio exacto. En un rincón había un árbol de Navidad con un ángel del plástico como remate. Nuevo.

–¿Quién ha colocado el ángel? –preguntó sentándose en el sofá, en la parte más alejada del árbol. Su padre eligió la más cercana.

–Christopher ganó la competición, aunque hubo algunas bajas.

–Me lo imagino.

–Cuéntame qué te pasa, Kittykat. Supongo que tiene que ver con Lukas Jäger.

Oír su nombre le provocó un dolor físico.

–¿Quieres contarme lo que ha pasado? Un día ibas a venir a cenar, al siguiente desapareces, y a continuación nos enteramos de que sales con un hombre que no soportas. Nunca he tenido que preocuparme por ti, Kat, pero estas últimas semanas lo he hecho.

Las palabras de su padre le hicieron sentirse culpable y enfadada. Nunca había querido preocuparlos, y ahora sus palabras sonaban a desilusión, casi a castigo.

–Lo sé, papá, y lo siento. Me enteré de que tenía que viajar a Finlandia en el último momento y, una vez allí, una tormenta de nieve me dejó atrapada. Y él me salvó.

–¿Que te salvó?

Le contó todo lo ocurrido en Lapland, aunque se guardó la pasión en secreto, pero, aun excluyendo la parte física, al mirar atrás fue consciente de lo mucho que habían tenido entre ambos, mucho más que lujuria.

Su padre permaneció en silencio mientras ella hablaba, pero luego se le acercó para abrazarla con fuerza.

–No era una relación falsa, ¿verdad? –adivinó, y dejó un brazo sobre sus hombros para sacar el móvil del bolsillo–. Mira esta foto –le dijo, mostrándole una imagen que pertenecía al día en que Lukas y ella habían ido de compras–. Mira tu sonrisa. ¿Sabes cuándo fue la última vez que te vi sonreír así?

–No –respondió en voz baja.

–Nunca. Y esta. –Era del barco–. Tu madre nunca me ha mirado así a mí, y hemos estado enamorados todos los días de nuestra vida. Déjame que te enseñe una más. –Buscó otra tomada la noche del casino. Ella no miraba a la cámara, pero Lukas la estaba mirando a ella, y la emoción palpable en su rostro la dejó sin aliento–. Ese joven no fingía, y tú tampoco.

–No lo parecía –admitió contemplando la foto.

–¿Qué ves? ¿Cómo te mira?

–Como si fuera capaz de enfrentarse al mundo por mí. Como si fuera a beberse los mares si yo se lo pidiera. Pero solo accedió a esta situación porque lo obligaron. Quiere seguir pilotando, y este truco publicitario era su último recurso para lograr una oferta.

Le quitó el móvil de las manos para abrazarla y Katherine pensó que le habría gustado tener más ocasiones como aquella mientras crecía.

–¿Cómo reaccionó en esa reunión?

–Me pidió opinión, y se aseguró de que me pareciera bien.

–Entiendo. ¿Y después? –insistió.

–Me llevó a su casa, un lugar al que lleva a muy poca gente. Me ofreció intimidad, apoyo y comodidad. Me ayudó con…

Con la atención de los medios, con lo que era su vida y con el por qué había elegido aquella carrera, todo ello sin juzgarla. La había protegido, valorado y amado. Y ella lo amaba a él. Lo amaba y no

había sido clara con él sobre el artículo. Tampoco se había disculpado.

–Nunca le he concedido el beneficio de la duda. Perdí mi trabajo por su culpa y pensé que era una persona horrible, pero la verdad resultó ser muy distinta.

«¿Es esta tu venganza porque te despidieron por mi culpa?».

–No he sido imparcial. De haberlo sido, nunca habría escrito un artículo así.

–¿Entiendes por qué se siente traicionado? –preguntó su padre.

–Es mi trabajo, papá.

–Siempre he admirado tu compromiso y tu ética de trabajo, pero también me ha preocupado que antepusieras tus logros profesionales a todo lo demás. Cariño, no es tu trabajo lo que te hace digna de ser escuchada, sino tú misma. Debes permitirte ser feliz fuera del ámbito profesional.

«Tú no eres tu madre», recordó de inmediato las palabras de Lukas. «Has conseguido más que cualquier otra persona de tu familia. ¿Por qué permites que las elecciones de tu madre te alejen de un futuro posible?». Aquella noche se había sentido tan cerca de Lukas. Y aquel beso no se borraba de su memoria. Le hacía querer llorar y levitar al mismo tiempo. Era tan crudo, tan desesperado. Y la mañana siguiente había sido aún mejor. Cuando le puso la estrella en la mano, fue como si una parte de sí misma perdida mucho tiempo atrás volviera a encajar en su vida.

Contempló una vez más el ajado árbol de navidad del rincón, con sus adornos de supermercado y el ángel de plástico, un recordatorio perfecto de cómo su familia le había dado siempre de lado.

–Dices que siempre has tenido tiempo para mí cuando se ha tratado de mi carrera, pero, cuando por fin conseguí entrar en ese mundo, tú estabas en otro país tratando de ayudar a Paige.

–Katherine, yo…

Estaba sorprendido, pero ella siguió hablando. No podía guardárselo más tiempo.

–¿Cómo voy a ser feliz, o a amar a alguien, cuando mamá me ha enseñado que el amor es acomodarse y renunciar a los sueños? Unos sueños por los que he trabajado muy duro. Una carrera sin la

que tú no me prestarías ni siquiera la atención que me estás prestando ahora.

Se levantó del sofá, y las lágrimas que había contenido durante años comenzaron a rodarle por las mejillas.

–¿De dónde sale todo esto? –preguntó su padre, e hizo ademán de levantarse del sofá, pero Katherine no contestó. La presa había estallado, y nada podría contener el torrente feroz.

–No puedo tenerlo todo, papá. O desilusiono a mamá y renuncio a la conexión que tengo contigo, o renuncio al amor. ¡Nunca he podido tenerlo todo!

Su padre abrió los ojos de par en par.

–Katherine, tú sabes bien que yo… –Movió la cabeza, negando–. Eso no es cierto.

–Me encanta la Navidad. ¿Lo sabías, papá?

–Siempre me ha parecido que estabas por encima de eso –respondió–. Nunca te involucraste como lo hacían tus hermanos.

–¡Piensa, papá! Recuerda cómo eran las cosas. Yo nunca le vi sentido a pelearme con mis hermanos, que, por otro lado, nunca me quisieron en su club. Este año he podido poner un árbol de Navidad maravilloso, y ha sido uno de los momentos más mágicos de mi vida. Lukas ha hecho que me sintiera importante como nadie más lo ha hecho en la vida.

Recordó la sensación de verse elevada en sus brazos para colocar la estrella.

–Siempre he preferido el café, papá. Cuando salíamos, era lo primero que pedía, y sin embargo sigues sin saberlo.

La expresión de su padre era de vergüenza, y le dolió verlo, pero quería más de su familia. Del mundo. De su trabajo. Quería respeto y reconocimiento.

–Tengo que disculparme con Lukas –dijo–. Y luego tengo que ir a mi oficina.

–Haz lo que tengas que hacer, Kitttykat –respondió su padre con la voz áspera–, y después volveremos a hablar tú y yo. Es posible que yo también tenga que hacer las paces.

–Papá… –Se echó en sus brazos y, al separarse, vio lágrimas en sus ojos.

–Estoy muy orgulloso de ti. Te quiero y te he fallado, pero prometo que eso va a cambiar. Ve a hacer lo que tengas que hacer, que yo estaré aquí esperándote.

Katherine subió rápidamente a la habitación que compartía con Paige y marcó el número de Lukas. Le contestó su buzón de voz.

–Lukas, sé que lo he hecho fatal, y te pido perdón. Perdón por el artículo, por lo injustamente que te he tratado, por todo. Por favor, ¿podemos hablar?

Colgó y le escribió un mensaje y, sin soltar el teléfono, esperó. Y esperó. Y esperó. Tenía que conseguir que hablase con ella. El hombre al que amaba no amenazaba su sueño, sino que le ofrecía otro mejor. Tenía que luchar por él.

Capítulo 17

Jennifer y Robert estaban en la sala de reuniones pequeña cuando Katherine llegó a *Aero TV.* Después de mantener una larga charla con su padre, había llamado a la cadena para pedirles que se reunieran lo antes posible.

Estaba harta de que le faltasen al respeto, de que utilizasen su carrera como un arma para controlarla, y eso se iba a acabar ya. El corazón le latía con fuerza porque era consciente de que, si aquella reunión salía mal, sería el fin de su trabajo como narradora de *Alpha One*.

–¿De qué va esto, Kat? –preguntó Robert.

Se tomó su tiempo para buscar un lugar donde sentarse, intentando proyectar la imagen de calma.

–Tenemos unos cuantos asuntos que tratar.

–No seguirás molesta por lo del artículo, ¿verdad? –preguntó Jennifer–. ¿Quieres ver las estadísticas del tráfico desde que lo publicamos?

–No, no quiero –La rabia creció–. Son buenas para ti. Para *Aero*. No para mí, ni para Lukas.

–¿Qué importa aquí Lukas Jäger? Estabais fingiendo una relación, por cierto, bastante mal. Nuestras necesidades son más importantes que las de un piloto.

Katherine no quería volver a trabajar con Jennifer.

–No tienes el más mínimo respeto por la vida de la gente, Jennifer. Te importa un comino mi trabajo o mi reputación. Por esa razón, dejo la columna.

–No seas tan dramática, Kat –replicó Jennifer, echándose hacia atrás en su silla.

Mantener la calma le costó un triunfo, porque lo que quería era gritar.

–Vamos a analizar los hechos. Sin preocuparos lo más mínimo nuestro bienestar después de haber estado atrapados en una tormenta de nieve, *Aero* nos obligó a Lukas y a mí a hacernos pasar por pareja solo con fines publicitarios. Amenazaste nuestras carreras y mi reputación chantajeándome con el artículo que las dos sabíamos que contenía información falsa, pero lo utilizaste para controlarme.

–«Controlarte» es un poco fuerte, ¿no? –intervino Robert.

–¿Cómo lo llamarías tú? Si no accedía a que se publicase el artículo, me despediríais. Un artículo que cuestionaba mi ética y mi integridad, mi capacidad para ser imparcial y fiel a la verdad, que me pintaría ante la opinión pública como implacable y sin escrúpulos. ¿Quién me iba a contratar después de algo así? Eso es controlar. Dime, Robert: si yo fuera un hombre, ¿me habríais pedido algo así? ¿Habríais jugado con mi carrera de este modo? Sospecho que la respuesta es no.

Robert apartó la mirada y Jennifer no dijo una palabra.

–Esto es lo que va a pasar ahora: en primer lugar, vais a retirar el artículo y a redactar una retractación.

–¡De eso nada! –explotó Jennifer.

–No he terminado, Jennifer. En segundo, la manipulación de mi carrera y de mi persona termina aquí. Robert, me hablaste del viaje a Lapland en el último instante posible, cuando lo sabías mucho antes: tuviste que organizar los proveedores de servicios, o preparar una pista en la nieve. No soy un peón para tu juego, sino una periodista que se merece ser tratada con el mismo respeto con que tratas a los hombres de esta profesión. Tercero, en lugar de escribir la columna, me añadiréis a los comentaristas de *Track Talk* los martes por la noche. Conozco este deporte, mis análisis son certeros y tengo un acceso soberbio a la información.

–Kat…

Robert intentó detenerla, pero Katherine no estaba dispuesta a permitírselo.

–Un productor que me trató fatal en una ocasión me dijo que fuera a quejarme a un programa de entrevistas, ¿y sabéis qué? Que tenía razón. Si no accedéis a mis demandas, el mundo se enterará de lo que ha ocurrido. Cómo planeasteis capitalizar nuestra experiencia en Lapland antes incluso de saber que estaba bien. Cómo nos obligasteis a Lukas y a mí a fingir una relación personal para acumular visitas. –Robert se iba quedando pálido–. Que te pedí a ti, Jennifer, que retirases el artículo y que tú me chantajeaste con ello. O que Scott Courtney amenazó mi puesto de trabajo. ¿De verdad pensáis que *Alpha One* querrá seguir relacionándose con vosotros después de que todo esto se sepa? Buscarán otra cadena. Y yo no dejaré de hablar de ello. De la misoginia institucionalizada. Me niego a ser tratada como lo habéis hecho.

–Seguro que podemos llegar a un punto de entendimiento –sugirió Robert.

Katherine se mantuvo firme.

–O accedéis a todas mis demandas o me iré de aquí a otra cadena, porque sé que soy buena en mi trabajo. Y mis fans se vendrán conmigo. Todos sabemos que se trata de una audiencia sustancial. ¿Cuánta gente creéis que se creerá mi historia?

–Está bien –claudicó.

Capítulo 18

Algo vibró sobre la mesilla, pero Lukas no reaccionó. No parpadeó. No movió un solo músculo para contestar al teléfono que no dejaba de insistir. Siguió tumbado en la cama. Katherine tenía razón. El sol de la mañana impactaba en el cristal del copo de nieve y reflejaba su luz por toda la habitación, componiendo arcoíris con sus prismas. Era hermoso. Cómo lo detestaba.

El teléfono volvió a sonar.

Katherine había llamado constantemente. Le había escrito, le había dejado mensajes de voz rogándole que hablase con ella, pero es que no tenía nada que decir. ¿Cómo poner en palabras aquella traición? ¿Cómo decirle que había confiado en ella cuando no debía, o que se había enamorado?

El teléfono volvió a sonar.

Apartó la ropa de la cama y se levantó. De refilón vio que el nombre de la pantalla no era el de Katherine, sino el de Dominic. Contestó de camino a la cocina.

–Has tardado un ratito en contestar –protestó Dominic.

–Perdona. Creía que era…

–Katherine.

–Sí –repuso. Encendió la cafetera y siguió andando mecánicamente.

–Has visto el artículo.

–Ayer. ¿Por qué me llamas ahora? ¿No deberías haberme advertido antes? –espetó enfadado.

–Pensé que sería mejor daros tiempo a los dos para solucionarlo.

–Ya. Tú lo sabías, ¿no? Sabías lo que había escrito, ¿verdad? –Llegó al salón, donde un ángel lo miró burlón–. ¿Hasta qué punto

nos ha afectado su artículo?

–*Brock Racing* me ha informado de que van a buscar otro piloto, pero no lo van a anunciar de inmediato porque no quieren que su anuncio quede eclipsado o que parezca solo una reacción al artículo. Del otro equipo no he sabido nada.

–Es curioso: se suponía que esto nos iba a ayudar a todos, y el único beneficiado ha sido *Aero*.

Lukas se dejó caer en el sofá sin quitarse el teléfono del oído. Algo duro se le estaba clavando en el muslo y metió la mano entre los dos cojines. Era un anillo de oro. El de Katherine. El que llevaba puesto cuando le hizo el amor en el barco. Cuando la vio el primer día.

–Esto no se ha terminado, Lukas –contestó Dominic, pero no le estaba escuchando–. Dame un poco más de…

Colgó.

Tiró el teléfono al sofá y se quedó contemplando el anillo. El corazón se le partió y, al mirar a su alrededor, se encontró con que su casa nunca había parecido tan llena de vida y tan vacía al mismo tiempo. El fantasma de la felicidad rondaba por todas las estancias, acosándolo. De golpe se levantó y lanzó el anillo con todas sus fuerzas contra la pared de cristal. Rebotó y fue a parar a un rincón.

–¡Maldita sea! –gritó. Sentía dolor, frustración, rabia contra sí mismo. No quería echarla de menos. Le había hecho daño, haciéndole creer que ya no iba a tener que seguir solo. Que había encontrado a alguien que lo entendía. Había empezado a pensar que ella lo quería, y estaba dispuesto a tener paciencia, a dejar que se diera cuenta ella misma y que decidiera si quería correr el riesgo con él, darse una oportunidad. Para ser un hombre listo, había sido bastante estúpido. Jamás debería haber bajado la guardia con una periodista.

Fue a recoger el anillo, que había acabado debajo de un mueble. Era un sencillo anillo de *fede*, que representaba dos manos derechas estrechándose. Era un anillo de amistad. Pues, desde luego, los medios no eran amigos suyos. El artículo de Katherine daba prueba de ello. ¿Habría escrito esas cosas si lo hubiera conocido? No había modo de saberlo.

Se guardó el anillo en el bolsillo del pijama y salió a la terraza tal y como estaba. No llevaba camiseta, y el frío lo dejó sin aliento, aunque aquella pequeña incomodidad física lo distrajo un mínimo de su odisea emocional. Desde allí contempló las calles de Mónaco. En unos meses estaría compitiendo en ellas. La idea no lo llenó de felicidad.

«¿Es la conducción lo que te apasiona de verdad?».

Pilotar un monoplaza le apasionaba, pero últimamente tenía más días de frustración y ansiedad que de euforia. Quería ganar carreras, pero en un equipo de segunda fila no lo conseguiría. La única razón por la que quería seguir ocupando un puesto en la parrilla de salida era para que el sacrificio de su familia hubiera valido de algo. Para no ser solo el cerdo egoísta que les había robado a sus padres la felicidad de vivir juntos. ¿Era razón suficiente para seguir corriendo? ¿Era una razón sana? Las decisiones que había tomado últimamente para satisfacer su obsesión con las carreras le habían hecho ignorar sus principios. Había accedido a fingir que salía con alguien solo para engañar al mundo cuando llevaba tres años aislado. Independientemente de lo que Katherine le había hecho, o lo que él sintiera por ella, lo cierto era que la había utilizado. Y él no era así. Él era honesto, íntegro, y no podía permitir que aquella búsqueda de un puesto de piloto lo cambiase. Y no tenía que seguir pilotando para permanecer en el deporte.

«Tus conocimientos son tan amplios, tu comprensión del coche y del oficio son tales que incluso desde un punto de vista técnico podrías aportar y marcar la diferencia».

Apoyó los codos en la balaustrada de cristal y el viento frío le alborotó el pelo. Le dolía pensar en Katherine, pero sintió paz al recordar el puesto de director de equipo que aún no había rechazado.

Katherine había tenido razón en muchas cosas de las que se dijeron en aquella cena. Incluso en una de las cosas que decía en el odioso artículo: tenía muchos conocimientos. Podría desarrollar un equipo, marcar la diferencia. Influir en las decisiones. Hacer del equipo lo que quisiera que fuera. Que todo el interés que despertaba su persona repercutiera positivamente en el equipo. Era una

responsabilidad enorme, pero eliminando la desesperación que le empujaba a buscar un hueco como piloto, ese puesto de director de equipo sería su lugar ideal.

Entró de nuevo y marcó el número que pensó que nunca volvería a utilizar.

–Soy Lukas Jäger. Acepto vuestra oferta de director de equipo.

Capítulo 19

El circuito era un hervidero de actividad. Miles de fans se movían por allí, todos con sus gafas de sol y sus gorras para protegerse del brillante sol australiano de mediados de marzo. Los potentes motores rugían ensordecedores antes de volver a un gruñido feroz. El primer fin de semana de competición de la temporada.

Era solo jueves, pero no por ello el día iba a ser tranquilo. Los pilotos estaban siendo entrevistados, empezaban los entrenamientos libres, a los pilotos nuevos tenían que asignarles sus tiempos de cámara, había que rodar los *inserts* y tanto pilotos como directores de equipo debían comparecer en las ruedas de prensa. Directores de equipo como Lukas. El hombre que le había robado el corazón. Al que había herido. El que no contestaba a sus llamadas ni a sus mensajes.

Después de semanas intentándolo, Katherine había tenido que renunciar. Cada vez que intentaba contactar con él y Lukas se negaba, era una puñalada al corazón.

–Dale tiempo, Kittykat –le había dicho su padre–. No te rindas.

Pero no le había quedado más remedio que rendirse. Lo había perdido.

Iba de vuelta al set de *Aero* cuando vio a Lukas hablando con un grupo de periodistas, casi todos de publicaciones europeas. Que hablase con los medios no era algo inusual. Siempre tenía obligaciones contractuales que satisfacer. Pero verle con la camisa de cuello gris y dorado representando a su equipo y que interactuase con los periodistas sonriendo sí que era una novedad.

Se quedó observándolo desde lejos. Su lenguaje corporal era abierto y gesticulaba con las manos al hablar. Estaba siendo amable

con gente a la que detestaba. Pero no con ella.

Llegó al set y se unió a sus compañeros. Cuando le dijeron que iba a entrevistarlo en breve, sintió un escalofrío de la cabeza a los pies. Iba a tenerlo cerca. No le quedaría más remedio que mirarla a la cara.

Cuando le vio acercarse, estaba preparada: micrófono en mano y el corazón en la garganta. Cada paso que daba hacia ella era como si una parte de sí misma volviera a casa. Y cuando se unió a ellos, lo saludó:

–Hola, Lukas.

Pero él no la respondió directamente a ella, sino que lo hizo dirigiéndose a todos.

–Esto está un poco cambiado, ¿no?

–Muy cambiado –contestó James, el locutor más antiguo de la cadena–. Nos va a costar trabajo acostumbrarnos a no verte con el mono de competición.

–Solo he cambiado un traje por otro –bromeó.

¡Lukas, bromeando con un periodista!

Y cuando la luz roja de la cámara se encendió, siguió mostrándose comunicativo y agradable. ¿Era aquel hombre el mismo del que ella se había enamorado?

–¿Cómo ha ido la conferencia de prensa de esta mañana estando presente Thomas Dudek? –le preguntó.

El drama atraería a los fans, por supuesto, pero es que a ella le inquietaba de verdad cómo habría sido esa experiencia para él.

–Thomas dirige un equipo igual que yo. No tiene nada que decir del mío ni yo del suyo, pero compartimos la pasión por este deporte y tendremos que interactuar de vez en cuando. Puede que Thomas tomase algunas decisiones cuestionables en mi etapa de piloto, pero lo hizo por el bien de su equipo. Y que yo ya no sea piloto no quiere decir que no pueda llevar un equipo al podio.

Sus palabras eran muy reveladoras. Por supuesto que tenía que dolerle ver al hombre que había terminado con su carrera de un modo tan despiadado, pero Lukas estaba intentando ser diplomático.

–Somos dos personas distintas, y tomaremos decisiones diferentes.

No iba a ser tan falto de escrúpulos como quien fue su jefe.

–¿Piensas que puedes llevar un equipo tan pequeño como este a competir por el liderato? –preguntó James.

–Desde luego. Tenemos que ser realistas en cuanto a nuestros objetivos, porque además el nuestro es un equipo muy nuevo, pero todos los equipos han tenido que empezar alguna vez, y lo importante ahora es que meditemos nuestras decisiones para que puedan llevarnos hacia nuestros objetivos.

Contestó a todas las preguntas sin sarcasmos y sin protestas, y cuando James le dio las gracias, devolvió el micro y se alejó sin tan siquiera mirarla.

Capítulo 20

Katherine esperó en una habitación llena de mesas y sillas color gris oscuro. Tres de las paredes eran de cristal negro, mientras que la del fondo era de un brillante color dorado. El piso era de color claro, lo que hacía que el conjunto funcionase bien.

Nunca había sentido tanta ansiedad estando en uno de los módulos de los equipos, y nunca la habían dejado estar sola allí. Pero no iba a moverse hasta que pudiera ver a Lukas. Después de lo que le pareció una eternidad, le vio entrar hablando con un hombre alto y rubio, de nariz patricia y gafas de montura metálica, que lucía el logo de *Command Technologies*, una conocida empresa tecnológica, en la pechera de la camisa. Su instinto le hizo preguntarse qué hacía allí, pero lo ignoró. No estaba por trabajo allí, sino para trazar una línea.

–Lukas –lo llamó con suavidad, intentando a toda costa mantener la compostura, y él la miró–. ¿Podría hablarte un segundo?

Lukas tardó en procesar sus palabras. Luego estrechó la mano del hombre que lo acompañaba.

–Gracias por venir. Volveremos a hablar en breve.

–Desde luego. *Vortex Command Racing* va a ser el comienzo de grandes cosas.

Lukas sonrió. No fue una de esas sonrisas que le había dedicado a ella en Mónaco, sino un gesto ensayado, deliberadamente cordial y encantador. Nadie excepto ella notaría la diferencia.

Apenas se cerró la puerta cuando Lukas se volvió hacia ella.

–Podemos hablar en mi despacho –dijo invitándola a precederle escaleras arriba–. No quiero que me montes una escena aquí.

–Yo nunca haría tal cosa.

–¿En serio? –Una vez arriba, abrió una puerta de cristal para que entrase–. ¿Y cómo llamarías a todas esas llamadas y mensajes?

–Necesidad de hablar.

Cerró la puerta. El despacho era pequeño, pero estaba impecable. Había varios sitios donde sentarse, pero no la invitó a hacerlo.

–Ya habías tenido montones de oportunidades de hablar cuando era importante que lo hicieras.

–¿Podrías pronunciar mi nombre al menos?

–¿Por qué?

–Porque necesito oírtelo decir.

Lukas movió la cabeza y se acercó a la pared de cristal que daba sobre la zona de garajes.

–¿Por qué estás aquí, Katherine?

Hasta la última célula de su cuerpo cobró vida al oírle pronunciar su nombre.

–Para pedirte perdón.

–¿Perdón?

–Les pedí que eliminaran el artículo, pero lo publicaron sin decírmelo. Intenté impedirlo, Lukas. Sí, debería haberte hablado de ello, pero no pretendía hacerte daño.

–No mientas –respondió dándose la vuelta. En su rostro había tristeza, desilusión y dolor–. Eso no es verdad. El hecho es que lo escribiste. Lo pensaste, investigaste los hechos, buscaste las palabras más adecuadas y lo releíste antes de enviarlo.

–Me dijiste que ya habías leído todo lo que he escrito y que ya estábamos más allá del odio –adujo, aun sabiendo que tenía razón–. ¿Eras sincero al decirlo?

–No te atrevas a preguntarme eso –espetó–. ¿Estás orgullosa de lo que escribiste?

–¡Claro que no!

Nunca se había sentido menos orgullosa de algo que hubiera escrito. No sabría poner en palabras la vergüenza que sentía por haber permitido que el odio sin sentido tiñera su juicio.

–Cuando lo escribiste, cuando tecleaste cada letra, lo adjuntaste a un correo y se lo enviaste a tu editora, ¿te sentiste orgullosa?

El estómago se le encogió. Cómo desearía poder volver a ese momento y volver a empezar porque sí, sí que se había sentido orgullosa. Y mucho.

–Sí –confesó–. Pero ya no es así, Lukas. ¡He cambiado! –Corrió junto al hombre que amaba y agarró dos puñados de su camisa, pero sus brazos permanecieron inmóviles al lado de su cuerpo. La miró sin apartarla, pero también sin tocarla–. Ahora te veo tal como eres. Estaba equivocada y lo siento, Lukas. ¡Lo siento tanto!

–No lo entiendes, ¿verdad? –Retrocedió–. Todo lo que escribiste lo pensabas, aunque ahora ya no lo pienses. Estabas dispuesta a creer lo peor de mí sin tan siquiera haber hablado conmigo o molestarte en averiguar la verdad.

–Lukas…

–Y no solo lo pensabas, sino que querías contárselo al mundo. Querías que todos pensaran de mí lo mismo que tú. Y aunque me atacaste una y otra vez, yo jamás dije una palabra sobre ti. Me desahogaba con mi padre y con Dominic, porque soy humano, pero jamás en público.

Los ojos se le llenaron de lágrimas porque tenía razón.

–Ni una sola vez hice lo que tú me has hecho tantas.

Fue a la puerta para abrirla, pero ella se lo impidió.

–Ya no escribo esa columna –le dijo, con las lágrimas rodándole por las mejillas.

Aquello llamó su atención. Soltó la puerta y la miró.

–He terminado con los artículos de opinión.

–¿Y qué quieres que diga?

–Solo quería que lo supieras.

–Nunca he pretendido que renunciases a tu trabajo, Katherine. Sé lo que el éxito significa para ti y para tu familia. Lo nuestro no puede funcionar. No renuncies a tu sueño, porque nunca vamos a estar juntos.

–Solo necesito que me perdones.

–¿Y luego qué, eh? –Cruzó los brazos–. ¿Para qué servirá?

–Si no puedes estar conmigo, quizás, si me perdonases, al menos podríamos encontrar el modo de ser amigos. Confiaba en ti, Lukas. Confío. No quiero perderte.

Pero él se limitó a mover la cabeza. Estaba derrumbándose ante él, dispuesta a aceptar las migajas del afecto que una vez sintió por ella.

–En el barco te dije que te deseaba, Lukas, pero en el fondo no quería pensar por qué te deseaba de ese modo. Es porque lo quería todo de ti. Te amo. Te amo, Lukas, pero me conformaré con lo que tú quieras darme.

Lukas apoyó la espalda y la nuca contra el cristal con los ojos cerrados, y Katherine quiso gritarle que los abriera, que por favor la mirara.

–El amor no duele. El dolor que me has causado no es amor. –Se pasó la mano por el pelo–. O igual sí. ¿Qué sé yo del amor?

La mujer con la que había querido casarse lo había dejado por el celo que ponía en proteger su intimidad. Su madre lo había abandonado, sin dejar después de reprenderlo por las decisiones que tomaba. Todas las personas a las que Lukas había amado le habían hecho daño, y deseó poder abrazarlo y consolarlo.

–Sé que te he hecho daño, pero estoy dispuesta a hacérmelo perdonar cada día, Lukas.

–¿Por qué iba a aceptarte? –preguntó tras unos segundos.

–Porque aún me quieres. Me querías en el barco, y me quieres ahora. Si no, no me estarías escuchando. Podrías haber revelado la verdad de nuestra relación falsa y me habrías destrozado, pero no lo has hecho.

Presionándose el puente de la nariz con dos dedos, apretó los dientes. Le vio tragar saliva y, cuando por fin dejó caer la mano y habló, lo hizo con voz ronca, una voz que sangraba todo el dolor que palpitaba en su mirada atormentada.

–Pues claro que te quiero, Katherine. No puedo dejar de sentir lo que siento. Nunca he sentido por otra persona lo que siento por ti, pero ya no sé cómo confiar en ti. Será mejor que no tengamos nada que ver el uno con el otro. Será más fácil.

–¡Por favor, Lukas!

–Tómate un momento para recomponerte. Adiós, Katherine.

Creía haber llegado al fondo del pozo de aquel dolor, pero la esperanza la había mantenido a flote. Ahora se estaba ahogando. No

podía respirar porque el aire tenía esquirlas de cristal que la destrozaban por dentro. Lukas, el único hombre al que había amado de verdad, se había marchado.

Capítulo 21

Kat?

La voz le sorprendió. Creía haber encontrado un lugar entre los camiones para estar sola.

–Dominic –lo saludó, y el hombre la miró con compasión, lo que lo empeoró todo–. No soy buena compañía en este momento.

–Yo tampoco, pero creo que no es buena idea dejarnos llevar.

Cayó en la cuenta de que Dominic, después de casi veinte años, debía estarse enfrentando a una dinámica muy distinta con Lukas, que ya no necesitaba representante.

–¿Cómo estás?

–Podría estar mejor. –Se encogió de hombros–. No me malinterpretes, que me alegro mucho por Lukas. No quería que terminase su carrera difuminado en la parte de atrás, pero cuando un cliente y amigo te oculta algo tan grande, hace que te cuestiones unas cuantas cosas, como por ejemplo si fue buena idea animarlo a fingir que salía con una periodista.

–Querías lo mejor para él –dijo, apoyándose contra el camión. Solo Dominic podría contarle como le iba a Lukas–. Pero tienes razón: quizás fuera una equivocación. ¿Cómo está él?

–Enfadado.

–¿Conmigo?

–Contigo, consigo mismo, conmigo… pero Lukas puede ser bastante justo aun estando enfadado, así que no me echó a patadas cuando fui el día de Navidad. Eso sí, me puso a trabajar.

–¿A trabajar?

–Me hizo guardar los adornos de Navidad –se rio–. Él se limitó a ayudarme a llevarlo al trastero.

–¿Solo del salón? ¿Y el árbol que había en su dormitorio?

El corazón le latía como si la vida le fuera en ello. Quizás la vida no, pero su felicidad, sí.

–No sé. Yo no subí, y él no me dijo nada.

¿Lo conservaría como recuerdo de ella? Era poco probable. Igual lo había tirado a la basura. La mirada se le volvió borrosa. No podía llorar. Y menos allí, en el circuito, delante de Dominic.

–Tengo que… –Miró a su alrededor–. Tengo que arreglar esto.

¿Cómo? Lukas no quería estar con ella. Ni siquiera quería verla. Al parecer, con Dominic estaba ocurriendo lo mismo. ¿En quién estaría confiando Lukas? Ella había acudido a su padre, pero Lukas… Tanto si tenían un futuro juntos como si no, Katherine necesitaba que Lukas estuviera bien. Necesitaba que tuviera a alguien en quien pudiera apoyarse.

La inspiración le llegó de golpe, y supo exactamente lo que tenía que hacer.

–¡Tengo que irme!

Capítulo 22

Era la mañana del primer día de competición.

Lukas estaba tumbado en la cama del hotel, completamente vestido, con la imagen de Katherine rogándole grabada a fuego en la cabeza. Llevaba dos días sin quitársela de la cabeza.

Cada célula de su cuerpo le había pedido que la abrazase. Cada día sin ella era un dolor insoportable, pero no podían estar juntos. Ofrecerle consuelo no les ayudaría a pasar página, y ambos tenían que hacerlo.

El copo de nieve de cristal seguía en su dormitorio; no era capaz de deshacerse de él. Como tampoco era capaz de dejar de buscarla con la mirada en el circuito, aunque siempre desde lejos.

–¿Por qué no puedo dejar de quererte? –se increpó.

Era consciente de que nunca iba a dejar de pensar en ella, pero ya era hora de acudir al circuito. Tenía trabajo por delante. Alguien llamó a la puerta, y abrió sin preguntar.

–Mamá –dijo atónito.

–Hola, Lukas.

Su madre. Más bajita que él, con el pelo rubio y corto, pero con sus mismos ojos grises de tormenta.

Su madre.

Abrió la puerta para dejarla entrar. Con el pomo de la puerta aún en la mano, la vio acomodarse en una de las sillas que había junto a la mesa redonda de madera oscura. Mecánicamente, como si tuviera que diseccionar cada movimiento, cerró la puerta y se acercó a Berta Jäger. ¿Debería preguntarle por qué estaba allí, quedarse junto a la puerta o simplemente sentirse agradecido de que estuviera? No le

gustaba sentirse indeciso. Estaba acostumbrado a tomar decisiones rápidas, a reaccionar en una milésima de segundo.

–¿Qué haces aquí? –preguntó con delicadeza.

–He venido a ver a mi hijo.

Se sentó en la silla que había frente a ella.

–Es la primera vez que lo haces. ¿Por qué ahora?

Su madre buscaba la respuesta a su pregunta, pero eso no era lo que él quería. Quería algo sin filtrar. Quería la verdad.

–Quiero que me digas la verdad.

–Una joven vino a verme este fin de semana y me trajo aquí, pero quería que no te lo dijera.

Katherine.

–¿Quién era?

–Katherine Ward.

Lukas cerró los ojos. Por eso no la había visto aquellos dos últimos días: porque se había ido a Salzburgo. Desde Australia. Se había perdido gran parte del fin de semana. ¿Por qué?

–No quería que tú lo supieras, pero ha pensado que quizás nos ayudaría que hablásemos.

¿Acaso se habría enfrentado a sus padres? Le habría gustado estar con ella si fuera el caso, igual que le gustaría que estuviese allí en aquel momento.

–¿Es lo que tú quieres? ¿Hablar?

No quería crearse falsas expectativas. Sabía de lo que era culpable, pero también sabía lo mucho que había querido que su madre estuviera en su vida mientras crecía, o lo mucho que le había dolido que se negara a verlo de adulto.

–La verdad es que no lo sé, Lukas.

–Entonces, ¿por qué estás aquí? ¿Por qué has venido? Salzburgo está muy lejos de aquí.

Dejó de retorcerse las manos y las puso sobre la mesa para mirarlo a los ojos.

–Supongo que porque esa joven me dio mucho en lo que pensar.

–Sigue.

–Me hizo darme cuenta de que te he hecho daño. Estaba muy resentida, Lukas, y lo pagué contigo en lugar de con quien debía

haberlo hecho.

–¿Con quién?

–Con tu padre.

–No. No le culpes, porque él no hizo nada mal.

Su padre lo había sacrificado todo para que él tuviera el futuro del que estaba disfrutando.

–Entonces, ¿de quién crees que es la culpa?

–Mía –respondió sin dudar–. Fue culpa mía que tuviese que tener dos trabajos, o que tú fueras tan infeliz. Fue culpa mía que te marchases, y lo sé, pero he estado intentando compensarte dándote la vida que querías tener.

La mirada de su madre se suavizó un ápice.

–Eso es lo que te hice creer, ¿verdad? –se lamentó–. Katherine me dijo que debía asumir mi parte de responsabilidad por lo que te había hecho, y ahora me doy cuenta de que tenía razón.

Lukas no supo cómo responder.

Katherine había intentado hacer lo mismo: asumir su responsabilidad, pero eso no cambiaba las cosas. Él era un hombre muy celoso de su intimidad, y no podría ser feliz a su lado. ¿Y qué pasaría cuando tuviera que informar sobre su equipo? Lo más probable era que no hubiera buenos resultados durante al menos la primera mitad de la temporada. ¿Cómo respondería cuando ella fuera crítica?

–Tu padre podría haber dicho que no cuando quisiste competir aquella primera vez que te llevó al circuito. ¿Recuerdas ese día?

Lukas negó con la cabeza. Esos días estaban borrosos en su memoria.

–Una de las familias que solían darle neumáticos usados se iba a desprender el kart, así que tu padre se ofreció a comprárselo. Se lo dieron gratis, a cambio de que se ocupara durante un año de la mecánica del nuevo que le compraban a su hijo. Tu padre accedió, pero a mí no me pareció bien. Te llevó al circuito y te dio las instrucciones de seguridad. Saliste a la pista despacio, porque te dijeron que los neumáticos estaban fríos, y tú hacías todo lo que te decían. Creímos que serían un par de vueltas y que nos iríamos a casa después de pasar un buen rato, pero a la siguiente vuelta fuiste

más rápido, y más aún a la siguiente. Recuerdo perfectamente que la gente empezó a mirarte. Solo a ti. Era como si hubieras nacido para correr. Alguien le dijo entonces a tu padre que debería dejarte competir, y tú le preguntaste si podrías hacerlo. Estabas entusiasmado, y te dijo que sí. No habló conmigo antes. tomó la decisión él solo. Cuando llegamos a casa, me habló de los cambios que íbamos a tener que hacer para que tú pudieras correr, pero a mí me pareció que la posibilidad de que llegases a *Alpha One* era remota. ¿Por qué teníamos que hacer toda esa inversión? Y, a medida que fueron pasando los meses, las cosas fueron volviéndose cada vez más difíciles.

–Lo sé. Estaba allí y veía el peso que mi carrera de piloto tenía sobre la familia.

–Quería que tuviéramos una vida mejor, y me enfadé con tu padre porque nos permitiera tenerla, pero como lo quería y no quería echarle las culpas, te las eché a ti. A mi hijo.

La culpa la hundía en la silla. Ni siquiera lo miraba al hablar.

–Pero me sentía orgullosa de ti, Lukas. Sé que puede parecer que no tiene sentido, y por eso pienso que no merezco que estés en mi vida ahora que has logrado el éxito.

–Por eso no querías verme… y por eso me estás poniendo tan difícil cuidarte.

Quizás a Katherine le pasara lo mismo algún día con sus padres.

«Ella te entendía. Te ha hecho daño, sí, pero también otros han escrito cosas falsas y dolorosas sobre ti. ¿Por qué te parece lo suyo peor?».

Buena pregunta.

–Sí –dijo su madre–. Lo siento, Lukas –se disculpó, poniendo una mano sobre las de él. El contacto le resultó extraño y desconocido, pero llevaba tanto tiempo deseándolo–. ¿Podrás perdonarme?

–Sí –contestó sin necesidad de pensárselo–. Te perdono, pero ¿y tú? ¿Me perdonas?

–Yo no tengo nada que perdonarte, hijo. Tú no has sido egoísta. Solo eras un crío con un sueño que lograste que se hiciera realidad. Yo debería haberte apoyado, pero ya no puedo dar marcha atrás y

deshacer el pasado. Si te parece bien, me gustaría estar hoy en el circuito.

–Es lo que siempre he querido –le confesó. Una pequeña pieza del destrozo al que había quedado reducido su corazón encajó en su sitio. El resto permaneció roto.

–Las cicatrices que llevas no deberían formar parte de ti, *liebling*. Deja que el mundo te vea, porque eres un hombre fuerte, bondadoso y decidido. Katherine ha sabido verlo y se ha enamorado de ti.

–No sé si Katherine y yo podremos estar juntos.

Dios, cómo lo deseaba…

Su madre puso su otra mano en la mejilla de Lukas y le dedicó una sonrisa triste.

–Todos cometemos errores. Seguro que tú también, hijo, pero acabas de perdonarme toda una vida de ellos. Quizás podrías hacer lo mismo con ella.

¿Perdonar a Katherine? El viaje que acababa de comenzar en el deporte que tanto amaba lo tenía encandilado. Ya le daba igual quién estuviera en su anterior puesto de piloto.

–Querría, pero…

–Lukas, ¿tú la quieres?

–Con toda mi alma.

Su madre se levantó y se acercó a él. Lukas no recordaba cuándo había sido la última vez que la había tenido tan cerca. Entonces lo abrazó contra su cuerpo, en un gesto que Lukas había echado muchísimo de menos desde que se marchó, y se aferró a ella para aceptar el afecto que le estaba ofreciendo preguntándose si no era demasiado bueno para ser cierto.

–Un amor como el vuestro no es fácil de encontrar. Es una mujer valiente que me dijo cosas que yo no quería escuchar. Nos ha unido y no quiere llevarse el mérito por ello. Es tan decidida como tú, y creo que tan generosa.

Su madre tenía razón. Nunca se habría enterado de que había estado en Salzburgo si no fuera porque su madre se lo había dicho. ¿Quién hacía algo así? ¿Quién tomaba la decisión de arreglar algo

que estaba tan roto en la vida de otra persona? Pues alguien enamorado.

–Me voy –le dijo su madre, soltándolo–. Veo que tienes mucho en lo que pesar.

Lukas le dio un abrazo más antes de acompañarla a la puerta.

–Luego te veo.

–Por supuesto.

Jamás habría podido decir aquellas palabras de no ser por Katherine. Se lo había demostrado en Navidad, con aquel copo de cristal, yendo a por su madre y renunciando a la columna, sabiendo el miedo que tenía de sacrificar su carrera como había hecho su madre. Estaba dispuesta a hacer cambios para que pudieran estar juntos. Le había mostrado compromiso. ¿Por qué entonces no iban a poder estar juntos? ¿Por qué no podía confiar en ella?

A la luz de aquella lámpara que ella había encendido, se dio cuenta de que estaba comportándose como un idiota. Tenía que encontrarla. Su vida no sería miserable con ella, sino estando lejos el uno del otro.

Salió de la habitación y dio un portazo a sus errores del pasado. Había un futuro por el que luchar.

Capítulo 23

Había bastado con preguntárselo a Erin para saber dónde se alojaba el equipo de *Aero TV*. Llamó con fuerza a la puerta de una habitación, y una Katherine cansada y con los ojos hinchados le abrió.

–Lukas –susurró, mirándolo como si fuera la última persona que esperaba.

–¿Es mi…?

Katherine tiró del tejido de la camisa blanca que llevaba puesta.

–Me la encontré en la maleta al volver de Lapland. Es que quería… ¿La quieres? –le ofreció temblorosa.

Lukas quería oírla decir lo que se había callado.

–¿Qué querías?

Katherine apretó los dientes y se irguió para mirarle. Cómo le gustaba ese fuego.

–Quería tener cerca tu olor porque te echaba de menos. Sigo echándote de menos.

–Yo también a ti, Katherine. ¿Podemos hablar?

Katherine tardó en contestar. Estaba claro que luchaba con sus emociones. Su rechazo la había calado muy hondo.

–Por favor –dijo, y se hizo a un lado para dejarle pasar.

Su portátil estaba abierto sobre la cama, lo mismo que el móvil. Sobre la mesa, un cuaderno con anotaciones. La televisión encendida pero sin volumen, y en la mesilla un montón de pañuelos usados.

Como no se acercaba a él, quiso tirar de su mano, pero ella apenas se movió.

–Me dijiste adiós, Lukas.

–Sí, fui un idiota. No debería haberlo hecho queriéndote como te quiero.

Ella no respondió. Ya le había dicho en otra ocasión que la quería, y aun así la había apartado.

–Te quiero –continuó–. Nunca he dejado de quererte. Eres mi primer pensamiento cuando me levanto y el último antes de dormir. Me despierto y miro el copo de nieve, y es lo último que veo antes de cerrar los ojos. No he podido quitarlo. Me duele verlo porque tú no estás, pero la idea de perder lo único que me une a ti me duele más todavía.

–Dominic me dijo que le hiciste quitar todos los adornos de Navidad.

Los ojos se le humedecieron, pero se esforzó por no llorar.

–Sí. Estaba herido. No podía entrar en esa habitación y ver todo aquello que me recordaba a ti, a un momento en que fuimos felices. Pero, Katherine, ese momento no es ni un pálido reflejo de lo felices que podemos ser. Y yo quiero serlo contigo.

–Pero dijiste que…

–Aún no era capaz de verte porque seguía culpándote de todo, pero he tenido tiempo de pensarlo y quiero volverlo a intentar.

Katherine se soltó de su mano para acercarse a la mesa.

–¿Qué ha cambiado?

Lukas fue a la ventana, aunque la necesidad de su contacto lo estaba matando.

–Mi madre ha venido a verme esta mañana. –Katherine lo miró de inmediato–. Y me he dado cuenta de lo mucho que me quieres y de hasta qué punto puedo confiar en ti. Te he confiado muchas cosas que podrías haber usado y no lo has hecho, y has sido capaz de que mi madre vuelva a mi vida. No sé lo que le dirías, pero puedo imaginarme hasta qué punto tuviste que abrirte a una desconocida para conseguir que te escuchara. –Se acercó a ella de nuevo y besó las lágrimas que Katherine ya no había logrado controlar–. Eso es muchísimo. Incluso podrías haberte perdido la primera carrera de la temporada.

–Volvería a hacerlo por ti.

–Katherine –suspiró, acariciando sus mejillas–. Puede que no me parezca bien la forma que empleaste para deshacerte del artículo dichoso, pero al menos lo intentaste, y sé que no podías confiar en mí respecto a tu trabajo. Mi visión sobre los medios es en blanco y negro: eran el enemigo, una línea que yo no estaba dispuesto a cruzar, de modo que también parte de la culpa es mía. Fue un error echártela toda a ti.

–Los dos hemos cometido errores.

No sabía si ella era consciente, pero se había acercado a él, y no podría describir la alegría que ese movimiento le había regalado.

–Cierto, y trato de aprender de ellos. Intento abrirme un poco más a los medios, y he conseguido que me den un poco más de espacio para mi vida privada. Pero, sin ti, no lo quiero para nada.

–¿Por qué?

–Porque, sin ti, no es vida, Katherine. Es solo mera existencia, y hay una gran diferencia.

–Sin ti, lo mío tampoco es vida.

Lukas la abrazó con fuerza y acarició su cabello rojo. Aquello sí que era su hogar.

–El amor da miedo, lo sé, y sé también lo difícil que ha sido para ti admitir que me quieres, pero te prometo que serás más fuerte estando juntos. Apoyaré tu carrera donde quiera que decidas ir. Amarme nunca será renunciar a tu sueño. Nunca.

–Lo sé, Lukas. Tú me has hecho ver que mi carrera no tiene por qué ser toda mi vida. Que contigo puedo tener éxito y amor. Lo que hiciste por mí… siento haber usado mi posición en *Aero* para dañarte.

Había pasado mucho tiempo queriendo escuchar esa disculpa y, ahora que la tenía, ya no era importante para él. Había cosas mucho más importantes que ser piloto o preocuparse por cómo pudiera verlo el mundo. Solo le importaba lo que Katherine pudiera pensar.

–Eso ya es pasado. Y, aunque estás increíble en *Track Talk*, creo que debería recuperar tu columna. Eres buena, y la gente necesita leerte.

–Te quiero, Lukas.

–Yo también te quiero, Katherine. ¿Permitirás que te muestre cuánto?

Después de pasar meses si ella, tener su cuerpo tan cerca le estaba dejando sin aire. Estaba desesperado por respirar de sus labios, por sentir el calor de su piel.

–Sí.

La besó. Fue un beso disculpa y un beso comienzo. Un beso promesa de amor y devoción. Un beso con el corazón y el alma.

–Esto no significa que vayas a recibir un trato especial –le advirtió Katherine sonriendo un momento después, aún abrazados–. Sigo teniendo un trabajo que hacer –bromeó.

–Por supuesto, pero, si pudieras mantener mi vida privada fuera de él, te lo agradecería. Verás: es que mi esposa va a ser una mujer extremadamente conocida.

Katherine se echó a reír.

–Así que tu esposa, ¿eh?

–Eso espero, porque no pienso permitir que vuelva a separarse de mi lado.

–Me gusta como suena.

Si te ha gustado este libro...

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



Portadilla

BIANCA™

JULIA JAMES

EL JUEGO DEL GRIEGO

HARLEQUIN™

Prólogo

Reinaba un silencio absoluto en la estancia. No era una sala muy grande, más bien un *salon privé,* y estaba dominada por la mesa con tapete verde en torno a la que se sentaban los jugadores.

Durante un instante, la escena pareció sacada de una pintura. El *croupier* estaba sentado, completamente inmóvil, con el rostro inexpresivo que exigía su profesión. Los jugadores sostenían sus cartas y, junto a cada uno de ellos, tenían fichas y dinero en efectivo, organizado en pequeños montones según su valor. En el centro de la mesa, las fichas se amontonaban sin orden alguno, alcanzando cantidades estratosféricas, acompañadas de una nota manuscrita.

Los únicos dos jugadores que aún quedaban en la partida se observaban mutuamente a través de la mesa. Uno de ellos sujetaba las cartas con tanta fuerza que parecía estar a punto de marcarlas con las uñas. La tensión se reflejaba claramente en sus enrojecidas e hinchadas mejillas, en la mirada venenosa de sus ojos hundidos y en la presión con la que apretaba los labios.

El otro jugador se reclinaba contra el respaldo de la silla dorada y sostenía las cartas sin reflejar emoción alguna en su rostro. Por su actitud, se le podría haber confundido con una estatua de piedra, esculpida por un maestro que hubiera delineado los duros planos de sus pómulos, la recta nariz, la línea tensa de la boca y la mandíbula cincelada. Solo los ojos se habían escapado a las hábiles manos del escultor. Entrecerrados, ligeramente entornados y oscuros como la noche. No se reflejaba en ellos emoción alguna. Nada en absoluto.

–*Messieurs*?

El recordatorio neutral del crupier hizo que el jugador más nervioso apretara con fuerza sus cartas. Su expresión cambió. Vio la oportunidad de lanzar un ataque avaricioso y triunfante contra su oponente. Bajó la mano. Un murmullo colectivo surgió del resto de los jugadores presentes y, al unísono, los ojos de todos se dirigieron al otro jugador. Durante un microsegundo, puede que tal vez el microsegundo de un microsegundo, él permaneció inmóvil. La expresión de triunfo codicioso en el rostro del primer jugador se intensificó. Además, había otra expresión: alivio. El sudor le humedecía visiblemente la frente. El pulso le latía en el cuello. Entonces, su oponente, con un movimiento tan delicado como si, simplemente, hubiera estado quitando una mota de polvo de la mesa, bajó la mano. Seguía sin haber expresión alguna en sus ojos. Nada en absoluto. Se escuchó un suspiro entre los espectadores y uno de ellos dejó escapar un murmullo audible de incredulidad.

–El Lobo gana… una vez más.

Capítulo 1

Antes ese mismo día…

Arielle se incorporó. Había estado agachada, quitando las flores marchitas de los geranios. Estos, de rojo intenso y vivo, crecían en macetas de terracota que alineaban el muro bajo que separaba la amplia terraza pavimentada del jardín que había más allá. El propio jardín reflejaba fielmente la belleza de la Provenza, desde las hojas oscuras y brillantes de las adelfas y olivos que delimitaban el espacio hasta los árboles de cítricos, melocotones y moreras que había más allá. La mirada de Arielle recorrió la vista que aparecía frente a ella. Un jardín bañado por la luz de la tarde, tan familiar, tan querido. Y a punto de perderse.

«¿Cómo voy a poder soportarlo?».

El pensamiento le encogió el corazón, pero lo refrenó.

«Lo único que puedo hacer es aprovechar mi amada casa al máximo mientras pueda».

Antes de que se vendiera. Porque terminaría vendiéndose. Su hermanastro Gerald se aseguraría de ello, al igual que la madre de este, la madrastra de Arielle.

Los ojos se le oscurecieron. Resultaba imposible imaginar a una mujer más diferente de su cariñosa y espiritual madre, que fue la primera esposa de su padre. Naomi era dura como el pedernal y avariciosa hasta lo más profundo de su ser. Su único punto débil era Gerald, su detestable hijo. Lo adoraba, le consentía todo y lo mantenía económicamente, aunque, por supuesto, no con su propio dinero, sino con el de sus esposos. «Esposos, en plural», pensó Arielle con amargura. El tercer esposo de Naomi había sido Charles Frobisher, el padre de Arielle.

Charles Frobisher había amasado su fortuna en bienes raíces, lo que lo convirtió en un hombre lo suficientemente rico como para tentar a Naomi Maitland cuando se quedó viudo. Inesperadamente, Frobisher falleció de un infarto hacía dieciocho meses, y entonces Arielle descubrió que en la última versión de su testamento le había dejado todo lo que poseía a Naomi. No había nada para ella.

En aquellos momentos, mientras recorría la finca con la mirada, Arielle sintió un nudo en el corazón. Admiró el jardín y la casa que había más allá, la hermosa y vieja casa de campo, con sus paredes de piedra color miel, su techo de tejas y sus contraventanas de madera. La casa que tanto amaba. Mas Delfine había sido la casa de su madre y llevaba en la familia de esta desde hacía muchas generaciones. Sin embargo, había terminado por convertirse en propiedad de Naomi. Y había sido el propio padre de Arielle el que se la había otorgado.

«¿Cómo ha podido hacerme esto? ¿Cómo?».

A diferencia de la relación cercana que Arielle había tenido con su madre, jamás había estado demasiado unida a su padre. Sin embargo, Arielle era su única hija y siempre se había mostrado afectuoso con ella. Arielle siempre había comprendido que la Mas que tanto amaba, donde siempre había pasado las vacaciones de verano con su madre después del internado en Inglaterra, terminaría siendo suya, pasando a la siguiente generación por la línea femenina.

Desgraciadamente, tras la trágica muerte de su madre hacía tres años, Arielle había descubierto que la Mas era en realidad propiedad de su padre. Incluso entonces, había dado por sentado que su padre se la cedería a ella, a su hija. Sin embargo, había pasado a manos de Naomi junto con todo lo demás. Naomi no había tardado en cederle la casa al hijo al que tanto adoraba. Gerald le había informado con un profundo desprecio que tenía intención de venderla en cuanto encontrara un comprador que asumiera el precio que él pedía por la casa y que no había nada, absolutamente nada, que ella pudiera hacer al respecto.

Sin embargo, hasta que eso ocurriera…

«Hasta que eso ocurra, me quedaré aquí, con mis recuerdos, y aprovecharé el tiempo al máximo. Mi último verano…».

La angustia le atenazó de nuevo el corazón.

Lycos Dimistrios salió tranquilamente del casino, invadido por una mezcla de satisfacción y desprecio. Era una combinación bastante familiar para él, una que conocía desde que había comenzado su ascenso desde la más absoluta pobreza hasta el mundo en el que vivía: el mundo de los ricos. Echó un vistazo hacia la imagen que se extendía frente a él. El paseo marítimo de la Riviera Francesa dominaba un puerto deportivo repleto de yates de lujo, reluciendo todos ellos con luces y vibrando por el sonido de las fiestas que, aún pasada la medianoche, continuaban a bordo.

Mientras Lycos esperaba a que el aparcacoches le llevara su coche, era muy consciente del papel doblado que llevaba en el bolsillo interior de su chaqueta de esmoquin. Tal vez había sido una victoria inusual, pero un notario lo encontraría todo en orden. Lycos se había asegurado de ello.

Su oponente había sido un necio, como lo eran muchos al decidir jugar contra él. Aquel en particular había sido especialmente repulsivo: jactancioso, grosero con el crupier, con los camareros, exigente y sintiéndose con derecho a todo. El tipo de persona al que le gustaba ganar solamente para humillar al otro. Especialmente aquella noche. Lycos curvó los labios.

En el mundo de los casinos y las apuestas, a Lycos se le conocía como «El Lobo». Su apodo era un juego de palabras de su nombre en griego. A medida que fue creciendo su formidable reputación, el nombre se consideró más que apropiado. Se había ganado aquella reputación. Los que se dedicaban al juego, lo hacían por una amplia variedad de razones, pero Lycos solo tenía una: ganar dinero. Ganarlo y conservarlo. Cada victoria que había obtenido en el juego le había ayudado a formar una fortuna consolidada, que había almacenado, acumulado e invertido hasta llegar muy lejos de sus humildes orígenes en los barrios más marginales de Atenas. Su mundo era ya muy diferente. La legendaria y deslumbrante Côte

d'Azur o cualquier otro lugar que le ofreciera oportunidades de juego a su nivel. Cualquier sitio donde los ricos se reunían para divertirse de manera costosa. Lycos pasaba su tiempo entre ellos, yendo donde el ánimo y el impulso lo llevaban.

En ese momento, lo empujaba hacia el norte, dado que debía acudir a la revisión programada de sus inversiones, que le gestionaba un prestigioso banco privado con sede en París. El coche se detuvo frente a él, con el maletín ya en el maletero. Sacó un billete de la cartera y se lo entregó al aparcacoches. Entonces, se sentó en el asiento del conductor y se aflojó la corbata negra. Después, se desabrochó el primer botón de la camisa. A pesar de la hora, estaba totalmente sobrio. Nunca bebía alcohol cuando estaba en las mesas. Pisó el acelerador y se incorporó al tráfico. Rumbo a París.

Horas después, el cielo empezó a aclarar por el este. La noche se desvanecía. Lycos cambió de marcha mientras el potente coche avanzaba lentamente por el valle del Ródano, rumbo al norte. Un cartel de tráfico se alzó ante él, indicando una salida próxima. Frunció ligeramente el ceño. «¿Por qué me resulta familiar ese nombre? Entonces, lo entendió. Saint-Clément. Era el pueblo cuyo nombre aparecía garabateado como parte de la dirección escrita en el papel que llevaba en el bolsillo del esmoquin.

Otro cartel del pueblo pasó fugazmente y, al acercarse la curva, Lycos se desvió con un impulso repentino. No tenía prisa por llegar a París. Podía permitírselo.

Se desvió de la autopista y se detuvo solo para reiniciar el navegador. No confiaría solo en la señalización en aquella parte desconocida del país.

Una hora después, se alegró de haber tenido el GPS para guiarle. Pasó de largo el pueblo hacia el que se había dirigido hasta entonces y se dirigió hacia el campo abierto, que estaba bañado por la luz del amanecer. La ubicación a la que se dirigía pertenecía a un pueblo mucho más pequeño y que quedaba aún algo lejos. Estaba a punto de arrepentirse del impulso por el que se había dejado llevar, pero no del todo. El paisaje de la Provenza era muy hermoso a aquella hora tan temprana, bañado por la luz tenue del amanecer. La

carretera comenzó a estrecharse, por lo que redujo la velocidad. En los campos cubiertos de hierba y muros de piedra, las vacas levantaban la cabeza sin curiosidad al verlo pasar, las ovejas y las cabras lo ignoraban y, de vez en cuando, algún conejo saltaba para escapar de él. La niebla flotaba sobre las hondonadas más bajas, lo que le daba al campo un aire mítico, antiguo y atemporal. Las flores coloreaban los bordes de la carretera.

Por fin, llegó al pequeño pueblo que había estado buscando. La pequeña plaza estaba desierta, pero Lycos vio una *boulangerie* que tenía la puerta abierta. De repente sintió hambre, por lo que se detuvo para comprar una *baguette* recién horneada y media docena de *croissants.*

Tras comprobar lo que le quedaba para llegar a su destino, vio que aún estaba a varios kilómetros. Reanudó el viaje y devoró dos cruasanes en poco tiempo. El camino se había estrechado aún más y empezaba a hacerse más empinado. Lycos abrió la ventanilla del coche. El aire era dulce y fresco, aunque ya algo más cálido. Apoyó el codo en la ventana y avanzó por necesidad a velocidad muy baja. Se frotó la mandíbula distraídamente. Necesitaba afeitarse y ducharse. Y también quitarse el esmoquin para ponerse algo más apropiado para el día. Aprovecharía las instalaciones de su destino. Su más reciente adquisición.

Por supuesto, no se la quedaría mucho tiempo. La revisaría y la entregaría a agentes inmobiliarios para que se deshicieran de ella sacándole el mayor valor posible. Una granja en medio de la Provenza no le servía de nada.

Arielle salió al patio a través de la cocina. Estaba empedrado, con una puerta en una de las paredes lo suficientemente ancha para que entrara un coche o un tractor. Frente a ella, estaban los graneros, uno de los cuales lo usaba ella como garaje para su antiguo coche. Los otros eran para el almacenamiento general y sus aves de corral. En la pared frente a la puerta, había otra de madera, mucho más estrecha, que conducía a los jardines. Se dirigió hacia ella y, de camino, recogió las dos regaderas que había llenado la noche

anterior con las que darles agua a las macetas. Aunque el dinero era escaso, estaba agradecida de disponer del que le había dado su padre cuando cumplió los dieciocho años para financiar sus estudios de música, dinero que le permitía vivir allí modestamente.

«Hasta que Gerald lo venda».

No. No iba a permitir que aquel pensamiento destruyera su pacífico estado de ánimo. Comenzó a regar, mirando con cariño su amado hogar mientras la luz del sol se reflejaba en las puertas francesas que daban al salón. No era lo suficientemente grande para ser un salón formal, pero a Arielle le encantaba su aire anticuado, con la chimenea de piedra, los sofás y los sillones desgastados pero cómodos, un viejo armario de madera y algunas pinturas de escasa calidad, pero familiares y queridas. En un lugar de honor estaba su piano, un piano de cola pequeño que le regaló su padre cuando la aceptaron en el conservatorio hacía ya siete años.

Terminó de regar, pero se quedó un momento allí, disfrutando del silencio. Aún no estaba vestida, pero la bata de algodón con cinturón que llevaba sobre el camisón era adecuada para desayunar. Además, no había nadie que la viera y, a menos que fuera al pueblo o visitara a sus vecinos más cercanos, que vivían en una granja a un kilómetro largo de la suya, no solía ver a nadie. Le gustaba así. Hasta que se viera obligada a dejar la Mas.

Un escalofrío instintivo le recorrió el cuerpo a pesar del calor de la mañana. Regresó al patio. La siguiente tarea era sacar las aves y darles de comer antes de desayunar en la terraza frente al salón.

De repente, se detuvo en seco y frunció el ceño. El sonido del motor de un coche llamó su atención. Era un sonido inusual, dado que el camino rural conducía solo a Mas Delfine. El ruido se hizo más fuerte y, por fin, vio a través de la puerta que un vehículo se acercaba lentamente por la superficie pedregosa e irregular, un vehículo que nunca había visto por allí. Se trataba de un coche totalmente inadecuado para aquellos caminos. Bajo, estilizado, negro y, claramente, muy caro. El vehículo avanzó hasta la puerta y se detuvo allí. Cuando el motor se detuvo, la puerta se abrió y salió un hombre, que miró a su alrededor mientras cerraba el vehículo

con un golpe seco. El ruido reverberó en el aire silencioso como un disparo.

Arielle se agarró las solapas de la bata. El miedo se apoderó de ella.

Entonces, la razón lo disolvió. Resultaba evidente que el conductor estaba perdido. No había otra explicación posible para que hubiera aparecido por allí, no solo en un coche como aquel, sino vestido nada más y nada menos que con un esmoquin. Solo Dios sabía de dónde venía aquel hombre. Tal vez algún gran *chateau* había organizado una fiesta y él se había perdido al salir. Tomó aire y se dirigió hacia él, caminando sin hacer ruido con las zapatillas sobre los adoquines. Se detuvo en la entrada del portón abierto.

–¿Puedo ayudarle? –le preguntó en francés.

El hombre giró la cabeza y la miró fijamente. Guardó silencio durante un instante.

Arielle tampoco pudo articular palabra. Parecía que tenía los pulmones totalmente vacíos de aire. Lo miraba fijamente y sintió cómo asía con más fuerza las solapas de la bata. Tenía enfrente al hombre más increíblemente apuesto que había visto en toda su vida…

Lycos permaneció inmóvil, con la mirada prendida en la mujer que lo observaba desde una cierta distancia. Era esbelta y solo llevaba puesta una fina bata de algodón con un cinturón que hacía destacar su esbelta figura. El cabello oscuro le caía sobre los hombros y enmarcaba un rostro que atraía poderosamente la atención de Lycos. Se trataba de un rostro oval, con una delicada boca, suaves mejillas y unas delicadas cejas que protegían unos ojos profundos. Unos ojos que lo contemplaban con una mezcla de asombro y expectación.

Echó a andar hacia ella, pero vio que la mujer daba un paso atrás. También observó cómo la fuerza que los largos dedos imprimían sobre la bata se acrecentaba un poco más.

–¿Puedo ayudarle? –insistió ella–. ¿Se ha perdido?

¿Perdido? No. Lycos no estaba perdido… ¿O sí? Echó de nuevo a andar hacia ella. Quería verla de cerca. Mientras se acercaba, comprobó que la postura se tensaba aún más.

–¿Se ha perdido? –le preguntó ella de nuevo, en aquella ocasión en inglés.

–Si esta es la Mas Delfine, no, no me he perdido.

Vio cómo los ojos de la mujer se abrían aún más, en aquellos momentos con una alarma y confusión evidentes. Cuando se acercó más a ella, notó que eran de un azul intenso y que estaban enmarcados por espesas pestañas. La recorrió con sus propios ojos oscuros, absorbiéndola por completo.

Fuera lo que fuera que hubiera esperado encontrar allí, si es que había esperado encontrar algo, no era una mujer como ella. Tan increíblemente hermosa…

Notó que ella hablaba de nuevo y se obligó a concentrarse en lo que le decía y no en su belleza, iluminada por el sol de la mañana, que la bañaba con sus rayos.

–¿Qué… qué es lo que busca usted en la Mas Delfine, *monsieur*? –le preguntó ella, de nuevo en inglés. En su voz resonaba una evidente sensación de alarma.

Lycos no podía apartar los ojos de ella, pero, fuera quien fuera aquella mujer y por mucho encanto que tuviera, tan femenina, tan hermosa y tan *deshabillé* con su bata, su cabello revuelto y sus ojos azules, había llegado el momento de aclararle su presencia allí.

–Quiero tomar posesión de este lugar, *mademoiselle* –dijo, utilizando el modo formal en el que ella se había dirigido a él–. Es mío.

Capítulo 2

Arielle escuchó sus palabras. Las oía, pero no parecía comprenderlas. No podía creerlo. Dios mío, ¿había pasado ya entonces? ¿Significaba aquella visita que Gerald había cumplido por fin su amenaza?

Sintió un leve retumbar en los oídos. Su visión se nubló y su cuerpo se tambaleó y se dobló. Oyó que el hombre dejaba escapar un juramento en un idioma que no entendía y que cada vez sonaba más lejano… Las nubes se alzaron para asfixiarla, para ahogarla, para empujarla cada vez más hacia abajo… Entonces, se detuvo en seco. Sintió que un brazo se le enroscaba alrededor de la cintura y la sujetaba con fuerza. La llevó hasta el banco que había junto a la puerta de la cocina y la colocó suavemente sobre él. Notó una mano en la nuca que le presionaba la cabeza contra las rodillas. Poco a poco, el zumbido de los oídos se fue desvaneciendo y recuperó el control de los sentidos. Empezó a levantar la cabeza y, al instante, la mano de la nuca se retiró. Tragó saliva y se incorporó muy despacio. Entonces, giró la cabeza hacia el hombre que estaba sentado a su lado. Parpadeó repetidamente.

–¿Quién… quién es usted? –susurró, aún con voz muy débil.

Lo miró. Estaba muy cerca. Demasiado cerca. Podía ver por fin perfectamente su rostro. Un rostro estrecho, de mandíbula dura, acerado y con barba incipiente, pómulos altos, cejas oscuras y ojos que aún lo eran más. Unos ojos en los que podría haberse ahogado. Unos ojos que la estudiaban con mirada penetrante. Vio que se echaba hacia atrás ligeramente para meterse la mano en la chaqueta. Sacó un tarjetero y extrajo una tarjeta de visita de su

interior. El hombre tampoco apartó la mirada de ella ni por un solo instante.

Arielle tomó la tarjeta. *Lycos Dimistrios.* Eso era lo único que había escrito en ella. Arielle levantó la cabeza para mirarlo fijamente. «Es griego…». Entonces, él se puso en pie, le arrebató la tarjeta y se la metió en el bolsillo exterior de la chaqueta del esmoquin, observándola con una expresión inescrutable, con aquellos penetrantes ojos oscuros… Mandíbula áspera, boca bien formada… Dentro de su pecho, el corazón empezó a latirle con fuerza.

Se dio cuenta de que, en aquel momento, él había empezado a hablar, también en inglés.

–Ahora que ya sabe mi nombre, me gustaría que me dijera el suyo. ¿Quién es usted?

Arielle se levantó también.

–Me llamo Arielle Degrange Frobisher –dijo mirándolo directamente a los ojos y tratando de hablar con dignidad y determinación–. Mas Delfine es mi casa. Es… –añadió, respirando profundamente– la casa de la familia de mi madre desde hace más de doscientos años y me ha sido robada.

El rostro de Lycos permaneció imperturbable.

–¿Es eso cierto? –preguntó, sin expresión alguna en la voz. Algo extraño estaba ocurriendo allí y Lycos quería averiguarlo sin mostrar sus cartas. Él nunca mostraba su mano…

Vio que aquella mujer cuadraba los hombros y asentía.

–Sí, así es. Y, a pesar de que mi… hermanastro haya podido afirmar que esto es suyo, no es así. Y tampoco tiene derecho alguno para disponer de esta casa.

La mujer hablaba con tranquilidad, pero Lycos notó las emociones que transmitían sus palabras. Ira. Rabia. Miedo. Frunció el ceño.

–¿Gerald Maitland es su hermanastro?

–Sí. ¿Lo conoce o acaso ha tratado solo con sus agentes?

–Con él en persona –replicó él, sin tratar de ocultar la incomodidad que había en su voz.

La mujer abrió los ojos y Lycos notó que se disponía a hablar, pero él se lo impidió levantando la mano.

–Más tarde. Ya hablaremos de todo esto más tarde. Ahora, le agradecería mucho que me permitiera utilizar el cuarto de baño, y a ser posible que esté dentro de un dormitorio. Y luego desayunaremos.

Lycos se dio la vuelta sin importarle la reacción que ella hubiera podido tener ante su listado de exigencias. Se dirigió al coche y sacó su maleta y la bolsa que contenía el pan y el resto de los cruasanes. Entonces, regresó junto a la mujer y la miró con ojos entornados.

Realmente era encantadora, a pesar de la deslucida bata. El largo cabello oscuro y los increíbles ojos azules…

Sin embargo, en aquellos ojos no se reflejaba nada más que sorpresa e ira.

Lycos no quiso seguir viendo aquella expresión. Levantó la bolsa que contenía el pan y los cruasanes y la dejó encima del banco.

–Para el desayuno –dijo–. Hablaremos de esta situación entonces. Ahora, muéstreme mi habitación, si no le importa.

Lycos entró en la casa a través de una amplia cocina. Durante un instante, él pensó que la mujer iba a negarle el paso, pero, con la misma dignidad con la que le había dicho quién era, lo condujo hasta un amplio vestíbulo que daba a la entrada principal de la casa y del que arrancaba una escalera de piedra que conducía a la planta superior.

–Puede usar la habitación que está al final del pasillo, a la derecha –le dijo sin expresión alguna–. El cuarto de baño es la puerta de al lado. El agua estará caliente mientras no use demasiada.

Con eso, la mujer regresó a la cocina y cerró la puerta. Durante un instante, Lycos permaneció inmóvil, pero, después, se dirigió a la planta superior tratando de organizar sus pensamientos.

Lycos regresó al dormitorio después de ducharse y abrió la maleta, que había colocado previamente sobre la cama. Era una cama de estilo antiguo, con armazón de metal y un colchón grueso cubierto con una colcha. Los muebles eran también algo anticuados. Un sólido tocador de madera, un gran armario y un par de sillas con asiento de enea. A ambos lados de la cama había alfombras hechas

a mano y el resto del piso estaba formado por tablones de madera desnudos, pulidos y suaves por el uso a lo largo de muchos años. A ambos lados de la ventana colgaban cortinas de flores. La abrió para dejar entrar algo de aire fresco. Revisó entonces su ropa y eligió un polo y unos pantalones chinos informales. Se puso los pantalones y dejó caer la fina toalla que había encontrado en el baño, tan anticuada como el dormitorio, aunque suficientemente funcional para cubrir sus necesidades. Mientras se acomodaba el polo sobre el torso, se dirigió hacia la ventana.

La mañana se estaba caldeando. Se preguntó si en aquella finca habría una piscina. Tal vez le sentara bien darse un baño más tarde.

¿Más tarde? ¿Acaso iba a haber un «más tarde»? ¿No iba a marcharse a París después de desayunar y ver la casa? ¿De verdad quería que aquella parada en su viaje fuera tan breve?

Miró por la ventana, sumido aún en sus pensamientos. La habitación daba a la parte trasera de la casa, sobre el jardín. ¿O acaso debería decir mejor jardines? Parecía ser muy extenso y descendían en niveles de terrazas hasta un seto, más allá del cual parecía haber un campo de lavanda. Le pareció captar el aroma, transportado hasta él por la ligera brisa. A ambos lados de los jardines había árboles, que parecían ser cítricos y moreras. Las buganvillas crecían sobre los muros bajos que separaban los niveles de las terrazas. Más allá, había adelfas y olivos. Inmediatamente debajo de su ventana había una amplia terraza con multitud de macetas con geranios de vivos colores. Otro aroma lo alcanzó, además del de la lavanda. Era café. Miró de soslayo y vio una mesa de hierro, sombreada por un descolorido toldo de rayas. Le estaban preparando el desayuno.

Se sintió de repente muy hambriento y se apartó de la ventana. Los dos cruasanes que había devorado en el camino parecían muy lejanos y completamente insuficientes.

Quería comer. Quería ver su nueva posesión. Y, sobre todo, quería, con una mezcla de burla hacia sí mismo, anticipación masculina y algo que no era capaz de identificar, ver a la mujer que decía ser la dueña de lo que él, por casualidad, acababa de adquirir por el azar

de una carta. Como todo lo demás que poseía. Y, en aquel momento, era dueño del mismo modo de aquel lugar.

Después de subir a su dormitorio para cambiarse de ropa, Arielle regresó al patio. Abrió las puertas del granero. Las gallinas, seguidas por los patos, salieron muy hambrientas. Ella cogió el pienso, rellenó un cuenco y lo extendió sobre la zona donde las aves solían comer, más allá de la puerta. Entonces, vio el monstruoso coche en el camino y sintió una punzada de aprensión.

Regresó a la cocina y, al pasar junto al banco, recogió la bolsa con los cruasanes y el pan. No estaba de humor para prepararle el desayuno al hombre que le iba a quitar su casa, pero tal vez enojarlo no sería lo más sensato. Podría ser que él le ordenara marcharse inmediatamente, sin tiempo para recoger sus pertenencias, llevar las aves a la casa de sus vecinos y enviar su piano al *lycée* local.

Por lo tanto, preparó café, cortó la *baguette* en rodajas, la puso junto con los cruasanes, sacó mantequilla y mermelada de albaricoque, calentó la leche, colocó la vajilla y los cubiertos en una bandeja grande y lo llevó todo a la terraza.

Se quedó paralizada. Lycos Dimistrios ya estaba junto a la mesa. No sabía quién era ni le importaba, pero le resultaba imposible evitar que su mirada se posara en él, y no solo por la amenaza que representaba.

Vestido con su esmoquin, su camisa de vestir, su corbata negra y sin afeitar, tenía un aspecto entre elegante y rudo. Le había hecho experimentar sensaciones que no tenía derecho a sentir y mucho menos a reconocer. Sin embargo, en aquellos momentos, su imagen era bastante diferente. Su mandíbula era suave. Su cabello, aún húmedo por la ducha, le caía sobre la frente. Su torso estaba elegantemente cubierto por un polo azul oscuro que lo moldeaba y hacía resaltar unos hombros claramente musculosos. Un reloj de correa de cuero se le enroscaba en la muñeca, haciéndose eco del cinturón de cuero que rodeaba sus delgadas caderas y le sujetaba los pálidos chinos. Tenía un aspecto caro, devastador, lo que provocó en ella un vacío totalmente inapropiado. Sin embargo, había algo

que no había cambiado: la mirada que le dirigía desde unos ojos oscuros e inescrutables.

Aunque la camiseta que ella llevaba era ancha y los pantalones cortos no dejaban ver nada de sus piernas salvo las pantorrillas, de repente Arielle se sintió poco arreglada. Ninguno de los dos dijo nada. Ella se limitó a dejar la bandeja sobre la mesa para descargarla. Mientras lo hacía, él sacó una silla y se sentó.

–El café huele muy bien, pero ¿no hay zumo? –le preguntó él mientras echaba mano a la cesta que contenía el pan y los cruasanes.

Sin decir ni una sola palabra, Arielle regresó a la cocina. Tenía cuatro naranjas, por lo que hizo zumo con ellas manualmente, vertió el zumo en un vaso y volvió a salir a la terraza. En silencio, le colocó el vaso delante.

Él la miró mientras se untaba mantequilla en el pan. Entonces, tomó el tarro de la mermelada de albaricoque.

–*Merci* –dijo con gesto ausente mientras examinaba la mermelada–. Parece casera.

Arielle tomó asiento.

–La hace una vecina. Ella tiene muchos albaricoqueros y yo se la cambio por mermelada de naranja, dado que yo tengo muchos naranjos. Supongo que lo notará en el zumo.

Él tomó el vaso y dio un sorbo.

–Está muy bueno –afirmó.

–Me alegro mucho de que cuente con su aprobación –dijo Arielle con sorna.

–Considerando que ahora son mis naranjas, yo también –replicó él mirándola fijamente.

Arielle no hizo intento alguno por contestar. Después del desayuno, llegaría la conversación que ya no podría seguir evitando. Sentía como si las garras de sus propios sentimientos le hubieran hecho presa en el estómago. Sentía miedo.

Tomó un cruasán, se sirvió un poco de café con leche caliente y lo mojó.

–Yo lo tomo solo –dijo Lycos Dimistrios mientras se preparaba otra rebanada de pan con mantequilla.

–Sírvase usted mismo –le espetó ella, con una ácida dulzura en la voz.

–¿Solo del café? –replicó él, desafiándola.

Arielle apretó los labios. Decidió ignorarlo mientras él se servía el café. Se concentró en los jardines. Una fuerte emoción se apoderó de ella, pero pudo controlarla. Parpadeó para conseguirlo, tratando de oponerse a sus sentimientos.

–Dígame –dijo él–, ¿por qué cree que esta casa le pertenece y que su hermanastro se la robó?

–En realidad, fue mi madrastra quien me la robó –replicó ella, girándose para mirarlo–. Persuadió a mi padre de que se la dejara a ella antes de que él muriera hace dieciocho meses.

–Me dijo que le pertenecía a su madre –repuso él mientras fruncía ligeramente el ceño–. El derecho francés le da a usted el derecho a heredar. Entonces, ¿qué fue lo que ocurrió?

Arielle respiró profundamente. Dejó el cruasán en el plato y lo miró.

–Esta casa era de mi madre y antes lo fue de la madre de ella. Lleva en mi familia más de doscientos años. Sin embargo, cuando mi madre conoció a mi padre, la finca tenía deudas. Mi madre esperó que mi padre las pagara cuando estuvieran casados, pero, en vez de eso, él le hizo una oferta muy diferente. Le sugirió que le vendiera esta casa antes de casarse con él porque el precio de venta pagaría las deudas. Entonces, le prometió que le dejaría la Mas a los hijos que pudieran tener en el matrimonio. Mi madre accedió y mi padre se convirtió en el dueño legal de la propiedad. Por supuesto, mi madre confió en que, algún día, esta casa pasara a ser mía dado que soy su única hija.

Arielle tomó un sorbo de café para darse ánimos. Estaba haciendo todo lo posible por controlar sus emociones, pero la ira y el dolor habían vuelto a despertar dentro de ella.

–Sin embargo, cuando mi madre murió hace tres años, mi padre volvió a casarse con Naomi, la madre de mi hermanastro. Cuando mi padre murió hace dieciocho meses, descubrí… –susurró, tratando de contener el modo en el que le temblaba la voz– que le había dejado a Naomi todo en su testamento. Todo.

Arielle respiró profundamente y trató de afirmar la voz.

–Mi padre era inglés –prosiguió–. Todo lo que le pertenecía era inglés y su testamento se ejecutó bajo el derecho inglés. Yo peleé todo lo que pude, pero él era el dueño de esta casa dado que se la había comprado a mi madre con pleno derecho. Por lo tanto, podía hacer con ella lo que quisiera. Y deseó que se la quedara Naomi.

Lycos frunció el ceño.

–¿Por qué?

–Porque esa mujer es una cazafortunas y una manipuladora que supo cazar a mi padre y conseguir todo que le pertenecía. Adora a su hijo y le ha dado esta casa. Ahora, él tiene la intención de venderla…

Se interrumpió en seco.

–Y ahora él la ha vendido –se corrigió. Vio que él sacudía la cabeza.

–No exactamente –dijo él con voz seca.

Arielle lo miró fijamente, sin comprender.

–No me la ha vendido. Se la gané anoche jugando a las cartas. Era lo único que le quedaba para apostar.

Capítulo 3

Lycos la vio palidecer.

–¿Que se la ha ganado a Gerald a las cartas?

–Sí. Estaba muy enfadado porque yo le hubiera ganado todas las partidas y, como un estúpido, dejó que la ira se apoderara de él. Entonces, jugó mal, arriesgando demasiado, lo que siempre es una señal de estupidez –dijo Lycos, sin molestarse en ocultar el desprecio que había en su voz–. Yo me aproveché de ello. Ahora, la Mas Delfine es mía.

–¡No puede ser! ¡Así no! –exclamó ella con incredulidad.

Lycos se encogió de hombros.

–Es legal. Ya me he asegurado de ello. La transferencia de la titularidad se firmó ante testigos. El papeleo formal se hará más adelante. ¿Por qué se opone? Si yo no se la hubiera ganado, él la habría vendido de todas formas, por lo que sigue usted perdiendo. ¿Qué más le da a usted quién sea el dueño o cómo la haya adquirido?

En los ojos azules de ella relucía algo, una mezcla de ira y de incredulidad.

–Convertir mi casa en un juego, en una apuesta… –susurró, totalmente abrumada.

–Sin embargo, no es su casa, ¿verdad? En realidad, nunca lo ha sido –afirmó él mirándola con consideración–. Por otro lado… dado que lo único que voy a hacer es venderla de nuevo porque no me resulta de utilidad, yo podría estar dispuesto a ofrecérsela a usted primero. Si puede pagar mi precio. Si quiere, puede comprármela. No me opongo en absoluto.

–Yo… yo no tengo dinero –admitió ella–. Lo único que tengo es un poco de dinero que mi padre me dio cuando cumplí los dieciocho años, lo que me permite vivir aquí frugalmente. Sin embargo, dista mucho de la cantidad suficiente para comprar esta casa. Ya le dije que Naomi se quedó con todo cuando murió mi padre.

–Los padres defraudan –dijo mirándola fijamente–. No hay que fiarse de ellos –añadió encogiéndose de hombros–. Entonces, ¿no hay dinero?

–Para comprarle esta casa, no.

–¿Y qué va a hacer cuando se marche de aquí? –le preguntó él. Inmediatamente se preguntó por qué lo había hecho. Después de todo, aquello no tenía nada que ver con él.

–Regresar a Inglaterra. Allí, trataré de conseguir un trabajo y ganarme la vida. En realidad, no lo sé.

–Bien, pues, antes de que se marche, quiero que me enseñe la casa y el terreno que pueda haber. También, quiero un inventario de todo su contenido –añadió mientras se servía otro café y devoraba el último cruasán–. Una cosa, ¿hay piscina? No he visto ninguna.

–Está al otro lado de la casa. No se ve desde aquí ni desde su dormitorio –respondió ella. Su voz sonaba hueca, como si estuviera haciendo todo lo posible por mostrarse distante.

–Bien –afirmó él–. Me vendrá muy bien un baño más tarde –añadió. Se tomó el café de un trago–. Está bien, empecemos con la visita. Ya podrá recoger todo esto más tarde.

Lycos se puso de pie y vio cómo ella seguía su ejemplo. No dijo nada, pero no hacía falta. Sus ojos reflejaban todo lo que sentía: resentimiento, hostilidad, ira.

Y belleza…. Era una mujer muy hermosa.

Dejó que los ojos la admiraran. La camiseta que llevaba puesta no le hacía ningún favor, salvo resaltar el bronceado dorado de su piel, besada por el sol. Llevaba el cabello recogido en una especie de nudo contra la cabeza, pero nada de eso disminuía su belleza extraordinaria, una belleza que, evidentemente, no exhibía y que parecía desconocer. Era completamente diferente a las mujeres a las que él estaba acostumbrado. Todas eran elegantes, impecablemente

arregladas y deseosas de permanecer dondequiera que se congregaran los hombres ricos.

–¿Qué es lo que quiere ver primero, la casa o el terreno?

La voz de la mujer le sacó de sus pensamientos. Sonaba menos vacía, pero seguía desconectada. Como fingiendo indiferencia. O usándola como protección. Sin embargo, a Lycos no le importaba pensar en lo que la motivaba, solo que la interrupción le resultaba agradable. Sus pensamientos sobre las mujeres, el tipo de mujeres a las que él estaba acostumbrado, estaban fuera de lugar allí. Allí, el único perfume venía de las abundantes flores aromáticas, no de frascos que costaran más de cien euros.

–Estamos fuera. Empecemos por aquí.

Pronunció aquellas palabras mirándola con expectación. Aquella hermosa mujer, que tan abiertamente resentía su presencia y la razón que lo había llevado hasta allí. Sin embargo, ¿qué le importaba a él todo eso? ¿Qué le importaba a él su belleza? No tenían relevancia alguna. Su único interés estaba en su última adquisición. Aquella casa en medio de la nada. La inspeccionaría, la evaluaría y la entregaría a sus agentes inmobiliarios para que la vendieran obteniendo el máximo beneficio.

–Como puede ver –empezó ella con voz neutra–, los jardines están divididos en terrazas. Hay tres niveles que conducen hasta los campos de lavanda. En el nivel inferior hay una puerta para que se pueda acceder a los campos por ahí.

–¿Cuántos campos? ¿Vienen con la casa?

–Solo dos. Menos de dos hectáreas en total, pero también hay tierra de pastos, un olivar y un campo de cítricos. Todo está alquilado a un vecino, pero no por dinero, sino a cambio de mantener los árboles podados y todo lo que implica su cuidado. El pago se hace con productos: aceite de oliva, carne, leche, queso, limones y naranjas. La lavanda va a una perfumera cerca de Grasse. En el pasado, había más tierras, pero mi abuela vendió una parte para tratar de reducir las deudas que pesaban sobre la finca.

–¿Y de dónde venían esas deudas?

–La agricultura es un negocio con muchas incertidumbres. Mi bisabuelo era de la generación de la guerra y vivió momentos muy

difíciles durante la Ocupación. Trató de conseguir dinero emprendiendo en otros negocios, pero estos fracasaron. De ahí las deudas.

Ella empezó hacia el lado más alejado de la casa.

–Ahí está la piscina –dijo–. Mi padre mandó que la construyeran.

No era una piscina muy grande, pero resultaba muy acogedora y relucía bajo el sol. Había unas tumbonas entre el agua y el muro de la casa. Sobre el agua, un par de patos nadaban felices. Ella se dirigió a ellos en francés, con un tono de voz diferente. Indignado pero afectuoso. El contraste con frialdad con la que se dirigía a Lycos y la calidez con la que lo hacía con los patos no podría haber sido más marcado.

–¡Matilde, Maurice! ¡Ya sabéis que aquí no se nada! ¡Tenéis vuestro propio estanque! ¡Deberíais estar avergonzados!

Lycos oyó las palmadas que ella daba para ahuyentar a los patos, que se limitaron a graznar con desdén y a nadar desafiantes en la dirección opuesta. Sin que pudiera evitarlo, se le escapó una carcajada.

–Saben perfectamente que no pueden nadar aquí, ¡pero no escuchan! –exclamó Arielle con indignación hablando de nuevo en inglés. Aún se podía escuchar la animación en la voz.

–Déjelos. No están haciendo nada malo.

–Bueno, no me parece que sea muy higiénico, pero les gusta mucho y saben que yo se lo consiento. Lo que resulta verdaderamente irresistible es cuando traen aquí a sus patitos para que aprendan a nadar. ¡Son tan adorables!

La calidez que había en su voz llamó mucho la atención de Lycos.

–¿Tienen patitos?

–Ahora no. Matilde normalmente deja que Honore le empolle los huevos cuando hace una puesta.

–¿Es Honore otra pata?

–No. Es una de las gallinas. Salen al jardín, lo que me ayuda a controlar los bichos, pero normalmente están en la zona más apartada, al otro lado del granero. Les doy de comer también maíz, para desayunar y por las noches. Es la única manera de que accedan

a entrar al granero, donde están a salvo. Si no, los zorros acabarían enseguida con ellas. Los patos entran también.

Entonces, Lycos escuchó que la voz le cambiaba. Se le tensaba.

–Sea… sea lo que sea lo que ocurra con la finca, las aves deben irse con mis vecinos. Necesitan alguien que las cuide. Si usted las considera de su propiedad, como todo lo demás, yo… yo se las compraré.

Lycos volvió a mirar a los patos, que chapoteaban alegremente en el agua de la piscina, despreciando totalmente cualquier intento por conseguir que abandonaran su lugar preferido. Parecían estar muy a gusto…

–No hay prisa –se oyó decir. Entonces, miró a su alrededor–. Está bien, ¿y ahora qué?

Ella pasó junto a la piscina y lo condujo a través de un portón. Se encontró de nuevo al frente de la casa, más allá de la cual estaba la zona con gravilla sobre la que había aparcado su coche. Desde allí se divisaba el portón que daba paso al patio empedrado, junto con los graneros que bordeaban el otro lado. Al borde de estos había un terreno abierto, en el que se podía ver el contorno de un estanque. Aquel sería, supuestamente, el estanque donde deberían estar los patos descarriados. Las gallinas picoteaban de manera desordenada y las palomas se acurrucaban en el tejado de los graneros, con un arrullo suave y murmurante. Todo era muy tranquilo. Lo único que estaba fuera de lugar era su coche.

Y él mismo.

–Si quiere ver el campo de cítricos, está más allá del estanque –dijo ella, sacándolo de sus pensamientos.

–Más tarde –respondió él negando con la cabeza–. Primero, muéstreme el interior de la casa.

Ella lo condujo a través del patio empedrado y entró en la cocina. Esta era grande y anticuada, con un fogón negro instalado en la chimenea. Había también un fogón eléctrico algo menos anticuado, grandes armarios de madera, un enorme aparador con los estantes repletos de sólidos platos de barro, un frigorífico de aspecto antiguo que rugía en una esquina y un fregadero de piedra aún más antiguo, con superficies de trabajo a ambos lados. El centro de la estancia

estaba dominado por una mesa de roble bien fregada, con sillas a su alrededor. Los aromas combinados de la canela, los cítricos y el café del desayuno flotaban en el aire. Él asintió y se dirigió hacia la puerta que conducía al pasillo central y al salón que había más allá. Ya había visto el salón cuando iba de camino a la terraza antes de desayunar. Era tan anticuado como todo lo demás. En él, dominaba una gran chimenea con estufa de leña y un elegante piano de cola pequeño. Esto le extrañó, aunque guardó silencio al respecto. Mientras subía las escaleras, Arielle lo siguió.

–Mi dormitorio ya lo conozco –le dijo él–. Muéstreme los demás.

Había otros tres dormitorios. Dos de ellos eran tan pequeños y anticuados como el de él.

–El dormitorio que queda es el mío –anunció ella.

Lycos la miró.

–Muéstremelo –insistió. No era una petición. Vio que la expresión de ella se tensaba, por lo que decidió llamarla por su nombre de pila–. Arielle, sean cuales sean tus objeciones, tus resentimientos y tus protestas, esta casa ya no te pertenece. Por lo tanto, muéstrame el dormitorio que usas tú.

Durante un instante, ella pareció querer resistirse a aquel requerimiento. Entonces, con una actitud tan tensa como el gesto que había en su rostro. Arielle abrió la puerta. Lycos entró en primer lugar.

Resultaba evidente que aquel era el dormitorio de Arielle. Era tan anticuado como los demás, pero resultaba mucho más personal. Mucho más femenino. Las paredes estaban recubiertas con un papel pintado de rosas de color rosado. El mismo estampado aparecía en el edredón y en la tapicería del taburete que había frente al tocador. Sobre la cómoda había un jarrón de barro lleno de rosas también del mismo color y estampado de las tapicerías, que también aparecía en las cortinas. Los muebles eran blancos, pero también estaban decorados con adornos de rosas.

–¿Ha visto ya suficiente? –le espetó con voz fría y hostil.

Lycos asintió.

–¿Hay aquí dentro otro cuarto de baño o solo existe el que yo he utilizado?

Con visible malestar, Arielle abrió una puerta. Tal y como era de esperar, el cuarto de baño era también muy anticuado. Lycos decidió que, quien comprara aquella casa, tendría que reformarla por completo. En cualquier caso, ese no era su problema.

–No le gusta, ¿verdad? –le preguntó ella mirándolo fijamente.

–En realidad, mi opinión es irrelevante. Lo único que me importa es que se venda por el mejor precio que pueda alcanzar. Ese es mi único interés.

Con eso, se dio la vuelta y se dirigió de nuevo a la planta baja. Había algo en aquella acusación, porque eso había sido precisamente, que lo enfureció. Miró el reloj y vio que era ya casi mediodía. Debería recoger su maleta y marcharse a París. Allí, seleccionaría una inmobiliaria, se ocuparía de los documentos de propiedad de la casa y luego lo pondría a la venta.

–¿Se marcha ya?

La voz de Arielle desde lo alto de las escaleras le hizo darse la vuelta.

–No.

Inmediatamente, frunció el ceño. ¿Por qué había dicho eso? Estaba a punto de marcharse y, de repente…

–Voy a pasar aquí la noche –anunció.

Arielle agarró con fuerza el pasamanos de la escalera. Entonces, bajó lentamente.

–¿Por qué?

Los ojos oscuros e inescrutables se fijaron en ella.

–No creo que eso sea asunto tuyo –replicó Lycos Dimistrios–. Como ya te he dicho repetidamente, soy el nuevo propietario de esta finca y va a ser lo que yo quiera.

Arielle levantó la barbilla con gesto desafiante.

–¡Solo tengo su palabra de que haya recibido esta casa de mi hermano!

–Lo tengo por escrito –replicó él encogiéndose de hombros–. Si eso no es suficiente, puedes ponerte en contacto con él. Te lo confirmará. No le quedará más remedio.

–¡No hablaría con ese ser repugnante ni aunque estuviera en su lecho de muerte!

–Pues no lo llames –replicó Lycos encogiéndose de hombros–. A mí me da igual.

Arielle observó cómo se dirigía al salón, se sentaba en un sillón y sacaba su teléfono móvil, como si hubiera decidido no prestarle más atención a ella. Durante un instante, Arielle permaneció inmóvil, furiosa, hasta que oyó que él empezaba a hablar en francés. Hablaba con alguien llamado Marc y le decía que había sufrido un retraso y que quería retrasar la reunión para otro momento. Arielle decidió marcharse a la cocina. No podía parar de pensar.

Las implicaciones de lo que había ocurrido aquella mañana la abrumaban. De la nada, sintió que su corazón comenzaba a acelerarse y a latir con fuerza. Se apoyó en el fregadero para tratar de recuperar el control, pero era imposible…

Dejó escapar un grito, que le desgarró la garganta, y sollozos secos sacudieron su cuerpo. Había pasado. Al final había pasado. La espada que había estado pendiendo sobre su cabeza desde el día en el que se leyó el testamento de su padre, desde que escuchó la voz de la odiosa Naomi y la más odiosa aún de Gerald burlándose de ella mientras le arrebataban todo lo que ella más quería, había caído por fin. La había atravesado…

–¿Arielle?

Ella sintió que le agarraban las manos y se las juntaban con una fuerza muy superior a la suya y sintió que podía recuperar el control. Abrió los ojos. Lycos Dimistrios, que había llegado a su vida como un pirata para arrebatarle todo lo que le pertenecía, estaba allí, frente a ella, con una expresión extraña en el rostro. Parecía preocupado.

–He dicho que pares –insistió–. Contrólate. El control es esencial. Sin él, no somos nada. Sin control, eres vulnerable. Una víctima.

La miraba fijamente. La fuerza que había en aquellos ojos era innegable. Resultaba imposible desafiarla. Poco a poco, los sollozos fueron remitiendo y las convulsiones cesaron por fin.

Lycos asintió.

–Eso está mejor –dijo. Le soltó las manos y se levantó para ir a tomar un vaso y llenarlo en el grifo del fregadero con agua fría–.

Bébetelo. Todo.

Arielle hizo lo que él le había ordenado, aunque tuvo que obligarse para conseguirlo. Lycos dio un paso atrás mientras ella bebía, pero no dejó de mirarla.

–¿Mejor? –le preguntó mientras ella le devolvía el vaso.

Arielle parpadeó. Parecía que los latidos del corazón le estaban volviendo a la normalidad y que la respiración se le había tranquilizado.

–Sí –respondió débilmente.

Lycos le agarró el brazo y la condujo a una de las sillas de la cocina.

–Siéntate –le ordenó. Se sentó frente a ella y la miró a través de la mesa–. Va a ser mejor que hablemos.

Durante un momento, Lycos guardó silencio para tratar de recomponer sus pensamientos. Le había resultado muy turbador ver cómo ella sufría. En aquellos momentos, sus pensamientos habían entrado en conflicto. En realidad, Arielle no era nada para él. Aquella situación no le competía en absoluto. Sin embargo, respiró profundamente y habló.

–Arielle, veo que ha ocurrido por fin algo malo que llevabas tiempo ignorando. Ahora, tienes que enfrentarte a la realidad, pero míralo así. Desde que tu padre murió, sabías que ibas a tener que renunciar a lo que habías esperado heredar. Tú misma me lo dijiste. No hay nada que puedas hacer al respecto. Acéptalo. No tienes elección y lo sabes… y, cuando no se tiene elección, eso te libera –añadió, diciendo algo sobre lo que no quería pensar–. Tal vez parezca ilógico, pero no lo es. Así, ya no tienes que seguir luchando. Ya no tienes que seguir teniendo miedo. Ya ha ocurrido lo peor. Y todo ha terminado.

Lycos guardó silencio un instante y sus ojos parecieron enmascararse durante un segundo. Entonces, volvió de nuevo a tomar la palabra, en aquella ocasión muy lentamente.

–Cuando ha ocurrido lo peor, no hay nada más que pueda hacerte daño. Eso también es libertad y tiene mucho valor… Cuando ya no tienes opciones, tampoco hay responsabilidades. ¿Entiendes lo que te estoy diciendo?

Ella lo miraba con una expresión vacía en el rostro, por lo que Lycos siguió hablando. Prefería no pensar de dónde salían aquellas palabras. No quería recordar.

–Te has sentido responsable, ¿verdad? De esta casa. Me has dicho que lleva generaciones en la familia de tu madre. Ahora ya no está y no es culpa tuya lo que ha ocurrido. Si hubiera alguien a quien culpar, si lo piensas, sería a tu madre por haber confiado en tu padre. Y antes de eso de tu bisabuelo por haber contraído esas deudas. Entonces, como nada de esto es culpa tuya, tampoco es tu responsabilidad.

–Pero yo no quiero perderlo…

Lycos suspiró.

–El secreto de una vida feliz, Arielle, es querer solo lo que podemos conseguir –dijo en tono seco–. Si quieres esta casa, entonces te voy a dar un consejo. Regresa a Inglaterra y gana dinero, lo suficiente para poder hacerle una oferta a quien compre esta casa, una oferta que no pueda rechazar.

–No sé cómo ganar todo ese dinero.

–¡Pues aprende! –exclamó él con impaciencia–. ¡Todo el mundo puede hacerlo! Yo soy la prueba evidente de ello.

Se interrumpió secamente y se puso de pie.

–Bueno, ya basta por hoy de lecciones de vida. Tengo hambre. ¿Qué hay para comer?

Sabía que era una distracción, pero daba la casualidad de que también era lo que quería en aquellos momentos. Conseguir lo que quería, fuera esto lo que fuera, era la lección de vida más importante que había aprendido nunca. Una lección que gobernaba su vida.

La voz de Arielle lo sacó de sus pensamientos.

–Normalmente, yo solo tomo una ensalada para comer.

–¿De qué clase?

–Bueno –respondió ella en tono dubitativo–, tomates, pimientos, lechuga, jamón y queso. Ese tipo de cosas.

–Me parece bien. Comamos fuera.

Ella parecía seguir dudando, por lo que Lycos se dirigió hacia el frigorífico y lo abrió. Sacó todo lo que pudo encontrar y lo puso

sobre la mesa. Arielle pareció recomponerse y fue a por unos tomates y un pimiento que tenía en un bol junto al fregadero.

–Voy… voy fuera a cortar un poco de lechuga…

Arielle regresó unos minutos más tarde con un puñado de hojas y las lavó. Entonces, las echó en un bol y las picó. Después, las aderezó con aceite y vinagre. Ninguno de los dos habló hasta que Lycos tomó la bandeja que había estado preparando.

–¿Vamos? –le preguntó justo antes de dirigirse hacia la terraza.

El calor del mediodía le golpeó con fuerza y dio gracias por que tuvieran el toldo bajo el que refugiarse. Arielle salió con el bol de la ensalada, una jarra de agua y los dos vasos. Los dos se sentaron e, inmediatamente, Lycos se sirvió pan, queso y jamón, junto con un par de los tomates.

–Este queso está muy bueno –dijo.

–Lo hace mi vecino. El jamón también es de sus cerdos –comentó. Su voz volvía a sonar neutral.

Arielle sirvió agua. Lycos tomó un trago, preguntándose también cuándo había sido la última vez que había tomado agua del grifo, sobre todo durante una comida. Sin embargo, el agua estaba fría y era muy refrescante. Tenía un regusto muy distintivo, al contrario del agua de la ciudad. Así se lo comentó a Arielle.

–Es agua del pozo –contestó ella–. Aunque ahora se saca por medio de una bomba eléctrica y no a mano… –dijo. Se detuvo un instante. Parecía que quería comentar algo más, pero no se atrevía. De repente, se lanzó–. Cuando… cuando dijiste lo que dijiste sobre la responsabilidad, ¿lo decías en serio?

–Sí. Puedes renunciar a esta casa, Arielle, porque nada de lo que ha ocurrido es responsabilidad tuya.

–¿Cuándo piensas vender? –le preguntó ella sin mirarlo.

–La pondré en el mercado en cuanto llegue a París. Iba de camino allí desde la costa cuando decidí desviarme y venir a echar un vistazo.

–¿Vives en París?

–En realidad, no vivo en ninguna parte. Me alojo en hoteles o alquilo apartamentos si estoy en algún lugar más tiempo de lo habitual.

–¿Pero tienes tu base en Grecia? –le preguntó. Parecía perpleja.

–Ese es el último lugar al que yo consideraría mi hogar.

–¿Por qué?

Arielle lo miraba directamente, con aquellos celestiales ojos azules, como si pudiera ver a través de él.

–¿Por qué? Porque me escapé.

–¿De qué?

Lycos la miró y dejó caer el cuchillo sobre el plato.

–¿Qué es esto? ¿Psicoanálisis?

–No, no. Sin embargo, tú pareces sentirte con todo el derecho del mundo para echarme sermones sobre mis circunstancias. Yo… simplemente, estaba haciendo lo mismo.

Lycos soltó una carcajada.

–De cosas de las que quería escapar, principalmente la pobreza. Y lo he conseguido. Ahora, puedo conseguir todo lo que quiero. Por eso, Arielle, te digo lo mismo a ti. Si consigues dinero, puedes conseguir todo lo que quieras.

–¿Cómo lo hiciste tú? –le preguntó con curiosidad–. ¿Cómo escapaste de la pobreza?

–Descubrí que tenía una habilidad y la trabajé hasta que la pude utilizar contra los demás. Contra la gente con dinero. Se lo quitaba, al menos lo suficiente para terminar siendo yo rico.

–¿De qué habilidad estás hablando? –preguntó ella con el ceño fruncido.

–Ya te lo he dicho. Del mismo modo que conseguí este lugar. El juego, Arielle. Esa es mi habilidad.

–¿Me estás diciendo que eres jugador profesional? ¿Que te ganas la vida con el juego?

–No. Me gano la vida invirtiendo el dinero que gano con el juego. El juego me proporciona capital, grandes sumas de dinero que luego yo invierto en algo que me proporciona más dinero. Cuando se tiene dinero, Arielle, resulta fácil hacer más. Los millonarios y los multimillonarios no tienen que esforzarse mucho para seguir siendo ricos. Los mercados lo hacen por ellos. Siempre que sean sensatos, consiguen ganar más y más.

–Pero al fin y al cabo es del juego de lo que vives. Acabas de arrebatarle a mi hermanastro esta casa en una partida de cartas.

Lycos notó la amargura que había en su voz porque la casa a la que tanto amaba hubiera cambiado de manos en una mesa de juego, pero decidió ignorarla.

–Para no olvidarme de ello –dijo–. Para rendir homenaje, si así lo prefieres, a la habilidad que me hizo rico. No deberíamos descuidar de dónde venimos, Arielle.

Su voz resonó seca y burlona, pero al mismo tiempo cautelosa. Nunca, nunca debía olvidar sus raíces. Sus orígenes. Si no, podría convertirse en uno de esos estúpidos ricachones que daban por sentada su riqueza. Quiso cambiar de tema para no hablar de sí mismo. No estaba acostumbrado a hacerlo. Su vida no era asunto de nadie nada más que de él.

–Bueno, entonces, ¿cuál es tu habilidad, Arielle? Además de cuidar de este lugar y tratar de evitar que los patos se metan en la piscina, claro está –bromeó–. Con un poco de suerte, podría ser algo que pudieras utilizar para ganar suficiente dinero y volver a comprar esta casa.

Ella esbozó una sonrisa.

–Mi habilidad no es de las que conllevan muchas posibilidades de riquezas –admitió.

–¿Cuál es?

–La música. Estudié en el conservatorio, pero hay muchos buenos músicos por ahí y solo unos cuantos consiguen ganarse bien la vida. Incluso menos aún se hacen ricos y casi ninguno se convierte en una estrella. Mi madre siempre me animó y a mi padre no le importó pagarme mis estudios. Me regaló el piano que hay en el salón y, al menos eso, se lo tengo que agradecer. Entonces…

Arielle dudó un instante, cuando un recuerdo le ensombreció el rostro.

–… después de que terminara, mi madre enfermó, por lo que vine aquí para cuidar de ella. Me quedé aquí hasta que murió y luego seguí mientras sufría su ausencia… Mi padre se volvió a casar cuatro meses más tarde. Como yo odiaba a Naomi y ella solo quería que yo desapareciera de su vida, me quedé aquí hasta que mi padre murió,

un año después de casarse con Naomi. Y el resto ya lo conoces. Así que aquí estoy. Hasta… hasta que tú me eches –añadió con resignación.

Arielle también había terminado de comer. Se puso de pie y colocó los platos de nuevo en la bandeja. Lycos no la ayudó. Se limitó a observar los movimientos ágiles y rápidos. Los pensamientos bullían en su cabeza y no estaba seguro de cómo interpretarlos.

Arielle desapareció en la cocina con su bandeja. Lycos estiró las piernas, se reclinó en la silla y dejó que su mirada descansara en el horizonte. Su estado de ánimo era extraño. Aquel lugar era extraño, ajeno a su vida. En aquel momento, debería estar instalado en su hotel de París para encontrarse con Marc Derenz, de Banc Derenz, y cenar en uno de los restaurantes con estrella Michelin de la ciudad. Y, sin embargo, estaba allí, en la Provenza, en medio de ninguna parte, en una granja con gallinas y patos y la versión francesa de una Cenicienta moderna…

«¿Debería ser yo su príncipe azul?». ¿Seducirla hasta llevársela a la cama…?

No estaba seguro de cómo responder aquellas preguntas. Sin embargo, no había prisa. Por el momento, no iba a ir a ninguna parte. Y, mientras flexionaba ligeramente las piernas, las entrelazaba por los tobillos y se reclinaba un poco más sobre su silla, lo más extraño de todo era que eso le hacía sentirse muy bien…

Capítulo 4

Arielle terminó de fregar los platos y se preguntó qué podría hacer a continuación. Tenía la mente en blanco. Una extraña sensación de disociación parecía haberse apoderado de ella.

Volvió a salir a la terraza, envolviéndose figuradamente en aquella sensación de disociación y autoprotección lo mejor que pudo. No vio a Lycos por ninguna parte. Ni por los jardines ni junto a la piscina. Sin embargo, su monstruoso coche aún estaba allí, estacionado a la sombra del viejo castaño.

De repente, sintió que el calor opresivo se apoderaba de ella y le provocaba un inmenso cansancio. Un agotamiento de mente, cuerpo y espíritu por la catástrofe que se había abatido sobre ella como un tsunami implacable aquella mañana. Se tumbó en una de las acolchadas tumbonas, a la sombra de la casa. Cerró los ojos para poder descansar. Solo un momento…

Lycos levantó la cabeza de la almohada. Durante un segundo, no supo dónde estaba. Luego, recordó. Estaba en la casa de campo que le había ganado a Gerald Maitland. Se había desviado de su camino a París para echarle un vistazo. Se puso de pie, sintiéndose totalmente renovado. Había subido al dormitorio porque aún no se había recuperado del agotamiento que le había producido estar conduciendo toda la noche y se había desplomado sobre la colcha.

Echó un vistazo al reloj. Debía de haber estado durmiendo un par de horas porque la luz tenue del dormitorio había cambiado. Se acercó a la ventana y miró el jardín. Había tomado la decisión de quedarse allí a pasar la noche, pero ¿por qué? No había nada que lo

retuviera allí. Ya había visto la finca y podría regresar a su vida normal. Y, sin embargo…

Su mirada descansó sobre la vista que dominaba desde allí. Era realmente encantadora y muy apacible. Aparte de las gallinas, que se habían adentrado en el jardín y picoteaban acá y allá, nada se movía. El coro de las cigarras era muy relajante. El aroma de la madreselva y la lavanda llegaba hasta él, fragante en el cálido aire.

Movió ligeramente los hombros. Un baño le vendría muy bien. Si los patos no se oponían… Esbozó una media sonrisa. Puso la maleta sobre la cama y buscó entre las prendas hasta que encontró su traje de baño. Se lo puso rápidamente, pero se dejó puesto el polo. Buscó entonces sus gafas de sol y tomó la toalla de baño que había utilizado en la ducha de aquella mañana.

Descalzo, bajó las escaleras y salió a la terraza. Se dirigió a la piscina. No tenía ni idea de dónde estaba Arielle. Al doblar la esquina de la casa, se detuvo en seco. Acababa de encontrarse no con Cenicienta, sino con la Bella Durmiente, profundamente dormida en una tumbona a la sombra.

Lentamente, en silencio, descalzo sobre las piedras, se acercó a ella y la miró desde arriba. Estaba medio tumbada, con la camiseta amarilla estirada sobre sus senos, delineándolos y dándoles forma. Tenías las delgadas piernas algo inclinadas, con los brazos desnudos a ambos lados. El cabello se le había soltado ligeramente, formándole mechones alrededor del rostro. Podía verla respirar suavemente, con los pechos subiendo y bajando delicadamente, las pestañas oscureciendo ligeramente la tierna curva de la mejilla y los labios ligeramente entreabiertos. Por voluntad propia, extendió la mano y, con un dedo, apartó cuidadosamente un mechón que le acariciaba delicadamente la comisura de la boca. ¿Sentiría ella el roce, aunque era muy ligero?

Arielle se rebulló ligeramente. Lycos apartó la mano, pero siguió mirándola. Era realmente encantadora. Como ninguna otra mujer que hubiera visto. Las mujeres con las que solía relacionarse estaban a años luz de aquella pastoral Bella Durmiente. Sus mujeres, las que elegía para su placer, eran elegantes y sofisticadas. Tenían el cabello perfecto, el maquillaje perfecto, un atractivo sexual perfecto. Todo

cuidadosa, deliberadamente preparado, para el deleite de Lycos. Sabían exactamente lo que quería un hombre como él y se lo proporcionaban. Mujeres trofeo, preparadas hasta el más ínfimo detalle para adornar el brazo de un hombre rico y compartir un poco de su riqueza mientras él deseara permitírselo. Nada, nada en absoluto como la Bella Durmiente que yacía allí, mostrando su belleza totalmente natural, sin ni siquiera saber que él la estaba mirando.

No supo cuánto tiempo estuvo inmóvil, mirándola. Solo era consciente de los pensamientos que bullían dentro de él. En realidad, eran mucho más que pensamientos. Quería volver a extender la mano, a tocarla, acariciarle la suave curva de la mejilla, trazar el contorno de los labios entreabiertos, inclinarse hacia ella y… rozarle la boca con la suya. Probar la dulzura que prometía. Probarlo todo. Probarla a ella por completo…

La determinación se apoderó de él. No había esperado llegar a poseer aquella casa de campo en medio de la Provenza. No había esperado dejarse llevar por el impulso para encontrarla, inspeccionarla y evaluarla. No había esperado encontrarla ocupada por aquella Bella Durmiente pastoral, por aquella Cenicienta maltratada por la vida.

Y, sin embargo, así había sido. Y, por ello, se tomaría un tiempo en aquel lugar tranquilo, pacífico e inesperado. Disfrutaría de lo que todo ello tenía que ofrecer. Disfrutaría de todo. Su mirada se detuvo en Arielle, dormida tan pacíficamente. «Y ella también puede disfrutarlo. Yo puedo ser su príncipe azul. Alejarla de sus penas durante un momento. Desviar la tristeza por haber perdido su hogar».

Se apartó y se dirigió a la otra tumbona para dejar caer sobre ella las gafas de sol y la toalla. Se quitó el polo y se dirigió hacia el borde de la piscina. Los patos intrusos habían desaparecido. Entonces, se inclinó sobre la piscina y se lanzó de cabeza a sus refrescantes profundidades, desapareciendo bajo el agua hacia el mundo submarino.

Entonces, a sus espaldas, Arielle abrió de repente los ojos.

Se sobresaltó. ¿Qué la había despertado? Se apoyó sobre el codo con los ojos muy abiertos. Entonces, lo comprendió.

En las aguas prístinas de la piscina azul, la figura esbelta y masculina del hombre que le había arrebatado su casa avanzaba con fuerza. Cuando llegó al otro lado, giró rápidamente e inició un segundo largo, repitiendo el proceso varias veces mientras ella no podía hacer otra cosa que observarlo. «Bueno, en realidad, ahora es su piscina, junto con cada centímetro de la superficie de mi casa».

La amarga verdad era difícil de tragar, imposible de aceptar, pero debía hacerlo. Rígida, se puso de pie. Le dejaría a su aire. Permitiría que tomara posesión de su piscina y que se sintiera como en su casa en ella. De hecho, así lo estaba haciendo, acomodándose perfectamente y apartándola a ella de lo que tanto amaba.

Él volvió a llegar al final de la piscina, pero, en aquella ocasión, se detuvo. La miró mientras se sostenía colocando el antebrazo por encima de las baldosas para así poder mantenerse flotando en el agua. Su cabello oscuro estaba totalmente aplastado contra la cabeza. El agua relucía en el borde de las pestañas y en los pómulos.

–¿Te apuntas? –le preguntó él. Arielle negó con la cabeza–. ¿Por qué no?

Ella volvió a negar con la cabeza. Sabía que debía alejarse, dejarlo en paz, pero algo la retenía. Algo mantenía la mirada de sus ojos fijada en él y le impedía apartarla. Era atractivo, peligrosamente atractivo. Lo había sabido desde el primer momento, cuando él entró en el patio aquella mañana, bajo el sol. Un pirata que había acudido para apoderarse de todo lo que ella poseía y valoraba.

Lo había vuelto a saber cuando él bajó a almorzar, recién afeitado, con sus ojos oscuros como la noche, sus pómulos cincelados, su nariz afilada y la curva sensual de su boca. Vestido con ropa informal de diseño caro, parecía que hubiera estado más a gusto en la Riviera que en un Mas provenzal muy antiguo. Y, en ese mismo instante, volvió a saberlo, tras recorrerle con la mirada sus anchos hombros desnudos, su musculoso torso parcialmente expuesto, su fuerte antebrazo, su cabello liso y mojado y sus pestañas, que las gotas adornaban como si fueran diamantes. Lo sabía. Lo sentía. Sentía ese

extraño vacío dentro de ella, un vacío que no tenía nada, absolutamente nada que ver con el tumulto y el estupor que le había traído el día.

Se dio la vuelta porque el rostro le ardía de repente, y no precisamente a causa del sol de la tarde. Se alejó apresuradamente. A sus espaldas, como un eco, escuchó una suave risa…

Lycos volvió a sumergirse bajo el agua. Su suave risa se apagó, pero el motivo seguía resonando en su interior, mientras pateaba dentro de la piscina antes de salir a la superficie. Una sensación de satisfacción se apoderó de él. Sabía por qué ella le había negado y se alegraba de ello. Había visto el repentino rubor en sus mejillas antes de que se diera la vuelta.

Redujo la brazada, volviendo a un ritmo más pausado y constante, haciendo largo tras largo y reflexionando al mismo tiempo. Cualquier otra de las mujeres a las que conocía habría aceptado inmediatamente su invitación o la habría rechazado de un modo coqueto, seductor. Arielle simplemente se había sonrojado y se había marchado.

Mientras ralentizaba el ritmo, lo valoró. Una serie de palabras fueron formándosele en la cabeza, palabras desconocidas. Lo único que había visto en ella a lo largo del día habían sido emociones. *Shock*, consternación, angustia… Tanta emoción, cruda e incontrolada. «La he visto tal y como es. No hay nada oculto».

Fue una revelación extraña. Desconocida. ¿Qué sabía él de las mujeres con las que siempre se había relacionado? Siempre presentaban una persona, una imagen, una copia de quienes eran. Lycos nunca había penetrado más allá de esa realidad.

Al llegar al extremo poco profundo de la piscina, se detuvo bruscamente. Salió por la escalera que había en una esquina y sintió el calor del sol sobre los hombros desnudos. Se dirigió a su tumbona, agarró la toalla para secarse y, tras colocársela alrededor del cuello, se puso las gafas de sol. Recogió su polo y volvió al interior.

Desde el pasillo, pudo escuchar el ruido que había en la cocina y captó el aroma del ajo. Se detuvo junto a la puerta y se apoyó contra el marco.

–¿Estás preparando la cena? –le preguntó.

Arielle estaba junto al fregadero, picando cebollas.

–*Boeuf bourguignon* –respondió ella sin mirarlo–. Va a tardar algo más de una hora.

–No hay problema –repuso Lycos–. Voy a darme una ducha y a cambiarme. Estaría bien tomar un aperitivo cuando baje. Lo podrías tomar conmigo.

No se molestó en esperar respuesta. Simplemente subió las escaleras y desapareció en el cuarto de baño.

Nadar le había sentado bien. Nadar u otra cosa, lo que fuera.

De muy buen humor, se metió en la ducha y abrió el grifo.

Arielle picó la cebolla en trozos más pequeños con más vigor del necesario. Tenía los labios apretados. Dentro del pecho, sentía cómo le latía el corazón y sabía por qué, pero decidió no prestarle atención. Se centró en cocinar.

También sabía la razón de eso…

Con las cebollas picadas y casi deshechas, sacó los filetes de res del congelador. Los cortó en trozos y los rebozó en harina sazonada, dorándolos. Después, añadió la carne a la sartén de hierro, junto con el ajo y la cebolla picados y una buena cantidad de tomillo fresco de su jardín. A continuación, vertió una medida generosa de vino y lo puso todo a fuego lento. ¿Requeriría su invitado no deseado también un postre? Apretó la boca aún más al pensarlo porque Lycos Dimistrios no era más su invitado de lo que lo fue Gengis Kan para todos los pueblos que recibieron su sombría visita.

Durante un instante, sintió el impulso abrumador de subir corriendo para gritarle por ser exigente, creído y odioso. Luego suspiró. ¿Qué conseguiría con eso? La orden de recoger sus cosas y marcharse inmediatamente. Respiró hondo para calmarse.

«Aguántalo esta noche. Se irá mañana y, entonces, hasta que lo venda formalmente y te desaloje, podrás seguir aquí. Podrían pasar

semanas antes de que un posible comprador deseara adquirir la finca. Semanas preciosas para ti».

Por esa razón, y solo por esa, soportaría su arrogante comportamiento.

Tomó un colador de metal y se dirigió hacia la parte amurallada del jardín, que contenía el huerto para la cocina. Recogería frambuesas, las remojaría en licor y las serviría con el helado que tenía en el congelador.

Al regresar a la cocina, lavó las frambuesas y las dejó escurrir. Luego, limpió y cortó las judías, que también había recogido para acompañar la carne y removió el aromático *bourguignon*. De repente, el calor de la cocina y el del día le hicieron sentirse muy acalorada y pegajosa. Normalmente, se daba un baño a esa hora… ¿Y por qué no? Él ya había nadado. «Yo también puedo nadar. En su piscina».

Con gesto desafiante y maldiciendo todo lo que representaba, subió las escaleras. Un instante después bajó corriendo de nuevo. Se había puesto un traje de baño y llevaba una camiseta encima. En la mano, la toalla. Se dirigió inmediatamente a las refrescantes aguas de la piscina.

Lycos estaba paseando por el jardín. Había tenido la intención de recoger su ordenador portátil del maletero del coche, pero, al salir, refrescado después de su ducha, el aire de la tarde lo había llevado hasta los jardines. Bajó a los niveles inferiores, inhaló el aroma de la lavanda y observó cómo el sol se ponía detrás de los árboles. Desde allí, le pareció que a lo lejos podía escuchar el mugido del ganado y el débil y lastimero balido de las ovejas. Al regresar hacia la casa, oyó el sonido del agua chapoteando. Lleno de curiosidad, se dirigió a la piscina.

Arielle estaba nadando, no vigorosamente como él lo había hecho, sino con un lento y elegante estilo de braza. Llevaba la cabeza fuera del agua, con el cabello recogido en lo más alto. Lo único que podía ver de ella eran los hombros y la tenue silueta de su cuerpo bajo la superficie. La observó durante un momento, sin que ella se

percatara de su presencia, y luego la dejó en paz mientras él seguía explorando el terreno de su nueva propiedad.

Al regresar por el patio, entró en la casa por la puerta de la cocina, atraído por el apetitoso aroma de la cena que se estaba cocinando. Tomó el cucharón de madera que descansaba sobre un plato y levantó la pesada tapa de la olla de hierro. Comenzó a remover el contenido.

–¿Qué estás haciendo? –le espetó una voz desde la puerta.

Lycos se dio la vuelta con toda la tranquilidad del mundo. Arielle estaba en el umbral, observándolo con desaprobación.

–Removiendo el guiso.

–No hace falta.

Lycos la miró. Ella iba envuelta con una toalla y el agua goteaba desde su cuerpo sobre los azulejos del suelo de la cocina.

–Huele muy bien.

–Me alegro de que cuente con tu aprobación.

Lycos decidió ignorar el tono desafiante.

–Cuando te hayas duchado y vestido, podrías tomarte conmigo ese aperitivo.

–Tengo que darles de comer a las gallinas y encerrarlas en el corral. Y a los patos.

–Bueno, pues cuando hayas hecho todo eso, puedes compartir conmigo el aperitivo –se corrigió Lycos–. Te echaré una mano con las aves. Seguramente Mathilde y Maurice protestan bastante.

–Sí. No paran de graznar mientras les doy de comer antes de guardarlos.

Inmediatamente, la expresión de Arielle, que se había suavizado al pensar en sus animales, volvió a tensarse. Pasó al lado de Lycos sin decir nada y, un instante después, él la oyó subiendo las escaleras. Lycos volvió a remover el guisado y, tras dejar la cuchara de madera en su sitio, colocó de nuevo la pesada tapa y se dirigió a la puerta de la cocina. Estaba oscureciendo lentamente. La tarde estaba llegando a su fin. Vio que las gallinas empezaban a picotear cerca de la puerta de los corrales, como si supieran que había llegado la hora de cenar. Una gallina bastante osada, o hambrienta, se dirigió rápidamente hacia él mientras no paraba de cacarear.

–Yo no, *madame*…

La gallina le observó, como si no pudiera creer que no tenía comida. Entonces, se acercó un poco más y comenzó a picotear cerca de los pies de Lycos. Él oyó el sonido de la ducha, que se detuvo pocos minutos más tarde. Lycos se apoyó contra el marco de la puerta y se relajó. Verdaderamente, allí se estaba muy tranquilo. El aire de la tarde era suave y cálido. Una vez más, miró su coche y consideró que estaba totalmente fuera de lugar.

De repente, un picotazo llamó su atención. Miró hacia abajo y vio que la gallina, evidentemente, no le había creído.

–*Madame* –le informó a modo de disculpa–. ¡Ese es mi zapato y no su cena!

La voz de Arielle resonó a sus espaldas.

–Esa es Hortense. Es siempre la primera.

Arielle había entrado en la cocina, ya totalmente vestida. Se había puesto unos pantalones largos de algodón y una sudadera ligera, pero de manga larga. Las dos prendas eran azules y el color iba a juego con el de sus ojos. De hecho, los hacía parecer aún más azules. Más hermosos.

–Tengo su comida en el granero –dijo.

Lycos observó cómo ella atravesaba el patio y abría la puerta del granero. Casi inmediatamente, salió con un bol de metal lleno de maíz. Inmediatamente, todas las gallinas la rodearon, cacareando ruidosamente. Ella las condujo al gallinero y salió instantes más tarde para cerrar la puerta. Entonces, se dio la vuelta.

–Ahora les toca a Maurice y a Mathilde –anunció. Volvió a entrar en el granero y salió otra vez con el bol lleno. Un ruidoso graznido resonó en el patio y, de repente, Maurice y Mathilde aparecieron como si vinieran de la piscina, estirando mucho los cuellos.

–Ellos duermen en el corral que hay al lado del de las gallinas –explicó ella. Entonces, repitió el mismo procedimiento que con las gallinas–. Ya está –añadió tras dejar el bol vacío en el granero.

–Ahora me toca a mí –dijo Lycos–. Cenar, después del aperitivo. ¿Qué recomienda tu *sommelier*?

–*Vin d'hôtes* –replicó ella descaradamente–. De la bodega de mi vecino.

–*Ça suffit bien* –murmuró Lycos, haciéndose a un lado para que ella pudiera entrar en la cocina. Observó mientras Arielle sacaba dos copas y una botella de vino, que le entregó a Lycos, junto con un primitivo abrebotellas.

–Puedes ver la puesta de sol sobre tu nuevo dominio –le dijo, haciendo que la siguiera por el pasillo hasta la terraza.

Lycos notó que la voz de Arielle se ahogaba al terminar la frase. Vio que, cuando salía a la terraza, los hombros se le encogían mientras colocaba las copas sobre la mesa de hierro. Puso la botella y el sacacorchos junto a las copas. Entonces, le colocó la mano sobre el hombro.

–Arielle…

Dijo su nombre en voz baja y sintió que ella se estremecía. Algo se movió dentro de él, pero no comprendió de qué se trataba, solo que no era lo que normalmente sentía por otro ser humano. Ni por sí mismo. Ella se apartó, agarró el sacacorchos, tomó la botella y se concentró intensamente en abrirla para colocarla de nuevo sobre la mesa.

–Su aperitivo, *m'sieu* –dijo. Levantó la barbilla, como si estuviera desafiando la brecha que se había abierto en sus defensas.

–Gracias –respondió él–, pero debes compartirlo conmigo. Insisto.

Le sostuvo la silla y, muy rígida, Arielle se sentó. Lycos volvió a su asiento. Alcanzó la botella y sirvió medidas iguales en ambas copas. El sol del atardecer bañaba los jardines con su luz dorada. Las cigarras insistían en su coro. Lycos observó cómo ella levantaba la copa con mano temblorosa y tomó la suya al mismo tiempo. La miró a través de la mesa muy fijamente, prendiendo los ojos en los de ella.

–Por la supervivencia, Arielle. Por los golpes que nos vengan –dijo–. Los sobrevivirás todos si encuentras la fuerza para hacerlo –añadió. Vio la incertidumbre en sus ojos. Las dudas. El miedo–. Créeme. Lo sé.

Arielle levantó el tenedor y se dispuso a dar buena cuenta del *bourguignon*. La poseía un aire de irrealidad. Era la comida más

extraña que había compartido nunca. Allí estaba, cenando y conversando de manera civilizada con un hombre cuya existencia le había sido completamente desconocida hasta hacía menos de veinticuatro horas. Un hombre que estaba creando un conflicto en su interior que no podía comprender. Lo único que tenía sentido para ella, lo único que bullía en su cabeza, era que aquel completo desconocido estaba a punto de arrebatarle su amado hogar. Sin embargo, al mismo tiempo, ejercía un efecto sobre ella que, aunque trataba de deplorarlo todo lo que podía, aunque trataba de ignorarlo, no tenía nada que ver con aquella pesadilla. Nada en absoluto. Sintió que su mirada se fijaba en él. Su rostro estaba iluminado por la suave luz de la lampara, que ella había encendido sobre la mesa cuando la última luz del día se desvanecía con la puesta de sol. Resaltaba sus rasgos cincelados y salpicaba de oro la oscuridad de sus ojos. Sintió que algo se enredaba dentro de ella. Un pequeño y silencioso trago. Un leve y repentino ahogo. Quiso desviar la mirada, pero no pudo. Parecía estar atrapada. La sensación de ahogo se intensificó. Con un esfuerzo evidente, desvió la mirada y bajó los ojos al plato antes de tomar otro bocado de comida. Se dio cuenta de que Lycos, que había vaciado ya su copa de vino, alcanzaba de nuevo la botella. Entonces, él la miró.

–Esto está muy bueno –comentó–. ¿Te pongo un poco más de vino?

Arielle asintió con gesto ausente, esperando que Lycos no se hubiera percatado de que ella lo había estado mirando.

–Tal vez debería ir a visitar a tus vecinos para ir a presentarme –añadió mientras se llenaba su copa.

Arielle lo miró fijamente.

–¿Para qué? Yo les diré lo que ha ocurrido.

–Creo que sería mucho más adecuado si lo hiciera yo.

–¿Y por qué quieres ser adecuado? Solo has venido para ver cómo es lo último que has ganado en una partida de cartas, y ya lo has hecho. Por lo tanto, mañana puedes regresar a París.

Ella podía escuchar la tensión en su propia voz. Tomó su copa, deseando de repente la fuerza que daba el vino.

–Podría quedarme otro día más –dijo él.

Arielle dejó su copa sobre la mesa.

–¿Por qué? –le preguntó. No quería que se quedara. Quería que se marchara, que se fuera, que se alejara de allí para poder sufrir en privado. Y disfrutar de sus últimos días en su amada casa.

–Se está muy bien aquí –dijo. Lycos levantó una mano y señaló a su alrededor–. Todo esto es muy relajante. Sentarse aquí, cenar *en plain air* de esta manera, rodeados por este ambiente tan cálido, con las cigarras y sin ruido de tráfico. En realidad, no hay ruido. Y las estrellas en el cielo, hay tantas… –añadió. Tapó brevemente la lampara con la mano para que el cielo se iluminara–. Parece un cuadro de Van Gogh. La noche estrellada.

El rostro de Arielle se tensó. No quería que Lycos Dimistrios dijera cosas como esas. No quería que alabara su casa, ni el vino, ni ninguna otra cosa. No quería que estuviera allí. Punto final.

Guardó silencio y se puso a atacar su *boeuf bourguignon* con renovada intensidad. Lycos dejó escapar una suave risotada y se puso a comer también, aunque volvió a hablar un instante después.

–Lo digo en serio, Arielle. Podría quedarme un día más. No tengo prisa por llegar a París y, como te he dicho, todo esto me resulta muy agradable. Buena comida y bebida. Una cálida velada, una noche estrellada, el aroma de… –Se interrumpió mirándola para que le diera la palabra que faltaba.

–Jazmín. Siempre huele más por la noche.

–Del jazmín –repitió él inmediatamente. Entonces, dejó el tenedor tras terminar la cena–. Estaba muy bueno –añadió con aprobación–. Tal vez debería mantenerte como mi chef personal mientras esté aquí. Dime, ¿qué hay de postre? ¿Y qué licores tienes? La noche requiere algo dulce de las dos cosas.

Sin decir nada, Arielle se puso de pie, recogió los platos y desapareció en el interior de la casa. No quería los cumplidos de Lycos. No quería nada. Sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas al entrar en la cocina y parpadeó rápidamente. Quería que se marchara de allí, pero, desgraciadamente, no podía hacer nada al respecto. Sintió que un nudo le apretaba el corazón, duro, doloroso y lleno de desesperanza.

Lycos estiró las piernas por debajo de la mesa y apagó la lámpara. Levantó el rostro hacia las estrellas mientras el delicioso vino le recorría las venas. Estaba totalmente saciado por el *bouef bourguignon.* Relajado. Frunció ligeramente el ceño y miró hacia las estrellas que salpicaban el cielo nocturno. Allí relucían con más fuerza que en la costa, con toda la contaminación lumínica de los edificios y los yates iluminados. Aparte de los grillos, no se oía nada, tal vez tan solo los vagos sonidos provenientes de la cocina. ¿Cuándo había sentido por última vez aquella relajación?

Aquella era una pregunta sin sentido porque la respuesta era que nunca se sentía relajado. No de aquella manera.

Escuchó a Arielle salir de la casa y extendió la mano para encender de nuevo la lámpara que había sobre la mesa. Ella dejó sobre esta la bandeja con el postre: un cartón de helado de vainilla y un tazón de frambuesas, junto con una botella cuadrada y dos vasos pequeños.

–Tiene un aspecto muy prometedor –dijo señalando la botella mientras tomaba un bol y una cuchara.

–Es licor de naranja.

–¿Lo haces tú? –preguntó mientras se servía una generosa cantidad de frambuesas y de helado.

–No. Lo hacen mis vecinos, pero las naranjas son de aquí. Las frambuesas están marinadas también con el licor.

Arielle llenó los vasos y le ofreció uno. Lycos dio un sorbo y parpadeó.

–Es muy fuerte –le informó ella, ya innecesariamente.

–Ni que lo digas –afirmó Lycos tras dejar el vaso sobre la mesa–. Esta cena ha sido muy buena, Arielle –añadió mirándola–. ¿Sabes? Creo que sí te voy a mantener aquí como mi chef personal.

La estaba provocando y Arielle reaccionó como él había esperado. Su rostro se tensó y apretó los labios. Unos labios muy tiernos…

–Bueno, ¿cómo pretendes agasajarme mañana?

–No tengo intención de agasajarte de ninguna manera –replicó ella–. No me importa lo que ganas ni mañana ni ningún otro día. Voy a empezar a recoger mis cosas y tengo que ir a ver a mis vecinos

para que se ocupen de mis aves. Luego, debo ponerme en contacto con el *lycée* local para que vengan a recoger el piano que les voy a regalar.

Lycos la miró. Ella tenía una expresión cerrada en el rostro, pero había algo en sus ojos que no podía ocultar. Algo que parecían lágrimas.

–No hay prisa –dijo él–. Ni por mi parte, ni por la tuya. ¿Por qué no vemos cómo salen así las cosas? –añadió. Levantó el vaso y lo inclinó hacia ella.

Él mismo se sorprendió cuando se oyó decir aquellas palabras. Nunca en toda su vida, desde que tomó las riendas de su existencia cuando era solo un adolescente, se había aferrado a un mantra tan inútil. Iba en contra de todo lo que guiaba su vida. Ni siquiera se aferraba a eso cuando se trataba del giro aleatorio de una carta porque, en esa carta, fuera cual fuera, haría un cálculo y todas sus decisiones posteriores se basarían en ese cálculo. Eran decisiones frías, cuidadosas. Despiadadas incluso, pero jamás impulsivas.

Sin embargo, fue un impulso lo que lo llevó a desviarse de la autopista y llegar hasta allí. Lo llevó a buscar una casa cuya existencia no conocía hasta el día anterior, cuando se hizo con su propiedad.

¿Era un impulso también lo que acababa de decir?

«¿Por qué no vemos cómo salen las cosas?».

Aquellas palabras, extrañas y ajenas, flotaban en su cabeza. Se formaron más pensamientos. Más preguntas. «¿Qué tiene este lugar que me ha hecho hablar así?». Y no solo era el extraño y pacífico Mas. Miró a la mujer que tenía frente a él. Su rostro era tan hermoso. Su expresión tan triste… No quería que ella estuviera triste.

Frunció el ceño. ¿Por qué tenía que importarle que ella estuviera triste? ¿Por qué debía importarle algo de ella en absoluto? O de la casa que ella había perdido, una casa que, en aquellos momentos, le pertenecía a él.

Apartó la mirada mientras ella tomaba unas frambuesas y comenzaba a comerlas en silencio. Aún tenía aquella tristeza inquietante en el rostro. Los ojos de Lycos se fijaron en la oscuridad.

La quietud del jardín y el campo que los rodeaba. El aroma del jazmín, el murmullo de las cigarras…

Todo ello embaucaba sus sentidos y lo invitaba a quedarse. Levantó la copa de licor lentamente hacia los labios y probó de nuevo el dulce y ardiente digestivo. Su mirada volvió a Arielle. Persistente.

Interrogadora.

Embaucando sus sentidos.

Capítulo 5

Cuando Arielle se despertó, vio que su dormitorio estaba bañado por los rayos del sol. La noche anterior no había corrido las cortinas. El agotamiento le había impedido hacer nada más allá de lo básico antes de ponerse el camisón, meterse en la cama y deslizarse entre las sábanas.

El agotamiento era una mezcla del cataclismo de acontecimientos que habían ocurrido el día anterior y también del vino y del licor que había consumido.

Mientras recuperaba la consciencia, sintió el anhelo fugaz de que lo que había sucedido el día anterior solo hubiera sido una pesadilla. Sin embargo, todo era demasiado real. Mas Delfine ya no era su hogar. Debía marcharse de allí y perderlo para siempre.

Las palabras del hombre que se lo estaba arrebatando todo se le habían grabado a fuego en el pensamiento. «Sobrevivirás». Su rostro se ensombreció. Sí, por supuesto que sobreviviría. ¿Qué opciones tenía? Ninguna. Sin embargo, la supervivencia sería sombría.

Se levantó pesadamente de la cama. A juzgar por el sol, había dormido un par de horas más de la cuenta. Se sintió abrumada por la culpabilidad. Las gallinas y Mathilde y Maurice estarían deseando salir.

Se vistió a toda prisa con la misma ropa del día anterior y salió de su habitación. Sin embargo, en cuanto abrió la puerta de la cocina que daba al patio, se detuvo en seco. Las gallinas ya estaban fuera. Jean-Paul, el gallo apuesto y presumido, paseaba con arrogancia dominando su harén, mientras picoteaba el maíz que se distribuía

abundantemente por el suelo. Las gallinas estaban igualmente ocupadas.

–¿Les he dado demasiado?

La voz de Lycos resonó desde la puerta que llevaba a los jardines, lo que hizo que ella girara la cabeza bruscamente. Se dirigía hacia ella. Durante unos segundos, Arielle solo pudo mirarlo fijamente. Llevaba una camiseta húmeda sobre el pecho y unos pantalones cortos de color azul oscuro. En los pies, unas sandalias. El cabello negro azabache relucía al estar mojado.

–La piscina era irresistible y quería llegar antes de que lo hicieran Maurice y Mathilde –dijo. Miró cómo las gallinas y los patos picoteaban ávidamente el suelo, acompañados también por unas oportunistas palomas–. Creo que me he pasado –admitió.

Arielle se echó a reír.

–Ahora vas a ser su amigo de por vida –le comentó secamente–. ¡Ten cuidado con los dedos de los pies! –añadió–. A Jean-Paul le gusta recordar a todo el mundo que es el jefe.

Lycos se apartó ágilmente al ver que el gallo se dirigía directo hacia él con las alas extendidas.

–Sabe que tú también eres macho –dijo ella.

–Pues te ruego que le informes de que los únicos designios que tengo sobre su harén son meramente culinarios –afirmó él con un brillo en los ojos.

Arielle soltó otra carcajada y se dirigió al gallinero.

–Mientras se están dando un festín, voy a recoger los huevos.

Le parecía extraño mantener cualquier tipo de conversación normal con Lycos. Sin embargo, tal vez así podría conseguir que una situación espantosa fuera más fácil de sobrellevar. Por imposible que pudiera parecer, daba una apariencia de normalidad.

Tal vez sospechaban que iban a tener un copioso desayuno, porque las gallinas habían puesto en abundancia. Arielle salió del gallinero unos minutos después con la cesta llena. Lycos había desaparecido, pero, en cuanto entró en la cocina, oyó el sonido de la ducha. Colocó la cesta con los huevos frescos sobre la encimera y miró por la ventana. Su estado de ánimo era extraño. ¿Cómo no iba a serlo?

«Tengo que sobrellevar esto como pueda. Sabía que iba a suceder. Gerald y Naomi me lo habían dejado muy claro y habían gozado con ello. Mis días aquí están contados».

La cuenta atrás había comenzado gracias a Lycos Dimistrios.

Mecánicamente, puso el café en marcha, sacó la leche del frigorífico y la puso a calentar. Del antiguo arcón congelador, que estaba en lo que había sido la antigua lechería y que en aquellos momentos era el lugar donde tenía la lavadora, sacó una *baguette* y unos cruasanes congelados. Los puso en el horno para que se descongelaran y se calentaran. Mientras preparaba la bandeja del desayuno, sintió que se le hacía un nudo en el pecho. Colocó la vajilla y los cubiertos para dos. Exprimió las naranjas para hacer zumo para ambos. Pensaba disfrutar de sus naranjas mientras aún las tuviera.

–¿Cómo te ha ido con la recolección? –le preguntó Lycos a sus espaldas, sacándola de su dolorosa ensoñación.

–Hay suficientes para una tortilla si te apetece.

–Me parece fabuloso –replicó Lycos–. ¿Hay también zumo de naranja?

Sin decir palabra, Arielle le sirvió un vaso. Entonces, se puso a preparar las tortillas y a hacer café. Tras comprobar que la leche se estaba calentando sobre el fogón, sacó una sartén y le echó un poco de mantequilla para los huevos. Los movimientos mecánicos, la rutina, la ayudaban a no pensar.

Sacó el pan y los cruasanes del horno y los envolvió en un paño limpio antes de colocarlos en la bandeja junto con el café recién hecho y la leche caliente. Entonces, le entregó la bandeja a Lycos, que se había bebido el vaso de zumo entero.

–Llévala a la terraza –le dijo–. Yo saldré enseguida con las tortillas.

Durante un instante, él permaneció inmóvil, como si ella le hubiera pedido algo totalmente descabellado.

–No soy tu criada –le espetó ella–. Como mucho, soy tu huésped –añadió dulcemente mientras le ofrecía la bandeja.

Sin decir una sola palabra, Lycos colocó el vaso sobre la encimera, tomó la bandeja y desapareció con ella. Arielle se centró de nuevo

en la humeante sartén y vertió los huevos batidos. Minutos más tarde, salió a la terraza con dos platos que contenían cada uno una tortilla. Los dejó sobre la mesa.

–*Bon appétit* –dijo antes de empezar a comer.

Lycos hizo lo mismo. Desayunaron juntos bajo el brillante sol de la mañana. Mientras lo hacían, por razones que Arielle no alcanzaba a comprender, sintió que el nudo que había tenido hasta entonces en el pecho se le deshacía. Imperceptible e incomprensiblemente.

Haría lo que tuviera que hacer para soportar lo que estaba ocurriendo, incluso si eso significa ser educada con el hombre que le estaba arrebatando su hogar.

–Está bien. ¿Por dónde empiezo?

Lycos estaba junto al pequeño huerto, mirando a su alrededor.

–Primero las fresas, luego las frambuesas, luego los guisantes y luego las judías –respondió Arielle.

–¿Y nos vamos a comer todo eso?

–O nos lo comemos nosotros o se lo comen los pájaros –respondió Arielle mientras se dirigía al lugar donde estaban plantadas las fresas y se inclinaba para empezar a recolectarlas–. Si no recoges ninguna, no te comes ninguna. Y no te vas a comer las mías.

Con resignación, Lycos comenzó a recoger también por su hilera. Sintió el calor a pesar de ir vestido solo con unos pantalones cortos y una camiseta. Miró a Arielle. Ella se había puesto un raído sombrero de paja que, aunque deshilachado por los bordes, cumplía perfectamente con su cometido de protegerle la cabeza y el cuello del sol. La miró durante un instante mientras ella avanzaba por su hilera. Arielle no podía ver que él la estaba observando y eso lo alegró. Resultaba extraordinario que, incluso vestida como estaba, sin hacer el más mínimo esfuerzo por verse bien, tuviera un aspecto extraordinario.

Estaba muy hermosa,

Su belleza era natural, sin artificio, sin esfuerzo, sin adornos. Llevaba el cabello recogido sobre la nuca. Tenía los brazos

bronceados y muy tonificados, al igual que las piernas. La camiseta se le ceñía en torno a los pechos de una manera muy agradable.

Apartó la mirada. Los pensamientos fluían por su cabeza de la misma manera que la sangre le fluía por las venas. Se dirigía a lugares totalmente inapropiados para una mañana dedicada a recoger frutas y verduras. Se concentró en recolectar las fresas maduras y jugosas. Después de unos minutos, tenía la cesta llena, por lo que se enderezó y estiró la espalda.

–Las fresas son las peores –dijo Arielle incorporándose también–. Las frambuesas son mucho más fáciles. No hay que agacharse.

Y así fue, aunque le llevó más tiempo llenar su cesta debido a que probaba demasiadas frutas de las que estaba recolectando. A pesar de todo, a Lycos le resultó una tarea agradable y relajante, como le ocurría con todo allí. Estar al sol, al aire libre, cultivando la tierra, recogiendo sus frutos, sin otro ruido que el coro omnipresente de las cigarras y el canto de los pájaros. Sí. Era ciertamente muy agradable. Muy pacífico. Muy remoto. El mundo que él conocía parecía estar muy muy lejos. Y se alegraba de ello.

Se dio cuenta también de que se alegraba de no estar allí solo, porque resultaba muy agradable trabajar cerca de Arielle.

Después de que recogieran las frambuesas, ella se dirigió al lugar en el que se encontraban las legumbres, pero antes se detuvo para lanzar un puñado de frambuesas sobre el sendero. Inmediatamente, estas se convirtieron en el objetivo de los pájaros que estaban esperando. Estos devoraron la fruta y regresaron de nuevo a descansar sobre los muros para esperar una nueva muestra de generosidad.

Lycos se ocupó de recoger los guisantes y Arielle las judías. Reunieron sus cosechas conjuntas, junto con una lechuga, unos tomates y un puñado de rúcula. Mientras salían del huerto, Arielle dejó unas fresas para los pájaros. Entonces, cerró la puerta con firmeza.

–Si no, las gallinas causarán estragos –dijo. Se dirigió hacia la cocina, con Lycos pisándole los talones.

–Nunca había recolectado mi propio almuerzo –comentó él.

–Así sabe más dulce.

Mientras se sentaban para almorzar, Lycos decidió que, seguramente, sería así y eso le agradaba. Igual que le gustaba estar allí sentado, al aire libre, resguardado del calor por el toldo mientras hundía los dientes en los maduros tomates, aliñados con aceite de oliva y sal, y se servía un poco más de jamón para acompañar la rebanada de pan tostado, untada de deliciosa mantequilla. Agradable resultaba también dejar que su mirada se posara, a través de los párpados entrecerrados, en la mujer que estaba sentada frente a él. Sus ojos descansaban sobre ella. Estaba hermosa sin esfuerzo alguno, incluso con ropa que no estaba diseñada para realzar su belleza. Sin embargo, había en ella un atractivo natural, sin artificio, que lo atraía. Sin arte, sin intención, sin coquetería. Sintió cómo la sangre le recorría las venas una vez más, admitiendo que era precisamente la diferencia respecto al resto de mujeres que él frecuentaba lo que lo atraía. Se había encendido en él un deseo incipiente que no veía motivo alguno para negar o disminuir. ¿Por qué debería hacerlo?

«Ella está aquí y yo también. ¿Por qué no nos dejamos llevar?».

Y, en realidad, ¿por qué no? No se le ocurría ninguna razón. Tenía tiempo de sobra, tiempo que se podría aprovechar muy placenteramente, explorando y experimentando todo lo que aquella mujer tan diferente tenía para ofrecerle. Podía encantar a aquella hermosa y bucólica Cenicienta.

Su mirada se desplazó para observar los tranquilos jardines llenos de aromas e ir después a los campos de lavanda, enmarcados por cítricos y moreras. Después, se centró de nuevo en Arielle.

«Ella es parte de este lugar. Va con él».

Después de todo, había ido hasta allí para tomar posesión de aquella remota y sorprendente casa. ¿Por qué no podía tomar también posesión de Arielle? Era tan tan hermosa… Dejó que su mirada continuara posándose en ella, disfrutándola. Y se reafirmó en su resolución.

Capítulo 6

El potente rugido del motor se convirtió en un suave ronroneo cuando Lycos estabilizó la velocidad por la carretera. A su lado, Arielle se sentía hundida en el bajo asiento. Se dirigían al antiguo pueblo medieval de Saint-Clément, popular entre los turistas de aquella parte de la Provenza. Lycos le había dicho que quería conocer la zona y le había dedicado una cínica sonrisa.

Ella no tenía ni idea de por qué Lycos quería hacer de turista ni por qué llevaba ya una semana en la Mas, en la que parecía estar muy cómodo. En realidad, no podía hacer nada para impedirlo. La casa era suya. Aunque tuviera que compartir los días con él, eso también significaba que ella podía seguir en su casa. Y eso era muy importante para ella.

Sin embargo, resultaba muy extraño tenerlo allí, día tras día, aparentemente contento con seguir su rutina diaria sin sobresaltos. Su presencia se estaba haciendo cada vez más fácil de soportar. Tal vez Arielle solo se estaba acostumbrando a aceptar que la Mas le pertenecía y que pronto, tal vez demasiado pronto, tendría que dejar su hogar. Tal vez solo se estaba acostumbrando a la angustia que sentía por ello y a tratarlo con educación, sin flagrante hostilidad, como si él no fuera el hombre que le había arrebatado su hogar. Sin embargo, estaba ocurriendo algo que le estaba apartando la atención de aquel detalle. Lo sintió de nuevo al mirar de soslayo el perfil de Lycos mientras él conducía. Sintió un pequeño escalofrío. Se estaba volviendo cada vez más familiar y cada vez más imposible de suprimir, aunque sabía que era necesario. ¿Qué importaba que la apariencia oscura de Lycos le acelerara el pulso y que la respiración se le entrecortara? ¿Por qué debería importarle que, en ocasiones,

cuando lo veía mirándola con un cierto brillo en los ojos, ella se sonrojara vivamente? Algo estaba ocurriendo. Sabía que no podía negarlo ni suprimirlo. Algo que no tenía nada que ver con la mala razón de la presencia de Lycos en su vida.

Sintió un pequeño dolor dentro de sí. Hacía tanto que no había sentido nada parecido… Su único gran romance había sido en el conservatorio, con un compañero violonchelista. Ben, que así se llamaba, había sido aceptado en una prestigiosa orquesta juvenil tras graduarse. Ella no había tenido tanta suerte. Además, ese había sido el año en el que la enfermedad mortal de su madre se había hecho sentir por primera vez, por lo que los dos habían terminado por separarse y ella había regresado a la Mas para cuidar de su madre.

No habían sido momentos para socializar y mucho menos para romances. Después, vinieron los conflictos relacionados con el segundo matrimonio de su padre, la muerte de este, el desastroso testamento y las inútiles protestas… Por ello, decidió retirarse, derrotada, y disfrutar al máximo de su última oportunidad de vivir en aquella casa, por aislada que estuviera allí. Nadie, salvo los vecinos más cercanos, iba de vez en cuando. Nadie más.

Hasta que apareció Lycos Dimistrios.

¿Cómo era posible que, de todos los hombres posibles, fuera precisamente el que iba a quitarle su casa el que producía aquella reacción en él? Se recordó que, en realidad, no era él quien le quitaba la casa. De hecho, nunca le había pertenecido.

Si decidía que no necesitaba sentirse amargada y hostil hacia él, tal vez tampoco tenía que negar ni suprimir el efecto que Lycos estaba ejerciendo sobre ella. ¿Por qué no, simplemente, podía reconocerlo y aceptarlo? La pregunta no dejaba de rondarle la cabeza. La tentación…

Volvió a mirar de reojo el perfil de Lycos. Una sensación de liberación la recorrió, como si finalmente se hubiera dado permiso para hacer lo que quería hacer, para dejar que su mirada descansara en la fuerza de los musculosos antebrazos, en la curva de los dedos alrededor del volante para guiar el poderoso coche con el más ligero

contacto, en su rostro de perfil, en los ojos sombreados por las gafas de sol.

Sintió de nuevo el escalofrío y, en aquella ocasión, no hizo intento alguno por resistirse.

Se enfrentó a la verdad. Lycos Dimistrios era mucho más que el hombre que estaba tomando posesión de su amado hogar. Estaba tomando también posesión de sus sentidos.

Lycos aparcó el coche en una calle cerca de la plaza principal de Saint-Clément y apagó el motor.

–Bueno, pues ya estamos aquí –dijo alegremente–. ¿Qué es lo que hay que ver primero?

–Probablemente el castillo –sugirió ella.

Se encaminaron en esa dirección. Arielle iba ligeramente más adelantada, por lo que Lycos podía observarla a placer. Y realmente era muy placentero observar cómo andaba Arielle. Había dejado los pantalones cortos y la camiseta habituales para ponerse un vestido de flores muy veraniego. No tenía nada de especial y, seguramente, le había costado muy poco. «Pero es ella la que lo hace especial».

La observó atentamente, admirando la esbeltez de su cuerpo, su gracia natural, su estrecha cintura. El vestido le llegaba hasta las pantorrillas y no era escotado. Sin embargo, el cuello bebé y las mangas de farol tenían su gracia.

En vez de recogerse el cabello, se lo había sujetado con una cinta azul. No se había maquillado. Lycos sintió un impulso repentino de verla vestida de gala, con un atuendo de alta costura, peinada de peluquería y maquillada.

Inmediatamente borró aquel deseo. Arielle no lo necesitaba.

Volvió a disfrutarla tal y como era, con el placer que sentía al admirarla y al estar con ella.

Eso era extraño en sí mismo. Estaba acostumbrado a mujeres totalmente obsesionadas por su propio aspecto y que buscaban constantemente agradarlo y compensarlo.

«Sin embargo, Arielle no es así. No se presta atención ni hace esfuerzo alguno por agradarme».

La hostilidad inicial que había mostrado hacia él se había ido desvaneciendo poco a poco y su actitud hacia él se había vuelto más relajada, igual que le había ocurrido a Lycos. Tal y como él había sugerido aquella primera noche, se estaban dejando llevar.

Aquella última semana él había hecho eso precisamente. Los días se habían ido desarrollando muy pacíficamente. Había ido encajando sin esfuerzo y sin siquiera decisión en la forma en la que Arielle vivía su vida, sintiendo cómo lo envolvía la paz y la tranquilidad de aquella casa. Una forma de vida que nunca había experimentado antes.

De igual manera, aquel día era una experiencia novedosa para él. Un paseo relajado por aquella antigua ciudad amurallada, como un turista más, sin otro propósito que pasar el día agradablemente.

Visitaron el castillo y luego almorzaron en una pequeña crepería a la que ella lo llevó. Después, habían recorrido las estrechas calles y habían entrado en la iglesia que presidía la plaza principal del pueblo. Arielle se había detenido para encender una vela por su madre. Lycos se había sentido extrañamente conmovido. Y envidioso.

Tener una madre por la que mereciera la pena encender una vela…

Apartó aquel sentimiento. No tenía lugar en su vida.

Salieron de la iglesia y Lycos volvió a hacer lo que más le gustaba en aquel día que, sorprendentemente, estaba disfrutando tanto: mirar a Arielle. Ella parecía estar mucho más cómoda con él a medida que el día había ido transcurriendo y se alegraba de ello. Y también de algo más.

«Es consciente de mí, como una mujer es consciente de un hombre. Un hombre que, por su parte, también es consciente de ella de esa manera».

No quería exagerarlo todo. Arielle no era brusca de esa manera. Además, dadas las circunstancias sobre su presencia no deseada en la Mas, estaba convencido de que su primer objetivo debía ser conseguir que ella bajara la guardia con respecto a él. Y eso ya estaba ocurriendo. Había menos comentarios punzantes, menos tristeza en sus ojos. Aquel día fuera de la casa estaba resultando ser una distracción para ella. Y Lycos lo agradecía.

«Quiero que desaparezca todo el dolor y el estrés, la ira y la angustia por la Mas. Quiero que solo me vea a mí, tal y como soy, no como el hombre que le va a quitar su hogar. Quiero que no vuelva a sentir pena alguna».

Sin embargo, mientras regresaban de vuelta al coche, volvió a mirarla y reconoció, como la paz y la tranquilidad, la apacible belleza del Mas le había mostrado en aquellos últimos días, lo mucho que lamentaría ella su pérdida.

¿Quién no sentiría tristeza por perder un lugar así?

Había dado por sentado que, en cuanto llegara a París, pondría la finca en manos de un agente inmobiliario, pero ¿qué prisa había? ¿Por qué no, simplemente, dejarlo un tiempo sin vender y disfrutarlo?

¿Y disfrutar también a la hermosa mujer sin artificio que formaba parte de ella?

«Le daría más tiempo en el lugar que tanto adora. Y yo podría disfrutarlo con ella».

Fue un pensamiento muy agradable. Por ambas razones.

Arielle observó la selección que una *pâtisserie* presentaba bellamente el mostrador de cristal.

–¿Qué vas a elegir? –le preguntó Lycos.

–Es muy difícil, pero creo que la *tarte des pommes.*

–Pues yo no me puedo resistir a una porción del *Gâteau St. Honoré.*

Lycos realizó el pedido y añadió también café. Arielle se había dado cuenta de que hablaba francés con fluidez, aunque con bastante acento. Lo mismo le ocurría en inglés, y eso acrecentaba los escalofríos que experimentaba en su compañía. Estos no habían desaparecido a lo largo del día, sino más bien lo contrario.

«¿Qué me está ocurriendo? ¿Por qué me comporto así? ¿Por qué reacciono así?».

Lo sabía perfectamente. Lo había sabido desde el momento en el que lo vio saliendo de su coche, aún con el esmoquin puesto, sin afeitar, con la corbata desanudada y envuelto en la suave luz de la

mañana. El impacto que había producido en ella no se parecía en nada a lo que hubiera experimentado en toda su vida. El pulso se le había acelerado y había sentido su masculinidad de un modo absolutamente turbador. Con su cabello oscuro, sus ojos negros como la noche y con su cuerpo esbelto, fuerte y tonificado que había visto evolucionando sin esfuerzo en la piscina le cortaba la respiración.

Se sentaron en una mesa para esperar los dulces y los cafés. La *pâtisserie* era bastante exclusiva y estaba justo al lado de los jardines que bordeaban las viejas murallas de la ciudad. Por ello, las vistas del valle que se divisaban desde allí eran espectaculares. Arielle lo miró a él, aprovechando la oportunidad de que Lycos estaba admirando la vista.

Entonces, la miró. Como estaban debajo de un toldo, se había quitado las gafas y el impacto de sus ojos sobre los de Arielle fue total. Ella se sintió sonrojarse y vio que él sonreía débilmente.

–Una mujer que se sonroja. ¿Puede ser? –murmuró en tono burlón.

Ella tragó saliva.

–Es… es el calor.

–Claro, hasta en la sombra –dijo él. La miraba fijamente, bebiendo todos sus rasgos.

Arielle se sonrojó más vivamente, pero, por suerte, el camarero llegó con lo que habían pedido. Los dos se pusieron a disfrutar de sus postres.

–Bueno, ¿has disfrutado el día de hoy? –le preguntó Lycos unos segundos después.

–Pensaba que el día de hoy era para ti –replicó.

–Para los dos. Y, sí, lo he disfrutado mucho. Jamás había sido turista antes, ni había visitado un lugar solo por el placer de conocerlo.

–¡Pero si venías de la Côte d'Azur! ¡La gente solo va allí por placer!

–Yo no. Al menos, no por el placer de visitarla. Paso tiempo allí, pero no voy a visitar ningún lugar. Por lo tanto, lo de hoy ha sido una novedad. Y muy agradable –admitió, antes de tomar un poco más de su *gâteau*–. Esto está muy bueno. ¿Qué te parece si compro

uno entero y nos lo llevamos para el postre de esta noche? Dado que no hemos recogido ni fresas ni frambuesas.

–Si quieres –dijo Arielle–. Lo que tú prefieras. Yo soy solo la guía.

Lycos la miró fijamente, de una manera que amenazaba con hacerla sonrojar una vez más.

–Eres mucho más que eso, Arielle.

Su voz era suave y, de alguna manera, su acento sonaba más pronunciado. Más ronco.

Arielle apartó la mirada. De repente, se había quedado sin aliento. Oyó que él reía en voz baja y, por suerte, antes de que ella se sonrojara de nuevo, le pidió al camarero que les preparara un *Gâteau St. Honoré* entero para llevar. Así, ella tuvo tiempo de volver a recuperar la compostura. Sin embargo, no podía dejar de escuchar las palabras que él le había dedicado.

«Eres mucho más que eso, Arielle».

Volvió a sentir el escalofrío que la había acompañado a lo largo de todo el día y supo por qué. Cuando volvió a mirarlo, sintió de nuevo una falta de aire y un traicionero rubor. Fuera lo que fuera lo que Lycos tenía, y a pesar de que había llegado hasta allí para arrebatarle su casa, Arielle se sentía atraída por él por razones que no podía negar.

Aquella verdad se imprimió en su pensamiento y le resultó imposible borrarlo. Fuera lo que fuera lo que estaba ocurriendo, fuera lo que fuera lo que iba a ocurrir, esa era la verdad. No sabía por qué aquel hombre, que era sinónimo de desastre para ella, podía afectarla de aquel modo. Pero así era.

De repente, un pensamiento se apoderó de ella con dulce y conmovedora tristeza.

«Tal vez él pueda ser mi canto del cisne».

Le permitiría decirle adiós a su hogar con algo que no fuera amargura y angustia. De una manera mucho más dulce.

Lycos miró el reloj. Era una de sus posesiones favoritas, que se había comprado con euforia cuando empezó a amasar su riqueza.

Sin embargo, en ese momento le estaba diciendo algo que no tenía que ver con el dinero.

–Probablemente deberíamos marcharnos –dijo–. Tenemos que darles de cenar a las gallinas. Y, hablando de eso –añadió mirando a Arielle–, ¿qué te parece una cena tipo picnic para nosotros? Así nos ahorramos tener que cocinar. ¿Conoces alguna buena *delicatessen* por aquí cerca?

Parecía que sí, por lo que los dos se dirigieron y realizaron una serie de compras extravagantes. Luego, mientras Arielle entraba en una panadería cercana, él vio una tienda enfrente que le interesó.

Salió antes que Arielle y la esperó en la acera. Entonces, juntos, se dirigieron hacia el lugar donde estaba estacionado el coche y se dispusieron a regresar a la Mas. Lycos se sentía muy contento por ello. Miró a Arielle y vio que ella tenía las manos sobre el regazo mientras miraba por la ventana. Sin esfuerzo alguno, estaba increíblemente hermosa.

Mientras conducía, reflexionó sobre lo que sentía. Le resultaba extraño. De repente, lo identificó. Era satisfacción. Un sentimiento nuevo, verdaderamente extraño para él. Bienvenido. Agradable.

Y con él, acudió otro más. Volvió a mirar a Arielle.

Anticipación.

Notó cómo la sensación se fusionaba y se mezclaba, uniéndose a él. Era diferente a todo lo que había conocido antes, pero se sentía bien. Mejor que todo lo que había experimentado antes.

–Cierra los ojos un instante. *Et voilà!*

Arielle hizo lo que él le había pedido y luego volvió a abrir los ojos. Los abrió aún más cuando vio lo que Lycos tenía en las manos.

–Oh, ¡qué bonito! –exclamó.

–¿Verdad? –afirmó él sonriendo–. Lo vi en una tiendecita frente a la panadería y no me pude resistir. Ven, deja que te lo ponga.

Lycos dio un paso al frente y le colocó a Arielle alrededor de los hombros el hermoso chal de gasa, estampado en una miríada de tonos de azul y entrelazado con hilos de plata. Entonces, dio un paso atrás.

–Perfecto –anunció con satisfacción–. Sabía que lo sería. Te hace juego con los ojos. ¿Te gusta?

–¿Y a quién no le gustaría? Pero no puedo aceptarlo.

–Claro que puedes. Es un regalo.

–¿Por qué? –le preguntó ella extrañada.

–Soy tu huésped y los huéspedes siempre deben darles un regalo a sus anfitrionas.

Arielle apretó los labios.

–Yo no soy tu anfitriona y tú no eres mi invitado. En realidad, más bien es al revés.

–No me repliques. Y no te quites el chal. Esta noche hace un poco de fresco. Además, me gusta vértelo puesto. Venga… –insistió él mientras retiraba la silla de la mesa para que ella tomara asiento. El sol había empezado a ponerse–. Brindemos por nuestra agradable excursión y luego planeemos qué vamos a hacer mañana.

–¿Pero no es ya hora de que retomes tu regreso a París? –le preguntó Arielle. Tomó su lugar y Lycos hizo lo mismo, sentándose frente a ella.

Los suaves pliegues del chal se acomodaban sobre sus hombros. Sabía que le favorecía. Además, por motivos que no estaba dispuesta a considerar, se había esforzado más aquella noche. Todavía llevaba el vestido que había usado durante el día, pero había añadido un sencillo collar de cuentas azules y se había recogido el cabello. Nada formal, pero con gracia. Le había parecido que tenía los labios un poco secos, por lo que se había aplicado un brillo labial con algo de color. Además, se había echado un poco de perfume, de aroma ligeramente floral, sobre el cuello. No había pensado en los motivos. Simplemente, lo había hecho.

–No hay prisa –dijo él con gesto tranquilo–. París puede esperar. Esto es mucho más agradable. *Santé!* –añadió mientras le entregaba a Arielle su copa y levantaba la que él tenía en la mano–. Por un día muy agradable. Gracias por ser mi guía turística.

Arielle sonrió débilmente, consciente de sus pensamientos enfrentados. Confusos. Bajó los ojos y contempló la mesa, que estaba cubierta por todo lo que habían comprado en la *delicatessen. Charcuterie* y aceitunas, un tarro de caviar con *blinis*, pechugas de

pollo escalfadas y trucha ahumada, corazones de alcachofa y pimientos rellenos, *remoulade* y tomates finamente cortados en vinagreta picante y quesos variados, junto al pan que ella había comprado.

Volvió a mirarlo a través de la mesa mientras levantaba su propia copa. La penumbra de la tarde, el suave resplandor de la lámpara sobre la mesa, la luz proveniente del salón de la casa… Todo parecía hacer destacar los rasgos de Lycos en claroscuro. Quería mirarlo, bebérselo con los ojos, pero no quería ser demasiado evidente. Por lo tanto, bajó los ojos, tomó un delicado sorbo de vino y volvió a dejar la copa sobre la mesa.

–¿Por dónde empezamos? –preguntó, indicando la selección que tenían sobre la mesa.

–Por el caviar –respondió Lycos mientras les servía a ambos generosas porciones–. ¿Te gusta?

–Bueno, no forma parte de mi menú diario –admitió Arielle–. Supongo que sí del tuyo, ¿no?

–No siempre. Recuerdo como si fuera hoy la primera vez que lo probé. Fue cuando empecé a ganar partidas y estaba empachado de éxito. Cambié las fichas y me fui a un bar a celebrarlo. Vi que en una mesa estaban tomando caviar y champán y pedí lo mismo. Estaba a punto de empezar una nueva vida y quería celebrarlo. En el momento en el que probé el caviar, dejé mi vida pasada atrás.

Arielle notó una nota extraña en su voz, pero desapareció inmediatamente.

–Este momento debería ser importante también para ti, Arielle. Vas a dejar atrás tu antigua vida. Te vas a alejar de esta casa con la cabeza bien alta. No debes mirar atrás. Yo no lo hice. Tú tampoco deberías.

Arielle comenzó a servirse un poco de caviar sobre el *blini* con la ayuda de un cuchillo.

–No lo comprendes… –susurró emocionada.

–¡Arielle, debes dejar todo atrás! –exclamó él–. Yo lo hice. Tenía que hacerlo porque, si no, habría seguido el mismo camino que mi padre…

Lycos se detuvo en seco y se metió en la boca un *blini* con un poco de caviar. Entonces, dio un sorbo de vino y volvió a mirar a Arielle.

–Mi padre no era ningún estúpido –prosiguió–, pero era débil, indulgente consigo mismo y lleno de autocompasión. Se sentía maltratado, por lo que ahogaba sus penas. Cuando su frustración aumentaba, la descargaba conmigo.

Arielle lo miró fijamente.

–¿Te… te pegaba?

–Hasta que me hice lo suficientemente mayor como para devolvérsela. Entonces, dejó de hacerlo.

–Pero… pero ¿y tu madre?

–¿Mi madre? –repitió Lycos con desprecio–. Ella ya se había marchado, harta de la autocompasión de mi padre.

–¿Te dejó con un padre que te pegaba?

–Se marchó con un hombre que no quería cargas.

–¡Pero eso es horrible! ¿Cómo pudo hacerte algo así?

–Pues, aparentemente, muy fácil. En realidad, nunca había sido muy buena madre. Los recuerdos que tengo de ella son quejarse a voces sobre mi padre todo el tiempo. Solo se casaron porque yo ya venía de camino. Ella se marchó justo después de que ocurriera la crisis económica de Grecia. Mi padre había perdido su trabajo, que, aunque tampoco era algo del otro mundo, por lo menos traía algo de dinero a casa. No hubo más trabajos, pero sí alcohol, por lo que se aficionó a eso y siguió enganchado hasta el final. Yo cuidé de él lo que pude, aunque tampoco se dio cuenta.

Antes de seguir hablando, respiró profundamente y miró a Arielle.

–Eso era a lo que me refería cuando te hablé sobre tu responsabilidad y la libertad que tienes cuando aceptas que ya no eres responsable. Yo traté de impedir que mi padre siguiera bebiendo. Me sentía responsable por él. Sin embargo, no era mi responsabilidad, sino la suya. Cuando por fin me di cuenta y lo acepté, supe que era libre. Me sentí libre para marcharme, por lo que lo hice. Hace mucho que murió. En cuanto a mi madre… no tengo ni idea ni me importa, porque a ella tampoco le importé. Por lo tanto, estamos empatados.

Entonces, guardó silencio. Se sirvió más caviar sobre otro *blini* y volvió a mirarla. Su rostro se había transformado. Era más duro.

–Así que ya ves, Arielle, por qué tengo compasión limitada por tu situación. Tal vez no tengas la herencia que habías esperado, pero no estás sin dinero. Eres joven y tienes salud. Eres hermosa. No vas a tener la vida que creías que ibas a tener, pero puedes construirte una nueva si dejas de sentir pena por ti misma.

–Eso no es cierto –replicó ella acaloradamente.

–Sí, claro que lo es. Mira, Arielle, la autocompasión no te va a llevar a ninguna parte. Yo lo sé mejor que nadie. Y tampoco la ira y el resentimiento. También lo sé mejor que nadie. Mirar hacia atrás no ayuda en nada. Hay que mirar hacia delante. Como te he dicho, si esta casa significa tanto para ti, ve y haz lo que yo hice. Gana dinero de alguna manera y, luego, regresa para volver a comprarla. Por un buen precio, estará a la venta, te lo aseguro. Todo está a la venta por un buen precio –añadió con cinismo.

Tomó la copa de vino y dio un trago. Entonces, volvió a dejarla sobre la mesa y miró de nuevo a Arielle.

–Está bien. Asunto cerrado. Vamos a hablar de otra cosa y a disfrutar del presente. Bueno, ¿te gusta el caviar?

–Sí –admitió ella.

Lycos sonrió. El gesto relajó sus rasgos y le dio un aspecto menos imponente y severo.

–Entonces, come o me lo terminaré yo todo. Bueno, ¿qué vamos a hacer mañana? Después de pasar el día de hoy fuera, mi voto es por que nos quedemos aquí vagueando. Bañándonos en la piscina con Mathilde y Maurice –comentó con gesto divertido. Entonces, tomó un poco más de caviar y, tras mirar a Arielle, asintió con aprobación–. Sí, he escogido bien. Ese chal te sienta maravillosamente bien. Estás muy hermosa, Arielle. Muy hermosa…

Lycos no había cambiado el tono de voz mientras le dedicaba aquel cumplido, pero Arielle no pudo evitar sonrojarse. Él dejó escapar una carcajada.

Arielle bajó el rostro, confusa y avergonzada. El pulso se le había acelerado y el color de sus mejillas no remitía. Tomó la copa y

levantó los ojos al hacerlo. Vio que él la estaba mirando de un modo, con un brillo, que le aceleró el pulso aún más.

El brillo de un lobo…

Lycos vio la reacción de Arielle. Era lo que quería. Quería que ella superara su obsesión por la herencia perdida. «Que se mueva hacia mí, hacia lo que quiero de ella. Y, si lo admitiera, también a lo que ella misma desea». Sabía que estaba a punto de conseguirlo.

Ella volvió a relajarse visiblemente y siguieron disfrutando de las delicias que habían adquirido en Saint-Clément.

Durante un instante, frunció el ceño. Nunca le había contado a nadie todo lo que le había dicho sobre sí mismo. ¿Por qué se lo había contado a ella?

Apartó aquella pregunta y la miró. Sintió que lo recorría una sensación que cada vez se volvía más familiar. Cada vez más bienvenida. Era tan encantadora, tan hermosa, tan atractiva…

Se puso de pie y comenzó a recoger la mesa. Arielle hizo ademán de ayudar, pero él se lo impidió.

–No. Déjame.

Arielle accedió y Lycos llevó los platos sucios y las sobras a la cocina. Puso los primeros en el fregadero y las segundas en la nevera.

Minutos después, regresó a la terraza. Se había hecho de noche y Arielle estaba sentada de espaldas a él, con el cabello delineado de oro a la luz de la lámpara y la vela que estaban sobre la mesa. Estaba relajada en su silla, con el colorido chal que él le había regalado alrededor de los hombros. La delicada nuca quedaba al descubierto.

No pudo resistirse. Se detuvo detrás de ella y, antes de que Arielle pudiera girar la cabeza, le dio un delicado beso sobre la nuca. Sintió que ella se quedaba inmóvil y escuchó cómo se le entrecortaba la respiración. Entonces, volvió a incorporarse.

–Vengo acompañado de un dulce deleite –le dijo mientras colocaba sobre la mesa una caja grande de cartón, cerrada con una cita y con el nombre de la pastelería donde habían tomado café. La

abrió con un gran ademán–. ¡*Gâteau St. Honoré!* –exclamó con solemnidad. Luego, frunció el ceño–. Desgraciadamente, no tengo ni idea de cómo cortarlo sin estropearlo por completo.

De alguna manera, lo logró y consiguió los alegres aplausos de Arielle. Después, les sirvió a ambos generosas porciones, aunque algo destartaladas. Observó cómo Arielle se llevaba un tenedor lleno de *gâteau* a los labios y tomaba la porción. De sus labios, salió un delicado gemido de placer. Cerró los ojos y disfrutó de la experiencia, con la expresión totalmente transfigurada.

De la nada, una poderosa excitación poseyó a Lycos.

«Ella tendrá ese aspecto cuando se corra entre mis brazos…».

–¡Ay, qué bueno está! –exclamó Arielle–. ¡Ha sido una compra muy inspirada! Muchas gracias.

–De nada –respondió Lycos con una sonrisa.

Los dos se pusieron a disfrutar de sus porciones de pastel.

–Voy a preparar café –anunció ella cuando hubo terminado.

–Te echo una mano –se ofreció Lycos–. ¿Por qué no nos lo tomamos en esos sillones tan cómodos? –añadió señalando los dos sillones de mimbre que había junto a las puertas del salón–. Si apagamos las luces, podemos mirar las estrellas.

Eso fue exactamente lo que hicieron. Lycos había colocado los dos sillones juntos, uno al lado del otro. Cuando Arielle se terminó el café, dejó la taza sobre las baldosas de piedra del suelo y relajó las manos sobre el reposabrazos del sillón. Se recostó muy relajada contra el respaldo. Lycos hizo lo mismo, excepto que su mano, junto a la de Arielle, no descansaba sobre su propio reposabrazos. La había dejado doblarse, ligera y casualmente, sobre la de ella.

Durante un instante, le pareció que ella se tensaba, pero luego se relajó. No apartó la mano, que yacía cálida bajo la palma que la cubría.

Lycos evitó deliberadamente mirarla. En cambio, levantó la otra mano para señalar el cielo nocturno, totalmente cuajado de estrellas.

–Otra noche de Van Gogh –dijo. No apartó la mano. Dejó que ella se acostumbrara a aquel inocente contacto.

–Pobre Vincent –replicó ella–. Tuvo una vida tan triste… Sin embargo, creo que fue feliz aquí en la Provenza.

–Resulta fácil ser feliz aquí.

–Sí…

Lycos sintió cómo ella giraba la mano debajo de la de él y hacía que los dedos de ambos se entrelazaran. Lenta, muy lentamente, él permitió que su pulgar acariciara suavemente el de ella. Sin grandes aspavientos, simplemente dejando que ocurriera.

La paz se apoderó de él. Resultaba tan agradable recostarse allí, sosteniendo la delicada mano de Arielle, relajado y satisfecho. Mirando aquella maravillosa noche estrellada y escuchando las cigarras, envuelto en la calidez de la suave oscuridad del verano.

Capítulo 7

Por qué había tomado la mano de Lycos de aquella manera? La pregunta se apoderó durante un instante de los pensamientos de Arielle y, entonces, ella la dejó marchar. ¿Qué importaban las razones? Lo había hecho sin pensar. Le parecía lo correcto. Lo natural.

La mano de Lycos era cálida y fuerte. Se entrelazaba con la de ella, uniéndolos.

Lo que resultaba extraño, casi ilógico, era que no había nada que los uniera a Lycos y a ella. Lycos le iba a arrebatar su casa. Debería tenerlo en cuenta.

Sin embargo, en aquellos momentos, bajo aquellas estrellas que relucían sobre la oscura cúpula del cielo, aquello parecía no importar. Parecía muy lejano. Un extraño estado onírico la envolvía, envuelto en el embriagador perfume del jazmín, la calidez aterciopelada de la noche y el vino en las venas. Con la mano libre, acariciaba los pliegues del precioso chal y en la cabeza escuchaba las palabras de Lycos cuando le había dicho que era muy hermosa. Sentía aún en la nuca el suave roce de sus labios desde que él la besó tan suave y brevemente. Además, en aquellos momentos, la calidez de la mano de Lycos en la suya la animaba a acercar la cabeza hacia la de él.

Notó que la estaba mirando. Sentía los ojos oscuros, inescrutables, iluminados tan solo por la luz de las estrellas, clavados en los de ella. No podía apartar la mirada. Era imposible hacerlo. La emoción brotó en su interior, una emoción que no conocía, que no reconocía, que no quería ni podía nombrar. Solo sabía que la llenaba, que la dominaba, haciendo que el recuerdo de aquel ligero y breve beso en la nunca se hiciera un millón de veces más especial. Sintió

que el corazón le saltaba en el pecho y que se le cortaba la respiración. Sintió que los dedos de Lycos se apretaban contra los de ella. Sintió que él se inclinaba hacia su cuerpo, los ojos oscuros clavados en los suyos. Los oídos le zumbaban y la sangre se le había acelerado en las venas. Estaba sin aliento, inmóvil, solo mirándole a los ojos. Captó el aroma de su *aftershave*, el olor y el calor de su cuerpo. Sintió el calor de su aliento y luego…

Oyó su nombre, respiró ligeramente y ya no oyó nada más. Solo sintió, cuando se le cerraron los ojos lentamente, el terciopelo suave y lánguido de la boca de Lycos sobre la suya, alcanzándola por fin. Suave, lento… Saboreando sus labios, rozándolos delicadamente como si fueran de seda. Arielle sintió que la mano que tenía libre se alzaba por su propio albedrío. No necesitaba guía. Curvó los dedos alrededor de la nuca de Lycos y se extendieron hacia el oscuro cabello. Las bocas se abrieron. Era imposible no hacerlo, imposible resistirse. Imposible no soltar un gemido bajo y suave mientras el placer y la dulzura de todo aquella la llenaban por completo.

No supo durante cuánto tiempo se besaron, porque el tiempo parecía haberse detenido. El mundo se había detenido y todo se había perdido en el dulce y profundo placer que él le proporcionaba, un placer que se aceleraba en su interior. Llenaba por completo su ser, sus venas y latía a través de ella.

La mano de Lycos se apretó sobre la de ella. Hizo que Arielle se pusiera de pie, pero ella no se resistió en absoluto. ¿Por qué debería hacerlo? Aquello era lo que quería. Lo más maravilloso del mundo era ser besada por Lycos bajo aquella cálida noche de terciopelo y bajo el arco estrellado del cielo.

De repente, la boca de Lycos se apartó y ella dejó escapar un gemido de pérdida. Los ojos de él, tan oscuros y abrumadores, seguían prendidos en los de ella. Una sonrisa asomaba en sus labios mientras las largas pestañas le caían sobre los ojos. El asombro llenaba por completo a Arielle, la consumía y la poseía infinita y totalmente.

–Ven a mí, Arielle –susurró él con voz suave, llena de algo a lo que ella no podía ponerle nombre, pero que conocía desde lo más profundo de su ser. Lo reconocía y lo compartía porque habitaba

también dentro de ella–. Ven a mí, porque eres tan hermosa que estoy lleno de deseo por ti. Porque tú eres lo único que deseo. Ven a mí…

Y Arielle accedió.

De buena gana, con alegría y con asombro. Un fuego cálido se había encendido dentro de ella, avivando una llama suave y cálida que iluminaba todo su cuerpo, una llama prendida por aquel hombre, que había llegado a su vida sin expectativas ni preparación. Había parecido ser solo el hombre que le iba a arrebatar su casa y, sin embargo, gracias a su mirada, a la cadencia de su voz, al roce de sus manos y a la suavidad de sus labios, se había convertido en alguien a quien ella recibía con el pulso totalmente acelerado.

La boca de Lycos se cerró sobre la de ella, despertando en su cuerpo aún más dulzura, la miel de la excitación. Él se separó de ella solo un instante para guiarla, sin dejar de mirarla a los ojos ni soltarle la mano, hacia la casa. Subieron las escaleras y recorrieron el pasillo hasta llegar a la puerta de su dormitorio. En aquel momento, Lycos era lo único que ella deseaba. Lo único.

Arielle susurró su nombre mientras que él la hacía entrar en su dormitorio y volvía a tomarla entre sus brazos.

–Lycos…

Era el susurro de la noche, de las estrellas y del dulce dulce deseo. Y Arielle se rindió a ello con todo su corazón.

El cuerpo esbelto de Arielle resultaba muy maleable entre los brazos de Lycos. Los suaves pechos se hinchieron cuando sintió la mano de él sobre la nuca, sujetándola para besarla de nuevo. El ritmo era lento, sensual y excitante.

Arielle sintió la erección de Lycos contra su cuerpo. Escuchó y sintió el pequeño jadeo que dejó escapar de la garganta cuando el deseo que sentía por ella se volvió tangible. Una risa baja se escapó entre sus labios, tan ronca como su voz.

–¿Quieres que oculte el efecto que produces en mí? –le preguntó contra los labios.

La mano que le quedaba libre se deslizaba por la espalda de Arielle para atraerla más fuertemente contra su cuerpo. Lycos podía sentir cómo los suaves senos se apretaban contra su torso, aumentando su propio nivel de excitación… y el de ella. Quería más.

Profundizó el beso, abriéndole la boca con la suya y permitiendo que la lengua se entrelazara con la de ella. Arielle se apoyó contra él y echó la cabeza hacia atrás, pegando más íntimamente las caderas contra las de Lycos y fortaleciendo su propia excitación. La mano dejó la nuca para deslizarse hasta el escote del vestido. Lo bajó un poco, dejando al descubierto el sujetador y dejando a la vista los pezones erectos. Con destreza, Lycos retiró la tela y los hermosos pechos se desbordaron. La excitación se apoderó de nuevo de él y se inclinó hacia ellos para darse un festín. Un gemido se escapó entre los labios de Arielle, mientras, con labios y lengua, Lycos la lamía, provocándola. Ella gimió de nuevo y echó la cabeza hacia atrás. Todo aquello estaba bien, muy bien, pero Lycos quería más.

Deslizó la mano que tenía en la espalda hacia la cremallera del vestido y se la bajó suavemente. La prenda cayó al suelo y Arielle salió del círculo que había formado a sus pies. Entonces, Lycos le desabrochó el sujetador y lo tiró descuidadamente al suelo. En aquellos momentos, estaba desnuda hasta la cintura. Él retrocedió un momento, sin apartar las manos de las caderas de Arielle, para observarla. Era tan hermosa, con sus pechos rotundos, los pezones tensos, el glorioso cabello cayéndole sobre los hombros, los labios entreabiertos y, en sus ojos…

La llama del deseo.

Lenta, muy lentamente, deslizó un dedo por la cinturilla de las bragas. Su respiración era superficial y tenía las pupilas muy dilatadas. Bajó la mano un poco para acariciar el suave montículo que había debajo y sintió cómo la postura de ella cambiaba… abriéndose. Soltó otra risa baja y ronca y permitió que la mano bajara aún más. Arielle soltó un jadeo que se convirtió inmediatamente en gemido. Durante un instante, jugó con ella, sintiendo también cómo su propia excitación crecía aún más. Pero quería más.

Con un movimiento repentino, le bajó las bragas para que Arielle quedara totalmente desnuda. Ella misma le ayudó a hacerlo, quedando allí, totalmente desnuda bajo la penumbra de la noche. Entonces, Lycos, lenta y metódicamente, sin apartar la mirada de ella, se quitó el polo y lo dejó caer al suelo. Luego se desabrochó el cinturón, se quitó los pantalones y los calzoncillos y se quedó frente a ella, igualmente desnudo. Los ojos de Arielle se clavaron en él y bajaron después hasta la cintura. Y más allá. Lycos dejó escapar de nuevo una risa baja y le tomó la mano.

–¿Ves el efecto que produces en mí? –le preguntó mientras movía la mano de Arielle hacia sí mismo.

Oyó que ella pronunciaba su nombre en un susurro. Entonces, Lycos apartó la mano y la condujo a la cama.

Lycos la tumbó. Arielle sintió que el corazón le iba a toda velocidad. Su respiración era muy superficial. La sangre le corría con fuerza por las venas y el deseo se abría paso por su cuerpo. La forma en la que la había besado, tocado, en la que la había animado a tocarlo había alimentado en ella un deseo imposible de extinguir. ¿Y por qué no? Aquello era lo que deseaba, a lo que se entregaba, total y completamente.

Se echó a su lado y la besó de nuevo, profunda y sensualmente. Con la mano, le cubrió uno de los senos y apretó el pezón entre los dedos. Se lo pellizcó suavemente, hasta que Arielle pensó que podría volverse loca de placer. A continuación, Lycos hizo lo mismo con el otro pecho. Movía el cuerpo sobre el de ella, hasta que Arielle sintió cómo se le relajaban los muslos. Notó el de Lycos, fuerte y musculoso, moviéndose sobre ella. Y sintió mucho más que el muslo…

La mano de él abandonó los senos y comenzó a deslizarse por su cuerpo, entre los muslos. Arielle gimió de nuevo, mientras él encontraba por fin lo que había estado buscando. Lo que ella quería que encontrara. Se estaba acercando, podía sentirlo…. Mientras los dedos se deslizaban por los pliegues suaves y húmedos de su cuerpo, Arielle volvió a gemir. Lycos escuchó que dejaba escapar una

risa nerviosa. La inquietud la invadía y, sin embargo, aunque cada caricia hábil de los dedos de Lycos era una delicia que apenas podía soportar, no era suficiente. Movió las piernas, intentando atrapar las de él para atraerle hacia ella. Se le escapó su nombre de entre los labios, de un modo hambriento y urgente. Podía sentir la respuesta de su cuerpo a aquel contacto íntimo creciente inexorablemente, sin que ella pudiera calmarla. Tampoco quería hacerlo. Se sentía demasiado bien. Era una tortura demasiado deliciosa, demasiado excitante. Sin embargo, no deseaba…

Le agarró los hombros y tiró de él hacia sí, ansiando la presión de aquel cuerpo fuerte y duro contra el de ella. Abrió las piernas y levantó las caderas, invitándole, suplicándole… Le clavó las uñas en los hombros y los músculos se le tensaron. El hambre crecía dentro de ella.

–Lycos, por favor. No puedo…

Él la miró con una sonrisa en los labios. Arielle le clavó las uñas con más fuerza y levantó las caderas un poco más. Aquello era un tormento, un apetito que necesitaba saciar. Una desesperación.

Lycos profundizó la sonrisa.

–¿Es esto, mi hermosa Arielle, lo que deseas?

Apartó los dedos de ella y, con la palma de la mano, le abrió los muslos. Entonces, se colocó completamente encima de ella.

–Pues permíteme que te conceda tus deseos.

Lycos penetró su cuerpo, tenso, anhelante y suplicante, con una sola embestida fuerte y poderosa. Arielle casi no podía pensar, porque su mente consciente prácticamente se había hecho papilla bajo sus caricias hábiles y tormentosas, pero le habría gustado advertirle que hacía muchísimo tiempo que no había tenido intimidad con un hombre.

Sin embargo, resultó que no hizo falta decirle nada. Las advertencias fueron totalmente innecesarias. La había preparado bien. Arielle jadeó de placer. Se sintió llena total y absolutamente cuando sus cuerpos se fusionaron en uno solo. Mientras se unían, la gloria se apoderó de ella. La invadió. La poseyó por completo. una única llama gloriosa e incandescente estalló dentro de ella. Gritó de placer. Vibraba en torno al miembro de Lycos, lo envolvía y lo

apretaba, atrayéndolo más y más hacia el interior de su cuerpo. Sintió que su cuerpo se fusionaba con el de él. Sintió su fuerza. Sintió cómo la carne de él se convertía en la suya propia. Y volvió a gritar. Gloria ardiente. Maravilla. Éxtasis. El nombre de Lycos se le escapó una y otra vez de entre los labios. Deslizaba las manos por la fuerte espalda, apretándose contra él, abrazándole tan estrechamente como lo sostenía dentro de su cuerpo.

Sentía también cómo Lycos temblaba dentro de ella y también le oyó gritar. Comenzó a mecerse contra él para mantener el placer, el éxtasis interminable, palpitando y apoderándose por completo de ella.

Ya no estaba gritando. Los sollozos se le escapaban de la garganta y su columna se arqueaba. Los muslos lo apretaban con fuerza y el cuello se arqueaba hacia delante. Lo presionaba contra ella para no soltarlo nunca… No sabía cuánto duró, pero sintió que, poco a poco, muy despacio, comenzó a bajar. El éxtasis que la poseía se había convertido en un eco, un dulce y etéreo eco. Sintió como los tensos músculos de su cuerpo se relajaban y los muslos se aflojaban. Sin embargo, no soltó a Lycos. Lo apretó contra ella, sujetándolo dentro de su ser. Notó que los músculos de él también se habían relajado y que él se incorporaba sobre un codo. Vio entonces que la miraba delicadamente. Con la mano, Lycos le apartó los mechones enredados de su cabello para retirárselos del rostro. Su boca rozó la de ella.

–Arielle… –susurró con una voz tan suave como la mirada que tenía en los ojos. Tan delicada como las caricias de sus manos–. Mi hermosa Arielle…

Ella vio cómo las largas pestañas de Lycos ocultaban sus ojos y escuchó el suspiro de saciedad, de pasión cumplida en su aliento. Escuchó cómo su respiración se volvía más lenta. Inclinó la cabeza hacia su hombro y, cuando le colocó la mano sobre la nuca, sintió que su propia respiración se ralentizaba. Cerró los ojos con un suave parpadeo y se quedó dormida junto a él. Relajada, saciada y completa, sosteniendo a Lycos entre sus brazos.

Aquel era el único lugar en el que deseaba que él estuviera.

Lycos salió del cuarto de baño y regresó al dormitorio. Estaba amaneciendo. Vio a Arielle tumbada bajo la colcha con la que los había cubierto a ambos en algún momento de la noche. Ella seguía dormida. No era de extrañar. La noche había sido… bastante activa.

Poseerla una vez no había sido suficiente. Sin embargo, ¿se podría superar aquel increíble primer coito que los dos habían disfrutado? Sabía que sentía un fuerte deseo por ella, pero Arielle le había demostrado un ansia propia que había sido como una llama que lo encendía con un solo un gesto de su cuerpo.

Jamás había experimentado una respuesta de tal intensidad. Arielle se entregaba por completo a él. Sentía un profundo deseo hacia él, un deseo que procedía del modo en el que ella misma era: natural, ardiente y apasionada. Arielle no se parecía a ninguna otra mujer.

Se acomodó a su lado y la estrechó contra su cuerpo. Mientras lo hacía, escuchó un murmullo de placer. El cuerpo de Arielle era suave y se moldeaba contra el suyo. Su aroma lo hechizaba.

La cercanía del cuerpo de ella comenzó a ejercer su efecto en el de él, pero dejó que se desvaneciera. Él también necesitaba dormir un poco más. La pasión podría encenderse de nuevo más tarde. Y podría llenar sus días y sus noches. Por el momento, lo único que quería era dormir. Y tener a Arielle entre sus brazos.

Lycos se estiró lánguidamente sobre la hamaca que había junto a la piscina.

–Hmm, ¡qué bien! –susurró.

Arielle le estaba poniendo protección solar sobre la espalda. Los lentas caricias, cálidas y ultrasensuales, eran realmente agradables. Y demasiado excitantes, pero ya habría tiempo para eso más tarde. Mucho tiempo… En realidad, tenía todo el tiempo del mundo y, en aquellos momentos, aquello era precisamente lo que quería. Solo eso. Estar allí en la Mas. Disfrutar de días largos y tranquilos, noches sensuales y largas. Sin prisas, sin agendas, sin exigencias, sin distracciones. Simplemente poder disfrutar de lo que estaba

ocurriendo entre ellos, tomándose las cosas con calma. Dejándose llevar con Arielle… Y el flujo parecía ser bueno, muy bueno.

Sin embargo, de repente, las caricias de la palma de la mano cesaron.

–No pares… –murmuró.

–Ya he terminado –dijo ella mientras se ponía de pie–. Ha llegado el momento de beber algo.

Lycos observó cómo se marchaba. No podía apartar la mirada de aquel balanceo inconsciente de su cuerpo, que ella parecía desconocer, y de su gracia natural. Cuando Arielle desapareció, se dio la vuelta y miró hacia el cielo. El sol aún estaba alto, pero habían empezado a formarse unas diminutas nubes hacia el oeste. El ambiente era muy cálido, pero también muy tranquilo y silencioso. Incluso los patos estaban callados, acurrucados a la sombra al otro lado de la piscina. Solo las invisibles cigarras parecían estar activas, junto con algunas mariposas que revoloteaban sobre la lavanda, contra el antiguo muro de piedra. Paz y silencio. Ambas se impregnaban sobre la cálida piedra de la casa, en el pavimento que rodeaba la piscina y en el aire con aroma a lavanda.

Se impregnaban incluso en él.

Dejó que sus ojos se cerraran, con el peso del brillo del sol sobre los párpados. Se dio cuenta de que no estaba pensado en nada en absoluto. Y eso era bueno. Aquel momento, aquel día, aquel tiempo, un tiempo que parecía haber detenido prácticamente su curso y que daba vueltas lentamente, sin prisa. Los días pasaban sin que él se percatara. De hecho, casi no sabía el tiempo que llevaba allí y no le importaba nada excepto que Arielle estuviera allí y que el tiempo se hubiera detenido.

Arielle se acercó al sofá y se acurrucó junto a Lycos, dejando el piano abandonado. Cuando se lo pedía, tocaba para él después de cenar. Las notas ondulaban suavemente mientras Lycos se relajaba en el sofá y la observaba con los ojos entrecerrados. Tras haber terminado el último *Nocturno*, se unió a él. Lycos la abrazó y la estrechó contra su pecho. Tenía las largas piernas estiradas,

cruzadas por los tobillos, y una copa en la mano que le quedaba libre.

Arielle se inclinó para tomar un pequeño sorbo. En ocasiones, le resultaba extraño tener una actitud tan íntima con él, con pequeños gestos como aquel. Extraño y, sin embargo, completamente natural, como si siempre hubiera sido así. Como si siempre fuera a ser así.

Desgraciadamente, sabía que eso no era verdad. Se había entregado a Lycos, al ardiente deseo que sentía por él y que ardía en el interior de su cuerpo como una dulce llama. Y también al deseo que Lycos mostraba hacia ella, y, por eso, aquella llama ardía de un modo tan maravilloso. Sin embargo, ¿durante cuánto tiempo seguiría haciéndolo?

Mientras él quisiera quedarse allí en la casa, con ella. Día tras día.

–Hoy ha estado muy bien –comentó él.

–Sí, ¿verdad? –afirmó ella mientras levantaba el rostro para mirarlo–. ¿De verdad que no te ha importado venir?

Lycos soltó una carcajada. Sonaba muy relajado e indulgente.

–Mi primera vendimia –musitó.

–Lo has hecho muy bien –comentó ella, alabándolo.

Arielle había acudido a la llamada de sus vecinos Jeanne y Claude porque le habían dicho que, aquel día, les faltaba gente para recoger la uva. Ella siempre les echaba una mano cuando se lo pedían y ellos le pagaban en vino. Se lo había comentado de pasada a Lycos, pero él se había ofrecido voluntario inmediatamente. Habían estado allí todo el día.

–¿Te importaría que te abandonara mañana por la mañana? –le preguntó él de repente–. Le prometí a Daniel que lo llevaría a dar una vuelta en mi coche.

El rostro de Arielle se iluminó. Daniel era el hijo de Jeanne y Claude y había vuelto a casa por la vendimia. El muchacho se había quedado muy impresionado con el coche de Lycos.

–¡Claro que no! ¡Es muy amable de tu parte! –exclamó ella con afecto–. ¡Será fan tuyo de por vida!

Lycos soltó una carcajada.

–Es un chico muy agradable.

–Y tú eres un hombre muy agradable –susurró ella mientras le rozaba la mejilla con los labios–. Un buen hombre.

Lycos la miró a los ojos con curiosidad.

–¿Un buen hombre? Me han llamado muchas cosas, pero eso nunca.

Durante un instante, el extraño gesto volvió a aparecer en sus ojos, pero cambió muy rápidamente para convertirse en otro muy familiar.

Arielle sintió que la respiración se le aceleraba. Entreabrió los labios.

El beso fue sensual, excitante. Arielle oyó que él dejaba sobre la mesa el vaso que tenía en las manos. Sintió cómo cambiaba de posición y se ponía de pie, levantándola con él. Arielle dejó escapar un grito, que fue mitad risa, mitad suspiro. La besó de nuevo, más profundamente, más apasionadamente. La devoraba con los ojos y, en ellos, a pesar de los pesados párpados, se adivinaba una única expresión, un único propósito.

–Cama –dijo.

Pronunció aquella palabra de un modo ronco, casi un gruñido. Sin embargo, en ella había una promesa que derretía a Arielle por dentro.

Capítulo 8

Lycos estaba mirando su teléfono con el ceño fruncido. De la nada, una profunda inquietud recorrió a Arielle. Había estado batiendo unos huevos para preparar una tortilla para el desayuno, pero se detuvo en seco. La pasión se había apoderado de ellos, como solía ocurrirles, antes de levantarse, por lo que se disponían a desayunar algo tarde.

Lycos dejó el teléfono sobre la mesa, pero siguió con el ceño fruncido.

–¿Qué es lo que ocurre? –le preguntó ella, mirándolo fijamente. Un frío sentimiento de aprensión se había apoderado de ella.

Era muy consciente de lo que más temía: que aquellos agradables días estuvieran llegando a su fin. Sintió que el miedo se apoderaba de ella.

«Todavía no, por favor. Todavía no…». Aquel pensamiento se apoderó de ella desde lo más profundo de su ser. No se atrevía a reconocerlo, pero lo sentía de todas maneras. Miedo, angustia. Pérdida.

Durante un instante, Lycos guardó silencio.

–Tal vez necesite ir a París –dijo con voz entrecortada.

Arielle se sintió palidecer. Parecía que Lycos estaba a punto de salir de su vida, de la misma manera que había llegado. Repentinamente. Un fuerte sentimiento se apoderó de ella, pero era incapaz de ponerle nombre.

–Te dije que iba de camino allí para una reunión con el banco que se ocupa de mis finanzas. Acaba de enviarme un mensaje para decirme que va a tener que volar a Alemania pronto, porque necesita ir a ver a otro cliente. Va a estar allí un tiempo y luego tiene

que ir a Praga y a Viena. Por lo tanto, si quiero verlo, tendré que hacerlo la semana que viene.

Arielle tragó saliva. Le dolía, pero se obligó a contestar lo que tenía que decir.

–En ese caso, debes ir.

Lycos volvió a fruncir el ceño.

–No quiero hacerlo, pero creo que debo. Ya lo he retrasado demasiado tiempo, pero…

Lycos se interrumpió. Se puso a mirar hacia la ventana, hacia el patio que el sol bañaba con sus rayos mientras las gallinas picoteaban por todas partes. Entonces, volvió a mirar a Arielle.

Ella esperó las palabras que sabía que iba a tener que escuchar. En realidad, ya las había oído y sabía cuáles serían. Lycos se mostraría amable y cuidadoso, pero las diría de todas maneras.

«Ha estado muy bien, Arielle. He pasado unos días muy agradables contigo aquí en la Mas, pero ha llegado el momento en el que debo marcharme y retomar mi propia vida. En cuanto a ti, ha llegado el momento de que te marches de aquí y de que empieces tu nueva vida. Te deseo todo lo mejor. Los dos tendremos buenos recuerdos de estos días. Muy buenos recuerdos».

Efectivamente, los recuerdos serían lo único que tendría. Nada más. Recuerdos de su casa. Y de Lycos. Nada más que recuerdos.

–Entonces, ¿qué te parece?

Arielle parpadeó. ¿Qué era lo que él acababa de decir?

–¿Arielle? –insistió él–. ¿Qué te parece entonces lo de… venirte a París conmigo?

–¿Me acabas de pedir que me vaya a París contigo? –le preguntó atónita.

Lycos asintió.

–Sí. ¿Te gustaría?

El rostro de Arielle reflejó incertidumbre, lo que hizo que Lycos se sintiera muy inseguro de sí mismo. Pues claro que Arielle quería acompañarlo. ¿O no?

Las dudas se apoderaron de él. Dudas intrusas, poco bienvenidas. Deseaba a Arielle, de eso no tenía ninguna duda. La había deseado desde el primer momento que la vio y se había centrado en cumplir

ese deseo. Y así seguía siendo. No se sentía en absoluto cansado o aburrido de ella. la deseaba tanto como al principio. No sabía cuánto duraría aquel deseo, pero, mientras lo hiciera, no deseaba separarse de ella.

«Estoy seguro de que siente lo mismo. Es tan ardiente ahora como lo fue la primera noche. Igual de apasionada. Lo veo en sus ojos, en su rostro. En el éxtasis de su cuerpo. Entonces, ¿por qué está dudando? A menos que…».

Sintió que un escalofrío le recorría todo el cuerpo. Un pensamiento aún menos bienvenido se abrió paso dentro de él.

«¿Acaso se entregó a mí porque así yo le permitiría quedarse aquí conmigo?».

Inmediatamente, lo descartó, pero no pudo borrarlo del todo.

–No estoy segura de a qué te refieres –dijo ella–. Tengo que recoger mis cosas y marcharme de esta casa. Irme a Inglaterra.

Lycos sintió que la inquietante pregunta se esfumaba. Se concentró en avanzar hacia la meta que buscaba: la aquiescencia de Arielle a lo que él deseaba. Ansiaba llevarla a París y tenerla allí a su lado, mostrarle la ciudad y la vida de lujo que él llevaba. Quería disfrutarla con ella.

–¿Y por qué no te quedas primero unos días en París conmigo?

Sintió que sus pensamientos se anticipaban. Se había preguntado cómo podría ser la belleza de Arielle si se parara a prestarle verdaderamente atención. Bien, pues lo descubriría en París. La llevaría a las casas de los grandes modistos, la vestiría adecuadamente y se encargaría de que la peinaran y la maquillaran adecuadamente. También le compraría algunas joyas.

Entonces, se pasearía con ella por todas partes.

Un fuerte sentimiento de anticipación se apoderó de él. Sin embargo, parecía que Arielle seguía sin estar convencida.

–Solucionaremos todo lo de aquí antes de marcharnos. Le diremos a Claude y a Jeanne que pueden recoger las gallinas cuando quieran. Yo me ocuparé de que lleven tu piano al *lycée* antes de que venda la casa. En cuanto a tus cosas, solo tienes que recoger lo suficiente para París y para Inglaterra. Todo lo demás, se puede

quedar en cajas en el granero. Yo haré que te lo envíen todo a Inglaterra cuando estés instalada.

Arielle seguía pareciendo confundida, aturdida incluso. Lycos se acercó a ella, le quitó el batidor de la mano y se las agarró con las suyas antes de girarla para quedar frente a frente con ella. La miró a los ojos.

–Te quiero conmigo en París –insistió–. Yo he vivido tu vida contigo aquí en esta casa. Ahora, quiero que vengas a París conmigo y que vivas tú mi vida. Te prometo que la disfrutarás.

–Yo no me puedo permitir tu estilo de vida, Lycos.

Él sacudió la cabeza con impaciencia.

–No tienes que hacerlo. Yo corro con todos los gastos, Arielle. ¡Faltaría más! Serás mi invitada si lo prefieres así. Ya me has dicho que eres mi invitada aquí en la Mas, dado que yo soy el dueño, por lo que, ¿cuál es la diferencia entre esto y ser mi invitada en París? –le preguntó. Entonces, sonrió ligeramente y la observó con un brillo en los ojos–. Soy un hombre rico, Arielle. Me puedo permitir invitarte a todo lo que desees. Y a todo lo que yo quiera darte. Además, quiero mostrarte París. ¡Me muero de ganas de hacerlo!

En su voz había un tono de anticipación que hizo dudar a Arielle. Entonces, él inclinó la cabeza y la besó suavemente. Lenta y seductoramente.

–Di que sí, Arielle –susurró. Suavemente, le rozó los labios una vez más. Quería que ella se plegara a lo que deseaba de ella–. Di que sí –insistió.

Arielle se inclinó sobre el alféizar de la ventana y suspiró de placer. Su dormitorio del elegante hotel *boutique* con vistas al río Sena, que fluía alrededor de la exclusiva Île Saint-Louis de París. Si miraba hacia el norte, podía ver la dramática silueta de Nôtre Dame y, al otro lado del río, la afamada Margen Derecha. Bajo la luz de la puesta de sol, el agua del río parecía estar convirtiéndose en oro líquido. Un par de *bateaux mouches* se deslizaban pacíficamente sobre sus aguas.

–¿Te gusta? –le preguntó Lycos.

Arielle se giró para mirarlo.

–¡Claro que sí! –exclamó con placer.

–Me alegro. Me he alojado antes aquí y me gusta mucho. La Île Saint-Louis es exclusiva y tranquila. Está alejado del bullicio, pero, al mismo tiempo, bastante en el centro.

Lycos se inclinó también sobre el alféizar. La tarde era cálida y los sonidos de la ciudad sonaban en la distancia.

–¿Te alegras de haber venido? –le preguntó él.

–¿Cómo me puedes preguntar algo así? –replicó ella. Se giró para mirarlo con los ojos relucientes.

Los sentimientos cambiaron dentro de ella. Había sido muy difícil salir de su casa, tal y como era de esperar. Sin embargo, saber que, al menos por el momento, no iba a perder a Lycos, le había facilitado la despedida de su amada casa. Una nueva determinación se había apoderado de ella. Se le habían quedado grabadas las palabras de Lycos, cuando le dijo que se podía construir una nueva vida, tal y como él había tenido que hacer con la suya. Sentía que se le encogía el corazón cada vez que pensaba en lo que él había tenido que soportar durante su juventud. Sin embargo, había encontrado la fuerza necesaria para forjarse una nueva vida. Ella también podía hacerlo. Fuera lo que fuera.

Durante un instante, peligroso y seductor, mientras miraba a Lycos, sintió un anhelo crecer dentro de su ser. ¿Y si esa nueva vida estuviera al lado de Lycos? El pensamiento se prendó en su cabeza, brillante y tentador, como si fuera una manzana dorada que podía tomar y probar. «¿Y si él quiere que siempre esté a su lado para tener una vida juntos?».

Podía imaginarla, nítida y maravillosa, como si fuera real. Lycos y ella, de vuelta en la Mas, su hogar una vez más. Su hogar juntos…

La emoción se apoderó de ella y se le anudó entorno al corazón. Un sentimiento de anhelo se apoderó de ella.

Entonces, se dio cuenta de que él volvía a hablar.

–Después de un trayecto en coche tan largo, ¿qué te parece si nos quedamos por aquí? Conozco un buen restaurante cerca. Es pequeño, pero tranquilo y la cocina es soberbia.

–Suena bien –replicó ella con una sonrisa.

En realidad, todo lo relacionado con Lycos sonaba bien. Mientras él sacaba el móvil para hacer la reserva, Arielle lo miró. Sí, estar con Lycos era algo maravilloso.

Ojalá pudiera durar para siempre.

El restaurante era tal cual Lycos lo recordaba. Los acompañaron a una mesa cubierta con un impoluto mantel de lino, cubiertos de plata y copas de fino cristal. Les entregaron unos elegantes menús. Cuando Arielle lo abrió, dejó escapar un silbido.

–Lycos, los precios son exagerados –susurró. Parecía muy preocupada.

–Y te aseguro que los platos los merecen –le aseguró él.

–Sí, pero aun así…

Lycos le pidió que guardara silencio con un rápido movimiento de la mano.

–Arielle, ya te lo he dicho. Estás en París como invitada mía. Y yo corro con los gastos. Todos los gastos.

Entonces, le sonrió. Durante un instante, Lycos vio que ella dudaba y luego pareció rendirse antes de ponerse de nuevo a estudiar el menú. Él se alegró de que no siguiera protestando. Quería mimarla y le agradaba poder hacerlo. Le gustaba pensar así. De hecho, sentía un agradable calor en el cuerpo solo con pensar en ella. Solo con mirarla.

No estaba seguro del porqué. Por supuesto, una razón era que ella era muy diferente a las mujeres a las que se había acostumbrado desde que se hizo rico. Y también que la deseaba mucho. Cada una de las largas y lánguidas noches que pasaron en la Mas se lo había demostrado perfectamente. Esa era otra razón, claro.

Sin embargo, no era todo.

La miró y vio que el rostro de ella se suavizaba al percatarse de ello. Vio algo en sus hermosos ojos azules, algo que sintió que le llegaba hasta lo más íntimo. Sin embargo, no entendía cómo ni por qué. Solo sabía que quería que fuera así. Se contentaba con que fuera así.

Frunció el ceño, aunque lo ocultó rápidamente. Había algo con lo que no estaba contento. Ella llevaba el vestido azul de nuevo, con el collar de cuentas, sin más maquillaje que el ligero brillo de labios y un poco de rímel. En cuanto al cabello, lo llevaba simplemente recogido con una coleta. Incluso con el maravilloso chal que él le había comprado en Saint-Clément, su imagen transmitía una informalidad ligeramente provinciana. No era para París. Ni para los círculos en los que él se movía.

Decidió que eso cambiaría a la mañana siguiente. Por aquella noche…

–Bueno, ¿qué es lo que te llama la atención del menú? –le preguntó.

En cuanto a sí mismo, sabía exactamente qué era lo que le tentaba: la perspectiva de una buena cena y los placeres de la noche que los esperaba.

Y todo el tiempo que iban a pasar en París. Se aseguraría de que fuera agradable. Para ambos.

–¡Lycos, no puedo aceptarlo! –exclamó Arielle, mientras lo observaba con la mirada preocupada.

Estaban frente a una de las casas de moda más famosas de toda Francia, en el exclusivo Fabourg Saint-Honoré. Lycos quería entrar y comprarle algo de ropa.

–Arielle, en la Mas, en medio de la Provenza rural, la ropa informal estaba perfectamente. Aquí, en París, es diferente. ¡Ser *chic* es *de rigeur*!

Había pronunciado la última parte de su frase en tono humorístico, pero, a pesar de todo, había una nota implacable en su voz. La expresión preocupada del rostro de Arielle no cambió.

–Bueno, pues para mí no.

–¡Claro que para ti sí! ¿Y por qué no?

–Porque yo no me muevo en esos círculos.

–Pero yo sí. Y déjame que te indique que, si tu madrastra no hubiera cazado a tu padre, tú también lo habrías hecho.

–No. Mi padre no era, ni de cerca, tan rico como tú, Lycos.

–Pero sí lo suficiente como para comprarte ropa cara. Y ahora voy a ser yo quien lo haga.

Lycos atravesó las impresionantes puertas dobles, que presentaban las reconocibles y famosas iniciales. Arielle trató de quedarse atrás, pero él le agarró de la muñeca y tiró de ella.

–Arielle, aquí en París yo tengo vida social, ¿sabes? Y tú estás conmigo como mi invitada, así que voy a correr con todos tus gastos, dado que voy a hacer vida social contigo. Y estoy deseándolo. Créeme si te digo que me muero de ganas por que me vean contigo. Empezaremos esta misma noche. Vamos a salir a cenar con Marc Derenz y su esposa. Él es asesor bancario, ¿recuerdas? Mañana, voy a tener mi reunión anual con él en su banco. Creo que su esposa te caerá bien. Es inglesa.

Se detuvo un instante antes de seguir hablando, mirando a los ojos de la preocupada Arielle.

–Fue modelo y es un bellezón. Seguramente, esta noche tendrá un aspecto increíble, por lo que no quiero que tú te veas, en comparación, vestida demasiado informalmente.

Durante un instante, Arielle siguió oponiéndose a entrar. No quería aceptar que él le comprara prendas que no podía comprarse de su propio bolsillo.

Entonces, sintió que su resistencia se desmoronaba. Lycos no siempre había sido rico. Provenía de una infancia bastante desestructurada, de la que siempre había soñado con escapar.

«Y lo ha hecho. Si le proporciona placer mimarme y tiene dinero suficiente para hacerlo, ¿por qué debería yo negarme? Es algo que le puedo dar yo. Puedo permitirle que me exhiba como desea hacerlo».

¿Qué mal había en todo aquello?

–Está bien –dijo con cariño.

No podía borrar de su pensamiento la imagen de aquel muchacho al que nadie quería, desatendido y maltratado, de los barrios bajos de Atenas. Por Lycos, lo haría y dejaría a un lado sus reparos.

–Marc, me alegro de verte –dijo Lycos mientras estrechaba con firmeza la mano que su amigo le ofrecía.

En realidad, no podía decir que Marc fuera su amigo, pero era un hombre en el que podía confiar y él, por su parte, era un valorado cliente del prestigioso Banc Derenz.

Tras saludar a la esposa de Marc, Lycos se hizo a un lado para presentar a Arielle. Podría ser que Tara Derenz hubiera sido modelo y ciertamente lo parecía en el vestido plateado cortado al bies que llevaba puesto. Sin embargo, no superaba en absoluto a Arielle. En opinión de Lycos, ella estaba absolutamente espectacular.

Ataviada con un vestido de inspiración griega, en color azul claro, la prenda le cubría desde los senos hasta los tobillos y se ceñía perfectamente a sus encantadoras curvas. Llevaba el cabello en un recogido muy alto, que dejaba al descubierto su nuca y hacía destacar la belleza de sus pómulos, perfectamente maquillados. La sombra que llevaba en los párpados profundizaba el color de sus ojos y el rímel alargaba sus pestañas. El lápiz de labios le daba un delicioso brillo a su hermosa boca.

La exmodelo sonrió afectuosamente. Y Arielle también.

–Lycos me mencionó que eres inglesa –le dijo Arielle.

–Escocesa, en realidad –replicó Tara–. Mi apellido de soltera es Mackenzie. ¿Y tú?

–Mi padre era inglés, pero mi madre era francesa.

–Arielle, ¿qué te apetecería beber? –le preguntó Marc.

Los cuatro se acomodaron en la lujosa barra del imponente salón de cócteles del elegante Viscari Paris, donde iban a cenar. Lycos se sentía muy satisfecho porque Arielle luciera perfecta en aquel entorno tan exclusivo. Todos decidieron tomar champán y, mientras Arielle tomaba un sorbo de su copa, se giró hacia Lycos con una sonrisa.

–¿Saben mejor ahora los productos derivados de la uva ahora que has tenido la experiencia de recolectar uvas? –le preguntó.

–¿Recolectar uvas? –quiso saber Marc.

Lycos se volvió para mirarlo.

–Arielle y yo tuvimos que ayudar con la vendimia mientras estábamos en la Provenza.

–Menuda novedad para ti –comentó Marc.

–Una novedad que disfruté mucho –afirmó Lycos mientras tomaba un sorbo de apreciación del magnífico champán que les habían servido–. Fue muy… colaborativa. Creo que lo hicimos bastante bien, ¿verdad, Arielle? Por supuesto, no tan bien como los más experimentados, pero al menos no quedé en mal lugar.

–Lo hiciste muy bien –afirmó Arielle.

–¿Qué parte de Provenza? –preguntó Tara con interés–. Marc tiene la suerte de haber heredado una casa de estilo art-decó en Cap Saint-Pierre, el último cabo virgen de la Côte d'Azur.

–En realidad, está bastante cerca de Saint-Clément –respondió Lycos. Quería cambiar de tema. No deseaba hablar de la casa que Arielle había perdido. No quiso pensar en el porqué–. Cap Saint-Pierre dices –añadió–. Tengo que admitir que nunca he estado allí. Tiendo a quedarme en Mónaco, Niza o Cannes cuando estoy en la costa y, por supuesto, en los casinos.

No ocultaba cómo había conseguido su riqueza ni su reputación.

–Nosotros nos quedamos en el *cap* –afirmó Tara–. A mí no me gustan mucho las ciudades. París es divina, sí, no lo niego, pero, cuando nos casamos, nos instalamos en Versalles. Sin embargo, Marc dispone de un pequeño piso cerca del banco.

–¡Versalles! –exclamó Arielle–. Suena muy palaciego.

–Lo es –respondió Tara–. Y los jardines de palacio son estupendos para los carritos de bebé.

Lycos escuchó cómo Arielle le preguntaba a Tara por los ocupantes de los cochecitos y se alegró mucho al darse cuenta de que la esposa de Marc y ella parecían llevarse muy bien. Siguieron conversando relajadamente hasta que les entregaron los menús. Eligieron lo que iban a cenar y, tras terminarse el champán, se dirigieron al restaurante con estrella Michelin de los Viscari. Se sentaron a la mesa.

La velada iba estupendamente. Lycos estaba feliz y no dejaba de deleitarse la mirada con Arielle. Estaba tan hermosa… Se comportaba con naturalidad en aquel entorno de lujo y, además, parecía estar disfrutándolo. Él estaba también muy relajado.

De repente, pensó que los Derenz era una pareja casada y establecida, pero Arielle y él era… ¿Qué eran? Pensó un instante, tratando de encontrar la definición adecuada. Solo se le ocurrió que estaban cómodos el uno con el otro. «Eso es lo que somos».

Era un pensamiento extraño y se preguntó por qué debía ser así. Después de todo, no estaba acostumbrado a la compañía femenina. Sin embargo, nunca había pasado tanto tiempo seguido con una única mujer. Aquellas semanas en la Mas, simplemente el uno en la compañía del otro. Viviendo juntos. Cómodos.

Volvió a mirarla. Estaba espectacular con aquel vestido que él le había comprado. Había sido solo una de las compras que habían realizado y habría más. Le compraría joyas y derrocharía lo que su estilo de vida le podía permitir en ella. Igual que lo estaba haciendo aquella noche, lo haría durante todos los días que estuviera en París.

«Quiero agradarla, mimarla, porque se lo merece. Es muy valiosa. Es…».

Otra palabra se le formó en la cabeza.

«Preciosa».

La palabra permaneció en su pensamiento unos instantes y algo cambió dentro de él, algo que no reconocía, pero que le hacía mirarla totalmente embelesado. Entonces, Marc realizó un comentario que requería su respuesta y el instante se esfumó. Sin embargo, cuando Arielle lo miró, con sus hermosos ojos azules, Lycos volvió a escuchar el eco de aquella palabra.

«Preciosa».

Y esa extraña, esquiva y desconocida emoción que la acompañaba resonó también con fuerza.

Capítulo 9

Arielle contempló la ciudad de París desde el mirador más alto de la Torre Eiffel. Lycos estaba a su lado, rodeándole la cintura con los brazos. Era uno más de los lugares que habían estado visitando por toda la ciudad. Arielle conocía algunos por las visitas que, de niña, había hecho con su madre, pero incluso aquellos los volvió a disfrutar mucho al volver a verlos con Lycos. En realidad, habría disfrutado igualmente aunque Lycos hubiera querido llevarla a visitar las alcantarillas de la ciudad, una atracción turística bastante popular, aunque algo extraña.

«Donde quiera. Iré con él donde quiera».

Sintió una punzada que trató de hacer desaparecer.

«¿Cuánto tiempo me queda con él?».

No lo sabía. Ni siquiera sabía cuánto tiempo quería él quedarse en París. Habían aprovechado los días, visitando los lugares turísticos por las mañanas y cenando en carísimos restaurantes por las noches. Lycos la había llevado al teatro, a la ópera y al concierto de un famoso pianista, uno de los favoritos de Arielle.

Además de París, habían ido también a Versalles y no solo a visitar el imponente palacio, sino también para cenar con los Derenz en su elegante casa. La pareja les había dado una cálida bienvenida y Tara la había llevado a la planta de los niños para que conociera a sus dos hijos.

Arielle había sentido una inmediata simpatía por Tara. Sabría que se habrían hecho amigas si hubieran tenido oportunidad.

«Desgraciadamente, pronto estaré en Inglaterra, empezando allí mi nueva vida, sea esta cual sea. Estos días en París serán solo recuerdos, como lo será también mi vida en la Mas…».

Y sus momentos con Lycos.

Debía apartar aquellos pensamientos. No debía dejarse llevar por ellos, ni tampoco por los sentimientos que los acompañaban. Solo podrían causarle dolor. Debía considerar el tiempo que pasaba con Lycos solo por lo que era.

«Algo que no va a durar. Llegará el momento que haya terminado sus asuntos en París y conmigo. Entonces, mis días a su lado habrán terminado, igual que ha terminado mi vida en la Mas».

Incluso con el brazo de Lycos alrededor de la cintura, experimentó un profundo dolor. Su casa y Lycos. Debía afrontar la pérdida de ambos. ¿Qué otra cosa podría hacer?

–¡Lycos! *Chérie…*

La mujer que lo saludó se dirigió hacia él en la sala VIP del famoso hipódromo que había a las afueras de París. Le dio un beso en la mejilla que duró más de lo socialmente necesario y lo envolvió en una nube de intenso perfume.

–Natalie –dijo él.

Lycos le dio la mano al hombre que la acompañaba. No era el marido de Natalie, pero era rico y eso explicaba la presencia de Natalie en su vida. Paul Ronsard era un acaudalado empresario y sus gustos, aparte de las amantes caras, eran el juego y las carreras de caballos. Lycos lo había conocido a través del juego.

Vio que Paul miraba a Arielle. Ella estaba espectacular con un nuevo atuendo, un traje de seda azul cielo con efecto jaspeado, cintura ceñida y solapas en un tono más oscuro. Llevaba el cabello recogido y adornado con un tocado que era una mezcla de tocado y elegante sombrero, con un velo ligero que atraía la atención hacia sus intensos ojos azules.

Aunque Lycos se deleitaba con el hecho de que Arielle estuviera tan deslumbrante, había algo en la mirada de Paul que no le agradaba. Era… demasiado calculadora. Sin embargo, realizó cortésmente las presentaciones, aunque la mirada que Natalie le dedicó distó mucho de ser afectuosa.

Lycos decidió no darle a aquella situación más atención de la que merecía. Quería que Arielle disfrutara de aquel día. Le había preguntado si le interesaban las carreras de caballos. Ella le había respondido que nunca había ido, por lo que Lycos esperaba que la novedad resultara de su agrado.

Se la presentó al resto de los invitados a la fiesta de Paul. Todo el mundo iba muy bien vestido y los hombres acompañados de mujeres muy bellas, de la clase de Natalie. La clase de mujeres con las que él solía relacionarse antes.

Sin embargo, Arielle no se parecía en nada a ella, como tampoco los sentimientos que Lycos le profesaba.

Le tocó las muñecas ligeramente para tranquilizarla. Ella tenía una actitud reservada y Lycos quería que se relajara y que disfrutara de aquella tarde en el hipódromo. Arielle sonrió ligeramente cuando él la presentó, pero no participó mucho de la conversación en general. Lycos esperó que no se sintiera cohibida.

«No se mostró tímida con los Derenz. De hecho, parecía estar bastante cómoda».

Tal vez había sido porque Tara era también británica o porque solo tenía que charlar con una única pareja. Fuera cual fuera la razón, su silencio era más que notable. Entonces, se percató de que ningún comentario se dirigía a ella directamente. Entonces, cayó en la cuenta de que allí no se solía incluir a las mujeres en las conversaciones. Normalmente, las contribuciones de estas se limitaban a cumplidos hacia los hombres, pequeñas sonrisas de aprobación o preguntas asombradas para que los hombres les explicaran o confirmaran algo que habían comentado.

Se preguntó por qué se fijaba en aquello precisamente aquel día.

Comenzaron a servir las bebidas y Lycos tomó una para Arielle y otra para él. La comida se serviría más tarde. Lycos se podía tomar una copa porque no habían ido allí en su coche, sino en taxi, para que él pudiera evitar los límites del alcohol. Dio un sorbo a su Martini y vio cómo Arielle removía el hielo de su refresco con la pajita, como si estuviera buscando algo que hacer.

Las carreras habían empezado, pero nadie les estaba prestando atención. Se aprovechaba el contexto para hablar de negocios o

simplemente para interactuar socialmente.

–Bueno, Lycos, ¿cuándo vamos a volver a verte en acción? –le preguntó un invitado a la fiesta–. Podríamos organizar algo mientras estés en París, aunque tendría que ser una fiesta privada dado que los clubes de juego están bajo un severo escrutinio.

–Si quieres –replicó Lycos. No le apetecía demasiado, pero tampoco se oponía.

–Estupendo, pues organizaré algo. ¡Será estupendo volver a ver a El Lobo a la caza! Los últimos chismes procedentes de la Riviera dicen que dejaste muy maltrecho a un inglés que te desafió y que, después, resultó tener muy mal perder. He oído que, después de dejarlo limpio, le quitaste también una casa.

Lycos sintió que, a su lado, Arielle se tensaba.

–¿Sí? –preguntó él, encogiéndose de hombros como si le fuera indiferente–. Sin duda se lo merecía.

–¡A tus ojos todo el mundo se lo merece! Y su soberbia por haberse enfrentado a ti.

–Saben perfectamente lo que hacen –replicó Lycos brevemente. Entonces, miró a Arielle. Ella parecía querer marcharse de allí y agarraba con fuerza su vaso–. ¿Te apetece ver las carreras? –añadió él, dirigiéndose a ella–. La siguiente está a punto de empezar.

Ella asintió y él la llevó hacia la barandilla, que quedaba casi al borde de la pista. Los caballos estaban ya preparados, mientras el altavoz anunciaba sus nombres y los de los jinetes. Lycos le pidió un programa a un encargado y lo sostuvo para que los dos pudieran leerlo.

–Siento que hayas oído ese comentario sobre tu hermanastro.

–No importa. En realidad, tampoco era una novedad para mí. Gracias por no hablar de lo de Mas Delfine.

–No se me ocurriría.

–¿Te ha invitado ese hombre a una especie de velada de juego?

–Sí, a una fiesta privada. A menos que pueda encontrar algún club que siga funcionando.

Arielle frunció el ceño.

–París prohibió los casinos en el siglo XIX. A la autoridades les preocupaba que los trabajadores se gastaran sus sueldos, por lo que no hay ninguno en cien kilómetros a la redonda de la ciudad. Se permiten algunos clubes, pero incluso estos están prohibidos. Es un tema algo polémico.

–Y supongo que tú estás del lado de los casinos y de los clubes, ¿no?

–Arielle –dijo él con el ceño fruncido–, yo ya no dependo del juego para ganar dinero. ¿Acaso no te lo demostró nuestra cena con Marc Derenz? –le preguntó. Necesitaba que ella lo comprendiera–. No soy un adicto, Arielle. Tampoco un profesional. Eso es una liga completamente diferente. Para mí, el juego era, y sigue siendo, una manera de ganar dinero utilizando habilidades que tengo y que he perfeccionado hasta llegar a un nivel muy alto. Si se me hubiera dado bien ganar dinero de otra manera, eso sería lo que habría hecho. Para mí, el juego, las cartas, es solo un medio para conseguir un fin. Nada más. En sí mismo, para mí no es importante.

–¿Lo dices en serio, Lycos? –preguntó ella. Tenía una expresión extraña en el rostro.

–Claro que sí. ¿Por qué me lo preguntas?

–Porque hoy es el primer día que me he encontrado cara a cara con ello. Parece que todas las personas que hay aquí te conocen a través del juego. Es una faceta tuya que no había visto hasta ahora.

Lycos hizo intención de hablar, pero el estruendo de los cascos sobre la arena lo hizo imposible. Durante unos segundos, se limitaron a concentrarse en los caballos galopando. Cuando todo pasó, Lycos se dio cuenta de que Paul, junto con Natalie y todos los demás, se acercaban a ellos.

–Mi caballo corre en la siguiente –anunció Paul, indicando un nombre en la lista del programa de las carreras–. Deseadme buena suerte. Tengo mucho dinero apostado en él, además de que el premio también supone una cifra considerable. Mi entrenador y mi *jockey* saben que tienen que ganar para mí.

El anuncio de los resultados de la última carrera se hizo público mientras se alineaban los caballos para la siguiente. Lycos mostró un

interés cortés, pero todo terminó en minutos. El caballo de Paul no quedó ganador.

–Bueno, pues esta mañana ha disfrutado de su última porción de avena –rugió Paul. Hizo trizas el papel de su apuesta y tiró los trozos al suelo.

–¿Qué le va a ocurrir? –preguntó Arielle preocupada.

Paul le dedicó una mirada llena de cinismo.

–Le sacrificarán. No mantengo caballos que no se ganan su sustento. Esta carrera era su última oportunidad. He perdido mucho dinero con la apuesta que he hecho, además de que no me ha ganado el dinero de ningún premio.

–¿Y va a matarlo solo por eso? –protestó Arielle.

–Así es la vida, *mademoiselle.*

Lycos sintió que Arielle le agarraba la manga tras girarse hacia él.

–¡Lycos, por favor! ¡Ofrécete a comprárselo! –exclamó. Entonces, ella se volvió a Paul–. O se lo podría dar usted gratis a él. Después de todo, se ahorraría todos los gastos que conllevaría matarlo.

Paul soltó una carcajada.

–Vaya, Lycos, ¿vas a cumplir los deseos de tu amiga, la protectora de los animales? Tal vez puedas crear una protectora para caballos de carreras en peligro de ser sacrificados –comentó en tono de burla.

Lycos no le prestó atención. Se apartó la mano de Arielle de la manga.

–No es práctico –dijo. Ella lo miró fijamente–. Arielle, no. No voy a considerarlo.

Durante un instante, Arielle no pudo hacer otra cosa que mirarlo. Entonces, de repente, bajó los ojos y miró hacia la pista. Se estaba preparando otra carrera, pero aquella ya no le interesaba a Paul, por lo que regresó con su grupo a la mesa. Se habían servido unos aperitivos fríos y más champán

–Lamentaciones en vez de felicitaciones –entonó Paul en voz alta–. Ah, bueno, tengo más caballos para que compitan en otra ocasión.

–Y matarlos si pierden –murmuró Arielle en voz muy baja, que solo Lycos pudo escuchar.

Él había notado la ira y la indignación en su voz. De repente, la tarde había dejado de ser agradable.

Arielle se sentó al borde de la cama en su habitación de hotel, con mucho cuidado de no arrugarse el vestido de noche. En el baño, escuchó el sonido de la ducha. Lycos se estaba preparando también para la noche que tenían por delante: la fiesta privada para jugar a las cartas sobre la que habían hablado en el hipódromo hacía unos días. No tenía ganas de ir. Presumiblemente, estarían las mismas personas que habían estado en las carreras, u otras muy similares. No le agradaban aquellas personas. Los hombres eran repulsivos, en especial el ser vil y cruel que iba a matar a un caballo inocente solo porque había perdido en la carrera, y se creían superiores a los demás. Las mujeres solo eran trofeos y estaban allí solo por su aspecto.

De repente, un escalofrío le recorrió la espalda. «¿Es así como me ve Lycos?». Apartó aquel pensamiento de la cabeza y lo rechazó. No era solo un trofeo para Lycos, de igual manera que la impresionante Tara no lo era para su esposo. Se alegraba de que Lycos la encontrara hermosa y ella era lo suficientemente honesta como para admitir que la apariencia de él podía conseguir que se derritiera con una sola mirada de sus ojos oscuros. Sin embargo, aquello no era lo único que existía entre ellos. Había mucho más.

«Me gusta estar con él. Me gusta su compañía. Es agradable estar con él y pasar tiempo a su lado».

Aunque muy diferentes de las semanas que pasaron juntos en la Mas, aquellas dos en París habían sido maravillosas. La inquietud que había sentido por los hermosos vestidos que Lycos le compraba había disminuido. En realidad, se estaba acostumbrando demasiado a la alta costura y a la vida lujosa. Sin embargo, no era eso lo que valoraba, sino estar con Lycos. Aunque se hubieran alojado en una modesta pensión, hubieran comido en sencillos cafés y en bares baratos y hubieran disfrutado de París con un presupuesto muy reducido, ella habría sido igual de feliz. Igual de contenta.

«Hasta que él termine conmigo».

Volvió a sentir un nudo en el corazón, el mismo que siempre aparecía cuando pensaba en el futuro con Lycos. En la ausencia de él… Vivían día a día, como lo habían hecho en la Mas, tomando cada día según venía, sin hablar sobre cuánto tiempo duraría su convivencia juntos. A veces, desesperadamente, quería preguntarle qué significaba ella para él, pero nunca se atrevía. Recordó un antiguo dicho de su madre, algo sobre cómo, en el amor, siempre hay uno que besa y otro que simplemente ofrece la mejilla para recibir el beso.

«¿Somos así Lycos y yo? ¿Soy yo quien da besos y Lycos solo el que los recibe?».

Sin embargo, había sido él quien había dejado claro en primer lugar el deseo que sentía hacia ella. «Sí, pero no tengo garantía alguna de cuánto va a durar esto».

Sentía que el deseo de Lycos hacia ella aún ardía con fuerza. Cada noche apasionada entre sus brazos se lo confirmaba, pero eso no significaba que no se apagaría algún día. Al menos para él. «¿Y para mí? ¿Se apagará para mí el deseo y todo lo demás que él significa para mí?».

¿A qué se refería? ¿Qué significaba Lycos para ella?

Las preguntas la acosaban, pero no conocía la respuesta a ninguna de ellas. Tal vez Lycos tenía razón al querer vivir como lo estaban haciendo, tomando cada día según iba. Incluida aquella noche, a la que no le tenía muchas ganas.

Se puso de pie y se dirigió al tocador. La ducha había dejado de sonar y Lycos aparecería en cualquier momento para vestirse con su esmoquin. Se miró en el espejo. Estaba totalmente maquillada, con el cabello recogido en un elaborado peinado. Su vestido de noche, que Lycos le había comprado aquella misma mañana, era crepé de seda, con un escote drapeado muy profundo. Era hermoso y totalmente exquisito, pero terriblemente caro.

Lycos había insistido en añadir un collar de diamantes con unos pendientes a juego. Arielle no había querido que lo hiciera, porque se sentía muy incómoda. Aunque se decía a sí misma, igual que lo había hecho cuando él había querido comprarle ropa cara, que se lo

ponía para complacerlo, no lograba calmar su intranquilidad. «Me estoy acostumbrando demasiado a este estilo de vida lujoso».

Aquel pensamiento le resultaba inquietante. En realidad, más que inquietante, le preocupaba, porque sabía que todo aquello no iba a durar mucho más. Ya había perdido su casa, por lo que lo que había entre ellos no podía durar para siempre. «Como mi presencia en la vida de Lycos».

Tomó su lápiz labial y sintió un peso en el corazón. Había perdido su querido hogar y pronto, demasiado pronto, perdería a Lycos. Cualquier sueño que hubiera podido teje sobre un futuro junto a Lycos, haciendo de la Mas su hogar, solo podía ser eso: sueños.

Jamás podrían hacerse realidad.

Capítulo 10

La expresión del rostro de Lycos era inescrutable. Sus niveles de adrenalina estaban ligeramente elevados, pero no por emoción. Todo lo contrario. Sabía en qué estado mental estaba entrando mientras entraba con Arielle en la gran casa, con las ventanas iluminadas para la fiesta, que estaba en una elegante calle que salía de la Place de l'Etoile, en un adinerado distrito de la margen derecha.

¿Se arrepentía de haber aceptado la invitación para aquella noche? Arielle se había mostrado muy cautelosa sobre lo que esta implicaba, pero aun así había aceptado. Lycos tuvo la impresión de que sentía curiosidad por aquel aspecto de su vida. La vida que le era tan familiar. «Es la vida que he estado llevando con Arielle la que me resulta desconocida». Días tranquilos, en la Mas, una vida tranquila y bucólica. Los días allí en París, visitando lugares turísticos, galerías de arte y museos, yendo a conciertos de música clásica y a la ópera. Por eso, aquella noche, era el turno de Lycos de mostrarle su mundo.

Sus pensamientos iban y venían mientras avanzaban, saludando a todos los que conocía. Paul Ronsard no estaría presente aquella noche. Se encontraba ya en Londres por asuntos de negocios. Por el bien de Arielle, Lycos se alegraba. La conversación que habían tenido sobre el caballo la había alterado profundamente. Sin embargo, los invitados de aquella noche, aunque Lycos no los conociera a todos personalmente, eran de un tipo similar y se reunían allí por una única razón. El juego. Era el mundo que Lycos conocía y que había hecho suyo.

«¿Lo sigue siendo?».

Le había dicho a Arielle que el juego ya no era su forma de ganar dinero. Que lo hacía solo por mantener sus habilidades y por eso estaba allí aquella noche. A su lado, Arielle estaba deslumbrante. Iba ataviada nuevamente con un vestido de alta costura y llevaba la garganta adornada por un collar de diamantes. Aquella noche, sería testigo de cómo él había llegado a poder comprarle unos regalos tan lujosos.

Avanzó entre los allí reunidos, con Arielle a su lado.

Arielle sonrió educadamente y tomó un canapé. Su contribución a la conversación que se estaba desarrollando a su alrededor era mínima. Conocía a algunas personas del grupo del día de las carreras, pero eran todas del mismo tipo. Opulentas, autocomplacientes y demasiado satisfechos consigo mismos, tanto los hombres como las mujeres. «¿De verdad le caen bien a Lycos todas estas personas?».

La expresión de él era reservada y presentaba un desapego que le daba un aire distante. Arielle se dio cuenta de que había dejado de mirarla a los ojos. Parecía haberse retraído dentro de sí mismo. Se dio cuenta de que él tampoco estaba bebiendo alcohol. Solo agua embotellada con gas. «Mantiene la mente despejada. Muy inteligente».

Sintió un nudo que se apretaba dentro de ella. Supuso que las partidas empezarían muy pronto. Lo soportaría por el bien de Lycos. Era importante para él. «Para Lycos, el juego no es un capricho casual. Es su habilidad. Su capacidad. Su logro. Fue la escalera que lo sacó de la pobreza. De esa infancia triste e infeliz. Eso le permitió hacer algo con su vida y le ha dado los medios para vivir como solo la riqueza podía hacerlo posible».

¿Quién era ella para ser hipócrita sobre la riqueza? Si Naomi no se hubiera casado con su padre, ella misma sería rica y no tendría que sobrevivir solo con la modesta suma que su padre le había adjudicado cuando era estudiante. Por supuesto, no estaría ni de cerca en la misma liga que Lycos, pero habría tenido lo suficiente para hacer lo que quisiera con su vida. No tendría que trabajar para

ganarse la vida. Podría seguir cuidando de su amada Mas. Podría seguir con su música y tener una vida agradable y despreocupada financieramente.

Su padre había ganado dinero a través de astutas inversiones inmobiliarias. Lycos lo había hecho mediante su habilidad con los naipes. Ganaba a aquellos que, como todos los presentes allí aquella noche, podían permitirse perder. Si se enfrentaban a El Lobo y salían perdiendo, no ocurría nada.

Sintió un ligero toque en el brazo desnudo.

–¿Arielle?

Lycos se dirigía a ella. Su voz era cortés, pero el tono distante.

Se dio cuenta de que él había echado a andar y los demás también. Lo siguió dócilmente. Por el camino, Lycos ya le había dicho que era bienvenida en la sala de juego, pero que debía permanecer en silencio, alejada de las mesas.

«Tengo que mantenerme completamente concentrado. Habrá pausas de vez en cuando, pero durante las partidas no debe haber distracciones. Tendrás que dejarme completamente solo. ¿Lo entiendes?».

Ella había asentido. No tenía la menor intención de involucrarse. «¡Por mí, que despelleje a todos los que hay en esta sala! No me importa en absoluto».

¿Lo haría? Parecía muy probable, según la reputación que tenía. Era El Lobo y aquellos que jugaban contra él lo hacían por su propia elección. Y conscientes de los riesgos.

«Así estoy yo con él, consciente del riesgo que corro».

El pensamiento se produjo antes de que ella pudiera detenerlo. Sin embargo, ¿qué era lo que ella estaba arriesgando? ¿Qué podía perder?

Subió las escaleras junto a Lycos, sin querer responder a ninguna de las dos preguntas.

Lycos se sentó a la mesa que había elegido. El mundo había desaparecido para él. Lo único que existía eran las cartas que tenía en la mano y los cálculos que hacía su mente. Prestaba poca

atención a los demás jugadores, solo a las cartas que jugaban. Estaba completamente concentrado en el progreso del juego. Su mente estaba en un estado de flujo. Todo lo demás había sido borrado de su consciencia, excepto lo necesario para dirigir el curso del juego hacia donde él quería. Adaptaba sus decisiones a lo que cada nueva carta, suya o de sus oponentes, indicaba. La emoción de cualquier tipo estaba totalmente ausente. Su juego era implacable. Su rostro, inexpresivo. El Lobo había acudido allí para ganar.

Arielle contuvo un suspiro. No podía entender lo que estaba sucediendo. Al principio, había sentido una cautelosa curiosidad por ver de qué se trataba, pero no le llevó mucho tiempo darse cuenta de que le sería imposible seguir un juego del que desconocía las reglas. Resultaba inquietante ver cómo los jugadores empujaban sus fichas hacia el centro de la mesa, dado el valor real que tenían, pero no comprendía por qué hacían las apuestas. Ciertamente, no tenía ni la menor idea de lo que Lycos estaba haciendo ni por qué. No podía leer su expresión, que estaba totalmente vacía. Ni su rostro ni sus ojos ni su expresión corporal mostraban nada.

Los jugadores tenían «señales», como había aprendido al ver alguna película sobre apuestas, pero eso no parecía aplicarse a Lycos, era como ver a un robot. No expresaba nada, ni cuando el montón de fichas que eran suyas subía ni cuando bajaba. Sin embargo, no era así con todos los jugadores. Algunos, al final de una partida, mostraban satisfacción o contrariedad. Cuando terminaba una partida, comentaban entre ellos y hablaban sobre lo que había pasado. Lycos permanecía en silencio. Nadie trataba de hablar con él o involucrarlo. Hasta que comenzaba la siguiente partida, se limitaba a tomar un mazo de cartas y lo barajaba mecánicamente entre las manos. Su rostro permanecía inexpresivo, sus ojos vacíos. De vez en cuando, tomaba un sorbo de agua del vaso tenía frente a él.

Arielle tampoco trató de interactuar con él. No hacía ningún movimiento que llamara su atención ni le hablaba. En realidad, su actitud le resultaba escalofriante.

Siguió un impulso y salió de la sala. El ambiente allí era totalmente opresivo. Todo el mundo luchaba, simplemente, por ganar dinero. Ganar, triunfar, vencer a sus oponentes. Incluido Lycos, por supuesto. Era una faceta de él que nunca había visto y le resultaba inquietante. En el rellano, dudó un instante. Luego, comenzó a subir el siguiente tramo de escaleras. Recordó que alguien había mencionado que los baños para los invitados estaban allí arriba. Quizá podría quedarse allí escondida hasta que Lycos decidiera retirarse.

Vio una puerta entreabierta en el piso superior. Era el cuarto de baño, por lo que ella se acercó. Cuando llegó a la puerta, escuchó una voz hablando y se detuvo en seco. No quería escuchar lo que decía, pero no tuvo elección.

–¡Lo sé y no quiero hacerlo! ¡Sé lo arriesgado que es, pero voy a hacerlo de todos modos! ¡Tengo que intentarlo! Es lo único en lo que puedo pensar. Es nuestra única oportunidad.

Podía ver de perfil al hombre que hablaba. Tenía el teléfono móvil contra la oreja. El hombre guardó silencio un instante y, después, volvió a hablar con un tono impaciente. Muy estresado.

–¡No sirve de nada decir eso! Sé lo que estoy haciendo. Ahora, tengo que irme.

Arielle lo vio desconectar la llamada y salir con paso firme del cuarto de baño. Su expresión era dura y la tensión irradiaba de él. Cuando vio a Arielle, se detuvo en seco. Era un hombre joven. Ella calculó que tendría poco más de veinte años. Era atractivo y, por su acento en francés, de clase alta.

–Perdone –dijo de manera cortante mientras la rodeaba antes de bajar las escaleras con paso rápido.

Arielle entró en el lujoso cuarto de baño. Deliberadamente, se demoró allí, retocándose los labios, echándose un poco de perfume y luego rebuscando en una pequeña cesta de artículos de tocador que había sobre la encimera. Buscó en un pequeño kit de costura para sacar un par de imperdibles y se subió un poco el escote, ya que le parecía que estaba demasiado bajo. Se lo ajustó discretamente y entonces comprendió que ya no podía demorarse más.

¿Seguiría Lycos inmerso en su partida de cartas? Probablemente.

Al menos, no tenía que preocuparse por que él perdiera. Después de todo, era El Lobo. Además, con su riqueza, presumiblemente podría soportar cualquier pérdida.

Frunció el ceño. Seguramente, no siempre había sido así. Cuando era joven y trataba de ganar dinero, debió de haber sido muy angustioso para él. Recordó las palabras de aquel joven en el cuarto de baño. La ansiedad y la determinación que había en su voz. ¿Habría sido Lycos así alguna vez? ¿Habría necesitado ganar desesperadamente?

A regañadientes, bajó de nuevo y entró en la sala donde Lycos estaba jugando. Alguien había comentado que era la sala con el juego más intenso. Justo lo que El Lobo necesitaba.

Todavía estaba allí, sentado en la misma mesa. Los jugadores parecían querer acercarse a él, ya que, en aquel momento, había caras nuevas a su alrededor. «¿No les importa perder contra él, que es probablemente lo que va a suceder?». Supuestamente no. Todos allí eran ricos y jugaban por placer. Podían permitirse perder contra Lycos. Decidió que lo que parecían querer era jugar contra él, sin importarles si ganaban o perdían.

Dos nuevos jugadores ocuparon sus lugares. Aparentemente, Lycos conocía a uno de ellos, porque le dedicó un breve saludo, pero nada más. Se estaban colocando nuevas barajas de cartas y los otros dos jugadores organizaban sus fichas. En cuanto a Lycos, estaba inmóvil. Arielle se preguntó si debía acercarse a él, pero se contuvo tras recordar la advertencia que él le había hecho de no distraerlo.

De repente, otro jugador se unió a la mesa. Se sentó frente a Lycos y colocó sus fichas con un aire de estudiada deliberación. Arielle lo reconoció. Era el joven que había estado hablando por teléfono en la planta de arriba. Se recostó en su silla y apoyó una mano sobre el paño verde de la mesa. Tenía un anillo con un escudo aristocrático, que relucía bajo la luz. Parecía irradiar indiferencia, pero Arielle frunció el ceño. La indolencia parecía forzada. O, considerando contra quién iba a jugar, ¿era tan solo mera fanfarronería? ¿Arrogancia incluso?

Mientras ella estaba cerca de la pared, una voz le susurró al oído.

–Su padre es vizconde –murmuró la mujer, que también lo estaba observando–. Es guapo, ¿verdad? ¡Y lo sabe! Y muy valiente también, al elegir la mesa de El Lobo –añadió con una risa baja antes de dirigirse hacia el bar que ocupaba un lado entero de la sala.

Arielle se recostó contra la pared, justo detrás de Lycos. La partida comenzó. Se repartieron las cartas y se movieron fichas por toda la mesa. Ella no podía entender lo que estaba ocurriendo. El silencio y la concentración eran tan intensos que la agobiaban. El juego continuaba también en el resto de las mesas y Arielle reprimió un bostezo. Los ojos comenzaron a ponérsele vidriosos.

Lycos observó cómo el jugador de enfrente dudaba y luego movía más fichas hacia el centro de la mesa. Él sabía por qué y estaba seguro de cuál sería su propia reacción fuera cual fuera la decisión que se tomara a continuación. No obstante, sabía también cuál sería la próxima decisión del jugador, algo que se confirmó instantes después. El jugador puso más fichas en el centro de la mesa.

Fue un movimiento estúpido porque Lycos sabía qué cartas probablemente tenía y también que las posibilidades de mejora en la siguiente mano eran escasas. Sin embargo, el joven no era un jugador hábil. Tomaba decisiones imprudentes y poco sensatas. La luz relucía sobre el anillo que llevaba en el dedo, un sello con un escudo. Además, el «de» de delante de su apellido en el momento de las presentaciones le había dicho a Lycos quién era: un arrogante joven aristócrata que se había puesto a jugar muy por encima de su nivel. Iba a perder. Y mucho. El juego siguió. Y Lycos siguió ganando, del modo en el que El Lobo siempre lo hacía.

Arielle se acercó al bar. No quería nada de alcohol, pero tenía la garganta seca. Pidió una tónica y se acomodó en un taburete del bar. La sala estaba ya mucho más vacía que antes. Los observadores se habían ido yendo y dos de las mesas de cartas ya estaban desiertas. Ya solo quedaban los jugadores más intensos.

Dio un sorbo a su tónica y observó la mesa de Lycos. Uno de ellos ya se había retirado. Otro jugaba, en su opinión, con poco entusiasmo. El tercero era el joven hijo del vizconde y apostaba fuerte. Muy fuerte. Arielle frunció el ceño. Vio algo diferente en él. Ya no transmitía despreocupación y tranquilidad, sino una tensión que se reflejaba en el tic que tenía en la mejilla y en la tensión de sus hombros. Sus movimientos eran bruscos. Estaba perdiendo y sus fichas solo iban en una dirección. Hacia su oponente El Lobo.

Miró a Lycos y vio que su rostro seguía totalmente inexpresivo. De vez en cuando, miraba al joven. Entonces, a Arielle le pareció ver una nueva emoción en el rostro del jugador más joven. Lo vio y notó que sus movimientos ya no eran simplemente vacilantes. Le temblaban las manos. En sus ojos, en su rostro, había una expresión de incredulidad. Y algo más…

Desesperación.

Lycos dejó sus cartas sobre la mesa. El jugador que había a su izquierda dejó escapar una maldición y mostró sus cartas. Eran buenas, pero no lo suficiente para vencer a El Lobo.

Los ojos de Lycos se dirigieron al jugador que estaba sentado frente a él. El arrogante aristócrata. Durante un instante, el joven vaciló y luego mostró sus cartas. Lycos no dijo nada. Se limitó a recoger todas las fichas que había en el centro de la mesa. El jugador de su izquierda se levantó y dijo:

–¡Me retiro! El Lobo gana. Otra vez. ¡Maldito sea!

Lycos se limitó a asentir y miró al jugador que quedaba.

–¿Y bien?

Durante un instante, se produjo un profundo silencio. Entonces, el joven levantó el mentón con gesto desafiante.

–No me rindo, *monsieur.*

–Como desees –replicó él. Entonces, observó el escaso montón de fichas que el joven aún tenía a su lado–. ¿Cuentas con crédito? –añadió. Los ojos del joven destellaron, como si se hubiera sentido insultado–. *D'accord.*

Lycos asintió brevemente y extendió la mano para que le dieran una nueva baraja.

Al ver lo que estaba a punto de ocurrir, Arielle se bajó del taburete y se dirigió rápidamente a Lycos. Él había empezado a repartir las cartas, por lo que le puso una mano sobre el hombro.

–Lycos, no…

Él se detuvo en seco, pero no se giró ni la miró.

–*Laisse moi…* –replicó él, como si fuera un robot.

–Lycos, por el amor de Dios. ¡No vuelvas a jugar con él! ¿No ves que…?

Él giró la cabeza. Sus ojos parecían los de una fiera. Le dedicó una mirada asesina. Durante un instante, Arielle le mantuvo la mirada y luego miró al joven, que era poco más que un muchacho.

–No juegues –le dijo–. Acepta que has perdido y vete a casa.

No recibió respuesta. Entonces, el jugador que acababa de retirarse de la mesa la agarró del brazo y la apartó de allí.

–Déjelos. No hay nada que pueda hacer. El muchacho tiene que aprender y créame si le digo que El Lobo le dará una buena lección.

–¡Pero si está aterrado! ¿No lo ve? Sabe que está fuera de lugar y…

–Eso no es asunto suyo, señorita. En realidad, ni siquiera de El Lobo –dijo el hombre encogiéndose de hombros–. Su padre es vizconde. Puede afrontar las pérdidas.

–Entonces, ¿por qué está tan aterrorizado?

–Por orgullo, pero ha sido un necio al unirse a la mesa. Siga mi consejo y déjelos jugar hasta el final. De todos modos, ya no puede detenerlo, sobre todo si Lycos está dispuesto a aceptar un pagaré del muchacho. ¿Quién sabe? –añadió con una risa áspera–. ¡El Lobo podría terminar la noche siendo el dueño del *château* de un aristócrata!

El hombre se alejó de ella y, en silencio, Arielle regresó a su lugar junto a la pared, detrás de Lycos. Se sentía furiosa, tanto como le había ocurrido en el hipódromo, cuando aquel hombre tan despreciable había dicho que iba a matar al caballo solo porque no le había reportado ningún premio.

Furiosa como cuando Lycos apareció en su casa y le dijo que la había ganado en una partida de cartas. A pesar de todo, observó cómo se desarrollaba la partida hasta que llegó a su inevitable fin.

Lycos se acercó al bar. La velada había terminado. Pidió un Martini y se lo tomó de un trago. Entonces, miró a su alrededor. Arielle había desaparecido. Frunció el ceño. No había sido su intención hablarle de aquella manera, pero le había advertido que no debía interrumpirle durante las partidas. Y mucho menos por aquella razón.

Sonrió. En el bolsillo de su chaqueta, llevaba un pagaré firmado delante de testigos. El hijo del vizconde había desaparecido. Sin duda, había ido a lamerse su ego herido en otra parte.

Dejó la copa vacía sobre la mesa. Ya había cambiado las fichas y tenía sus ganancias. Había llegado el momento de celebrar y sabía perfectamente cómo lo haría. Si no hubiera sido por sus años de rígida disciplina, la presencia de Arielle habría sido una distracción fatal. Sin embargo, cuando llegaran al hotel, ella podría distraerlo todo lo que quisiera.

Salió de la sala y se dirigió a la planta de abajo. Arielle debía de estar esperándolo allí. Bajó lentamente las escaleras y la vio en el vestíbulo. Cuando se acercó a ella, su rostro era cálido. Sin embargo, el de ella era frío e inescrutable.

Lycos se sentó en el taxi con Arielle a su lado. Ella iba mirando por la ventana, muy callada. Lycos decidió que estaba cansada. Él también lo estaba, aunque tardaba un tiempo en relajarse por completo del estado mental en el que tenía que ponerse para poder seguir el juego. Por lo tanto, se reclinó sobre el asiento, agradeciendo el silencio. Miró a Arielle una vez más, pero ella seguía de perfil, con el rostro hacia la ventanilla. En un impulso, le tomó la mano y la apretó entre sus dedos. La mano estaba fría al tacto. Totalmente inerte.

Los dos guardaron silencio durante todo el trayecto y hasta que estuvieron en la habitación del hotel.

–Necesito una ducha –dijo ella, con voz tensa, casi sin mirar a Lycos.

–Está bien. Yo llamaré al servicio de habitaciones. ¿Qué te gustaría cenar?

–Oh… lo que sea –susurró ella. Entonces, cerró la puerta de baño.

Necesitaba intimidad. Arielle no podía pensar. Durante un instante, se miró en el espejo del cuarto de baño. No podía borrar de su pensamiento las palabras que Lycos le había dedicado cuando ella trató de intervenir para que no destrozara al muchacho en la partida.

Respiró profundamente y empezó a desnudarse. Enganchó el vestido en el gancho que había en la puerta y dejó el collar sobre la cesta de los productos de aseo. Después, se desmaquilló. Cuando terminó, su rostro tenía un aspecto muy pálido. Vacío.

Se metió en la ducha y abrió el grifo al máximo. Necesitaba sentir el agua, mojar su cuerpo. Como si hubiera algo que necesitara arrancar de su piel.

Lycos abrió la puerta al servicio de habitaciones. Estaba descalzo, ataviado con su albornoz. Se sentía mucho más relajado y tranquilo y tenía hambre. De comida y de Arielle. Se hizo a un lado para que el camarero pudiera colocar los platos antes de marcharse de la habitación. Entonces, esperó a que saliera Arielle del cuarto de baño.

Cuando lo hizo, ella iba también con el albornoz, como él. Lycos apartó la silla para que se sentara.

–He pedido comida italiana. Espero que te apetezca –dijo. Ella se limitó a asentir–. ¿Te encuentras bien?

–Me duele la cabeza.

–Deberías comer algo. La velada no ha sido muy relajante.

–No –afirmó ella sin mirarlo a los ojos.

Lycos sirvió el vino y levantó su copa.

–Bueno, por suerte ya todo ha terminado. *Santé!* –exclamó.

Arielle no respondió. Se limitó a tomar su copa y a beber un sorbo. Entonces, como Lycos, dejó la copa sobre la mesa.

–Mañana tendremos el día solo para nosotros –anunció él–. Y la noche. Ya no vamos a socializar más –añadió, mirándola con expresión interrogante–. Y no más veladas de juego.

Fue entonces cuando ella lo miró a través de la mesa.

–Lycos, ¿por qué sigues jugando? Ya no necesitas el dinero.

–Es cierto, pero, como te he dicho, no quiero perder práctica. Es la única habilidad que tengo.

–Pero ya no la necesitas.

Lycos la miró y pensó cuidadosamente en lo que iba a decir para que ella lo comprendiera.

–Te voy a explicar una cosa. Tú estudiaste música durante varios años. Es tu habilidad. Si alguien te preguntara por qué sigues tocando el piano, aunque no te ganas la vida con ello, ¿qué le dirías?

–No es lo mismo.

–¿Por qué no?

Arielle no respondió y Lycos decidió dejarlo estar. Tenía hambre. Se puso a servir la pasta y comenzó a devorarla con gusto. Ella comió también, pero con menos apetito. Había algo diferente en ella. Parecía retraída, preocupada. Y Lycos no quería que fuera así.

Cuando terminó de cenar, dejó el tenedor y la miró.

–Arielle, te debo una disculpa. Te advertí claramente que no me interrumpieras ni me distrajeras durante el juego. ¿Es por lo que te dije por lo que estás disgustada conmigo?

–No –respondió ella tras un instante, sin mirarlo. Dejó también el tenedor–. Es por ese muchacho. ¡Te pedí que no siguieras jugando con él!

–¿Muchacho?

–¡Sí, un muchacho! –rugió ella–. Eso era precisamente lo que era, un muchacho. Casi no tenía ni la edad legal para jugar. ¡Lo destrozaste! ¡Lo destrozaste por completo! ¿Cuánto perdió al final? ¡Y, por si fuera poco haberle quitado todo lo que tenía, le hiciste firmar un pagaré!

Lycos se reclinó sobre su silla. Su rostro parecía imperturbable.

–Sabía a lo que se exponía. Podría haber jugado en otras mesas, pero él eligió jugar conmigo, Arielle. ¡Esa no es mi responsabilidad! Todo el mundo conoce mi reputación y los que eligen desafiarme lo

hacen bajo su propia responsabilidad. Si un niñato rico y mimado quiere presumir de que ha jugado contra El Lobo y este lo ha borrado de la mesa, es su problema. He visto tipos como él toda mi vida. Arrogantes, presumidos, alardeando de su dinero y tomándolo por sentado, desperdiciándolo como quieren, incluso en deudas de juego. ¿Qué hace que ese niñato mimado de esta noche sea diferente a tu hermanastro? ¿Te duele que a él lo dejara limpio también? No. Por lo tanto, no llores tanto por un idiota que quería presumir de haber jugado contra mí y se llevó, a cambio de su dinero, una lección de vida. No te preocupes. Le pedirá lo que ha perdido a su papá y el vizconde pagará sus deudas. Lo único que ha sufrido ha sido su orgullo porque ha tenido que salir con el rabo entre las piernas.

–Lycos, parecía estar enfermo y pálido como un fantasma. Parecía estar aterrorizado cuando salió de la sala. Además, antes de que se sentara a tu mesa, lo oí hablando por teléfono…

Lycos dio un manotazo sobre la mesa para interrumpirla.

–Arielle. Ya basta. No voy a repetirme. Se podría haber retirado en cualquier momento. No lo hizo. Fue su elección y su responsabilidad. No pienso seguir hablando de esto. Si vuelvo a jugar, no pienso llevarte conmigo, dado que, evidentemente, te disgusta mucho –añadió. Entonces, respiró profundamente–. Ahora, vamos a relajarnos, ¿de acuerdo?

Lycos tomó la botella de vino y volvió a llenar las copas de ambos. Entonces, bebió de la suya y volvió a mirar a Arielle.

–Bueno –dijo cambiando de tema–, ¿qué te gustaría hacer mañana? ¿Quieres que sigamos visitando París? Si ya crees que has visto suficiente, podríamos ir a Normandía, Bretaña o a la región del Loira. ¿Qué te apetece? Tú eliges.

–No lo sé.

–No pasa nada. Podemos decidirlo mañana. Ahora, ¡vamos a disfrutar del tiramisú!

Lycos apartó los platos y sirvió unas generosas porciones del postre. Después, sirvió el vino dulce que lo acompañaba y comenzó a devorarlo con apetito. Arielle lo probó y, entonces, apartó el plato.

Lycos extendió la mano y le acarició suavemente la mejilla. Se moría de deseo por Arielle… pero ella se retiró.

–Lo siento, Lycos… voy a tener que tomarme una aspirina. No se me quita el dolor de cabeza. Lo siento…

Lycos respiró profundamente, sometiendo sus propios sentimientos.

–No hay necesidad de disculparse. ¿Tienes aspirina u otra cosa que puedas tomar?

Arielle se puso de pie.

–Sí, en mi bolsa de aseo. No tardo nada.

Ella desapareció en el cuarto de baño mientras Lycos la observaba. Aquello no tenía que ver con un dolor de cabeza, sino con lo que había pasado aquella noche. Tenía que ver con El Lobo.

«Es quien soy. Y si a ella no le gusta…».

Con impaciencia, apartó la pregunta. No tenía que responderla. «No tiene nada que ver con lo que hay entre nosotros».

Ni tampoco lo permitiría.

Capítulo 11

Arielle estaba junto al río. Había dormido muy bien gracias a la aspirina, pero no se sentía descansada. Lycos seguía dormido. A pesar de que era muy temprano, ella había salido a dar un paseo. Quería estar a solas con sus propios pensamientos.

Se dio cuenta de que, si siguiera en la Mas, precisamente a aquella hora estaría ocupándose de las gallinas y disponiéndose a preparar el desayuno. Una viva imagen se apoderó de su pensamiento. Lycos estaba sentado en la mesa de hierro del patio, tomándose una tortilla que ella le había preparado. Sintió que se le hacía un nudo en el pecho. Las semanas habían ido pasando, pero no habían logrado borrar aquellos recuerdos, que llevaría consigo toda la vida. Desgraciadamente, ya no podría volver a decir que la Mas era su hogar. Ni tendría a Lycos en su vida.

La pena se apoderó de ella. debería haber encontrado el valor suficiente para hablar con él, para preguntarle cara a cara qué era lo que significaba para él.

«En realidad, ¿qué importa ya? He visto a El Lobo. He visto lo que hace».

Frunció el ceño y contempló las turbias aguas. Sus sentimientos, tan revueltos como las aguas del Sena, le pesaban. Sin embargo, debía enfrentarse a ellos.

Lentamente, se dio la vuelta y regresó al hotel. Debía hablar con Lycos.

Lycos se rebulló en la cama y extendió el brazo hacia el lado de Arielle. La noche anterior, había sido muy considerado con ella y le

había permitido que durmiera tranquilamente, acurrucada al otro lado de la cama. No era el modo en el que había querido pasar la noche, pero no se le habría pasado por la cabeza molestarla. Tampoco quería molestarla en aquel momento. Solo quería saber qué tal se encontraba.

Entonces, se dio cuenta de que ella no estaba en la cama. Abrió los ojos y se incorporó. Miró a su alrededor. Efectivamente, ella no estaba. El cuarto de baño estaba vacío también. Frunció el ceño y tomó el teléfono para enviarle rápidamente un mensaje.

¿Estás bien?

Arielle tardó un instante en responder.

Sí, solo quería tomar un poco el aire. Ya vuelvo al hotel.

Lycos se sintió aliviado.

Genial. ¿Te apetece desayunar?

Una vez más, ella tardó un momento en responder.

Sí. Gracias.

Lycos le envió el emoji de la mano con el pulgar en alto y llamó al servicio de habitaciones para que les subieran el desayuno, como hacían todos los días. Después, se levantó de la cama y fue a darse una ducha y a afeitarse. Por último, se puso una camiseta limpia y unos pantalones cortos.

Arielle llegó al mismo tiempo que el desayuno. Lycos le sonrió y, en el momento en el que se quedaron a solas, le preguntó qué tal se encontraba.

–Estoy bien.

Sin embargo, no lo parecía. Tenía el mismo aspecto de la noche anterior. Retraída, sin mirarlo a los ojos. Diferente.

–Arielle, ¿qué te pasa? Estás disgustada y no me digas que es solo un dolor de cabeza. Es más que eso.

Ella se dirigió hacia la ventana y miró hacia la calle durante un instante. Tenía los hombros caídos. Entonces, se giró de nuevo hacia él.

–Creo que ha llegado la hora de que me marche a Inglaterra –anunció.

Ya lo había dicho. Había anunciado lo que llevaba pensado desde que despertó. A su lado, Lycos había estado durmiendo, respirando profundamente a su lado. Tan cerca y, a la vez, tan lejos.

Él la miraba fijamente en aquellos momentos. Tenía una expresión velada en el rostro, que a Arielle le recordaba la de la noche anterior.

–¿Por qué? –preguntó él simplemente.

–Creo que ha llegado el momento –dijo ella mordiéndose el labio. No podía parar de retorcerse las manos–. Estas semanas contigo, Lycos, han sido maravillosas e inolvidables, pero… Lo nuestro nunca tuvo posibilidad de durar, ¿verdad? En realidad, fue como una especie de accidente. Te hiciste con la propiedad de la Mas por casualidad. Dio la casualidad de que yo estaba allí y tú te sentiste atraído por mí y yo por ti. Entonces… empezamos una aventura… Sin embargo, yo nunca tuve expectativa alguna porque… porque…

Se interrumpió de nuevo y trató de esbozar una sonrisa, pero esta ocultaba mucho más de lo que Arielle estaba dispuesta a permitirle ver.

–Lycos, tú no solo eres El Lobo. Eres El Lobo Solitario –añadió–. Y yo lo sé. Sé que las semanas que pasaste en la Mas solo eran unas vacaciones para ti. De igual manera, mostrarme París fue un tiempo aparte de la vida que tú sueles llevar, la vida como la del día de la carreras o la de la fiesta de anoche. Tú vas por la vida disfrutando tu riqueza y ¿por qué no? La has conseguido por tus propios esfuerzos y te la mereces. Este encantador hotel, los caros restaurantes, las ropas tan caras como las que me has comprado a mí. Yo no voy a fingir que no es así, como tampoco que significo más para ti que… que cualquiera de mis predecesoras. Por eso eres un Lobo Solitario. Y por eso ha llegado el momento de que yo me marche a Inglaterra. Tengo que construirme una nueva vida. Tú mismo me lo dijiste y tienes razón. La Mas ya no es mía. Esa nunca será ya mi vida. Y sé que nunca será mía.

Lycos la miraba fijamente. Arielle no podía leer la expresión de su rostro. Estaba demasiado centrada en decir lo que estaba diciendo. Cuando guardó silencio por fin, él se levantó y se acercó a ella. Se colocó justo enfrente y le agarró las manos entre las suyas.

–¿Y si lo fuera? –preguntó–. ¿Y si la Mas fuera tuya?

Lycos mantuvo la voz totalmente neutral, impasible, como la expresión de su rostro. Sin embargo, en realidad no se sentía así. Cuando Arielle anunció que se marchaba, Lycos sintió aquellas palabras como si fueran un golpe directo sobre su pecho. Lo dejaron sin aliento, casi sin poder respirar. Entonces, se obligó a tomar aliento, a responder. A desafiarla. Tenía que demoler lo que ella acababa de decirle con cualquier medio a su alcance.

Y lo que acababa de decir era necesario. En la vida, como en la cartas, en ocasiones había que apostar alto. Mucho más alto de lo que hubiera planeado o preferido. Lo que fuera con lo que, al final, se pudiera ganar. «Porque si pierdo…».

No. No podía pensar así. No se atrevía a hacerlo. Había demasiado en juego. No se refería a la Mas, sino a algo mucho más importante y vital para él. Algo que, hasta aquel momento, no había comprendido lo necesario que era para él.

Arielle.

El nombre se hizo eco en su cabeza y sintió que lo sentimientos lo atravesaban como un cuchillo. Tenía que centrarse en lo que quería conseguir por cualquier método necesario, arriesgando todo lo que estaba dispuesto a arriesgar y recordando quién era. «Soy El Lobo y yo nunca pierdo».

Miró a Arielle y vio que ella había fruncido el ceño.

–No lo comprendo.

–Es muy sencillo –dijo él–. No quiero que te vayas –añadió. Le tomó las manos entre las suyas y sintió que las tenía muy frías.

–¿Por qué no? –le preguntó ella.

–Porque estamos muy bien juntos –respondió él–. Y quiero que eso siga siendo así. No quiero que te marches, Arielle. Quiero que te quedes conmigo. Quiero que quieras quedarte conmigo. Por lo tanto, quiero que tengas algo que quieres –añadió. Entonces, respiró profundamente, mirándola a los ojos–. Si te doy la Mas, si te devuelvo tu casa, la casa que te arrebataron, ¿te quedarás conmigo?

Arielle guardó silencio. Entonces, Lycos sintió que ella apartaba las manos de las de él y vio que daba un paso atrás. No pudo comprender el gesto que vio en su rostro. No pudo soportar lo que vio…

Arielle estaba sentada, con los ojos cerrados, mientras el Eurostar se dirigía a Calais. Tenía un nudo en la garganta. La tensión atenazaba su cuerpo, junto con la tristeza y la infelicidad.

Deseaba tanto poder retirar las palabras que le había dicho a Lycos, las palabras que había lanzado como si fueran cuchillos. Todas habían sido crueles e insensibles, pero también muy ciertas.

Desgraciadamente, ya no podía borrarlas, del mismo modo que no podía negar las implicaciones de lo que él le había dicho. Ni el precio que Arielle pagaría por ello.

«Me estaría comprando».

¿Qué otra cosa podía ser si no? Lycos le ofrecía la única cosa en el mundo que anhelaba desesperadamente. Sin embargo, aceptarla por esa razón…

«No puedes estar hablando en serio. Es imposible que creas esas palabras. ¿Cómo puedes siquiera pensar algo así?».

La angustia se apoderó de ella, atravesando el rubor de la vergüenza que sentía. Sentía un anhelo tan grande, un sentimiento de pérdida tan profundo que no podía soportarlo. Podría haberse quedado con Lycos. Y haber recuperado su hogar. Se clavó las uñas en la palma de la mano y aceptó el dolor. Se lo merecía. «¡Él me ha ofrecido exactamente todo lo que he soñado! Ese estúpido sueño de que él y yo podríamos construir nuestro hogar en la Mas».

Sin embargo, sentía que había veneno en la oferta que él le había hecho. Sentía que Lycos había tratado de comprarla. «Jamás pensé que fueras capaz de eso, Lycos. Igual que jamás pensé que fueras capaz de comportarte como lo hiciste anoche, destruyendo a un muchacho inocente. Deberías haberte negado a jugar con él. Eres un hombre duro, cruel e implacable. He visto una faceta tuya que no me gusta y con la que me niego a convivir».

Al escuchar aquellas palabras, Lycos no había respondido. Se había limitado a observar cómo Arielle metía su ropa, su ropa de siempre, no la que él le había comprado, en su maleta. Al llegar a la puerta, ella se había dado la vuelta. «Lo siento, Lycos. Siento haber llegado a esto. Siento que lo nuestro haya terminado así. Lo siento…

No te conocía, Lycos. Pensaba que sí, pero no es así. Ahora, por fin veo quién eres en realidad».

Cuando Arielle se marchó, él no había hecho ademán alguno por impedírselo. Mientras sentía cómo las lágrimas le ardían bajo los parpados cerrados y el Eurostar la alejaba implacablemente de París, y de él, comprendió que precisamente eso había sido lo más doloroso de todo.

Capítulo 12

Lycos hizo avanzar su coche por el camino de piedra. Había llovido recientemente y el cielo estaba nublado, por lo que al salir del coche notó el frío del mistral, el gélido viento que azotaba la Provenza en otoño e invierno, en la espalda. Miró a su alrededor. La Mas parecía sombría y desierta. Las contraventanas estaban cerradas en todas las ventanas. Sintió cómo el vacío se apoderaba de él. Llevaba mucho tiempo sintiéndose así, desde que vio cómo Arielle se marchaba de la habitación de él. El impacto lo había atravesado, vaciándolo por completo por dentro.

No sabía qué hacer. Se quedó mirando la casa, intentando adivinar qué era lo que sentía, pero era imposible. El vacío parecía entumecerle.

Entró en el patio. Sus pasos resonaban sobre los húmedos adoquines. Todo estaba muy tranquilo y desierto. Las gallinas y los patos ya no estaban, dado que ya se los habían llevado a una granja cercana. Se dirigió hacia los jardines. La lluvia y el otoño ya les habían arrebatado todo el color. La lavanda estaba llena de puntas marrones, muertas, y los geranios se mostraban flojos y alicaídos. Las hojas de los árboles cubrían el suelo, que nadie había barrido, y la piscina estaba tapada, con las tumbonas guardadas.

Se quedó un rato de pie, sintiendo que el vacío se ensanchaba en su interior.

No sabía qué hacer. Había conducido hasta allí con un único propósito: deshacerse de la casa. Ponerla en venta como había dicho desde el principio y deshacerse de ella. «Entonces, ¿por qué no le he hecho?».

Después de todo, su conciencia estaba tranquila. Se lo había ofrecido a Arielle, pero ella lo había rechazado. Más aún, no solo había rechazado la Mas, sino también a él.

Sintió que, poco a poco, el vacío se iba llenando, pero de algo mucho peor. El vacío era una ausencia, pero aquello… Aquello era una presencia, una presencia insoportable y llena de agonía.

De repente, apretó los puños dentro de los bolsillos de la chaqueta y supo qué hacer.

Después de todo, ¿no había ya hecho en otras partes lo que tenía que hacer? Aquel gesto lo completaría. Durante un largo y último instante, observó el jardín y luego la casa. Entonces, con pasos rápidos y decididos, regresó al coche y se marchó. Había terminado con la Mas, precisamente porque la casa había terminado con él. Tal y como había hecho Arielle.

Arielle abrió el buzón de voz. La llamada le había llegado mientras le explicaba a la clase los verbos irregulares en francés. Daba clase en un centro para adultos y el sueldo, con la modesta cantidad que había recibido de su padre, era lo que la mantenía en Inglaterra. Resultaba extraño haber regresado a la ciudad universitaria en la que había estudiado música, pero era el único lugar de Inglaterra que le resultaba familiar. A excepción de Londres, donde su padre había vivido y trabajado, pero la capital quedaba muy por encima de su capacidad económica.

Donde residía en aquellos momentos, podía permitirse alquilar un pequeño piso y el uso de un salón parroquial en el que podía dar clases de piano. También había solicitado empezar la formación para ser profesora y así poder dar clases de francés y de música en colegios. No era la vida que había soñado, pero sabía que tenía que hacer que funcionara. Quizá más adelante encontraría la inspiración para hacer algo más, pero aún se sentía muy herida por todo lo que había perdido. Las últimas semanas le habían demostrado que esa pérdida era mucho peor de lo que había pensado. Todo lo que había tenido se había esfumado y no regresaría jamás. «Y lo que tuve fue mucho».

Sintió que su corazón se encogía de dolor. Con un profundo suspiro, se colocó el teléfono al oído y frunció el ceño. El mensaje de voz era de su abogado. ¿De qué se trataría? Esperaba que no fuera que Naomi estuviera tratando de hacerse con el dinero que su padre le había dejado.

Sin embargo, el mensaje era muy diferente. Cuando lo escuchó, Arielle se quedó en blanco, llena de incredulidad. No obstante, sintió que se encendía en ella algo que no había estado allí antes.

Días después, Arielle se bajó del autobús cerca del hotel de Park Lane al que se dirigía. El frío otoñal, duro y desagradable, la golpeó con fuerza. Era un ambiente totalmente diferente al calor de verano en la Provenza. Sintió que el nerviosismo se apoderaba de ella cuando entró en el hotel.

Miró a su alrededor y se preguntó dónde estaría el bar. Entonces, lo vio y se dirigió directamente hacia allí. Cuando atravesó el umbral, el corazón le latía a toda velocidad.

Lycos, que estaba sentado en una de las mesas, se levantó en cuanto vio que Arielle se encaminaba en su dirección. Sintió que algo se removía dentro de él, a través del vacío que lo poseía siempre. Solo por volver a verla. Sin embargo, no permitiría que eso se le notara en los ojos.

–Gracias por venir –le dijo Lycos, cuando ella llegó a su lado.

Arielle asintió levemente y se sentó enfrente de él. A Lycos le pareció que, a pesar de la tenue luz que reinaba en el bar, ella estaba muy pálida. Llevaba el cabello recogido en una trenza y relucía con las minúsculas gotas de lluvia.

Arielle se desabrochó los botones del abrigo, pero no se lo quitó. A pesar de que su atuendo era totalmente corriente, Lycos sintió que se le hacía un nudo en la garganta. Era tan hermosa… Sin embargo, no debía mostrar el efecto que producía en él. Esa no era la razón por la que la había hecho ir hasta allí.

Se les acercó un camarero y le preguntó qué quería tomar. Arielle pidió un café y luego miró a Lycos a los ojos.

–¿Por qué lo has hecho, Lycos?

–Porque era lo correcto. Porque se te debía.

Ella sacudió ligeramente la cabeza.

–Tú no me debes nada, Lycos –afirmó, respirando profundamente antes de continuar–. Y mucho menos la Mas Delfine. Ya sabes que, igual que la última vez que me la ofreciste, no puedo aceptarla.

–¡Ahora es completamente diferente! Seguro que lo comprendes –insistió él, mirándola con vehemencia.

–Tus motivos son diferentes, sí, pero sigue siendo algo que no puedo aceptar –repuso. Lo miró a los ojos. Le resultaba muy difícil estar allí sentada junto a él, verlo y contener todo lo que sentía por él, unos sentimientos que habían vuelto a florecer en el instante en el que entró en el bar y lo vio–. Solo te puedo repetir lo que tú mismo me dijiste. No es tu culpa que la Mas pasara a ser de tu propiedad. Después de que mi padre se la dejara a Naomi y ella se la cediera a Gerald, tú se la ganaste porque fue lo suficientemente arrogante como para jugar contra ti. Por lo tanto, se merecía perder.

–No es eso lo que sentías sobre ese muchacho de París…

–Él también fue un estúpido, pero tenía miedo. Estaba desesperado.

–Y ahora sé por qué –dijo Lycos. Se inclinó hacia delante, tomó su Martini y le dio un sorbo. Después, volvió a dejar el vaso sobre la mesa–. Cuanto te marchaste, fui a verlo. Le pedí al conserje del hotel que me buscara su dirección en París y me presenté en su apartamento, en el elegante 7th Arrondissement. Se sorprendió al verme, pero me invitó a pasar. Entonces, fue a buscar su chequera y me dijo que me extendería un cheque por la suma del pagaré. Había dado por sentado que esa era la razón de su presencia.

–¿Y era esa?

–No. Me saqué el pagaré del bolsillo y lo rompí. Entonces, le entregué un cheque bancario por el valor de lo que había perdido conmigo en la partida. Le dije que, si era inteligente, dejaría el juego para no convertirse en un estúpido mayor de lo que había sido aquella noche.

–¿Y… qué dijo? –le preguntó Arielle atónita.

–No tuvo oportunidad de hablar. En ese momento entró una muchacha en la habitación y dijo que era su hermana. Parecía tan

asustada como él. Cuando le expliqué lo que había hecho con el pagaré y el dinero, se echó a llorar. Entonces, salió todo. La muchacha me dijo que a su madre le habían estafado una gran suma de dinero y que, si su padre se enteraba, se pondría furioso. Resulta que el joven estaba desesperado por cubrir las deudas de su madre, tanto que había reunido todo el dinero que tenía y había decidido probar suerte en las mesas de juego. Sin embargo, así solo había conseguido empeorar las cosas porque lo perdió todo y mucho más. Terminé haciéndole un préstamo además de devolverle la suma que había perdido, para que pudieran reponer lo que había perdido la madre.

Arielle lo miró asombrada.

–¿Fuiste capaz de hacer algo así por alguien que ni siquiera conoces?

Lycos se encogió de hombros.

–Me pareció que era un aristócrata arrogante e idiota, que solo trataba de presumir por haber jugado conmigo a las cartas. Resulta que me equivoqué.

Entonces, se metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y sacó un sobre. Lo abrió y sacó un trozo de papel y algo más.

–Me dio un pagaré por el dinero que yo le había prestado. Me hará pagos con regularidad del dinero que le da su padre, ya que aún está estudiando. También me dio esto como garantía. Es su palabra de honor.

Lycos le mostró a Arielle el sello de oro que había llevado el joven. Ella lo tocó brevemente y, entonces, él se lo volvió a guardar.

–Eres un buen hombre, Lycos Dimistrios –susurró ella, repitiendo las palabras que ya le había dedicado semanas atrás, después del día de vendimia, cuando él le prometió un paseo en coche a hijo de sus vecinos.

–Intento serlo –afirmó él con una débil sonrisa–. Tus palabras me escocieron. Por eso fui a verlo. Y por esto también quiero devolverte tu casa. Te aseguro, Arielle –añadió, tras respirar profundamente–, que esta vez no estoy tratando de comprarte.

–En realidad, yo te permití que lo pensaras –admitió ella–. Te dejé que te gastaras tu dinero en mí, que me compraras hermosas ropas

y joyas. Me dije que lo hacía solo para agradarte y que no importaba. Sin embargo, cuando me ofreciste la Mas para que yo me quedara contigo… Ay, Lycos, me ofrecías lo que más anhelaba. Lo que más deseaba en el mundo, a excepción de…

Arielle se interrumpió. De repente, se había dado cuenta de lo que había estado a punto de confesar. Por suerte, la salvó la llegada de su café. Bajó los ojos y se puso a removerlo y a echar el azúcar, concediéndose unos valiosos omentos para recuperarse.

Sin embargo, Lycos seguía mirándola muy fijamente.

–¿A excepción de qué? –preguntó.

Arielle se sintió presa de aquella mirada, totalmente indefensa y derrotada. Su expresión cambió.

–A excepción de ti, Lycos –respondió.

–¿Por qué dices eso? –le preguntó Lycos con el ceño fruncido–. Fuiste tú quien me dejó, incluso antes de que yo me ofreciera a devolverte tu casa.

Arielle desvió la mirada.

–Lycos, desde el principio, me aseguré de que lo nuestro sería solo una aventura. Nada más. Terminaría y yo, después, me marcharía a Inglaterra para forjarme una nueva vida. Aunque hubiéramos pasado más tiempo juntos, el fin habría sido el mismo, por lo que… Por lo que, cuando me disgusté después de aquella horrible noche de juegos, sentí que ya no podía quedarme por más tiempo. Entonces, cuando me ofreciste la Mas para quedarme allí contigo, supe que esa decisión era la única que podía tomar. Yo jamás podría quedarme con un hombre que pensara que me podría comprar.

Lycos guardó silencio un instante.

–Arielle… –dijo por fin–. Te hice esa oferta porque… porque… sentí pánico –susurró. Ella lo miró fijamente, sin comprender–. Ibas a dejarme y sentí pánico. Me dijiste que jamás pensaste que podría haber algo más que una aventura entre nosotros. Probablemente, yo habría pensado lo mismo. Estábamos bien juntos. Eso era lo que yo pensaba y lo que te dije. Tú no te parecías a ninguna otra mujer que hubiera conocido. No eras como Natalie u otras como ella, que se juntan con hombres ricos, pero, en realidad, jamás pensé mucho

más allá de eso hasta que… Hasta que dijiste que te marchabas. Hasta que me di cuenta de que te había perdido. Y que todo era culpa mía.

Lycos apartó la mirada durante un instante y luego posó los ojos de nuevo en ella.

–Regresé a la Mas, decidido a ponerla en venta, porque no podía soportar los recuerdos que me atormentaban. Entonces, me di cuenta de que solo había una cosa que podría hacer con el Mas: enmendar mi error.

Lycos se metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y sacó un grueso sobre, del que extrajo el documento que había en su interior.

–Son las escrituras de Mas Delfine. El notario las ha puesto ya a tu nombre.

Arielle negó con la cabeza.

–No puedo aceptarlo, Lycos. No puedo. No tienes ningún error que enmendar. Ahora comprendo por qué me hiciste esa oferta en París.

–¿De verdad lo entiendes, Arielle? ¿De verdad comprendes por qué estaba tan desesperado de que no te marcharas? –le preguntó. Entonces, tragó saliva como si estuviera tragando cristal–. En Paris, me llamaste «El Lobo Solitario». Y, en realidad, lo he sido toda mi vida. Ya conoces mis orígenes y mi infancia. Como no me sentí querido ni valorado por ellos, luché por abrirme camino en el mundo sin que me importara nadie más. Espero no haber sido nunca cruel con ninguna de las mujeres con las que estuve. En realidad, las traté como ellas esperaban y parece que fue suficiente. Sin embargo, contigo… –añadió él tras una pequeña pausa–, no era suficiente. Quería más. Mucho más.

Sintió que se le hacía un nudo en la garganta y tuvo que esforzarse para seguir pronunciando las palabras. Aquellas eran las más importantes que iba a decir en toda su vida.

–Después de las semanas que pasamos juntos, en la Mas y en París, no quería volver a ser El Lobo Solitario.

La expresión de Arielle no había cambiado, pero su rostro había palidecido. Lycos siguió hablando.

–Por eso estaba tan desesperado por que no te marcharas de mi lado.

Lycos bajó la mirada a los papeles que había sobre la mesa. El corazón le latía con fuerza en el pecho. Lentamente, empujó las escrituras hacia Arielle y volvió a mirarla. Tragó saliva antes de pronunciar las palabras que significaban todo para él.

–¿Y si la Mas fuera mi regalo de boda?

Arielle lo observó atónita.

–¿Regalo de boda? –susurró.

Los dos se miraron fijamente y, entonces, en la mirada de Lycos, Arielle vio algo que la debilitó por completo. Él levantó la mano hacia ella.

–Arielle, me dijiste que yo era lo único que deseabas más que Mas Delfine. Yo siento lo mismo por ti. En realidad, solo hay una cosa que pueda competir con el hecho de que yo te desee a ti. Y es amarte –añadió–. Porque de eso se trata. Ahora sé lo que es. En su momento no podía verlo. En realidad, necesitaba el infierno en el que he vivido desde que te marchaste de París. Me has demostrado que quererte, desearte, es lo más importante para mí. Deseo que seas el corazón de mi corazón, el amor de mi vida. Mi esposa. Si tú me aceptas…

Los ojos de Arielle se llenaron de lágrimas. Al ver que le caían por las mejillas, Lycos extendió la mano y se las secó con las yemas de los dedos.

–¿Eso es un sí? –le preguntó esperanzado.

Las lágrimas empezaron a caer más abundantemente por el rostro de Arielle. Vio que él se ponía de pie y se agachaba junto a ella para tomarle la mano y apretársela con fuerza.

Arielle estuvo llorando un rato, sin poder contenerse. Poco a poco, comenzó a tranquilizarse y sintió el corazón ligero, lleno de alegría. Lycos se incorporó y la hizo levantarse a ella también.

–Tengo una habitación reservada en este hotel, futura *madame* Dimistrios –le dijo. Entonces, la besó dulcemente, tanto que provocó en el cuerpo de Arielle un delicioso temblor–. Aunque es un poco temprano, ¿quieres que nos retiremos ya?

Arielle suspiró llena de felicidad, de gozo y de amor.

–Sí… sí…. –susurró.

El cuerpo de Arielle era de seda y satén, su boca de terciopelo y sus caricias, una llama vida que despertaba a Lycos a todo lo que él anhelaba. Con los labios y las yemas de los dedos, él le rindió homenaje. Desde los tiernos lóbulos de las orejas, bajando por la esbelta columna de su garganta hasta los dulces montículos de sus pechos, con los picos coralinos que se tensaban bajo las caricias que él le dispensaba. Fue bajando por el valle que había entre ellos, bajando y bajando hasta un valle mucho más profundo. Los muslos de ella se relajaron y él buscó, y encontró, todo lo que le daba deleite. A ella y a él.

Mientras sus cuerpos se fusionaban y ardían, mientras ambos gritaban, Lycos supo con cada fibra de su cuerpo, con cada latido de su agitado corazón, cada aliento y cada llama de todo lo que le llenaba, que allí estaba lo que su corazón más deseaba.

Ella yacía entre sus brazos, la mujer a la que amaba, sin la que nunca podría vivir y que ya no podía dejar de necesitar.

Las lágrimas de Arielle volvieron a humedecer su torso desnudo y él la acunó contra su cuerpo, pegados el uno al otro, como si fueran un solo cuerpo con su único corazón.

–¿Es esto amor? –susurró ella–. ¿Es esto realmente amor?

Lycos rozó los labios de Arielle con los suyos.

–Sí… –respondió, con una sonrisa en los labios y una mirada de amor en los ojos–. Sí…

Arielle suspiró satisfecha, lo mismo que él. Entonces, el sueño y la dulce promesa del amor se apoderaron de ambos.

Epílogo

Al siguiente verano…

–¡Venga, Maurice, no hay necesidad alguna de que me mires así! ¡Tus patitos están a salvo aquí! Mathilde los puede enseñar a nada en la piscina. ¡Ya sabes que no te voy a decir que no!

La voz de Arielle era una mezcla de resignación y de diversión. Lycos, que estaba a su lado, soltó una carcajada.

–Han sincronizado muy bien la llegada de sus crías. Estoy seguro de que los niños de Marc y Tara estarán encantados de compartir la piscina con un montón de patitos.

Los dos observaron cómo Mathilde y Maurice se ocupaban de sus patitos en la piscina y luego se marcharon. Los Derenz llegarían al día siguiente. Iban de camino a su casa de Cap Saint-Pierre, donde Arielle y Lycos se reunirían con ellos a finales de mes. Los cuatro se habían hecho muy amigos y, por suerte, Lycos se había ido apartando de sus conocidos del circuito de casinos.

Mientras atravesaban la terraza, la expresión del rostro de Arielle cambió. Miró a su alrededor. Mas Delfine. La que siempre había sido su adorada casa, se había convertido en la adorada casa de ambos. De Lycos, su esposo, y ella.

Él ya no era el hombre al que había conocido. Ya no era el hombre al que ella, en una ocasión, había llamado El Lobo Solitario. No. Había encontrado en él a su compañero de vida. Igual que Lycos en ella.

Se habían casado casi inmediatamente. En una ceremonia pequeña, muy íntima, se habían unido legalmente y luego habían pasado su luna de miel en Normandía. Allí, Lycos la había llevado

para que viera lo que era el segundo regalo de boda para ella. Cuando llegaron, Arielle se había quedado asombrada.

–He comprado tierra para construir unos establos y he contratado personal para que se ocupen de todo. Va a ser un centro de rescate y rehabilitación para caballos de carreras jubilados o descartados. Ven a conocer al primer residente.

Lycos la había llevado hasta una espaciosa cuadrada, donde un hermoso caballo relinchó suavemente al verlos.

–Se lo compré a Paul Ronsard antes de que pudiera sacrificarlo. Paul me dijo que era tonto –añadió, encogiéndose de hombros con indiferencia. Ya no se relacionaba con Paul ni lo echaba de menos.

Arielle había levantado la mano para acariciar al caballo.

–Eres un buen hombre, Lycos Dimistrios –le había dicho ella, con los ojos llenos de amor–. ¡Esto debe de estar costándote una fortuna!

Lycos se había encogido de hombros.

–Ahora, cuando juego, todas mis ganancias van a parar aquí.

Arielle le había besado en la mejilla.

–¡En ese caso, espero que El Lobo nunca pierda!

Lycos se había girado hacia ella y le había enmarcado el rostro entre las manos.

–He ganado el tesoro más valioso de todos. Tu corazón.

–Y el tuyo es el mío…

Desde aquel día, el amor se había adueñado por completo de sus vidas.

Tras atravesar el jardín, llegaron a la zona en la que solían comer las gallinas, donde Lycos había aparcado el coche la mañana en la que llegó a Mas Delfine por primera vez. Desde entonces que regresaron juntos a la finca, Lycos había aprendido a conducir un tractor y tenían varios proyectos de desarrollo para las tierras, como por ejemplo la creación de su propio vino. Además, poco a poco, habían ido renovando la casa, dotándola de instalaciones más modernas sin que perdiera su encanto antiguo. Además, Lycos había recuperado el piano de Arielle del *Lycée*, a cambio de la donación de otro a la escuela. Allí, Arielle daba clases de piano gratis a los que no se podían permitir las clases y, por las noches, en su propio piano,

tocaba piezas de Schumann y Chopin para Lycos. Entonces, casi siempre ocurría que ella veía un brillo en los ojos oscuros de Lycos y sabía que algo que no era la música había captado su atención. Cerraba la tapa del piano y los dos sabían que solo había un destino para ambos… hasta que la luz de la mañana siguiente anunciaba un nuevo día.

Día tras día, disfrutaban de su amor con gratitud y de su felicidad marital. Todos los días, Arielle daba gracias de que Lycos le hubiera ganado a su hermano la Mas Delfine en una partida de cartas, sobre todo por lo que había ocurrido con Naomi y con Gerald. Ella se había casado por cuarta vez con un rico hombre de negocios y, poco después, este había sido arrestado por fraude y corrupción. Naomi y Gerald habían invertido todo el legado de Charles Frobisher en el negocio del cuarto esposo y, como resultado, todos sus bienes habían quedado congelados, ellos se habían visto implicados en los delitos del empresario y tendrían que enfrentarse a juicio. Tenían muchas posibilidades de enfrentarse a penas de cárcel.

Arielle trató de no alegrarse, pero Lycos no fue tan amable.

–Es Némesis, la diosa griega de la venganza. Se lo merecían.

Arielle lo dejó estar. Gracias a Lycos, la Mas estaba a salvo. Y, gracias a Lycos y al amor que compartían, ella viviría feliz toda su vida. Igual que Lycos. Además, había otra razón para su felicidad…

Cuando entraron en la cocina, prepararon juntos una ensalada para almorzar, con verduras, frutas y algo de queso. Como hacían siempre que el tiempo lo permitía, salieron a la mesa de la terraza para disfrutar allí del almuerzo. Arielle le sirvió a Lycos una copa de vino, pero ella se conformó con agua.

Lycos la miró con curiosidad.

–Ahora debo tener cuidado también con el queso –comentó–. Nada sin pasteurizar.

Lycos frunció el ceño y la miró fijamente. Entonces, pareció comprender y se puso de pie para acercarse a ella.

–¡Dios mío! –exclamó–. ¿Estás…? ¿Cuándo…?

–Sí. Me he enterado esta mañana –dijo ella agarrándole la mano–. Y es positivo.

Lycos comenzó a hablar en griego, como solía hacer siempre en instantes de gran emoción. Entonces, se agachó frente a Arielle y la abrazó con fuerza.

–Creo que nacerá la próxima Pascua de Resurrección –le informó Arielle, tras darle un beso en la cabeza.

Lycos se levantó y la miró con unos ojos llenos de profundo amor.

–¿Cómo es posible ser más felices de lo que ya lo somos? –le preguntó, lleno de alegría.

Arielle sonrió.

–No lo sé, aunque sí sé lo que debemos hacer, Lycos –susurró ella mientras le besaba suavemente los nudillos de la mano–. Debemos dar las gracias. Debemos dar las gracias…

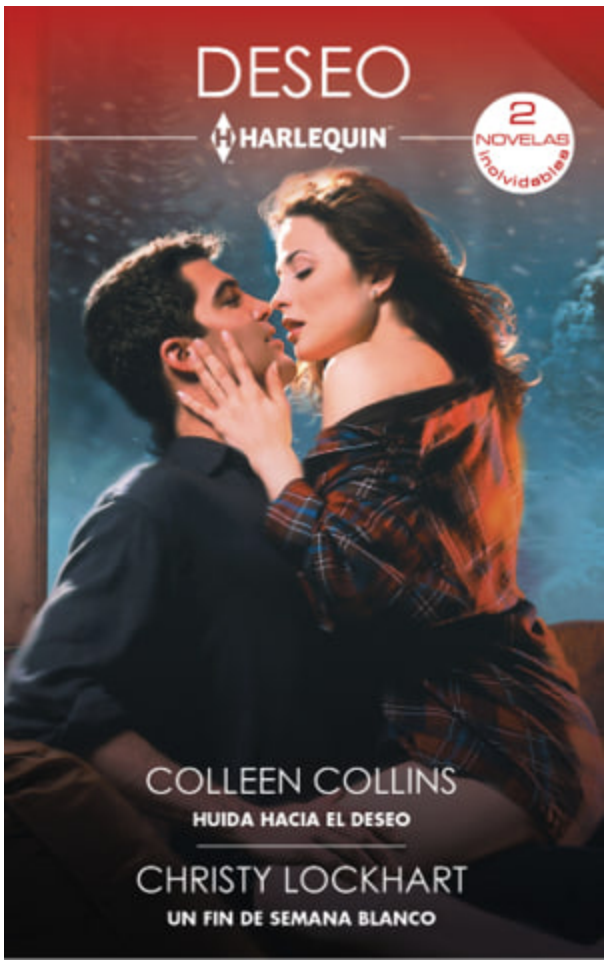
Arielle notó que se le quebraba la voz. Lycos se inclinó sobre ella y le besó delicadamente los suaves labios.

–Debemos dar las gracias –repitió.

El corazón de Arielle se hinchió de felicidad. Sí, los dos darían las gracias la siguiente Pascua, los tres, por todo lo que habían recibido en bendición. Eran tan tan afortunados…

Si te ha gustado este libro...

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



Portadilla

BIANCA™

AMANDA CINELLI

CARRETERA
HACIA EL AMOR

HARLEQUIN™

Capítulo 1

Isabel O'Sullivan observaba las fotografías de bebés regordetes que colgaban en la pared de la clínica de fertilidad suiza sintiendo una opresión en el pecho. Aquel era el día. Para esas fechas, el año siguiente, la foto de su hijo también estaría colgada en esa pared, acompañada de su propio rostro sonriente.

Por fin iba a ser madre.

O estaría camino de serlo si la doctora encargada del procedimiento se diera prisa en aparecer.

Izzy había llegado a la recepción de brillante mármol dos horas antes. Primero, tuvieron dificultades para encontrar su historial clínico y luego le dijeron que la doctora había tenido que salir para atender un caso urgente. Y con cada minuto que pasaba, Izzy no podía quitarse de la cabeza la sensación de que algo no iba bien.

La clínica, decorada como un lujoso hotel, no se parecía al sencillo hospital irlandés en el que había hecho todas las pruebas preliminares, pero aun así sentía náuseas, como le ocurría siempre que iba al médico. Intentó acomodarse en la camilla, sonriendo al mirar sus pies descalzos, las uñas pintadas de colores asomando por debajo de la sábana. Una oleada de emoción la ahogó al recordar con qué cuidado su mejor amiga, Eve, había pintado florecitas y abejas en cada uña la noche anterior.

–Porque te dan más miedo las abejas que los hospitales, así que seguro que se anulan mutuamente, Izzy.

Su amistad era lo más parecido a una familia que habían tenido nunca tras haber crecido en el sistema de acogida irlandés. Pero Eve ahora tenía su propia familia, con su esposa Moira a punto de dar a luz a su primer hijo.

Izzy estaba decidida a demostrar que podía con aquello sola. Que estaba lista.

Una enfermera entró entonces en la consulta. La misma que le había pedido que se desnudase y se tumbase en la camilla unos minutos antes y que se mostró absolutamente impasible cuando Izzy replicó, burlona, que prefería que la invitasen a cenar antes de desnudarse. Incluso chasqueó la lengua cuando se quitó las desgastadas botas de motociclista y cuando intentó esconder sus curvas de talla grande. No había pensado que tuviera que arreglarse para la ocasión, pero, a juzgar por las miradas que le habían lanzado en la sala de espera, su camiseta y sus mallas negras no eran el atuendo acertado.

Izzy sonrió con valentía a las otras mujeres, resistiéndose a la tentación de preguntar si existía un código oficial de vestimenta para ser inseminada artificialmente con el esperma de tu difunto marido.

Tras su breve matrimonio con el *playboy* singapurense Julian Liang, estaba más que familiarizada con las miradas gélidas que recibía por no encajar en su círculo social. Pero después de haber logrado llegar a Zúrich contra todo pronóstico, con el aeropuerto de Dublín sumido en el caos debido al frente ártico que azotaba Europa, Izzy no iba a dejarse amedrentar.

Sin embargo, la enfermera ya no parecía impasible. De hecho, parecía un poco nerviosa mientras hojeaba su historial clínico y la miraba furtivamente. Otra enfermera apareció entonces y, después de susurrarle algo, ambas comenzaron a hojear los formularios que ella había completado laboriosamente semanas atrás.

Izzy se puso rígida, aunque sabía que no había errores. Ser disléxica le dificultaba las tareas escritas, pero lo había revisado todo dos veces con su *software* de asistencia.

Cuando por fin Julian le confesó sus problemas reproductivos, después de varios meses intentando tener un hijo, y le pidió que considerase la inseminación artificial, pensó que era maravilloso que estuviera dispuesto a hacer lo que fuera por tener un hijo con ella. No tenía ni idea de que Julian acababa de salir de rehabilitación cuando se fugaron para casarse y estaba utilizándola en un intento desesperado por evitar que su padre lo desheredase.

Incluso después de descubrir la verdad, Julian le hizo cientos de promesas mientras le entregaba unos billetes de avión y la dirección de un chalé de lujo en Suiza donde se alojarían durante todo el procedimiento.

Unos días después, Julian dijo que estaba borracho esa noche, cuando por fin admitió la verdad. Dijo que estaba loca por pensar que semejante historia pudiera ser cierta. Pero, en realidad, era lo único que tenía sentido y, de repente, había visto ese año de matrimonio, y a su marido, por lo que eran. Alejarse se había convertido en un acto de salvación en lugar de un acto de cobardía.

No estaba loca. Nunca lo había estado.

Le había resultado fácil olvidarse de formar una familia mientras buscaba valor para iniciar el proceso de divorcio. Pero entonces, antes de que pudiese hacerlo, Julian murió. La sobredosis se consideró accidental, pero nunca podrían confirmarlo.

En realidad, no había estado enamorada de Julian cuando aceptó casarse con él tras solo dos semanas juntos. Creía estarlo, pero no era verdad. Julian era encantador y ella estaba conmocionada al descubrir que no renovarían su contrato como niñera de Luca, un niño con el que se había encariñado muchísimo.

Desde que dejó los estudios a los dieciséis años había tenido todo tipo de trabajos, desde camarera hasta cantante en bodas y bautizos, incluso fue maquilladora en un circo ambulante. Nunca había podido entender cómo alguien se conformaba con elegir solo una carrera; ella quería probarlas todas. Había conseguido su primer trabajo como niñera cuando una familia adinerada la vio pintando caras en una fiesta infantil y recorrer el mundo pasando de familia en familia había sido emocionante.

El puesto con Astrid Lewis, directora de relaciones públicas de uno de los equipos de carreras de la categoría *Elite One*, *Falco Roux Motorsport*, y su hijo Luca solo debería haber sido algo temporal, pero conectó de maravilla con el pequeño y con su poderosa madre y el contrato de dos meses se convirtió en uno de un año entero.

Viajar por todo el mundo, asistir a las carreras de coches y cuidar de un adorable niño pequeño era el trabajo de sus sueños, pero se había encariñado demasiado.

El abandono, aunque solo fuese percibido, siempre había sido su mayor desencadenante. Era esa parte solitaria y pequeña de ella que aún conservaba las heridas de haber sido trasladada tantas veces de casa en casa cuando era niña.

Izzy cerró los ojos, odiando que la prolongada espera le hubiera llevado esos tristes recuerdos en el que se suponía que iba a ser un día maravilloso. Habían pasado dos años desde que quedó viuda a los veinticinco y, por primera vez en su vida, había intentado quedarse en un solo sitio y echar raíces.

Había comprado una casa. La primera. Una casita destartalada que había tenido que reformar con sus propias manos durante el último año, pero era suya, y pagaba la hipoteca con su trabajo de ilustración de libros. Siempre le había gustado dibujar y estaba agradecida de haber encontrado ese trabajo cuando Astrid decidió no renovar su contrato.

Y aceptar el último regalo que Julian le había hecho, su esperma congelado en esa clínica, era una oportunidad única para cumplir el sueño que siempre había anhelado. Iba a crear una familia propia y, lo mejor de todo, nadie podría arrebatársela.

Animada por ese pensamiento, Izzy cerró los ojos y comenzó su rutina de relajación: inhalar y exhalar lentamente. Debía imaginar que respiraba un oasis de calma con cada inhalación o algo así, pero un ruido de voces en el pasillo, en lo que parecía una discusión cada vez más tensa, irrumpía en su oasis.

–El nombre de la señora O'Sullivan es el único en esta cuenta. No sabíamos que fuera necesario tomar ninguna otra medida.

Izzy frunció el ceño. ¿Estaban hablando de ella? ¿Y tomar medidas? ¿Acaso Julian no había pagado la cuenta? Su difunto marido siempre había sido un desastre con el dinero.

Cerró los ojos, calculando mentalmente cuánto dinero tenía ahorrado y esperando que fuera suficiente para arreglar la situación. Estaba en su ciclo fértil y podría volver al día siguiente. Podría resolver la situación, estaba segura.

Iba a levantarse de la camilla, pero se quedó paralizada al escuchar una voz familiar en el pasillo.

–Dígame en qué habitación está. Ahora mismo.

Solo un hombre podía hablar con tan gélida exigencia impregnada de amenaza: Grayson Koh. Pero de ninguna manera estaría allí, en Suiza. Era absurdo.

Izzy estaba intentando bajar de la camilla, cubriéndose con la sábana, cuando se abrió la puerta. Por lo que podía ver, un grupo de empleados de la clínica, incluida la enfermera de expresión severa, rodeaba a una figura de hombros anchos.

–Oiga, no puede entrar ahí…

–Claro que puedo.

–Mire… yo soy una gran admiradora, pero solo se permiten acompañantes asignados o personas conocidas del paciente.

–Ella me conoce –dijo el hombre, entrando en la consulta–. ¿No es así, Isabel?

Izzy se quedó paralizada al escuchar su nombre en los perfectamente cincelados labios del legendario piloto de carreras Grayson Koh. Por un instante, sintió unas ganas absurdas de correr hacia él, el único rostro familiar que había visto en toda la mañana. Pero entonces recordó que, aunque se conocieran, nunca habían sido amigos. Aunque durante un tiempo creyó que lo eran.

Habían pasado dos años desde que subieron los restos de Julian al avión privado de la familia Liang. Dos años desde que Grayson le dijo que no debería haberse casado con su mejor amigo, justo antes de ofrecerle dinero para que se alejase de la familia.

Izzy sintió que le subía la tensión.

Fiel a su estilo, Grayson ignoró a los empleados de la clínica y miró fijamente el carrito lleno de instrumentos y tubos esterilizados al lado de la camilla. Era un hombre famoso por su férreo control dentro y fuera de las pistas, pero su expresión se volvió feroz y, cuando habló, su tono era seco y áspero.

–¿Llego demasiado tarde? ¿Ya lo has hecho?

–Eso no es asunto tuyo. –Izzy se cruzó de brazos en un inconsciente gesto protector–. ¿Qué haces aquí?

Odiaba lo débil que sonaba su voz con un público de médicos y enfermeras observando el intercambio.

–La inseminación. ¿Ya lo has hecho, Isabel?

La vergüenza y la ira comenzaron a apoderarse de ella. Era tan típico de Grayson Koh hacerla sentir como si fuera ella la que había hecho algo mal. Se había acostumbrado a su mirada de desaprobación cada vez que visitaba la zona de boxes con Luca, el ahijado de Grayson. Que en aquel entonces estuviese encandilada por él ahora le resultaba impensable.

–¿Quién te crees para irrumpir aquí con esas exigencias? –le espetó, intentando que su voz sonara firme, aunque estaba a punto de desmayarse.

De todas las veces que Grayson podría haber reaparecido en su vida, tenía que ser aquel día. Tenía que ser allí.

Había visto la emoción en su rostro ese día en Dublín, cuando apareció en el hospital pocas horas después de la muerte de Julian. No era tan despiadado como lo retrataban los medios. Simplemente era distante, famoso por su bravuconería. Estaba infinitamente seguro de sí mismo y de su talento. Al fin y al cabo, era el piloto más rápido del mundo.

Siempre le había parecido endiabladamente guapo con el mono de carreras y el característico casco dorado, pero en ese momento, con una camisa y un sencillo pantalón, seguía siendo el hombre más atractivo que había visto nunca.

La noticia de su retirada había sido impactante y había salido en todas las noticias, pero, después de cómo le había hablado el día que enterró a su marido, Izzy se obligó a no pensar en ello.

Se había preguntado si la culpaba por la sobredosis de Julian. Después de todo, si no la hubiera seguido a Dublín y no hubiera intentado convencerla para que volviese con él tal vez no habría recaído.

Pero, por supuesto, solo ella conocía los secretos de Julian. Quizá por eso le había dado más oportunidades que a nadie. Había reconocido su problema: el mismo vacío, la misma soledad de los amigos que no habían llegado muy lejos una vez que salieron del sistema de acogida. Al menos, ella siempre había tenido a Eve.

Grayson entró en la habitación y cerró la puerta.

–¿No se te ocurrió consultarme antes de venir aquí? ¿De verdad creías que no me enteraría? –preguntó, mirándola con frialdad.

–¿Por qué demonios iba a consultarte a ti?

Izzy no podía creer que aquello fuera real. Quizá se había quedado dormida en la camilla y todo aquello era solo un sueño extraño y desquiciado.

–Si estás aquí en nombre de la familia Liang, ya he firmado todas las renuncias legales. Sé perfectamente que no habrá herencia para el hijo de Julian, al igual que no la hubo para su viuda.

–¿El hijo de Julian? ¿Por qué crees que…? –una expresión de horror transformó los hermosos rasgos de Grayson–. Dios mío. No tienes ni idea, ¿verdad?

–¿Ni idea de qué? ¿Irrumpes en una clínica privada como si te persiguiera el mismo diablo y esperas que lo entienda? –Izzy respiró hondo–. ¿Pagaste el tratamiento en nombre de Julian o algo así? ¿Has venido para decirme que estoy en deuda contigo o para decirme que no vas a pagar nada?

Grayson maldijo en voz baja.

–¿Crees que vendría aquí por una supuesta deuda? He venido para ponerle fin a todo esto, como debería haber hecho mucho antes.

Izzy sintió frío en el pecho; un frío que apagó la ilusión que la había impulsado a superar ese día infernal hasta el momento.

¿Cómo podía tener tan mala suerte que la única persona que se interponía entre ella y el hijo que deseaba fuera precisamente Grayson?

En el año que había pasado viajando junto al equipo de carreras, Grayson había dejado claro que no le caía bien. No la consideraba apta para ser la niñera de su ahijado y ahora intentaba impedirle tener un hijo propio.

¿Qué le pasaba a aquel hombre?

–No puedes hacer esto, Grayson. Pagaré el tratamiento yo misma –dijo Izzy, con una mezcla de sorpresa y furia.

Él seguía fulminándola con la mirada.

–Este maldito sitio… ese acuerdo… ¿y tú no lo sabías?

Izzy levantó una mano, harta de su tono y harta de la situación.

–He venido aquí para cumplir el último deseo de Julian: tener un hijo. Esas fueron sus últimas palabras antes de morir, aparte de

decirme que te llamase. No puedes cancelar esto como si fuese una cuenta bancaria, como si no fuese nada…

La última palabra sonó peligrosamente como un sollozo e Izzy se mordió con fuerza el carrillo, negándose a desmoronarse delante de Grayson. Solo necesitaba que se fuera. Necesitaba que desapareciese y volver al plan que había trazado con tanto cuidado. Se había tomado libre la semana siguiente. Era un nuevo año, un nuevo comienzo. Por fin sentía que controlaba su vida y, de repente, Grayson se interponía en su camino.

–Sé que es importante para ti, pero… –empezó a decir él entonces, dando un paso hacia ella–. Isabel, tenemos que hablar.

–¡Fuera de aquí! –gritó Izzy, airada, saltando de la camilla–. No quiero hablar contigo. Esta es una consulta privada.

Grayson miró los pies desnudos que asomaban por debajo de la sábana que se había enrollado apresuradamente en la cintura.

–Por supuesto –dijo bruscamente, dándole la espalda–. Vístete, Isabel. Voy a hablar con el médico y luego… luego hablaremos de nuestra situación.

¿En serio se había referido a aquello como «nuestra situación»?

Izzy no se molestó en corregirlo. No se molestó en decir nada más. Simplemente lo empujó fuera de la consulta y cerró la puerta de golpe. Una vez sola, se inclinó hacia delante y apoyó la frente contra la madera.

Respiraba con dificultad y necesitaba aire fresco. Necesitaba salir de allí, alejarse de la presencia dominante de Grayson Koh. Una vez que él se fuera tal vez podría resolver aquello.

Izzy respiró hondo, intentando ignorar el pánico creciente en su pecho mientras se vestía tan rápido como podía.

Grayson no se molestó en esperar a que la doctora abriese la puerta de su despacho. En lugar de esperar, entró furioso y apoyó las manos sobre el escritorio a modo de saludo.

–Señor Koh… –tartamudeó ella–. Me han informado de la situación y debo disculparme. La cuenta ya ha sido anulada y la muestra ha sido enviada al laboratorio para su destrucción.

–Bien –dijo él–. Y ahora me gustaría saber cómo ha ocurrido esto.

–La señora O'Sullivan había reservado la inseminación antes de la muerte de su marido…

–Ella no sabe que la muestra es mía –la interrumpió Grayson–. Estoy seguro de que eso viola alguno de sus malditos términos y condiciones.

–Eso es imposible. La señora O'Sullivan firmó los contratos.

–Pero está claro que no sabe que la muestra es mía.

Grayson recordó su expresión confundida cuando entró en la consulta. Había asumido que su antipatía hacia él era la razón por la que nunca había abordado abiertamente el trato que había hecho con Julian, en contra de su buen juicio.

–Mi mujer desea desesperadamente tener un hijo –le había dicho su amigo–, y es culpa tuya que yo no pueda dárselo.

Él era el villano de la historia una vez más.

Grayson sintió una punzada de culpabilidad en el estómago.

–Isabel cree que la inseminarán con el esperma de su difunto esposo, no con el mío.

La doctora se irguió, indignada.

–Esa es una acusación muy grave, señor Koh. Tomamos medidas meticulosas para asegurarnos de que todas las partes estén completamente informadas antes de realizar los tratamientos. Puedo asegurarle…

Grayson no la dejó terminar porque se le acababa de ocurrir algo.

–¿Se les informa por escrito?

–En este caso, sí. La señora O'Sullivan reside en Irlanda y la de hoy es su primera visita en persona.

Isabel nunca había hablado abiertamente de su dislexia, pero Astrid le había hablado de las sofisticadas aplicaciones para teléfonos de la niñera de Luca y, al observarla con más detenimiento, se había dado cuenta de cómo Isabel superaba esos desafíos. No porque hubiera pasado mucho tiempo observándola, claro. Sencillamente, Isabel siempre parecía estar presente. Dondequiera que fuese, allí estaba ella, llenándolo todo con sus risas y su alegre charla.

La doctora se levantó del sillón y caminó de un lado a otro, inquieta, como si acabara de darse cuenta de que habían estado a punto de inseminar accidentalmente a una mujer con el esperma del hombre equivocado.

–El mensaje que dejó esta mañana solo decía que debíamos retrasar la cita y pensé que se trataba de una disputa por la factura…

–¿Cree que revelaría algo tan íntimo en un correo electrónico? –le espetó Grayson–. He tenido que recorrer media Europa en coche bajo una tormenta de nieve, rezando para llegar a tiempo porque todos los vuelos desde Mónaco estaban cancelados.

Cada segundo de ese viaje había sido una agonía y, al llegar, encontró a la viuda de su amigo en una camilla… preparándose sin saberlo para un procedimiento que podría entrelazar sus vidas para siempre.

Había una razón por la que le había dicho a Julian que ya no podía dar su bendición a ese proyecto unos días después de haber entregado la muestra. Fue en ese momento cuando imaginó por primera vez a Isabel O'Sullivan esperando un hijo suyo…

Grayson cerró los ojos, apretándose el puente de la nariz. Y eso podría haber sucedido si hubiera llegado media hora más tarde a la clínica.

Ese pensamiento despertó algo oscuro y codicioso en su interior. Un sentimiento que había intentado ocultar durante tres años, desde la escandalosa fuga que convirtió a Izzy en la esposa de Julian.

Era culpa suya. Prácticamente la lanzó a los brazos de su mejor amigo cuando le dio un ilícito beso en el garaje y luego, egoístamente, le pidió a su amiga Astrid que no le renovase el contrato porque de ese modo sería libre para cortejarla.

Evidentemente, Isabel no tenía ni idea de que él había formado parte de ese acuerdo con Julian. Debería haber sabido que ella jamás habría aceptado algo tan personal de un hombre en el que había dejado claro que nunca volvería a confiar.

Él nunca había tenido ningún interés en el matrimonio ni en tener hijos antes de conocer a Isabel, prefiriendo la vida de un *playboy* soltero, y le había asegurado a Julian que nunca reclamaría la

paternidad de ese hijo. Era lo mínimo que podía hacer después de que su amigo le revelase que su infertilidad se debía al accidente en la pista que lo había incapacitado para volver a conducir.

Un accidente que él había provocado.

Ambos eran jóvenes pilotos entonces, soberbios, seguros de sí mismos y deseando ganarse un codiciado asiento en un equipo de carreras *Elite One*. Pero, como hijo de un ama de llaves y un chófer, Grayson había tenido que ganarse el patrocinio del multimillonario Peter Liang para no verse obligado a abandonar el deporte por completo. Aunque eso hubiera significado, literalmente, echar a su mejor amigo del circuito.

Grayson cerró los ojos ante la familiar opresión en la garganta que le producía pensar en Julian. Sus padres habían sido amigos, a pesar de que los de Grayson eran sus empleados. Los Liang habían sido amables con él, incluso pagándole un colegio privado en Inglaterra, donde Julian y él habían comenzado sus carreras en las pistas de *karts*. Por supuesto, su relación con el padre de Julian fue lo que al final separó a los dos amigos.

Malditas mentiras de Julian. Era insoportablemente cruel que Isabel hubiera perdido a su marido de forma tan repentina. ¿Consideraba a ese hijo como su último vínculo con él?

–Necesito que me acompañe y le explique la situación a la señora O'Sullivan –dijo Grayson.

Cuando recibió la notificación de que la clínica había iniciado el pago del procedimiento, salió corriendo de una importante reunión sobre una próxima carrera benéfica en Singapur.

–Claro. –La doctora se aclaró la garganta nerviosamente–. Solo quiero asegurarle que esto nunca había sucedido antes.

Grayson se dio cuenta de que probablemente estaba temblando ante la idea de posibles consecuencias legales, pero no era él quien había sido tratado injustamente.

–Asumiré toda la responsabilidad si ella quiere demandarme… o si quiere retorcerme el cuello. Solo necesito que me ayude a hablar con ella.

–Por supuesto. –La doctora llamó a un enfermero que esperaba en el pasillo–. Gianni, tengo que hablar con la señora O'Sullivan…

El joven frunció el ceño.

–La señora O'Sullivan se fue hace un rato.

–¿Qué?

–Parecía bastante alterada y después oí que su coche derrapaba al salir del aparcamiento.

–¿Con esta tormenta de nieve? –exclamó la doctora–. Los aeropuertos y las estaciones de tren estarán cerrados. No debe haber ido muy lejos.

Maldiciendo en voz baja, Grayson salió del despacho y se dirigió a grandes zancadas hacia la salida. No tenía intención de volver ningún otro día e Izzy tampoco volvería cuando se lo hubiera explicado todo.

Capítulo 2

Izzy se concentró en arrancar su coche de alquiler en medio de la nevada más intensa que jamás había visto.

Se habían cancelado todos los vuelos debido a las severas condiciones climáticas, de modo que no tenía más remedio que quedarse en Suiza.

Sus ojos se llenaron de lágrimas que se negaba a derramar. Llorar no servía de nada cuando el mundo se desmoronaba; eso lo había aprendido de niña. Ella prefería ser práctica y superar los momentos difíciles como fuera posible hasta encontrar una solución.

Pero aquello… no tenía ni idea de cómo arreglarlo. No tenía el dinero necesario para pagar la factura de la clínica y de ninguna manera aceptaría la caridad de Grayson, que siempre sería leal a la poderosa familia Liang, que se había negado a reconocer su matrimonio con Julian tildándola públicamente de oportunista.

Solo unos kilómetros más y llegaría a la dirección detallada en la carta de Julian, el lugar donde se había imaginado descansando tras su exitoso procedimiento en la clínica, no llorando después de su abrumadora decepción.

Izzy se mordió los labios. Tendría que dormir allí esa noche. Una punzada de inquietud la recorrió al darse cuenta de lo aislada que estaría en aquella sinuosa carretera de montaña. Su coche ya se había deslizado peligrosamente cerca del guardarraíl un par de veces, a pesar de las bien cuidadas carreteras suizas, pero el chalé no podía estar mucho más lejos. Según el GPS, su destino estaba tras la siguiente curva, pero la carretera parecía estar convirtiéndose en una pronunciada pendiente cada vez más peligrosa.

Izzy detuvo el coche en el arcén y decidió caminar los siguientes kilómetros. Debería haberse quedado en el pueblo y haber pasado la noche en algún hotel, pensaba.

Enfadada consigo misma, tomó su mochila y empezó a subir la cuesta, agradecida por llevar botas en lugar de zapatillas deportivas. Al menos las botas eran impermeables. Sin embargo, la chaqueta de cuero no la protegía del gélido viento y descubrió, por las malas, que sus botas no eran tan impermeables. La nieve se filtró hasta los finos calcetines de algodón y si no entraba pronto en calor acabaría congelada.

Para cuando llegó al final del camino, temblaba violentamente. En Irlanda, una tormenta de nieve como aquella paralizaría todo el país durante días, pero en Suiza debían estar acostumbrados a esas duras condiciones climatológicas.

Por fin, llegó frente a una casa en la cumbre de la montaña, rodeada por una verja de hierro forjado. Izzy sacó el móvil del bolso y buscó el código que le había dado Julian para desbloquear el sistema de seguridad. Tras varios intentos fallidos, oyó un pitido y la verja se abrió, revelando un impresionante chalé de montaña con paredes de cristal y madera clara.

Tenía varias plantas y parecía tallada en la ladera de la montaña, pero en ese momento la tormenta de nieve oscurecía por completo lo que debían ser unas vistas espectaculares. A través de un seto a su derecha pudo ver los escalones que posiblemente llevarían a la puerta principal, pero estaba helada y las piernas apenas le respondían después de la escalada.

¿Pensaba Julian llevarla allí él mismo? ¿Había pensado que eso podría llevar a una reconciliación, a pesar de que ella le repetía una y otra vez que su matrimonio nunca se recuperaría de tantas mentiras y manipulaciones?

Izzy marcó el código en otro panel de seguridad y observó cómo una de las pesadas puertas del garaje se deslizaba hacia arriba sobre bisagras invisibles. Ansiosa por alejarse de la nieve, Izzy entró rápidamente, gimiendo de alivio ante la relativa calidez del oscuro sótano. No tuvo que acostumbrarse a la oscuridad porque la iluminación automática se encendió inmediatamente, revelando un

espacio de trabajo que olía a aceite de motor y a goma de neumáticos. Filas de coches se extendían ante ella, algunos completamente ensamblados, mientras que otros estaban suspendidos y rodeados de equipamiento de alta tecnología.

Izzy deambuló entre las filas de vehículos buscando una salida del garaje y, por fin, la encontró. Necesitaba otro código, por supuesto, porque era evidente que el dueño de esa casa estaba obsesionado con la seguridad.

Se sintió infinitamente agradecida al abrir la puerta y sentir el golpe de calor de la calefacción. Aquello parecía más el vestíbulo de un hotel que el de un refugio en la cima de una montaña, pensó. Toda la planta estaba decorada con cálida madera de roble y piedra pulida, combinada con elegantes muebles y textiles que aportaban notas de oro bruñido y algún toque de rojo. Su mirada se clavó en la impresionante chimenea de cristal que iba del suelo al techo y que dominaba el salón principal, rodeada por un mullido sofá de terciopelo rojo.

Izzy recorrió las opulentas plantas superiores, observando que todos los dormitorios tenían una enorme cama con dosel desde la que se contemplaban espectaculares vistas panorámicas del valle.

Se sentía como una intrusa, pero estaba claro que tendría que pasar allí la noche. A pesar de sus dudas, se sentó en el sofá rojo de la planta baja y apoyó la cabeza en el respaldo.

La perspectiva de quedarse atrapada por la nieve en un lugar desconocido no era un gran problema para alguien que había crecido sabiendo que podrían enviarla a otro hogar de acogida en cualquier momento. Ese pensamiento la fortalecía. Le recordaba cómo se las había arreglado para salir de la difícil vida que le esperaba siendo huérfana.

Izzy se había negado a convertirse en una estadística más, en la víctima de un sistema roto como lo había sido su madre biológica, una adolescente fugitiva. Ella era fuerte y no dejaría que la decepción de aquel día la hiciese derrumbarse.

Fuera como fuera, iba a tener un hijo. Aún no sabía cómo iba a hacerlo, pero desde luego no iba a permitir que Grayson la intimidase.

La imagen de Grayson, imponente en la puerta de la consulta, seguía grabada en su mente. No lo había visto desde el día que enterraron a Julian en Singapur. Ella no había sido invitada a la ceremonia privada de la familia Liang y él parecía enfadado al descubrir que no tenía intención de luchar contra ellos para recibir la compensación económica que le correspondía como su viuda.

Su amabilidad la había desarmado durante esos dos días. Grayson incluso había organizado que se alojara en la *suite* de su hotel mientras se ocupaban de los preparativos del funeral. Ella estaba abrumada por el dolor y Grayson la había consolado, asegurándose de que comiera e incluso durmiendo en el sofá de su habitación cuando tenía pesadillas.

Izzy no tenía energías para discutir, aun teniendo en cuenta que la última vez que se vieron fue la noche antes de que se fuera de Singapur en el yate de Julian. Ninguno de los dos había mencionado ese beso, pero había permanecido grabado en su memoria desde entonces. Al igual que el horrible día siguiente.

Aunque durante su breve matrimonio no había sabido nada de Grayson, mientras lloraban juntos empezó a creer que tal vez se había equivocado con él. Quizá no era el ególatra frío y despiadado que la prensa solía retratar. En esos momentos, de pie el uno junto al otro en el crematorio, Grayson incluso apretó su mano.

Julian sabía que se había fijado en Grayson cuando empezó a asistir a las carreras de *Elite One*. Y sabía que fue el dolor que le causó enterarse de que Grayson le había pedido a Astrid que no renovara su contrato lo que la llevó a aceptar apresuradamente viajar a Bali en su yate.

Izzy no era completamente ajena a las razones detrás de todo eso. Sabía que aún le costaba establecer vínculos con la gente. Fue necesaria la muerte de Julian para que por fin comenzase a sanar esa parte de sí misma. De ahí que se sintiera capaz de dar el siguiente paso en su vida: formar una familia y echar raíces en algún sitio.

Astrid había perdido a su anterior niñera en medio de la frenética preparación para la nueva temporada de *Elite One*. Luca, su hijo de dos años, estaba obsesionado con el automovilismo y era ahijado del

legendario Grayson Koh. Izzy no sabía qué esperar tras unirse a un grupo de personas que se conocían perfectamente, pero todos adoraban a Luca, así que, por extensión, el equipo Falco Roux la recibió con los brazos abiertos.

Bueno, la mayoría del equipo.

Desde el primer momento, Grayson se había mostrado frío con ella. Su fuerte personalidad era bien conocida, atribuida principalmente a su desbordante ímpetu y a su talento. No ayudaba nada que fuera el hombre más guapo que había visto nunca y que ella no hiciese más que balbucear nerviosamente en su presencia. Parecía dominar cada habitación en la que entraba con su mirada astuta y su mandíbula cincelada y en las pocas ocasiones en que lo había visto sonreír su corazón se había desbocado.

Sí, se había enamorado de él durante los meses siguientes, aunque no hubiera querido reconocerlo.

Izzy aprendió rápidamente que la vida en el circuito de carreras era frenética y estresante, así que todos en el equipo se trataban como amigos, comían juntos cuando podían y se desahogaban en sus días libres.

Aunque sospechaba de su fácil aceptación en el grupo, Grayson había empezado a frecuentarla, a ella y a Luca, en su tiempo libre. Astrid le dijo que los visitaba con más frecuencia de la habitual, probablemente porque le disgustaban sus bruscos cambios de color de pelo o porque temía que su actitud despreocupada fuese una mala influencia para su ahijado, pensaba ella.

Hasta ese beso.

Estaba segura de que nadie sabía del beso ilícito que compartió con Grayson después de la última carrera de la temporada, pero después de eso Astrid empezó a portarse de forma extraña con ella. La última noche en Singapur, antes de su regreso a Londres, le dijo que no iba a renovar su contrato.

Tras el equivalente emocional a un cubo de agua fría, Izzy apenas se dio cuenta de que Astrid la abrazaba, diciendo que tenía contactos para que vendiese sus ilustraciones y que no debía preocuparse por nada.

Izzy recordaba haber fingido una sonrisa, intentando disfrutar de la fiesta para celebrar el fin de la temporada, pero después de beber demasiado se encontró en los brazos de Julian Liang. Era tan fácil hablar con él, tan aventurero y libre con los cumplidos, tan alegre.

Cuando le pidió que fuese a Bali con él al día siguiente, como amigos, Izzy aprovechó la oportunidad para escapar de otro doloroso rechazo. Julian le dijo todo lo que quería escuchar: que se había enamorado de ella, que había decidido que quería sentar la cabeza y formar una familia… y el resto era historia.

Se casaron pocas semanas después.

Al parecer, Grayson lo había llamado varias veces, furioso, y a Izzy no le sorprendió. Mucha gente creía que era ella quien se aprovechaba del encantador y divertido Julian Liang. Y menos aún que nadie la creyese cuando descubrió la dolorosa verdad tras su repentina fuga.

Julian estaba arruinado y había decidido que la forma más rápida de obligar a sus adinerados padres a compartir su herencia era prometiéndoles nietos.

Izzy contempló un cuadro de estilo impresionista que reflejaba un casco de carreras dorado… un casco que le resultaba inquietantemente familiar.

Había tenido una premonición cuando llegó a la casa y buscó algo que demostrase que estaba en lo cierto. Efectivamente, cuanto más miraba a su alrededor más pruebas veía por todas partes. Las paredes y los estantes estaban prácticamente vacíos, salvo por una vitrina que contenía una hilera de trofeos. Se acercó para ver la inscripción en uno de ellos y retrocedió de un salto como si se hubiera quemado.

Julian la había enviado a casa de Grayson. Aquel chalé era de Grayson Koh.

Tras haberle ocultado que su amigo había pagado el proceso de inseminación artificial, Julian también le había dado los códigos de seguridad de su casa.

Nada de aquello tenía sentido, pero no se quedaría allí para averiguar por qué lo había hecho.

Iba corriendo hacia el vestíbulo cuando la puerta principal se abrió de golpe. La nieve se arremolinaba, enmarcando la ancha silueta del último hombre al que quería ver.

–¿Cómo demonios has subido hasta aquí? –gruñó Grayson, furioso.

–Caminando –respondió ella, decidida.

–¿En medio de una tormenta de nieve? ¿No te importa tu propia seguridad? Abandonaste tu coche a un lado de la carretera y pensé que…

Izzy lo miró. Pensaba que estaba herida. No estaba enfadado, sino preocupado.

–No habría venido si hubiera sabido que era tu casa. Pero no te preocupes, ya me iba.

–No te vayas.

Izzy se echó el bolso al hombro y salió al porche helado. La nieve ya había cubierto el coche de Grayson en esos segundos. Era una todoterreno, mucho mejor para las carreteras de montaña que su pequeño coche de alquiler. Pero conducir cuesta abajo sería más fácil, ¿no?

No tenía más remedio que bajar por la carretera helada porque no iba a quedarse allí sola con Grayson.

Entonces oyó sus pasos sobre la nieve.

–Por Dios, Isabel, deja de huir de mí. Hay cosas que tenemos que discutir… cosas que tengo que explicarte.

–No necesito que me expliques nada. Viniste aquí para cancelar mi cita sin darme la oportunidad de pagar yo misma por el procedimiento –replicó ella–. Puedes quedarte aquí arriba, en tu hermoso palacio de hielo. Al fin y al cabo, encaja a la perfección con tu personalidad.

Orgullosa de sí misma por esa despedida, Izzy aceleró el paso, intentando no alarmarse por los bancos de nieve que bordeaban el camino. No podía llevar allí más de una hora y, sin embargo, el mundo había pasado de ser un paraíso blanco a algo parecido a un *Snowmagedón*.

El sentido común le decía que volviese al chalé, pero nunca se le había dado bien retractarse de sus decisiones impulsivas. Era un

arma de doble filo. Una vez que se comprometía con algo, lo cumplía. No por fuerza de voluntad o por convicción, sino por pura cabezonería.

Apenas había dado unos pasos por la carretera cuando empezó a resbalar sobre el asfalto helado. Una imagen de sí misma deslizándose por la montaña hasta llegar al fondo le dijo que aquello era una insensatez.

Estaba intentando mantener el equilibrio cuando sintió que unas manos la sujetaban por los hombros. El rostro de Grayson era una máscara de irritación contenida mientras la giraba para que lo mirase.

–¿Tanto me desprecias que te arriesgas a morir congelada en la carretera?

Su aliento se condensaba en el aire helado y el calor de sus fuertes manos parecía quemarla a pesar de llevar tres capas de ropa. Cuando la soltó, Izzy se tambaleó un poco, pero se negaba a dejarle ver lo inestable que se sentía.

Y no solo físicamente inestable. Se sentía… incómoda, inmadura. Como si la hubieran dejado a oscuras sobre algo importante. Creía tener todos sus planes en orden, pero en ese momento sentía como si esos planes se le hubieran ido de las manos, dejándola a la deriva y vulnerable. Era una sensación que desató sus más oscuros miedos.

–Necesito llegar hasta mi coche.

–Seguro que ya estará enterrado bajo un montón de nieve –replicó él, entre dientes, tomándola de la mano–. Te estás congelando, Isabel. Tenemos que volver a casa. Deja que te diga lo que tengo que decirte y luego me mantendré alejado de ti hasta que pase la tormenta, si eso es lo que quieres.

La nieve seguía cayendo en densos mantos, pero no era un paraíso invernal, sino algo aterrador. Si se quedaba quieta el tiempo suficiente también ella acabaría enterrada.

Tras un momento de pausa, Izzy empezó a caminar por la empinada colina hacia la casa, negándose a tomar su mano.

Una vez de pie frente a la enorme chimenea, viéndolo encenderla y preparar unas humeantes tazas de té, sintió el principio de un ataque de pánico.

Hasta que la nieve se despejase estaría atrapada allí con él.

No podía escapar.

Grayson estaba de pie en el extremo opuesto de la chimenea, removiendo el té lentamente como si temiera asustarla. Como si hubiera notado lo nerviosa que se ponía ante cualquier manifestación de ira, algo que no había podido superar desde que era niña.

–Voy a hablar ahora y tú vas a escucharme. ¿De acuerdo?

Izzy respiró hondo, mirando brevemente hacia la puerta que daba al vestíbulo, pero sin moverse para cerrarla.

–Muy bien.

–Hay cosas que no sabes –dijo Grayson–. Cosas que supuse que Julian te habría explicado.

–¿Se trata del dinero para pagar el procedimiento?

–No. No se trata del dinero.

Grayson se pellizcó el puente de la nariz y, por un instante, Izzy pensó que parecía atormentado, lo cual no tenía sentido. Grayson era un hombre que no mostraba debilidad. Nunca. La perfección era su sello. Y, sin embargo, en ese momento podía intuir que estaba incómodo, inseguro.

Contuvo la respiración mientras se recostaba en el sofá rojo. Por instinto, alargó una mano hacia la taza de té, acunándola entre las manos como si pudiera brindarle algún consuelo ante cualquier terrible secreto que ese hombre estuviera a punto de revelarle.

Su matrimonio con Julian se había basado en el engaño y la deshonestidad, pero la terapia le había enseñado que era resiliente, y eso era algo de lo que debía enorgullecerse.

Grayson se acercó a la ventana y luego volvió a la chimenea. Izzy lo había visto así antes, incapaz de quedarse quieto mientras hablaba. Claramente, lo que fuera que estuviese a punto de decirle requería toda su concentración.

–Isabel, la muestra de la clínica… no era de Julian, –Grayson sostuvo su mirada–. Si hubiera llegado demasiado tarde hoy… si ya te hubieras hecho la inseminación y hubieras quedado embarazada… ese hijo habría sido mío.

Capítulo 3

De todas las posibles reacciones que Grayson había considerado mientras conducía montaña arriba, preparándose para revelarle la verdad, la fría indiferencia de Izzy no era lo que esperaba.

Había adivinado que buscaría refugio en el chalé, sabiendo que eso formaba parte del plan original de Julian, pero ahora maldecía para sus adentros, mirando a la mujer de expresión pétrea sentada en el sofá de terciopelo rojo. Su belleza fresca y sus curvas voluptuosas seguían siendo tan perfectas como siempre, pero su espíritu estaba apagado.

La Isabel que él conocía había sido rápida y espontánea en sus respuestas; la primera en reír o protestar durante una conversación. Pero ahora, en lugar de gritarle o echarse a llorar, parecía estar desmoronándose.

No intentó cuestionar lo que acababa de decir, de modo que Grayson siguió adelante. Le dijo que Julian le había enviado un mensaje pidiéndole que se vieran, que su matrimonio estaba en peligro porque Isabel quería un hijo y él no podía dárselo. Le contó que él, Grayson, era la razón de que fuese estéril y que el sentimiento de culpa lo había llevado a aceptar ser el donante de esperma, renunciando a todos los derechos de paternidad.

Como ella seguía sin responder, optó por darle tiempo para que lo procesara todo. Se alejó y empezó a hacer llamadas, solo para confirmar que, de hecho, estarían confinados por la tormenta de nieve. Las principales vías de transporte estaban cortadas y se instaba a la gente a quedarse en casa hasta el día siguiente como muy pronto.

Isabel le preguntó en qué habitación podía descansar y, cuando se la mostró, desapareció rápidamente tras la pesada puerta de madera. Grayson rondaba por el pasillo para asegurarse de que estaba bien, pero entonces recordó su promesa de dejarla en paz una vez que hubiera dicho lo que necesitaba decir.

Lo había hecho. Se había explicado. ¿Por qué no se sentía mejor?

Pasó una hora y todo estaba en silencio. Ella seguía en la habitación y la nieve seguía cayendo con fuerza.

Él pagaba una buena cantidad anual a una empresa de gestión para que tuviera sus propiedades listas en todo momento, ya que nunca sabía cuándo podría necesitar alojarse en alguna de ellas, pero eso no había sido posible aquel día porque el viaje a Suiza había sido inesperado. Aun así, en el congelador aún había algunos cortes de carne selectos de su última estancia y la despensa albergaba una buena variedad de frascos, latas y alimentos secos. No era buen cocinero, ni mucho menos, pero podía preparar algo decente cuando hacía falta.

Las palabras parecían congelarse en su pecho mientras reflexionaba sobre todo lo que había pasado. El hecho de que Julian hubiera tenido la intención de que Isabel gestase el hijo de otro hombre sin saberlo era inadmisible. Pero que él nunca hubiera pensado en hablar con Isabel antes de acceder a la petición de Julián lo convertía en cómplice.

Había pensado que eso era lo que ella quería. Incluso se había encargado de redactar el documento legal que le impediría reclamarle beneficios económicos en caso de que su matrimonio con Julian fracasara.

Saber que solo había considerado los riesgos para sí mismo lo avergonzaba.

Pero lo único que no había considerado en aquel entonces era el efecto que tendría en él imaginar a Isabel gestando a su hijo. Había hecho todo lo posible para no pensar en ello, ni siquiera de forma hipotética. Pero, después de cumplir su parte del acuerdo, algo había cambiado.

Había llamado a Julian numerosas veces para decirle que había cambiado de opinión, pero cada vez que pensaba en romper el trato

recordaba que él era la razón por la que su amigo estaba en esa situación.

Julian le había contado lo mucho que Isabel deseaba tener un hijo y cómo al principio le había mentido sobre su infertilidad, pensando que si le contaba la verdad Isabel no se casaría con él. Le había dicho que, tras decidir que tendrían un hijo por inseminación artificial, ambos deseaban que el donante fuese alguien conocido.

Esa era la historia que le había contado Julian. Pero ahora, al relacionar todo lo que había descubierto durante los últimos dos años sobre su amigo, ya no sabía cuál era la verdad.

Sabía lo manipulador y egoísta que había sido Julian en sus peores momentos y que, por culpa de su adicción a las drogas, su familia se había negado a prestarle más dinero, ahondando la distancia entre ellos.

Era culpa suya que Isabel estuviera en esa situación, pensó. Al ignorarla después de ese beso, prácticamente la había echado en los brazos de Julian.

Estuvo rumiando sobre eso durante el resto de la tarde y hasta bien entrada la noche, cuando por fin Isabel salió de la habitación en busca de comida. Grayson la observó mientras tomaba unas galletas saladas y se acercaba a la ventana para contemplar con tristeza la nieve que seguía cayendo.

–¿Puedo prepararte otro té?

Su tono sonó más cortante de lo que pretendía y ella enarcó las cejas, pero Grayson no quería prolongar el gélido silencio. Iban a pasar la noche allí, a juzgar por los informes meteorológicos, y posiblemente también el día siguiente.

–Creo que la situación pide algo más que un té, ¿no crees?

Isabel parecía distante y su voz carecía de su energía habitual.

Grayson permaneció inmóvil mientras ella se dirigía al mueble bar al otro lado de la habitación y pasaba los dedos por cada botella hasta que, por fin, tomó una de *whisky* de gran calidad. No era la opción que él habría imaginado para la sonriente chica irlandesa a la que solo había visto beber refrescos con pajita como una adolescente, pero era su decisión.

Izzy se sirvió una generosa cantidad de *whisky* y se lo bebió de un trago.

–No sé si es buena idea –dijo Grayson–. Tenemos que hablar seriamente.

–¿Sobre qué tenemos que hablar? ¿Sobre que las mentiras de Julián casi me llevaron a gestar a tu hijo sin saberlo? ¿O de que tú aceptaste esa descabellada propuesta sin decírmelo?

–Acepté creyendo que tú lo sabías.

–¿Y pensaste que no querría hablar contigo de ello? ¿Preguntarte cuáles eran tus intenciones?

–No es ningún secreto que yo provoqué el accidente que llevó a Julian a abandonar el automovilismo prematuramente, pero no es de conocimiento público que las lesiones lo hicieron infértil. Durante años intenté encontrar la manera de compensarlo y, por fin, Julian acudió a mí y me dio esa oportunidad.

–¿Entonces fue una especie de penitencia?

Izzy lo miraba fijamente, con una expresión llena de ira.

–Una semana después de aceptar me di cuenta de que era un error. Lo llamé la noche que murió y le dije que no podía seguir adelante… entonces Julian salió y sufrió una sobredosis.

–¿Crees que lo hizo por eso? –Izzy negó con la cabeza–. Esa misma noche yo también le dije que me echaba atrás, así que supongo que es culpa de los dos. Menuda pareja, ¿no?

El dolor y el arrepentimiento le quemaban en la garganta, pero contuvo el torrente de excusas que tenía en la punta de la lengua, los argumentos ingeniosamente formulados que lo liberarían de ese sentimiento de culpa. Porque al contemplar a esa mujer fuerte y hermosa implosionando ante sus ojos supo que no era el momento para nada de eso. Era el momento de guardar silencio y dejarla en paz.

Izzy volvió a llenar su vaso de *whisky* y se puso unos auriculares. Grayson solo podía distinguir vagamente una música *rock*, su género favorito, recordó.

Recordaba demasiadas cosas de aquella mujer.

La observó mientras tomaba otros dos vasos de *whisky* pero, por suerte, pareció reconsiderar la idea de tomar un cuarto. Luego se

quitó las botas y se balanceó suavemente de un lado a otro, dejándose llevar por la música. Y él no podía apartar la mirada. Se decía a sí mismo que permanecía donde estaba solo para asegurarse de que ella no se hiciese daño.

Izzy estaba desahogándose y él no tenía nada mejor que hacer, de modo que fue a su estudio. Ya había revisado sus correos más urgentes y envió algunos relacionados con la carrera benéfica que se celebraría el mes siguiente en su país natal, Singapur, en honor a su retirada.

Sería el momento ideal para revelar sus planes de trabajo, ya que pasaba de ser accionista de Verdant Race Tech a ser su director ejecutivo.

Verdant era una apasionante empresa de ingeniería automotriz centrada en la energía sostenible. Había sido accionista desde sus inicios, diez años atrás, tras haber visto su potencial de innovación en la industria del automovilismo y más allá. Su plan era lanzar su propio equipo en la *Elite E* el año siguiente, la liga altamente competitiva que utilizaba los coches de propulsión electrónica más rápidos del mundo.

También había fundado la *Boost Academy*, una iniciativa global de automovilismo que ofrecía un trampolín a jóvenes desfavorecidos.

Últimamente no había estado mucho en casa, ya que su trabajo lo obligaba a viajar por todo el mundo. Pero ahora, desde su retirada, no tendría el mismo nivel de compromisos. Esa inquietud había sido uno de los factores que lo tentaron a aceptar una de las innumerables ofertas para regresar al circuito y terminar su carrera por todo lo alto.

La fábrica y la sede central de Verdant estaban establecidas en Mónaco para aprovechar que era un semillero de talento para los profesionales del automovilismo, pero era un negocio flexible. Había aprendido mucho de sus amigos empresarios y durante las últimas dos décadas, desde el comienzo de su carrera como piloto, había descubierto qué hacer y qué no hacer. Él conocía mejor que nadie la corrupción y las malas prácticas de la élite adinerada y había controlado su estilo de vida, sin perder de vista lo que sus padres le habían enseñado. Las prácticas comerciales éticas eran algo

completamente separado de su imagen como leyenda del automovilismo, pero algo que se correspondía con su seria personalidad.

Todos decían que se tomaba las cosas demasiado en serio, que no era capaz de relajarse, de divertirse.

Isabel nunca lo conoció de verdad. Solo había visto al famoso y soberbio piloto, la personalidad que había adoptado para dominar el deporte. Había sido un papel necesario para él, pues había descubierto desde pequeño que cuando ganaba, cuando rendía al máximo, era aceptado por todos, a diferencia de cuando solo era un niño empollón con padres de clase trabajadora.

El automovilismo era un deporte muy caro y al padre de Julian le gustaban los ganadores. Así nació la leyenda. Siempre había tenido mal carácter en la pista y la fría arrogancia que mostraba en las entrevistas había crecido a medida que ganaba trofeos.

Cuando estaba al volante de un coche de carreras o en el podio se sentía poderoso y no se había dado cuenta de que esa soberbia había empezado a filtrarse en su vida cotidiana, hasta que, con el tiempo, rara vez dejaba que su verdadero yo tomase las riendas.

Un fuerte chapoteo al otro lado de la puerta interrumpió sus pensamientos. Grayson miró su reloj y se dio cuenta de que había estado en el estudio mucho más tiempo del que pretendía, pero cuando volvió al salón lo encontró desierto.

Las puertas de la terraza estaban abiertas de par en par, dejando entrar el helado aire nocturno, y al salir se encontró con Isabel deslizando su cuerpo parcialmente vestido en el *jacuzzi*.

Llegó justo cuando se sumergía hasta la cintura y maldijo al verla temblar violentamente. Se había quitado el jersey negro de lana y los vaqueros ajustados con rotos en las rodillas, quedando con una sencilla camisola y unas bragas negras con ribete de encaje que solo había visto fugazmente. No porque hubiera estado mirando, claro que no.

Hacía tiempo que se había acostumbrado a no mirar a Isabel O'Sullivan.

Grayson se aclaró la garganta ruidosamente para anunciar su llegada y sonrió, satisfecho, cuando ella dio un respingo y cruzó los

brazos sobre su amplio pecho. Estaba helada y probablemente ya se arrepentía de esa ridícula aventura. La terraza cubierta estaba construida especialmente para los meses de invierno, pero hacía frío si no estabas completamente sumergido en el agua. Además, Isabel estaba borracha y eso era muy peligroso.

–No seas aguafiestas –protestó ella, apartando la mano que le ofrecía con más energía de la que él hubiera esperado.

Luego se deslizó un poco más en el *jacuzzi* y dejó escapar un gemido de placer cuando el agua le salpicó el pecho. Grayson cerró los ojos, paralizado cuando ese gemido lo impactó directamente entre las piernas.

Su cuerpo siempre había sido traicionero con esa mujer. Incluso antes de casarse con Julian se había visto obligado a fingir que Isabel no existía para evitar el poder que ejercía sobre él.

–Has bebido demasiado –dijo Grayson, intentando no mirar el delicado contorno de sus pezones bajo la empapada camisola negra.

–Yo diría que no he bebido lo suficiente.

Isabel sumergió la cabeza en el agua y, sin pensar, Grayson se arrodilló para tirar de ella. Las mangas de su camisa estaban completamente empapadas y los ojos de Isabel se llenaron de alegría mientras le soltaba un chorro de agua directamente en la cara.

–Tienes que salir de aquí. Hace demasiado frío –murmuró él.

Si la dejaba allí más tiempo acabaría ahogándose.

–No eres mi guardián –protestó Isabel, con los ojos encendidos.

Aparentemente, el alcohol había desatado su furia pero, para ser sinceros, él prefería eso a la fría indiferencia. Isabel era una mujer apasionada, siempre hablando, moviéndose, riendo. No debería importarle; no le correspondía… pero le gustaba el tornado de pasión que solía ser y no quería que fuese de otro modo. Y si hacerla enfadar era necesario para eso, estaba dispuesto a recibir el golpe.

–Levántate, Isabel.

Grayson se cruzó de brazos, usando el mismo tono frío y autoritario que había perfeccionado durante dos décadas en el circuito. El tono con el que había conseguido que un multimillonario

corrupto, dueño de un equipo de carreras, le rescindiera el contrato sin penalización y con el que reprendía a los periodistas cuando se atrevían a hacer preguntas que lo molestaban.

Pero Isabel se limitó a poner los ojos en blanco. Exhalando un gruñido, Grayson estuvo a punto de sacarla del *jaccuzi* tirándole de la coleta. Se pondría furiosa, pero al menos seguiría consciente y respirando por la mañana.

–No puedo dejarte sola aquí después de haber bebido alcohol. No es seguro.

–¿No es seguro que esté aquí sola? –preguntó ella, imitando su tono brusco–. Creo que sé cómo podemos resolver ese problema.

Grayson tardó un segundo en ver la chispa de picardía en sus ojos. Demasiado tarde. Un tirón fue suficiente para hacer que perdiese el equilibrio y cayese en el *jacuzzi*.

Cuando recuperó el equilibrio, estaba sumergido hasta la cintura, con espuma burbujeante subiendo hasta su pecho.

Isabel rio, deslizándose hacia el otro lado para evitar posibles represalias.

–¡Estoy completamente vestido! –protestó Grayson, pensando en sus mocasines de cuero hechos a mano.

–¿Habrías aceptado si te hubiera pedido que te desnudases? –preguntó ella con dulzura.

–Tú sabes la respuesta a esa pregunta.

Grayson suspiró mientras se quitaba la camisa. Se dejó los pantalones puestos por decencia, pero desabrochó su reloj y lo dejó a salvo, lejos del borde del *jacuzzi*.

–No me digas que se ha estropeado –dijo Izzy, llevándose una mano al corazón.

–Por suerte, no ha corrido la misma suerte que mis zapatos.

La miraba con los ojos entornados y vio que el regocijo había sido reemplazado por una expresión de congoja. Ella sabía lo mucho que significaba ese reloj para él. Lo sabía porque él mismo se lo había contado un día, mientras Luca les servía un té imaginario.

Fue el último regalo que recibió de su padre antes de que muriese.

–Yo lo estoy pasando bien, así que esto debe ser insoportable para ti –dijo Izzy entonces.

–¿Crees que un poco de diversión me resulta insoportable?

–Sé que te resulta insoportable. Bueno… a menos que estés jugando con Luca o con tus coches de carreras. –Izzy miró el cielo a través del techo de cristal que cubría la terraza–. Quizá me encuentras insoportable. Supongo que mi caótico estilo de vida debe ser poco atractivo para Don Perfecto.

–Estoy lejos de ser perfecto, Isabel.

Ella lo miró con renovado interés.

–Te acabo de tirar en un *jacuzzi* y no se te ha movido un pelo de su sitio. Eres inhumano. Estoy convencida de que eres un vampiro o algo así.

Lo miraba inclinando a un lado la cabeza, como si de verdad pensase que era un vampiro, y él tuvo que hacer un esfuerzo para no reír. Pero era consciente de que ese extraño interludio era solo el resultado de la decepción de Isabel, que intentaba recuperar el control.

Y si tenía que involucrarse en extrañas conversaciones sobre vampiros para evitar que hiciese algo peor que meterse vestida en un *jacuzzi*, eso haría.

–En realidad, no… creo que serías más bien un cambiaformas animal.

–¿Qué?

–El rey Grayson, un poderoso guerrero famoso por la velocidad y la fuerza del león en el que se transforma a voluntad. Primero te dibujaría los ojos…

–Ya veo que conoces mi apodo.

–Todo el mundo sabe quién es el León Dorado.

«Quién era». Grayson estuvo a punto de corregirla y sintió una punzada de irritación al recordar que había decidido retirarse. Tal vez porque, sin su imagen de piloto ganador, no sabía quién era ni cómo comportarse.

Se había alejado de *Elite One* porque había logrado todo lo que se había propuesto y el momento le había parecido oportuno, pero la

sala de juntas era un entorno muy diferente y ya no podía esconderse tras un casco de carreras.

Para demostrar su fe y su pasión por lo que Verdant era capaz de hacer tenía que mostrar más de sí mismo… y ahí radicaba el problema.

–¿Por qué no volvemos dentro? –sugirió.

Isabel clavó en él sus ojos verdes. Como ojos de gato, siempre había pensado. Astutos y sabios… sin revelar sus pensamientos.

–No necesito que cuiden de mí –replicó ella.

Pero luego cerró los ojos y se inclinó peligrosamente hacia atrás. Grayson la sujetó inmediatamente y decidió que era mejor arriesgarse a enfadarla que continuar con esa locura.

No estaba preparado para que ella lo tocase.

–Siempre me he preguntado cómo serían tus brazos sin el mono. La noche que nos besamos lo llevabas, pero son aún más duros de lo que recordaba.

El recuerdo de aquella noche lo pilló desprevenido, provocando una erección vergonzosamente rápida.

Aun así, no pudo evitar preguntar:

–¿Piensas a menudo en aquella noche?

Ella entornó los ojos.

–¿Y tú?

Se quedaron en silencio durante un minuto entero, negándose a ceder. Él notó que sus pezones se habían levantado bajo la mojada camisola y se quedó inmóvil mientras Isabel deslizaba sus curiosas manos por sus bíceps. Se decía a sí mismo que debía detenerla. Que había sufrido un trastorno emocional y aquello lo empeoraría todo.

Cerró los ojos, rezando para que no notase lo afectado que estaba por esas caricias y por los recuerdos de la única vez que se permitió saborear sus labios y tuvo que contenerse para no hacerle el amor en un garaje oscuro.

–Bueno, es hora de irte a la cama –dijo con aparente firmeza.

–¿A… tu cama? –preguntó ella, abriendo mucho los ojos.

–No, a la tuya. A dormir.

Grayson maldijo su propia estupidez por no haberle quitado antes esa botella de *whisky*.

–No quiero dormir. Y sigo furiosa contigo.

Isabel lo miró, su expresión más seria y lúcida que antes.

–Lo sé y lo siento –dijo Grayson.

Aunque ella no recordase esa conversación por la mañana, él sí la recordaría. Y se disculparía una y otra vez hasta que lo creyese.

Isabel lo miró fijamente, sus rizos húmedos enmarcando el hermoso rostro mientras se mordía el labio inferior.

–No puedo dejar de preguntarme… si yo hubiera seguido adelante esta mañana, si tú hubieras llegado demasiado tarde… ¿qué habrías hecho?

Una imagen de Isabel radiante y embarazada de su hijo apareció en su mente con la misma intensidad que antes. Solo que ahora la mujer real estaba frente a él, esperando una respuesta que no podía darle.

Porque, ¿cómo podía admitir que ya se había preguntado cómo sería ese hijo sin revelar que esa había sido la razón por la que rompió su acuerdo con Julian?

–Habría cumplido el acuerdo, por supuesto –respondió en voz baja.

–¿Y tus derechos de paternidad? ¿Habrías renunciado a ellos?

–Si me lo hubieras pedido, por supuesto –mintió Grayson.

Ella enarcó una ceja.

–Hiciste un trato con Julian y podrías hacer uno conmigo también. Ambos podríamos tener lo que queremos.

Sus palabras le dieron de lleno en el pecho. Pero no podía ser. No podía tener lo que quería cuando se trataba de Isabel y sus sueños de un amor romántico y un final feliz. Él era demasiado egoísta y estaba demasiado obsesionado con su carrera como para ser un buen marido o un buen padre.

–Eres joven. Puedes volver a casarte…

–Nunca volveré a casarme –lo interrumpió ella–. Confiarle mi corazón a un hombre que me engañó me ha dejado marcada. Incluso pensar en salir con alguien me pone enferma, por eso tomé la decisión de venir aquí. Quiero tener un hijo y concentrar toda mi energía en hacerle feliz, sin la amenaza de dramas y desengaños.

–Cambiarás de opinión –dijo Grayson, en parte para ella, en parte para sí mismo.

Porque sus palabras despertaban un anhelo que no había reconocido hasta ese momento.

–Uf… no digas esas cosas. –Isabel intentó incorporarse, pero se tambaleó–. Estoy un poco mareada, pero sé lo que digo.

–Creo que es hora de entrar en casa antes de que nos congelemos –murmuró él, apretándola con fuerza contra su pecho.

–Suéltame.

Grayson se levantó, llevándola con él. El golpe de aire frío los sorprendió a los dos y notó que Isabel empezaba a temblar.

–¡Qué frío! –exclamó, apretándose contra su cuerpo para entrar en calor.

Grayson ignoró el efecto de ese cuerpo húmedo y parcialmente desnudo apretado contra el suyo y se concentró en tomar uno de los albornoces que colgaban cerca de la puerta. Consiguió envolverla en uno de ellos sin dejarla caer y la tomó en brazos para llevarla al dormitorio. Para entonces, Isabel estaba medio dormida, con la cabeza apoyada en su hombro.

Él conocía bien el cansancio profundo que a menudo llegaba después de una descarga de adrenalina y, sin duda, ella lo había experimentado aquel día.

Centrándose en lo práctico, la llevó hasta la habitación de invitados y la recostó suavemente en el centro de la cama con dosel. Su ropa interior estaría mojada bajo el albornoz, pero no podía hacer nada al respecto.

Isabel se movió, medio dormida, hundiendo la cara en su antebrazo y suspirando. Grayson dio un paso atrás, pero permaneció en la habitación mucho más tiempo del que pretendía, preguntándose cómo habrían sido las cosas si no lo hubiera estropeado todo. Si no la hubiera apartado después de aquel beso en Singapur…

Capítulo 4

Izzy despertó con la luz del sol filtrándose por las ventanas. Tenía la cabeza embotada y la boca seca, pero no había bebido tanto la noche anterior, ¿verdad? Gimiendo, recordó que le había parecido buena idea meterse en el *jacuzzi* en ropa interior… y luego arrastrar a Grayson con ella.

Sí, tal vez había bebido demasiado.

Recordó hablar y hablar, las palabras saliendo de su boca contra su voluntad, hasta que Grayson la sacó del *jacuzzi*. Recordaba haber apretado la cara contra su corazón y haber cerrado los ojos… y absolutamente nada más después de eso.

Gimiendo de vergüenza, fue directa al baño para refrescarse. Se duchó y se puso un cómodo conjunto de mallas y jersey ancho, con unos calcetines de lana tejidos a mano. Pensó esconderse en el dormitorio hasta que la nieve se derritiera lo suficiente como para poder escapar, aunque el aroma de algo delicioso había entrado por debajo de la puerta de su dormitorio y los rugidos de su estómago la tenían al borde de la desesperación.

Izzy pegó la oreja a la puerta, atenta a los sonidos del cascarrabias de Grayson. Tal vez podría escabullirse y tomar algunas provisiones de los armarios de la cocina.

Mientras intentaba decidirse, un golpecito en la puerta la hizo soltar un grito, pero luego se cubrió la boca con una mano y esperó, rezando para que la creyese dormida.

–Sé que estás ahí. Te oigo a través de la puerta –dijo Grayson.

–No, no puedes –replicó ella sin pensar.

Lo oyó reír suavemente antes de decir:

–Tenemos que hablar, Isabel.

Ella sintió un escalofrío. Sus recuerdos de la noche anterior eran tenues, como si los mirase a través de un espejo de feria, pero recordaba algunas cosas. ¿De verdad había sugerido que hiciese un trato con ella? ¿Y le había preguntado si alguna vez había pensado en ese beso después de acariciar sus bíceps?

¿Qué demonios le pasaba?

Sí, había estado achispada, pero también dolida. Estaba enfadada y desolada por el fracaso de sus esperanzas y eso despertó en ella una furia que nunca había experimentado. Eso y la forma en que Grayson la había mirado…

O tal vez todo era cosa de su imaginación. En fin, por suerte no había hecho nada peor que meterlo en el *jacuzzi* o no se recuperaría jamás de la vergüenza. Porque una cosa era segura: Grayson Koh no estaba interesado en ella. Nunca lo había estado.

–Isabel.

Su tono era cortante y oyó el golpe sordo de una de sus manos en la puerta. No un golpe de ira, sino más bien como una señal.

Nunca le había gustado esperar. Cuando Grayson Koh quería algo, lo conseguía al instante. Quizá sería mejor terminar con esa incómoda conversación de una vez por todas, pensó. Con un poco de suerte, pronto podría irse de allí y olvidar todo lo sucedido. Y una vez en casa podría decidir cuál sería el siguiente paso.

–Bajo enseguida –dijo, esperando que no percibiera el ligero matiz de tristeza que se había colado accidentalmente en su voz.

Pensó en el diminuto bodi blanco que no pudo evitar comprar después de pedir cita en la clínica. Ella no era supersticiosa, pero sabía que algunos pensaban que comprar cosas para un bebé antes de tiempo daba mala suerte. Quizá toda esa aventura estaba condenada al fracaso desde el principio.

Sí, habría sido maravilloso tener un hijo. Y sí, sabía que ella habría sido una buena madre… pero rebuscar entre páginas de donantes e intentar seleccionar a un padre basándose en pequeños detalles le resultaba demasiado abrumador. Además, no podía permitírselo. Y siendo soltera, trabajadora autónoma y hasta el año anterior sin domicilio fijo, sabía que sus posibilidades de ser aprobada para una adopción eran escasas.

Era tan extraño haber aceptado un nuevo rumbo en su vida y que, de repente, todo hubiera cambiado por completo. Pero ¿de verdad estaba tan sorprendida? La vida tenía por costumbre darle un golpe cada vez que se atrevía a soñar. Pero encontraría una solución, siempre lo hacía. Ella no era una cobarde.

El salón principal del chalé tenía un aspecto muy diferente por la mañana, con la cálida luz del sol entrando a raudales por las altas ventanas. Izzy se estremeció al ver que la nieve había superado el nivel del sótano durante la noche. Pero la tormenta había pasado y casi parecía un apacible paisaje invernal.

Dentro de la casa, la chimenea estaba encendida y la larga mesa del comedor dispuesta para dos con jarras de zumo de naranja y agua en el centro, junto con tazones de cereales y lo que esperaba fuese su crema de chocolate favorita. Pero al meter una cuchara para probarla, Izzy hizo una mueca.

–¿Qué demonios es esto? –preguntó, casi para sí misma.

–Crema de cacao vegana sin azúcar.

Grayson apareció en la puerta de la cocina, con un paño de cocina colgado al hombro. Le resultaba raro verlo sin el mono de piloto, pero llevaba unos vaqueros oscuros y un jersey de color vino que le quedaban de maravilla.

–Me temo que es todo lo que hay. –Grayson hizo una mueca–. La última vez que estuve aquí fue en temporada de carreras, así que estaba en plena fase de entrenamiento.

–¿Y ahora que te has retirado has adoptado un estilo de vida menos saludable?

Intentaba bromear, pero no podía dejar de pensar en los músculos bajo la camisa mojada la noche anterior.

«Cálmate, Izzy».

–Ahora solo entreno dos veces al día, si es a eso a lo que te refieres.

¿Dos veces al día? Izzy se atragantó con el zumo de naranja, lo que le valió una risita de Grayson. Pero parecía muy serio cuando regresó un momento después con dos platos de tortitas. Tortitas proteicas sin gluten ni azúcar, le informó rápidamente, con dos tazones de fruta parcialmente descongelada como aderezo.

–Entiendo la necesidad de una nutrición estricta siendo deportista y la verdad es que no están mal… –Izzy tomó otro bocado para enfatizar–. Pero ¿una vida sin azúcar? Pobre hombre, qué desgracia.

Mientras comían, hablaron solo de los nuevos negocios de Grayson, de su trabajo como ilustradora y de la suerte que ambos tenían de poder trabajar en remoto.

Izzy estaba inmensamente agradecida por la decisión tácita de no mencionar lo que le había dicho en el *jacuzzi*. El día anterior estaba enfadada y dolida, siempre una combinación peligrosa. No había querido decir nada de eso y, por supuesto, no habría aceptado si él le hubiera ofrecido seguir adelante con el trato que había hecho con Julian. Eso habría sido una locura.

Grayson se llevó la taza de café a los labios y sus ojos se encontraron con los de ella mientras bebía. No sabía por qué, pero le pareció que el momento quedaba suspendido en el tiempo y la repentina tensión en el aire le hizo un nudo en el estómago.

Él se inclinó hacia delante, apoyando los fuertes antebrazos, tensos y musculosos, sobre la mesa. Izzy apartó la mirada durante una fracción de segundo antes de volver a mirarlo, procurando mantener una distancia formal. Había trabajado cerca de él durante semanas, en estrecho contacto, pero entonces no sabía lo que era sentir las fuertes manos masculinas deslizándose por su piel desnuda como la noche anterior.

Grayson se aclaró la garganta y ella se dio cuenta de que debía haber dicho algo, pero estaba demasiado distraída.

«Maldita sea, cálmate».

–¿Puedes repetir eso? –murmuró.

–He dicho que tengo una propuesta que me gustaría discutir contigo.

–De acuerdo.

Se preguntó si la propuesta tendría algo que ver con bajar esquiando por la ladera de la montaña hasta el hotel más cercano. No lo culparía si quisiera que se fuera de allí lo antes posible después de su comportamiento la noche anterior. Claro que era comprensible después de que apareciese en la clínica sin avisar y,

sobre todo, después de su terrible revelación, pero desearía no haber procesado todos esos sentimientos con *whisky*.

–Isabel, concéntrate.

El profundo timbre de su voz le provocó un escalofrío en la columna vertebral. Su traicionera columna vertebral, hambrienta de contacto.

–Anoche… –empezó a decir él.

–Grayson, por favor. Yo esperaba que pudiéramos olvidar lo que pasó anoche y atribuirlo a la emoción y al alcohol.

–Entonces, cuando dijiste que anhelabas un hijo sin el drama ni la angustia de una relación… ¿no lo decías de verdad?

–No sé, no estoy segura –mintió ella.

Estaba borracha, pero no había perdido el conocimiento. Recordaba la ira creciendo en su interior, el deseo de volver atrás en el tiempo, hasta el día anterior, cuando lo tenía todo tan claro.

–Sugeriste que hiciese un trato contigo –dijo Grayson con expresión seria, como si estuvieran discutiendo precios de acciones.

–Yo no sugeriría tal cosa –protestó ella–. Sería injusto y… absurdo.

–No estoy de acuerdo. –Grayson se levantó y se dirigió al aparador para tomar una Tablet–. Lo que dijiste anoche hizo que me diese cuenta de muchas cosas. Sobre todo, de que mi mayor error fue no asegurarme de que estuvieras presente cuando Julián me habló del acuerdo. Y me gustaría corregir eso ahora, si te parece bien.

El corazón de Izzy se volvió loco cuando Grayson se acercó y le puso el dispositivo delante. En la pantalla se abrió un contrato y, con un roce de su dedo, una voz computarizada comenzó a leer el documento en voz alta.

Izzy se quedó helada mientras procesaba la frase «acuerdo previo a la concepción», seguida por la mención de ambos nombres y una jerga oficial en torno a sus futuros esfuerzos por procrear.

El documento lo cubría todo, poniendo todas las decisiones importantes bajo su control a la vez que reconocía a Grayson como el padre del bebé y le otorgaba los derechos pertinentes. En cuanto la voz empezó a usar una jerga legal más compleja, Izzy pulsó el

botón de pausa y, al levantar la cabeza, vio a Grayson mirándola fijamente, como esperando una respuesta.

–No puedes hablar en serio.

–Pensé que este contrato de diez páginas que mis abogados han tenido que redactar en plena noche podría ser una pista de lo serio que es.

–Pero viniste corriendo para impedir que siguiera adelante con la inseminación. Dejaste muy claro que no era lo que querías.

–Vine aquí porque había hecho un trato con Julián sin hablar contigo primero. Y mientras venía, sin saber si ya lo habías hecho, pensé en la posibilidad de que estuvieras embarazada de mi hijo. Pensé que si llegaba demasiado tarde podría estar camino de ser padre y mi reacción no fue negativa. Te he visto con mi ahijado, Isabel, y sé que cualquier niño sería afortunado de tenerte como madre.

Izzy lo miró fijamente, temiendo desplomarse como un personaje de sus dibujos animados favoritos.

–Pero tú eres un solterón empedernido. Un *playboy*.

–Soy soltero. Devoto, además. –Grayson se recostó en la silla–. Pero ¿un *playboy*? Eso me hace parecer uno de esos idiotas que van por ahí subiendo y bajando modelos de sus yates.

–¿No es así como pasas tu tiempo libre?

–Bueno, para empezar, yo no tengo yate. Y en cuanto a mujeres… tuve una relación seria, pero enseguida me di cuenta de que no estaba hecho para la vida doméstica. Y no me sorprende, ya que mi vida familiar distó mucho de ser tradicional o feliz. –Grayson negó con la cabeza–. Pero anoche me di cuenta de que, curiosamente, ambos queremos lo mismo. Tener un hijo sin las complicaciones que suelen acompañar a la paternidad.

Izzy levantó inconscientemente una mano para llevársela al pecho, como si intentara contener los frenéticos latidos de su corazón. No podía apartar la mirada de su rostro sombrío, de la emoción que veía en sus ojos. Rara vez lo había visto sonreír, tan reservado era. Y, sin embargo, allí estaba, mostrándole esa otra parte de sí mismo.

–¿Qué te parece, Isabel? ¿Te gustaría que tuviéramos un hijo?

Ella reprimió las ganas de soltar una carcajada.

–Eso es una locura.

–¿No crees que sería un hijo precioso? –Grayson arqueó una ceja.

–Tú sabes perfectamente lo guapo que eres, ese no es el problema. Pero que dos personas que apenas se soportan se unan para concebir un hijo… –Izzy se levantó, riendo torpemente–. Bueno, no me refiero a unirnos de verdad. Obviamente, te refieres a hacerlo por la vía artificial.

–No.

Ella se giró para mirarlo. Grayson estaba absolutamente tranquilo, removiendo distraídamente su café.

–¿No?

–Recuerdo que dijiste que te daban miedo los hospitales. A mí tampoco me gustan mucho y la inseminación artificial me parece un proceso largo e incómodo. Como sabes, yo valoro la eficiencia, de modo que mi propuesta es que usemos el método tradicional para concebir un hijo. Uno que implicaría meternos en la cama, literalmente. Comenzaríamos de inmediato. Idealmente, hoy mismo, basándonos en tu ciclo de fertilidad.

Izzy repasaba esas palabras una y otra vez, como si cada frase la acercase cada vez más a un ataque de pánico.

–¿No querrás decir que nos acostemos juntos?

–Si queremos que funcione, eso sería lo más práctico.

Izzy arqueó una ceja mientras él la miraba completamente tranquilo, como si estuviera proponiendo que fueran juntos a esquiar.

Abrió la boca para decir algo, pero lo pensó mejor. En realidad, Grayson no estaba tan tranquilo como quería aparentar. Parecía envarado, con la espalda tiesa como un palo mientras quitaba una imaginaria mota de polvo de la mesa.

–Has dicho que apenas nos soportamos.

–Es la verdad.

–Yo nunca he dicho que me cayeses mal. De hecho, es todo lo contrario. Y, a juzgar por cómo me besaste aquella noche en Singapur, la química entre nosotros no sería un problema.

Izzy se puso rígida.

–¡Tú me besaste primero!

Grayson se levantó para llevar su taza de café a la cocina.

–Lo que quiero decir es que claramente nos sentimos atraídos el uno por el otro.

Izzy se contuvo para no pedirle que aclarase esa última afirmación.

–Te he enviado una copia del contrato por correo electrónico para que lo revises. Por supuesto, puedes negarte si no quieres.

Grayson sonrió, como si creyese improbable que ese fuera el caso.

Izzy se quedó sola en la larga mesa del comedor, sintiéndose como una botella de refresco que alguien hubiera agitado y agitado hasta estar a punto de reventar.

A pesar de cuánto la había afectado, había restado importancia a ese beso, diciéndose a sí misma que había sido un momento lleno de adrenalina del que probablemente él se arrepintió inmediatamente.

Grayson se lesionó en la última carrera de la temporada y se vio obligado a retirarse antes de tiempo, pero aun así ganó el campeonato. Así de imprevisible era el mundo de las carreras. Ella fue a felicitarlo y lo encontró solo en el garaje, mientras todos sus compañeros de equipo estaban en el podio celebrándolo. Un minuto estaba abrazándolo para darle la enhorabuena… al siguiente se besaban como si sus vidas dependieran de ello. Las manos de Grayson estaban por todas partes, su boca devorando la de ella como un poseso.

Enseguida oyeron a los demás, que iban a buscarlo, y él simplemente maldijo en voz baja y… se marchó.

Izzy no sabía cuánto tiempo estuvo sola en ese garaje en penumbra antes de, por fin, reunir el coraje suficiente para salir y unirse a las celebraciones.

Al día siguiente, Astrid le dijo que no renovaría su contrato y no volvieron a verse.

Grayson había dejado claro que la encontraba atractiva, pensó entonces. Probablemente solo era un mero cumplido y, sumado a que le proponía la posibilidad de hacer el amor como parte de un pragmático acuerdo, Izzy decidió no dejar que se le subiera a la cabeza.

No habría ninguna relación sexual.

¿En qué se había convertido su vida para oír semejante frase de uno de los hombres más atractivos del mundo justo después de decirle que quería dejarla embarazada?

Izzy se dirigió a la terraza en busca de aire fresco, intentando calmar su corazón acelerado. No sabía cuánto tiempo permaneció allí, mirando los árboles nevados, pero después de un rato dejó de oír la voz de Grayson en el despacho, hablando con alguien por teléfono.

La idea de que quisiera retomar la conversación mientras ella ardía de emoción ante la posibilidad de aceptar le parecía peligrosísima. Quizá una persona más segura de sí misma se habría preparado para discutir los detalles de la propuesta, pero aunque ella se enorgullecía de ser una mujer moderna, en realidad siempre había sido una mojigata cuando se trataba de sexo.

Y tener que pedirle que le explicara exactamente en qué consistiría el acuerdo la estremecía de tal modo que, sin darse cuenta, se había puesto el abrigo y se había aventurado a bajar al jardín cubierto de nieve. Necesitaba tiempo para pensar, para asegurarse de no dar un paso en falso. No estaba huyendo… en realidad, no.

El aire frío era casi doloroso al entrar en sus pulmones en rápidas bocanadas. ¿De verdad estaba pensando en aceptar? Si era sincera consigo misma, debía admitir que no necesitaba pensarlo porque desde el momento que él lo sugirió algo se había encendido en su interior.

Esperanza.

Una esperanza que se había dicho a sí misma que no debía sentir.

Pero la forma en que Grayson lo había explicado todo le parecía… perfecta. Nada típico ni convencional, al contrario, pero extrañamente perfecto. Era como si su intuición hubiera echado un vistazo a ese acuerdo previo a la concepción ridículamente detallado y hubiera dicho: «Ah, muy bien, Izzy, este es el hombre ideal para dejarte embarazada».

Su lado realista sabía que era una locura considerar semejante acuerdo con un hombre tan estirado como Grayson. Y más aún

considerando que su propuesta de hacerlo «a la antigua» implicaría mucho más que aprender a no pelearse…

Tendrían que acostarse juntos y tener relaciones sexuales.

El sexo con Grayson Koh era algo que definitivamente había imaginado durante su fugaz enamoramiento tres años antes. Siempre había tenido un gran carisma, aunque ni siquiera intentaba ser agradable. Su sola presencia parecía cautivarla y no solo por sus abdominales definidos y su mandíbula cincelada.

No, el atractivo de Grayson residía en su increíble competencia, en la seguridad en sí mismo. Izzy estaba convencida de que si decidía construir un cohete espacial lo terminaría a tiempo y sin salirse del presupuesto. Para ella, que era un torbellino andante, esa determinación era más embriagadora que su físico atlético.

Izzy cerró los ojos, pensando que eran las hormonas las que le hacían imaginar ese cuerpo caliente y sudoroso apretado contra el de ella. No había tenido sexo en años. Julian y ella no habían tenido intimidad después de los primeros meses de matrimonio y no había salido con nadie desde que murió. Los problemas de adicción de su marido a menudo le causaban dificultades en la cama y… en fin, su vida sexual había sido bastante mediocre.

Pero tenía la sensación de que el sexo con Grayson sería todo menos mediocre.

Claro que acostarse con él sería solo un medio temporal para lograr un fin mucho más permanente. Si lo hacía, él había dejado claro que no sería un donante anónimo, sino el padre de su hijo.

¿No era eso un retroceso después del largo examen de conciencia que había hecho antes de decidir que quería ser madre soltera?

Pero él había usado palabras como «deseo» y «química»… palabras que habían despertado esa pequeña chispa de esperanza que vivía en su pecho.

La pequeña chispa que tanto se había esforzado por mantener bajo control porque tendía a florecer al primer atisbo de aliento.

Nunca haría algo tan tonto como soñar con un final feliz, como había hecho cuando se casó con Julian. Ni siquiera soñaría con una relación con el padre de su hijo. Si hacía aquello, estaría aceptando a un compañero igualitario en un equipo de dos. No estaría sola, al

menos no todo el tiempo. Y su hijo nunca se preguntaría quién era su padre y por qué no había sido deseado, como se había preguntado ella durante toda su adolescencia.

Izzy sentía como si estuviera al borde de un precipicio, contemplando un incierto abismo negro y turbulento debajo.

Capítulo 5

Cuando Grayson encontró el salón vacío y la taza de té de Izzy abandonada sobre la mesa, tuvo un mal presentimiento. Y cuando vio huellas sobre la nieve supo que estaba en lo cierto.

Sin pensarlo dos veces, se puso una gruesa chaqueta de esquí y salió tras ella. Mientras seguía las huellas por el jardín, rezó para que no se hubiera adentrado en la montaña con esas ridículas botas que no la protegían del frío.

Poco después la vio sentada en una roca, a una distancia prudencial de cualquier peligro.

Se detuvo, exhalando con fuerza cuando Izzy se giró para mirarlo.

–¿Tienes ganas de morir?

Su propio miedo le hacía olvidar el tacto, como siempre, pero no le importó. Había visto a demasiada gente tomar malas decisiones en estado de *shock* o bajo presión. Izzy no estaba acostumbrada a ese terreno y no sabía lo fácil que era morir congelado en la montaña.

–Necesitaba despejarme un poco.

Izzy cruzó los brazos sobre el pecho, a la defensiva, fulminándolo con sus preciosos ojos verdes. En comparación con la desilusión que había visto en ellos el día anterior, su ira era casi bienvenida.

Isabel no estaba hecha para emociones pequeñas y tímidas, sino para sentir profundamente, como un motor de la más alta potencia. Mientras que él siempre había sido frío, reservado y tenso. Y en ese momento estaba tenso. Al fin y al cabo, Isabel había estado a punto de lanzarse por una montaña cubierta de nieve cuando él sugirió que se acostasen juntos.

–¿Mi propuesta es tan poco atractiva que prefieres rodar por un precipicio?

–No exageres –dijo ella–. Estoy a unos metros de la casa.

–Después de una tormenta de nieve –le recordó Grayson–. No llevas calzado adecuado –añadió, tirando de su mano y apretándola contra su costado.

Ella lo miró, incrédula.

–Oye…

–Puedes seguir fulminándome con la mirada o podemos volver a la casa antes de que te congeles. Tú decides.

Por suerte, Izzy decidió no discutir y permaneció en silencio mientras volvían al chalé. ¿Cómo se le había ocurrido salir de casa con esas ridículas botas? Tal vez estaba dándole demasiadas vueltas, se dijo. Las botas iban bien con su estilo y su personalidad, pero no eran adecuadas para la nieve y estaba enfadado con ella por no protegerse los pies adecuadamente. Lo cual era absurdo.

Parecía incapaz de controlar sus emociones cuando estaba cerca de esa mujer.

Era una sensación inusual, considerando que había convertido el férreo control de sí mismo en parte de su personalidad. En su mundo, donde los reflejos precisos y los giros perfectamente calculados marcaban la diferencia entre la vida y la muerte, Izzy O'Sullivan era un obstáculo inesperado.

Podría haberla soltado cuando llegaron a la terraza, pero había rodeado su cintura con una mano y ninguno de los dos hizo ademán de separarse, lo cual le parecía estupendo. Sin decir palabra, la condujo escaleras arriba, directamente al baño principal.

–Puedo cambiarme de ropa yo solita –dijo Izzy, aunque le castañeteaban los dientes.

–Deja que alguien cuide de ti por un segundo, ¿quieres?

Isabel apretó los labios en un gesto obstinado, pero dejó de protestar. Al parecer, solo aceptaba ayuda si se ponía serio. Tendría que archivar ese descubrimiento para más tarde. Suponiendo que hubiera un «más tarde», claro.

Nunca había sido un hombre paciente; posiblemente ese era uno de sus mayores defectos. En cuanto decidía que quería algo,

actuaba. Y quizá esa era una cualidad admirable en las salas de juntas, pero no era tan efectiva cuando se trataba de una mujer ferozmente independiente.

Suspirando, abrió el grifo de la ducha y comprobó que estaba a la temperatura perfecta.

–Voy a ayudarte a quitarte la ropa –dijo sin mirarla–. Tienes las manos entumecidas y probablemente también los pies.

–¿Y tu solución es desnudarme y meterme en la ducha?

–No voy a mirar, evidentemente.

–Evidentemente. –Isabel miró fijamente un punto por encima de su cabeza mientras él se disponía a desabrochar la chaqueta de cuero–. Si seguimos adelante con tu ridícula proposición, tendrás que mirarme en algún momento.

La sorpresa lo dejó inmóvil durante unos segundos, procesando la imagen mental que evocaban sus palabras.

–¿Crees que eso sería un problema para mí?

Izzy tragó saliva.

–No sé qué pensar cuando se trata de ti, Grayson. Nunca lo he sabido.

Él se pasó una mano por el pelo, sin saber cómo verbalizar su respuesta sin hacerla salir corriendo. ¿Cómo podía decirle que la oferta no era solo para concebir un hijo? ¿Que también se trataba de apaciguar su propia curiosidad y acallar el deseo que había sentido desde que la vio por primera vez?

La ardiente lujuria que lo había avergonzado al darse cuenta de lo inocente e idealista que era.

El hecho de que la hubiese evitado no decía nada malo de ella, sino de él y de su propia falta de control cuando se trataba de Isabel.

Pero si ella aceptaba no necesitaría ejercer ese control, pensó entonces.

Si ella aceptaba el descabellado acuerdo tendría que hacerle el amor…

Y lo haría. No se detendría hasta estar seguro de haber hecho todo lo posible por llenarla con su semilla en todas las posturas imaginables. Pero, más que eso, haría que el recuerdo de cómo la

había dejado embarazada la persiguiera mucho después de que el acto hubiese terminado.

Izzy luchaba contra su propia confusión mientras Grayson salía del baño después de ayudarla a desvestirse. Cuando se metió en la ducha cerró los ojos e intentó procesar el laberinto de esa conversación.

Había aprendido mucho tiempo atrás a no perder el tiempo intentando caerle bien a todo el mundo. La mayoría de las veces, de todos modos, era imposible hacerles cambiar de opinión. Quizá Grayson nunca había sido abiertamente hostil hacia ella, pero tampoco había intentado conocerla. Sin mencionar las miraditas que le lanzaba cada vez que hablaba con otros, siempre sociable con todo el mundo, como si su sola existencia lo irritase.

Cuando se lo contó a Eve, durante una de sus largas conversaciones telefónicas, su amiga rio y dijo que probablemente se trataba de una ridícula forma de atracción reprimida. Una teoría que Izzy descartó al instante porque Grayson era un piloto de carreras de fama mundial.

La idea de que un hombre como él necesitara reprimir cualquier deseo le parecía risible cuando había visto a mujeres arrojándose literalmente en sus brazos.

Pero incluso si hubiera sido así, que sin duda no lo había sido, ella jamás habría recompensado un comportamiento tan infantil. No había tolerado que los chicos del colegio se burlasen de ella y desde luego no lo toleraría de un hombre adulto, famoso o no.

Pero iba a aceptar el trato y necesitaba decírselo sin perder la compostura. Sin esperar ni un segundo más, salió de la ducha, se envolvió en un albornoz y entró en el dormitorio.

Él también se había duchado, eso fue lo primero que notó. El aroma a jabón de lima impregnaba el aire y aún quedaban gotitas de agua en su pelo negro azabache. Se había afeitado y ya no tenía la sombra de la barba incipiente que había notado esa mañana.

–No digas nada –dijo rápidamente, rezando para no perder el valor en un momento tan crucial–. Solo… déjame decir esto primero y luego puedes hacer lo de siempre.

–¿Lo de siempre? –Grayson enarcó una oscura ceja.

–Se te da bien hablar de contratos. La forma en que has sacado el tema parece más propia de una sala de juntas que una proposición para que tengamos un hijo. Para que nos acostemos juntos…

Se le enredaban las palabras, como solía ocurrir cuando necesitaba expresar algo con urgencia. Era típico que su mente fuera un torbellino de pensamientos justo cuando más necesitaba tranquilidad y dejó escapar un suspiro de frustración.

Oyó los pasos de Grayson acercándose un poco más, pero no quiso levantar la cabeza por miedo a ver compasión en sus ojos. No quería que ese fuera un momento de compasión; necesitaba que fueran iguales para poder aceptar su oferta. Para sentirse empoderada al hacerlo.

Todas esas palabras le habían parecido bien cuando estaba sola en el baño, mirándose en el espejo, pero ahora que él estaba allí, con esa mirada tan atractiva y melancólica, se sentía como esa niña que siempre había sido ignorada, rechazada o ridiculizada. Lógicamente, sabía que era una tontería. Lógicamente, sabía que era una adulta. Pero eso era lo curioso del trauma, que no importaba la lógica.

–¿Puedo decir una cosa? –preguntó Grayson.

Su tono no era burlón ni impaciente, sino teñido de una suavidad a la que no estaba acostumbrada.

Izzy asintió, intentando no pensar en lo vulnerable que se sentía con ese fino albornoz mientras él estaba casi vestido y parecía mucho más sereno que ella.

–Disculpa si la proposición ha sonado demasiado formal. Pensé que era la mejor manera de abordar el asunto. En fin, la verdad es que no pensé mucho antes de soltarlo.

Grayson se pasó una mano por el pelo, aún mojado, de una forma que debería haberlo desaliñado, pero no. El hombre parecía estar permanentemente en modo «modelo masculino en anuncio de colonia». Era ridículo.

–No estoy más tranquilo que tú, pero se me da mejor ponerme una máscara de indiferencia.

Izzy bajó la mirada hacia sus ridículas uñas con abejitas.

–Debes usar mucho esa máscara porque siempre te he visto absolutamente tranquilo y controlándolo todo.

–Acabo de preguntarle a la viuda de mi mejor amigo si le gustaría ser la madre de mi hijo… probablemente tengo menos calma y control que nunca en toda mi vida.

Debería haber sido una declaración sombría, pero al recordarle la situación, el vínculo que los unía, Izzy tuvo que apretar los labios para no reír.

–¿Te parece gracioso? –preguntó él, confundido.

–Venga ya –por fin, Izzy no pudo contener una carcajada–. Es completamente ridículo. Todo esto es… como una obra de Shakespeare.

Grayson apartó la mirada, pero ella vio que intentaba disimular una sonrisa.

–¿Entonces qué dices?

–Estoy de acuerdo –dijo Izzy simplemente–. Quiero hacer esto contigo y acepto las condiciones.

–¿De verdad?

–Ya había decidido que iba a decir que sí cuando salí a dar un paseo. Solo que… tuve que animarme para decirlo en voz alta.

–¿En serio? –Grayson dio otro paso al frente–. Deberías habérmelo dicho, Izzy. Pensé que estabas huyendo de mí.

–No estaba huyendo. Estaba pensando.

–¿Y no podrías haber pensado dentro de casa, lejos de las montañas?

–Eres muy mandón, ¿no?

Izzy sacudió la cabeza, intentando no preguntarse si sería así de mandón en la cama.

–Lo soy –dijo Grayson.

Ella tardó un segundo en darse cuenta de que se refería a su primera declaración y que no había leído sus obscenos pensamientos. Al menos, esperaba que fuera así.

Cuando levantó la cabeza lo encontró mirándola con los ojos entornados. El aire estaba cargado de tensión y se sintió totalmente desorientada.

–Entonces… ¿cómo vamos a hacerlo?

Se sentó en el borde de la cama, intentando disimular el temblor de sus manos y cruzando a un lado las piernas de una forma que esperaba fuese elegante y femenina.

Grayson la miró ladeando la cabeza.

–Si hubieras leído todo el contrato habrías visto que incluye los resultados de mi examen médico más reciente.

Ella asintió. Lo había leído y lo agradecía mucho.

–Yo no tengo los resultados a mano, pero me hicieron pruebas en la clínica y estoy muy sana.

–Te creo.

Izzy respiró hondo y se obligó a mirarlo a los ojos sin echarse a llorar ni soltar más carcajadas de pánico.

–Dijiste que empezaríamos de inmediato si aceptaba y creo que deberíamos hacerlo. Solo para… quitarnos de encima la parte incómoda, ¿no?

Él no se movió, no dijo nada, pero Izzy vio que apretaba los dientes. Un músculo de su mandíbula se contraía rítmicamente mientras parecía reflexionar sobre sus palabras.

–Lo dices como si fuera una tarea. Como poner la lavadora o sacar la basura.

–No quería ofenderte –se apresuró a decir ella–. Solo quería decir que esto no es algo normal para ninguno de los dos, así que no hay necesidad de…

–¿Fingir que disfrutamos? –sugirió Grayson cuando ella no terminó la frase.

Izzy tomó aire.

–Solo quiero decir que no espero una gran escena de seducción. Deberíamos ser prácticos.

–Esto no es una clínica de fertilidad –le recordó él–. Pero podemos saltarnos la seducción y el placer si de verdad eso es lo que quieres.

–Sería lo más práctico.

Si su respuesta le sorprendió, no lo demostró. Sencillamente, la miró con su habitual arrogancia. A todos los efectos, bien podrían haber estado conversando en una mesa de juntas en lugar de frente a una cama con dosel.

Izzy tragó saliva y Grayson esbozó una sonrisa mientras daba un paso adelante.

–¿Esperas que te tumbe aquí mismo y haga el trabajo?

Ella cuadró los hombros.

–Creo que eso sería lo mejor. Es decir… si te parece bien.

Grayson frunció el ceño.

–Tú llevas el control, Isabel. Si quieres que sea algo mecánico, te daré algo mecánico.

Izzy tragó saliva cuando él dio otro paso adelante. Apenas los separaban unos centímetros del borde de la cama. Estaba claro que solo iba a ser un simple acuerdo entre ellos, sin emociones ni sentimientos. Entonces, ¿por qué de repente sentía que se estaba perdiendo algo importante? Como si, por un instante, Grayson hubiera esperado que ella objetase.

Después de tanta introspección no creía poder soportar que él cambiase de opinión. Claro que, por otro lado, sería mejor que cambiase de opinión en ese momento, antes de que las cosas hubieran ido más lejos y ella se hubiera aferrado a la idea de que él fuera el padre de su hijo.

Le gustaba demasiado pensar en él de esa manera, se dijo entonces. El acuerdo que le había propuesto era lo mejor para ambos y solo tenía que ayudarlo a superar esa parte. La parte de concebir un hijo.

Podía ocultar su atracción por él y controlar sus reacciones, estaba segura. Haría lo que fuera necesario para conseguirlo.

Capítulo 6

Izzy había aprendido que si se daba demasiado tiempo para pensar, se quedaba paralizada. De modo que no tenía sentido prolongar una situación tan incómoda. Lo más fácil era tirar para adelante.

Estaba a punto de acostarse con una leyenda mundial del automovilismo y tenía diminutas abejas amarillas pintadas en las uñas de los pies.

–¿De qué te ríes? –preguntó Grayson en voz baja, sin dejar de mirar sus piernas desnudas.

–Me río cuando estoy nerviosa. A veces también hago chistes malos.

–¿Calzado inapropiado y chistes malos? No esperaba menos de ti.

–Si mencionas mis botas una vez más, te juro que…

Grayson empezó a desabrocharse el cinturón y las palabras murieron en sus labios.

–¿Qué harás?

–Bueno, iba a decir que me iría de aquí ahora mismo, pero eso no va a pasar, ¿verdad?

–Puedes salir de esta habitación en cualquier momento. Ahora o dentro de diez minutos… pase lo que pase. Si cambias de opinión, pararemos de inmediato, ¿de acuerdo?

Era un alivio saber que podría marcharse si era demasiado. Ya había tenido que contenerse para no salir corriendo de la habitación varias veces, pero al contemplar la dura evidencia de su afán por cumplir físicamente con el trato, decidió que se quedaría un poco más.

–Lo mismo te digo –susurró.

Odiaba lo débil que sonaba su voz, pero quería que él supiera que también podía parar si cambiaba de opinión.

No había nada típico o normal en lo que estaban a punto de hacer. Izzy no sabía cómo se portaba Grayson con la larga lista de mujeres con las que aparecía en los eventos, pero para ella el sexo significaba algo.

Había intentado tener encuentros casuales, sin importancia, como algunas de sus amigas. Pero ser niñera era un trabajo muy estresante, con muy poco margen para hacer amigos o tener citas, así que no era sorprendente que hubiera llegado a los veinticuatro años sin haberse acostado con nadie.

Entonces apareció Julian, con su encanto y su declaración de amor, y ella se volvió loca de lujuria. Las primeras veces que intentaron hacer el amor fueron desastrosas, tal vez por culpa de sus nervios, y el ego de Julian quedó muy dañado, de modo que le resultó fácil culparse a sí misma por su fracasada vida sexual.

Solo cuando se separaron y empezó a ver a un terapeuta se dio cuenta de lo anormal que había sido su matrimonio. Básicamente, Julian quería una esposa falsa para apaciguar a sus padres y ella se convirtió en un blanco fácil…

El ronco murmullo de Grayson pronunciando su nombre interrumpió los pensamientos de Izzy, que levantó la cabeza y lo encontró mirándola expectante.

–Me gustaría empezar ahora, por favor.

El dulce «por favor» rompió el rígido control de Grayson. La cortesía que emanaba de esos carnosos labios rosados era más de lo que podía soportar. Le gustaría empezar en ese mismo instante y concebir a su hijo justo allí, en esa cama.

Estaba más que preparado para llevar a cabo el acuerdo sin pasión alguna si eso era lo que ella deseaba, pero después de un año entero deseando a aquella mujer, solo para verla fugarse con su mejor amigo, le encantaría saciar sus reprimidos deseos.

Y, a juzgar por el brillo de sus ojos cuando mencionó lo minucioso que pretendía ser, no creía ser el único que experimentaba ese deseo.

Grayson dio un último paso adelante, rozando sus rodillas. En esa posición, ella tendría que levantar la cabeza para mirarlo y verla de esa manera… iluminaba su mente traicionera con imágenes ilícitas.

Durante demasiado tiempo se había negado a soñar con esos labios, pero ahora levantó su barbilla con un dedo, de modo que ella tuviera que estirar el cuello para recibir el beso.

Sus labios sabían a sirope caliente sobre el pastel de ciruelas más dulce y quería devorarla entera, pero se contuvo.

La sintió contener la respiración durante una fracción de segundo antes de ceder, dejando escapar un gemido apenas perceptible, pero que rompió el dique de su control.

Apenas tuvo un par de segundos para saborear la victoria antes de que ella se apartase, empujándolo frenéticamente.

–¿Por qué…? ¿Qué estás haciendo?

–Te estaba besando –respondió él con brusquedad, conteniendo el impulso de seguir besándola.

Pero Isabel estaba decidida a mantenerlo a distancia y si intentaba presionarla se alejaría aún más.

–Sin besos –susurró ella.

Luego se recostó bruscamente en la cama, como si tuviese que hacerlo todo muy rápido para no perder el control, y eso no lo animaba en absoluto. La fantasía de desnudarla lentamente y saborear cada centímetro de su deliciosa piel ya no parecía estar a su alcance y, de repente, Grayson se sintió menos seguro de ese acuerdo.

Esa mañana, todo le había parecido tan sencillo. Tendría el hijo que anhelaba y, al mismo tiempo, disfrutaría de esa mujer exasperante a la que nunca podría permitirse tener de verdad. Pero ahora, ante su determinación de mantenerlo a distancia, se preguntaba si era buena idea tenerla así, sin poseerla de verdad. Quería imaginar que la poseía, que Isabel sentía lo mismo que él, que lo anhelaba tanto como él.

Pero la versión real de Isabel era distante, decidida a mantener su relación bajo control, y tenía que respetarlo aunque sabía que también ella lo había deseado alguna vez. Lo había visto en la forma en que lo miraba cada vez que estaban solos. Lo había sentido la

noche que casi se rindieron a ese deseo, antes de que el destino interviniera y lo arruinase todo de la peor forma posible.

Su intuición nunca lo había guiado mal en toda la vida. Ni en la pista, ni en los negocios, ni siquiera en su única relación, desastrosamente fallida. Cuando el instinto le decía algo, Grayson le hacía caso. Pero Isabel necesitaba llevar el control y él necesitaba decirse a sí mismo que solo estaba dispuesto a seguirle la corriente. Aceptaría lo que ella le diese y sería suficiente. Tenía que serlo.

Separó sus piernas, rezando para que estuviese lo suficientemente húmeda como para poder recibirlo. Él solía disfrutar de los juegos previos antes de penetrar a una mujer, pero Isabel había dejado claro que no quería nada de eso.

Al colocarse entre sus piernas, la sensación de su piel desnuda y caliente fue tan intensa que un escalofrío de placer recorrió su espalda, casi haciendo que terminase antes de empezar.

–Necesito un momento… no puedo… –empezó a decir, con voz ronca.

Izzy se puso rígida.

–Está bien. Lo has intentado.

–¿Lo he intentado? –Grayson la miró con el ceño fruncido–. ¿Crees que soy yo el que tiene dificultades?

Isabel apartó la mirada.

–¿No es así?

–Si crees que no tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no tomarte ahora mismo, para no abrirte de par en par y aceptar todo lo que me ofreces…

–No lo entiendo…

Grayson se dio cuenta de que era verdad, no lo entendía. Isabel no tenía ni idea de que había estado al borde de una liberación bochornosa después del primer roce de su erección contra los suaves pliegues. Tan suaves, tan dolorosamente perfectos, superando todos sus sueños…

De repente, su insistencia en completar el trato a la antigua usanza le parecía más una tortura que un capricho. La tortura más dolorosa y perfecta que había soportado nunca. Pero él no quería

soportar una tortura y tampoco quería que ella lo hiciese. Quería que disfrutase.

–Mi investigación reveló algo muy interesante sobre cómo aumentar las posibilidades de concebir… –empezó a decir, aumentando la presión de su pelvis–. ¿Te gustaría oírlo?

–Sí…

El monosílabo salió como un gemido, endureciéndolo aún más, pero Grayson permaneció quieto, conteniendo el impulso de embestirla como un animal en celo.

–Tenemos muchas más probabilidades de éxito si no soy solo yo quien… llega a la meta.

–¿Acabas de usar un juego de palabras sobre carreras en lugar de decir «orgasmo»? –se burló Izzy.

–¿Prefieres que use la palabra orgasmo?

–Yo… no lo sé.

Isabel era una mujer que siempre parecía segura de sí misma y esa falta de confianza en la intimidad hizo que saltasen las alarmas. No sabía qué o quién la había hecho sentir así, convertida en una simple espectadora, pero él no iba a tolerarlo.

–No hay ninguna regla que diga que no podemos ser prácticos y aun así disfrutar de esto, Isabel. Y creo que disfrutarías mucho si te hiciera llegar al orgasmo. Podría hacerlo despacio con la boca… o podría llevarte ahí rápidamente con los dedos, lo que tú quieras. Deja que te haga disfrutar y que disfrutemos los dos.

Cuando Isabel por fin lo miró, tenía las pupilas dilatadas y los párpados pesados. Sus palabras habían provocado esa reacción. ¿Sería posible que le gustase decir cosas sucias en la cama?

Interesante. Muy interesante…

En la pista, un milisegundo de retraso en la reacción podía ser un desastre. Él era un maestro observando y reaccionando bajo presión, pero nunca había sentido tanta presión como en ese momento. Debería ser muy sencillo. Al fin y al cabo, solo era un acuerdo. Quizá fuera egoísmo, bravuconería o tal vez su propio ego, pero necesitaba que Isabel disfrutase de aquello. Necesitaba saber que la atracción no había sido solo por su parte todos esos años atrás. Si quería dejar atrás esa obsesión, aquello tenía que salir bien.

La miró fijamente mientras deslizaba los dedos por su vientre, envalentonado al ver que no apartaba la mirada.

–Dices que no quieres que te bese y no lo haré… –dijo con voz ronca–. Hasta que tú me lo supliques.

–No te suplicaré –replicó ella con brusquedad, jadeando cuando sus dedos por fin alcanzaron su objetivo.

–No necesito besarte para que llegues al orgasmo. Soy meticuloso y cuando me impongo una meta me gusta ganar.

Capítulo 7

El corazón de Izzy parecía latir en cada centímetro de su cuerpo. Grayson apenas la rozaba y aun así sentía como si estuviera por todas partes. Cuando rozó con los dientes la sensible piel de su cuello sintió que todo su cuerpo se estremecía y sus caderas se levantaron por sí solas.

Grayson dejó escapar un gruñido de aprobación completamente masculino, empujando un poco más hacia delante. El roce de su rígido miembro casi la hizo estallar en llamas y, sin poder evitarlo, dejó escapar un gemido.

–Eso está mejor –murmuró él sobre su oreja–. ¿Te gusta que jueguen con tus pechos?

–Eh… sí, por favor.

–Qué educada.

Su aliento acarició su cuello, sus ojos se encontraron con los de ella durante una fracción de segundo antes de que él levantase una mano para abrir el albornoz.

Ella estaba aturdida, en una especie de estado onírico donde nada tenía sentido, y el hombre más guapo del planeta desataba el nudo de su albornoz como si acabara de darle las llaves de una bóveda secreta. Grayson estaba admirando sus pechos desnudos. Le gustaban sus pechos, de eso estaba segura. No era tan buen actor como para fingir esa reacción. Saber que no había mentido al decir que se sentía atraído por ella era a la vez inquietante e intensamente erótico.

Él no esperó antes de envolver un pezón con los labios. Nada de caricias ni susurros. Como si supiera qué era exactamente lo que ella quería. Chupó y lamió la sensible punta, acariciando un seno con la

mano mientras torturaba lenta y sensualmente el otro con la lengua. Un fuerte gemido resonó en la oscuridad de la habitación, pero Izzy tardó un segundo en darse cuenta de que el sonido provenía de su propia garganta. Se quedó paralizada, avergonzada, y deseó no haber accedido a dejar que la llevase al orgasmo. Tardaría demasiado, no era necesario y necesitaba acabar con aquello de una vez.

Incapaz de decir esas palabras en voz alta, se conformó con guiarlo con las manos lo mejor que pudo hasta que él captó la indirecta y se colocó firmemente entre sus muslos. Así, era innegable el poder de su musculosa figura en contraste con sus suaves curvas. Eran tan diferentes y, sin embargo, cuando por fin empujó dentro de ella, nada de eso pareció importar.

Apretaba la mandíbula mientras la penetraba lentamente. Se movía despacio, llenándola y luego retirándose, con embestidas suaves y superficiales que la hacían ver estrellitas bajo los párpados.

Izzy dejó escapar un suspiro ante la oleada de placer que experimentaba con cada contracción de sus músculos internos alrededor del ardiente miembro.

Grayson hizo una pausa antes de la siguiente embestida e Izzy luchó contra el impulso de gritar mientras él rozaba ese punto perfecto en lo más profundo de ella. Sus caderas se movieron por voluntad propia, necesitando la magia que él ejercía entre sus muslos.

Mantener las distancias parecía completamente ridículo ante el placer que él arrancaba de su cuerpo. Era demasiado y, sin embargo, ni de lejos era suficiente. ¿Así se suponía que debía ser el sexo? ¿Aquel deseo intenso e insaciable?

–¿Sigues conmigo?

La voz ronca de Grayson interrumpió sus pensamientos. Sus ojos oscuros la clavaron en el sitio mientras levantaba su barbilla con un dedo. Por un instante, pensó que iba a besarla de nuevo y deseó que lo hiciera y que no lo hiciera a la vez. Era como si el mundo se hubiera puesto patas arriba y ya no llevase el control.

–Dime qué necesitas –dijo Grayson, erguido como una estatua sobre ella.

Su miembro erecto seguía hundido profundamente en su interior, pero no se movió ni un centímetro mientras esperaba la respuesta.

No podía esconderse de Grayson. ¿Y por qué iba a hacerlo?

Los pilotos de *Elite One* estaban entre los competidores más en forma del mundo y ella tenía a ese piloto para ella sola. Sería el sueño de cualquier mujer. Y, sin embargo, allí estaba, intentando no experimentar la reacción física que estaba teniendo con él.

Quizá tenía razón. Quizá deberían aprovechar esa atracción mutua en su propio beneficio. No tenía por qué ser algo clínico, frío. Quizá debería aprovechar la oportunidad de explorar aquellas cosas que siempre había tenido miedo de pedir.

–Necesito que… empujes… con un poco más de fuerza… tal vez.

–¿Así?

Grayson empujó con fuerza. La brusca embestida dejó a Izzy jadeando y viendo las estrellas.

–¿O así?

Le separó más los muslos y apoyó un brazo en el cabecero antes de repetir el movimiento, con más fuerza en esa ocasión.

–¡Sí!

Izzy deslizó los dedos por el suave torso masculino, ganándose un gruñido de agradecimiento.

No hubo más conversación después de eso. Izzy se perdió en la sensación de ser poseída por él mientras Grayson la embestía una y otra vez, sin descanso, hasta que gritó en medio del orgasmo más poderoso de toda su vida.

–¿Esto es lo que necesitas? –murmuró Grayson, buscando su mirada–. ¿Esto es lo que quieres de mí? Muéstramelo, preciosa…

Izzy tardó un momento en comprender lo que quería decir, y entonces se movió, inclinándose hacia él y respondiendo a cada embestida con otra. Se quedó atónita cuando otro orgasmo comenzó a formarse en su interior, pero estaba decidida a contenerse hasta que, por fin, Grayson se dejó ir, derramándose dentro de ella con un impactante calor que la lanzó directamente a otro orgasmo.

Sin aliento y exhausta, apenas fue consciente de que él le colocaba una almohada bajo las caderas, pidiéndole que no se moviese durante un rato.

Eso no sería un problema, pensó mientras intentaba recuperar el aliento, porque estaba desfallecida. La falta de sueño de los últimos días la atrapó y se quedó dormida plácidamente unos segundos después.

Grayson tardó el doble de lo habitual en completar su entrenamiento matutino, tan consumido como estaba por lo que había ocurrido la noche anterior.

Las extenuantes sesiones de entrenamiento eran lo único que lo había mantenido cuerdo desde que se alejó del automovilismo competitivo después de dos décadas. Pero aquel día, con cada kilómetro que corría en la cinta de su gimnasio casero de alta tecnología, tenía que contenerse para no ir en busca de Isabel y pedirle que repitiesen la actuación de la noche anterior.

Aceptar el final de su carrera había sido un proceso complejo, mucho más duro de lo que había previsto, y parecía sufrir algo parecido a un síndrome de abstinencia, pero su droga había sido la euforia que le proporcionaba estar constantemente en movimiento.

Ahora que se había retirado, de repente tenía todos los días libres. Le había gustado durante unas semanas, pero después de eso empezó a aburrirse y, debido a su espíritu competitivo, no tardó mucho en buscar nuevos retos.

No sabía qué esperar de Isabel esa mañana, después de que se deshiciera entre sus brazos la noche anterior, pero ese juego del gato y el ratón no era lo que buscaba. Aunque ¿de verdad estaba sorprendido?

Ella prácticamente había admitido su celibato durante esos últimos años y él había respondido tomándola a toda prisa, como si fueran dos adolescentes echando un polvo apresurado.

Cerró los ojos, recordando lo que había sentido al deslizarse dentro de ella por primera vez…

Isabel se había derretido como la mantequilla y él la había devorado como un hombre hambriento al que ofrecieran su primer bocado en mucho tiempo. Sentirla responder a sus caricias, oír sus gemidos mientras la llenaba por completo…

Había sido demasiado y había terminado mucho antes de lo que debería.

Lo único que deseaba era tumbarse a su lado y dormir hasta que ambos estuvieran listos para la segunda ronda, pero ella había dejado muy claro que la sesión de sexo había terminado por aquel día. Había sido un golpe brusco de realidad, pero si quería quedar embarazada tendría que ir a buscarlo antes de que se cumplieran los tres días de fertilidad óptima.

Después de todo, sus posibilidades aumentarían si hacían el amor con frecuencia.

Grayson detuvo la cinta. Sí, eso era algo que definitivamente necesitaba recordarle.

Después de darse la ducha más rápida del mundo, se puso un holgado pantalón de chándal gris y optó por esperar un momento antes de ponerse la camiseta. Podría ser desvergonzado, pero si la abierta admiración por su cuerpo era el único arsenal que tenía en esa batalla de voluntades, estaba dispuesto a usarlo. Después de todo, no se había ganado esa reputación de despiadado sin razón.

Recorrió la planta baja sin ver rastro de rizos rubios ni piernas largas. Había demasiados pisos en esa casa, demasiadas habitaciones en las que esconderse… pero un delicioso aroma flotaba en el aire y provenía de la cocina. Isabel no lo oyó entrar porque llevaba puestos los auriculares. Estaba de espaldas, sujetando un recipiente con una mano mientras removía algo con una cuchara de madera, cantando y contoneando suavemente las caderas…

Isabel no era una cantante nata. Lo había descubierto una soleada tarde de verano cuando Luca les pidió que cantasen canciones infantiles con él. Su desafinada cantinela había provocado un ataque de risa en su ahijado, pero eso solo la animó a cantar más alto, sus mejillas sonrosadas a juego con los brillantes rizos rubios…

Grayson frunció el ceño al recordar lo despreocupada que había sido entonces y cuánto había deseado él serlo también.

En algún momento durante los últimos años había perdido esa chispa y la quería de vuelta.

Isabel se dio la vuelta en ese momento y atrás quedaron la canción y el contoneo de caderas. Sin decir nada, se quitó los auriculares y lo miró muy seria.

–Debería haber preguntado antes de meterme en tu cocina.

–No te disculpes cuando haces que mi casa huela tan bien. –Grayson señaló las tres bandejas de galletas–. ¿No te gustaron mis tortitas de proteína saludable?

Izzy hizo una mueca.

–Puede que tú estés acostumbrado a un aburrido régimen de deportista, pero yo necesito una dosis diaria de azúcar para mantener la cordura.

–¿Aburrido? –Grayson se llevó una mano al corazón–. Quizá disciplinado sería un adjetivo más adecuado. La disciplina es necesaria, por supuesto, pero yo creo que nada sabe mejor que lo que crees prohibido. Sobre todo cuando viene glaseado.

Isabel tomó una galleta de la bandeja. Mientras él observaba, parte del glaseado goteó sobre sus dedos y ella lo lamió. Grayson exhaló un silbido lento, poniéndose duro al instante.

–¿Quieres probar? –preguntó ella.

No tenía ni idea. Grayson se movió a la velocidad del rayo, tomándola por la muñeca y lamiendo el glaseado de sus dedos. Tuvo que hacer un esfuerzo para no morderla. No un mordisco fuerte, sino un mordisquito. Presentía que a ella también le gustaría.

Un gemido apenas audible escapó de los labios de Isabel mientras él comprobaba su teoría, raspando su piel con los dientes.

–Me refería a las galletas… –susurró sin apartar la mano.

–Lo sé.

Haciendo un esfuerzo titánico, una vez que terminó de lamer el pegajoso glaseado de sus dedos se apartó… y esperó.

–Eso se ha parecido mucho a una seducción. –Izzy se pasó la lengua por los labios–. No estás cumpliendo las reglas.

Grayson se metió la galleta en la boca.

–Si somos nosotros los que establecemos las reglas, podemos decidir cuándo una situación requiere saltárselas.

–¿Qué regla te saltarías primero? –preguntó ella.

–Ya sabes cuál.

Grayson dio un paso adelante y luego otro, hasta que el amplio trasero de Izzy, que intentaba apartarse, chocó contra los armarios de la cocina.

–Pídeme que te seduzca. Dime que mientras estés aquí, en mi cama los próximos tres días, eres mía. Déjanos disfrutar el uno del otro. Deja que te dé el placer que mereces, Isabel.

Ella cerró los ojos al escuchar esas palabras.

–Lo deseo…

–Entonces abre los ojos y tócame –exigió Grayson.

Necesitaba saber que, cuando la tomase de nuevo, ella se dejaría llevar por el deseo tanto como él.

Izzy recorrió su torso desnudo con las manos, tomándose su tiempo, acariciando su piel centímetro a centímetro. Cuando empezó a explorar su erección a través de la fina tela del chándal, Grayson maldijo en voz baja y detuvo la erótica exploración, tomándola por la cintura para sentarla en la encimera.

–¿Puedo besarte, Isabel? –preguntó, tomando su cara entre las manos.

Ella dudó, mordiéndose el labio inferior.

–Creo que me gustaría mantener la regla de no besarnos, si puede ser.

Él asintió. Decepcionado, pero no del todo sorprendido. La primera vez que la besó había perdido el control y luego la había abandonado. ¿Cómo iba a decirle que había cargado con el arrepentimiento de esa noche durante los últimos tres años? ¿Que era como un dolor que lo acompañaba cada día?

Le había demostrado por qué era el hombre equivocado para ella y, sin embargo, había albergado la tonta esperanza de que ella viera más allá de su actuación. Que lo viera a él y sintiera algo parecido a lo que sentía.

No había sido una simple atracción. Nunca había habido nada simple en lo que sentía por Isabel.

Grayson recorrió con las yemas de los dedos cada centímetro de su piel, evitando los labios que tanto ansiaba. La mordió suavemente mientras le quitaba cada prenda de ropa en una lenta tortura, cumpliendo su promesa de mostrarle exactamente lo que significaba

ser seducida. Para cuando por fin deslizó un dedo entre sus húmedos pliegues, ella estaba empapada y suplicando que la hiciera suya. Y él obedeció, dándole un mordisco en el hombro mientras ella gritaba cuando llegó el orgasmo, desplomándose contra la encimera de mármol.

Grayson la abrió de par en par, deslizándose en su calor abrasador mientras la miraba fijamente a los ojos, ebrios de placer, y se preguntaba si se cansaría algún día de hacerle el amor a esa mujer.

Necesitaba demostrarle que en su cama, en sus brazos, ella era suya.

Necesitaba hacer que lo anhelase.

Su propio orgasmo se acercaba rápidamente mientras bombeaba con fuerza, esforzándose por darle hasta la última gota de su liberación. Cerrando los ojos, por fin se dejó ir, conteniendo el impulso de reclamar sus labios como deseaba. De derribar todos sus muros y exigirle más. No se engañaría a sí mismo pensando que podrían tener algo más que aquello, pero al menos podía asegurarse de que ella estuviera satisfecha.

Tomándola de la mano, la guio hasta su dormitorio con la firme intención de retenerla hasta completar el trato. Tenía dos noches más y ella no aceptaría nada más, pero aprovecharía al máximo cada segundo.

Capítulo 8

Durante dos semanas, Izzy se dedicó por completo al trabajo. El paquete de ilustraciones de novelas fantásticas era algo que se había acostumbrado a completar con mínimas dificultades, pero cada día se sentía más distraída e inquieta.

Durante los meses en los que Julian y ella intentaron concebir un hijo sin éxito había estaba pendiente de las señales de su cuerpo, contando cada día en su calendario con una frecuencia casi obsesiva. Pero desde que el avión aterrizó en un Dublín nevado y condujo hasta su casa solo había estado pensando en una cosa.

Grayson.

Los pocos días que había pasado en su chalé, en su cama, entre sus brazos…

Algo había cambiado en ella.

Al darse cuenta de que su matrimonio con Julian era una farsa decidió no abrirle su corazón a ningún otro hombre. ¿Por qué iba a hacerlo? ¿Por qué correría el riesgo de que alguien a quien amaba le rompiese el corazón?

No era tan insensata como para enamorarse de Grayson, pero al menos confiaba lo suficiente como para tener un hijo con él. Le había confiado su cuerpo, su placer. La gente hablaba de arriesgar el corazón o de enamorarse como si el romance fuera un deporte extremo. Para Izzy, confiar en alguien era mucho más peligroso que amarlo. El amor no correspondido podía romperte el corazón, pero confiar en la persona equivocada podía arruinarte la vida.

La enormidad de cómo su vida podría estar a punto de cambiar había estado pesándole mucho, tanto que casi había bloqueado por completo la idea de que sus esfuerzos tuvieran éxito.

Pero había llegado el día. No había tenido energía para ir a la farmacia y comprar una prueba de embarazo, sabiendo que en un pueblo tan pequeño eso llevaría a preguntas que no estaba preparada para responder.

Eve y Moira habían dado la bienvenida a una niña sana poco después de su regreso y estaban tan entusiasmadas que Izzy optó por no hablar de su propia situación. Pero el día anterior había recibido un paquete con bombones y una caja con varias pruebas de embarazo.

Grayson se había puesto en contacto varias veces desde que se despidieron en Zúrich, con él algo enfadado porque se negó a usar su avión privado. Tener un avión privado era un derroche, le había dicho Izzy, escandalizada, pero no del todo sorprendida. Le había dicho que se haría la prueba aquel día y nada más.

No debería molestarle que sus comunicaciones girasen únicamente en torno al posible embarazo, pero su mente y su corazón no parecían ponerse de acuerdo al respecto.

De modo que llegó el día y con él, la hora de la verdad. Izzy abrió el sencillo envoltorio de una de las pruebas y puso en práctica las instrucciones casi con indiferencia hasta que no quedó nada más que la espera de cuatro minutos que sentenciaría su destino.

Estaba paseando por el baño cuando sonó el timbre. Mirando su reloj, Izzy frunció el ceño, sabiendo que el correo nunca se entregaba los domingos y que, viviendo a las afueras del pueblo, nunca tenía invitados inesperados.

Su corazón se aceleró al ver una sombra alta y oscura al otro lado del cristal ahumado de la puerta. Un vistazo por la mirilla confirmó lo que sospechaba.

Grayson estaba en el pequeño porche, con el cuello del abrigo subido para protegerse de la ligera lluvia irlandesa.

Izzy abrió a toda prisa.

–Estás aquí… en mi casa…

Hablaba en voz baja, atónita, mientras luchaba contra el impulso de echarle los brazos al cuello. Porque Grayson estaba allí, en su casa, tan guapísimo como siempre.

–Pensé que quizá te gustaría tener compañía… por si acaso hubiera motivos para celebrar.

El corazón de Izzy se encogió cuando le recordó que no estaba allí por ella, sino para comprobar cómo iba su inversión. Le parecía cruel referirse a su posible hijo en esos términos, pero la alternativa era idealizar la situación y eso era algo que de ningún modo debía hacer.

Nada había cambiado. Aunque a ella, por un momento, se lo hubiera parecido.

Lo condujo por el estrecho pasillo, apresurándose a apartar las botas Wellington embarradas que había desechado a toda prisa. Como si fuera una señal, en ese momento Sasha llegó corriendo a toda velocidad para saludar a su invitado.

–¡No, Sasha, abajo! –Izzy apartó a la ansiosa perrita de los pantalones grises perfectamente planchados de Grayson–. Lo siento, es la perra de mi vecina. A veces la saco a pasear, pero todavía no domina el arte del saludo.

Riendo, Grayson se agachó para rascar las orejas del animal e Izzy no pudo hacer más que mirarlo fijamente. Le parecía tan increíblemente guapo en ese momento que no podía pensar. Para un hombre tan temido en el circuito por su ferocidad, parecía tener una delicadeza exquisita con criaturas de todas las especies; una delicadeza que ocultaba bajo su formidable imagen de arrogante piloto.

Izzy se preguntó qué más ocultaba de sí mismo y si alguna vez conocería de verdad al padre de su futuro hijo. Porque con cada pequeña parte de sí mismo que revelaba, más quería ver. Y eso era un verdadero problema para su relación platónica.

Izzy se recostó contra la pared, rezando para que dijese algo frío o irónico, solo para poner las cosas en su sitio. Pero, por desgracia, Grayson se incorporó, echó un vistazo alrededor y sonrió. No solo un atisbo de sonrisa, sino una sonrisa abierta. El hombre tenía hoyuelos en las mejillas.

Izzy casi podría jurar que la última barrera que rodeaba su corazón se derrumbaba, haciéndose añicos ante esa revelación.

–Es exactamente como la describiste –dijo él, adentrándose en la estrecha sala de estar y tocando las pequeñas esculturas que ella

había colocado sobre la repisa de la chimenea–. Dijiste que habías hecho las reformas tú misma, ¿no?

Se lo había contado durante la última noche en el chalé, cuando se quedaron hablando hasta el amanecer. Se encontró hablándole de su infancia y de lo importante que había sido comprar su primera casa después de haber estado prácticamente sin hogar durante la mayor parte de su vida.

–No es un elegante palacio de hielo ni una villa en Montecarlo, pero es mi hogar.

–Ahora entiendo por qué la decoración de mi casa te pareció tan deficiente –murmuró, deslizando una mano por las estanterías de madera donde guardaba sus novelas favoritas y sus objetos decorativos más preciados.

Grayson se detuvo sobre uno de los dibujos que había hecho de niña. Le había hablado sobre su costumbre de dibujar una casa sobre una colina, con cuatro ventanas cuadradas al frente y una gran puerta roja. Cada vez que la llevaban a un nuevo hogar de acogida dibujaba esa casa y se imaginaba viviendo en ella con su propia familia.

Había aprendido que su imaginación podía ser un gran consuelo, que podía crear su propio mundo abriendo un libro o sacando sus lápices de colores. El arte había sido su refugio y todavía intentaba aferrarse a eso cada vez que se embarcaba en un nuevo proyecto.

–Yo no dije eso, ¿verdad?

–No, pero seguro que lo pensaste.

–Ni se me ocurriría insultar su delicado ego de esa manera, señor Koh. –Izzy rio mientras entraban en su pequeña cocina–. Pero me da pánico pensar qué puedo ofrecerte. No tengo café especial ni repostería artesanal.

–No tienes que ofrecerme nada, Isabel.

–Soy irlandesa y esas son las reglas. Así que voy a preparar un té de verdad, no como el que me serviste en Zúrich, y luego podremos ver… –Izzy se llevó una mano a la frente–. ¡La prueba!

Lo oyó seguirla mientras corría al baño.

–¿Te la has hecho?

–Estaba esperando los resultados cuando llegaste.

–¿Quieres que me vaya?

Izzy negó con la cabeza.

–Esto es tan importante para ti como para mí.

Era el momento de descubrir si habían concebido un hijo. Y si era así, no habría necesidad de que siguieran viéndose, aparte de las citas con el ginecólogo, hasta que naciese el bebé.

Ese era el plan, se recordó a sí misma.

Izzy señaló la prueba de embarazo digital sobre la encimera y exhaló el aliento que había estado conteniendo mientras procesaba las dos palabras que aparecieron en la pantalla.

No embarazada.

Grayson estaba a su lado, pero no se atrevió a mirarlo porque una oleada de emociones se había desatado en su pecho, haciendo que le temblasen las manos.

De repente, deseó haber estado sola, como siempre que le hacían esas pruebas. Solo había tenido que lidiar con la decepción de Julian a través de mensajes de texto… aunque ahora sabía que todo había sido falso, ya que nunca hubiera podido quedar embarazada de él.

Pero antes de que su vocecita interior pudiera decirle que esa aventura había sido un error, Grayson la miró a los ojos. No distinguía bien la emoción que ardía en los de él, pero no parecía decepcionado ni enfadado.

–Bueno, ya está.

Izzy intentó sonreír, pero no tuvo mucho éxito.

–Esta vez no ha funcionado –dijo Grayson, con esa mirada astuta que veía demasiado–. Tendré que esforzarme un poco más en mi próxima visita.

Izzy sintió una oleada de calor ante la imagen que evocaban esas palabras. No tenía sentido; debería estar disgustada por no haber quedado embarazada y esperó a que llegase la familiar oleada de impotencia y desaliento. En cambio, se horrorizó al darse cuenta de que lo que sentía en realidad era… alivio. Alivio porque, al menos durante un mes más, sería la única mujer en la cama de Grayson Koh.

Eso la confundió más que nunca y supo en ese momento, con todo su corazón, que estaba metida en un buen lío.

Si Grayson no entendía por qué había viajado hasta Irlanda cuando Isabel dijo que le enviaría un mensaje con el resultado de la prueba, aún entendía menos por qué había insistido en invitarla a comer.

Las sinuosas carreteras rurales irlandesas resultaron ser un desafío sorprendente en el destartalado coche de alquiler que había conseguido en el último minuto, pero Isabel parecía cómoda en el asiento del copiloto, riendo mientras salían del pequeño pueblo para, según ella, evitar que los entrometidos vecinos molestasen a su famoso invitado.

Si alguno de los otros pilotos del circuito pudiese verlo ahora, cómo se reiría.

Grayson se imaginó conduciendo por esa carretera en uno de sus deportivos, con el viento azotando los rizos de Isabel. La imagen que conjuró fue tan clara y tan hermosa que tuvo que apretar los dientes. Pensar en ella lo consumía cada vez más. Egoístamente, se alegraba de que no estuviese embarazada porque de ese modo tendría otra oportunidad de acostarse con ella durante tres noches, según lo acordado. Y ya había empezado a planear dónde podrían pasar esas tres noches.

Pero cuanto más intentaba ubicar su atracción por ella en esa casilla perfectamente etiquetada, más parecía su mente empeñada en desear algo más.

De reojo, la vio contemplando los verdes campos y se preguntó qué habría pasado si la prueba hubiera dado positivo. Si la parte «práctica» de su acuerdo ya se hubiera completado y hubieran pasado a la parte en la que solo la vería para las citas médicas y luego según el calendario de custodia compartida.

Grayson apretó la mandíbula mientras se detenía donde Isabel le indicó, un viejo *pub* con tejado de paja en la ladera de la montaña.

–La comida aquí es buena, pero nada sofisticada.

Ella parecía repentinamente insegura mientras bajaban del coche.

–Te dije que quería probar la auténtica cocina irlandesa.

–Bueno, intenta no llamar demasiado la atención. Me muero de hambre y no me apetece tener que esperar horas mientras tú firmas autógrafos.

–Ah, ahora entiendo por qué Luca te obedecía sin rechistar –bromeó él.

–Hay que poner límites estrictos, pero con empatía. Siempre funciona.

–Vamos, te sigo.

Grayson se esforzó por ignorar la repentina tensión en sus tejanos mientras ella entraba en el *pub* contoneando sus gloriosas curvas.

El interior era tan pintoresco y fundamentalmente irlandés como el exterior, con suelos de piedra y una alta chimenea que dominaba un extremo del amplio comedor. Pósteres y antiguas fotografías de poetas y músicos irlandeses cubrían casi cada centímetro de pared. Al parecer, era un lugar turístico de renombre y podía oír multitud de idiomas al pasar entre las mesas.

Grayson solo había visitado Irlanda dos veces, en viajes de prensa fugaces, y tanto entonces como ahora le encantó la falta de interés de la gente por las celebridades.

La música y la charla de los parroquianos formaban un encantador capullo mientras Isabel lo guiaba por el tradicional menú del almuerzo dominical. Empezaron con una cremosa sopa de verduras servida con pan recién horneado y posiblemente la mantequilla más deliciosa que había probado en su vida. Era de color dorado y ligeramente salada, y estaba casi seguro de que gimió un poco al probarla.

Izzy intentó ocultar una sonrisa burlona, a la que él respondió con una mueca que la hizo reír aún más.

A continuación, les sirvieron unas tiernas lonchas de rosbif, aderezadas con una salsa deliciosa, un cremoso puré de patatas y verduras al vapor. La presentación era tan sencilla como los sabores y, aun así, Grayson disfrutó más de esa comida que de los exóticos platos en restaurantes con estrellas Michelin.

Ayudaba mucho que nadie lo mirase mientras comía. Se trataba de gente normal, disfrutando de una comida dominical con sus seres queridos.

En realidad, era muy parecido a como había sido su propia vida antes de que su carrera como piloto se disparase, pero ya apenas podía recordarlo.

–Dicen que la cocina irlandesa no es importante, pero yo no estoy de acuerdo.

Isabel se recostó en la silla, dándose unas palmaditas en el estómago. Estaba sonriendo, con los ojos brillantes bajo la tenue luz del *pub*, y a Grayson se le hizo un nudo en el estómago.

–Y yo estoy de acuerdo contigo.

Si ella notó su repentina tensión, no dijo nada. Y Grayson se alegró porque no podía explicarlo.

Ambos rechazaron el postre porque habían planeado dar un paseo por la montaña, pero el cielo se abrió de repente, calándolos hasta los huesos, y tuvieron que volver corriendo al coche.

El clima irlandés era tan temperamental como la enérgica rubia que estaba a su lado, pensó Grayson. Habían tenido sol, lluvia y hasta granizo y apenas llevaba unas horas allí.

Durante el viaje de regreso Isabel le habló sobre su último encargo, la ilustración de una novela de fantasía juvenil llena de monstruos. Se le iluminaba la cara al hablar de su trabajo y de las nuevas técnicas que había tenido que aprender para que quedase perfecto. Daba la impresión de ser una perfeccionista en su oficio y que nadie la presionaba más que ella misma, algo con lo que sin duda podía identificarse.

Cuando llegaron a su casa, Grayson la acompañó hasta la puerta a pesar de sus protestas. Isabel se detuvo en el umbral, jugueteando con las llaves. Le recordaba el tipo de situaciones incómodas que había visto en las películas para adolescentes.

–Me alegra que hayas venido –dijo ella en voz baja, mirando hacia donde el sol comenzaba a ocultarse en el horizonte–. Sé que tienes una agenda muy apretada. No tenías por qué venir hasta aquí para nada.

–No ha sido para nada. Y yo no hago nada que no quiera hacer, Isabel.

Grayson dudó, sin querer revelar cuánto lo había atormentado pensar en ella durante las últimas semanas. Cómo se acaloraba ante el mero recuerdo de las pocas noches que había pasado juntos. Quería pasar más tiempo con ella, pero no era eso lo que habían acordado.

Isabel sería la madre ideal para su hijo y no habría riesgo de divorcio ni de dramas. Pero si seguía portándose así, Isabel podría empezar a ver su relación como algo más y eso sería desastroso para los dos.

Grayson miró su reloj, sabiendo que necesitaba llegar al aeropuerto o se arriesgaba a tener que reprogramar su vuelo a Singapur. Creía estar tomando el control de su deseo por ella, saciando su lujuria mientras seguía beneficiándose de su acuerdo. Quería que Isabel lo deseara, pero en realidad probablemente era al revés.

–Espero que tu nuevo romance con la mantequilla irlandesa te haya compensado un poco –dijo ella, burlona–. No creo haber visto a nadie comerla casi directamente del paquete.

–Estoy pensando en comprar una caja para poder llevarla siempre conmigo.

Ella rio, pero la risa sonaba hueca.

–Sigues viajando mucho, ¿verdad? Incluso ahora que te has retirado.

–Sí, es verdad.

Izzy se mordió el labio inferior, considerando sus palabras por un momento.

–Oye, si has reconsiderado nuestro acuerdo…

–No lo he hecho.

–Sé que no, pero concebir un hijo puede llevar tiempo y…

–¿He hecho algo que te haga dudar? –la interrumpió él, acercándose un poco más en el estrecho porche.

A esa distancia, podía ver los puntitos dorados en sus ojos y las pecas en su nariz. Ella lo miraba fijamente, con las pupilas dilatadas. Grayson se preguntó si estaría tan excitada como él en ese momento… tan ansiosa por liberarse.

–Claro que no. Estás siendo increíble. –Isabel tomó aire y él notó que se había puesto colorada–. En fin, has sido muy atento y paciente y estoy encantada de intentarlo de nuevo, como acordamos.

Grayson sintió un arrebato de calor entre las piernas. ¿Lo estaría anticipando? ¿Estaba ella también secretamente emocionada por

tener que repetir la experiencia?

La forma en la que hicieron el amor en aquel chalé nevado le había parecido casi un ejercicio de resistencia. Tuvo dolores por todo el cuerpo durante días y cada punzada le recordaba cómo había exprimido hasta la última gota de placer de su ansioso cuerpo. Cómo Isabel se había abierto a él por completo, confiando en que le mostrase el verdadero placer.

Grayson alargó una mano para acariciar su mandíbula.

–Tú también estás siendo increíble.

Isabel se inclinó, sorprendiéndolo con el beso más suave en los labios. El primero que le había dado desde aquella noche tres años antes.

Fue como ser bañado por el sol y el calor se extendió por su piel al instante, calentándolo hasta los huesos. Ni siquiera se había dado cuenta de que tenía frío, pero Isabel se apartó un segundo después.

–Lo siento, es que…

Grayson la atrajo hacia sí, tragándose la disculpa con un beso. Pero mientras que el de Isabel había sido suave y dulce, el suyo estaba cargado de un deseo descarnado.

Ella le había dicho que nada de besos y él había obedecido. Pero ahora que se había saltado su propia regla, todo estaba permitido.

La atrajo hacia sí, donde debía estar, y se tragó su protesta con un beso apasionado. Castigándola, castigándolos a ambos por todo lo que habían acordado que no podían hacer.

Cuando por fin levantó la cabeza y la miró, se sintió satisfecho al ver que parecía tan afectada como él. Se miraron fijamente, sin aliento bajo la tenue luz del atardecer. Ella exhaló profundamente, pero no apartó la mirada. Sus pupilas estaban dilatadas por el deseo, sus labios hinchados por el beso.

Grayson pasó la yema del pulgar por su húmedo labio inferior y ella se estremeció.

–Dime que me vaya… y lo haré.

–Lo sé.

Esa confesión fue el permiso que necesitaba para abrazarla.

Grayson nunca había visto los besos como algo más que un preludio antes del acto sexual, pero podría haber besado a Isabel

O’Sullivan durante horas, allí mismo, en la puerta de su casa, a la vista de todos. Que los vecinos chismorreasen, daba igual. En ese momento lo único que le importaba era llevar a esa mujer a la cama.

Ya no podría echarse atrás porque cada centímetro de su cuidadosamente forjada armadura se había desgarrado. Isabel era todo lo que había evitado durante décadas, manteniendo su atención donde debía, en el circuito de carreras, pero ahora que la había conocido, ahora que le había hecho el amor, todo eso ya no significaba nada y solo sabía que quería más.

Capítulo 9

Isabel apenas se dio cuenta de que recorrían el estrecho pasillo besándose como si les fuera la vida en ello. Su boca era ardiente y frenética, sus labios y su lengua marcando un delicioso ritmo.

Ella fue la primera en detenerse, jadeando, mientras que Grayson emitió un gruñido de protesta antes de seguir torturándola con sus labios.

–¿No estamos saltándonos una de nuestras reglas?

–No son mis reglas –respondió él; su voz, un murmullo ronco contra su piel–. Y tú te las saltaste primero.

Lo había hecho, ¿no? Sabía que había una razón por la que le había parecido importante no besarlo, pero Grayson la volvía loca y no pudo oponer resistencia alguna. De hecho, lo animó a seguir, su cuerpo retorciéndose bajo las expertas caricias masculinas.

Eso era lo que se había negado en Suiza porque necesitaba contener esa intensa conexión, pero no podía decirle que parase.

Grayson tiró de ella entonces, atrayéndola crudamente hacia la evidencia de su excitación.

–Lo siento, no debería…

–No te disculpes –suspiró ella–. Me gusta.

Sus palabras parecieron calmarlo, pero no se restregó contra ella como Izzy deseaba. Mantuvo una distancia exasperante, limitando el contacto a besos lentos y embriagadores. Cuando lo tomó de la mano para llevarlo a su habitación, él se detuvo y la tumbó en el sofá, donde se besaron un poco más, todavía vestidos.

Esos besos profundos, apasionados, eran demasiado y, a la vez, insuficiente. Lo que habían hecho en Suiza había sido diez veces más íntimo, pero ese momento parecía algo nuevo. Lo que había

sucedido entre ellos antes era parte de un acuerdo y habían aprovechado la atracción mutua.

Pero aquello…

No tenía ni idea de qué hacían allí. No tenía ni idea de por qué Grayson había decidido pasar un día entero en esa zona de Irlanda tan poco glamurosa, comiendo en un *pub* y corriendo bajo la lluvia. Y la romántica empedernida que era se esforzaba por encontrarle sentido a todo aquello.

–Grayson… no hace falta que tengas cuidado, si eso es lo que te preocupa. Estoy aquí y quiero esto.

Él la miró fijamente, con una expresión indescifrable a la luz de la lámpara.

–No he venido aquí para esto. No hay nada con lo que haya fantaseado más durante las últimas dos semanas… pero no quiero que hagas nada con lo que no te sientas cómoda.

La tonta romántica que vivía dentro de ella salió rugiendo a la superficie, alzando los puños al cielo con esperanzado optimismo. Grayson había pensado en ella. Durante las últimas dos semanas, el tiempo que habían pasado juntos lo había atormentado, igual que a ella. No era inmune. No tenía ni idea de lo que eso significaba para ellos, para su relación… pero en ese momento Grayson la besaba solo porque quería hacerlo.

No había ninguna posibilidad de que concibieran un hijo esa noche. Si hacía el amor con él sería solo eso: dos personas encontrando placer en sus cuerpos, llevándose mutuamente al orgasmo simplemente porque lo deseaban. Porque se deseaban mutuamente.

Izzy lo atrajo hacia sí, tomando su boca en un beso asertivo y dominante. Se sentía audaz, ardiente y hambrienta de aquel hombre. Lo deseaba con todas sus fuerzas. Aunque lo hubiera tenido muchas veces en el chalé nevado, hasta ahora no sabía que, con acuerdo o sin él, ella sería la mujer que Grayson elegiría para compartir su cama. Y no pensaba perder ni un segundo.

–Necesito saber qué estás pensando.

–Creo que ambos llevamos demasiada ropa –respondió Izzy.

–¿Ah, sí?

Ella murmuró en señal de asentimiento y Grayson se apretó contra ella, el roce de su erección sobre sus suaves pliegues enviando descargas eléctricas por todo su cuerpo.

Él le quitó la camiseta a toda prisa y apenas tuvo un momento para recuperar el aliento antes de sentir la boca de Grayson sobre sus pechos.

–Qué hermosura. Tus pechos me impresionaron mucho la última vez.

Se tomó su tiempo para darle placer; las lentas caricias de su lengua y sus dedos haciendo magia entre sus piernas. Grayson había aprendido rápidamente lo que le gustaba y había retenido esa información, llevándola a un orgasmo desgarrador en menos de dos minutos. Cuando la miró, su sonrisa reflejaba absoluta satisfacción.

Después de eso, más que quitarse el resto de la ropa se la arrancaron con impaciencia. Izzy estaba casi segura de haber oído el tintineo de unos botones cayendo al suelo de madera.

Su risa se convirtió rápidamente en un gruñido de aprobación cuando por fin se dejó caer sobre su cuerpo desnudo. Izzy estaba sin aliento y, aun así, tuvo un momento de asombrosa claridad al ver cómo la expresión de Grayson se suavizaba al penetrarla. Con cada lenta embestida, sentía que se desmoronaba de nuevo, pero no quería llegar sola. Lo quería allí mismo, con ella.

–Déjate ir, Isabel –la animó él–. Necesito sentirte.

Izzy se dejó ir con un grito silencioso y, unos segundos después, él se liberó con un rugido, desplomándose sobre ella. Ninguno de los dos se movió durante un buen rato, sus respiraciones entrecortadas se fundieron en una sola hasta que el aire frío de la noche empezó a hacerla temblar. Era vagamente consciente de que Grayson la llevaba a su dormitorio, quizá con la intención de dormir, pero Izzy volvió a acariciarlo en cuanto se metieron bajo las sábanas.

–Eres insaciable.

Grayson rio, pero no detuvo sus eróticas exploraciones. Simplemente se recostó sobre la almohada, observándola mientras ella se disponía a demostrarle lo insaciable que era. Lo provocó y lo adoró con la boca hasta que Grayson perdió la paciencia y la colocó

sobre él, donde se montaron el uno al otro hasta llegar a la cima una vez más.

Grayson saltó de la cama justo antes del amanecer, cuando empezó a sonar su móvil en algún sitio. Maldijo por lo bajo al chocar con numerosas superficies en la oscuridad y, por fin, encontró el dispositivo entre el montón de ropa que habían tirado al suelo horas antes.

La brillante luz de la pantalla lo cegó por un momento, pero enseguida vio el nombre de la persona que llamaba.

–Es muy temprano, Astrid –dijo con tono áspero–. Espero que esto sea importante.

–Sería por la tarde si estuvieras en Singapur como estaba previsto.

–Cambié de planes a última hora por un asunto personal –replicó Grayson, sin dar detalles–. No me he perdido ningún evento importante.

Hubo una larga pausa al otro lado, señal de que o bien iba a darle malas noticias o bien la había cagado por completo y Astrid llamaba para echarle una bronca. Supuso que era eso último.

–¿Y ese «asunto personal» es la razón por la que las redes sociales están llenas de rumores sobre una mujer misteriosa con la que estás recorriendo Irlanda? Mi teléfono no ha parado de sonar.

Grayson se quedó paralizado.

–¿Hay fotos?

–Solo unas muy granuladas en un *pub*. Te envío el enlace.

El enlace llegó al instante: una foto de él sonriendo en el *pub*. Salvo un destello de rizos rubios, Isabel estaba casi oculta por el sillón orejero en el que se había sentado. No había visto a nadie haciéndole fotos, pero claro que alguien lo habría reconocido. No era tan ingenuo, ¿no?

Él sabía muy bien lo rápido que su presencia podía atraer a los *paparazzi*. Y, aun así, había decidido ir allí, empujado por el deseo egoísta de volver a verla.

–¿Y bien? ¿Qué les digo? –preguntó Astrid.

Grayson se frotó la cara con una mano y su tono sonó mucho más cortante de lo que pretendía cuando respondió:

–No digas nada. Sin comentarios. Estoy de vacaciones.

–Sabes que eso no hará que los rumores desaparezcan –dijo Astrid–. Primero te vas corriendo de esas reuniones en Mónaco y te niegas a decirle a nadie a dónde vas. Ahora apareces en Irlanda…

Grayson frunció el ceño. Astrid no era la jefa de relaciones públicas más solicitada del mundo del automovilismo sin motivo. Trabajaba para Falco Roux, pero había aceptado seguir representándolo después de que se retirase y sabía perfectamente que ocultaba algo. Su trabajo era controlar los egos más grandes del mundo del circuito de carreras y podía oler una mentira a kilómetros de distancia.

–A veces valoro mi privacidad, Astrid –le dijo.

–De acuerdo –murmuró ella, confusa y algo dolida–. Bueno, supongo que puedo desviar las preguntas por ahora. Pero tú sabes que no asistir a esas apariciones públicas solo dará lugar a más especulaciones y no podemos permitírnoslo ahora mismo.

–Lo sé. –Grayson se pellizcó el puente de la nariz–. Allí estaré.

–Avísame si piensas llevar a alguien a esos eventos –dijo Astrid con un tono tranquilo, casi persuasivo–. No nos vendría mal algo de buena prensa ahora mismo y tarde o temprano tendrás que compartir detalles de tu misteriosa dama.

Grayson tragó saliva. No habían hablado de cómo iban a lidiar con el carácter público de su vida. Isabel había dicho que deseaba permanecer separada de su mund, pero ¿y si les arrebataban esa posibilidad?

Astrid tenía razón. No podría mantener su relación con Isabel en secreto para siempre. Y menos si tenían un hijo. Pero no iba a traicionar su confianza sacando nada de eso a la luz pública. Tendría que ser Isabel quien tomase esa decisión.

–¿Todo bien?

La voz ronca de Izzy, medio adormilada, hizo que Grayson diera un respingo. La habitación estaba a oscuras, pero le pareció que estaba un poco más rígida de lo habitual, como si temiera haberlo pillado haciendo algo que no debía.

–Solo una llamada de Astrid –respondió Grayson.

Observó su pelo revuelto y la enorme camiseta que debía haberse puesto antes de ir a buscarlo. Estaba preciosa y, aun así, lo único que su sucia mente podía imaginar era lo rápido que podría tenerla desnuda y gritando su nombre debajo de él en el sofá. No había escuchado ese sonido en particular las veces suficientes como para estar satisfecho del todo…

–¿Pasa algo?

Isabel interrumpió sus pensamientos pornográficos mientras jugueteaba con el dobladillo de su camiseta.

–Astrid ha llamado porque anoche debía estar en un avión con destino a Singapur para tomar parte en una carrera benéfica.

Ella levantó la cabeza y lo miró fijamente.

–Deberías haber ido.

–¿Te arrepientes de haberme pedido que me quedase?

–No. Claro que no. Solo que… dijimos que no dejaríamos que este acuerdo afectase a nada más y tu carrera es lo primero.

Grayson la atrajo hacia sí.

–Esa no es la única razón por la que Astrid ha llamado. Han aparecido unas fotos nuestras comiendo en el *pub*. No te preocupes, a ti no se te ve –se apresuró a decir–. Pero quería saber si podía hablarle a los medios de mi mujer misteriosa… en fin, es su trabajo.

Isabel se apartó.

–¿Y tú qué has dicho?

–Le dije que no, por supuesto –aclaró Grayson, maldiciéndose a sí mismo por lo mal que estaba llevando aquello.

–De acuerdo, muy bien.

–¿Seguro? –preguntó él, acortando la distancia que los separaba para tocarla de nuevo–. Porque no pareces muy contenta ahora mismo.

–No había pensado bien en esto –dijo ella, con voz débil–. En el hecho de que seas famoso. Creo que fui demasiado idealista al pensar que podría mantener mi vida privada si tú formabas parte de ella.

Grayson cerró los ojos, odiándose a sí mismo por ese descuido casi tanto como odiaba a quien hubiera publicado esa foto. Pero ella

tenía razón; era completamente irreal pensar que podrían evitar que volviese a ocurrir.

–Si quieres reconsiderar nuestro acuerdo lo entenderé.

–No –dijo ella rápidamente–. No quiero hacer eso. Solo creo que quizá deberíamos ser un poco más prácticos.

–Yo puedo protegerte hasta cierto punto, pero no puedo garantizar tu privacidad más de lo que puedo garantizar la mía.

–Pero podemos controlar cómo nos presentamos ante los medios –dijo Isabel, pensativa.

–Esta es mi realidad. No es algo con lo que tú tengas que lidiar.

–Pero ahora mismo es *nuestra* realidad, queramos o no. ¿Y no es mejor adelantarnos a cualquier historia escandalosa dando nuestra propia versión? Vamos a ser una pareja coparental durante mucho tiempo y yo preferiría decirle a nuestro hijo que sus padres tuvieron una aventura fugaz… eso sería mejor que revelar nuestro extraño acuerdo, ¿no crees?

–¿Una aventura fugaz?

–Una aventura falsa –aclaró ella–. Podría ir a Singapur contigo y fingir que estamos saliendo juntos.

¿Una semana entera con Isabel en sus brazos y en su cama? ¿Dónde había que apuntarse? Grayson se preparó para aceptar la propuesta de todo corazón, pero entonces vio la ansiedad en su rostro y supo que cualquier cosa que dijese a continuación sería mucho menos divertida que el montaje sexual que él había imaginado.

–Grayson… anoche estuvimos a punto de saltarnos todas las reglas. –Isabel respiró hondo antes de pronunciar su último edicto–. Si voy a Singapur contigo, no podremos volver a acostarnos fuera de los días del ciclo como habíamos acordado.

Capítulo 10

En cuanto Izzy dio su consentimiento, Grayson empezó a hacer llamadas. La sugerencia de reservar su propio vuelo y seguirlo unos días después fue recibida con una mirada de absoluta incredulidad.

Ignorando el creciente pánico que sentía en el estómago, Izzy se duchó y se vistió, y luego sacó su maletín de viaje morado, como había hecho innumerables veces durante sus días de niñera. Había creado el guardarropa perfecto de último minuto tras años trabajando para familias de la *jet set* que viajaban constantemente. Unos cuantos vestidos de día, adecuados para el clima húmedo de Singapur, unas deportivas y el único vestido de noche que tenía, negro y discreto.

Lo levantó a la luz de la mañana y frunció el ceño al ver el dobladillo visiblemente deshilachado. Había invertido todo su dinero en renovar la casa y no había pensado en renovar su vestuario. Y menos para ir del brazo de un piloto de carreras de fama mundial perseguido por los *paparazzi*.

En fin, el vestido no era ideal, pero tendría que servir.

Se giró y vio a Grayson de pie en el pasillo, con el teléfono aún pegado a la oreja.

–También necesitará vestidos para los eventos –le dijo a quienquiera que estuviese al otro lado de la línea–. Concierta algunas citas privadas.

–Grayson…

Él tapó el teléfono con una mano.

–Deja que te mime un poco.

Izzy entró en el baño para terminar de vestirse, intentando ignorar la voz ronca de Grayson mientras ultimaba sus planes de viaje y su

apretada agenda de eventos.

Siguió atendiendo llamadas durante el corto trayecto hasta el aeropuerto y ella recordó lo rápido que se movían las cosas en el mundo del circuito internacional de carreras.

El avión privado era un lujo como nunca antes había experimentado. Desde el momento en que llegaron al pequeño aeródromo a las afueras de Dublín, sintió como si hubiera atravesado un espejo hacia otro mundo. Estaba acostumbrada a las familias adineradas para las que había trabajado. Incluso había viajado en clase ejecutiva con Astrid y Luca, ya que al pequeño le resultaba más fácil dormir durante los viajes largos, pero mientras la guiaban por las zonas de asientos del lujoso *jet* privado, Izzy estaba boquiabierta.

Parecía más la *suite* de un hotel de lujo que un medio de transporte aéreo. Contaba con una tripulación de cinco personas, servicio de comida *gourmet*, camas matrimoniales y lujosos asientos de cuero que, sin duda, no la obligarían a presionar sus robustas caderas contra el reposabrazos del asiento contiguo. Los asientos estaban bien separados, con su propia pantalla de televisión y todo lo que uno pudiera necesitar para seguir haciendo negocios desde el cielo.

Sintió que la mirada de Grayson la seguía mientras entraba en el dormitorio y se sentaba en la cama para comprobar su firmeza.

–Es como una cama normal –dijo conteniendo el impulso de tirarse sobre lo que parecían sábanas de un millón de hilos.

–¿Esperabas una cama de piedra?

–Pensé que los aviones tenían límites de peso y esas cosas. Solo he visto uno de estos en la tele.

–Me cuesta creer que nunca hayas viajado así con Julian.

Izzy sacudió la cabeza.

–Yo pagaba mis billetes y los suyos. Descubrí que me engañaba porque usó mi tarjeta de crédito para comprar uno de primera clase para ir a una fiesta en Miami. Odiaba los vuelos comerciales, pero no tenía dinero, así que…

Izzy se dio cuenta entonces de que había dicho mucho más de lo que pretendía. Hablar así de su mejor amigo podría molestarle, pero

no quería mentir sobre el pasado cuando le había costado tanto superarlo.

La expresión de Grayson era severa y cargada de tensión.

–Julian tuvo mucha suerte de casarse contigo –dijo por fin.

–Se crio rodeado de lujos, así que en el fondo lo entiendo. –Isabel se encogió de hombros–. En fin, debo decir que dormir en una cama en el cielo sin ponerse un cinturón me parece una imprudencia. Supongo que sirven para dormir, ¿no?

–Es como cualquier otra cama, Isabel. Puede ser tan seguro o tan imprudente como tú quieras.

Ella procesó sus palabras lentamente, evocando una vívida imagen del cuerpo largo y fibroso de Grayson cubriéndola mientras las nubes pasaban por las ventanillas y el ruido de los motores del avión amortiguaba sus gemidos…

Tuvo que morderse el carrillo para ahogar un gemido muy real que casi igualaba los gemidos ficticios que tenía en mente. Grayson seguía observándola con demasiada atención y rezó para que no la viera sonrojarse.

Poco después, Grayson se alejó para hablar con los pilotos y ella se acomodó en el asiento y se abrochó el cinturón para el despegue.

Si le había preocupado la tentación de unirse al club de los que tenían relaciones sexuales en un avión, esa preocupación se disipó cuando Grayson anunció que harían una parada en Londres para recoger a unos pilotos que iban a competir en la carrera benéfica.

El primero, un excampeón británico de unos cincuenta años ahora comentarista deportivo, subió a bordo con su esposa y sus dos hijos adolescentes, muy tímidos y torpes. La razón de esa timidez se hizo evidente cuando el segundo piloto que subió justo detrás resultó ser una despampanante morena.

Isabel sabía quién era Nina Roux, como casi todo el mundo. El equipo de carreras de su familia, con sede en Mónaco, y sus problemas económicos habían sido noticia últimamente. La histórica marca monegasca de automóviles, que había sido comprada por un multimillonario *playboy* y rebautizada como Falco Roux, había fichado a Grayson como piloto estrella y no estaban muy contentos cuando hizo el sorprendente anuncio de su retirada.

Tras una breve charla informal, como era de esperar, los tres pilotos se lanzaron a hablar sobre carreras, dejando a Izzy en animada charla con los adolescentes y su madre. Resultó que uno de los chicos era un ávido lector de novelas de fantasía y ella estuvo encantada de mostrarle algo de su trabajo hasta que llegó la hora de despegar.

Para su sorpresa, en el último momento, Grayson se sentó a su lado.

–Me dejé llevar por la conversación y casi me olvido de mi nerviosa compañera –murmuró tomando su mano para besarla suavemente.

–No tenías que…

Izzy no terminó la frase al ver que sus compañeros de asiento los observaban atentamente.

«Ah, claro, estamos actuando como una pareja».

Se le encogió el estómago al recordar que esa semana tendrían que hacerlo a menudo.

Grayson se mostró atento y encantador durante el resto del vuelo, un hecho que notaron los otros pilotos, quienes los miraban con gesto divertido.

–Nunca pensé que vería al León Dorado domesticado por una mujer –comentó el hombre mayor al ver a Grayson sirviéndole un té y cubriendo sus rodillas con una manta–. ¡Me quito el sombrero ante la señorita O'Sullivan!

–Habla de mí como si fuera un gatito. –Grayson arqueó una ceja, divertido, mientras ponía la mano sobre su muslo en un gesto posesivo–. Dime, mi amor, ¿he perdido la fiereza tan pronto?

–Sigues siendo bastante feroz, cariño.

El «cariño» se le escapó, acelerando su pulso, y la sonrisa de Grayson lo aceleró aún más, tanto que tuvo que levantarse con la excusa de ir al baño.

Tardó diez minutos en calmarse lo suficiente como para regresar a la cabina, donde descubrió que las luces se habían apagado y que Grayson había reclinado los asientos.

Iba a ser un vuelo muy largo.

Para cuando el piloto anunció el descenso en el Aeropuerto Internacional de Changi, Izzy solo había logrado dormir un rato. Su ciclo menstrual siempre era peor durante el segundo día y estaba notándolo.

Los demás desembarcaron antes que ellos, ansiosos por dirigirse a sus respectivos hoteles y recargar energías. El aire cálido de Singapur era denso y fragante mientras se dirigían al elegante coche con chófer que los esperaba en la pista. Grayson le había dicho que uno de sus jefes de prensa se uniría a ellos para informarle sobre su agenda para los próximos días, pero ni él ni Izzy esperaban que la propia Astrid Lewis bajase del coche.

–He decidido venir a buscaros personalmente. Así nos ahorraremos una reunión pública incómoda.

Grayson miró a Izzy, inmóvil al pie de la escalerilla del avión.

–Deja que yo me encargue de esto –dijo en voz baja, rozando su mejilla con un dedo en lo que pretendía ser un gesto de consuelo.

Pero ese gesto íntimo solo sirvió para que Astrid esbozase una sonrisa de satisfacción.

–¿De verdad creías que podrías ocultarme esto? –preguntó, burlona–. Supe que pasaba algo en cuanto saliste corriendo de esa reunión en Montecarlo. Solo te he visto perder la calma así una vez.

–Astrid…

–Izzy, no tienes idea de cuánto me alegra verte aquí. He querido llamarte para disculparme tantas veces. Entiendo que probablemente me odies… pero me gustaría enmendar el error.

–No te odio. Simplemente hiciste lo que te pareció mejor en ese momento.

–Pero debo disculparme. Siento mucho lo que pasó.

Izzy intentó no emocionarse cuando su antigua jefa la envolvió en el tipo de abrazo que solo había recibido de su amiga Eve.

El abrazo se prolongó y, cuando Astrid por fin se apartó, Izzy creyó ver un destello de lágrimas en los ojos de la otra mujer.

–Te aviso: Luca no podrá contenerse.

–¿Luca también está aquí? –preguntó Izzy, sorprendida.

Era demasiado y no estaba preparada en absoluto. Grayson, por otro lado, sonreía tranquilamente mientras aceptaba un abrazo de su jefa de relaciones públicas.

Izzy se había preguntado por la relación entre ellos cuando empezó a trabajar para Astrid, pero enseguida se dio cuenta de que su amistad era como un lazo familiar. Astrid le había contado que Grayson cuidó de ella y de Luca cuando la echaron de su casa por ser madre soltera. De hecho, esa debería haber sido la primera pista de que la imagen pública de Grayson Koh no se correspondía con el hombre que era en realidad.

–Ni se le ocurriría perderse la gran carrera del «tío Gaga». Está en el hotel –dijo Astrid–. Si quieres verlo, claro. No quiero dar nada por sentado…

Izzy se emocionó al pensar en el niño al que había cuidado durante un año. Luca ya tendría casi seis años. Siempre se había enorgullecido de mantener una distancia profesional con los pequeños a su cargo. Siendo *casi* parte de la familia de alguien, en el papel de niñera, era fácil que las fronteras se difuminasen. Con Astrid y Luca, desde el principio le había resultado muy fácil verse como algo más que un miembro del personal. Pero, al final, había sido ella la que salió herida y a quien se le había recordado la realidad del sitio que ocupaba en sus vidas.

–Me encantaría verlo –dijo por fin–. Lo he echado mucho de menos.

Astrid llevaba demasiado tiempo lidiando con el público y no haría algo tan tonto como ponerse a llorar, pero el ligero temblor en su labio inferior fue la confirmación de que Izzy no era la única que se había emocionado. Que la habían echado de menos como ella los había echado de menos a los dos.

–Bueno, ahora que todo está aclarado… –Astrid esbozó una sonrisa radiante–. ¡Hablemos de nuestro plan para presentar este cuento de hadas a la prensa!

Grayson debería haber predicho que el plan de Astrid sería en parte un castigo por haberle ocultado su relación con Isabel. Los acompañó a su moderna mansión en el opulento distrito de Sentosa Cove y, literalmente, puso un temporizador, dándoles exactamente

treinta minutos para refrescarse y volver al coche para la primera actividad programada.

Grayson había planeado hablar con Isabel sobre su, en su opinión, absurdo deseo de que se abstuvieran de tener relaciones sexuales hasta el siguiente plazo estipulado en el acuerdo. Pero al entrar en la habitación de invitados y verla, desprevenida y absolutamente exhausta, se dio cuenta de que lo único que deseaba era dejarla dormir.

Aunque era temprano en Singapur, en Dublín era medianoche y no sabía si había dormido bien durante el vuelo.

Isabel rechazó tal sugerencia al instante y su primera parada fue una rueda de prensa donde Grayson tenía previsto anunciar su intención de crear su propio equipo para la siguiente temporada. Cuando la conversación pasó a su vida personal, con algunas preguntas sobre cómo iba su retiro y las recientes fotografías de él con una misteriosa mujer, Grayson se aclaró la garganta.

Isabel estaba sentada al fondo de la sala, junto a Astrid, lejos de las cámaras.

Se suponía que debía decir lo que había acordado con su jefa de relaciones públicas, pero de repente no quería hacerlo. No quería hablar de su vida personal. Vio que Astrid sacudía la cabeza, pero era incapaz de contenerse. No quería compartir su historia con Isabel.

Cuando terminó la rueda de prensa su frente estaba cubierta de sudor y tomó un vaso de agua fría para controlar el torrente de sentimientos que lo embargaba.

–¿Qué demonios ha pasado?

Astrid irrumpió en la sala sin molestarse en disimular su irritación. Isabel la seguía de cerca, con una expresión más de lástima que de otra cosa. Y Grayson no sabía qué le molestaba más.

Como siempre después de esas conferencias de prensa, solo deseaba que lo dejasen en paz. Siempre había detestado las intrusiones de la prensa en su vida privada, los periodistas esperando el más mínimo atisbo de debilidad para explotarlo.

–¿Podrías dejarnos un momento a solas?

Fue Isabel quien hizo esa petición y, para su sorpresa, Astrid simplemente asintió con la cabeza y salió de la sala, pero no sin antes advertirle que tenía diez minutos antes de la siguiente entrevista.

Grayson paseaba por la sala con las manos en los bolsillos. Por un momento, Isabel se limitó a observarlo, en silencio. Luego, después de aclararse la garganta, le indicó que se sentara a su lado.

–¿Estás intentando ser caballeroso o hay algo más que yo deba saber?

–Tú sabes los artículos que se publicaron sobre ti cuando estabas con Julian. No puedo volver a hacerte eso.

–Creo que es mi decisión, ¿no?

–Claro que es tu decisión.

–La única razón por la que vine aquí es para crear la ilusión de una relación normal entre nosotros, Grayson. Para que cuando… si… se anuncia un embarazo, no haya un gran escándalo. La prensa siempre quiere lo que no puede tener y ya saben que ocultas algo. ¿No es mejor darles nuestra propia versión? Si no lo hacemos seguirán persiguiéndonos e inventando chismes.

Él negó con la cabeza.

–Hay cosas que no sabes.

–¿A qué te refieres?

–El primer año que corrí en *Elite One*, la prensa se hizo con el historial de deudas de mi padre. Lo destrozaron, pintándolo como un estafador. Y fue culpa mía. Mi jefe de prensa de entonces me aconsejó que aprovechase las raíces obreras de mis padres, así que di una entrevista contando que mi padre había ahorrado cada céntimo para pagar mis gastos de *karting* cuando era niño. No tenía ni idea de que había aceptado dinero de Peter Liang para saldar una deuda. –Grayson negó con la cabeza, odiándose de nuevo por su ingenuidad–. Peter Liang saldó las deudas de mi padre y me dijo que a partir de ese momento trabajaba para él. Estaba creando su propio equipo en Singapur, el primero que se había formado aquí. Quería ganar un campeonato y sabía que Julian no sería capaz de hacerlo. Me quería a mí. Durante mucho tiempo no me di cuenta de que probablemente todo estaba orquestado desde el principio. Conocía

bien a Peter Liang y sabía que podía ser despiadado. Así que, cuando me pidió que firmase con su equipo, le dije que no. Quería entrar en un equipo *Elite One* por méritos propios.

–¿Por eso nunca hablas de tu participación en el aspecto técnico? ¿Tus intereses comerciales? ¿Porque no quieres que la prensa los use en tu contra?

–Exactamente. He aprendido que, si no les doy nada, no buscan nada.

–Pero esconderte así todo el tiempo, sin confiar en nadie, no puede haber sido fácil.

–Hablas como si tuvieras experiencia.

Isabel esbozó una sonrisa.

–Eres muy perceptivo cuando se trata de mí, ¿verdad? Ves demasiadas cosas.

–No entiendo cómo los demás pueden apartar la mirada.

Ella intentó sonreír, pero Grayson vio un brillo de inquietud en sus ojos. No quería que su verdad la incomodase. No quería presionarla demasiado, pero cuando le hablaba de ese modo su capacidad para contenerse se debilitaba cada vez más.

–Será mejor que nos vayamos o Astrid hará que me busque la policía.

–Espero haberte ayudado un poco –dijo Isabel–. No quiero que este viaje sea en vano. Temo que mi presencia aquí te esté perjudicando…

–No, en absoluto.

–Sé que probablemente estés acostumbrado a hacer cosas más emocionantes y divertidas cuando estás en Singapur, así que, por favor, no cambies nada por mí.

Grayson alargó una mano para ayudarla a levantarse.

–No eres una molestia, Isabel O'Sullivan. Eres mi novia falsa y disfrutarás de un recorrido por la ciudad como te mereces.

Ella rio y ese sonido lo acompañó durante el resto de las reuniones de la tarde donde, siguiendo su consejo, hizo todo lo posible por quitarse un poco la máscara.

Resultó que no era tan difícil como creía. Nunca le daría acceso sin restricciones a la prensa porque no era tonto, pero tampoco tenía

que fingir ser alguien que no era.

Vio a Isabel sonriendo mientras daba respuestas detalladas sobre la nueva tecnología que su equipo estaba desarrollando para la próxima temporada y, cuando le preguntaron por su misteriosa acompañante, la señaló, sentada al fondo con Astrid.

Pero cuando Astrid anunció que debían acudir a una fiesta esa noche en una conocida discoteca, Grayson se negó.

Isabel tenía los ojos enrojecidos, lo que le dio una idea de lo mucho que se esforzaba por ocultar su agotamiento. Él tenía experiencia cambiando de zona horaria, pero Isabel no tenía ese entrenamiento. De modo que, cuando Astrid sugirió que se arreglase y asistiera a la fiesta con él, Grayson se puso firme. Él tendría que acudir, pero Isabel debía descansar, de modo que la llevó de vuelta a su casa y, con cierta tristeza, le dio las buenas noches.

Capítulo 11

Izzy despertó con la luz del amanecer colándose por las ventanas. O, más bien, supuso que era la luz del amanecer. Pero, de hecho, cuando echó un vistazo rápido a su teléfono, resultó ser casi mediodía.

Saltó de la cama y salió corriendo al pasillo, pero la casa estaba en completo silencio. Sin embargo, cuando miró su móvil con atención encontró un mensaje suyo.

Tuve que irme temprano a la pista. La cocina está completamente equipada.
G x

Izzy analizó la pequeña x en la pantalla de su teléfono durante demasiado tiempo, preguntándose si habría sido un error o si él se despedía automáticamente de esa manera. En los correos que le enviaba nunca había incluido ningún símbolo de besos… claro que tal vez no significaba un beso en absoluto.

Bajó la mirada hacia sus pies descalzos y se dio cuenta de que, inconscientemente, había estado paseando de un lado a otro mientras miraba el móvil como una adolescente angustiada. Respirando hondo, Izzy le envió la respuesta, disculpándose por dormir hasta tan tarde, dándole las gracias y deseándole suerte. Sin beso.

Podría ir a nadar, pensó. O tal vez pasar el día leyendo. No tenían por qué pasar juntos todas las horas del día.

Aun así, no pudo evitar echar un vistazo rápido a las redes sociales, solo para ver qué había hecho la noche anterior. Al parecer,

había asistido a la fiesta en la discoteca, como estaba previsto. Repasó una serie de fotos etiquetadas con el nombre de Grayson, diciéndose a sí misma que no estaba fisgoneando porque, técnicamente, todo aquello era de dominio público.

Lo vio flanqueado por guapas chicas en bikini que parecían estar intentando quitarle la camisa mientras la multitud que los rodeaba se hundía en una espesa espuma blanca.

Izzy amplió las imágenes y se quedó paralizada ante la sensación posesiva que la asaltó. Con un clic decisivo, cerró la aplicación y dejó el teléfono sobre la encimera.

Esa era su vida, se recordó a sí misma. No hacía nada malo yendo a una fiesta y bailando con otras chicas. Le había prometido que no se acostaría con otra mujer mientras durase su acuerdo y confiaba en él. Pero aun así…

Los viejos miedos resurgían. Miedos de una época en la que era más débil y frágil. Una época en la que había confiado en la palabra de alguien y se había equivocado de la peor manera posible.

La villa de Grayson era en parte una casa moderna, en parte una obra de arte rodeada de árboles que ofrecían máxima sombra y privacidad. Recordó haber estado allí para una barbacoa cuando trabajaba para Astrid. La casa la había maravillado tanto entonces como en ese momento porque era una obra maestra arquitectónica de madera y cristal. La piscina infinita y las zonas exteriores habían sido cuidadosamente diseñadas para su adinerado anfitrión y sus numerosas fiestas llenas de guapas invitadas.

Ese pensamiento la asaltó de repente, pero lo apartó con la misma rapidez. No era asunto suyo cuántas mujeres hubiese llevado allí. Igual que no sería asunto suyo una vez que el acuerdo llegara a su fin. Y cuanto antes lo aceptase, mejor. Empezaba a sentirse posesiva y eso solo podía acabar en desastre para ambos.

Negándose a dejarse vencer por la tristeza, Izzy respondió a una serie de correos de clientes y mandó un mensaje a Eve para decirle que estaba bien. Todavía era de noche en Irlanda, de modo que no llamó a su amiga, sabiendo que probablemente estaría disfrutando del recién nacido con su preciosa mujer. Se alegraba mucho por Eve, de verdad. Su amiga también había tenido desamores en el pasado,

pero pronto tendría que contarle la verdad sobre qué estaba pasando entre Grayson y ella.

Sabía que la razón por la que había esperado tanto era porque Eve la conocía demasiado bien. Estaba presente cuando besó a su primer novio y le declaró amor eterno en plena calle, como una tonta. La había visto en su peor momento, cuando su breve matrimonio con Julian se reveló como una farsa, y estuvo a su lado para ayudarla a recuperarse.

En fin, la antigua Izzy podría haber tenido la tentación de hacer algo tan absurdo como imaginar un futuro con Grayson simplemente porque le había brindado el mejor encuentro sexual de su vida y porque la había hecho sentir la mujer más hermosa del mundo. Pero la nueva Izzy sabía que no debía sembrar semillas de romance donde nunca florecerían. La nueva Izzy estaba aprendiendo a disfrutar del sexo por lo que era, sin sueños románticos, y a anhelar la vida que crearían a partir de esa pasión.

Una vez que estuviera embarazada y la parte física de su relación terminase, se sinceraría con su mejor amiga. Pero, hasta entonces, mantendría los pies en la tierra.

Cuando Grayson por fin regresó del entrenamiento, ya llegaba tarde a su reunión con Astrid y Luca para almorzar en el hotel. Y cuando salió del baño con el pelo mojado, vestido con un sencillo polo dorado y pantalones de color marfil, Izzy tuvo que hacer un esfuerzo para apartar la mirada.

Él le habló del nuevo coche que estaban probando en la pista, pero cuando empezó a usar términos como «carga aerodinámica» y «vórtices» Izzy puso los ojos en blanco.

Luego le preguntó por su trabajo y ella se dio cuenta de que siempre la escuchaba con atención. De hecho, recordaba detalles específicos, como que estaba trabajando en algunos diseños para una editorial importante. Mentalmente, Izzy se dijo que debía intentar aprender un poco más sobre las fuerzas G y los compuestos de los neumáticos.

Pero la mayor parte del tiempo la conversación entre ellos era poco natural, como si intentasen forzar una amistad que no era auténtica.

–Los de Falco Roux deben ganar mucho dinero si tienen a su jefa de relaciones públicas en un sitio como este –comentó Izzy, silbando cuando las puertas del ascensor se abrieron frente a una terraza con piscina.

–A Tristan Falco le gusta presumir de su dinero –dijo Grayson–. Me ofreció una cantidad desorbitada para que cancelase mi retirada y aceptase otro contrato de dos años con el equipo.

Izzy se sorprendió al pensar que su retirada podría no ser tan definitiva como ella creía.

–¿Te sentiste tentado? –preguntó, fingiendo una indiferencia que no sentía.

Grayson apartó la mirada y eso le confirmó que la respuesta era, sin duda, sí. Había estado tentado de volver al circuito de carreras. Tal vez aún lo estaba.

La conversación se vio interrumpida por un chillido de Luca, que salió del agua y corrió hacia ellos por las baldosas antideslizantes de la terraza. Grayson atrapó al niño cuando se abalanzó sobre él y quedó empapado al instante.

–¡Izzy!

–Probablemente te sorprenda verme aquí, ¿eh? –preguntó ella, temiendo que el niño se sintiera abrumado por su repentina reaparición.

Al final, no tuvo que preocuparse en absoluto, pues Luca se desprendió de los brazos de su padrino y se lanzó directamente a los suyos. Izzy hundió la cara en los suaves rizos del niño y tuvo que tragar saliva. Intentó contener la emoción, pero Grayson la miró justo cuando una lágrima rodaba por su mejilla. Sin decir nada, alargó una mano y la apartó con una mirada tan sincera que le derritió el corazón.

Astrid salió entonces a la terraza, vestida informalmente con vaqueros y camiseta.

–Luca Lewis, ¿qué te he dicho sobre lanzarte encima de la gente? No eres un cohete.

El niño respondió lanzándose de nuevo, en esa ocasión al suelo, antes de tomar la mano de Grayson para empujarlo hacia la piscina de la que acababa de salir. Grayson rio mientras se quitaba la ropa antes de lanzarse al agua.

Astrid dejó escapar un suspiro.

–Ya no hay esperanza de sacarlo de ahí.

–¿Te refieres al niño sobreexcitado… o a Luca?

Ambas rieron mientras Astrid la conducía a la moderna sala de estar, donde había una mesa llena de aperitivos y refrescos.

–Pensaba que los años de bebé habían sido duros, pero nada me había preparado para los feroces cuatro y cinco años.

–Ah, sí, feroces. –Izzy sonrió–. Pero veo que no te dejaste intimidar por la furia de los terribles dos y los tortuosos tres años.

–Luca no sabía leer a los tres años, pero ahora recibo severas cartas cuando hago algo que le disgusta.

–¿Ya lee y escribe?

Astrid miró hacia la piscina y dejó escapar un suspiro.

–Lee y escribe, pero todavía no habla mucho. Su profesor quiere que hagamos otra evaluación.

Izzy miró hacia el niño, que estaba jugando en la piscina. El Luca que ella conocía siempre había sido muy enérgico, increíblemente inteligente para su edad, pero igualmente propenso a rabietas que a veces parecían algo más que las típicas pataletas de un niño pequeño. También ella había notado ese comportamiento tan peculiar y comprendía que podría ser un obstáculo en el ambiente más formal de una clase presencial.

–¿Y qué piensas hacer? –preguntó.

Izzy se sentó junto a su antigua jefa, como solía hacer por las noches después de que Luca se acostase, cuando ambas tenían tiempo para relajarse. Habían forjado una amistad provisional durante esas conversaciones nocturnas, recordó. Esa era una de las cosas que más echaba de menos.

–Estoy completamente desorientada. –Astrid suspiró–. Pero haría lo que fuese por ayudarlo. Contrataré a una docena de tutores si es necesario.

–Es un niño estupendo y muy afortunado de tener una madre dispuesta a hacer lo que sea para que prospere. No te preocupes, seguro que todo saldrá bien. Cada niño es diferente.

–Siempre sabes qué decir para animarme. –Astrid sonrió–. Bueno, cuéntame, esto con Grayson… ¿va en serio?

Izzy tragó saliva. No le parecía bien mantener a la mejor amiga de Grayson al margen cuando planeaban que también formase parte de la vida de su hijo.

Casi sin darse cuenta, le contó la verdad, o al menos una versión simplificada de la verdad: que Grayson y ella habían decidido tener un hijo y criarlo juntos, pero que su «relación» era simplemente una treta para protegerse de la prensa una vez que por fin hubieran tenido ese hijo.

–Seguro que él también cree que la relación es falsa. –Astrid tomó un sorbo de vino–. Déjame decirte una cosa sobre Grayson Koh: es el peor actor que he conocido nunca.

Izzy se incorporó un poco en la silla.

–Pero es la verdad. Vinimos aquí específicamente para fingir que estamos saliendo juntos. Es parte de nuestro acuerdo.

–¿Me estás diciendo que no ha habido ni una chispa entre vosotros mientras intentáis activamente tener un hijo? –Astrid arqueó una ceja y sonrió ampliamente cuando Izzy evitó su mirada–. Eso es exactamente lo que yo pensaba.

–Hay cierta química entre nosotros, claro. Pero eso no es suficiente –murmuró Izzy.

–Hay más que química entre vosotros, cariño. Vi cómo te miraba desde que empezaste a trabajar para mí. Cuando me pidió que no renovase tu contrato y que te guiase para encontrar trabajo como ilustradora…

–¿Qué?

–No sé por qué no me aseguré de que eso era lo que querías antes de dejarte ir. Pero Grayson parecía tan seguro de que eso era lo que tú necesitabas. Créeme, me enfadé mucho con él cuando por fin admitió que lo que quería era salir contigo.

Izzy la miraba, atónita.

–¿Todo eso es verdad?

Astrid asintió con la cabeza.

–Estaba enamorado de ti. Deberías haber visto su cara cuando supo que te ibas a Bali con Julian. Incluso fue al puerto deportivo para intentar deteneros… pero probablemente debería ser él quien te contase todo esto.

Izzy no pudo pedirle más detalles porque Luca y Grayson entraron entonces en la sala de estar. Mantuvo la calma mientras todos se sentaban a comer, pero tenía el corazón acelerado.

¿De verdad había querido impedir que se fuera con Julian? ¿De verdad había impedido que Astrid renovara su contrato para poder salir con ella? Eso había sido totalmente inapropiado, y tendría que darle explicaciones, pero saber que en realidad no quería que la despidiera porque no le caía bien o no le gustaba…

Se preguntó qué más había asumido erróneamente sobre él.

Interpretar el papel de la novia de Grayson Koh le resultaba demasiado fácil, descubrió Izzy al pasar otro día con el novio más encantador y atento del planeta.

Habían comenzado el día en la presentación oficial del fin de semana de carreras *Legends*, donde Grayson y otros pilotos hablaron sobre los objetivos del evento, así como sobre las organizaciones benéficas que apoyaban. Resultó que la organización benéfica elegida por Grayson, la *Boost Academy*, había sido fundada por él mismo años atrás para combatir la desigualdad en el circuito de carreras.

Izzy podía sentir su pasión mientras describía las desigualdades, centrándose en los altos costes para los aspirantes y cómo muchos jóvenes con talento se veían obligados a olvidar su sueño debido a importantes barreras económicas y a la discriminación por razones de raza o de sexo.

Sabía que esa había sido casi la experiencia de Grayson, y que el precio que había pagado para conseguir su puesto en la parrilla era considerable. Pensar que estaba dándoles a otros la oportunidad de triunfar sin esperar nada a cambio casi la hizo llorar.

Después de eso asistieron a una carrera juvenil organizada por la *Boost Academy,* seguida de un almuerzo donde conoció a un gran número de alumnos, tanto antiguos como actuales, que ya se habían beneficiado de la tutela y el esfuerzo de la academia. Observó a Grayson reír y bromear con los jóvenes pilotos, que lo miraban con asombro y admiración, y pudo comprobar una vez más lo cómodo que se sentía con los niños.

Para ser un hombre apodado el «León Dorado», dominante tanto dentro como fuera de las pistas, tenía un lado cariñoso que rara vez mostraba en público, tan decidido estaba a ganar siempre y a guardarse sus cartas. Pero siempre había sido cariñoso con ella, se dio cuenta. Incluso cuando era la niñera de su ahijado y hacía lo posible por ignorarla.

Había pensado preguntarle sobre lo que Astrid le había contado el día anterior, pero no estaba segura de cómo expresarlo.

«Oye, Grayson, ¿planeabas tener algo conmigo antes de que lo estropease todo y me fugase con tu mejor amigo?».

Incluso si hubiera estado interesado en ella entonces, solo habría sido una aventura breve para explorar la atracción física que había entre ellos. Grayson no tenía relaciones y, definitivamente, no se comprometía con nadie. Y antes de su desastroso matrimonio con Julian, eso era también lo que ella quería.

Aun así, estar con Grayson durante todo el día le estaba pasando factura y tenía que recordarse continuamente que todo era una actuación. Él la tocaba siempre que tenía oportunidad y cuando no la tocaba la miraba con esos ojos oscuros y melancólicos.

Para cualquier observador, sin duda parecería estar enamorado. Pero, por supuesto, Izzy sabía que no rozaba su mano por debajo de la mesa ni le susurraba chistes malos al oído porque quisiera hacerlo. Simplemente estaba cumpliendo con su papel, igual que ella.

Al terminar el almuerzo y despedirse del equipo directivo pensó en fingir un dolor de cabeza para poder esconderse en su habitación y recuperar el aliento. Pero Grayson, ajeno a su agitación interior, anunció que se había tomado la tarde libre para hacer turismo.

Con unas gafas de sol oscuras y un discreto guardia de seguridad siguiéndolos a pocos pasos, caminaron a orillas de la bahía mientras Izzy intentaba desesperadamente concentrarse en las vistas y no en el hombre que la acompañaba.

La zona que rodeaba el circuito de Marina Bay ofrecía vistas de los lugares más famosos de Singapur, incluyendo el bosque artificial de superárboles. Desde lejos, bajo el sol de la tarde, pensó que las estructuras no eran tan imponentes como las fotos que había visto en internet.

–El espectáculo de luces es fantástico –dijo Grayson–. Pero seguro que ya lo has visto antes.

–Fue una de las pocas cosas que me perdí. A esa hora siempre estaba metiendo a Luca en la cama. ¿Podríamos quedarnos a verlo?

–Lo siento, pero tenemos que reunirnos con el equipo de Verdant, seguido de otro evento importante con un patrocinador.

Grayson se disculpó, pero Izzy le quitó importancia y cambió de tema mientras caminaban hacia el Merlion, la famosa estatua con cabeza de león que vigilaba la bahía.

Grayson hizo de guía turístico, hablando de los edificios y los parques como solo un nativo podía hacerlo. A ella le encantaba cada detalle que compartía sobre su infancia allí, como si pudiera serle útil para comprender al hombre que era ahora. Caminaron hasta que le dolían los pies y cuando su estómago empezó a rugir Grayson, por fin, sugirió que parasen a comer en uno de sus lugares favoritos, un barrio de comida callejera que contaba con puesto tras puesto de auténtica comida de Singapur.

Cerraba los ojos mientras comía y la palabra que murmuraba era una que Izzy había oído a menudo desde que llegaron, pero no sabía qué significaba porque sus intentos de aprender mandarín con una aplicación de audio en su teléfono habían fracaso miserablemente.

–¿Eso significa que está rico? –preguntó.

–*¿Shiok?* Sí, se suele usar cuando la comida está buena. –Grayson le robó un *dumpling* con una sonrisa burlona–. Pero también es una especie de término general para algo placentero. Ganar una carrera puede ser *shiok*, igual que un buen beso.

Sus ojos se encontraron con los de ella de un modo que la hizo ruborizarse.

–Ver la ciudad contigo hoy también es *shiok*.

–Me alegro.

Grayson alargó una mano para cubrir la de ella. Había gente por todas partes y el guardaespaldas de Grayson estaba sentado a unas mesas de distancia, pero le parecía la mayor intimidad que habían tenido desde que salieron de Irlanda. Como un breve instante de paz. Una paz que se rompió cuando unos adolescentes se acercaron para pedirle autógrafos.

Grayson se disculpó con ella mientras se convertía en el famoso piloto de carreras, firmando amablemente algunos artículos y posando para multitud de fotos antes de que el guardaespaldas los acompañase al coche.

Parecía reservado y melancólico mientras regresaban a su casa para arreglarse. Ella sabía que tenía una agenda muy apretada para las próximas dos noches y que luego ella tenía previsto regresar a Irlanda, pero daba igual. Grayson había reprogramado su agenda para enseñarle la ciudad y eso era importante.

Tal vez la tensión latente entre ellos estaba solo en su mente y él se sentía aliviado de que no hubieran tenido contacto físico desde aquella noche en Irlanda. ¿Quizá ya había empezado a arrepentirse de haber difuminado los límites de su relación?

Izzy estaba allí para facilitarles las cosas a ambos a largo plazo y, sin embargo, sentía que solo las complicaba aún más.

Capítulo 12

Grayson se relajaba en un sofá en la *suite* del hotel que había reservado para esa noche, esperando que el equipo de estilistas terminase de hacer la magia que Isabel les había pedido. Aunque ella no necesitaba magia. La verdad era que él habría sido feliz llevándola del brazo con sus vaqueros y sus botas negras si eso significaba que volviera a sonreírle.

Se había mostrado diferente esos últimos días, desde que se fueron de Irlanda. En fin, él tenía una agenda muy apretada y, considerando que cada vez que estaban en público aprovechaba cualquier oportunidad para tocarla y comportarse como un novio enamorado, no la había hecho sentir muy cómoda.

La prensa estaba encantada con su historia de amor de cuento de hadas. Astrid se lo decía continuamente. Tanto él como el evento habían sido tendencia en redes sociales durante tres días seguidos. Con objeto de ocultar sus supuestas deficiencias, Grayson había dado muy poco de sí mismo al público durante los últimos veinte años, pero ese lado más humano era infinitamente más vendible y había recibido una avalancha de llamadas para saber más sobre los nuevos modelos de coche en los que estaba trabajando. Y también había despertado un gran interés por él mismo, incluyendo una propuesta para un documental de una importante cadena de televisión. Descubrir al verdadero Grayson Koh bajo su máscara de indiferencia era, al parecer, un gran éxito en el mundo del automovilismo. Más ventajoso que su escudo de despiadada frialdad y debía agradecerle a Isabel esa revelación.

Sin embargo, era una ironía que para mostrar su verdadero yo tuviese que fingir con la única persona que le importaba.

Había pensado que tener a Isabel en su cama era una tortura, pero no era nada comparado con jugar a ser su amoroso y atento novio durante los últimos días. No le había costado nada parecer enamorado de ella mientras asistían a los diversos eventos de los patrocinadores y hacían de turistas por la ciudad. Ella tampoco parecía tener ningún problema cuando estaban en público, pero en privado se mostraba un poco distante a veces, retirándose a su habitación para trabajar en sus últimos encargos y acostándose temprano.

Entre su apretada agenda y la determinación de Isabel de mantenerlo a distancia, el plan de seducirla para que volviera a su cama parecía haber fracasado. La gala de Leyendas de esa noche en el icónico Hotel Marina Bay iba a ser el penúltimo evento de la semana, seguido solo por la gran carrera del día siguiente.

Había pasado la mayor parte del día practicando y completando las vueltas de clasificación que decidirían la posición de salida en la parrilla. Se había sentido tan natural al volver al asiento del piloto, con el mono y los guantes ajustándose como una segunda piel. Pero incluso después de clasificarse en la *pole position*, rodeado de su antiguo equipo, Grayson solo podía pensar en volver con Isabel.

Ella consumía sus pensamientos, igual que aquel primer año, cuando no podía evitar buscarla a todas horas. Él siempre se había enorgullecido de su autocontrol y disciplina, pero no había podido resistir la tentación de pasar un instante en su presencia.

El problema era, como había descubierto entonces y aún sabía, que cuanto más tiempo pasaba con ella más la deseaba. Era peligroso hacerse la ilusión de que Isabel era suya.

Los estilistas salieron, con un estruendo de maletas y percheros con ruedas, y Grayson les dio las gracias antes de despedirse. Cuando se giró, Isabel estaba de pie en el centro de la habitación… y era como si todas sus fantasías obscenas se hubieran hecho realidad.

La brillante tela del vestido, de color verde azulado, abrazaba sus curvas de reloj de arena como una segunda piel, realzando sus generosos pechos con un escote pronunciado. Pero su parte favorita

era la profunda abertura en un lateral de la falda que llegaba hasta medio muslo.

No dijo nada. Se quedó admirándola en silencio mientras su corazón, y otras partes de su anatomía, amenazaban con estallar a través del esmoquin.

–¿Supongo que ese silencio es bueno? –preguntó ella, dando una vueltecita para mostrar la espalda escotada del vestido.

–El silencio es impresionante, pasmoso –respondió Grayson, luchando contra una emoción que, de repente, lo había dejado sin palabras.

Isabel tenía un aspecto radiante, pero fue su sonrisa lo que lo dejó sin palabras. Era la misma sonrisa que le había dedicado mucho tiempo atrás, cuando se conocieron.

El vestido le sentaba a la perfección. Era *sexy* y atrevido y el intenso tono verde de la tela complementaba los delicados tatuajes que adornaban su espalda. Seguro que había elegido llevar el pelo recogido en un elegante moño precisamente por eso.

–Estás especialmente encantador esta noche. –Isabel sonrió, caminando a su lado hacia los ascensores–. Pero ya sabes lo que voy a pedir, ¿verdad?

«Por favor, por favor, que sea algo solo para adultos».

–¿Qué? –preguntó Grayson, con la garganta seca.

Isabel dio un paso adelante, dejando al descubierto un pálido y precioso muslo.

–¡Hagámonos un selfi juntos!

Levantó el teléfono, colocándolos a ambos en un ángulo favorecedor frente al espejo del ascensor.

–Técnicamente, un selfi es cuando la cámara apunta hacia…

Izzy puso un dedo sobre sus labios.

–Déjate de tecnicismos. Haz lo que digo y dame esa sonrisa tuya de un millón de dólares.

Grayson hizo lo que le decía, riendo.

Hacían buena pareja. Parecían encajar a la perfección.

Mientras ella tecleaba con entusiasmo en la pantalla de su teléfono diciendo algo sobre Astrid, Grayson solo quería volver a tocarla. Y que ella lo tocase de verdad. Pero, aparte de las pocas

caricias robadas durante sus apariciones públicas, ninguno de los dos había dado el primer paso.

El acuerdo seguía en pie y no pasaría mucho tiempo antes de que Isabel volviera a su cama, pero no era suficiente. Y empezaba a darse cuenta de que probablemente nunca lo sería.

Quería lo que habían tenido durante ese breve lapso en su casa, cuando ella se quedó dormida en sus brazos y él había permanecido despierto, escuchando la lluvia caer al otro lado de las ventanas. Esa noche, al igual que aquella, lo invadió un torbellino de emociones que no sabía cómo desenredar. Quizá por eso, cuando Isabel sugirió que fingieran ser una pareja, pero sin saltarse las reglas, no la contradijo. Porque la alternativa era decirle que quería que lo deseara no solo por su acuerdo, sino por él mismo.

Cada vez le daba más vueltas a cómo serían las cosas cuando por fin ella quedase embarazada y pasaran a la fase de custodia compartida.

Incluso contemplar la idea de una relación platónica lo angustiaba. No era lo suficientemente bueno como para casarse con ella, lo sabía. Pero ¿y si en algún momento, en un futuro cercano, otro hombre decidía que lo era?

Había dicho que nunca volvería a tener una relación, pero la vida era imprevisible y, al descartar esa posibilidad, quedaba expuesto a que otro hombre se le adelantase.

Y eso era completamente inaceptable.

No podía simplificarlo ni restarle importancia. Él era un canalla egoísta y la quería solo para él.

Como si percibiera la naturaleza peligrosa de sus pensamientos, Isabel dio un paso atrás, poniendo distancia entre ellos. Impulsivamente, Grayson alargó una mano y presionó el botón de parada. El suelo del ascensor vibró cuando se detuvo y una luz roja parpadeante se encendió sobre sus cabezas.

–¿Qué haces? –preguntó Isabel, mirándolo con el ceño fruncido.

–Estoy siendo espontáneo.

–Pero llegamos tarde –protestó ella, abriendo mucho los ojos cuando él puso las manos en la pared del ascensor, a ambos lados de su cara.

–Nuestro público puede esperar –murmuró Grayson, sin dejar de mirarla a los ojos–. Yo no puedo.

El delicado pulso en su garganta latía visiblemente. También ella estaba excitada. Isabel no fingía indiferencia hacia él ni tenía miedo. Todo lo contrario.

–Sé sincera conmigo… ¿no has echado de menos mis caricias?

Ella frunció el ceño.

–Nuestro acuerdo no se reanuda hasta dentro de unos días y dijimos que no tendríamos relaciones fuera de mi ciclo.

–Tú dijiste eso, pero necesito que sepas que si esto fuese como yo quiero nunca te irías de mi cama.

–No lo dices en serio. Sé que hay multitud de mujeres guapas deseándote.

–Ah… viste las fotos de la fiesta de espuma.

Grayson había odiado el ridículo evento, pero se vio obligado a posar para la prensa como parte de sus compromisos de patrocinio para la próxima carrera.

–Todo eso es parte de tu vida, lo comprendo. Y yo no quiero ser un estorbo.

–Solo estaba cumpliendo con mis compromisos, Isabel, no me interesan esas mujeres. No solo por nuestro acuerdo, sino porque no puedo dejar de pensar en ti. Me he pasado la sesión de prácticas fantaseando con nuestro próximo encuentro… y si podría convencerte para extenderlo a una semana en lugar de solo tres noches. Quizá incluso a dos semanas.

–Para eso mejor me quedo en tu cama eternamente.

–Sí –dijo él simplemente, viendo cómo sus mejillas se volvían de ese hermoso tono rosado que tanto le gustaba.

–Grayson, ¿qué estás diciendo exactamente?

–Digo que sí a que te quedes en mi cama. Basta de fingir, Isabel. Ya no me conformo con unos días. Te deseo y lo quiero todo.

Ella abrió la boca para protestar y, maldito fuera, Grayson se inclinó y le robó un beso antes de retirarse rápidamente.

–Lo siento, no he podido resistirme. No tienes que responder ahora mismo. Entiendo que tengas que pensarlo…

Lo que fuera que estuviese a punto de decir fue absorbido por los labios rojos de Isabel, que se lanzó sobre él para darle un beso que pondría fin a todos los demás. Sabía a ciruelas dulces y a especias mientras enredaba su lengua con la suya sin el menor pudor. Era una diosa y él estaba completamente a su merced.

De repente, lo empujó contra la pared del ascensor, inmovilizándolo.

–¿Qué es esto? –murmuró sobre sus labios.

–Es mi respuesta –dijo ella, profundizando el beso hasta que solo el sonido de sus agitadas respiraciones llenaba el ascensor.

Grayson pulsó el botón de parada y la tomó por la cintura, intercambiando posiciones para inmovilizarla. Solo tenían unos minutos antes de que alguien llamase a seguridad y no pensaba desperdiciar ni uno solo. Sin romper el contacto visual, se puso lentamente de rodillas.

Izzy sintió que todo pensamiento racional la abandonaba cuando Grayson levantó el vestido y abrió sus piernas. Un fino retal de encaje era lo único que la separaba de su boca.

Un segundo después, sus bragas estaban en el bolsillo del esmoquin de Grayson y él enterraba la cara entre sus muslos. El acto parecía crudo e increíblemente tierno a la vez mientras enmarcaba su sexo con una mano y levantaba la otra para entrelazar sus dedos con los de ella.

Izzy se sentía demasiado expuesta, demasiado abierta en todos los sentidos. Pero justo cuando estaba a punto de decirle que parase, él levantó una de sus piernas para colocársela sobre el hombro… e Izzy solo pudo agradecer en silencio que el estilista hubiera elegido un vestido de tejido elástico. La postura era escandalosamente erótica y le impedía mantener el mínimo control. Con cada roce de su lengua se sentía cada vez más tensa, precipitándose por una pista de placer del que solo Grayson era responsable.

Ella no era quien tenía el control y no creía quererlo de verdad. Y eso fue una revelación.

Confiar en él para que la llevase allí, para que la mantuviera a salvo en ese instante, le dio una confianza que no sabía que

necesitase. Se aferró a él, a su pelo, a su cuello. Se apoyó en su fuerza mientras experimentaba el orgasmo más intenso de su vida. Le temblaban las piernas, pero Grayson estaba allí sosteniéndola mientras volvía en sí, con una sonrisa pecaminosa en los labios.

Él seguía de rodillas y no hizo ademán de levantarse. Simplemente le rodeó las caderas con los brazos y presionó el rostro contra su vientre. Luego se puso de pie y la miró con una expresión de oscura posesión que le provocó una mezcla de emoción y temor.

En el fondo, sabía que estaba enamorándose de aquel hombre más rápido de lo que jamás hubiera imaginado. Tal vez se engañaba a sí misma al pensar que no había estado ya a medio camino desde el momento que se conocieron. Lo deseaba más de lo que él podía imaginar. Grayson había dicho que la deseaba, pero no tenía ni idea de la profundidad de sus sentimientos.

–Te quiero dentro de mí –susurró, atrayéndolo hacia sí.

Él negó con la cabeza, apartando un mechón de pelo de su rostro.

–Todavía no.

¿Todavía no? Izzy frunció el ceño, preguntándose qué significaba eso. Pero entonces se dio cuenta de que seguían en el ascensor y se arriesgaban a ser descubiertos. La indecencia pública no era algo que se tomasen a la ligera en esa parte del mundo y le costaba creer que hubieran llegado tan lejos.

–Isabel, mírame –le ordenó él entonces–. No pienses ni por un segundo que no hablo en serio. Cuando vuelva a hacerte el amor, quiero que haya una confianza total entre nosotros. ¿Entiendes?

–Sí, creo… creo que sí.

Todo iba demasiado rápido, pero se sentía feliz. Era un poco aterrador, pero le parecía como si algo verdaderamente importante hubiera ocurrido en los últimos minutos.

Él la ayudó a arreglarse el vestido, alisando la tela con una ternura que le encogió el corazón. Siempre cuidaba de ella, se dio cuenta entonces. Desde el principio había hecho esas pequeñas cosas que a menudo ella pasaba por alto.

Por fin, Grayson pulsó el botón y el ascensor comenzó a moverse de nuevo. Cuando llegaron al vestíbulo, tomó su mano y la guio hasta un pequeño grupo de rostros familiares. Nina Roux lucía un

glamuroso vestido de gala rojo y conversaba animadamente con Astrid, que lucía un vestido igualmente impresionante de seda con lentejuelas doradas.

–Te dejo un momento, pero vuelvo enseguida –dijo Grayson, dándole un beso en la muñeca antes de soltar su mano–. Tengo algo que hacer.

Izzy lo observó alejarse hacia el ascensor del que acababan de salir.

–¿Dónde vas…?

La multitud se tragó sus palabras y no pudo hacer nada más que observarlo mientras desaparecía de su vista.

–¿Qué demonios trama ese tonto enamorado? –murmuró Astrid a su lado.

Izzy intentó no dejarse vencer por los nervios mientras pasaban los minutos y Grayson no reaparecía. Todos tenían un propósito allí, mientras que ella…

En fin, intentaba no pensar demasiado en lo pequeña y fuera de lugar que se sentía.

Grayson no estaba enamorado de ella. ¿O sí?

Necesitaba verlo, hablar con él.

Tras tomar el último sorbo de su bebida, se abrió paso entre la multitud con toda la calma y el aplomo que pudo reunir. No estaba huyendo, se dijo. Corría hacia él.

El vestíbulo, ahora desierto, le parecía cavernoso y frío sin la multitud de invitados que lo había llenado antes.

Pero no estaba desierto. Había un hombre allí. Un hombre al que solo había visto una vez, un día que había dejado cicatrices en su autoestima.

Peter Liang. El padre de Julian.

Capítulo 13

He oído que has encontrado un nuevo objetivo –dijo el anciano, con la voz tan aguda como recordaba.

Isabel se quedó paralizada.

Sabía que al ir a Singapur podría tener que enfrentarse a la familia Liang, pero no estaba preparada. Y tampoco estaba preparada para estar sola cuando ocurriese.

Las palabras parecían atascarse en su garganta; su capacidad de contraatacar se había esfumado. A pesar de cuánto se había esforzado por reconstruir su vida, aún no dominaba el arte del conflicto. Y allí, en ese gran hotel, no había ningún sitio al que escapar sin montar un escándalo.

Se había preguntado muchas veces qué diría si alguna vez volvía a ver a algún miembro de la familia de su difunto esposo. Aquella era su oportunidad.

–Esperaba verlo mientras estuviera en Singapur –mintió, respirando hondo–. Aunque solo fuera para decirle lo decepcionada que estoy.

–¿Tú estás decepcionada? –El hombre rio amargamente–. ¿Se supone que eso hará que sienta algo?

–Oh, no, yo no diría que es usted capaz de sentir nada, señor Liang –replicó Izzy–. Solo un hombre que trata a sus hijos como si fueran peones. Puede que Julian no fuera perfecto, pero no se merecía cómo lo trató. Y en cuanto a Grayson…

El anciano sonrió, mirando por encima de su hombro.

–Ah, sí, por favor, defiende a tu nuevo amante. Unas bonitas lágrimas podrían incluso conseguirte unos diamantes.

Isabel giró la cabeza y vio a Grayson salir del ascensor. Su expresión se endureció rápidamente al darse cuenta de quién estaba con ella. Se colocó frente a ella sin esperar un segundo, como para protegerla, y los dos hombres empezaron a discutir en su lengua materna. Izzy nunca había logrado aprender más que unas pocas palabras en mandarín, pero a juzgar por la tensa expresión de Peter Liang lo que Grayson decía no era precisamente agradable.

Unos segundos después, él la tomó del brazo para llevarla a la sala, donde la gala estaba en pleno apogeo.

–¿Estás bien? –preguntó él en voz baja, con las fosas nasales aún ligeramente dilatadas por la ira.

–Estoy bien. Quería hablar con él… decirle cómo me sentía, y lo he hecho, –Izzy exhaló un suspiro–. ¿Tú estás bien? Sonaba como si la situación se hubiera puesto violenta.

–Considerando que su propio equipo quebró y tuvo que retirarse de la carrera, no imaginé que Peter aparecería por aquí. Por eso hemos discutido. Y también le he dicho que si te molesta de nuevo le obligaré a venderme todo lo que le queda.

Hablaba en serio, pensó ella. La defendería de cualquiera que se atreviese a molestarla. Pero, en el fondo, se preguntaba si siempre tendría que hacer frente a comentarios que la pintaban como una oportunista.

Estaba dándole vueltas a eso cuando llamaron a Grayson para que cumpliese con sus deberes como anfitrión. Pero antes de irse la besó en medio de la pista de baile, para deleite del público que los rodeaba, e Izzy supo que no podía negarlo más.

Estaba profunda y locamente enamorada de ese hombre.

Pero sentía como si hubiera decidido mantenerse a salvo, solo para volver a caer en el precipicio. Sabía que Grayson nunca la querría de verdad como ella necesitaba que la quisieran, ni querría formar una familia con ella, de modo que adentrarse en esa relación intermedia era peligroso para su corazón. Como lo era acercarse a sus amigos.

Porque eso era lo que siempre habían sido, ¿no?

Los amigos de Grayson, no los suyos.

¿Y si decidían que no era lo suficientemente buena para Grayson y la abandonaban? Y no sería solo a ella, sino a un bebé inocente en medio de todo. Izzy sabía lo embriagador que era estar envuelta en esa gran familia de pilotos y lo triste que había sido cuando la expulsaron de ese mundo.

Sabía que estaba siendo irracional, pero no podía evitar que esos sentimientos aflorasen, cubriendo de miedo su frágil esperanza. Apenas podía sonreír y sus extremidades parecían entumecidas mientras Grayson empezaba a dar un discurso sobre las diversas organizaciones benéficas que se beneficiarían de la carrera.

Era encantador sin hacer ningún esfuerzo y ella sabía que, aunque técnicamente estuviera retirado, aquel siempre sería su mundo. Era el sitio de Grayson, pero no el suyo, y había estado engañándose a sí misma al pensar que su química en la cama bastaría para cambiar eso.

Había estado preparada para tener un hijo con él, para criarlo juntos y poner unos límites bien claros. Control, visitas temporales…

Pero se había enamorado de él y todo había cambiado. Ya había empezado a perderse en la ilusión de que esa fantasía podría tener un final feliz cuando Grayson Koh no era el tipo de hombre de «felices para siempre».

Por mucho que ella lo desease.

Con Astrid a su lado, tuvo que apartar la mirada y contener las lágrimas. Sabía que no podía quedarse allí y no tenía sentido prolongar lo inevitable porque solo le dolería más.

Tenía que quitarse la tirita de la herida, rápido y de forma limpia.

Esperaba que, una vez terminada la parte formal de la gala, pudiese convencer a Grayson para que la llevase de vuelta a la *suite*. Sabía que era mejor tener esa conversación en privado, pero él había sugerido que dieran un paseo, le había dicho que tenía planeado algo especial…

Y no podía perder ni un minuto viviendo esa fantasía.

No estaba segura de qué pensaba decirle; solo sabía que no podía ser. Tampoco tenía garantías de que él quisiera cumplir el acuerdo después de eso. Estaba arriesgando mucho, pero la alternativa era más de lo que ella podía soportar.

Todo le parecía demasiado y con cada paso que daba, siguiéndolo por el estrecho puente que separaba el hotel de los ornamentados jardines que hacían tan famosa a Singapur, se sentía cada vez más tensa.

–¿Seguro que no está cerrado a estas horas de la noche? –preguntó mientras Grayson la guiaba por un sendero de piedra hacia el famoso bosque artificial de superárboles.

–Ser el único piloto del país ganador del campeonato te abre muchas puertas.

Grayson le guiñó un ojo, más alegre de lo que lo había visto en toda la semana.

–Esto es precioso –dijo Izzy, mirando los árboles artificiales iluminados en tonos rosas, amarillos y morados.

El cielo parecía resplandecer, iluminando la tela de su vestido como un tapiz. Cuando volvió a mirar a Grayson, este tenía una expresión extraña.

–Has sido feliz conmigo esta última semana, ¿verdad? –preguntó–. Espero conocerte lo suficiente como para saber cuándo eres feliz.

–Claro que he sido feliz. –Izzy lo miró sorprendida–. Grayson… creo que a veces tendemos a idealizar las situaciones porque de verdad queremos que funcionen…

–¿Hablamos de mí o de ti?

–Quizá solo de mí… –Izzy tragó saliva para superar el nudo que tenía en la garganta–. No lo sé… solo sé que somos demasiado diferentes. Tenemos visiones muy distintas de nuestro futuro, por eso llegamos a este acuerdo. Ambos acordamos que nuestra situación funcionaría mejor a distancia.

–Pero ¿y si no fuera lo mejor? –preguntó él, tomando su mano–. Eres tan preciosa ahora mismo… pero tu belleza no es lo único que me tiene cautivado. Es todo en ti…

Ella negó con la cabeza, sintiendo un dolor punzante en el pecho.

–Mira, yo…

–Por favor, déjame decir esto.

Grayson respiró hondo, metió la mano en el bolsillo del esmoquin y sacó una cajita de terciopelo. El tiempo se detuvo cuando la miró a

los ojos con una sonrisa desgarradora y abrió la caja, revelando un fabuloso anillo de diamantes.

–Dije que quería que estuvieras segura la próxima vez que hiciéramos el amor, así que he decidido ser lo más claro posible.

Izzy observó con una mezcla de asombro y horror cómo se arrodillaba ante ella por segunda vez esa noche.

Él vio el gesto sorprendido de Isabel y supo al instante que había cometido un error, pero permaneció inmóvil, esperando que solo fuera la sorpresa. Que en cualquier momento cayera riendo en sus brazos, diciendo la única palabra que necesitaba escuchar.

Pero ella no rio. No dijo nada.

Grayson se dio cuenta de que le temblaba el labio inferior y estaba… llorando. En algún momento había malinterpretado las señales, había pasado por alto algo crucial y la había hecho llorar.

Se incorporó rápidamente, apretando sus manos entre las suyas, odiando lo frías que estaban.

–No era así como yo lo había imaginado.

Estaba intentando bromear, pero su voz sonaba tensa.

Aun así, ella no respondió.

–Isabel, lo digo en serio. Quiero que nos casemos. Quiero que criemos juntos a nuestro hijo, como una familia.

Ella negó con la cabeza, como si sus palabras le rompieran el corazón, lo cual no tenía ningún sentido.

–Maldito seas –susurró–. Estaba preparada para hacer todo esto sola y entonces apareciste en mi vida y me hiciste tener esperanzas.

–La esperanza es buena.

–No siempre porque yo quería… una vez me dijiste lo que pensabas sobre el matrimonio. ¿Lo has olvidado? Me dijiste que la única manera de soportar la institución sería si no hubiese emociones de por medio. «Solo sexo y finanzas compartidas». Creo que esas fueron tus palabras.

–Isabel…

–Sé que me deseas, pero yo he hecho algo mucho peor. Me he enamorado de ti.

Su confesión fue como un puñetazo en el pecho que le paró el corazón y luego reanudó sus latidos. Grayson la abrazó,

desesperado. No podía perderla cuando había esperado años para hacerla suya.

Isabel intentó soltarse, pero él la sujetó, abrazándola con fuerza. Las luces rosas y moradas sobre sus cabezas ahora brillaban sobre las lágrimas que rodaban por sus mejillas. Lágrimas que él había provocado.

–Te… te adoro, Isabel –tartamudeó–. Quiero que lo sepas.

–¿Debo creerte? Porque, por lo que me has contado, solo ves el matrimonio como una unión fría y sin sentido. El hecho de que hayas decidido buscarlo conmigo me dice todo lo que necesito saber.

Grayson cerró los ojos, maldiciéndose a sí mismo por ser tan obtuso.

–No hay nada frío en lo que siento por ti.

–Lo sé y eso lo empeora todo. Casarnos sería un gran riesgo y no estoy dispuesta a correrlo cuando podemos ceñirnos a nuestro plan original y evitar el drama y el desamor.

–Quizá lo he abordado mal… –dijo Grayson–. Deberíamos ir a casa y hablar con tranquilidad.

–Esta no es mi casa, Grayson. Yo tengo un hogar. Lo tenía todo organizado tal como quería y entonces…

–¿Llegué yo y lo estropeé todo?

–No digo que el tiempo que hemos pasado juntos haya sido un desperdicio. Ni que no me haya afectado, ni que desearía que nunca hubiera sucedido. Estoy muy contenta de que haya pasado, de haber estado contigo.

–Puede ser así para siempre si nos das una oportunidad.

Ella negó con la cabeza.

–No puedo casarme contigo, Grayson –murmuró dando un paso atrás.

Estaba convencida de lo que decía cuando él no deseaba nada más que cargarla sobre sus hombros y llevarla de vuelta a su cama, donde se esforzaría por convencerla de que estaba equivocada. Le mostraría lo mucho que se parecían en todo lo que importaba, y lo maravillosa que podría ser su vida si ella cedía.

Pero se preguntaba si quería lo mejor para ella o si simplemente la deseaba a toda costa. Si la convencía de que se casara con él y se

quedase en Singapur, Isabel tendría que vender su casa y cambiar todos sus planes solo para encajar en su mundo. Porque así tendría que ser. Él llevaba una vida muy ajetreada, viajando constantemente por todo el mundo, y sus planes cambiaban con frecuencia en el último minuto. A menudo estaba agotado y apenas tenía tiempo para eventos sociales, por no hablar de las exigencias de una relación seria. ¿No fue por eso por lo que su última relación fracasó?

¿La deseaba lo suficiente como para obligarla a entrar en su mundo si no podía hacerla feliz? ¿Era eso amor? ¿O el verdadero acto de amor sería dejarla ir y darle el hogar seguro y la vida tranquila que solo podría tener sin él?

Capítulo 14

Grayson completó sus vueltas de calentamiento, intentando sin éxito sentir la familiar emoción previa a la carrera. Los pilotos solían comparar una buena relación con su coche con el sexo. Compatibilidad, conexión, confianza, buenas sensaciones…

Una mala sensación con un coche podía hacer que el mejor piloto se deslizase por la pista como un novato, pero una buena sensación hacía que todo fuese perfecto. El hiperfoco entraba en acción y te sentías imparable, como si volases.

Hacer el amor con Isabel era así.

Perfecto. Auténtico.

Pero no era así como se sentía en ese momento. Nunca había estado tan nervioso en toda su vida y no tenía nada que ver con la carrera, sino con que Isabel llegaba tarde y probablemente no llegaría antes de que empezase. Además, había llamado a Astrid para transmitirle el mensaje, no a él.

Grayson intentó no dejarse llevar por el temor de que hubiera regresado a Irlanda. Tras unas horas de sueño irregular, salió del hotel antes de que ella despertase para no dejarse llevar por la tentación de meterse en la cama con ella e intentar convencerla. La conocía lo suficiente como para saber que eso solo la haría huir aún más rápido.

Cuanto más pensaba en su precipitada proposición, más se daba cuenta del error que había cometido. Había sido egoísta, queriendo retenerla a su lado por todos los medios. Había desechado su preocupación de que fueran demasiado diferentes, pero ahora que se había calmado podía ver las cosas desde su perspectiva.

Isabel le había dicho lo importante que era para ella echar raíces y comprometerse con la maternidad, y él había respondido que no estaba hecho para ser un hombre de familia. Que su carrera era lo primero.

¿Era de extrañar que dudase de él?

Grayson cerró los ojos, preguntándose cómo demonios se había equivocado tanto. Isabel confiaba en él. Le había confiado el papel de padre de su hijo, pero no su corazón. ¿Y por qué iba a confiarle ese bien tan preciado cuando él prácticamente le había dicho que nunca la querría?

Había creído en esas palabras cuando las pronunció, sin imaginar que algún día pudiera albergar ideas románticas. No podría haber predicho la velocidad con la que se enamoraría perdidamente de un caótico tornado rubio lleno de color y alegría.

Pero, pensándolo bien, ¿no fue por eso por lo que la había apartado de su lado años atrás? ¿No había admitido que sentía esa conexión y la había rechazado?

Grayson golpeó el volante con fuerza.

–Está aquí –dijo uno de los ingenieros.

Grayson tardó un momento en darse cuenta de que le estaba avisando de la llegada de Isabel, tal como le había pedido.

–Dile que quiero hablar con ella.

Podía oír el familiar alboroto de los equipos, las voces y la música que vibraba para la multitud que esperaba el comienzo de la carrera. Afortunadamente, nadie cuestionó esa petición tan poco convencional y, en treinta segundos, oyó la voz entrecortada de Isabel por los auriculares.

–Grayson…

–Hola –dijo él, sintiendo una tensión que odiaba y que quería disipar lo antes posible–. ¿Puedes verme en el monitor?

–Sí, te veo. ¿Eso es… es uno de mis diseños en tu casco?

–Lo encargué hace mucho tiempo y hoy lo necesitaba. –Grayson sonrió al recordar el dibujo que Isabel había hecho para Luca–. Debía saber entonces que las cosas nunca iban a ser sencillas entre nosotros. Sé que estás rodeada de un montón de idiotas que probablemente estén muy entretenidos con todo esto, pero necesito

que sepas que lamento haber intentado apresurar las cosas, pero no me arrepiento de lo que dije anoche. Lo decía completamente en serio.

Desde los altavoces anunciaron que la pista estaba despejada y Grayson se aclaró la garganta. Era consciente de que se le había acabado el tiempo, pero necesitaba saber que cuando terminase la carrera ella estaría esperándolo.

–Parece que tengo que irme.

–Sí.

–Dices que no puedes casarte conmigo e intentaré respetarlo… pero no puedes pedirme que deje de tener la esperanza de no haberlo estropeado todo, Isabel. Me iría de esta carrera ahora mismo solo para oírte decir que me quieres.

–Grayson, yo… estaré aquí esperándote. Te lo prometo.

No era exactamente la declaración de amor que él esperaba, pero era un comienzo. Tal vez eso era lo que necesitaban: un nuevo comienzo.

El rugido de los motores le recordó que estaba allí para hacer un trabajo. Tenía una organización benéfica que dependía de él y muchos fans esperando el espectáculo que siempre ofrecía, de modo que se concentró en respirar mientras sentía el familiar zumbido de su motor y escuchaba los gritos de la multitud.

No dejaría que Isabel regresara a Irlanda sin intentar convencerla una vez más, pero antes se concentraría en ganar esa carrera.

Izzy podría jurar que había más de una docena de miradas clavadas en ella mientras se apartaba del muro de boxes y, temblorosa, le devolvía los auriculares al ingeniero jefe. El hombre la saludó con un gesto de complicidad y el resto del equipo volvió a comunicarse con Grayson antes de que comenzase la carrera.

Izzy se dirigió al baño, en la parte trasera del garaje, porque necesitaba estar sola un momento. Saber que Grayson conduciría a toda velocidad bajo la lluvia ya la tenía nerviosa, pero después de esa conversación se le revolvió el estómago por una razón completamente distinta.

¿Estaba huyendo?

Si algo sabía de sí misma era que se sentía inquieta cuando conectaba de verdad con alguien. Y no necesitaba un título en psicología para saber por qué. Toda una vida de inconsistencia, decepciones y abandonos la había llevado a desarrollar una piel más dura que la mayoría. Quizá incluso una especie de armadura. ¿Se habría equivocado al desechar su proposición la noche anterior? ¿Habría proyectado en él sus propios sentimientos?

Estaba tan cansada de mantener las distancias. Ya no le parecían ni una protección ni un consuelo. Con Grayson, sentía que sostenía un peso que él la ayudaba a soportar. Cuando lo necesitaba, él estaba ahí. Y cuando cometía un error intentaba solucionarlo siendo mejor, no solo haciendo promesas vacías. La buscaba y la veía con demasiada claridad… veía su actitud defensiva.

Incluso después de que rechazase su proposición de matrimonio y prácticamente se escondiera en su habitación durante toda la noche para llorar, Grayson seguía preocupado por ella cuando no apareció en la zona de boxes. Estaba en la cabina de un coche de carreras *Elite One*, su lugar favorito en el mundo, y quería hablar con ella.

Izzy se miró en el espejo del baño, sintiendo una burbuja de emoción estallar en su pecho. Pero no fue un sollozo lo que escapó de sus labios, sino una carcajada. Una carcajada ante su propia estupidez y ante la confesión de Grayson, ridículamente romántica, delante de todo el equipo. El hombre no tenía vergüenza… y eso era lo que más le gustaba de él.

Había muy poco que no le gustase de Grayson Koh; eso era lo que siempre la había atraído. Aunque conocía su reputación en la pista, el Grayson que ella conocía era todo lo que siempre había deseado. Como si alguien hubiera reunido todo lo que podría necesitar en una pareja para sentirse completa y lo hubiera envuelto en un paquete hermoso y melancólico.

Izzy respiró hondo, sin poder creer la dirección que habían tomado sus pensamientos. Había estado tan segura la noche anterior, tan convencida de que nunca funcionarían como pareja.

Nunca había llovido con tal fuerza en Singapur desde que Grayson era piloto de carreras. Llovía a cántaros y la pista brillaba como el hielo mientras se esforzaba por mantener el ritmo. Su habilidad en una pista mojada era inigualable y si hubiera sido una carrera habitual esas condiciones probablemente le habrían dado la ventaja que necesitaba.

Pero aquella no era una carrera habitual. Desde el momento en que arrancó, una parte de su mente continuó vagando hacia la mujer que estaba en la zona de boxes, observándolo.

Era plenamente consciente de ello al tomar cada curva, al sentir cómo los neumáticos resbalaban en la pista, cada vez más cerca de perder el control, al borde del precipicio. Al terminar la primera vuelta, sabiendo que aún le quedaban muchísimas más, Grayson supo que durante esas semanas con Isabel él había cambiado de forma irrevocable.

Tomó otra curva cerrada justo en el momento en que el coche rezagado impactó contra el muro y empezó a dar volteretas directamente hacia él…

Y solo podía pensar cuánto lamentaba no haberle dicho a Isabel que la quería.

Capítulo 15

Izzy sintió que la energía en boxes cambiaba incluso antes de oír el chirrido de neumáticos. Todos se quedaron paralizados mientras observaban la acción en los múltiples monitores repartidos por la pared. Coches girando por la pista en impresionantes imágenes en alta definición llenaban cada pantalla desde diferentes ángulos, dejando a Izzy sin respiración.

Le costaba distinguir los vehículos bajo la lluvia, pero buscaba con desesperación el casco de Grayson, con su nombre estampado en un lateral.

Los miembros del equipo comenzaron a hablar en idiomas que ella no entendía, analizando todo lo que veían en los monitores. Sabía que ese era su trabajo, que, a diferencia de ella, ellos sí sabían qué buscar para ver si su compañero estaba bien. Tenían auriculares que los conectaban directamente con el coche de Grayson, así como con los comisarios y los encargados de la seguridad…

Izzy oyó un repiqueteo de tacones y, un segundo después, Astrid entró frenéticamente en el garaje. Había estado en las gradas, charlando con los patrocinadores del evento. Izzy también había sido invitada a sentarse allí, pero les había dicho que necesitaba estar en boxes para apoyar a Grayson.

¿Apoyar a Grayson? La idea era tan ridícula que casi rio a carcajadas. No podía hacer nada en ese momento, salvo esperar e intentar no estorbar.

Astrid no dijo nada, simplemente apretó su mano. Ambas miraban los monitores en tenso silencio. Después de unos momentos el director del equipo anunció por el altavoz que todos los pilotos involucrados en la colisión estaban bien y que los dos pilotos de

Falco Roux regresaban a boxes mientras retiraban los escombros de la pista.

–Están pensando reiniciar la carrera –les dijo el director del equipo antes de enumerar una serie de instrucciones que pusieron a todos en acción.

Izzy, paralizada tras la descarga de adrenalina, enterró la cara entre las manos y empezó a sollozar.

Grayson estaba bien. Eso era lo único importante.

Por el monitor vio a un piloto británico que era escoltado hasta una ambulancia mientras saludaba con la mano a la multitud para indicar que estaba bien y oyó el rugido de un motor a su espalda, pero no podía moverse. Se sentía ridícula por lo conmocionada que estaba cuando el resto del equipo estaba tan acostumbrado a esos dramas.

Un momento después levantó la vista y vio a Grayson saliendo de su coche.

–¿Qué haces? –protestó el director del equipo–. Estás en la *pole position*. No es momento de salir del coche.

–Se va a reiniciar la carrera, pueden esperar.

Todos se apartaron mientras Grayson atravesaba la zona de boxes, la visera del casco levantada para mirar fijamente a una sola persona.

Isabel.

Al quitarse el casco parecía un guerrero que regresaba de la batalla. Su pelo negro azabache estaba empapado de sudor, su boca era una línea sombría cuando se detuvo frente a ella.

–Estás blanca como una sábana.

Levantó una mano para acariciarle la cara con ternura, en contraste con el brillo salvaje de sus ojos. El director del equipo le pidió que volviese al coche, pero Grayson no le hizo caso. Sus ojos permanecieron fijos en los de ella, con una pasión que la dejó sin aliento.

–Hazle caso –murmuró, consciente de que todas las miradas estaban clavadas en ellos–. Tienes una carrera que terminar. De verdad, estoy bien.

–¿Seguro? Porque yo no lo estoy.

–¿Estás herido?

Alarmada, Izzy alargó instintivamente las manos para tocarlo y él cerró los ojos, respirando hondo.

–Dios mío, estás herido.

–No estoy herido, pero tampoco estoy bien –dijo Grayson, tomando su mano para ponérsela sobre el corazón–. ¿Tienes idea de cuántas veces me he encontrado en una situación así o incluso peor? Más de las que puedo contar. Soy conocido por prosperar en medio del caos. Mi mente se despeja y solo pienso en ganar. Mis reflejos se activan y uso la adrenalina como combustible. No me permito a mí mismo sentir miedo.

Izzy intentó tomar aire. Él le había dicho alguna vez que no solía ponerse nervioso durante una carrera, pero en ese momento le temblaba la mano y podía sentir los frenéticos latidos de su corazón contra las yemas de los dedos.

–Isabel… vi ese coche viniendo directamente hacia mí y por primera vez en mi carrera no pensé en ganar. Solo podía pensar en ti. –Grayson se inclinó para apoyar la frente sobre la de ella–. Podía ver tu rostro con tanta claridad… y me di cuenta de que ganar no significaba nada para mí comparado con poder volver aquí contigo.

–Es tu trabajo, Grayson. Entiendo los riesgos y estoy aquí para animarte. Ya sea solo por hoy o si decides volver al circuito… nunca me interpondría.

–Sé que no lo harías y te adoro aún más por ello. Pero esa es la cuestión. Ya no creo que este sea mi sueño. Solo una cosa me ha hecho sentir feliz en mucho tiempo y la estoy abrazando ahora mismo.

Izzy cerró los ojos; el impacto de sus palabras la golpeó de lleno en el pecho. ¿Alguien le había dicho algo así en toda su vida? ¿Alguien lo había dejado todo para correr hacia ella, solo para ver si estaba bien?

–Pero si no vuelves al coche vas a perder la carrera y a ti te gusta ganar.

–No tanto como me gustas tú, Isabel O'Sullivan, –Grayson tomó su cara entre las manos, sus ojos marrones brillando como el bronce–. Anoche metí la pata. No tienes idea de cuántas veces le he

dado vueltas a esa proposición y he deseado haberla hecho de otra manera. Pero cuando quiero algo me centro solo en eso… y tú te has convertido en mi único objetivo. No solo tener un hijo contigo, sino tú. Tú misma.

–Grayson…

–Te dije que mi carrera siempre ha sido lo más importante y siempre lo sería… y de verdad lo creía. De verdad pensé que quería tener un hijo a distancia para que no afectase a mi carrera. Mi propia soberbia me asombra incluso ahora. Pensar que alguna vez pude haber sido tan ciego… E incluso cuando me di cuenta de que estaba enamorándome de ti, seguí intentando aferrarme a lo que creía ser. Te hice creer que solo tendrías una parte de mí, pero estar contigo estas últimas semanas ha reavivado los viejos sentimientos que antes me aterrorizaban. No estaba listo para ti entonces. Fui demasiado egoísta y probablemente todavía lo soy…

–Eres el hombre más generoso que he conocido nunca –lo interrumpió ella–. No has hecho más que hacerme sentir segura, a salvo y querida… aunque yo no quisiera reconocerlo. Y lamento mucho haberte apartado de mí.

–¿Eso significa que ya no quieres hacerlo?

–No puedo prometerte que no me sentiré insegura de vez en cuando, heridas como las mías nunca desaparecen del todo, pero estoy lista para intentarlo. Tuve el ensayo general la semana pasada y ahora estoy lista para que me quieras de verdad.

–¿Todavía no te has dado cuenta? Siempre te he querido, Isabel.

Grayson la abrazó y reclamó sus labios con un beso tan ardiente que provocó gritos y vítores del equipo. Se apartó luego, tomando su cara entre las manos para mirarla a los ojos, irradiando amor y adoración.

Luego se giró hacia su compañera.

–Nina, ve y gana esa carrera para Falco Roux como sé que solo tú puedes hacerlo.

Los ojos de Nina Roux brillaron por un momento a través del visor. Luego, sin esperar más, le hizo un saludo y salió a toda velocidad hacia el *pit lane* para reiniciar la carrera.

Después de eso, Grayson tomó su mano y prácticamente la arrastró por los pasillos y senderos del *paddock* hacia su lujoso camerino.

–Pero ¿y si el equipo gana la carrera? ¿No tienes que subir al podio con los demás para recibir el premio? –preguntó Izzy sin aliento mientras él cerraba la puerta y empezaba a desvestirla frenéticamente.

–¿Crees que perdería un momento ahí fuera cuando te tengo aquí mismo? Tú eres el mejor premio del mundo –murmuró Grayson, inclinándose para darle otro beso abrasador.

–Si soy el mejor premio que hayas ganado nunca… ¿me convierte eso en tu esposa trofeo? –bromeó Izzy unos segundos después.

–Muy graciosa. –Grayson rio, pero luego su expresión se volvió seria–. ¿Has cambiado de opinión sobre casarte conmigo? Porque no tengo el anillo…

–No necesito un anillo. Solo te necesito a ti.

–Pensé que merecías algo mejor que la vida caótica que yo podía darte, pero, aunque no sé si alguna vez mereceré tu amor, lo aceptaré. Y haré lo posible cada día por demostrarte cuánto te quiero.

Grayson la besó de nuevo… un beso que contenía la promesa de un «para siempre».

Epílogo

Si reduces más la velocidad iremos marcha atrás!

Izzy rio mientras su marido tomaba otra curva cerrada a paso de tortuga.

–Estoy tomando las medidas de seguridad adecuadas para la lluvia –protestó él–. Y para tus náuseas.

–Mis náuseas se están portando bien esta mañana. –Izzy sonrió mientras se daba una palmadita en el vientre, donde su bebé crecía de maravilla–. Pero si seguimos a este ritmo puede que me desmaye de hambre.

–Tenemos que hacer una parada antes de comer –dijo él entonces–. Aceleraré al máximo mientras estamos en la recta, ¿de acuerdo?

Grayson sonrió con suficiencia mientras accionaba la palanca de cambios justo como a ella le gustaba.

–Písale, Grayson, písale –dijo Izzy, poniendo su mejor voz de locutora deportiva.

Recientemente había cumplido su promesa de hacerle el amor en boxes, a oscuras, después del Gran Premio de Brasil, antes de volver a Irlanda para unas merecidas vacaciones de invierno. Habían organizado su primera cena de Navidad en su casa, con Eve, su esposa Moira y su hija como invitadas de honor.

Llovía con fuerza, algo típico en enero, y ella agradecía que Grayson no estuviera tan ávido de velocidad como lo estaba en la pista. A pesar de estar casada con uno de los mejores pilotos de carreras del mundo, él no le había permitido conducir ninguno de sus deportivos. Prácticamente los había encerrado en el garaje del chalé suizo, diciendo que los volvería a ver en dieciocho años.

Estaba emocionado con el bebé, comprando todo tipo de juguetes y sugiriendo los nombres más extravagantes que se le ocurrían. La idea de que casi hubieran hecho aquello por separado era impensable.

Hacer el amor con Grayson había cambiado su vida, pero ser amada por él todos los días era el paraíso.

Izzy frunció el ceño cuando él detuvo el coche en el arcén, frente a un prado desierto.

–¿Qué tramas exactamente? ¿No íbamos a comer?

–Tendrás que seguirme para averiguarlo.

Ella lo hizo, empapando sus deportivas en el proceso, lo que provocó quejas de su marido, que le había comprado cinco pares de carísimas botas.

–Feliz aniversario.

Izzy arqueó las cejas, buscando alguna señal de lo que estaba pasando.

–Faltan cinco meses para nuestro primer aniversario de bodas.

–No me refiero a ese aniversario.

–Ah… ¿es hoy?

–Sí. –Grayson sonrió mientras la abrazaba–. Feliz día del acuerdo platónico para concebir un hijo.

Izzy rio al recordar ese día. El día que pensó que todos sus planes se habían arruinado y que terminó en los brazos del hombre que se había convertido en su hogar.

–¿Y qué tal va eso de la relación platónica?

Grayson rio.

–Es el mejor acuerdo de mi vida.

–Hay gente que celebra el aniversario de su primera cita…

–Esa gente es muy aburrida. Nosotros celebramos la confusión en una clínica de fertilidad suiza.

Los dos rieron al recordarlo.

–Estabas tan desconcertado.

–Porque me di cuenta de que quería justo lo que siempre había dicho que no quería. –Grayson la besó de nuevo, en esa ocasión con más fuerza–. Pero entonces llegaste tú y arruinaste todos mis planes de *playboy*.

–Ah, recuerdo al solterón Grayson… era un hombre muy cascarrabias.

–No, en realidad, el pobre Grayson era un incomprendido –la corrigió él.

–No me sorprende, considerando que se refiere a sí mismo en tercera persona.

–¿Quién iba a imaginar que una nevada inesperada bastaría para cambiarlo todo?

–Para mejor, espero.

–Para mejor. Y ahora, con el nuevo capítulo que se avecina… –Grayson puso una mano sobre su vientre– he decidido que es hora de ser valientes. ¿Qué dices, Ricitos de Oro?

–¿Una merienda en medio del campo con esta lluvia?

–No hemos venido a merendar. ¿No sabes dónde estamos?

Izzy miró las colinas verdes, buscando un punto de referencia.

–No tengo ni idea.

–Son cuatro hectáreas de terreno, esperando a que alguien construya la casa de sus sueños. Nuestra casa, si seguimos adelante con la compra. –Grayson sacó un papel del bolsillo de la chaqueta–. Esto es solo un plano. Le he dicho al arquitecto que tú tendrás la última palabra…

Izzy miró el plano y se le hizo un nudo en la garganta. Era una casa. Su casa. De la que le había hablado en la que creía que sería su última noche juntos, tanto tiempo atrás. De niña, dibujaba esa casa de fachada cuadrada una y otra vez, como un mantra, soñando con que algún día podría vivir en un sitio así. Él lo recordaba todo, cada detalle. Incluso la puerta roja de entrada.

Izzy cerró los ojos. Sus hormonas no eran lo suficientemente fuertes como para soportar la oleada de emociones que la invadió y las lágrimas empezaron a rodar por su rostro. Pero no las contuvo. Las dejó rodar libremente, hundiendo el rostro en el cálido cuello de su marido mientras pensaba en sus maravillosos planes para el futuro.

Por un momento, Grayson no pudo hacer nada más que abrazarla. Había pasado los últimos dos meses buscando el lugar perfecto para echar raíces, a la vez que reorganizaba su agenda,

considerablemente reducida, para el año siguiente. Aun así, sabía lo sensible que era su esposa ante la posibilidad de abandonar su primera casa, que había encontrado, reformado y convertido en su hogar contra todo pronóstico, y verla llorar le rompió el corazón.

–Lo siento, cariño…

–No te disculpes, mi amor. No tienes por qué.

Grayson no pudo respirar del todo hasta que Izzy empezó a reírse de su propio arrebato emocional.

–No pasa nada, estoy bien.

Grayson tomó su cara entre las manos, enjugando sus lágrimas con los pulgares.

–Sé que podemos hacer un hogar de cualquier sitio si estamos juntos –dijo en voz baja–. Pero vamos a tener un hijo y he pensado que deberíamos instalarnos en una casa grande, una casa para una familia.

La casita de Isabel había sido el sitio perfecto para sus vacaciones durante el último año, ya que dividían su tiempo entre Irlanda y el país al que les llevase el circuito de carreras. Y tenía el tamaño perfecto para un matrimonio con un hijo, pero recientemente habían decidido que la adopción era algo a lo que ambos querían optar cuando llegase el momento.

–Este sitio es tan grande como un condado –dijo ella, riendo–. ¿Cuántos hijos planeas que tengamos exactamente?

–Todos los que tú me permitas –respondió Grayson, con una sonrisa burlona–. Pero centrémonos en esto por ahora. ¿Te parece demasiado?

–Es demasiado, y me encanta –dijo Izzy, poniéndose de puntillas para besarlo–. Te quiero, vivamos donde vivamos. Pero construir nuestro hogar aquí y llenarlo de amor es mi sueño hecho realidad.

–Tú eres mi sueño hecho realidad, Isabel O’ Sullivan.

Ella sonrió, poniéndose colorada.

–Tienes que dejar de decir esas cosas. Ya estoy a un paso de lanzarme sobre ti, te lo advierto.

–Bueno, estamos en el campo. –Grayson rozó su oreja con los labios–. ¿Qué tal si me quedo muy quieto y me muestras tus habilidades?

–Esperaba que dijeras eso.

No importaba cuántas veces besara a esa maravillosa mujer, cada vez era tan explosivo y maravilloso como la primera. Ella le rodeó el cuello con los brazos y buscó sus labios, ordenando, exigiendo. Él apretó las deliciosas curvas de su trasero, atrayéndola hacia la dura cresta de su erección, gruñendo cuando ella gimió sobre su boca.

Era vagamente consciente de que estaban en un campo embarrado y de que estaba lloviendo, pero se sentía demasiado feliz como para preocuparse de pequeños detalles. El beso era de puro deseo, lleno de alegría y pasión por la vida que estaban creando juntos, encendiendo una pasión que nunca parecía demasiado lejana cuando estaban juntos y animándolo a reclamar su cuerpo como más le gustaba.

Pero entonces la lluvia y el viento se calmaron por un breve instante y, en el silencio, se oyó la protesta del estómago de Isabel.

–Creo que estos juegos tendrán que esperar hasta después de comer.

Grayson soltó una carcajada al ver que ella hacía un puchero.

–De acuerdo, pero prométeme que volveremos.

–Supongo que vendremos muchas veces porque yo soy el autoproclamado director del proyecto. No puedo garantizar que la casa esté lista antes de que llegue el bebé, pero creo que disfrutaré del desafío.

Mientras caminaban de la mano por el ondulante paisaje verde que pronto se convertiría en su hogar, Grayson experimentó una gran sensación de paz. Adoraba el temperamental clima irlandés tanto como a su esposa, que jamás hacía nada como él esperaba que lo hiciese.

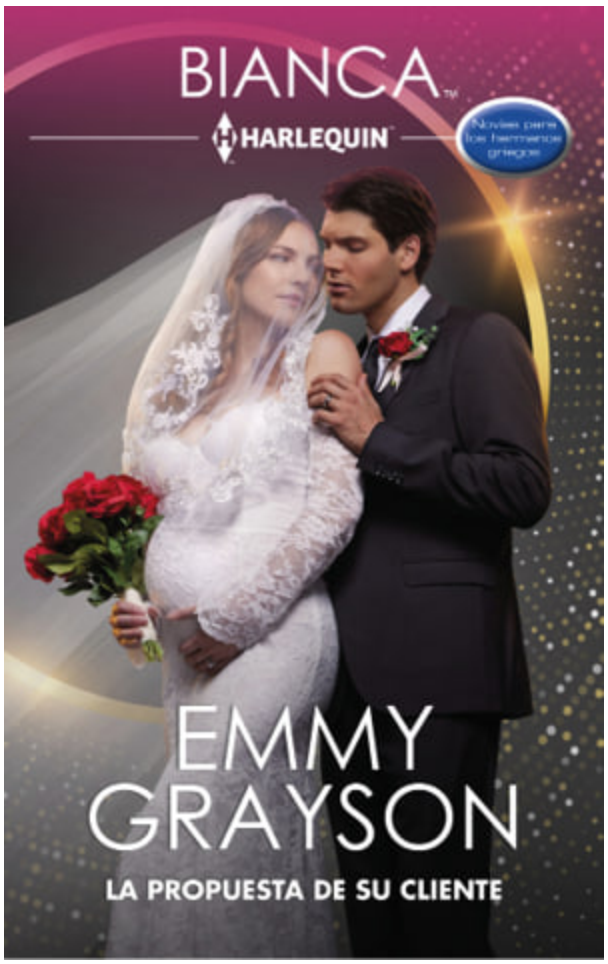
–¿En serio vas a intentar construir una casa en seis meses? ¿No es demasiado rápido?

–Cariño, nuestra relación ha sido muy rápida y la casa también lo será.

–No cambiaría nada de nuestro rápido camino hacia el «felices para siempre» –dijo ella, girando entre sus brazos para darle otro beso.

Si te ha gustado este libro...

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



Portadilla

BIANCA™

MILLIE ADAMS

AMANTES DESCONOCIDOS

HARLEQUIN™

Capítulo 1

Verity Carmichael frunció el ceño y dedicó a su jefe la mirada más gruñona que pudo.

–No te estás comiendo la ensalada –observó.

–Ya te he dicho que no me gusta la ensalada.

Alexios Economides era uno de los hombres más temidos y venerados de la industria tecnológica, un hombre imponente y sombrío que, con sus casi dos metros de estatura, sobresalía por encima de todos los que lo rodeaban. Siempre peinaba su cabello negro hacia atrás, brillante como el ala de un cuervo. Sus ojos eran de un marrón intenso, con una mancha roja en el iris del derecho.

Alex era antipático, malhumorado, terco, maniáticamente controlado y tan hermoso y agudo como una obsidiana tallada. Todo el mundo le tenía miedo… Excepto Verity.

No la habían contratado para tenerle miedo. Era su asistente, más que eso. La había contratado para ser su… conciencia.

Su Pepito Grillo, como ella le había señalado una vez, y él lo había aceptado como un apodo que ella fingía que no le gustaba, aunque en secreto le encantaba.

–Me dijiste que ibas a intentar comer más verdura –insistió Verity–. Así que pensé que hoy podríamos comer lo mismo.

–¿Te contraté para que fueras mi nutricionista?

–No. Me contrataste para hablarte y, supongo, también para escucharte, así que, cuando dijiste que querías comer más verdura, te escuché. Y actué.

–Astuta, Grillo –contestó él.

–No estaba siendo astuta. –Ella sonrió–. Cómete la ensalada.

–Ojalá hubiera un filete. –Alex parecía no saber qué hacer con la lechuga pinchada en el tenedor.

–Intenta pedir un deseo a una estrella. He oído que tus sueños pueden hacerse realidad.

–¿Qué?

–Es un… No importa.

Llevaba dos años trabajando para Alex, y era el trabajo más extraño y agradable que había tenido nunca. No solo porque estaba a miles de kilómetros de sus padres, sus hermanos y sus dramas y, además, vivía a orillas del mar Egeo. Aunque, sin duda alguna, eso contribuía a su felicidad.

Le gustaba ese trabajo porque era un reto interesante. EconomicTech estaba a la vanguardia del desarrollo en *hardware* y *software*, con nuevas y emocionantes innovaciones cada pocos meses. Era emocionante trabajar en una empresa tan dinámica. Siempre había un gran bullicio en el edificio, excepto cuando Alex pasaba por allí. Entonces, todo quedaba en silencio.

Verity podía admitir que quizá parte de lo que le gustaba era ser la «susurradora de Alex». Así la llamaban sus compañeros de trabajo, arrancándole siempre una sonrisa.

Esa era otra ventaja de ese trabajo. Había convertido su trauma infantil en una habilidad laboral.

Sabía cómo calmar, cómo templar cualquier situación. Cómo mostrar solamente una calma dichosa y alegre.

Y, con su alegre calma, tomó un bocado de su ensalada, lo que pareció irritar más a Alex.

Era extraño pensar que esa era su nueva vida. Todo porque uno de sus amigos de la universidad había creado una aplicación de ofertas de trabajo de élite en la que todos los candidatos eran preseleccionados y evaluados previamente, con términos confidenciales, solo visibles para los candidatos que hubieran aceptado mantener los detalles en secreto.

Conocer al creador de la aplicación había sido como someterse a un riguroso proceso de selección, incluso sin mucha experiencia laboral, y Verity fue aprobada y obtuvo acceso a los tipos de trabajos con los que la mayoría de la gente solo podía soñar.

Al ver por primera vez la oferta de trabajo, le pareció extraña. No solo buscaba una asistente, sino también una confidente. Alguien con quien hablar, no solo sobre el trabajo, también sobre asuntos personales. Al principio se sintió algo nerviosa. En parte porque era un hombre intimidante: lo buscó en Google inmediatamente después de ver la oferta de trabajo, y en parte porque parecía demasiado bueno para ser verdad.

¿Mudarse a Grecia? ¿Un sueldo estupendo? ¿Un buen horario? ¿Un jefe multimillonario y atractivo?

Aunque el sistema que había utilizado para conseguir el trabajo proporcionaba cierta protección, había temido descubrir que «conversación», era un código para «ponte un disfraz *sexy* de Godzilla y pisa fuerte por la oficina para satisfacer mi fetichismo con los dinosaurios».

–Godzilla no es un dinosaurio –había respondido Alex cuando, tras seis meses trabajando en la oficina, Verity se lo había confesado.

Después habían debatido sobre cuál era el mejor dinosaurio porque, en el fondo, ese era su trabajo.

Realmente él no quería nada raro ni sexual de ella. Solo conversar.

Le habían dado una lista de límites estrictos para las conversaciones, y ella era feliz respetándolos, al principio por el dinero y luego porque se preocupaba por Alex. ¿Cómo no iba a hacerlo?

Eso no significaba que no se preguntara cosas sobre él, por supuesto.

Pasaba cinco días a la semana con él. Cuando no estaba con él, pensaba en nuevos temas de conversación. De manera profesional, por supuesto. No sentía *eso* por él.

Cierto que era el hombre más guapo que hubiera visto nunca. Probablemente porque era el hombre más guapo del planeta, en un sentido puramente estético. Pero era intenso, y Verity soportaba la intensidad de nueve a cinco, pero jamás en su vida personal, su casa, su corazón. No, gracias.

Le interesaban mucho más los hombres amables y sonrientes. En teoría, ya que a sus veinticuatro años nunca había salido con nadie,

lo cual empezaba a resultar molesto. Pero Verity era una experta en resolver problemas.

Había utilizado esa habilidad para marcharse de Oregón, lejos de su familia, de toda la toxicidad del hogar. Había trabajado para pagarse la universidad y había conseguido ese trabajo.

No había tenido tiempo para salir con nadie.

Pero ya lo tenía, y también tenía un compañero de trabajo encantador llamado Stavros que era todo lo que ella podría desear. Era casi de su misma edad y le quedaban muy bien los trajes azul marino y *beige*, menos severos que los que vestía Alex: siempre negros.

–Creo que voy a pedirle una cita a Stavros. –Verity tomó otro bocado de su ensalada.

El rostro de Alex hizo algo que ella nunca había visto. Pasó de la confusión a la irritación, y a algo más que no consiguió identificar. Luego lo vio haciendo un cálculo mental y obtener la respuesta en tiempo récord.

–¿Stavros, del departamento de contabilidad, que lleva seis meses trabajando aquí? –preguntó él.

–Ese mismo –respondió ella, masticando la lechuga.

–Técnicamente, es tu superior.

–Trabajamos en diferentes departamentos, y Recursos Humanos permite las relaciones sentimentales en esta empresa siempre que ambas partes firmen una exención.

–Soy consciente de ello.

–Me imagino, pero actuabas como si no lo supieras.

–Por supuesto que lo sé, Grillo, pero, moralmente, él es tu superior y eso es problemático.

Era hasta gracioso oír esas palabras salir de su boca, porque Verity no percibió ninguna emoción detrás de ellas. Lo que había en la cabeza de Alex era un programa informático para asegurarse de saber qué estaba bien y qué no.

Lo cual quizá fuera cruel, porque él no era un hombre desagradable, no realmente, si profundizabas y llegabas a conocerlo mientras comías una ensalada, pero era… distante.

Era profundamente impopular en un mundo escéptico con los multimillonarios, donde los inversores querían invertir su dinero en empresas éticas y las redes sociales creaban memes con cada movimiento de labios y cada levantamiento de cejas.

Y aunque en Internet todos coincidían en que Alexios Economides era atractivo, en todas las formas, desde emojis jadeantes hasta declaraciones en mayúsculas de «PAPAÍTO», debajo de sus fotos, también coincidían en que era un multimillonario malvado, «MORALMENTE AMBIGUO», que tenía hielo en las venas.

Lo cierto era que Alex era muy ético. Donaba a muchas causas y compensaba su huella de carbono de forma juiciosa. El problema eran sus… vibraciones. A pesar de que sus buenas acciones no podían trascender el hecho de que, si anunciara al mundo que era la encarnación de Hades, le creerían.

–¿Estás diciendo que no tengo autonomía? –preguntó ella, lamiéndose el aderezo del pulgar.

–¿Perdón?

–Soy una mujer adulta y él me gusta. Quiero salir con él y, sí, él ocupa un puesto más alto que el mío, supongo, en un departamento en el que yo no trabajo, pero soy yo quien quiere pedirle salir. ¿Insinúas que mi condición humana se evapora en contacto con la estructura corporativa?

–No estoy diciendo eso en absoluto.

–Más o menos sí. Me estás diciendo que lo que quiero es problemático.

–Los hombres utilizan su posición de poder para manipular a las mujeres.

–Gracias, Alex, no lo sabía hasta que un hombre en una posición de poder me lo dijo. –Ella lo miró con indiferencia y él con una mirada oscura y poco divertida. Lo cual la divirtió enormemente.

–Nadie se atreve a hablarme así –Alex carraspeó, dando otro mordisco enfadado a su ensalada.

–Me contrataste para hablar contigo como un ser humano y para enseñarte a hablar con otras personas como un ser humano, y debo decirte que recitar una lista de reglas, sin contexto ni emoción, no te hace parecer realmente humano. Te hace parecer aún más robótico.

Verity se sintió culpable en cuanto las palabras salieron de su boca, porque suponía que él había contratado una conciencia externa para socializar en parte porque los comentarios sobre que era una IA en lugar de un ser humano le hacían sentir mal.

Y ella no quería hacerle sentir mal. Quizás fuera un poco tonto, ya que la mayoría de las veces a Alex no le importaba hacer sentir mal a los demás. O más bien, para ser justos, no se daba cuenta cuando lo hacía. En teoría, trataba de aprender, por eso la había contratado. Pero a menudo se preguntaba si estaba marcando una gran diferencia más allá de sus almuerzos.

Él era… No se parecía a nadie que ella hubiera conocido, y había aprendido mucho de él. Sobre tecnología y negocios, innovación. Ella lo respetaba. Le caía bien.

–Tengo una reunión de la junta directiva el viernes –soltó él abruptamente.

–¿Sobre qué?

–Cómo atraer a nuevos inversores antes del próximo lanzamiento del producto.

–Es un producto sensacionalmente ingenioso. Un asistente de IA que consume menos energía y que además aprende de recursos para los que han dado su consentimiento, es muy importante. Por no mencionar que funciona increíblemente bien.

–¿De verdad crees que al consumidor medio le importa la ética del producto?

–Sí.

–Pues no le importa. Hablan de ello, fingen que les importa y luego usan sus teléfonos sin pensar en cuánta energía se consume para alimentar ese aparatito que vive en su bolsillo.

–¿Crees que toda la humanidad es hipócrita?

–Creo que, entre la comodidad y la ética, suele ganar la comodidad. Pero donde realmente creo que el producto podría tener éxito es en que sigue siendo excepcionalmente cómodo. No es la comerciabilidad lo que me preocupa, es el hecho de que los inversores han escaseado en el último año, después de que se hiciera viral ese vídeo mío…

–¿Rompiendo el teléfono de ese crío después de que te lo pusiera en la cara?

–No era un crío, tenía tu edad. Además, está claro que no lo rompí, porque hay un vídeo de todo lo que pasó. Desde su punto de vista.

–Sí. No ayudó a humanizarte. –Verity hizo una pausa–. Aunque al menos después de eso te llamaron *Terminator*, en lugar de *Data*.

Había sido una muestra de temperamento poco habitual en él, y había mantenido ese mismo aire robótico y mesurado. No había gritado ni vociferado, solo había tirado el teléfono al suelo mientras seguía su camino.

–Me da igual lo que piensen de mí, pero se está convirtiendo en un problema con los inversores. Y eso me enfurece –aseguró él con el mismo tono mesurado.

–Ya lo veo. –Ella contuvo la risa–. Estás hecho una furia.

Alex no parecía indignado en absoluto. Salvo por las brasas ardientes de sus ojos oscuros.

Verity lo conocía lo bastante como para saber que debía tener cuidado cuando él miraba así.

Nunca había visto a Alex enfadado, pero sabía que existía la posibilidad de que lo estuviera. Y ella era toda una experta en evitar explosiones de ira, en sofocarlas e impedir que se produjeran.

–Al menos el vídeo demuestra que no eres una IA –señaló, aunque con la sensación de que eso no ayudaba en absoluto. Y la mirada irritada que le dirigió Alex lo confirmó.

–No era un rumor serio.

–Sí lo era –susurró ella.

–Entonces, ¿es más creíble que yo haya sido creado por un módulo de aprendizaje avanzado que el que sea un hombre rico y reservado al que le gusta mantenerse alejado de la vida social?

–Bueno, no quisiera inflar tu ego, pero lo cierto es que eres joven… más o menos, y extremadamente guapo. Obviamente, la gente espera que gastes el dinero que ganas con chicas. O chicos, si es lo que te gusta. Ostentosamente, en fiestas y yates. –Verity intentó percibir alguna reacción ante cualquiera de las dos propuestas de personas para el yate.

Eso era lo más extraño de Alex. En un mundo en el que la privacidad era casi imposible, con los teléfonos móviles y las redes sociales basadas en algoritmos que captaban pequeños momentos y los ponía a diario en el escenario mundial, él seguía siendo relativamente reservado. Desconocido. Excepto, por supuesto, que lo habían pillado enfadándose con un idiota insoportable y lo habían pintado como el malo. Él era el multimillonario. El abuso de poder era evidente, etcétera, etcétera. La expectativa de que alguien con una imagen pública, más o menos, fuera un bien público era algo con lo que Verity no estaba de acuerdo, pero eso no lo hacía menos real.

–¿Qué quieres decir con que soy «más o menos joven»?

–Bueno, tienes treinta y tantos años.

–Necesito que vengas a la reunión de la junta directiva. –Alex casi frunció el ceño.

–Por supuesto que estaré allí. Es mi trabajo.

–Sí –contestó él, con total y absoluta certeza.

Había algo tan definitivo e intenso en ello que bien podría haber estado admitiendo que él era su dueño más allá del trabajo, porque por alguna razón ella sentía que así era. Como si hubiera algo más profundo que un contrato laboral entre ellos, cuando no era así.

–Soy muy útil –insistió Verity, tomándole el pelo, aunque una parte de ella quería que él estuviera de acuerdo–. Apuesto a que te sientes mejor por haber comido una ensalada.

–Me sentiré mejor si lo acompaño de un filete.

–Eres ridículo. No necesitas tanta carne roja a mediodía.

Él levantó una ceja oscura y se recostó en la silla, permitiéndole a Verity apreciar su torso musculoso y perfectamente tonificado. La camisa blanca impecable que llevaba debajo de la chaqueta negra no ocultaba su musculatura, convirtiéndola en una especie de provocación que le atraía más de lo que ella hubiera deseado.

–¿Intentas demostrar algo? –preguntó ella, arrugando la nariz.

–¿Sabes lo que quiero decir por mi postura? Si es así, entonces supongo que está claro.

–Si lo que intentas decir es que, como no tienes grasa corporal y tus músculos están definidos, no necesitas cuidar tu alimentación,

estás muy atrasado en tu educación sobre salud y nutrición.

–Lo cual es otra prueba de que no soy una IA.

–¿Y eso?

–Me habrían programado con los datos más recientes.

–Es más probable que tuvieras ocho dedos en una mano, pero lo que tú digas.

Eso sí le hizo sonreír. Alex nunca dibujaba una sonrisa completa, enseñando los dientes y con los ojos entornados. No. Así que ella consideraba esos raros y pequeños movimientos de las comisuras de su boca como valiosas joyas. Porque lo eran. Y tuvo que recordarse una vez más que su relación era la de jefe y empleada. Que él no era realmente su amigo. Al fin y al cabo, nunca hacían nada fuera del trabajo. En ese sentido, serían una pareja improbable.

Intentó imaginárselo. Pensó en las cosas que solía hacer en casa con sus amigos. Se imaginó yendo con Alex a un café con servicio en el coche, y luego al centro comercial. Casi se echó a reír, pero se contuvo porque, si se reía, tendría que explicárselo.

–Vas a pedirle una cita a Stavros –dijo él.

Y, una vez más, su abrupto cambio de tema, que claramente provenía de algún cambio en su cerebro, invisible, incomprensible para los demás, como todas sus innovaciones, casi hizo que a Verity le diera vueltas la cabeza.

–Sí.

–¿Cuándo?

–No lo sé. Pero lo haré.

–¿Vas a esperar a ver si él está interesado en ti primero?

–No. –Verity frunció el ceño–. Eso está pasado de moda. Me gusta, ¿por qué andar con juegos?

–Estoy de acuerdo. Pero tengo entendido que los juegos son una parte esencial del romance.

–¿Sueles jugar cuando se trata de romance? –Verity estaba rozando los límites de los temas prohibidos. En realidad, eso no estaba en la lista de cosas de las que no podían hablar, simplemente sentía que no debía hablar de relaciones con su jefe. Además, nunca había surgido el tema, ya que ella nunca había mantenido una relación, ni siquiera lo había intentado hasta entonces.

–No. –Alex enarcó una ceja y algo brilló en sus ojos oscuros–, no lo hago. No tengo tiempo para juegos. Si quiero sexo, puedo tenerlo sin romance.

Verity se ruborizó violentamente y quiso volver atrás, hacer como si nunca hubiera oído esas palabras salir de su boca. Quería darle una charla sobre los límites. Pero el problema era que tenían conversaciones personales, ella había sacado el tema de las citas y le había preguntado por su vida sentimental. Lo cierto era que trabajaba para él, pero dos años de almuerzos compartidos los habían llevado a un espacio que no era enteramente profesional, por mucho que debiera serlo.

–Hablas como una IA –murmuró ella, recogiendo su plato y alargando la mano hacia el de él.

Alex se lo entregó sin pensarlo dos veces. Porque durante la hora del almuerzo ella era su… algo. Pero después, era una asistente. Y unas manos tan geniales como la de él no lavaban platos.

–Gracias por la ensalada –dijo él.

Resultó tan impactante que la dejó paralizada y sintiendo algo parecido al placer.

–De nada.

–Verity –llamó Alex antes de que se fuera, y el hecho de que la llamara por su nombre en lugar del apodo más común, Grillo, le resultó tan impactante como el agradecimiento.

–¿Sí?

–La reunión de la junta directiva es en Londres. He añadido algo de dinero a tu cuenta de gastos para que te compres ropa nueva. ¿Por qué no dedicas el resto del día a prepararte?

Y aunque debería haber dedicado el resto del día a planear cómo pedirle a Stavros que salieran juntos, en lugar de eso, mientras echaba un vistazo a las *boutiques* de lujo de Kolonaki, no dejaba de oír en su cabeza el «gracias», de Alex.

Capítulo 2

Alex observaba a su asistente personal, que, por mucho que lo intentara, nunca conseguía ocultar su fascinación por el avión privado. Siempre merodeaba por la nave, abriendo cajones, mirando dentro del bien surtido bar, aunque casi nunca bebía nada más fuerte que un Shirley Temple.

Verity era un enigma fascinante. Por eso la había contratado a pesar de su falta de experiencia.

La había citado para una entrevista personal, algo poco habitual en él, para el puesto de asistente personal y algo más. Porque empezaba a darse cuenta de que su falta de conexión humana, su falta de carisma, se estaba convirtiendo en un problema. Aunque era ridículo.

Tenía poder y dinero. Y, sin embargo, tenía que satisfacer los caprichos de los demás, lo cual era aún más ridículo cuando esos caprichos parecían surgir de la nada.

Creados a partir de una idea falsa sobre quién era él.

No diría que era un buen hombre, que actuaba por bondad, pero tampoco hacía daño a nadie.

El trabajo era su vida. Gracias a eso había alcanzado el éxito en sus primeros años. Había ascendido en una pequeña e insignificante empresa tecnológica, donde había encontrado un mentor en el propietario. Con el tiempo, se había hecho cargo del negocio, que había comenzado a expandirse, y le había cambiado el nombre. Lo había convertido en suyo, transformándolo en algo completamente diferente. Una fuerza líder en la industria tecnológica, un éxito mundial.

Hacía cinco años, la empresa había comenzado a cotizar en bolsa y, de repente, la voluntad de otras personas se había interpuesto en su éxito. Ahí comenzó el conflicto.

Porque ya no bastaba con que él fuera brillante o que su producto fuera superior. Sus gestos podían afectar al precio de sus acciones, la voluntad de los inversores podía verse influida y alterada por la opinión pública, ya que todos luchaban por jugar al despiadado juego de ser irreprochables a los ojos de un público ávido de esa dosis de dopamina que suponía la superioridad moral.

Por eso las buenas acciones se convirtieron en dominio público, la caridad en una actuación pública. Y era esencial asistir a galas, fiestas y lugares donde se le pudiera ver como alguien digno de admiración. Y eso Alex nunca lo había entendido. Pero, de repente, se veía obligado a hacerlo.

O podría dejar que todo se desmoronara. Permitir que su imperio se redujera, volver a ser *una* fuerza en los negocios, no *la* fuerza. Pero renunciar a lo que había conseguido no era algo que estuviera dispuesto a hacer. Y ahí había entrado Verity en escena. Alex quería empezar a llevar su empresa al siguiente nivel. Uno de los miembros de su junta directiva le había sugerido que probara… a practicar. Lo de la conexión.

No era que no creyera en ello, solo que nunca la había sentido. Y, por lo tanto, no la entendía.

Había vivido bajo la tutela de los servicios de protección de menores casi desde su nacimiento. Ni siquiera conocía las circunstancias que lo rodeaban, por qué su madre lo había abandonado o se lo habían quitado. Ni siquiera sabía cuál de las dos cosas había sido.

Nunca había estado con una familia más de seis meses. Y si bien al principio la conexión le había resultado solo ajena, había acabado convirtiéndose en algo de lo que protegerse. Porque el final siempre llegaba. Nadie se encariñaba con él, y no tenía sentido encariñarse con nadie.

A lo largo de su infancia había perfeccionado muchas habilidades que le resultaban valiosas.

Qué terrible ironía que las circunstancias de esa infancia le hicieran tropezar en la línea de meta.

No, no había tropezado, simplemente vacilado. Pero ya tenía a Verity, a quien todos en la empresa querían. Verity, que le hacía comer ensalada y que en ese momento husmeaba por su avión como un pequeño topo entrometido en busca de un escondite.

–Siéntate, Grillo –le ordenó–. Me estás mareando.

–Nunca dejará de sorprenderme lo increíble que es esto. Es más una casa que un avión.

–No –contestó él–. Es un avión.

–Ya sabes a qué me refiero. Creo que mi apartamento es más pequeño que esto.

–¿Por qué?

Ella lo miró con un destello de humor. Lo encontraba divertido, una extraña experiencia, ya que él no creía que nadie más lo encontrara particularmente divertido.

–¿Has visto los precios de los apartamentos en Atenas últimamente? Son un poco prohibitivos.

–Te pago muy bien.

–Sí. –Ella asintió–. Y me gusta ahorrar, y hacer cosas. Voy a la playa casi todos los fines de semana.

–¿De verdad?

Alex nunca había pensado en qué hacía Verity en su tiempo libre. Ni dónde vivía. La idea de que hiciera cosas cuando no estaba en su oficina le resultaba desconcertante, y no sabía por qué.

Cuando había mencionado que iba a pedirle una cita a Stavros, se había visto obligado a pensar en ella en un contexto completamente diferente, y no le había gustado. Ella era… bueno, era Verity.

¿Iba a comer con Stavros como hacía con él? La idea lo incomodaba.

–Sí –respondió Verity.

Al girarse, su falda gris a cuadros se arremolinó a su alrededor, dejando entrever sus muslos. En realidad, él no quería mirar los muslos de su asistente y, en general, cuando no quería hacer algo, no lo hacía. Sin embargo…

Era una mujer fascinante, aunque él nunca lo admitiría en voz alta. No estaba seguro de haberse sentido nunca fascinado por nadie. Pero ella era diferente… de un mundo completamente diferente, una vida diferente. Aunque no hablaban en profundidad sobre su familia, o la falta de la de él, ella le había contado una vez que había vivido toda su infancia en la misma casa.

La idea había enraizado en su cabeza, y se centraba en ella muchas tardes en las que su mente comenzaba a divagar.

¿Cómo sería crecer con ese tipo de estabilidad? No pasar toda tu vida mudándote de casa en casa, a diferentes barrios de una ciudad, a veces a horas de distancia. Todas tus pertenencias en bolsas de plástico negro, tu único par de zapatos en los pies, cada vez más ajustados y gastados, hasta que alguien finalmente se daba cuenta de que tal vez necesitabas un par nuevo.

Por eso Alex tenía una habitación en su casa solo para zapatos. Podía usar un par diferente cada día. En cuanto sentía la más mínima molestia en los pies, desechaba los zapatos.

Era su lujo favorito. Ese y saber que él decidía dónde dormir cada noche. Tenía varias casas y, si quería, cambiaba de una a otra. A menudo sentía una extraña sensación en el pecho cuando pasaba demasiadas noches seguidas en un mismo lugar.

Tenía un apartamento en la última planta del edificio de sus oficinas y una casa en las colinas a las afueras de la ciudad. Y un lugar junto a la playa. Podría ofrecérselo a Verity para que lo usara.

Y esas eran solo sus casas más cercanas a la sede de la empresa. Porque había más.

Poseer tantas partes del mundo le hacía sentir poderoso. Durante mucho tiempo no había tenido nada. Y, sin embargo, allí estaba, pasando por aros que ni siquiera le importaban.

Era el precio del éxito.

Había un punto en el que uno podía alcanzar tanto éxito que no tenía que tener en cuenta nada ni a nadie más, pero en ese momento él había llegado a una parte diferente de la curva, en la que, si quería seguir progresando, tenía que preocuparse.

–¿De qué trata la reunión? –Verity se sentó frente a él, con una expresión intensa en el rostro.

–Del lanzamiento del producto.

–Eso lo entiendo –contestó ella–. Me refiero a cuál es el tema central de esta reunión en concreto. ¿Por qué la han convocado ahora y qué es lo que te preocupa?

–No he dicho que estuviera preocupado –respondió Alex.

–No, no lo has dicho.

–¿Y? –Él la miró fijamente.

–Se nota que lo estás.

–Mi popularidad, como bien sabes, está en entredicho.

–Lo sé. Pero ¿realmente qué consecuencias tendrá eso?

–Un lanzamiento decepcionante. Y si no seguimos siendo el número uno en el trimestre durante el periodo de lanzamiento, habremos cedido terreno, y me niego a ello.

–Claro. –Verity se recostó, los rizos rubios sueltos, mientras apoyaba la cabeza en el respaldo del sofá. Su cabello había sido una de las primeras cosas que habían llamado su atención. Era rebelde y nunca lo domaba. Aunque se lo recogiera en un moño, dejaba algunos mechones sueltos.

Algo en eso captaba su atención de un modo que no podía explicar. Era tan típico de Verity.

–Pero la pregunta es –continuó ella–, ¿cuánto es suficiente? ¿Cuántas veces necesitas ser el número uno? Porque el éxito a este nivel no podrá durar eternamente. Todo el mundo alcanza un tope.

–Eso puede ser cierto para una entidad más pequeña que la mía. –Alex frunció los labios.

–¿Una entidad?

–Sabes a qué me refiero. –Él entornó la mirada–. El dominio total es posible. Y yo lo quiero.

–¿Por qué?

¿Cómo explicar que, en un mundo en el que no había pedido nacer, un mundo que lo había rechazado, necesitaba hacerse un lugar incuestionable para sí mismo? Uno que perdurara después de su muerte.

Ese lanzamiento lo lograría, y eso lo hacía más importante que cualquier otra cosa que hubiera hecho antes. Tenía la oportunidad

de sentar un precedente con una nueva tecnología, una que perduraría después de él.

No tenía familia. Probablemente nunca la tendría.

La idea del amor y el matrimonio, del hogar y la familia, cuando nunca lo había experimentado…

Era un espacio en blanco en su mente. No lograba imaginarse a sí mismo en esa situación.

Sí, lo había visto. En la televisión o, peor, cuando había estado con buenas familias durante sus años en acogida y se había sentado a la mesa con padres que se preocupaban por sus hijos, sabiendo que él nunca sería uno de esos hijos. Sabiendo que no era un lugar en el que se quedaría.

Nunca más volvería a ansiar algo que no pudiera tener.

El dominio total sobre su mercado era algo realizable, y así lo haría.

Pero no tenía por qué explicárselo a Verity. No necesitaba entenderlo. Solo cobrar su sueldo.

Estuvo a punto de decírselo, pero no lo hizo, porque necesitaba que se mostrara tan dulce y optimista en la reunión de la junta directiva como lo estaba en ese momento.

–Porque soy ambicioso, y la ambición que solo se realiza en parte no es más que frustración.

–Y no queremos que te sientas frustrado.

Verity estaba sentada en el borde del sofá, y él no pudo evitar sentirse divertido por su atuendo londinense, de lana gris y estampado a cuadros, que, tenía que admitir, era encantador.

Ella era encantadora.

Poseía una naturalidad, una forma de hacer que los demás se sintieran a gusto. A Alex le fastidiaba admitir que ella le hacía sentir lo mismo que a todos los demás. Que parecía tener una especie de habilidad mágica para calmarlo, como si fuera una bestia que necesitara ser calmada. Y así era.

Supo que la iba a contratar en el momento en que entró en su oficina, y la tensión pareció desvanecerse de sus músculos. Verity era todo lo bueno. Nunca antes había pensado eso de nadie.

Y menos aún de Stavros, que era bastante competente en su puesto, o no estaría trabajando en la empresa, pero ciertamente no parecía lo suficientemente bueno para ella.

Eso tampoco se lo dijo. Se mantuvo ocupado con el trabajo durante el resto del vuelo y, cuando aterrizaron en Londres, volvió a observar la reacción de Verity ante todo.

–Me encantaría volver aquí de vacaciones –observó ella mientras un coche los trasladaba rápidamente por las calles de la ciudad hasta la reunión.

–Entonces lo harás –contestó él. Le daría una bonificación. Lo que hiciera falta.

Esa era otra cosa que había aprendido al crear la empresa. Si pagabas lo suficiente a la gente, siempre se quedaban. Su personalidad no parecía importar demasiado, siempre y cuando estuvieran bien remunerados. Y él podía pagar a la gente para que se quedara con él.

Cuando salieron del coche, Verity se detuvo frente a una cafetería, junto al edificio de oficinas.

–¿Qué haces? –preguntó él.

–Creo que deberíamos comprar algo.

Alex estaba a punto de protestar o preguntarle por qué, pero ella sostuvo el teléfono en alto y él distinguió la versión digital de la tarjeta de crédito de la empresa brillando en la pantalla.

Verity cautivó inmediatamente a todos los empleados de la tienda y compró una caja llena de pastelitos, bollos y pastas, que, por supuesto, Verity llamaba «cookies». Eso no pareció molestar a los empleados, más bien, parecían encontrarla encantadora sin más.

Uno de los trabajadores sonrió a Alex y él le devolvió la sonrisa. La sonrisa de la otra persona se desvaneció y Alex deseó tener un espejo, porque estaba seguro de que había sido amable.

Salieron de la tienda, Verity portando la caja rosa llena de dulces, sus rizos rubios rebotando contra su espalda.

–¿Qué es esto?

–Pondrá a todo el mundo de buen humor desde el principio. Un dulce nunca viene mal, y el gesto tampoco.

Entraron en el edificio, donde lo reconocieron de inmediato, por lo que no tuvieron que detenerse en recepción. Fueron directos al ascensor.

–Pero ni siquiera sabemos si tienen hambre.

–Claro que no. Pero no hace falta tener hambre para comer pasteles. Es como cualquier regalo –continuó ella–. Lo que cuenta es la intención.

Subieron en silencio y, cuando se abrieron las puertas del ascensor, Verity caminó decidida… en la dirección equivocada, con la caja rosa bien sujeta entre las manos.

–Verity –la llamó él–. Es por aquí.

Ella se volvió y él inclinó la cabeza en la otra dirección. Ruborizándose, Verity corrió hacia él, que la guio, como debía ser, mientras se dirigían a la reunión.

–Buenos días –saludó Alex al entrar.

–Buenos días –repitió Verity, con un énfasis algo diferente, su voz envolviendo cada sílaba e impregnándola de calidez–. He traído algunas delicias para empezar. Lo prepararé todo mientras Alex… el señor Economides comienza la presentación.

Dejó la caja en el centro de la mesa y se marchó para buscar platos, que repartió junto con servilletas mientras él hablaba. Luego tomó nota de los pedidos de café.

Convirtió la sala en una cafetería, y a él le resultó irritante porque le distraía. Aunque a ninguno de los miembros de la junta pareció sucederle lo mismo.

De hecho, nunca había hablado ante un público tan encantador. No era solo que estuvieran interesados en lo que tenía que decir, que lo estaban, sino que parecían… más amables. Más receptivos. Quizás fuera por los pasteles. Quizás fuera por Verity.

Cuando ella se marchó a por otra ronda de café, uno de los miembros de la junta le dio una palmada a Alex en el antebrazo.

–Es encantadora.

Lo era. Era encantadora como él nunca podría ser. Como nunca sería. Y parecía natural.

De alguna manera, todo el mundo se sentía identificado con ella. Verity era el centro de atención de toda la sala. Era como un hada,

aunque él no creía en hadas y nunca le habían gustado especialmente los cuentos infantiles. Pero había algo mágico en ella.

El mero hecho de tenerla cerca parecía hacer que todo el mundo reaccionara de forma diferente hacia él. La suposición era, por supuesto, que una mujer tan dulce y cariñosa nunca se relacionaría con un hombre monstruoso.

Alex podía verlo, y también podía ver cómo reaccionaban de repente ante él unas personas con las que se había reunido muchas veces antes. Y eso solo con ella allí como su asistente.

¿Cómo iba a poder hacer él algo parecido? ¿Cómo podía sacar a la luz lo que Verity le ofrecía?

Tuvo una idea. Más que una idea. Un plan. Solo tenía que ponerlo en marcha. Y sería bastante fácil. Podría coincidir con el lanzamiento del producto. Era perfecto.

Había contratado a Verity para que fuera su asistente personal y, por fin, había descubierto para qué la necesitaba realmente.

Capítulo 3

El viaje a Londres había sido demasiado breve, pero Verity decidió centrar su atención en Stavros y en su objetivo de tener una cita con él.

Aunque también pensó en cómo Alex la había elogiado después de la reunión. Le había dicho que había hecho un buen trabajo, y algo se había iluminado dentro de ella.

Complacerlo era una de las sensaciones más agradables que podía imaginar. Y no porque él fuera más importante que cualquier otra persona, sino porque era tan taciturno y difícil de entender que, cuando sabía que estaba contento con ella, sentía como si algo cobrara vida en su interior.

Estaba acostumbrada a andar con pies de plomo. Había crecido así, en una casa llena de adultos volátiles, que tenían a todo el mundo a merced de sus estados de ánimo. Sus hermanos habían aprendido a utilizar esos estados de ánimo como arma. Se los lanzaban unos a otros, y Verity había hecho todo lo posible por mantenerse al margen. Por mantenerse alejada de ellos.

Con Alex no era así. Tenía un carácter voluble, y ella entendía por qué la gente lo temía. Pero ella sabía cómo hacer que las cosas fluyeran, así que nunca sufría las consecuencias de su mal genio.

Verity no dedicaba su tiempo a intentar evitar su mal genio, y así pudo disfrutar de la sensación de ganarse su aprobación.

Coleccionaba sus cumplidos. Los consideraba piedras preciosas que llevaba en los bolsillos. Pruebas resplandecientes de que él estaba contento con ella.

Pero en ese momento no iba a pensar en Alex. Porque había elegido su atuendo específicamente para pedirle una cita a Stavros.

No solía vestirse de forma *sexy*, aunque tampoco era especialmente *sexy*. Quizás sí un poco más atrevido que su atuendo habitual para trabajar. Era un vestido morado que le llegaba unos centímetros por encima de las rodillas, ceñido y muy favorecedor.

Ese día tenía el pelo especialmente rebelde, pero hacía tiempo que había hecho las paces con sus rizos. En cuanto dejó de pelearse con ellos y aprendió a amarlos, se sintió mucho más feliz. Por no hablar del dinero que se ahorraba en productos.

Alex le había enviado un mensaje para decirle que llegaría tarde, lo cual no le importó. Lo vería a la hora del almuerzo, y podría contarle cómo había conseguido una cita con Stavros.

Corrió por el pasillo hasta el despacho de Stavros, el corazón latiéndole con fuerza en el pecho y resonando en los oídos. Nunca había hecho nada parecido. Se lo imaginó alegre y contento de verla, y eso le hizo sentir… No tan bien como agradar a Alex, aunque no iba a darle más vueltas al asunto. Se detuvo ante la puerta y llamó.

–Adelante.

Empujó la puerta y sonrió al verlo allí sentado, tal y como lo había imaginado. Vestido con su traje azul marino, con aspecto juvenil y encantador.

–Verity –saludó él, aunque su sonrisa se desvaneció ligeramente.

–Esa soy yo. –Verity se sintió confundida–. Quería hablar contigo.

–¿En serio?

–Sí. Yo… me preguntaba si tú… si te apetecería cenar juntos algún día. Quizás este fin de semana.

–¿Estás bromeando?

–No, no estoy bromeando. –De todas las respuestas que podría haber recibido a su invitación para cenar, esa no se la había imaginado.

–Acabo de ver esto.

Giró la pantalla de su ordenador para que ella pudiera verla, y Verity la miró mientras la sorpresa se apoderaba de ella. Era una fotografía, eso fue lo primero que vio en la pantalla. Una fotografía en una calle de Londres, ella con su traje de cuadros y Alex vestido

de negro como siempre, mirándola como si le dedicara una sonrisa indulgente a una niña.

Y ni siquiera pudo disfrutar del hecho de que Alex hubiera sido captado por la cámara sonriéndole, porque su mirada se dirigió al titular.

¡El magnate tecnológico Alexios Economides se casa con su asistente personal!

Verity parpadeó.

–¿Es cierto? –preguntó Stavros.

Ella no sabía qué decir. No sabía si Alex lo había visto. No sabía de dónde había salido el rumor. Debería contestar que no, porque no era cierto, así que no había razón para dejar que Stavros pensara que sí lo era. Stavros. El hombre al que acababa de pedirle una cita.

Si lo negaba y resultaba que… ¿Y si había una razón? ¿Y si comprometía su trabajo? ¿Y si enfadaba a Alex o socavaba algo? Tratando de razonar lo más rápido posible, tratando de encontrar una manera de salir de la situación de la forma más pacífica posible, llegó a la conclusión de que debía tratarse de un error que requería una extracción delicada.

Porque era público. Muy público. No se trataba de un periódico sensacionalista. Aparecía en una importante publicación periodística. Y se habían equivocado. Porque, por supuesto, era posible que las fuentes se equivocaran. Pero ella necesitaba… necesitaba hablar con Alex. Sacó su teléfono del bolsillo y comenzó a escribirle un mensaje.

–¿Es cierto? –preguntó Stavros.

Por un momento, Verity había olvidado por completo su existencia. Lo miró, carcomida por la culpa. Stavros parecía dolido. Tal vez ella le gustaba. Tenía que arreglarlo. Solo necesitaba…

–Discúlpame un momento. Lo siento mucho. Es que… Necesito… Tengo que hacer una llamada.

En lugar de enviar un mensaje de texto, decidió llamar a Alex, que no contestó. Volvió a llamar una y otra vez. Seguía sin contestar. ¿Qué estaba pasando?

Abrió las redes sociales y se sorprendió al ver que su nombre era tendencia, junto con el de él.

Hizo clic en su nombre con una creciente sensación de vacilación.

Verity Carmichael

Había muchísimas publicaciones.

Verity Carmichael tiene veinticuatro años y es de Bend, Oregón. ¡Conoce a la futura esposa de Alexios Economides!

¡Consigue el look *de Verity Carmichael! Más detalles aquí.*

¿Verity Carmichael esconde un secreto?

¡La relación laboral que se convirtió en romance entre Verity Carmichael y Alexios Economides!

¿Cómo podía haber información de algo que ni siquiera existía? Verity sintió náuseas.

En cierto modo, temía que fuera culpa suya. Se imaginó a Alex irrumpiendo en la oficina con aire enfadado. Sentía que su control sobre lo que la rodeaba comenzaba a desvanecerse, a evaporarse. Stavros ya estaba enfadado con ella, y tal vez no debería preocuparla en ese momento, pero le preocupaba. Le daba náuseas. Temblaba.

Ese trabajo significaba mucho para ella. Complacer a Alex significaba mucho para ella, y estaba dispuesta a admitirlo mientras se dirigía a trompicones hacia su oficina. Se sentó allí, con un brillo de sudor perlado en la frente. ¿Dónde estaba él?

Llamó dos veces más, pero él no contestó. Le había dicho que llegaría tarde, pero era extraño que no contestara el teléfono. Que llegara tarde no significaba que no estuviera trabajando. Alex casi siempre estaba trabajando.

Y, de todos modos, ella era su… prometida equivocada, así que él debería estar en comunicación con ella. Quizás aún no había visto

nada de eso. Sería ella quien le diera la noticia.

Levantó la mirada hacia las paredes de cristal que formaban su oficina, y entonces lo vio caminando hacia ella. Podía sentirlo, como si su energía trascendiera las barreras que la rodeaban.

Verity se dirigió hacia la puerta y la abrió en cuanto él se acercó. Intentó hablar, pero no le salían las palabras. No conseguía formar frases coherentes.

–Yo… –Hizo una mueca–. De alguna manera, los medios de comunicación se han hecho eco de la información errónea de que tú y yo estamos prometidos, y eso ha arruinado mi intento de conseguir una cita.

Alex la miró con calma. No parecía sorprendido. No parecía molesto.

Eso hizo que su mundo se tambaleara. Había temido su enfado, no había imaginado que fuera a estar… tan tranquilo. Alex nunca estaba tranquilo. Y parecía sospechosamente tranquilo.

–¿Ah, sí?

–Debe ser un error –insistió ella.

–¿Seguro? –preguntó él, sereno, imperturbable… desconcertante.

–Sí, porque no estamos prometidos.

–Efectivamente. Y no era mi intención que el comunicado de prensa se hiciera público tan rápido.

–¿Perdón? –Verity parpadeó.

–Yo proporcioné la información a la prensa.

Entonces no era tan desconcertante. Él había actuado a sus espaldas y había hecho la cosa más descabellada que ella jamás hubiera imaginado, porque ¿quién haría algo así?

«Tu excéntrico jefe, que te paga por comer con él».

–Tú… tú le diste la información a los medios de comunicación. Pero nosotros no somos… no somos… Te dije que iba a pedirle una cita a Stavros.

Verity no sabía por qué volvía a eso, pero en ese momento todo le parecía absurdo, y volver a lo básico le parecía tan sensato como cualquier otra cosa.

–Sí, recuerdo que me lo dijiste. Y es una desafortunada consecuencia de este giro de los acontecimientos. Pero estuve

pensando en ello tras la reunión de la junta directiva de hace unos días, y decidí que lo mejor y más beneficioso para mi imagen sería que tú y yo nos casáramos.

–Eso es… ¿Quién demonios pensaría que eso es lógico? ¿Y en qué año estamos? ¿En 1950?

–¿Crees que la cultura ya no es tradicional? Créeme, Grillo, lo es. Aunque los jóvenes presumen de sus ideales progresistas, siguen recabando información sobre la mortalidad y la simpatía de alguien a partir de sus relaciones sentimentales. Y todo el mundo te adora.

–Yo no… Tú no…

Ni siquiera sabía qué decir. No lograba articular frases. Estaba de pie en medio de su oficina, nerviosa, hablando con frases entrecortadas, como una tonta.

–Tiene sentido, Verity. Tengo un problema de imagen y necesito solucionarlo. Va a funcionar.

–¿Y no me lo consultaste?

Verity sintió crecer la ira dentro de ella, un sentimiento poco habitual y que odiaba. Ella no se enfadaba, no perdía el control. Mantenía sus emociones controladas en todo momento. Ese pánico que se apoderaba de ella como un lobo voraz era totalmente inoportuno, y la ira que lo acompañaba era aún peor.

Intentó calmarse, respirar hondo. Era Alex, y ella lo conocía. Jamás se habría esperado algo así de él, pero iba a escuchar su explicación. Era su jefe, así que realmente tenía que escucharlo.

Y, dijera lo que dijera él, ella necesitaba encontrar una solución pacífica. Si lo echaba todo por la borda, perdería su trabajo, y no podría quedarse en Grecia porque no podría permitírselo. Todo el mundo sabía que era la asistente de Alex, y también pensaban que era su prometida. Así que, le gustara o no, estaba en un aprieto.

Tenía que calmarse y decidir cuál era la acción correcta en lugar de responder de forma emocional.

Porque ella no era como sus padres y no perdía los estribos ante la más mínima provocación.

–No. Admito que no se me ocurrió hablar contigo sobre ello. Es un paso tan lógico…

–Es un paso lógico –repitió ella.

–Sí. A todos los miembros de la junta directiva les encantaste. Me humanizas. Para eso te contraté.

–Me contrataste para ser tu asistente y enseñarte a mantener… conversaciones informales.

–Sí. Para humanizarme. Y me he dado cuenta de que sería mucho más eficaz utilizarte en esa función en la esfera pública.

–Pero tú… Comprenderás que esta es mi vida. Estás secuestrando mi vida. Esto no es un trabajo de nueve a cinco, no es un trabajo de oficina, hablas de fingir que estás prometido a mí.

–No, en absoluto.

–Entonces estoy aún más confundida.

–Hablo de casarme contigo.

Verity encajó la mandíbula y tuvo que respirar profundamente porque, si no lo hacía, iba a desmayarse. O saltar sobre él y estrangularlo con su corbata.

–Debes estar bromeando.

–¿Qué quieres, Verity? –Alex la miró como si mirara directamente a su alma–. He pasado dos años almorzando contigo y sé quién te gusta en esta oficina, qué te gusta comer, tus recetas favoritas para cocinar en casa. Sé dónde te gusta ir de compras en Atenas y sé que eres de Oregón. Sé qué películas te gustan y qué programas de televisión. Hemos hablado de todo lo pequeño y casual bajo el sol. Pero lo que no sé es qué quieres hacer con tu vida.

Ella no supo por qué, pero la pregunta y la mirada directa de él le dificultaban respirar, pensar.

–Yo… quiero ser independiente. Y tener suficiente dinero para mantenerme, pero también tiempo suficiente para disfrutar del lugar donde vivo. Quiero salir con alguien. Y hacer nuevos amigos, y divertirme. Quiero lo que la mayoría de la gente de veintitantos años quiere.

–Eso es superficial. –Él hizo un gesto de desdén con la mano–. Es lo que todo el mundo quiere.

–Quiero tener lo suficiente para no tener que volver nunca al lugar de donde vengo –admitió ella, sintiéndose vulnerable y expuesta. Sintiéndose empujada a decirlo.

–Y eso quiero yo también. Y es lo que te ofrezco. Si te casas conmigo, durante al menos seis meses, y tiene el efecto deseado, después de lo cual discutiremos la duración y los términos de forma aún más explícita, entonces tú y yo alcanzaremos nuestros objetivos. Seguirás tu camino con un paquete de prestaciones muy generoso.

Verity respiró hondo una vez. Luego otra. Y lo que él había dicho comenzó a calar en ella.

–¿Qué quieres decir con que seguiré mi camino?

–Si queremos que esta boda y este matrimonio parezcan auténticos, sería muy extraño que siguiéramos trabajando juntos después.

A ella le daba vueltas la cabeza. Alex le proponía que se casaran de mentira, y eso supondría el fin de su relación con él. Por supuesto, ella nunca había pensado que ese trabajo duraría para siempre. Siempre había sido un trabajo extraño. Desde el momento en que lo aceptó, le pareció demasiado bueno para ser verdad y, sin duda, algo que no duraría. De hecho, le sorprendía un poco haberlo mantenido durante dos años, y que él hubiera querido almorzar con ella todos los días laborables durante ese tiempo.

Verity se sentía dividida por lo que él le proponía y ella aún no lograba comprender. Quería casarse con ella. Y luego quería que ella se fuera. Pero también le ofrecía… independencia.

–No tengo intención de casarme –contestó ella.

Alex no se lo había pedido, y ella supuso que tampoco importaba para lo que él tenía pensado.

–Pensaba que te gustaba Stavros.

–Me gusta. Pero solo quiero salir con él. Y tal vez… –Ella carraspeó–. Ya sabes, quiero lo mismo que tú cuando sales con alguien. No algo para siempre. –Se sonrojó–. No idealizo el matrimonio.

¿Cómo podría hacerlo? Su casa había sido un campo de batalla. Suponía que debía estar agradecida de que sus padres no se hubieran maltratado físicamente, ni a sus hijos. Pero la guerra psicológica podía ser igual de dañina en muchos sentidos. Le había llevado mucho tiempo reconstruir su autoestima y su sentido de los valores.

El enorme peso que había soportado tratando de mantener la paz la había dejado agotada. Había dejado de lado todas sus emociones para apaciguarlos. Había aprendido que ella no importaba, que cualquiera importaba más.

En cierto modo, sentía que había salido del capullo después de la universidad. Durante esos cuatro años, había sentido que todo podría desaparecer en cualquier momento. Como si no fuera lo suficientemente buena o inteligente. Como si no fuera capaz de terminar, de llegar a nada. También se había prometido a sí misma que prefería vivir en la calle antes que regresar a casa.

Debido a la ansiedad sufrida durante sus años universitarios, no se había podido divertir. Esperaba poder empezar a hacerlo. Y, de repente, Alex quería que fingiera ser su esposa. Salvo que…

–Espera un momento. –Ella se presionó las sienes con los dedos–. Aquí hay un agujero en el plan. Crees que podemos casarnos y luego divorciarnos. ¿Eso no acabará con todo lo que hemos logrado con esta relación?

Seguía sin estar del todo convencida de que casarse fuera a servir para lo que él quería. Sin embargo, entendía lo que él pensaba. Le haría parecer un hombre con vida interior, un hombre que amaba a alguien y tenía a alguien que lo amaba a él.

No le gustaba cómo eso le hacía sentir. Le provocaba un extraño y profundo dolor en su interior que desearía hacer desaparecer. Y, aunque apartó ese pensamiento, la sensación permaneció.

–No creo que eso suceda. Sobre todo, si dejamos claro que ha sido una separación amistosa.

–Parecerá que he firmado un acuerdo de confidencialidad.

–Eso es precisamente lo que harás.

–Ya lo hice –señaló ella.

–Así es. Pero te haré firmar otro. Porque dejaré claro legalmente que necesito que mantengas mi confianza tanto a nivel personal como profesional.

El corazón de Verity volvía a latir con fuerza. Era imposible que ella estuviera considerando realmente esa posibilidad.

–Sabías que iba a pedirle salir a Stavros –insistió ella.

–Sí. Y ahora sé que él no es el amor de tu vida. Ni tampoco pretendías que lo fuera.

«Maldición».

–Pero me gusta. Quería…

–No te acostarás con otros hombres mientras dure nuestro matrimonio.

«Con otros hombres».

Las palabras le arañaron la piel, recorrieron su espalda y la paralizaron. ¿Pretendía que ella…?

Lo miró fijamente.

Alex tenía diez años más que ella, era multimillonario, duro e intenso, todo lo que ella había evitado siempre. Y allí estaba, enredada con él de un modo que nunca habría podido explicar a la Verity más joven, que no la habría creído capaz de meterse en esa situación.

–¿Y? –preguntó él.

–¿No pretenderás que…? –Ella sacudió la cabeza. Su cerebro seguía paralizado.

–Será un matrimonio solo sobre el papel. Dejaremos muy claros los términos. Tú te encargarás de organizar la boda. Será un evento público. Transmitiremos cada detalle a un público ávido, y se enamorarán de ti.

Él la miró, sus ojos oscuros ardientes de convicción. De repente, ella se sintió como Blancanieves. Le ofrecían una manzana envenenada. Estaba envenenada y ella lo sabía. Aun así, se sentía atraída por esa manzana. Sentía que quería probarla. Que moriría si no la conseguía.

–Eres especial, Verity Carmichael. Y todo el mundo lo verá. Repetirás lo que hiciste en esa reunión de la junta directiva. A lo grande.

Una pequeña parte de ella, enfadada, herida y acurrucada en el centro de su pecho, se sintió muy tentada. Su nombre estaba en todos los medios de comunicación. Su familia lo vería. Sabrían que se había ido de casa y que había logrado algo por ella misma. Que la única razón por la que siempre había parecido pequeña o insignificante era porque le habían cortado las alas, y que en cuanto

tuvo algo de libertad, para sanar y encontrarse a sí misma, había conseguido volar.

Si se casaba con Alex, se casaría con uno de los hombres más famosos y ricos del mundo. Podría ayudarle a arreglar su situación. Le asustaba lo mucho que eso importaba, la idea de que ella pudiera ser responsable de arreglarlo, de que pudiera ser tan importante. Había sido la pacificadora de su casa, y tener que hacerlo le había resultado tóxico. Pero aún sentía una profunda y eterna necesidad de demostrar su valía. De mejorar las cosas.

Para demostrar a todos que ella no era la que estaba rota. Y sí, eso le iba a costar su cita con Stavros, pero Alex tenía razón. Ella no albergaba esperanzas de encontrar el amor, no como lo concebía la mayoría de la gente. Estaría bien, pero la idea de vivir en una fantasía suburbana, marido, esposa e hijos, casi le provocaba náuseas. De niña, en casa de sus padres, se había sentido atrapada y no estaba dispuesta a volver a sentirse así nunca más. Pero eso era diferente.

–Necesito conocer tus condiciones concretas.

–He redactado un documento. –Él asintió.

Alex hundió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó un montón de papeles doblados que puso en la mano de Verity, que se limitó a mirarlos.

–No creo que te cueste mucho hacerme un resumen, teniendo en cuenta que me estás pidiendo que me case contigo, que ponga mi vida en pausa y que esto forme parte de mi historia hasta el final.

–Será un matrimonio solo sobre el papel. –Él se encogió de hombros–. Por supuesto, nunca te obligaría a tener relaciones íntimas. Es un acuerdo comercial. Como te dije, permaneceremos casados seis meses, con la opción de prolongar el matrimonio seis meses más si ocurre algo crítico una vez transcurridos esos seis meses. Durante la duración del matrimonio, recibirás una asignación que triplicará tu salario actual. Y una suma global al finalizar el matrimonio, que diremos que terminó de forma amistosa, de común acuerdo. Tendremos una historia con detalles coincidentes que ambos contaremos. Nadie debe saber nunca que el matrimonio no

fue real. Ni tu familia y, si decides casarte más adelante, tampoco se lo puedes contar a él.

Bueno, ella no decidiría casarse más adelante. Y tampoco tenía amigos íntimos a los que mentir, ni iba a invitar a sus padres a la boda. Más adelante, cuando hiciera los amigos que esperaba hacer, cuando estuviera viajando por el mundo, quizá lamentaría no poder contarles la verdad. Pero ¿no era un pequeño precio a pagar?

–No… ¿a cuánto asciende la suma global?

Alex señaló el documento y ella lo abrió lentamente. Su corazón dio un vuelco al ver la cantidad escrita. Millones de dólares. Suficiente para ser independiente económicamente durante el resto de su vida. Podría hacer… lo que quisiera. El único límite sería su imaginación. Para una mujer que siempre había luchado con su propia autoestima, esa era una extraña puerta que abrir.

El dinero era un gran incentivo. Con esa cantidad, podría perseguir sus sueños. Pero antes tenía que averiguar exactamente cuáles eran esos sueños.

Tendría tiempo para hacerlo. Tendría tiempo para convertirse en una persona nueva. Una persona que no se viera tan afectada por sus padres. Casi parecía que cualquier cosa sería posible.

Sería capaz de aguantar lo que fuera durante seis meses, quizá un año, con alguien con quien ya sabía que le gustaba pasar el tiempo. Él no le pedía nada sexual. No le pedía gran cosa.

–¿Qué se supone que debo hacer cuando estemos… casados?

–Me apoyarás como haces ahora.

Así que seguiría teniendo su trabajo. Lo cual la tranquilizaba. Al menos algo sería normal.

–Entonces… –Lo cierto era que no podía justificar el negarse. Sería una locura criminal rechazarlo–. Entonces acepto. Sí, Alex. Me casaré contigo.

Capítulo 4

Alex sabía que ella lo entendería. Se sentía inmensamente triunfante. Siendo sincero, había esperado un poco más de resistencia por su parte, pero Verity había aceptado su punto de vista con facilidad. Era tan buena idea, y lo que le ofrecía era tan generoso, que ¿qué había que discutir?

Decidió que la boda sería en un mes y, cuando envió la misiva a Verity, ella irrumpió en su oficina menos de cinco minutos después.

–¿Sí, Grillo?

–¿Un mes? –Si hubiera sido un gato, se le habría erizado el pelo.

–Sí. No veo ningún motivo para alargar esto.

–¿Esperas que organice una boda en un mes?

–Soy multimillonario, Grillo. Si necesitas recursos, puedes comprarlos.

–Soy consciente de ello, pero ya sabes cómo son los tiempos y…

–Tenemos que aprovechar el impulso de todo esto. ¿Has visto la gran cantidad de noticias que han salido en los últimos días?

–Pues claro. –Ella se acercó a su escritorio con paso firme–. Es imposible ignorarlos. Todo el mundo está obsesionado con que estés enamorado. Es la mayor publicidad que has tenido nunca, para bien o para mal. Es… abrumador.

–Quizás para ti. Pero a mí nunca me ha importado lo que la gente diga de mí.

–Entonces –Verity parpadeó–, ¿por qué haces todo esto?

–No me importa lo que los demás piensen de mí, pero a la junta sí. A los inversores también. Ese es mi problema. Todo esto es estrictamente profesional, no tiene nada de personal para mí.

–¿Alguna vez ha habido algo personal para ti?

–Disfruto de nuestras comidas, –Alex tenía la sensación de que la pregunta era capciosa, pero no sabía muy bien por qué. Y contestó lo que creía que ella quería oír.

–Pero no tanto como para pensar en mí como persona. Porque no anunciarías el compromiso con alguien que fuera tu igual sin consultarlo con esa persona.

–¿Por qué piensas eso?

–Porque eso no es lo que hace la gente.

–Es lo que hago yo –contestó él–. Yo trato a todo el mundo igual.

Ella permaneció un momento en silencio. Luego se sentó en la silla frente al escritorio, con un rizo rubio cayéndole sobre la cara, y él sintió la necesidad de apartárselo, aunque no lo hizo. Porque nunca traspasaba ese límite con ella. Nunca. Por supuesto, hasta cierto punto, iba a ser necesario. Cuando los vieran juntos en público, tendrían que tocarse.

La sola idea le provocaba una extraña y desagradable sensación de calor en el estómago, le hacía sentir como si estuviera a merced de algo. Pero él nunca sentía impotencia. Ya no. Así que lo reprimió. Lo ignoró. Siguió adelante.

–Eso no es del todo cierto –susurró Verity–. Siempre has sido más amable conmigo. Supongo que por eso pensé que me tratabas de forma diferente a como tratas al resto de personas que te rodean.

–¿Cómo crees que trato a las personas que me rodean?

–Como peones en un tablero de ajedrez. Como conveniencias o inconveniencias, no realmente como personas, y yo pensaba que había algo más. Después de dos años almorzando contigo a diario, hablando contigo sobre el tiempo y la televisión y… la vida, pensaba que éramos amigos.

La palabra cayó como un ladrillo sobre el pecho de Alex. Nunca había considerado a Verity como una amiga, pero tampoco había considerado nunca a nadie como tal. Sin embargo, tal vez ella tenía razón. La forma en que habían interactuado era quizás algo parecido a la amistad. Y, sin embargo, él seguía sintiendo que había un muro entre ellos, como lo había entre él y todos los demás.

Una necesidad para el niño al que nunca se le permitió tener vínculos afectivos, y algo natural para el hombre que nunca había

aprendido otra forma de ser.

–Yo no tengo amigos –contestó.

Lamentó las palabras en cuanto las pronunció, porque ella parecía herida. Como si le hubiera dado una bofetada, en lugar de simplemente constatar una verdad en cuatro palabras.

–No es nada personal –añadió–. No sé cómo tener amigos. No tengo familia. Nunca la he tenido. Supongo que sabes que me crie en hogares de acogida, es del dominio público en Internet.

–Sí, lo sé. –Ella asintió lentamente–. Pero no puedo preguntarte sobre eso, lo pone en mi expediente.

–Entonces te lo contaré. Nunca permanecí en un mismo hogar más de seis meses. Nunca he entendido el apego entre las personas, porque nunca ha habido nada remotamente permanente en mi vida, ni he tenido nunca ninguna expectativa al respecto. No conocí a mis padres. Nunca los conoceré. No sé por qué mi madre me abandonó, no sé por qué mi padre no se involucró. Hay un gran vacío oscuro ahí, y hace mucho tiempo que dejé de buscarle sentido. No me entristece, pero es lo que me ha hecho ser quien soy. Por eso almorzamos juntos.

–Yo pensaba que te estaba… entrenando o…

–Solo era para hacerme una idea de cómo es. De por qué la gente lo hace. De cómo aparentar que lo hago. Lo que sea necesario para impulsar las ventas de la empresa.

–Entonces, ¿nada de eso era realmente para ti? ¿Para intentar… arreglar…?

–No voy a arreglarme. Por suerte, no estoy roto. No se puede echar de menos lo que nunca se ha tenido, pequeño Grillo. No echo de menos a mi madre porque no la conocí. No echo de menos a mi padre porque nunca lo he tenido. Creé esta empresa y ha sido mi vida, lo que me da un propósito. Por lo que me levanto cada mañana. Es, supongo, la única conexión que tengo realmente en todo el planeta, y haré lo que sea necesario para que sea todo lo que puede ser.

Verity parecía atónita. Él nunca le había contado todo eso a nadie, ¿por qué iba a hacerlo? No era asunto de nadie, y no le gustaba la lástima que veía en sus ojos. No necesitaba lástima. Era un hombre

de éxito. Un hombre que había superado las adversidades. Un hombre que había trascendido sus circunstancias, y no necesitaba la compasión de nadie.

Y ahí estaba esa personita mirándolo como si fuera un animal herido, aunque no hablaba. Y eso lo enfureció aún más, porque ella siempre tenía algo que decir, y el hecho de que se mostrara cautelosa demostraba lo mucho que lo sentía por él.

Nadie estaba tan unido a él como para sentir lástima por él. No lo quería. No se lo merecía.

–No me mires así –protestó–. Sigo siendo tu jefe.

–Y mi prometido –susurró ella.

–Contratada para ser mi prometida –la corrigió Alex–. Así que sigo siendo tu jefe.

–Pero no mi amigo.

–Siento si eso te duele. No tiene nada que ver contigo.

–Por supuesto que no. ¿Por qué iba a tenerlo? No hay nada personal en todo esto, ¿verdad? –Ella miró fijamente la pared detrás de él, con una expresión de enfado como él nunca había visto–. ¿Por qué me elegiste a mí?

Había razones. Pero era difícil darles forma a esas razones, a esos sentimientos, y expresarlos con palabras. Él no sabía cómo explicárselo. Así que no lo hizo.

–Fuiste la primera persona a la que entrevisté.

Sus palabras la hicieron encogerse.

Alex necesitaba establecer los límites porque, aunque le complacía que ella hubiera aceptado su plan, se daba cuenta de que podría resultarle difícil. El matrimonio no significaba nada para él. Era tan teórico como todas las demás conexiones, esos lazos místicos a los que no podía acceder y que, de todos modos, no deseaba.

Ella aseguraba que no tenía intención de casarse, pero tenía veinticuatro años y, la verdad, él no la creía. Verity pensaba que no quería casarse, pero la mayoría de las personas a su alrededor sí parecían quererlo, parecían sucumbir a ello al final, cuando los sentimientos de soledad e insuficiencia y el rápido paso del tiempo se apoderaban de ellos.

Quizá en ese momento ella pensara así, pero él dudaba que siempre fuera a sentir lo mismo.

–Bueno, supongo que eso responde a la pregunta. –Algo cambió en la actitud de Verity, una especie de distancia mientras cuadraba los hombros–. Si solo tenemos un mes, hay que empezar a concertar citas. Creo que es necesario que se nos vea juntos. Necesitamos mucho material para los medios de comunicación porque, si vamos a hacer esto, tenemos que hacerlo bien. Voy a necesitar un anillo, un vestido y más accesorios nupciales. Necesitamos un lugar, flores, música. Comida. Una lista de invitados.

–Normalmente te encargaría a ti varias de esas cosas, pero tienes razón. Tenemos que hacer todo el teatro de cara a la galería. Encargaré la organización a alguien de administración para que se ocupe del lugar, la música, la comida y la lista de invitados.

–De acuerdo. Buscaré los mejores sitios para que compremos juntos algunas de estas otras cosas. Y te presentaré una agenda modificada.

–¿Una agenda modificada?

–Sí –ella asintió–. Ahora, esto tiene que ser tu prioridad. Es la única forma de que funcione.

–Me parece que estás siendo muy dura.

–¿De verdad? –Ella le lanzó una mirada severa–. Lo que es bueno para el Grillo es bueno para el diablo, piénsalo. –Y salió de su oficina sin mirar atrás, y él nunca lo admitiría, pero lo pensó.

Capítulo 5

A Verity le preocupaba haber exagerado, pero él no pareció ofenderse con ella.

Odiaba admitir que él había herido sus sentimientos. Pero no quiso analizarlo. Él era su jefe, con el que había aceptado contraer un matrimonio ficticio, así que había mucho en juego.

Cuando la miró con esos ojos oscuros e insondables y le dijo que la había elegido solo por ser la primera persona a la que había entrevistado… fue como una puñalada en el corazón.

Lo mismo ocurrió cuando le habló sobre su experiencia en el sistema de acogida.

¿Nadie lo había acogido durante más de seis meses? ¿En toda su vida?

Se lo imaginó como una pequeña bola, rebotando por el sistema sin ningún lugar donde descansar. Supuso que a los dieciocho años lo habían dejado solo, sin ningún apoyo. Era imposible que eso no afectara a su personalidad. Y le preocupaba que él tuviera razón, que nunca fuera a ser capaz de tener una conexión humana como la que tenían otras personas.

Los niños necesitaban crear vínculos con sus cuidadores antes de los dos años o sufrían daños irreparables. No le parecía justo. Él no había tenido control sobre nada de eso. Y eso mitigó parte de la ira que sentía hacia él. Solo parte.

Verity frunció el ceño. Debía encontrarse con Alex en veinte minutos para ir a una joyería, pero se le acababa de ocurrir que no había hablado con Stavros desde la semana anterior. Sentía que le debía una explicación, aunque tendría que ser una mentira.

Exhaló un profundo suspiro y se deslizó por el pasillo. Encontró la puerta de su despacho entreabierta y la empujó lentamente para abrirla.

–Hola.

Él levantó la vista de su escritorio y, por alguna razón, ella no sintió la misma emoción cuando sus ojos se encontraron. Ojos negros como un vacío. Probablemente debería haber buscado un terapeuta tras mudarse a Grecia, pero ya era un poco tarde para preocuparse por eso.

–No esperaba verte –observó Stavros.

–Lo siento. Siento que te debo una disculpa. Es evidente que ha habido un pequeño malentendido entre nosotros. No llevo tanto tiempo en Grecia… Y me gusta mucho hablar contigo. Pensé que quizá podríamos ser amigos. Pero me doy cuenta de que la forma en que te pedí que pasáramos tiempo fuera del trabajo podría haberse malinterpretado, y fue en un momento muy inoportuno.

–Entiendo. –Él frunció el ceño.

–Lo siento. Imagino que las mujeres no suelen querer ser solo amigas tuyas.

–Eso me hace parecer un idiota. –Stavros rio.

–Bueno, no, no es eso. Es que… –Verity se sentía como una idiota. Porque era ella quien estaba mintiéndole. Manipulándolo en realidad, aunque intentaba hacerlo de una manera amable–. Ahora me doy cuenta de lo que parecía. Y, por supuesto, Alex era muy protector con la naturaleza de nuestra relación porque es mi jefe y se toma muy en serio que todo sea apropiado.

–¿De verdad? Porque a mí me parece que estabas en una posición bastante fácil para que él se aprovechara de ti, teniendo en cuenta que acabas de llegar a este país y trabajas para él. Además, eres bastante más joven que él.

–Tengo capacidad de decisión –contestó ella, utilizando las mismas palabras que había utilizado con Alex.

–No quise decir que no la tuvieras. Pero sí hay una apariencia de impropiedad –insistió Stavros.

–Por eso fuimos tan cuidadosos. Ambos sabemos lo que parece. En fin, solo quería aclararlo, porque siento que parecí muy inestable,

tal vez incluso poco amable, y no quería herir tus sentimientos y…

Ella vio que Stavros miraba detrás de ella y palidecía. Se dio la vuelta y allí estaba él. Ojos oscuros como un vacío. Irradiando una llama oscura.

–Verity. Habíamos quedado.

–No hasta dentro de diez minutos. –Verity miró la hora en la pantalla de su móvil.

–Espero poder encontrarte en tu despacho.

–No vivo en mi despacho, Alex.

Él encajó la mandíbula. Estaba realmente enfadado. Tenían que salir del despacho de Stavros antes de que algo estallara. Ella no sabía qué ni por qué, pero algo estaba a punto de explotar.

–Gracias –se despidió de Stavros. ¿Quizás no fuera lo más adecuado? Pero tenía prisa–. Nos… vemos luego. –Extendió la mano y agarró el brazo de Alex para arrastrarlo fuera de la habitación, y se sintió engullida por él. Su dureza, su calor, la abrumadora sensación de tocarlo.

Verity perdió la capacidad de pensar, de hablar. Olía a Chipre. A mar. Quiso olfatearlo, su chaqueta, justo donde le rozaba el bíceps. Quiso subir la mano desde el codo y tocar ese bíceps.

Se estaba ahogando… en su vergüenza porque todo sucediera delante de Stavros, en su enfado con Alex por ser… Alex, y en ese nuevo infierno de saber que tocarlo la convertía en un amasijo de sensaciones y necesidades.

«Y, por eso, no tener la ilusión de Stavros era un problema…».

Ella quiso estrangular esa sabia voz interior.

–¿Qué ha sido eso? –preguntó, soltándole el brazo y volviéndose hacia él en cuanto se alejaron de la oficina de Stavros.

–Aquí no. –Alex la agarró y, prácticamente, la arrastró hasta el ascensor–. No necesito que alimentes chismes hablando con otro hombre por el que antes sentías algo.

–¿Por el que antes sentía algo? ¿Cómo sabes que ahora no siento nada por él? Esto no es real –concluyó ella, señalándolos a ellos.

–No me refería a la realidad –continuó él–. Me refiero a que era tremendamente obvio para cualquiera que te mirara que estabas enamorada de él.

–Ya lo sé. Por eso intentaba inventarme una historia diferente para él, porque no entiende por qué le pedí una cita el mismo día que salió el titular sobre nuestro compromiso.

–Ya… –Alex asintió, claramente pensando en ello por primera vez. Porque, por supuesto, eso significaría pensar más allá de sí mismo.

–Eso es. De hecho, él es la razón por la que supe que estábamos comprometidos, porque tú no me lo dijiste. Así que tenía que explicárselo, o íbamos a tener un cabo suelto. Y entonces tú entraste… así, y todo pareció aún más raro.

–¿No suelen los hombres ponerse celosos cuando sus prometidas hablan con otros hombres?

–Los hombres inseguros, tal vez.

Él no contestó. Estaba molesto. Le disgustaba que ella estuviera hablando con Stavros. No podía estar celoso, era… él era posesivo. De la misma manera que lo sería con un pisapapeles que le gustara mucho. Porque no eran amigos, pero había una especie de… algo. Intentó negarlo, intentó restarle importancia, pero estaba ahí. Quizás él no entendiera las conexiones entre las personas, pero ella sí. Era muy sensible a ellas y quizá las entendía un poco mejor de lo que ella misma quería. Porque el tipo de infancia que había vivido la había obligado a ser muy consciente de los entresijos de las personas que la rodeaban en todo momento.

Ella no se equivocaba sobre ellos dos. Él sí. Pero Verity comprendía que no era… no era exactamente una conexión típica. Porque él no entendía ese tipo de cosas.

El ascensor llegó a su destino y salieron juntos. Luego permanecieron allí, uno al lado del otro, en el vestíbulo del edificio.

–Tómame de la mano –le indicó él, los ojos oscuros desafiantes.

Ella respiró hondo y entrelazó sus dedos con los de él. Le sorprendió lo ásperas que tenía las manos. Trabajaba en una oficina, y no esperaba encontrar callos. Era una mano enorme que engullía la suya por completo. Igual que lo haría si la empujara contra la pared…

Tenía que dejar de pensar así.

Era guapísimo, lo había sentido desde el primer día, pero había sido fácil encasillarlo en su propia categoría. Verity había tomado

muchas decisiones sobre cómo quería que fuera su vida al marcharse de casa. Y una de las primeras había sido sobre las relaciones sentimentales.

No quería a alguien volátil. Sentía que era importante tomar esas decisiones antes de lanzarse a tener citas, porque sabía que el romance podía volver loca a la gente. Alex no era un candidato viable para ningún tipo de romance, no solo por su edad o por ser su jefe, sino porque mostraba el tipo de características de las que ella quería mantenerse alejada.

La amistad estaba bien. Aunque no fueran amigos. Que ella fuera su empleada estaba bien, porque era tan buena gestionando la intensidad que lidiar con él era natural para ella. Pero…

Había una buena razón por la que cualquier atracción que sintiera debía ser aplastada al instante.

No quería tener nada que ver con ese sentimiento que él generaba en su pecho. Era como si hubiera un diapasón justo allí, en el centro de su caja torácica, y al mirar a Alex enviaba una nota que se irradiaba por todo su ser. Había sido así desde el primer momento en que lo vio, y había sido su señal para encontrar otra cosa que la distrajera. Otra persona.

Y de repente le agarraba la mano.

No había pensado en todo eso. No había pensado: «No mires nunca a este hombre, mira a este otro, que no plantará emociones complicadas en tu interior. No mires a tu jefe. Podría destrozarte».

Pero su piel tocaba la de él, y se veía obligada a enfrentarse a la verdad.

Era peligroso. Había entrado directamente en la boca del lobo.

O tal vez, más apropiadamente, se había adentrado en el inframundo, en la guarida de Hades.

Era difícil sentir simpatía por Perséfone cuando ella misma había causado sus propios problemas.

–¿Vamos en coche?

–No. –Ella sacudió la cabeza–. La joyería está a unas manzanas en esa dirección, y pensé que sería bueno que fuéramos andando. Porque ya sabes… –Se aclaró la garganta y echó a andar. Él se

quedó un momento parado, pero luego la adelantó, a pesar de que ni siquiera sabía dónde iban.

–Yo soy la que sabe dónde está –observó Verity.

–Dijiste que era por aquí. Lo encontraré.

Por alguna razón, a Verity le pareció conmovedor. Le hizo pensar en la infancia de Alex, en cómo no había tenido a nadie que lo guiara. Por supuesto que había tenido que ser decisivo. Por supuesto que había tenido que tomar la iniciativa incluso cuando no sabía dónde iba.

«¿Por qué sientes compasión por él cuando deberías sacudirle un puñetazo?».

La paradoja de Alexios Economides. El resto del mundo veía a un hombre sin emociones, con todo el poder y el dinero del mundo, que no merecía ningún tipo de compasión, simpatía o indulgencia. Ella veía algo más, y odiaba hacerlo.

Nada de lo que había dicho o hecho había cambiado la forma de actuar de sus padres. Y sus hermanos habían seguido sus pasos. No tenían conciencia de sí mismos, ningún deseo de ser mejores, diferentes. Era como si todos hubieran nacido en el mismo lodo tóxico y hubieran decidido seguir revolcándose en él. Ella nunca podría ser así.

Pero no veía lodo tóxico cuando miraba a Alex. Y una parte de ella quería cambiarlo.

Se sintió aliviada cuando llegaron a la joyería, porque eso le daba una excusa para hablar y no pensar más. Y, desde luego, para no concentrarse en lo que sentía al tener su mano entre las suyas.

Cuando entraron en la magnífica tienda, los recibió una mujer bajita con el pelo corto y flequillo y unas gafas que le ocupaban más de un tercio de la cara.

–Buenas tardes, señor Economides y prometida –saludó–. Cuando supe que deseaban venir hoy a echar un vistazo a la selección de joyas, despejé inmediatamente la agenda.

–Qué detalle. –Alex miró a la mujer con frialdad–. Pero fue mi novia, Verity Carmichael, quien hizo los preparativos.

Había un sutil reproche en sus palabras, como si quisiera dejar claro que ella debía ser tratada como su igual. Pero no era más que

una actuación. Era curioso, porque ella nunca había visto actuar a Alex. Normalmente, él era exactamente como parecía.

A Verity no le gustaba. Porque siempre había cierta distancia entre ellos dos. Entre Alex y todo el mundo. Pero eso era diferente, requería traducción. No estaba acostumbrada a hacer eso con Alex.

–Disculpe. –La mujer asintió–. Por supuesto. Me llamo Laura Braxton y soy la directora de la joyería. Sea lo que sea lo que busque, lo tenemos.

–Yo… no sé qué quiero. –Ella miró a Alex. Estaba siendo sincera.

–Sé exactamente lo que deberías tener –contestó él.

–¿Ah, sí?

–Me gustaría ver una selección de diamantes rosas. –Alex asintió–. Y oro amarillo para la montura.

Alex nunca había estado prometido, pero Verity se preguntó a cuántas mujeres les había comprado joyas. Aunque, como él mismo había dicho, no necesitaba el romance para tener sexo. Ella nunca le había visto comprar joyas para nadie y, sin embargo, parecía muy cómodo y seguro de sí mismo.

Porque así era él. Parecía dar por sentado que encajaba en cualquier lugar en el que estuviera.

Un truco que ella nunca había dominado. Siempre había querido hacerse pequeña. Desaparecer para ser invisible, para no causar problemas. Y para que nadie se enfadara con ella.

Había aprendido a conseguirlo, pero aún le costaba mantenerse erguida como él, con la postura recta y los hombros anchos, como si fuera el dueño de todo lo que veía.

Irónico, porque el mundo parecía pedirle un poco más de humildad. Normalmente, ella disfrutaría de eso a nivel poético, porque muchas veces en la vida a los hombres se les concedían privilegios que a las mujeres no, pero, en ese caso, le resultaba irritante.

Porque Alex no era el típico hombre rico y malvado al que había que derribar. Había pasado por un infierno. Se había abierto camino a base de esfuerzo. No había heredado de ningún pariente ni se le habían dado oportunidades simplemente por ser quien era. Eso debería importar. La gente debería ver quién era realmente. En

cambio, todos querían que sublimara su trauma y actuara para ellos de la manera que ellos consideraban adecuada.

Solo tardó un momento en aparecer una bandeja con diamantes rosas.

Verity nunca había pensado mucho en qué tipo de anillo le gustaría. Básicamente, porque nunca había pensado en prometerse. Si quisiera un anillo, podría comprárselo, pero no sería tan bonito como esos.

¿Cómo había podido acertar Alex? Porque eran los anillos más bonitos que había visto en su vida. Rosa brillante rodeado de ese oro glorioso. Había uno en el centro, con forma de pera, rodeado de gemas de color rosa más oscuro con forma de semillas.

–Has visto uno que te gusta –observó él, con la mirada fija en ella.

Verity se quedó clavada en el sitio. Sintió, y no por primera vez, que él veía en su interior.

No entendía cómo podía afirmar que era totalmente incapaz de conectar con la gente, que no sabía cómo hacer para caerles bien, cuando para ella estaba tan claro que, si se tomaba la molestia, entendía exactamente lo que pensaba la otra persona. Era perspicaz. No solo con las máquinas.

–Quizás –admitió ella.

Era muy consciente de que se suponía que debían parecer una pareja normal. Que tenía que aparentar estar coqueteando con él, o algo así. Pero era tan novata en eso como él decía serlo. El único hombre con el que había intentado coquetear era Stavros, y no había salido nada bien. Por supuesto, por culpa de Alex.

–Este te quedaría bien. –Él tomó de la bandeja exactamente el que ella estaba mirando.

No quería traicionar lo bonito que le hacía sentir que él hubiera elegido sin vacilar el anillo en el que ella había puesto sus ojos. Era un momento extraño, fuera del trabajo, sin las restricciones del entorno laboral.

En la oficina, tenían un patrón establecido de comportamiento. Pero allí se habían tomado de la mano. Y en ese momento él le ofrecía un anillo. Verity extendió la mano izquierda e intentó

disimular que le temblaban los dedos. Sabía que él se daría cuenta. Sabía que no podía ocultarlo.

Sin embargo, él no dijo nada, simplemente deslizó el anillo en su dedo. Le quedaba perfecto, como si ella fuera una especie de Cenicienta corporativa que sin duda se convertiría en calabaza a medianoche, o en seis meses.

Era perfecto. Hermoso más allá de toda medida, y, cuando ella miró a Alex a los ojos, se le cortó la respiración. No podía moverse, como una presa en la mira de un depredador. Tenía una sensación dulzona en la garganta y las extremidades lánguidas. Había una respuesta profunda en sus muslos que sentía en todo su ser. Sentimientos que nunca había experimentado al mirar a Stavros.

No era la sensación de nerviosismo del enamoramiento infantil. Era algo adulto, y que ella no había buscado, pero que la había encontrado. Y él seguía tocándola, con sus manos calientes y ásperas, mirándola con esos ojos insondablemente profundos y totalmente indescifrables. Si él sentía lo mismo que ella, nunca lo sabría.

–Sí –él asintió–. Este será perfecto.

Verity respiró hondo, desesperada por recuperar el equilibrio. Por recuperar algo de sí misma. Quizás él fuera su jefe, mayor que ella, con más experiencia en la vida, en el mundo, pero llevaban dos años comiendo juntos, y no iba a permitir que él le hiciera sentir pequeña.

–Necesito ver anillos para él también. –Ella sonrió a la dependienta.

–Por supuesto.

–En oro amarillo –añadió–. Preferiría algo con simbolismo.

–Solo será un momento.

Unos instantes después, les presentaron una bandeja. Anillos de oro, muchos entrelazados en forma de nudo. Pero lo que le llamó la atención fue un diseño sencillo, una banda de oro con un patrón geométrico que reconoció como típicamente griego.

–¿Qué es eso?

–Oh. –La mujer le mostró un reluciente anillo–. Esto es Meandros. El patrón entrelazado es ininterrumpido y es un símbolo de infinito.

–Creo que será perfecto. –Verity tomó el anillo y lo sostuvo en la palma de su mano–. Intacto. Eterno. Con lo que más valoras. –Levantó la mirada y se encontró con la de él.

Parecía que se refería a ella. Pero ella se refería a su empresa. Ese sería su regalo de boda. Porque lo único que le quedaría a él sería su empresa. Tenía que recordarlo. Aquello no tenía nada que ver con ella. No había nada romántico en ello.

Por supuesto, Alex había sabido elegir un anillo perfecto para ella. Porque la conocía. Quizá por eso le había resultado tan fácil manipularla para que aceptara aquello.

«No te manipuló».

Quiso ahogar a su voz interior. No había pedido un informe de la situación. Quería compadecerse de sí misma. Allí de pie, con un anillo de diamantes de un valor astronómico.

–Si crees que es lo que mejor encaja con nosotros, mi Grillo –sugirió él.

–Creo que sí. Por desgracia, no podrás ponértelo hasta la boda.

–Por desgracia –repitió Alex.

Él eligió una alianza a juego con el anillo de ella, y las joyas fueron empaquetadas y enviadas a su casa, mientras ella lucía el extravagante anillo de compromiso en su mano.

De allí fueron a la tienda de novias, donde él se sentó mientras ella se probaba unos preciosos vestidos hechos con la tela más espléndida que hubiera visto jamás, suave y ligera. No era una boda auténtica, y ella no tenía intención de casarse nunca, así que se dejó llevar por la fantasía.

El problema era que era demasiado fácil imaginarse caminando con esos vestidos hacia Alex, como si fuera algo romántico. Todo era Alex, todo. Y empezaba a afectarla.

–¿Y eso qué es? –Alex señaló un vestido de color rosa intenso.

–Un vestido para ocasiones especiales –contestó la dependienta–. ¿Lo traigo para que se lo pruebe?

–Sí. Se lo puede poner para ir a cenar.

Verity no tuvo tiempo de discutir antes de que la metieran de nuevo en el probador y casi la cosieran al vestido. Tenía una falda

vaporosa, y la parte superior revelaba casi todos los secretos que ella guardaba.

La dependienta le llevó un par de zapatos de tacón rosa Barbie para que se los pusiera y, cuando salió tambaleándose del probador, estaba segura de que debía tener un aspecto ridículo. No se miró en el espejo. En cambio, miró la cara de Alex. Y vio…

Estaba atónito… por sus pechos. Lo cual, en realidad, no le resultaba satisfactorio.

«Mentirosa».

–Perfecto –susurró él.

Ella quería más. Algo. No sentir que había un muro entre ellos. Se preguntó si estaría pidiendo demasiado. Pero la forma en que él la había mirado había conectado con algo dentro de ella, obligándola a afrontar algunas verdades difíciles.

Si no tuviera la distracción de Stavros, tendría que admitir que su jefe, el último hombre por el que debería interesarse, le resultaba más atractivo que cualquier otro hombre que hubiera conocido jamás, y que era todo lo que ella se había prometido evitar. Él podía hacerle daño.

–¿Perfecto para qué? –Verity reprimió cualquier sentimiento y lo miró a los ojos.

–Para cenar. Esta noche cenaremos en la ciudad.

Capítulo 6

La cifra que Alex pagó por las prendas, zapatos, ropa interior y vestidos bastaría para hacer sangrar los ojos de Verity, y cuando llegaron al restaurante en cuestión, ella seguía aturdida.

El restaurante era precioso, con enredaderas trepando por la fachada hasta el tejado, formando un dosel verde sobre los comensales. Ante ellos, se extendía una vista del Partenón.

Todas las cabezas se volvieron a su paso, y ella se preguntó si sería por lo escotado de su vestido. Aunque luego se dijo a sí misma que Alex era muy famoso. Por supuesto, tenía que ver con la fascinación que él despertaba, y definitivamente no con su pecho, bastante normalito. Solo a ella le resultaba raro mostrar tanto. Para los demás no era nada destacable.

Salvo, quizá, para Alex. Pero él la conocía, y sabía que eso no era típico en ella.

Quizá debería haberse opuesto cuando él sugirió el vestido, pero una parte de ella se sentía encantadora con él. De modo que le vino bien dejar la decisión en manos de Alex.

¿Tan cobarde era? Verity se lo preguntó mientras estaban sentados en la azotea, con la cálida brisa acariciándole el cabello y la gloriosa vista poniéndole la piel de gallina.

–¿Esto es lo que querías? –preguntó él.

–Sin duda hoy hemos dejado huella en toda la ciudad –respondió ella. Por un instante, había pensado en fingir que no sabía de qué estaba hablando, pero no tenía sentido.

No debía olvidar que, por mucho que se sintiera tentada de pensar que había alguna conexión personal entre ellos, no la había. Por mucho que le gustara provocarle, él tenía poder sobre ella.

Sí, ella obtendría algo a cambio, pero solo había aceptado porque le abría nuevas posibilidades. Si fuera rica, no lo haría. Eso demostraba quién tenía el poder en ese momento.

La tarde era preciosa, la puesta de sol teñía el cielo de un naranja apagado con matices azules mientras la oscuridad consumía lo que quedaba del día.

¿Solo había sido un día? Sin duda el más largo de la historia.

–Me gustaría tomar una copa de vino –pidió ella.

–Que así sea. –Alex levantó una mano y el camarero apareció inmediatamente.

–¿Sí, señor?

–Mi prometida tomará una copa de lo que recomiende. Yo tomaré algo tinto. Probaremos una muestra del menú.

–Por supuesto, señor.

–¿Una muestra? –preguntó ella cuando el camarero se alejó.

–Pensé que te gustaría probar toda la carta. Es uno de los restaurantes más solicitados de Atenas.

–¿Y has conseguido una reserva en el último momento?

–Sí.

–¿Alguien ha perdido su mesa para que tú puedas tenerla?

–Si es así, ha sido decisión del restaurante, no mía. –Alex se encogió de hombros.

–Pero tienes que comprender que el restaurante ha tenido que reorganizar las reservas por ti, o alguien ha tenido que reorganizar sus planes para cenar por ti. No puedes moverte en un espacio vacío, ordenando lo que te apetece sin afectar a los demás. El que no conectes con los demás no significa que no les afectes.

En realidad, Verity solo estaba desahogándose por verse envuelta en todo eso.

–Soy consciente de ello. Entiendo cómo funciona el mundo, Verity, y entiendo cómo funcionan las relaciones entre las personas.

–¿De verdad?

–No te debo ninguna explicación –contestó él con dureza–. Pero te la daré.

–¡Vaya!, gracias, Alex.

–Vas a casarte conmigo, así que quizá necesites saberlo.

–Me gustaría –respondió ella exasperada.

–Es como… pondré como ejemplo la Navidad. Nunca ha significado nada para mí. Y por mucho que alguien me diga que es mágica, o que les hace sentir de determinada manera, nunca sentiré nostalgia asociada con las fiestas. Para mí no son más que malos recuerdos, en todo caso. En su mayor parte, no significaban nada. No se puede tomar la comprensión y convertirla en sentimiento. Así es como veo la familia. Así es como veo la amistad. Puedo entender su propósito, cómo funciona y por qué otras personas la quieren. Pero yo no.

Tenía tanto sentido que ella casi se sintió culpable por haberle hablado así. Por haberse enfadado.

Cuanto más conocía ese aspecto de él, más comprendía que no había salido indemne de su infancia. Al revés. Era lo que era gracias a esa infancia. Triunfador, sí, pero también desconectado.

–Lo mismo con el romance –continuó él–. Entiendo lo que significa para otras personas. Pero nunca significará eso para mí.

–No tienes ningún problema con el sexo –intervino ella con la cara ardiendo.

En ese momento, el camarero reapareció con el vino y una selección de aperitivos.

–Para mí es un impulso como cualquier otro. –Alex tomó su copa de vino y la miró con frialdad–. Como y disfruto de la buena comida, pero no añoro las cenas familiares. ¿Tiene sentido?

Por desgracia, sí lo tenía.

A Verity le molestaba que él fuera tan bueno haciendo que eso resultara comprensible.

–Estás enfadada conmigo –observó él, sirviéndole una pequeña selección de aperitivos–. Creo que estás enfadada conmigo porque tienes un razonamiento.

–Ese es el problema. Me conoces y, para mí, conocer a alguien significa… sentir algo. Ya sea aversión o amistad. Pero tú me conoces y no sientes nada de eso. Solo tienes la ventaja de poder ver dentro de mí sin pagar el precio de preocuparte por mí. Eso no me parece justo.

–Piénsalo –contestó él, sus ojos oscuros brillantes a la tenue luz–. No tengo otra opción. Hay todo un mundo dentro de este mundo que puedo ver, que puedo entender, pero al que no puedo entrar. Ni todo el dinero del mundo puede arreglar eso.

No había compasión en su voz, ni tristeza. Era directo y pragmático. Y ella lo encontró desesperadamente triste. ¿Era algo que él tenía que aceptar? ¿Que las circunstancias de su infancia le habían robado algo que nunca podría recuperar?

Pero entonces pensó en su propia infancia y en las cosas que había aceptado que no tendría. No tendría un marido ni hijos porque formar parte de una unidad familiar había sido terrible para ella. No se permitía sentir nostalgia por ello, porque la institución de la familia no le hacía sentir… cálida ni feliz. Quizás para él fuera lo mismo.

Todo estaba tan desconectado de lo que se suponía que debía ser que no se podía anhelar como lo hacían otras personas.

Pensó en decírselo, pero, en lugar de eso, mordisqueó una galletita y gimió de placer cuando la frescura del pescado y los rábanos que la cubrían le asaltó el paladar. Quizás fuera mejor simplemente existir en el momento. Quizás ese era el problema. Estaba tan centrada en intentar racionalizar ese momento, arreglar algo, sentirse mejor, cuando quizás solo necesitaba vivirlo.

Tomó un sorbo de vino y se rindió. No había nada más que hacer en la conversación, a menos que empezara a arrancarse tiras de su propia piel y revelara todos los problemas que escondía debajo. Y eso sería una tontería, porque no eran amigos. Porque él era su jefe. Más le valía seguir siendo la Verity que él conocía, la que siempre estaba bien, siempre equilibrada y bien… aunque un poco menos durante la última semana, pero no iba a mostrarle su lado más vulnerable.

–Esto es una maravilla –sentenció ella.

Sus miradas se encontraron, pero él desvió la suya hacia la boca de Verity y continuó hasta sus pechos, lo que hizo que los pezones se tensaran y su estómago se agitara. Luego volvió a sus ojos. Era tan guapo. Y peligroso. Acababan de mantener una conversación

sobre por qué él era especialmente peligroso. Era su jefe, la conocía, no sentía nada por ella.

Por desgracia, su particular trauma no le había hecho desconectarse de la gente. De hecho, quería conexión, pero algo que fuera diferente de lo que había tenido de niña. La idea de que pudiera tener a alguien en su vida que la quisiera cerca, que apreciara lo que hacía…

Tomó otro sorbo de vino. Alex era ese alguien. Él la quería cerca, aunque fuera en el ámbito profesional. Le gustaban las cosas que ella hacía y no dudaba en elogiarla.

Era fácil para ella suponer que mantenía la paz con él y lo manejaba tan bien gracias a su capacidad para leer los estados de ánimo sombríos y su motivación para evitarlos. Pero era más que eso. No le bastaba con evitar su ira, los últimos dos años había vivido de sus elogios.

Tenía muchos pensamientos sobre las amistades que podría hacer. Sobre las posibles citas, pero no lo había hecho, ¿verdad? Porque Alex cumplía en su vida ese papel que tanto significaba para ella. Porque, de hecho, su relación con él la consumía.

Afortunadamente, en ese momento les sirvieron un delicioso plato de pasta, y ella pudo terminar su copa de vino y alejar ese pensamiento de su mente.

Empezó a sonar la música, guitarras en directo, y algunas parejas se levantaron y comenzaron a bailar bajo las luces de colores del techo.

Si no estuviera allí con un hombre que tenía una piedra por corazón, podría haber sido romántico. Por supuesto, habría sido peligroso emocionalmente. Ambos eran el problema.

Ella lo veía muy claro. Había permitido que su jefe satisficiera algo emocional en ella que un jefe no debería satisfacer, y se sentía enfadada con él por no corresponderle.

También estaba enfadada con él por todo el asunto del matrimonio de conveniencia, que, para ser justos, era absolutamente inaceptable, pero, aun así…

–Baila conmigo –propuso él en tono enfático, y sin que fuera en absoluto una petición.

El corazón de Verity dio un vuelco porque no había entendido que aquello no era romántico.

Se suponía que estaban actuando. Ella no podía negarse.

Así que, cuando él le tendió la mano, ella la tomó. Y cuando él la levantó de su asiento, ella sintió como si estuviera volando. Él le rodeó la cintura con el brazo y la condujo a la pista de baile, y cualquier protesta o comentario mordaz que ella quisiera hacer quedó ahogado por la sensación que le inundaba el pecho. Abrumadora. Brillante. Hermosa. Horrible.

Él la atrajo contra su pecho, con una mano agarrando la de ella y la otra rodeando firmemente su cintura. Verity posó su mano sobre su hombro, bastante segura de que era lo que se suponía que había que hacer cuando se bailaba. Nunca lo había hecho antes. Salvo sola en su dormitorio, claro.

Alex tomó la iniciativa con firmeza. Sus pasos seguros la ayudaron a encontrar el ritmo.

La música los envolvió como un velo íntimo, como si fueran las únicas dos personas en la azotea. El corazón de ella latía con fuerza, y no por el esfuerzo físico. El cuerpo de él estaba caliente contra el suyo. Nunca antes había estado tan cerca de otra persona.

Por alguna razón, le resultaba más fácil admitir que había caído en la trampa de buscar la validación emocional de él que admitir que se sentía atraída por él, que se había sentido atraída por él desde el primer día. Había sido él desde el principio. Pero ella estaba tan centrada en protegerse a sí misma que se lo había ocultado a su yo superior, para que su yo inferior pudiera tener lo que quería.

Y en ese momento él la guiaba por la pista de baile como si hubiera nacido para hacerlo.

Si él era tan peligroso, ¿por qué ella encajaba tan bien en sus brazos?

¿Por qué su cuerpo se sentía a la vez relajado y nervioso por su contacto? ¿Por qué se sentía querida, segura y electrizada al mismo tiempo?

«No tienes la exclusividad de la ilusión, Verity. Tus sentimientos no son hechos».

Pero ella no era como Alex. Tenía sentimientos. Solo que los reprimía. Los manipulaba. Los ocultaba. No se permitía ser ella misma. Como si siguiera permitiendo que sus padres le impidieran tener cosas bonitas. ¿O era protección? Era una pregunta que le costaba responder. Especialmente en brazos de Alex.

Había otras personas a su alrededor, pero ella no les prestaba atención. Aquello ya no era una actuación, al menos para ella. Era ella misma, ordenando sus propios sentimientos con miedo y temblor. Era ella, complaciéndose a sí misma mientras se castigaba y examinaba el castigo. Había algo peligroso en Alex, lo había sentido desde el principio. Sabía lo que era. Él nunca sentiría nada por ella. No era ningún misterio. Pero, de todos modos, ella no quería un amor eterno, así que, ¿qué importaba? Excepto que sí importaba, porque le dolía que él no los considerara amigos, por lo que ni siquiera podía imaginar el coste si se acostaba con él y luego…

Su corazón comenzó a latir de forma irregular. Era lo más cerca que había estado de admitir que lo deseaba de esa manera. Contempló el marcado contorno de su mandíbula, la curva de sus labios, esa nariz recta como una espada. Sus pestañas negras y sus ojos oscuros e insondables.

Sabía por qué la gente le tenía miedo. Ella misma le tenía miedo. Por una muy buena razón. Realmente necesitaba encontrar un nuevo terapeuta, porque algo estaba pasando. A pesar del miedo, se sentía atraída por lo temible. Quería acercarse y tocarlo, domesticarlo, hacerlo suyo.

Y sabía que no podía hacerlo.

Él dominaría. La obligaría a someterse. Porque así era él. Ella no iba a ser la que…

Y, de todos modos, él no la deseaba.

Recordó cómo la había mirado cuando se había probado el vestido rosa. Y cómo le había mirado los pechos en la mesa. Quizás sí la deseaba, pero de forma vulgar. Nada que ver con quién era ella como persona. Nada que ver con ella.

«¿Y necesitas que tenga que ver contigo?».

Verity no sabía qué responder a esa pregunta que se había planteado ella misma. ¿Qué clase de idiota no se conocía tan poco a

sí misma?

Conocía todas sus señales de alerta, todos sus desencadenantes. Pero eso no era saber realmente qué quería y por qué. No era ser honesta sobre lo que sentía. Era buena levantando vallas y observando los límites. No era buena reevaluando esos límites en torno a sus sentimientos.

Era buena creando reglas y siguiéndolas. Pero Alex no tenía nada que ver con sus reglas.

Nunca lo había tenido. Si tuviera una pizca de instinto de supervivencia, o incluso de conciencia de sí misma, no habría seguido trabajando para él, mucho menos aceptado todo eso. Pero en ese momento se sentía hecha un lío. Quería seguir complaciéndolo y quería mantenerse a salvo. Pero también quería seguir cerca de él.

Alex deslizó la mano por su espalda, y ella se estremeció. Aquello era peligroso. Muy peligroso.

Lo peor era que se sentía sola. Igual que con la sensación de amistad, igual que…

Sus pensamientos se vieron interrumpidos cuando él la llevó a la esquina de la pista de baile y la empujó contra una pared cubierta de enredaderas, con sus ojos oscuros ardientes. Ella contuvo el aliento y su corazón comenzó a latir con fuerza contra su pecho.

Él presionó su mano contra la pared, los dedos aún entrelazados con los de ella, y tocó el anillo de compromiso, mirándolo con algo parecido a reverencia. Ella nunca lo había visto así. Había fuego en sus ojos, pero también algo más. Algo confuso, agitado, voraz.

Era un reflejo de los sentimientos de Verity. Por fin no era solo ella la que se sentía víctima de aquello, la que se sentía a su merced.

¿Estaba él sintiendo la misma atracción conflictiva, queriendo abrazarla y rechazarla al mismo tiempo? ¿Ese deseo desesperado por saber cómo sería tocarla, saborearla?

Ella se sentía abrumada, la ahogaba. Alex era un hombre con experiencia y ella no era más que su secretaria virgen. Esa era la trágica realidad. Era un estereotipo. Si intentaba explicárselo a alguien, se burlarían de ella. Dirían que Alex se estaba aprovechando

de ella. Dirían que era una tonta. Pero ellos no sabían lo que se sentía. Y no podían saberlo.

Verity sí lo sabía. Y, a juzgar por la mirada en sus ojos, él también.

La música seguía sonando, pero ellos se habían detenido. Casi como si hubieran congelado el tiempo. No había nada más que esa necesidad creciente y palpitante entre ellos. Era tan real, tan… abrumadora. Y, de repente, todo terminó. Él se apartó, la apartó de la pared y la llevó de vuelta a la pista de baile, sin explicaciones, sin comentarios, sin nada.

–Alex…

–Parece que ya han servido la carne. ¿Quieres otra copa?

Alex le tomó la mano y la llevó de vuelta a la mesa, y ella sentía que le daba vueltas la cabeza.

Quizás fuera un regalo, un respiro. Una oportunidad para tomar una mejor decisión, en lugar de ceder ante… lo que fuera eso. Quiso decir algo, presionar. Pero algo la detuvo. La frenó.

Lo mismo de siempre. El miedo a qué pasaría si presionaba en el momento equivocado.

Estaba cansada de sí misma. Cansada de lo mucho que no sabía. Y resentida… con él. Por desenmascarar tanto de su interior que aún estaba tan roto. Era muy fácil para ella mirarlo y pensar en el trauma de él. En sus mecanismos de defensa, sus protecciones y sus capas, pero mirar sus propios traumas era simplemente… Solo quería estar bien.

Por eso había ido a Grecia. Para estar bien. Para empezar a vivir.

Quizás, cuando todo eso terminara, podría hacerlo. Quizás no bastaba con huir de su familia. También necesitaba huir de Alex. Y, cuando terminara aquello, tendría los medios para hacerlo. Mientras tanto… Se limitaría a planificar la boda. Lo consideraría otra parte del trabajo.

No eran amigos.

Y fuera lo que fuera que había visto antes en sus ojos, lo ignoraría.

Porque él sin duda lo haría.

Capítulo 7

Pronto llegó el día de la boda, y Alex no creía que Verity apreciara como debería todo lo que estaba haciendo por ella. No era solo un evento espectacular, no solo aparecía su nombre en todos los titulares con comentarios elogiosos, sino que él había hecho un esfuerzo hercúleo para controlar la atracción que sentía por ella.

Verity era hermosa. Fue consciente de ello desde el momento en que la contrató. Pero su belleza le afectaba de forma diferente, al menos al principio. Había algo joven y fresco en ella que le había atraído desde el primer día. Algo que le hacía querer protegerla. Su belleza, se había dicho a sí mismo, era como una preciosa figurita que quería coleccionar.

Estar con ella fuera de la oficina, enfrentarse a la idea de que pudiera salir con otra persona, había sido como convertir esa figurita en carne y hueso.

Mientras bailaban en el bar de la azotea, había estado a punto de tomarla en sus brazos y hacerla suya. Pero no se habría conformado solo con un beso. Lo sabía muy bien.

Por eso no la besó. Se apartó, como debía hacer. Desde entonces se habían limitado a tomarse de la mano. Y ella parecía… apagada. No era ella misma. Como si estuviera enfadada con él.

Parecía tan plácida y tranquila como siempre, como la superficie de un lago y, cuanto más la miraba, más se veía Alex reflejado en ella. Y eso le atraía aún más. Le hacía querer provocar una reacción en ella. Pero no lo hizo. Porque era su jefe.

Y aunque no sentía culpa alguna por utilizarla para ese propósito en particular, era consciente de la complejidad del asunto. Aprovecharse físicamente de ella, además, sería reprobable.

Eso le importaba, siempre le había importado. Quizás porque gran parte de su vida había estado determinada por los caprichos y los fracasos de otras personas. No le había mentido al decirle que entendía cómo funcionaban las relaciones humanas. Lo entendía demasiado bien. Cuando otras personas tenían control sobre ti, podían hacer que tu vida fuera tan maravillosa o miserable como quisieran. Cuando no tenías nada, cada comida, cada noche de descanso, cada respiración, cobraba mayor importancia. Y, a menudo, tenías que seguir las reglas del juego para asegurarte de conservar esas cosas.

Era una de las razones por las que para él era tan importante alejarse lo más posible de ese estado. Pero nunca, jamás, colocaría intencionadamente a otra persona en esa situación. Y, en cierto modo, con Verity lo había hecho. Había cambiado las reglas de su trabajo. Y el resultado era que le daría libertad financiera, pero no se sentía orgulloso de cómo había ejercido su poder sobre ella.

Lo único que no podía hacer era cruzar esa línea física. No, y seguir viviendo consigo mismo.

Decidió caminar hasta las ruinas donde se iban a casar. Era un largo paseo, pero necesitaba tiempo para aclarar sus ideas, para controlar sus deseos. Estaba a punto de conseguir lo que quería profesionalmente, y no entendía por qué las imágenes de Verity dominaban sus pensamientos.

Cuando llegó al lugar, miró hacia arriba y se detuvo. Allí estaba ella, sentada en la ventana del tercer piso, con su largo cabello rubio ondeando al viento. Llevaba una especie de bata y miraba pensativa hacia fuera. Era como una doncella medieval. Intocable y gloriosa.

A Alex le dolía el pecho. Su corazón latía acelerado. Una vieja sensación lo invadió. Esa sensación de desear sin poder tener. No era nostalgia, no en el sentido en que la gente hablaba de ella. No como la Navidad cuando era niño. Lo odiaba. Se suponía que nunca más iba a desear lo que no podía tener. Y allí estaba, tres pisos por debajo de su asistente, con el corazón desbocado.

Verity desearía no sentir el corazón a punto de estallar cuando lo veía. Pero, con respecto a Alex, si ella pudiera decidir, estaría en una situación completamente diferente.

Había decidido que nadie la ayudara a prepararse. Lo estaba aplazando, sentada en el borde de la ventana y contemplando las magníficas vistas. Y entonces lo vio, como si se tratara de un cuento de hadas y ella pudiera soltar su melena y él pudiera trepar y… ¿rescatarla? ¿De qué? ¿De quién?

Fingió no verlo, se levantó y se dio la vuelta. Se quitó la bata y se miró en el espejo de cuerpo entero. La ropa interior que habían elegido para ella era preciosa y, sin duda, diseñada para que alguien la viera. Un corsé sin tirantes de encaje blanco y un tanga de encaje blanco que apenas tapaba nada. Por supuesto, nadie lo vería.

Se dijo a sí misma que no le causaba ningún remordimiento, que podía huir si quería. Que no tenía por qué seguir adelante. Pero no era para tanto, solo una ceremonia. No conocería a nadie. Estarían los medios de comunicación y los posibles inversores, y todos los colegas de Alex. Los suyos también, por supuesto, pero en realidad no eran suyos. En el sentido de que su lealtad era hacia el hombre que les pagaba el sueldo, no hacia ella.

Lo cual debería facilitar las cosas. Todo eso formaba parte de una vida que dejaría atrás. Había pensado que las cosas serían diferentes. Había pensado que se establecería allí, encontraría su espacio. Pero no iba a ser así. Y eso estaba bien. No le importaba el matrimonio.

Se lo repitió a sí misma mientras se ponía el vestido. Mientras se marcaba los rizos, se maquillaba ligeramente y tomaba el precioso ramo de rosas rosa pálido.

No tenía damas de honor. Y Alex no tenía padrinos. ¿Había algo que los describiera mejor que eso? Respiró hondo y se miró en el espejo por última vez antes de dirigirse hacia la puerta. Ese lugar era magnífico. Y si alguna vez hubiera planeado una boda, habría sido en un sitio así.

Pero era absurdo pensar que alguna vez habría podido tener una boda como esa sin Alex.

¿Ya se estaba acostumbrando a las cosas que conllevaba estar unida a un multimillonario?

Económicamente, su familia siempre había vivido cómodamente. No eran ricos, pero tenían estabilidad. Una casa bastante bonita en una calle bastante bonita. Pero en el interior las cosas se habían podrido. Aun así, una boda en unas magníficas ruinas griegas estaría fuera de su alcance.

Esencialmente, era un castillo, con una escalera de caracol que conducía a un patio que en su día había sido una biblioteca. Solo quedaban muros y pilares medio derruidos, decorados con rosas y luces, con una gran pérgola entre dos de los pilares más intactos.

Y mientras bajaba por la escalera de caracol, al mirar por las ventanas, vio el patio lleno de invitados sentados en las sillas doradas que se habían dispuesto en el amplio espacio. Iba a hacer falsos votos delante de desconocidos. Y tal vez de los dioses griegos. Pero ellos disfrutarían de la farsa, sinceramente. Así que tampoco tenía que preocuparse por eso. Seguramente Zeus sabría apreciar las travesuras matrimoniales. Tragó saliva. Era la mejor decisión. Lo era.

Cuando llegó al pie de la escalera, las puertas se abrieron y el sol brilló sobre ella. Como una señal del cielo. Verity avanzó hacia el glorioso y hermoso día, y hacia su marido.

La música interpretada por un cuarteto de cuerda la envolvió, era la misma canción que habían bailado en el bar de la azotea, seguramente una coincidencia. Su corazón comenzó a latir más rápido. Lo vio de pie al frente del altar, resplandeciente con su esmoquin negro. La visión que había tenido de él desde la ventana no le había permitido apreciar toda su gloria.

Se sintió atraída por él, y aquello ya no pareció falso. Una sonrisa se dibujó en su rostro y deseó poder borrarla, pero no pudo.

Y justo entonces, cuando llegó al final del pasillo, se giró… y vio a su madre. Junto a ella estaba su padre. Su hermano estaba a su lado y, al lado de su hermano, estaba su hermana.

Y de repente todo se detuvo. Su corazón, el mundo, esa extraña sensación de alegría que le había hecho sentir que todo iba a salir

bien. De repente sintió como si pisara sobre cáscaras de huevo, como si a cada paso corriera el riesgo de romper algo.

No quería mirarlos. Siguió mirando a Alex. No podía hablar. Y cuando se tomaron de las manos ante el altar, las de él ardían. O tal vez las de ella se habían convertido en hielo.

Capítulo 8

Alex vio el momento exacto en que el semblante de Verity cambió por completo. Había visto a su familia sentada en la primera fila, y fue como si toda la vida se le escapara del cuerpo.

Él había dado por sentado que su familia acudiría a la boda. Cuando le encargó a uno de los administrativos la tarea de decidir a quién invitar, le había dicho que incluyera a personas que pudieran estar relacionadas con Verity. Durante toda la ceremonia, ella se comportó como un robot y luego se había escondido unos quince minutos antes de aparecer finalmente en la recepción.

Lucía una sonrisa radiante en el rostro, pero había algo extraño en ella. Algo congelado, no su habitual neutralidad, sino una especie de alegría falsa y maníaca que le hizo sentir incómodo.

–¿Pasa algo? –preguntó cuando ella se sentó a su lado en la mesa del banquete.

–Por supuesto que no –respondió ella–. No pasa nada.

Él veía que la mitad de su atención estaba dedicada a observar a su familia. No se acercaron a la mesa ni socializaron con otros invitados, y supuso que estaban muy fuera de lugar en el evento. Casi todos eran contactos de negocios suyos, y el idioma principal que se hablaba era el griego, por lo que no era del todo extraño que la familia de Verity se mantuviera apartada

–Puedes mezclarte con los demás –sugirió él.

–¿De verdad? –Ella rio–. Eso es fantástico. No estaba segura de cuáles eran las reglas.

–¿Las reglas?

–Sí, las reglas. Habrá reglas –susurró–. Este es tu juego, no el mío. No soy una novia de verdad.

–Ten cuidado –le advirtió él. Ella actuaba de forma extraña, y él no sabía por qué.

–No tienes ni idea del cuidado que voy a tener durante el resto de la velada.

Sirvieron la cena y ella se pasó todo el rato comiendo mientras miraba fijamente al frente con la misma sonrisa serena en el rostro. En cuanto terminó, se levantó y se dirigió a la mesa de su familia. Su postura era erguida y su sonrisa cada vez más brillante. Reía exageradamente con todo lo que decía su hermano y cada vez que su padre pedía algo, se apresuraba a que lo tuviera.

Todos se acercaban a Alex para felicitarlo, pero él se excusó y se dirigió hacia la familia de Verity.

–Encantado de conoceros –saludó–. Soy Alex.

–Encantada de conocerte –respondió la madre de Verity–. Soy Dorothy. Es realmente sorprendente que Verity se encuentre en una posición tan importante.

–¿De verdad? –preguntó él.

–Bueno, era una niña terriblemente del montón. Cuando se fue a Grecia, fue toda una sorpresa.

–A mí también me sorprendió. –La sonrisa de Verity parecía a punto de estallar–. Pero la oportunidad llamaba a la puerta. Y, al parecer, Alex también. Todo salió como debía salir. Increíble.

–Siempre puedes darle las gracias a tu padre por pagarte la universidad –intervino su padre, aunque sin un ápice de cariño. Alex no necesitaba ser un experto en familias para darse cuenta de ello.

–Claro que estoy agradecida –contestó Verity–. Enormemente agradecida por todo lo que habéis hecho por mí. Todos. Sin vosotros, no estaría aquí, casándome con Alex. Mi sueño hecho realidad.

Las puertas se abrieron y apareció la tarta sobre un carrito con ruedas.

–Disculpadnos –concluyó ella–. Es hora de cortar la tarta.

Verity cortó la tarta con la misma energía frenética con la que hacía todo. Después llegó el momento de bailar, y donde la última vez había habido un toque erótico en su contacto, ya no existía. Ella prácticamente vibraba de inquietud. Después del baile, volvió con su

familia, con quien pasó el resto de la noche. Era como ver un espectáculo de vodevil. Actuaba tan forzada que él lo sentía desde el otro lado de la sala.

Cualquier otra persona pensaría que ella solo estaba sonriendo, incluso feliz. Pero Verity no era así. Él la conocía. Podía sentirla. Y Alex también sabía que esa no era una dinámica familiar muy normal, pero tampoco podía entender exactamente qué era. Tardó una hora en darse cuenta de que ella contaba las bebidas que tomaban sus padres, intentando reducir la cantidad de alcohol que les servían. Él se preguntó si Verity temía que se dieran cuenta de que no era una relación real. Que no eran una pareja auténtica. No conocían a Alex, pero a ella sí.

Pero no pasó nada. Ni un arrebato, ni un momento desagradable. La fiesta terminó y llegó el momento de que los dos subieran a la *suite* nupcial. Era una habitación lo suficientemente grande como para que él tuviera su espacio y ella el suyo. En cuanto abandonaron el salón de baile y entraron en el vestíbulo del castillo, ella se apartó de él.

–¿Qué pasa?

–¿Cómo te atreves? –Verity hablaba con una voz que él no reconocía. Vibraba de rabia.

–¿Cómo me atrevo a qué?

–Invitaste a mi familia a la boda y no me consultaste. No me lo advertiste. No estaba preparada.

–Lo siento. Si temes que puedan darse cuenta de que esto no es…

–¿Crees que me preocupa la boda falsa? –Ella rio–. No me preocupa eso. Y, créeme, nunca podrían darse cuenta de si esto es real o no. Tendrían que conocerme un poco, y te garantizo que no es así.

Subieron las escaleras y ella se adelantó, empujó la puerta de la *suite* nupcial y la cerró en sus narices. Él la detuvo con la mano y la abrió.

–Dime cuál es el problema.

–El problema es que no me conoces. En absoluto. Y no solo eso, sino que ni siquiera te has esforzado lo más mínimo por conocerme. Si lo hubieras hecho, sabrías que tener aquí a mi madre, mi padre,

mi hermano y mi hermana es, literalmente, mi peor pesadilla. –Verity sacudió la cabeza–. Da igual lo mucho que lo intente, ¿verdad? Tenía mucho miedo de enfadarme contigo. Tengo mucho miedo de enfadarme con alguien. Me pasé toda la noche actuando, intentando hacerlos felices. Pero ya dejé eso atrás, y se suponía que no tendría que volver a hacerlo. No estaba preparada. Cada minuto soltaban una pulla. Sobre cómo esto está por encima de mí, y ahora estoy por encima de ellos, sobre lo que les debo. Y tengo que aguantarme, fingir que no lo oigo.

Respiró hondo e intentó calmarse antes de continuar.

–Tú no tienes familia, así que no entiendes la pesadilla que pueden llegar a ser.

–No me dijiste que tuvieras problemas con tu familia –protestó él, sorprendido de que la mención sobre su falta de familia lo enojara tanto–. Me pareció razonable que fueran invitados.

–Cuando están presentes, me paso todo el tiempo intentando que no hieran mis sentimientos, mientras intento evitar que monten una escena. Si mis padres beben, terminarán gritándose el uno al otro. O a un camarero. O a cualquiera que los mire mal. Aunque, por lo general, suele ser a mí. Porque mi hermano y mi hermana aprendieron a defenderse, y yo me pasaba todo el tiempo tratando de arreglarlo todo. Eso me convierte en el árbitro. Me convierte en todo lo que no quiero ser. Y por eso tengo que vivir en otro país. Por eso yo…

Verity se detuvo, respirando agitadamente, con el pecho subiendo y bajando. Y, de repente, echó la cabeza hacia atrás y soltó un grito salvaje.

–Por eso me da miedo tener cualquier sentimiento que no sea… conciliador. –Sacudió la cabeza–. Por eso no te corté la cabeza por meterme en esta… esta farsa. No puedo creer que hayas hecho esto. No puedo creer que me hayas obligado a hacerlo. Usaste la promesa de la libertad financiera para atraerme. ¿Y para qué? Para que puedas tener más y más. Yo no te importo en absoluto. Podrías haberle pedido a cualquier mujer al azar que se cruzara contigo por la calle que fingiera ser tu esposa y habría funcionado igual de bien.

–Eso no es cierto –protestó Alex–. Todo el mundo te quiere.

Supo inmediatamente que había dicho algo inapropiado, porque Verity se puso roja.

–Sí, todo el mundo me quiere. Porque llevo toda la vida practicando cómo hacer felices a los demás. Llevo toda la vida gestionándolo. Lo hice contigo, y lo hago con todos en la empresa. Lo hago todo el tiempo. Y no puedo… ni siquiera sé quién soy. Me dan miedo las cosas más estúpidas. Me da miedo cometer un error. Me da miedo enfadar a alguien. Siempre ando de puntillas. Estoy harta. No puedo seguir así.

Su respiración se aceleraba cada vez más.

–No… no puedo respirar. –Ella se giró, se desabrochó el vestido de novia y lo tiró al suelo, quedándose allí de pie con la ropa interior de encaje blanco que dejaba poco a la imaginación.

Era raro que Alex se sorprendiera, pero aquello lo había pillado completamente desprevenido y no tenía ni idea de qué se suponía que debía hacer. Otra rareza.

–¿Qué me ha aportado eso? –preguntó Verity, medio desnuda y furiosa, el cabello rubio revuelto sobre los hombros y el pecho subiendo y bajando con cada respiración indignada–. Absolutamente nada. Atrapada en esta ridícula situación, y yo no importo. A nadie le importo. Mis padres vinieron en busca de espectáculo, sin duda para ver si podían sacarte dinero. O tal vez solo querían ponérmelo difícil. Quizás ni siquiera saben que me lo están poniendo difícil. Quizás nunca han pensado en mi perspectiva ni una sola vez –se rio–. Eso es, creo. Nunca han pensado en cómo me hacen sentir. Igual que tú. –Sacudió la cabeza–. Nunca piensas en cómo me siento.

–Eso no es cierto –contestó él, espoleado por la ira–. No te obligué a hacerlo. Tú aceptaste.

–Hiciste una declaración a la prensa antes de hablar conmigo.

–¿Qué te he pedido?

–Que me casara contigo. Me obligaste a hacerlo.

–Te ofrecí mucho dinero por casarte conmigo y, si no lo querías, podías haber dicho que no.

–Todo el mundo quiere dinero. Y ahora sabes por qué. Para no tener que volver nunca más a eso.

–Hay una gran diferencia entre eso y la riqueza que te he dado. No me conviertas en tu enemigo porque estés enfadada con tu padre.

–Oh, estoy muy enfadada con él, lo sé muy bien. Pero también estoy enfadada contigo.

–No me has concedido ningún crédito por todo lo que he hecho por ti. Por cómo te he protegido.

–¿Protegerme? Protegerme habría sido preguntarme si me había mudado al otro lado del mundo para alejarme de mis padres, en lugar de limitarte a hacer suposiciones.

–Sí, te he protegido.

–¿Cómo? –preguntó ella, acercándose a él–. ¿Haciéndome revivir mi peor pesadilla el día de mi falsa boda?

Alex dio un paso hacia ella, acorralándola contra uno de los postes de madera tallada de la majestuosa cama con dosel que había en el centro de la habitación.

–Sí –rugió él–. He hecho todo lo posible por mantener esto lo más profesional posible.

–Te has casado conmigo.

–Sabes a qué me refiero. –Alex perdía el control. Ella no tenía ni idea. Él no era de los que quería algo y no lo conseguía. No. Así había sido toda su infancia, pero de adulto no actuaba así. Con ella había hecho una excepción. Había seguido las mejores prácticas. Había sido un buen hombre, y ella actuaba como si él fuera el monstruo de la Laguna Negra por llevar a sus padres a verla.

–No. No lo sé.

–¿No lo sabes? –Alex deslizó lentamente un dedo por su pómulo hasta llegar a la mandíbula. Eso la silenció. Verity respiró hondo y sus ojos se llenaron de lágrimas.

–No –susurró ella.

–Entonces tendré que explicártelo. –Él bajó la cabeza y reclamó su boca.

Capítulo 9

Los pensamientos de Verity eran un torbellino envuelto en una neblina sensual. No entendía nada. Hacía un momento le gritaba a Alex y, de repente, él la estaba besando. Peor aún, hacía un momento se había quitado el vestido con él en la habitación, como si no hubiera pensado que ese sería el resultado final.

En realidad, no había pensado en absoluto. Había sentido. Estaba preparada, y cansada, cansada de tener que hacer que todo fuera agradable. De tener que resultar agradable. Sus sentimientos eran confusos y agudos y quería que él los sintiera. No quería ocultarlos.

Así que le devolvió el beso. Apasionadamente, vertiendo cada gramo de su ira, de su dolor, de esos sentimientos punzantes imposibles de definir a los que ni siquiera podía poner nombre, que se clavaban en su corazón como púas, infernales y dolorosos, imposibles de arrancar.

Besarlo parecía hacerla sentir mejor. O, si no mejor, parecía hacerla sentir algo más. Algo bueno mezclado con todo lo malo. Era intenso. Sabía que ese era el tipo de conexión que podía consumirla, el tipo de atracción que podría golpearla como un tsunami. Y se lanzó a ello. Sin pensar, sin reservas.

¿Pensaba él que al no besarla la protegía? Probablemente fuera lo mejor que había hecho en el último mes. Verity se lo diría cuando decidiera pararse para respirar. De momento, estaba disfrutando demasiado.

El calor de su boca, el deslizamiento experto de su lengua contra la de ella, la forma en que sus grandes manos se movían sobre su cuerpo, cómo le agarraba las caderas y la atraía hacia él para que

ella pudiera sentir la creciente longitud de su excitación. Sería virgen, pero sabía cómo funcionaba todo. No tenía miedo.

Porque tenía que enfrentarse a su mayor miedo. Ni siquiera se había dado cuenta de que ese era su mayor miedo, pero, si se hubiera sentado a pensarlo, habría dicho que tener a su familia en su auténtica boda habría sido su peor pesadilla. Y solo ocurriría en sus pesadillas, porque era imposible que se casara y, si lo hacía, era imposible que invitara a su familia.

Pero allí estaba, casada con ese hombre. Acompañada de su familia.

No había muerto, pero casi. ¿Qué podría asustarla después de eso?

Desde luego, no el beso, experto y embriagador. Glorioso y apasionado. Su primer beso, el mejor. Se alegraba de no haber salido con Stavros, porque ¿le habría dado eso? ¿Le habría entregado sus labios, su cuerpo, cuando estaba tan claro que pertenecía a Alex desde el momento en que lo conoció?

Lo que Verity sabía hacer muy bien no era solo suavizar las cosas para los demás, también para sí misma. Era muy buena evitando los sentimientos difíciles y la verdad sobre sí misma. Pero ya no. Lo estaba admitiendo, aunque fuera para sí misma: deseaba a Alex.

Lo había deseado desde el primer momento. Había querido estar cerca de él siempre que podía, aunque no se permitiera fantasear con ello ni siquiera en la oscuridad de la noche. Pero, de repente, era tan fácil. Se sentía tan bien. Porque, en cierto modo, ella siempre lo había sabido.

Él se apartó y ella se recostó contra el poste de la cama, respirando agitadamente. Sus labios estaban calientes e hinchados, sus pechos pesados. Ese lugar entre sus piernas estaba húmedo y palpitante. Quería que él la tocara. Cuando pensaba en su primera vez, siempre imaginaba que sería incómodo, que no sabría qué quería. Pero no era cierto. En absoluto. Sabía exactamente lo que quería. Y no se avergonzaba.

–Quítate la ropa –le ordenó, agarrándose al poste en busca de apoyo emocional y físico.

–¿Eso aplacará tu ira?

–Depende de cuánto me guste lo que vea.

–No me preocupa. –Alex se aflojó el nudo de la corbata.

En ese momento, Verity sintió como si estuviera existiendo en dos espacios y tiempos diferentes. Como si lo estuviera observando desde su escritorio, comiendo su almuerzo, y a la vez viéndolo desatar el nudo de la corbata, viendo cómo se desabrochaba la camisa. El mismo hombre.

A medida que él revelaba más de su tonificado y glorioso torso, a ella le costaba más respirar. Estaba cubierto de oscuro vello y esculpido como una obra de arte clásica. «¡Oh, Dios mío!». Se estaba desnudando.

Ella se lo había pedido. No, se lo había exigido.

Verity no tenía miedo, solo estaba un poco asombrada de que estuviera sucediendo.

Él se quitó la camisa y la chaqueta y las dejó caer al suelo. Ella se quedó sin palabras, con la boca seca. Tenía músculos en lugares que no sabía que tuvieran los hombres. Un abdomen marcado y unos gloriosos cortes que dibujaban una flecha que llevaba su mirada hasta la cintura de los pantalones. Alex comenzó a desabrocharse lentamente el cinturón, con movimientos metódicos que la volvían loca. Y tuvo la sensación de que él lo sabía.

Siguió agarrándose a la cama porque, si no lo hacía, podría derrumbarse, derretirse, caerse como una codorniz desequilibrada incapaz de mantenerse en pie.

Verity se negaba a ser un pájaro tambaleante. No se caería. Sin embargo, tampoco confiaba en sí misma, así que se agarró aún más fuerte a la madera tallada, raspando la superficie con las uñas.

Observó con gran atención cómo él se quitaba el resto de la ropa, y se sintió mareada al ver por primera vez a un hombre completamente desnudo en carne y hueso. Y menudo desnudo.

En los últimos años había visto muchas estatuas masculinas desnudas en Grecia y, como su masculinidad podía ocultarse fácilmente con hojas de higuera, nunca le había parecido algo digno de mencionar. Pero Alex no podría ocultarse con una única hoja de higuera. Ni de lejos.

Sintió los nervios virginales. Aquellos que pensaba que tal vez había esquivado. Pero, afortunadamente, el poste de la cama la mantuvo erguida, por lo que no vaciló ni se derrumbó.

–He hecho lo que me ordenaste, Grillo. ¿No hay recompensa para mí?

–Yo… lo estoy pensando. –Verity se devanaba los sesos tratando de encontrar algo equivalente.

–Creo que tal vez sea tu turno de quitarte la ropa.

–Eso no es un intercambio equivalente. –Ella parpadeó.

–¿Por qué?

–Porque tú eres… Tienes ese aspecto.

–Prácticamente estoy viendo todo lo que hay que ver de ti, Grillo. Estoy seguro de que lo que queda por revelar es mejor.

Era incluso mejor que recibir un cumplido en el trabajo. Con las rodillas temblorosas, ella soltó el poste de la cama, llevó las manos a la espalda y comenzó a desabrochar los corchetes del corsé. Luego lo dejó caer al suelo, revelando la mitad superior de su cuerpo.

Él emitió un breve sonido masculino de aprobación que aceleró los latidos del corazón de Verity. Era la aprobación que necesitaba para quitarse el resto de la ropa.

–Sí. –Alex asintió–. Así es. Eres una chica preciosa. ¿Sabes lo guapa que eres? Nunca había visto tanta belleza.

Esa vez, cuando le fallaron las rodillas, fue de placer. Ella se daba cuenta de que él era sincero. La forma en que la miraba no mentía. Estaba excitado, sí, pero era más que eso. La aprobaba. La miraba y la encontraba válida. Perfecta.

Y ella le daría todo lo que quisiera. En ese momento, realmente pensaba que lo haría.

Viviría debajo del escritorio de Alex en su despacho, descansaría la cabeza sobre su muslo mientras él trabajaba, estaría a su disposición para lo que fuera, siempre y cuando él la mirara así.

–Qué buena chica –continuó él, y las palabras acabaron con cualquier resistencia que ella aún pudiera tener.

Verity era suya. Él había visto en su interior, y eso le había dado miedo. Cómo la conocía, cómo la entendía, casi mejor que ella misma. Pero en ese momento no importaba.

¿No podía tratarse solo de ella? ¿De que consiguiera todo lo que quería? ¿De que se hicieran realidad todas sus fantasías?

Él pensaba que era hermosa.

Y después de haber tenido que manejar a su familia, ¿no se merecía algo bueno?

Quizás él había llevado su peor pesadilla a la puerta de su casa, pero en ese momento le estaba regalando la fantasía más profunda y querida que ella no sabía que tenía. Era aterrador. La hacía temblar por dentro y por fuera.

¿Se habría acostado con alguien mucho antes si se hubiera dado cuenta de lo que le haría sentir que un hombre la elogiara así?

«No». La respuesta resonó en su interior, susurrada con total certeza. Porque el elogio de cualquiera no significaría nada. Tenía que ser de Alex. Porque él era tan exigente, tan difícil.

Verity quería complacerlo. Porque sanaba algo dentro de ella. Así que se permitiría hacerlo.

Esa noche se permitiría hacerlo, sin importarle las consecuencias.

–Siéntate en la cama –le ordenó él. Y ella quiso obedecer. No sentía que él le estuviera arrebatando algo al dar las órdenes. Sentía que él le daba la oportunidad de darle todo lo que quería, de complacerlo, y eso era lo que ella más quería. Porque eso era complacerse a sí misma, y tal vez nunca sería capaz de hacer que tuviera sentido para otra persona, pero no necesitaba hacerlo.

Porque para ella sí lo tenía.

O quizá no. Quizá solo se sentía bien. Eso bastaba, de momento.

–Túmbate y abre las piernas, déjame verte bien.

Su jefe era exactamente como ella debería haberse imaginado que sería en la cama. No se había permitido imaginarlo porque tenía demasiado miedo, estaba demasiado sumida en la negación.

Alex sabía exactamente lo que quería y daba instrucciones explícitas sobre cómo conseguirlo.

Y ella era la mujer que cumplía sus órdenes. Así que separó los muslos e ignoró la oleada de calor que le inundó las mejillas.

–Nunca pensé que me casaría, mucho menos que tendría una noche de bodas, pero me estás demostrando que fui tonto al rechazar este placer. Por supuesto, ninguna otra mujer serviría.

Los muslos de Verity comenzaron a temblar. Sus palabras aumentaban su placer como nunca había imaginado posible. Cuando él la tocaba, todo se perdía. Ella se perdía. No le daba miedo. Lo estaba anticipando. Lo necesitaba.

–Tócate –le ordenó él–. Muéstrame lo que te gusta.

Ella contuvo el aliento, devorada por los nervios. Quería hacerlo bien. Quería excitarlo. Quería…

–No puedes hacerlo mal –la tranquilizó él–. Nada de lo que hagas podría estar mal. Aquí no.

Ella se mordió el labio y asintió lentamente, llevó una mano a su pecho, pasó el pulgar por su pezón endurecido y levantó las caderas de la cama mientras el placer la atravesaba como una flecha. Él la observaba con atención y ella mantuvo la mirada fija en él mientras deslizaba la otra mano entre sus pliegues húmedos. Un placer ardiente la atravesó mientras se acariciaba bajo la intensa mirada de Alex.

Sus caderas se arquearon al ritmo de sus movimientos, su respiración se aceleró, más intensa.

–Para –ordenó él–. No tienes permiso para hacerte llegar al orgasmo. Solo yo puedo hacerlo. Y ahora he visto cómo. Eres preciosa cuando te das placer a ti misma. Ahora veamos lo preciosa que eres cuando te lo doy yo.

Alex colocó sus anchos hombros entre los muslos de ella, separándolos más, mirando fijamente la parte más íntima de su cuerpo. Luego bajó la cabeza y lamió, larga y lentamente.

Verity jadeó, el deseo casi desgarrándola. Él puso el pulgar donde habían estado sus labios y acarició su zona más sensible, haciendo que el placer la recorriera como una ola. Y entonces su boca volvió a posarse sobre ella mientras introducía un dedo, volviéndola loca.

La complació así hasta que ella suplicó. Hasta que ella ya no pudo controlarse.

Él subió por su cuerpo, presionando su frente contra la de ella, con la boca a solo un susurro de distancia. Ella olía su propia excitación en los labios de él, y darse cuenta de ello le hizo estremecerse.

–Hermosa –susurró él–. Pura perfección.

–Tomo la píldora –le explicó ella.

Confiaba en él. Lo conocía lo suficiente como para saber que era meticuloso en todo, y que si hubiera alguna duda de que no pudieran hacerlo de forma segura, no lo haría.

Pero él interpretó sus palabras tal y como ella las había dicho y se introdujo en ella con una suave embestida. Ella gritó, y la sorpresa por la invasión casi le hizo despegar del colchón.

–¿Grillo? –preguntó él con voz ronca.

–Estoy bien –aclaró ella–. Solo me ha sorprendido. Por favor. Yo… quería ser buena para ti. Quiero que te guste. Necesito que…

–Eres perfecta. –Alex la silenció con un beso, largo y profundo–. Claro que me gusta. Encajas perfectamente conmigo. Ojalá lo hubiera sabido para no haberte hecho daño.

Pero el dolor no importaba. Ella lo había complacido y eso hizo que todo se desvaneciera. Hizo que el placer surgiera dentro de ella. Hizo que todo se convirtiera en oro brillante y gloria.

–Estoy bien.

Verity lo besó suavemente, y entonces él gruñó y comenzó a moverse dentro de ella, reconstruyendo el placer dentro de ella con cada embestida mientras ella se aferraba a él, arqueando las caderas al ritmo del movimiento.

Era aterrador. Tenía todos los motivos para tener miedo. Porque era intenso. Porque lo consumía todo. Pero, en ese momento, él era suyo, y nada podía arrebatarle ese momento. Él le susurró palabras de afirmación al oído, palabras que nunca se podrían repetir en compañía educada, y el placer creció dentro de ella como una marea y, cuando finalmente la inundó, ella le clavó las uñas en los hombros y gritó su nombre.

–Alex –gimió.

Todos los años, todas las comidas, todos los momentos pasados en su compañía, desfilaron ante sus ojos hasta que volvió al presente. En la cama con él, su marido.

Él le había regalado la noche más hermosa. El regalo más brillante.

Y se dio cuenta, con un peso aplastante, de que, aunque todo había cambiado mucho para ella, no habría cambiado absolutamente

nada para él.

Capítulo 10

Alex no durmió. Se sentó junto a la cama, vestido solo con los pantalones del esmoquin, observando cómo Verity dormía inquieta.

Cuando ella se movía y las sábanas se bajaban, dejando al descubierto sus pechos, él la volvía a tapar. Y cuando salió el sol llamó para que les llevaran el desayuno.

Abrió las cortinas y dejó que un rayo de luz bañara a Verity, que aún dormía. Tuvo el efecto deseado, pues ella se movió, luego se sentó y se frotó los ojos.

–El desayuno –anunció él.

Dejó la bandeja a los pies de la cama y ella se subió la sábana hasta la barbilla, acurrucándose y cerrando los ojos.

–Deberías comer –insistió él–. Y tomar café.

Verity abrió los ojos y lo miró con la misma expresión gruñona que el día que le había dado de comer ensalada. Excepto que parecía mucho más indignada.

–No necesito que me digas lo que tengo que hacer –protestó ella.

–¿Así es como vas a jugar a esto?

–No juego a nada. –Ella se dio la vuelta y se tapó los ojos con el brazo–. No me encuentro bien.

–¿Estás enferma o enfadada?

–¿Importa eso?

–Sí, importa. Porque, si te sientes mal, haré que te traigan medicinas. Si estás disgustada, me temo que tendrás que aguantarme, y no soy muy ducho en el manejo de las emociones.

–Pensaba que entendías la dinámica de las relaciones humanas, que estabas por encima de ellas.

–No estoy por encima de ellas. Estoy fuera de ellas. Es diferente. Te debo una disculpa, Verity.

–¿Por qué? –Ella lo miró entonces.

–Eso no…

–Necesito saber por qué te disculpas. Necesito saber si tienes alguna idea de lo que hiciste. No quiero que te disculpes solo porque crees que eso me volverá más… sumisa.

–No. No es por eso. Te traté mal. No me di cuenta de cuánto hasta… No sabía que eras virgen.

–¡Dios mío! –exclamó Verity, incorporándose y dejando que las mantas cayesen hasta la cintura–. ¿Te estás disculpando por eso? ¿Porque le has dado algún tipo de significado a… a eso? Eso es lo más básico, estúpido y masculino que has hecho nunca.

–No. –Alex se daba cuenta de que estaba estropeándolo todo y de que le importaba, lo cual era sinceramente lo más extraordinario. A menudo enfadaba a la gente, la incomodaba y la molestaba. Pero no solía sentirse desesperado por arreglarlo–. Es que… no te conozco. He pasado dos años almorzando contigo y no te conozco, y eso es un fallo en mi sistema, pero tú no has pedido ser víctima de ello. Todo lo que me dijiste anoche es cierto. Te manipulé para que accedieras a esto. Ni siquiera me di cuenta de que lo estaba haciendo.

–Genial. Un certificado de matrimonio y una virginidad después, y te arrepientes.

–Quiero arreglarlo.

–No creo que la cinta adhesiva funcione con el himen.

–¿Qué le ha pasado a mi dócil asistente?

–Ahora es tu esposa agotada, que ayer gastó toda su energía conciliadora con sus padres.

–¿Vas a ponerte difícil o vas a hablar conmigo?

–Ya he hablado contigo. Anoche fui desesperadamente vulnerable y honesta contigo. ¿Y crees que puedes… expresar un momento de arrepentimiento y ofrecerme… bueno, sí puedes ofrecerme café… y eso hará que todo desaparezca?

–No. No lo sé. No sé qué puedo hacer para arreglar esto. No sé qué puedo hacer…

–Dame un poco de café –lo interrumpió ella.

–De acuerdo. –Él le sirvió una generosa taza.

Verity la acurrucó contra su pecho como un pequeño dragón que vigila una joya preciosa.

La noche anterior, mientras le gritaba, ella le había hablado de sí misma. Alex supuso que le correspondía a él dar algo, no pedirle a ella que diera más.

–Tenía cinco años cuando me di cuenta de que mi vida no era normal. –Él miró sus manos y luego por la ventana–. Cuando me di cuenta de que la mayoría de los niños vivían en una sola casa, con los mismos cuidadores. Aunque fuera una abuela o una madre soltera, tenían estabilidad. Alguien que los quería. Los niños que pasaban de mano en mano como objetos eran los raros. –Sentía un nudo en el pecho–. Sé que muchos niños en mi situación pasan mucho tiempo preguntándose por qué sus padres no los quisieron. Sé tan poco de mis padres que no sé si me quisieron o no. Podrían haber perdido la custodia. Quizás sí me quisieron. Son un vacío en mi mente. No hay nada, no lo suficiente, a lo que aferrarse. Básicamente, me pregunto por qué nadie más me quiso. Entré en el sistema siendo un bebé. Tenía todas las posibilidades de ser adoptado. A muchos los separan de sus padres cuando son mayores. La gente no quiere niños mayores. No quieren el trauma que conllevan. Quieren bebés. Pero nadie me quiso.

Alex se sentía como si hubiera tomado un cuchillo y se hubiera arrancado una tira de piel. Expuesto no solo ante ella, sino ante sí mismo.

–Admito que lo que hice con tus padres fue, en parte, por arrogancia. Pero cuando me dijiste que habías vivido toda tu vida en la misma casa, también admito que imaginé que debías de haber sido feliz. Eres sensible y parece que te resulta fácil conectar con la gente. Nunca te pregunté por tu infancia porque pensaba que alguien como tú debió tener una buena familia.

Entonces la miró y vio que sus palabras la habían ablandado.

–Nunca pensé en eso. Qué… normal debió haberte parecido mudarte de un lugar a otro. Y cómo te debiste sentir cuando te diste cuenta de que no era tan normal. Debió resultar confuso.

–Sí. –Él asintió.

–También puedo entender que para ti debo ser… desagradecida, por tener una familia, tener una casa como la mía, y tener una relación complicada con todo eso.

–No –contestó Alex–. Olvidas que viví con muchas familias. Aunque no eran mías, aunque yo no formaba parte de ellas, tengo una idea muy clara de que cada familia es diferente. Algunas de esas familias eran cálidas y maravillosas, y me dolió dejarlas. Algunas celebraban hermosas cenas todas las noches, y se sentaban y hablaban sobre su día, incluso me preguntaban por el mío. Algunas eran todo resentimiento silencioso, o todos en la casa se esforzaban por apaciguar al miembro de la familia que tenía mal genio. Tengo la impresión de que viviste en una casa donde tú eras la que se contorsionaba alrededor de todos los demás.

–Sí. –Ella suspiró–. No me di cuenta de cuánto lo hacía hasta los trece años. Una amiga vino a casa y me dijo que actuaba de forma muy diferente con mi familia, rara, como un robot. No se equivocaba. Para poder lidiar con ellos, aprendí a limar todas las aristas de mis sentimientos y a centrarme exclusivamente en los suyos.

–¿Tus padres eran violentos contigo?

–No. Solo gritaban o… ya oíste a mi madre. Soy del montón. Para ella es una conversación normal. Pero si la enfadas… todos los pensamientos venenosos que haya tenido sobre ti salen de su boca. Y por mucho que intente decirme a mí misma que es solo ella, que no tiene nada que ver conmigo, me duele. Es una mujer amargada e infeliz. Mi padre es un hombre pequeño y enfadado que necesita constantemente que todo el mundo le diga lo importante que es. Mis hermanos aprendieron a sacar provecho de esa situación. Y yo solo quería alejarme de ella, que todo fuera lo más tranquilo posible. Superar mi infancia y salir adelante por mí misma.

–Y lo hiciste.

–Lo hice. Fui a la universidad, vine a Grecia.

–Fuiste a la universidad, pero nunca saliste con nadie.

–No. –Verity sacudió la cabeza–. Soy muy protectora conmigo misma. Por eso me enfadé tanto contigo anoche. Hui de todos estos

resentimientos.

–No lo sabía.

–Lo sé. Porque soy muy protectora conmigo misma. –Ella rio–. Me protegí hasta llegar a esta situación. –Respiró hondo–. Pero sí que me enfadé contigo. No sé si estar orgullosa de mí misma o no. No sé si eso me hace parecerme a mis padres o si… finalmente me permití sentir toda la ira que no se me permitía sentir en esa casa llena de gente que lo centraba todo en ellos mismos.

–No hay nada malo en enfadarse –aseguró Alex–. Si lo hubiera, toda mi vida sería un problema –rio–. Y quizás lo sea. Pero creo que, mientras no utilices tu enfado para hacer daño a otras personas, no hay nada intrínsecamente malo en ello. De todos modos, me lo merezco.

–No puedo discutirlo. –Verity tomó un *croissant* de la bandeja, y él lo sintió como una victoria.

–¿Estás completamente enfadada conmigo?

–¿Qué quieres decir con eso? –Ella arrugó la nariz.

–Me refiero a que te has despertado muy enfadada. ¿Es solo eso…? –Sus miradas se cruzaron y él sintió el deseo apoderarse de él. Era una experiencia tan nueva, haberse acostado con una mujer a la que conocía tan bien.

Verity argumentaba que él no la conocía, al menos antes de la noche anterior, pero, en el contexto de su vida, la conocía mejor que a casi cualquier otra persona.

Por tanto, no era solo deseo, sino un extraño y feroz sentimiento de ternura que le resultaba completamente ajeno.

–¿Quieres saber si disfruté de lo que hicimos anoche?

–Necesito saberlo.

–¿No te diste cuenta?

–Físicamente, puedo decir que sí, pero esta mañana estás molesta. Quiero saber si te arrepientes.

–No. –Ella bajó la mirada–. Fue un regalo para mí misma. Porque te deseaba, siempre te he deseado.

Alex se sintió invadido por una profunda e intensa satisfacción.

–No estés tan satisfecho contigo mismo. –Ella entornó la mirada.

–¿Parezco satisfecho conmigo mismo?

–Sí. Todavía estoy un poco enfadada contigo.

–Pero tú me deseabas.

Verity apartó la mirada. Y él deseó algo para lo que no tenía nombre. Quería volver a sentirse conectado con ella. Como la noche anterior, cuando habían hecho el amor.

Alex apoyó la rodilla en el colchón, se inclinó y le acarició la mejilla con la mano. Ella no se apartó de él, así que le besó suavemente los labios.

–Alex –susurró ella, abrazándose a él.

–Muy bien –susurró él mientras Verity se arqueaba contra su cuerpo.

Él sabía que a ella le gustaba eso. Ansiaba sus elogios, y él quería dárselos. Nada ni nadie había sido nunca suyo. Y ella podía serlo. Su perfecta y hermosa esposa podía pertenecerle.

La idea era embriagadora. Verity podía ser su pareja perfecta, adorada y protegida por él. Quería darle todo lo que ella deseara, colmarla de joyas y vestidos de diseño, proporcionarle comida y un hermoso hogar y llevarla de viaje a cualquier lugar del mundo al que quisiera ir.

Nunca había tenido a nadie que cuidara de él, pero tampoco había tenido nunca a nadie a quien cuidar, y la idea de que Verity fuera suya de esa manera era…

La quería. La necesitaba. La deseaba como una droga en su organismo.

Nunca había deseado así a otra persona. El sexo siempre había sido algo práctico, como le había dicho a Verity. Algo así como tener hambre y asegurarse de poder saciarla.

Pero nunca había tenido un componente emocional, hasta entonces… y se estaba ahogando en él.

Apartó las sábanas, le quitó el café de la mano y dejó la taza en la mesita de noche.

Luego se desnudó y le besó los labios, el cuello, bajó por la hermosa curva de sus pechos, por su vientre, hasta los rizos entre sus piernas.

Era adictiva. Increíble. Nunca se cansaría de aquello, estaba seguro. Lo había cambiado interiormente a un nivel que no sabía

que existía. Y quería más. Anhelaba más.

La lamió hasta hacerle gritar su nombre. Le besó la parte interna del muslo, se apartó de ella y le agarró la barbilla, inclinando su cara hacia él.

–Quiero que hagas lo mismo por mí.

–No sé cómo hacerlo. –Verity bajó la mirada, recatada, hermosa.

–No necesito que seas hábil. Solo que seas tú misma. Te deseo a ti, no quiero un placer genérico. Tú, tu boca, tu cuerpo, eso es lo que quiero. Serás perfecta, porque eres perfecta para mí.

Él observó sus mejillas teñirse de color, el placer al invadirla. A ella no solo le encantaba que él la elogiara, también la excitaba. Y eso le hacía querer darle más. Siempre.

Le acarició la mejilla y la soltó. Ella se colocó encima, con los labios apretados contra su miembro.

Él gimió y echó la cabeza hacia atrás mientras ella comenzaba a darle placer con sus torpes caricias. A él le encantaba. Le encantaba sentir que ella estaba aprendiendo con él, que estaba encontrando su camino con él. Que era suya.

No sabía que la conexión pudiera mejorar el sexo. Que ese profundo anhelo de aferrarse a una pareja y cuidarla en todos los sentidos, darle placer, envolverla en mantas, darle buena comida, sería lo máximo en satisfacción. Pero lo era.

Su Verity. Su Grillo. Suya.

Ella le dio placer hasta que él la apartó, porque no podía dejar que terminara así.

–¿No te he complacido?

–Sí –contestó él, presionando su pulgar contra los labios de ella–. Fuiste perfecta. Demasiado buena. No quiero terminar así. Algún día lo haré. Y tú te tragarás todo mi ser, ¿verdad?

–Por supuesto que lo haré. –Verity se ruborizó.

–Sé que lo harás, porque eres muy buena para mí. Pero ahora necesito estar dentro de ti. Necesito sentirte a mi alrededor. ¿Lo entiendes?

Ella asintió, recostándose en la cama y arqueando el cuerpo, una invitación que él no rechazó.

–Estás tan estrecha y húmeda –gruñó él, colocándose–. Eres perfecta para mí. Y solo mía. ¿Sabes lo mucho que me complace eso?

–Sí. –Verity asintió–. Creo que te he estado esperando.

En cuanto él lo oyó, perdió el control. Se introdujo en ella, y la cálida bienvenida de su cuerpo llevándolo al límite. Apretó los dientes y luchó por recuperar el control.

Pero no lo consiguió, de modo que se rindió. A ella, a eso. A lo inevitable.

Nunca la dejaría marchar. Nunca. Ella era suya. Suya.

Su buena chica. Su esposa. Su todo.

No había nadie más. Nada más.

Había encontrado un vínculo, una conexión. En ese momento, en ese sentimiento, supo lo que era estar unido a otra persona. Tener verdaderamente a otra persona sin la que no se imaginaba vivir, sin la que no podía respirar.

Demasiado pronto, el placer se apoderó de él. Demasiado pronto, perdió el control.

–Córrete para mí, preciosa –le pidió.

Estaba desesperado por que ella le devolviera el placer, y ella lo hizo, cabalgando hasta alcanzar el orgasmo, empujándolo hacia el suyo.

Alex se aferró a la sensación. A la certeza. Pero todo se desvaneció junto con el placer y, cuando terminó, volvió a ser solo Alex. Y ella Verity. Había perdido la conexión.

Se incorporó, respirando con dificultad, sudoroso. Sentía como si bajara de un subidón. Era brutal.

–No voy a poder resistirme a ti.

–Pareces enfadado por ello. –Verity se apartó de él.

Alex se arrepintió de cómo había hablado. Aún estaba aturdido, mareado. Todavía luchaba con la forma en que las cosas habían cambiado.

–¿Qué será de nosotros en los próximos seis meses?

–Claro. Porque sigue tratándose de… eso, ¿no? –Ella lo miró impasible–. De tu negocio.

–Mi objetivo no ha cambiado –aseguró él. Y, sin embargo, sabía que no era tan sencillo.

Su objetivo no había cambiado, pero él sí. Había cambiado lo que quería, cómo veía el futuro. Con ella había sentido algo que no sabía que fuera posible, y no quería renunciar a ello. Nunca.

–No, claro que no –respondió ella.

–Mi objetivo no ha cambiado, pero mi visión de este matrimonio sí. Tú no querías casarte, lo entiendo. Pero anoche descubriste que puedes enfadarte conmigo. No te obligaré a cambiar para mantener la paz. Y yo… Verity… ¿y si pudiéramos tener una familia? ¿Y si pudiéramos ser uno?

–No lo entiendo.

Quizás no tuviera sentido y él no sabía cómo explicarlo, porque no sabía cómo hacerlo. Porque no se le daba tan bien relacionarse con las personas como se le daba bien todo lo demás.

–Este matrimonio. ¿Y si lo convirtiéramos en algo real?

Capítulo 11

Al despertar por la mañana, Verity tuvo que obligarse a enfadarse. Sentía que su orgullo le exigía encontrar un poco de indignación y dirigirla contra él, en lugar de dejarle ver que estaba físicamente saciada y lista para acurrucarse en su regazo y ronronear como una gatita.

Así que había sacado a relucir lo indignante que era todo aquello, recurriendo a la ira que la había llevado a su cama la noche anterior. Pero él había respondido con vulnerabilidad, y para eso ella no tenía defensa.

Luego la había besado, y toda su ira se había disuelto en una bruma de lavanda. Su tacto, las cosas que le decía, las cosas que le exigía, era como si hubiera metido la mano en su interior y hubiera tomado los hilos dorados de sus fantasías más profundas convirtiéndolas en una gloriosa realidad.

Parecía conocer su cuerpo mejor que ella misma. Y de repente…

Le estaba proponiendo un matrimonio real, cuando ambos aún respiraban con dificultad por el placer que habían encontrado juntos. Cuando ella todavía estaba mareada por su necesidad de él.

–¿Un matrimonio de verdad?

–Sí. Antes de acostarnos juntos era un acuerdo comercial.

Ella quiso enfadarse, minimizar el significado de lo que había pasado entre ellos la noche anterior. Igual que había intentado hacer cuando él había sacado el tema de su virginidad. No quería mostrarse vulnerable. No quería dar credibilidad a que le importaba que él fuera el primero.

Pero la verdad era que sí importaba. La verdad era que acostarse con él lo había cambiado todo.

Ella no quería admitirlo, aunque daba igual si lo admitía o no. Incluso Alex lo veía claramente.

Él le había contado cosas sobre sí mismo. No solo detalles de su infancia, sino también cómo le había hecho sentir. La imagen de él como un niño pequeño en un aula con otros niños de cinco años, dándose cuenta de que todos ellos volvían a casa con los mismos padres cada noche, mientras que él cambiaba según los caprichos del sistema, era realmente desgarradora. No podía mostrarse tan indignada como querría con esa imagen en su mente.

Pero un matrimonio de verdad…

Verity intentó invocar parte del horror que solía sentir cuando pensaba en el matrimonio. Familia. La silenciosa desesperación de los suburbios.

Pero Alex no era un tipo de los suburbios. Era tan imposible que viviera en un lugar así, como que volara a la luna. De hecho, era mucho más probable que volara a la luna. Al fin y al cabo, era multimillonario y podía permitirse viajar al espacio. ¿Normalidad? No tanto.

Así que, en ese momento y lugar, ella no tenía por qué preocuparse por eso. La imagen de la vida con él era… bueno, era diferente. Diferente de las ideas genéricas que había tenido sobre la vida matrimonial cada vez que se había tomado el tiempo de pensar en ellas.

Y quizá en parte se debía a que ya había sobrevivido a la boda. Su familia estaba allí y no se había producido ningún cataclismo. Así que ya había superado una de las peores partes del matrimonio.

«¿Estás loca?».

Tal vez. Tal vez no. ¿Cuál era la alternativa? La alternativa era que los dos se separarían en seis meses como si nada hubiera pasado. Y ella seguiría viviendo esa vida independiente que siempre había pensado que quería.

Los recuerdos de la noche anterior, de lo que acababa de pasar, hacían que su corazón latiera más rápido y que su cuerpo se sintiera débil. ¿Iba a marcharse cuando todo terminara renunciando a sentir… eso?

–Seis meses –le recordó ella.

–¿Qué?

–Tomaremos la decisión en seis meses, como íbamos a hacer, en función de lo bien que funcionara el matrimonio hacia fuera. Solo que también evaluaremos lo bien que funciona… hacia dentro. –Verity parpadeó y notó que le escocían los ojos–. La verdad es que no me conozco. Estoy dispuesta a aceptar la idea de que mi vida sea diferente de lo que pensaba. Pero tú no estás locamente enamorado de mí. No sugieres que sigamos juntos por eso.

–Tú tampoco estás locamente enamorada de mí.

El comentario de ella y la respuesta de él fueron como flechas que silbaron al pasar, pero sin dar en el blanco. Aunque peligrosas de todos modos.

–Pero no hablamos de eso, ¿verdad? Me contrataste porque querías probar algo que no sabes cómo conseguir. Querías probar la amistad. Y yo te la di. Ahora quieres ver cómo sería tener una familia. Yo sé lo que es tener una familia y, para mí, no es algo feliz ni cálido. Entre nosotros, tal vez exista el potencial. Pero es lo único de lo que estamos hablando. Hablamos de hacer planes, de establecer nuestras condiciones, no de lanzarnos de cabeza a una aventura.

–¿Dices eso después de lo que pasó anoche?

–¿Por eso me pides que siga casada contigo? ¿Quieres más sexo? ¿Y si tuviera sexo contigo sin importar nada más?

Ella estaría dispuesta a hacerlo. Sabía que no tenía el autocontrol necesario para mantenerse alejada de él. Aunque fuera lo más inteligente. Aunque fuera lo más prudente.

–Aun así, querría más.

–¿Por qué?

Era casi como si ella lo hubiera agarrado por el cuello. Alex parecía consternado. Parecía no saber la respuesta, y Verity se dio cuenta en ese momento de que nunca lo había visto tan inseguro.

–Porque, cuando pienso en lo que hay al otro lado, ya no me satisface la idea de simplemente alcanzar un mayor éxito financiero. Yo… me engañé a mí mismo pensando que era lo que buscaba. Pero no. Me falta algo, en mi vida, en mi futuro. No puedo comprarlo, Verity, y no tienes ni idea de lo mucho que… duele. Porque nunca

quise volver a sentirme indefenso. Tú me haces sentir más conectado con una parte de mí mismo que nunca antes había tocado. Quizás seamos amigos.

Amigos.

O sea que, después de haber estado dentro de ella, eran amigos.

Alex lo había hecho. Le había clavado un cuchillo entre las costillas, alcanzándola donde era más vulnerable.

Lo cierto era que, si él hubiera intentado profesarle un amor salvaje y repentino, ella nunca le habría creído. Se habría reído de él, lo habría acusado de manipularla.

Sin embargo, la amistad y la oportunidad de satisfacer a Alex le resultaban atractivas como no podía expresar con palabras. Llamaban a la soledad que había en ella. Quizás por eso tenía sentido para ambos. Los dos estaban básicamente solos, ¿no era obvio? Ella había aceptado un trabajo que la obligaba a ceder su hora del almuerzo al jefe. Solo se hacía eso cuando no se tenía a nadie más con quien compartir esa hora. Así que tal vez no se trataba de amor.

Quizá solo era química mezclada con el profundo deseo de ambos de no sentirse tan solos. Ella había dedicado su vida a protegerse. Pero esa protección solo había construido un muro a su alrededor que la había dejado aislada. Tal vez esa era su oportunidad para derribarlo.

–Seis meses –repitió ella–. Después veremos cómo nos sentimos ambos al respecto.

–¿Y vivirás conmigo como mi esposa hasta entonces?

–Sí. Aunque creo que tenemos que definir eso.

–Renunciando a todos los demás. Entregándote a mí.

–Sí. –Verity asintió–. Y tú tendrás que hacer lo mismo.

–Sin problema.

Las aventuras que él hubiera tenido en el pasado eran prácticamente desconocidas. Nunca alardeaba de ello, por eso era fácil creerle. Algún día le preguntaría sobre eso. Cómo fue su primera vez, cómo se tomaba el sexo, las amantes y todo eso. Necesitaba preguntarle tantas cosas. Porque en realidad no se conocían.

Sí había una apariencia de conocimiento, que era muy buena, pero no dejaba de ser una apariencia.

–Todas las reglas que teníamos cuando trabajábamos juntos ya no pueden mantenerse. Todos los temas deben estar abiertos a conversación. De lo contrario, no podremos conocernos.

–Parece razonable –contestó él.

–Pero no te gusta.

–No me gusta mi pasado. Pero he compartido más contigo que con nadie y responderé a cualquier pregunta que tengas.

Aunque no compartiría libremente. Quizás no era justo esperar que, sin más, empezara a hablar de cosas que siempre había mantenido en secreto. Ella no podía exigirle todo de golpe. Igual que no podía exigírselo a sí misma. Tenía que pasar los siguientes seis meses no solo conociéndolo a él, sino también conociéndose a sí misma. Ambos iban a tener que mostrarse vulnerables.

Una parte secreta y romántica de ella lo había anhelado. Y le parecía muy peligroso. El impulso de idealizarlo, de que lo había conocido y que aquello era inevitable, independientemente de lo que ambos hubieran planeado para sus vidas. Que se verían envueltos en algo más grande que ellos mismos, más grande que todo.

No. Debía ser sincera, como lo había sido Alex. Él podría entenderlo, incluso desearlo, pero no sería la profunda conexión amorosa que otras personas buscaban en el matrimonio. Y tal vez eso lo hacía más seguro. Podrían tener límites, y discusiones. Sería como trabajar juntos. Tendrían funciones claras, hablarían las cosas y sería…

Verity se imaginó con un bebé en brazos. La imagen era visceral y cruda, algo en lo que nunca se había permitido pensar. Su decisión de no formar una familia incluía a los hijos.

Pero ¿y si pudieran tener un bebé? Parte de él y parte de ella. Una hermosa conexión que tal vez Alex sentiría. Pero, ¿y si él no la sentía?

Verity sí la sentiría. Tenía dos padres que no se preocupaban por ella. Si su bebé tuviera uno que lo amara con todo su corazón, le iría mucho mejor que a ella. Y Alex lo intentaría. Lo sabía.

Por un momento, vio una imagen de Alex al otro lado de una mampara de cristal, mirándola a ella y al bebé. Era trágico. Esperaba que ese no fuera su futuro. Pero lo único que sabía era protegerse a sí misma, evitar cosas como esa, evitar desear demasiado para mantenerse a salvo. No podía planear todo eso. No podía prever todos los resultados posibles. Aunque tal vez podría tener esperanza. Quizás eso no sería tan malo.

–¿Tu familia sigue aquí?

–Pues no lo sé, porque no planeé nada de esto. Y sabes que no he mirado mi teléfono ni una sola vez desde anoche.

–Discúlpame. Averigua dónde están y que se vayan. Así tú y yo podremos irnos de luna de miel.

–¿Luna de miel? ¿A dónde?

–Donde tú quieras, Verity. Porque este matrimonio antes iba de mí, de mi empresa y de lo que tú obtendrías cuando terminara. Pero ahora va de nosotros. Y por eso quiero que seas feliz. Quiero que quieras estar conmigo.

Por un instante, ella pensó que aquello era demasiado bueno para ser verdad. Pero Alex y ella ya habían vivido vidas demasiado trágicas. ¿Por qué no podían tener eso en su lugar?

Era un gran paso, uno aterrador. Pero la alternativa era volver atrás y, de alguna manera, después de todo, sabía que eso era imposible. Así que tendría que seguir adelante.

Quizás esa sería la clave para encontrarse a sí misma. Quizás podría arreglar a Alex.

Capítulo 12

Ella había aceptado. Alex se sentía triunfal. Desde que ella había dicho que sí hasta que el avión había aterrizado en la isla privada del Caribe donde pasarían la luna de miel.

Había comprado la isla unos años antes, pero nunca había estado allí, y le parecía el lugar perfecto para intentar convertirse en alguien diferente.

Verity reaccionó a la belleza del lugar tal y como él esperaba. Cuando bajaron del avión y miró a su alrededor, al agua cristalina y tranquila, la arena blanca y las flores de color rosa brillante que salpicaban los arbustos, su rostro se iluminó de alegría.

La villa sobre el agua había sido abastecida para su estancia y, mientras caminaban por la pasarela que los llevaba a su alojamiento, no fue la vista lo que más cautivó a Alex. Fue Verity.

La oportunidad de darle eso, ver su rostro mientras contemplaba cada detalle a su alrededor.

Verla sonreír cuando la brisa le agitó el pelo, cómo se quedó boquiabierta cuando él abrió la puerta principal de la villa y entraron a una amplia sala de estar con techo abovedado. Había una pequeña zona de cocina con brillantes encimeras negras y un cuenco de fruta colocado en el centro.

–Es el lugar más bonito que he visto nunca. –Ella dio una vuelta por al salón, pasando luego al dormitorio, antes de volver a salir–. Y esta es la cama más grande que he visto nunca. –Sus mejillas se sonrojaron al instante.

–Perfecto para nuestros propósitos –observó él.

Alex abrió la nevera, donde encontró bandejas envueltas con fruta cortada, embutidos y quesos y una botella de champán. Empezó a

sacarlo todo y llenó dos copas.

–¿Por qué no sales a la terraza? En el dormitorio debería haber ropa adecuada para ti.

Verity lo miró intrigada antes de desaparecer en el dormitorio. Mientras, él se tomó su tiempo para preparar las bandejas, salió a la amplia terraza y se dirigió a las tumbonas. Colocó las bandejas de comida y las copas de champán en una mesa entre dos tumbonas, y entonces apareció Verity, vestida con… nada.

Él pensó que su corazón se le saldría del pecho.

–Hay cosas muy bonitas ahí dentro –dijo ella–. Pero he pensado que como es una isla privada…

–Me gusta mucho tu forma de pensar.

Ella sonrió y se sentó en la tumbona.

Alex sabía que lo estaba provocando, porque ella iba a beber el champán y comer los aperitivos. Y él quería que fuera feliz. Sin embargo, estaba excitado y le costaba concentrarse en la comida.

–Esto es realmente precioso.

–Lo sé –contestó él, sin apartar los ojos de Verity.

–¿Alguna vez habías hecho algo así antes? Quiero decir, con alguien más.

–No. ¿De verdad quieres saber sobre mis amantes anteriores?

–Sí y no. Tengo curiosidad por saber hasta qué punto esto es… rutinario para ti.

–No lo es –respondió él–. Ya te dije que puedo tener sexo sin romance. Lo hago todo el tiempo.

–¿Cuánto tiempo es todo el tiempo?

–No hagas preguntas cuyas respuestas no quieres saber, Grillo.

–Ah. Vuelvo a ser Grillo.

–¿Te molesta?

–No. Me gusta. Porque solo tú me llamas así. Pero también me gusta cuando me llamas por mi nombre. Porque nunca lo hacías, así que cuando empezaste a hacerlo me pareció especial. Quizás por eso te hago estas preguntas. Esto me parece especial. Quiero creer que lo es.

–Eres la única mujer con la que me he casado. No me estaba protegiendo, no como tú. No tenía miedo de encariñarme

accidentalmente con alguien con quien no quería atarme, o de que alguien me hiciera daño. Nunca lo he tenido. Mi primera relación sexual fue una de las experiencias más decepcionantes de mi vida.

–¿Por qué? –Ella se incorporó, desnuda y con una copa de champán en la mano, distrayendo a Alex de los inquietantes sentimientos que surgían en su interior.

–Pensé… pensé que sentiría algo. Se supone que debe ser así. La primera vez se supone que debe significar algo, importar algo. Yo no sentí nada. Si acaso, me sentí más solo que nunca. Como si estuviera acostado junto a una extraña, como si yo lo fuera también. –Alex intentó sonreír–. Supongo que así es cuando te acuestas con un extraño. Se siente exactamente como lo que es.

–¿Cuántos años tenías?

–Veintiuno. No me acosté con una mujer hasta que tuve un lugar bonito donde llevarla. Hasta que tuve algo de dinero para poder llevarla a un hotel bonito. Lo disfracé de algo que parecía romántico, y pensé que tal vez lo sentiría. No fue así. Ese fue el día en que supe que estaba realmente roto. Me despedí de ella y al poco tiempo ya había olvidado su rostro.

Verity se levantó, se sentó en la tumbona de él, acurrucándose a su lado, y lo abrazó, un gesto tan inusual, tan extraño para él, que casi no supo qué le estaba haciendo. Abrazándolo. Lo estaba abrazando.

–Qué triste –susurró ella–. Y lo siento.

–¿Me estás abrazando?

–Sí. Porque alguien debería hacerlo.

¿Era eso cierto? ¿Se merecía él esas cosas, esos sencillos gestos, esas conexiones, cuando no sabía cómo devolverlas? O tal vez ella quería decir que debería haberlas tenido desde el principio, porque entonces quizás no sería como era. Eso lo podía entender.

–Para responder a tu pregunta –Alex no sabía cómo continuar la conversación sobre los abrazos–, nunca he traído a nadie a un lugar como este. Nunca he pasado tiempo con una amante. Nunca he tenido una relación, y sospecho que esto lo es.

–¿Lo es? –Verity frotó su nariz contra el cuello de él.

–Lo sospecho.

–Eres muy gracioso, Alex.

–No es a propósito.

–Lo sé.

Permanecieron sentados así durante largo rato. Era increíble desearla, pero también poder sentarse con ella. En silencio o de cualquier otra forma.

–Creo –susurró ella finalmente– que quizá te estés protegiendo más de lo que crees.

–¿En qué sentido?

–Al no intentar nunca tener relaciones.

–¿Por qué intentar algo si creo que fracasaría inevitablemente?

–Lo estás intentando conmigo.

Cierto. Lo estaba intentando. Excepto que… ella lo entendía. Entendía que él quizá no fuera capaz de darle lo que la mayoría de los hombres sí podían.

–Pero sabes –de repente Alex quería oírla decirlo–, sabes quién soy, cómo soy. Sabes que quizá no sea capaz de darte algo parecido a lo que se siente en cualquier otra relación.

–No sé cómo son las demás relaciones. Supongo que eso es bueno, ¿no? No sé qué se siente al estar con otra persona. Antes de conocerte, nunca quise estar con alguien. Cuando dije que no me conocía a mí misma, lo que quise decir fue que… admitir que te deseaba fue una sorpresa.

–¿Qué?

–Nunca deseé a Stavros. Era seguro. Me impuse unas reglas. Antes de irme a la universidad, me prometí que nunca me involucraría con un hombre que me hiciera perder la cabeza. Nunca quise a nadie que fuera intenso, a quien sintiera que tenía que controlar o… ya sabes cómo es mi familia. Así que me dije a mí misma que, si iba a salir con alguien, sería con alguien a quien pudiera controlar. Luego acepté este trabajo, y tú, definitivamente, no eras alguien a quien pudiera controlar. Que Stavros estuviera en el mismo edificio era conveniente. Es guapo, no es exigente. Sonríe todo el tiempo. Podía distraerme mirándolo y satisfacer esa necesidad superficial de entretenerme con alguien. Para no tener que admitir que te deseaba a ti.

–¿Me deseabas?

–Sí. Desde el principio. Por eso tardé dos años en decidir hablar con Stavros. En realidad, no quería salir con él. No lo deseaba realmente. Había llegado a un punto en el que pensaba que quizá tendría que hacerlo, y quizá lo habría hecho. Pero lo dudo. Estar contigo… ni siquiera tuve que pensarlo ni cuestionarlo. Era lo correcto. Era lo que quería. Por eso estoy aquí. Es fácil para mí decir que me obligaste a hacerlo. Incluso cómodo. –Ella sonrió–. Pero en realidad no estoy siendo torturada, ¿verdad?

–Puede que cambies de opinión después de pasar varios días conmigo.

–Quizás. –Ella se rio–. Quizás trato de entender todas las cosas que he estado evitando, reprimiendo. Definitivamente, me enseñaste algo sobre mí misma cuando…

–Te gusta cuando te elogio.

–Sí. Supongo que no hace falta ser psicólogo para entender por qué. Durante mucho tiempo sentí que no era suficientemente buena, ni inteligente, ni nada. Es una de las razones por las que disfrutaba tanto trabajando para ti. Porque eres muy exigente. Todas las cosas que a los demás no les gustan de ti, yo… –Verity se interrumpió–. Lo siento. Supongo que no debería decirlo así.

–No me ofende que no le guste a la gente. Nunca he intentado caer bien.

Alex nunca había intentado gustarle a nadie. Nunca había intentado tener una relación. ¿Y si eso fuera una forma de autoprotección? ¿Y si Verity había dicho una gran verdad?

No. Había intentado sentir algo. Había momentos en su vida en los que lo había deseado desesperadamente. Pero los sentimientos nunca habían estado ahí. Sería una fantasía conveniente decirse a sí mismo que siempre había sido autoprotección. En cierto modo, le haría sentir mejor. Pero les daría a ambos falsas esperanzas.

–Y entonces tuviste que hacerlo. Por la empresa.

–Sí. Siempre he considerado mi empresa como mi legado. Siempre pensé que no tendría hijos, así que eso sería lo que quedaría de mí. ¿Lo entiendes?

–¿Y ahora qué opinas de los hijos? –Ella asintió–. Hipotéticamente. Si siguiéramos casados.

La idea lo fascinaba y aterrorizaba. Le hacía sentir como si estuviera al borde de un precipicio, pero también al borde de un descubrimiento brillante. Un hijo. Su hijo. Un experimento grandioso y terrible. Quizás la única oportunidad que tendría de amar a alguien o algo de forma instantánea y apasionada. Pero si no conseguía…

–No intentes averiguar si serás bueno en ello. Solo… ¿quieres tener un hijo?

–Sí. Lo quiero. –Alex asintió lentamente.

–Yo también. No pensé que querría, pero ahora me doy cuenta de que sí. Quiero formar una familia según mis propios términos. ¿Te lo imaginas? El poder de tener por fin el control. Puedes tener una familia sin depender de las decisiones que tomen otras personas. Puedo tener una familia, una tan buena como yo la haga. Al elegir evitarlo, cedemos nuestro poder. Ahora me doy cuenta.

Cuando lo decía así, tenía sentido. Estaban cediendo su poder. Y ninguno de los dos volvería a hacerlo, nunca más.

–Acábate el champán. Te necesito.

–Ya lo he terminado.

Alex la tomó en sus brazos y la llevó a esa enorme cama, y le mostró exactamente por qué necesitaban tanto espacio.

Capítulo 13

Después de dos semanas en la isla, Verity había olvidado quién era fuera de ese lugar. Suponía un respiro maravilloso de la realidad, uno que nunca antes había imaginado tomarse. Y era increíble. Durante dos semanas no habían hecho más que comer, hacer el amor, nadar en el océano y volver a hacer el amor. A veces ella le preparaba la comida, otras veces, él se la preparaba a ella. Cenaban en la playa, en la terraza del dormitorio, en la cama.

Si pudiera ser siempre así, todo iría bien. Era una pena que, lejos de allí, tuvieran sus propias vidas. Quizás podría seguir siendo su asistente, aunque fuera su esposa…

Pero solo habían pasado dos semanas de los seis meses. No debía tomar decisiones sobre el futuro tan pronto. Aunque ya habían hablado de tener hijos.

Una parte de ella quería lanzarse, echar sus píldoras anticonceptivas a la basura y decirle que lo quería todo ya mismo.

Sin embargo, tenía la sensación de que su desesperación era más bien un instinto de protección. De convertir eso en permanente. Llegados a ese punto, le aterrorizaba lo que pasaría si lo perdía.

Alex y ella hacían cosas el uno por el otro, y eso le hacía feliz. Cocinar para él le encantaba, porque a él le gustaba. Nunca antes había tenido que cuidar de otra persona, y había algo profundamente satisfactorio en ello.

Una noche, durante la cena, se dio cuenta de que no sabía una de las cosas más básicas sobre él.

–¿Cuándo es tu cumpleaños?

–¿Por qué? –preguntó él con profunda desconfianza.

–Porque quiero saber cuál es tu signo del zodíaco para poder hacer nuestra carta astral.

–Debes estar bromeando.

–Diría que eres tauro. Pero sí, estoy bromeando.

–No sé qué significa eso, pero… no lo sé con exactitud.

–¿Qué quieres decir con que no lo sabes?

–No tengo un certificado de nacimiento de cuando nací. Tengo uno que rellenó el estado, pero solo puedieron calcular mi edad aproximada. Nunca he celebrado mi cumpleaños en una fecha concreta. Es en abril. Al menos, esa es su mejor estimación.

–Tauro. Probablemente. –Verity intentó sonreír, pero lo que él acababa de decir le dolía. Porque él ni siquiera sabía lo más básico sobre sí mismo. Ella se alegró de no saber quiénes habían sido sus padres, porque querría enfrentarse a ellos. Quería pelear con un estado que le había hecho sentir inútil, que le había hecho sentir que era culpa suya no ser adoptado.

Verity quería prepararle una tarta de cumpleaños, celebrarlo, darle todo lo que nunca había tenido.

–Nunca ha significado nada para mí. Entiendo que esas cosas importan si tienes a alguien con quien celebrarlas.

–No sé. A mí me gusta mi cumpleaños, incluso con la familia que tengo.

–Yo nunca lo he celebrado.

Ella decidió que eso era inaceptable. Por tanto, organizó el envío de algunos regalos a la isla, junto con decoraciones y los ingredientes para una receta que llevaba tiempo queriendo probar.

Y luego estaba la tarta. Lo que más le emocionaba era la tarta. Por supuesto, dada su situación en la isla, no sería precisamente una sorpresa. Además, no estaba segura de que sorprender a Alex fuera lo mejor que pudiera hacer por él. Lo que sí le sorprendió fueron los suministros.

–¿Qué es todo esto? –preguntó Alex mientras ayudaba a organizarlo todo en la cocina.

–He decidido que vas a tener una fiesta de cumpleaños. Te voy a hacer un pastel.

–No es mi cumpleaños.

–No importa. Te has perdido demasiadas celebraciones.

Él la miró como si fuera algo extraño y ajeno, quizá incluso maravilloso. Y ella no pudo negar que eso le provocaba una placentera sensación.

Quería que él admitiera que estaba feliz con ella, que la idea era maravillosa. Pero no lo hizo, aunque tampoco le dijo que no lo hiciera. Se quedó en un lado de la cocina como un animal desterrado, merodeando como si esperara algo.

–¿Qué estás preparando? –preguntó Alex, cruzando la línea que se había marcado a sí mismo.

–Pasta casera y vieiras.

Por su mirada, ella comprendió, reconfortada, que le había gustado la respuesta.

Pero cuando colgó serpentinas por toda la habitación, su expresión cambió a una de total sorpresa.

–¿Qué? –preguntó ella–. No se puede celebrar una fiesta sin serpentinas.

–Yo… no lo sabía.

–Pues ya lo sabes.

Algo cambió en su comportamiento después de eso. A ella le recordaba mucho a cómo era durante el trabajo. La barrera levantada, nada que ver con cómo había estado actuando allí. Pero ella estaba decidida a persistir a pesar de que él actuara de forma extraña.

Si lo pensaba bien, era lógico. No estaba acostumbrado a nada de eso. Él mismo lo había dicho.

El «Feliz cumpleaños» que escribió en la tarta quedó un poco torcido, pero aun así estuvo contenta con el resultado. Era de chocolate y estaría buena, daba igual si no quedaba bonita.

Colocó una vela en el centro, lista para encenderla en cuanto terminaran de cenar.

–Siéntate fuera y yo te serviré.

Alex obedeció, aunque sus movimientos eran robóticos.

Y, cuando ella le sirvió, no se mostró más cordial. Verity se sentó frente a él, con la esperanza de que se soltara. Pero él estaba tenso, aunque no desagradable.

–Ni siquiera te he hecho comer ensalada –observó ella, arrancándole una pequeña sonrisa.

Cuando terminaron de cenar, Verity fue a la cocina, encendió la vela del pastel y regresó. Cantó, aunque mal, y dejó el pastel delante de él.

–Ahora sopla la vela y pide un deseo.

Alex sopló la vela y la miró con expresión atormentada. Luego se levantó, apoyó los antebrazos en la barandilla de la terraza y se quedó mirando, sin ver nada, el agua oscura.

–Alex. ¿Qué te pasa?

–No significa nada para mí –contestó él con voz ronca–. No me importa.

Lo primero que ella sintió fue lástima. En realidad, una enorme dosis de autocompasión, no lástima por él. Había trabajado muy duro, y a él no le importaba. No significaba nada para él que hubiera hecho todo ese esfuerzo, que hubiera pensado en él, que hubiera querido darle algo que él nunca había tenido. No significaba absolutamente nada.

Y entonces, tan repentinamente como había surgido, el sentimiento desapareció. Porque, por supuesto, no era eso lo que él estaba diciendo. No estaba diciendo que no le importara lo que ella había hecho, sino la fiesta en sí. Era su primera fiesta de cumpleaños y no sabía qué sentir.

Porque él no lo entendía. Ya le había explicado lo que significaba la Navidad para él, que no podía sentir lo que estaba seguro que debía sentir porque no le evocaba ningún recuerdo nostálgico. Peor aún, ella sospechaba que todas esas cosas le causaban mucho dolor. Lo admitiera o no. Lo supiera o no. Se había perdido toda una vida. Y ese era el mayor miedo de Alex. Ella ni siquiera lo había pensado. No lo había considerado.

–Quizás esta vez no –sugirió Verity–. Esta ha sido la primera vez. El año que viene, lo recordarás.

–¿Y por qué querría recordar esto? –Él la miró con gesto sombrío–. Todo lo que no puedo ser.

–Entonces… –Ella se sentía desangrar por dentro. Sentía que le había causado dolor, y solo quería arreglarlo–. Entonces hagamos

que el recuerdo este sea…

Verity lo besó con todo lo que tenía, con todo lo que había intentado poner en la fiesta de cumpleaños. Con todo el deseo que tenía dentro. Para ser buena para él. Para ser perfecta para él.

Para ganarse su elogio, para hacerle sentir. Lo quería con todas sus fuerzas. Ser la única que pudiera cambiarlo.

Él la rodeó con sus brazos y le devolvió el beso con la misma desesperación.

–Te necesito –susurró ella–. Te deseo. –Quería encontrar las palabras, algo que le hiciera sentir por ella aunque fuera la mitad de lo que ella sentía por él. Él sabía exactamente qué decirle. Ella no tenía palabras para él–. Te necesito –repitió. Porque era verdad, y lo único que se le ocurría.

Alex la tomó en brazos y la llevó hasta la tumbona, quitándole el vestido de fiesta y gruñendo cuando la vio desnuda bajo la luz de la luna. No era ese gesto dulce que ella intentaba ofrecerle, era otra cosa. Algo intenso, salvaje. Pero era lo que él necesitaba, y ella se lo iba a dar.

Verity siempre había tratado de evitar la intensidad. Había querido pasar por la vida sin vínculos que le costaran caro. Y ese había sido su error.

Porque eso era mucho mejor que estar protegida. Mucho mejor que estar a salvo.

Ella lo deseaba. Todo lo que él era. Todo.

Incluso lo roto y lo aterrador. Las cosas que podían herirla. Alex se hacía daño a sí mismo por su forma de ser. ¿Cómo no iba a hacerle daño a ella a veces? Y ella también se había hecho daño a sí misma por su forma de ser, por todo el tiempo que había pasado negándose a sí misma. Escondiéndose. Pero ya no tenía miedo, ya no. Quizás Alex acabaría haciéndole daño, pero merecía la pena. Lo valía infinitamente. Esa era la diferencia entre él y los padres de ella. La diferencia entre todo lo que podían ser y todo lo que había sido su familia. Verity eligió a Alex.

Pero más que eso, él también le daba cosas. Lo había hecho durante los años que llevaba conociéndolo y lo había hecho mientras habían estado allí, en la isla. La cuidaba. Le daba las palabras que

necesitaba. Quizás fuera mejor en todo eso cuando estaban en la cama, o simplemente lo que le resultaba más fácil.

Él se preocupaba por hacerle sentir bien. No era algo unilateral. Era cariño, lo supiera él o no. Ella quería que él lo entendiera. Era conexión. Quizás era en el único lugar donde él podía sentirlo. Y ella estaría ahí para él de esa manera.

–Soy tuya –susurró–. No tienes que hacer nada para intentar retenerme. Ya estoy aquí. Me casé contigo. Eres mi marido. Soy tuya.

Él se estremeció bajo sus caricias mientras ella se colocaba a horcajadas sobre él en la tumbona, le desabrochaba la camisa y lo sentía endurecerse entre sus muslos.

–Te pertenezco. –Verity lo besó.

Él la agarró por la nuca y tiró con fuerza. Soltó un grito salvaje, y ella lo besó, tragándose el final.

Alex deseaba eso. La deseaba a ella. Buscaba esa conexión que no creía poder sentir, alguna señal externa. Alguna prueba. Su palabra. Su promesa. Ella se la daría. Porque se preocupaba por él. Se preocupaba mucho por él.

Verity apartó ese pensamiento. Lo besó apasionadamente, un voto físico de lo que ya había dicho.

Desnuda a la luz de la luna, le desabrochó los pantalones y lo liberó para colocarse sobre él, meterlo dentro, moviéndose lentamente arriba y abajo, disfrutando de la sensación de tenerlo dentro de ella. La sensación de conexión.

–Conmigo sientes algo –susurró, sin estar segura de si él podía entenderla, de si era coherente.

Pero sabía que era cierto. Ella no era la desconocida con la que él perdió su virginidad, no era una fiesta de cumpleaños.

Alex sentía algo por ella. Se sentía conectado a ella. En ese momento, eran algo. Eran reales.

Ella los llevó a ambos al límite, hasta que él temblaba y sudaba. Hasta que esa horrible mirada vacía desapareció, sustituida por necesidad. Deseo.

Él era suyo. Ella era suya. Era cierto. Sin lugar a dudas.

Aunque a él le costara admitirlo. Aunque en ese momento no pudiera entenderlo.

Alex la agarró por las caderas y tomó el control, empujando dentro de ella, con su fuerza, con la crueldad de cada embestida que la acercaba más al límite.

Y cuando cayeron, cayeron juntos, conectados incluso en el placer.

Ella se tumbó sobre él, con el pelo extendido sobre su pecho como una manta.

–Entonces sentiste algo –dijo ella.

Él la abrazó, pero no contestó. Aun así, ella sabía que era cierto.

Necesitaba creer que era cierto.

Capítulo 14

A Alex no le gustaba que el trabajo interfiriese con su luna de miel. Los informes que le llegaban eran todos positivos: todos los que tenían opinión sobre el tema estaban fascinados con su matrimonio. Algunos pensaban que era una estrategia de relaciones públicas, pero muchos creían que era una novela romántica hecha realidad. Un romance en el lugar de trabajo entre la bella y cálida heroína y el duro y distante héroe. Pero una cosa estaba quedando muy clara: su tiempo lejos del trabajo empezaba a ser excesivo y Verity y él hacían falta en el mundo real.

Se sentía reacio a marcharse, una sensación extraña. Normalmente, su impulso por trabajar era más fuerte que nada. Pero descubrió que quería quedarse allí, razón de más para irse.

Respiró hondo y cruzó la cocina, evitando pensar en la fallida fiesta de cumpleaños de hacía una semana, pasó por la habitación que compartía con Verity, vacía, y salió fuera. La descubrió en el agua cristalina, nadando como una sirena con su cabello rubio ondeando detrás de ella.

–Esposa –llamó–. Necesito hablar contigo.

Ella nadó hasta él, mirándolo con una sonrisa en los labios.

–Me temo que tenemos que volver.

–¡Oh! –exclamó ella decepcionada.

Él odiaba decepcionarla. Odiaba hacerle fruncir el ceño. Nunca antes le había importado cómo se sentía otra persona. Era algo muy extraño. A veces, observar a Verity era como observar una parte de sí mismo. Como si ella le hubiera quitado algo esencial y le hubiera dado un nuevo propósito. Ni siquiera estaba seguro de querer recuperarlo.

–Debemos hacerlo. Aunque los titulares sobre nuestro matrimonio han sido positivos, antes del lanzamiento del producto necesitamos que nos vean.

–Por supuesto. –Ella asintió.

–Y así será –concluyó él.

–Dijiste que querías ir a Londres –recordó él unas horas más tarde en el vuelo de vuelta a Atenas.

–Bueno, sí, me gustaría.

–Entonces iremos. Como parte de todo esto.

–Claro. –Verity ladeó la cabeza–. Solo por aparentar.

–Acabamos de disfrutar una luna de miel que no tuvo nada que ver con el mundo exterior.

–Lo sé. Pero es difícil olvidar que, en realidad, esa es la razón por la que nos casamos. –Ella suspiró–. En realidad, fue muy fácil olvidarlo. Durante un tiempo. Y ahora… la realidad nos está golpeando en la cara.

–¿Es así como te sientes?

–Sí. –Verity apretó el puño.

–La realidad no tiene por qué ser algo malo.

–Por mi experiencia, sí lo es.

–Porque en realidad no es una boda de cuento de hadas, es una emboscada secreta de tu familia.

–No quiero parecer grosera ni quejumbrosa, pero eso fue un poco duro.

–Pensaba que ya habíamos superado eso.

–Y lo hemos superado. De vez en cuando. Aunque a veces me enfado un poco.

–Te diré lo que he planeado. Esta noche debemos ser vistos volviendo a nuestra casa de Atenas.

–Aún no me he mudado de mi apartamento. –Ella parpadeó.

–Sí, lo has hecho. Me encargué de todo mientras estábamos en la isla.

–¿Has trasladado todas mis cosas? –A Verity casi se le salieron los ojos de las órbitas.

–Sí –respondió él–. Era un detalle que había que resolver.

–Claro. Toda mi vida era un simple detalle.

–Ese pequeño apartamento no era toda tu vida.

–Supongo que no. –Ella parecía irritada.

–¿Vas a enfurruñarte o me vas a decir por qué te estás poniendo tan difícil?

–Lo que teníamos era realmente especial. Y ahora volvemos a la vida cotidiana. Volvemos al trabajo. Puede funcionar, sé que puede funcionar, pero estoy preocupada.

–Verity, no puedo prometerte que seré un marido perfecto tal y como lo define el mundo. Pero no voy a dejar atrás lo que teníamos en esa isla. –Alex no sabía qué más decir.

–Bueno –ella pareció apaciguarse. Parecía casi feliz–, supongo que podré vivir con eso.

–Eso espero.

–Entonces, ¿cuál es tu plan?

–Mi plan es que nos vean regresar a casa esta noche. Mañana volaremos a Londres, nos alojaremos en mi casa de allí. Luego saldremos a cenar. Después te llevaré a París, donde pasearemos románticamente por los museos.

–Para la galería.

–También para nosotros. ¿No lo disfrutarás?

–Sí –contestó ella–. Lo haré. Estoy decidida a hacerlo –aseguró, aunque no parecía nada contenta.

–Bien.

Cuando el avión aterrizó en Atenas, él sintió aumentar la tensión de Verity.

El trayecto desde el aeropuerto hasta su casa era corto, y él la observó atentamente mientras recorrían las ornamentadas estancias. La arquitectura clásica se mezclaba con el diseño moderno. Si estaba impresionada, no lo demostraba. Más bien parecía perpleja.

–¿Qué te pasa?

–Me siento como una plebeya que va a vivir a un palacio, supongo. Me siento como… en realidad, eso no me importa. No sé vivir con otra persona. Todas mis cosas están aquí, con tus cosas. Vamos a compartir dormitorio. Una vida. Era diferente cuando estábamos en un lugar neutral, pero esta es tu casa. Y yo estoy en

tu casa. ¿Y qué…? ¿Qué puedo hacer para ocupar siquiera un rincón de un lugar como este? He trabajado duro para ser yo misma y…

–Tienes miedo de perderte a ti misma –la interrumpió él.

Porque, por supuesto, así era. Verity se había encogido, se había hecho pequeña e insignificante para complacer a su familia. Y en ese momento se veía a sí misma fundiéndose en su mundo.

–No quiero que te conviertas en otra persona. No lo necesito. Soy lo suficientemente fuerte para valerme por mí mismo, Verity, y creo que tú lo sabes. Pequeño Grillo, quiero que seas mi conciencia. Quiero que me digas qué necesitas. Y quiero que hagas notar tu presencia. Siempre lo he hecho. No te contraté para que te sentaras ahí sin que nadie te viera. Pero eso ya lo sabes.

–Pero tú no sientes apego por nada. Ni por nadie. ¿Qué me mantendrá arraigada a este lugar? ¿Qué te impide reemplazarme? Peor aún, ¿qué me impide intentar transformarme en algo más sencillo?

Alex no podía discutir la tesis de esa pregunta. Sin embargo, no estaba seguro de no poder decir que no sentía apego por ella. Por un momento, dejó que ese pensamiento reposara, madurara y cobrara importancia.

–No es tan sencillo. Te quiero conmigo. Eso lo tengo claro.

–De acuerdo. –La expresión de ella se suavizó–. Entonces me quedaré contigo. –Suspiró prolongadamente–. Lo siento. Has sido maravilloso conmigo durante toda nuestra luna de miel. Nunca has sido cruel, y ya te conozco desde hace dos años. Pero es increíble el peso de los problemas con los padres. Sé que tú no los tenías, pero no es… no es tan diferente, en realidad.

–Lo sé –contestó él–. Yo… obviamente arrastro los problemas de mi infancia. Me han convertido en quien soy. Y en quien no puedo ser. Para ti ni para nadie. Pero he decidido comprometerme contigo. Formar una familia contigo. ¿Entiendes que no es algo que haría a la ligera?

–Sí –susurró ella–. Lo entiendo.

–Bien. Me alegro.

–Es curioso, porque hace unas semanas me parecía razonable actuar delante de todo el mundo. Y ahora me parece demasiado

íntimo.

–No les mostraremos todo.

–Por supuesto.

Alex la tomó en brazos y subió con ella las escaleras, porque no podía soportar ni un momento más el peso de su incertidumbre y tristeza. No estaba seguro de si la conversación había resuelto algo, si le había hecho sentir mejor. No estaba del todo seguro de haber llegado al fondo de lo que le preocupaba. Pero ella le importaba, y quería que fuera feliz. O tal vez solo se preocupaba por sí mismo y quería que su hogar fuera feliz. En cualquier caso, hablar no era la solución en ese momento. Y, cuando la tumbó en su cama, ya no hablaron más.

Y él sintió todo lo que no podía expresar con palabras.

A la mañana siguiente partieron hacia Londres, y Verity repasó con atención las fotos de ellos entrando en su casa en Grecia.

–La gente está realmente… interesada en nosotros.

La noche anterior había estado a punto de sufrir una crisis nerviosa y esa mañana se sentía algo avergonzada. Porque había sufrido un ataque de pánico sin mucho sentido. Suponía que debería sentirse orgullosa de haber podido tenerlo y no preocuparse tanto por lo que él haría o pensaría.

Quería que él admitiera que… se preocupaba por ella. Quería algo más fuerte de lo obtenido.

Pero si ella no estaba dispuesta a decirlo… Aún no era capaz de expresar sus sentimientos con palabras. Y si ella no podía hacerlo, ¿cómo podía esperar que lo hiciera él? No sería justo.

Se sentía expuesta. Los habían arrancado del hermoso Caribe y los habían metido en una pecera. Pero esa era la idea. Toda la relación se suponía que era para aparentar. Molestarse por ello ya no tenía sentido. Era una tontería. Incluso infantil. Sí. Era infantil.

Verity tragó saliva nerviosamente, tratando de ignorar la emoción que sentía en el centro del pecho. Y tratando de sentir algo de entusiasmo por Londres.

–Claro que la gente está interesada –contestó Alex–. Porque nunca me había encariñado con nadie.

–Supongo que esa es la cuestión. La gente está interesada en ti. Yo soy solo un accesorio.

–Es importante. Si fueras una mujer con aspecto corporativo, no serías adecuada para el papel.

La palabra «papel» sonaba degradante.

–Sí. Por supuesto. Fue una buena decisión de *casting*. Elegir a una chica bohemia y *hippie*.

–Yo no te llamaría así.

–Porque nunca me has visto con mi ropa.

–Claro que sí. –Él ladeó la cabeza y la miró perplejo–. Te he visto en el trabajo todos los días durante los últimos dos años.

–Esa es mi ropa de trabajo.

–Pero luego te vi en nuestra luna de miel.

–Casi desnuda y, cuando no, con ropa que me elegiste tú. O, mejor dicho, tus empleados.

–¿Qué sueles llevar puesto?

–Muchas pulseras, faldas largas.

–Vi a tu familia. Eran agresivamente…

–¿De tienda de nivel medio?

–Bueno. Sí.

–Cuando era más joven, quería encontrar mi forma de ser yo misma. Pequeñas cosas, pero auténticas, especialmente porque siempre estaba reprimiéndome para hacer felices a los demás.

–Quiero ver esas cosas. Quiero ver esa parte de ti. –Los ojos de Alex brillaban de sinceridad, y ella se sintió reconfortada. Renovada.

–Entonces, las verás.

Siempre era agradable cuando encontraba la manera de hablar con él. Podía soltarle toda la información, claro, igual que él hacía con ella cuando hablaban de sus pasados, pero era emocionante descubrir ese tipo de cosas. Pequeñas cosas que aún no sabían el uno del otro, a pesar de haber sido tan íntimos.

Aún quedaban muchas cosas por descubrir. Y, cada vez que lo hacía, él parecía feliz. Parecía que le importaba. Nadie más en su vida lo había hecho nunca.

Cuando el avión aterrizó en Londres, lo primero que hicieron fue ir a su casa. Ella se dio cuenta de que tenía la oportunidad que había perdido en Atenas porque había estado demasiado ocupada sintiendo miedo. Porque se había dejado llevar por la preocupación de lo que significaba para ellos estar en el punto de mira. Pero allí estaba, en una casa que había sido decorada especialmente para Alex. Eso significaba que podía conocerlo de una manera diferente.

Le parecía increíble haberse casado con ese hombre y no haber estado nunca en su casa.

Atravesó el vestíbulo, entró directamente en la cocina y abrió un armario al azar.

–¿Qué estás haciendo?

–Buscando café. Té. Pequeñas cosas sobre ti. Nunca había husmeado en ninguna de tus casas.

–Hemos estado en mi villa sobre el agua.

–Sí bueno, pero no. Porque tú mismo dijiste que nunca habías estado allí. La compraste sin verla.

–Rara vez paso tiempo aquí.

–¿Qué te gusta?

–Café. Té no.

–De acuerdo. ¿Qué más?

–Tenemos una reserva para cenar y deberías vestirte.

–¿A qué hora?

–Pronto.

–Muy bien. –Verity frunció el ceño, irritada–. ¿Tengo tiempo para salir a comprarme algo?

–Yo… ¿Por qué?

–Dijiste que querías verme. Mis gustos. Quién soy fuera de la oficina, quién era antes de venir aquí. Quiero que me conozcas.

–No tenemos tiempo esta noche. Y, además, esto es para las cámaras, no es para nosotros.

Ella se sintió como si le hubieran dado un manotazo. Como si hubiera encontrado su límite. Sabía que era una tontería enfadarse por eso, pero se sintió desanimada.

–Oh…

–¿Por qué me miras así?

–Dijiste que querías ver mi ropa. Dijiste que querías verme. Pero, en realidad, no es así, ¿verdad?

–Sí, pero esta noche actuamos ante las cámaras. Llevaré traje y corbata, independientemente de lo que llevaría si estuviéramos juntos en una isla.

–De acuerdo. Lo siento. Es una tontería. Estoy siendo demasiado sensible. Me noto demasiado sensible desde que regresamos.

–Ya. No quería decir nada.

Ella chasqueó la lengua y subió la escalera sin preguntarle dónde estaba el dormitorio. Tenía la sensación de que podía adivinar su ubicación fácilmente. Sin embargo, él la siguió.

–Si sabes que eres hipersensible, ¿por qué estás siendo hipersensible?

Verity se volvió. Él estaba de pie en la puerta, increíblemente masculino, y ella tuvo la repentina revelación de por qué nunca había tenido una relación en toda su vida. Porque eso era exactamente de lo que se quejaban las mujeres.

–No puedo evitar tener sentimientos. Es más, y esto es muy importante, no voy a evitarlo. Tengo sentimientos, Alex. Tener que abandonar la isla así fue muy brusco. Me estoy adaptando. Te dije que esto es algo muy personal para mí.

–Y yo te dije que no lo entendía del todo.

–Siento que no lo entiendas. Pero eso no va a cambiar lo que siento. Lo que tenemos es algo íntimo para mí. Nunca me he acostado con nadie más. Nunca. Alex, la relación que tengo contigo no se parece a ninguna otra que haya tenido. Quiero cuidarla. Quiero… hacerte pasteles de cumpleaños y ser tu esposa. No quiero fingirlo. Eso me recuerda que no me elegiste. Formo parte del plan.

–Ahí es donde te equivocas. Yo te elegí, te lo dije. Le gustas a todo el mundo. Hay algo en ti que atrae a la gente, y yo no tengo ni una pizca de eso. Soy brillante –concluyó él.

–Y muy modesto –observó ella.

–Sincero –la corrigió–. Soy brillante en ciertas cosas. Pero no puedo hacer lo mismo que tú. La forma en que haces sentir a la gente es… los caldeas desde dentro, Verity. Incluso me lo haces a

mí. Me preguntaste… me preguntaste por qué te contraté. Y te mentí.

–¿Mentiste? –Ella se quedó paralizada.

–Sí. Dije que fuiste el primer candidato. No es verdad. Ya había entrevistado a varias personas. Hombres, mujeres. Gente más cercana a mi edad, con intereses similares en tecnología. Nadie era como tú. Había algo en ti y, cuando entraste, supe que no podía dejarte marchar. Sabía que tenía que contratarte. Sabía que necesitaba tenerte sentada frente a mí todos los días, que eras la persona que me iba a enseñar lo que necesitaba saber. Y no podía ser cualquier persona. Por eso quise que te casaras conmigo. Porque sabía que afectarías a todos de la misma manera que lo haces conmigo. Porque nadie me afecta. Y eso significa que la junta te va a adorar. El público te va a adorar.

Era casi lo más dulce que nadie le había dicho nunca. Quizá, lo más dulce que él había dicho nunca. Aunque no era del todo tan dulce.

Ella había tocado algo en él, y él había descubierto inmediatamente cómo sacarle partido.

Verity se sintió invadida por una extraña especie de sentimentalismo, y también por una buena dosis de dolor. Porque era típico de Alex. Ella significaba algo para él, y por eso había encontrado la manera de hacerlo relevante para su negocio.

Quizás debería alegrarse de significar algo para él.

–Lo siento. Dejaré que te vistas.

–Sí, gracias.

Verity sacó del armario el vestido más vaporoso que encontró. Frunció el ceño al tocarlo. Esa era la ropa con la que él la veía. Porque la conocía de la oficina. Luchó contra una intensa ola de tristeza, contra la terrible impresión de que, en cierto modo, seguía siendo su asistente. Solo que, para bien o para mal, sería hasta que la muerte los separara y no Recursos Humanos.

Recordó, consternada, que aquello ni siquiera era permanente.

Realmente había perdido todo sentido de la realidad en aquella isla. Había perdido todo instinto de supervivencia, eso estaba claro. Estaba en una situación desesperada. Además, actuaba como si él

tuviera todo el control cuando, en realidad, ella podía decidir marcharse tan fácilmente como él podía decidir expulsarla de nuevo a la oscuridad.

Debería ser motivo de alegría. Pero no lo era.

Respiró hondo, salió por la puerta y se encontró cara a cara con él. Y, en ese momento, se dio cuenta de algo.

–Lo siento –se disculpó ella.

–¿Lo sientes?

–Sí. Estoy actuando… Estoy siendo… Está bien. La forma en que estoy actuando está bien, porque mis sentimientos están bien. Pero me doy cuenta de que me siento insegura por lo bien que nos conocemos y lo poco que nos conocemos. No conozco a mis padres, no como seres humanos. Los conozco como esas personas terribles que me hicieron tanto daño, pero no tengo ni idea de cómo se convirtieron en esas personas. Y tuve que levantar tantos muros para mantenerme a salvo, que creo que soy muy consciente de… los muros.

–No quiero hacerte daño, pero soy… yo. Y eso significa que el muro es inevitable. Sobre todo, ahora mismo. Porque esta es la parte comercial del acuerdo. Aunque te di la luna de miel…

Verity deseó que él no hiciera que sonara tanto a una renuncia.

–Es cierto. Lo hiciste.

Decidió dejarlo pasar, porque tenían que salir. Y sintió un momento de sol radiante cuando él le tomó la mano y la llevó al restaurante. No sabía por qué se sentía tan vulnerable al estar expuestos. Tenía que intentar resolverlo en lugar de simplemente desquitarse con él. No quería acabar en una situación en la que reprimiera sus sentimientos, pero en ese momento no hacía más que quejarse.

«Estás siendo una cobarde».

Verity decidió apartar ese pensamiento.

Disfrutó de una cena encantadora con su marido, y no se permitió preocuparse el resto de la noche.

Capítulo 15

Los titulares eran fantásticos, pero su esposa estaba irritable, y Alex no sabía muy bien qué hacer con ella. Así que, cuando viajaron a París al día siguiente, hizo algunas llamadas. Tendrían que hacer algunas cosas a la vista del público, pero él quería… quería darle algo. Algo que nunca le hubiera dado a nadie. Tampoco sería difícil, pues nunca le había dado nada a nadie antes. Esa era una de las cosas sorprendentes de Verity. Cuidarla era maravilloso.

Cuando estaban en la cama, le resultaba fácil elogiarla, decirle lo especial que era. Pero notaba que no era suficiente para ella. Se notaba que ella ansiaba algo más, y él quería encontrar la manera de dárselo. Quería darle todo. Solo que no sabía dónde comenzaba ni dónde terminaba todo en él.

–Quiero que vayas de compras –anunció él.

–¿Quieres que vaya de compras? –Ella lo miró desde la mesa del restaurante al pie de la Torre Eiffel–. ¿Para comprar algo que quede bien en las fotos?

–Algo que te quede bien a ti. No hay límite de gastos. Tengo que organizar algunas cosas y luego te recogeré en el hotel.

–Muy autoritario.

–Quizás, pero eres una buena chica –contestó él– y harás lo que yo te diga.

Verity se ruborizó de placer y él pensó que quizá había hecho lo correcto.

Ocuparse de los negocios fue una auténtica tortura, cuando en realidad lo que quería era estar con ella, que no dejaba de enviarle fotos desde los probadores. Verity le pedía su opinión y él se descubrió más interesado que nunca en el corte de las faldas fluidas.

Había pensado que preferiría los trajes que dejaban ver más piel, que eran más ajustados, el tipo de cosas que ella solía llevar a la oficina, o el impactante vestido rosa que había llevado a la cena aquella noche en Atenas. Pero se descubrió capaz de fantasear con telas vaporosas y ondulantes.

Y todo ese cabello rubio y salvaje.

–¿Señor Economides? –Fue su jefe de producción quien se dio cuenta de que estaba distraído.

–Lo siento, mi esposa me está enviando un mensaje. –Fue la frase más normal que había pronunciado en toda su vida.

Y le hizo sentir algo. El nacimiento de algo cálido en el centro de su pecho. Se llevó la mano allí e intentó ignorar el dolor ardiente que lo acompañaba. Intentó concentrarse en la reunión.

Pronto se reuniría con ella. Estaba contando, literalmente, los minutos.

Cuando por fin se liberó de sus obligaciones, corrió hacia la entrada del hotel, donde ella lo esperaba con un precioso vestido verde esmeralda de cintura baja cubierto de brillantes gemas. Llevaba un gran brazalete en la muñeca, y eso le recordó cómo quería agarrarla, sujetarla y abrazarla. Era sorprendentemente erótico, como cada detalle, incluidos los largos pendientes de lágrima que casi le rozaban los hombros. Era diferente a todo lo que le había visto antes, aunque le recordaba ligeramente al vestido de novia que ella había elegido. Tenía algo etéreo. Mágico.

–Vamos. –Alex tragó nerviosamente.

La llevó a la limusina que los condujo al otro lado de la ciudad, al Museo de Orsay. Lo había alquilado para toda la noche, solo para ellos dos.

–¿No está cerrado? –preguntó ella al acercarse al ornamentado edificio.

–Para todos excepto para nosotros. Esta noche, tú y yo disfrutaremos de una visita privada.

–¿Solo nosotros? –Una oleada de placer tiñó el rostro de Verity.

–Sí.

–¿No es para exhibirnos?

–No –contestó él–. Solo quiero ver tu rostro.

Era verdad. Quería darle algo. En ese museo, que contenía tantas hermosas obras de arte del mundo, parecía algo insignificante. Algo encantador que él podía hacer para los dos. Entraron bajo el maravilloso techo abovedado. El jardín de esculturas les dio la bienvenida.

Todavía estaba iluminado, pero ni siquiera había guardias de seguridad. Alex había pagado generosamente por ese privilegio, y para que estuvieran apagadas todas las cámaras de seguridad.

Esa noche, podría ser perfectamente su dormitorio privado, su propio mundo.

–¿Te gustan los museos? –preguntó ella, rodeando con expresión de asombro la primera escultura.

–Nunca me han gustado. ¿A ti?

–Sí –respondió Verity–. ¿Cómo sabías que me gustaría?

–Eres una de esas personas poco comunes que encuentran belleza en tantas cosas. Me has hablado a menudo de cómo solías pasear por el museo de arte de tu universidad. Siempre vas a la playa en tu día libre, aunque sea un viaje largo y te robe tiempo de tu preciado tiempo libre. Te gusta la belleza de las cosas. El traje que has elegido esta noche… lo refleja. Eres sensual y te encantan las cosas bonitas por el simple hecho de serlo. Por eso un museo es el lugar perfecto para ti.

–Repítemelo –le pidió ella–. Repíteme por qué me contrataste.

–Porque no podía dejarte marchar –contestó él. Había una emoción real y cruda detrás de sus palabras, aunque él mismo no fuera capaz de desentrañar cuál era.

Alex se paró con ella frente a la escultura de una joven sentada con un arpa al lado. Era tan real que parecía que en cualquier momento podría empezar a tocar. Pero solo era mármol. Como él. La idea le pareció tan divertida que casi se echó a reír.

Cuando estaba con ella, Alex parecía real. A veces, incluso pensaba que quizá lo fuera, cuando sentía su corazón latiendo junto al suyo. Pero solo era con ella. Lo había sido desde el principio.

Había querido aferrarse a ello desde el principio. Sería muy fácil confundirlo con su humanidad.

–¿Sabes? –observó–, solía decirme a mí mismo que solo me separaba la visita adecuada de tener unos padres de verdad. Y cada vez que una pareja venía a verme y se marchaba sin mí, sin volver a llamar, sin volver a buscarme, me decía que quizá esa vez había estado cerca. Quizá había estado a punto de tener una familia y me la habían arrebatado cruelmente. Y entonces, un día, yo tendría unos nueve años, me di cuenta de que nunca había estado cerca. Venían a visitar a un niño. No significaba que pensaran particularmente en mí, solo que querían un niño de mi edad. No me arrebataron nada, porque nada fue nunca mío. Porque todo eran formularios y papeleo y cosas así. No era real. Nunca fui yo. Lo dejé todo atrás, incluso el deseo de tener una familia.

–¿Alguna vez te enfadaste?

–Sí, pero me doy cuenta de que uno no hace nada para nacer en una familia. Simplemente naces. Uno no pide ser creado, Dios sabe que yo no lo pedí. Pero aquí estoy. Aquí estás tú. Tú no pediste tener a tus padres, igual que yo no pedí no tenerlos. Imagino que hay muchos niños terribles que odian a sus padres, los desprecian y no agradecen ni un solo momento que pasan con ellos. El nacimiento es una lotería, ¿no? Yo no merecía mi vida más de lo que tú te merecías la tuya. Así que, sí, solía estar muy enfadado por eso. Pero no tiene sentido. Es más fácil que no haya nada.

–Tú sí sentías –dijo ella–. Solías estar apegado.

–¿Qué? Nunca hubo nada.

–Sí lo hubo. Una mujer te dio a luz. Te llevó en su vientre durante nueve meses. Solo porque no la conocieras no significa que esa conexión no existiera.

–Ni siquiera sé si alguna vez me sostuvo en sus brazos. –Las palabras de Alex resonaron con fuerza en el silencio del museo.

–Lo hizo, aunque no fueran sus brazos.

–Igual que tu madre –contestó él.

–No puedo negarlo. –Verity asintió–. Y, ¿sabes qué?, no tienes por qué estarle agradecido. Yo no se lo estoy a mi madre. Pero sigue siendo una pérdida. Ese potencial. Es una conexión. Y creo que quizá sea aún peor porque lo es, aunque se rompiera en el momento en que te dio a luz.

–No –negó Alex–. Si alguna vez sentí alguna conexión, hace mucho que desapareció.

–Todavía la sientes. O habrías sido capaz de dejarme salir de tu vida el día que entré en ella.

–Verity… –Sus palabras fueron como una puñalada.

–Sigamos. –Ella lo tomó de la mano y fueron a otra sala. Las obras de Monet estaban colgadas sobre paredes oscuras, con una iluminación escasa para resaltarlas.

Una pintura en particular llamó la atención de Alex. Se suponía que era el Parlamento, pero estaba oscurecida. La forma era clara, pero había como una niebla a su alrededor. Y, una vez más, él no pudo evitar pensar en sí mismo: solo la silueta de un hombre, oscurecida por demasiadas cosas como para verla con claridad.

Quizás por eso no le gustaban los museos.

Había demasiadas oportunidades de verse a sí mismo. Si quisiera mirarse en un espejo, podría haberse quedado en el hotel.

Entraron en la sala de exposición de Van Gogh y Verity exhaló un suspiro reverencial, como si hubieran entrado en una iglesia.

Se acercó al cuadro *La noche estrellada*, con una pequeña sonrisa en los labios.

–Es tan bonito en persona, no tenía ni idea.

Alex observó las pinceladas y los colores, los claros y los oscuros, pero no sintió lo mismo que Verity. Sin embargo, cuando la miró… Ella cerró los ojos.

–¿Qué estás haciendo? –le preguntó él.

–Pedir un deseo –respondió ella–. Si pides un deseo a una estrella, podría hacerse realidad.

–Yo nunca hago eso.

–Inténtalo.

–Ya lo tengo todo. –Las palabras de Alex parecieron huecas hasta que ella se apoyó en su brazo, y en ese momento él tuvo la sensación de que podían ser ciertas.

Continuaron caminando por el museo, volviendo a la sala llena de esculturas.

–Tú podrías ser una de estas obras de arte. –Él la contempló–. Afrodita.

–Creo que me estás halagando. –Verity se sonrojó.

–¿Cuándo te he dado la impresión de que me gusta halagar a los demás? –Alex le sujetó la barbilla–. No me gusta. Nunca me ha gustado.

Era la verdad más profunda que tenía. Ella era hermosa. Pertenecía a ese lugar. Pertenecía… con alguien que realmente se preocupara por ella. Era preciosa, perfecta y encantadora. Y entre ellos había un muro que él no sabía cómo escalar. Una niebla, una gran bruma. O tal vez él simplemente estaba esculpido en mármol. Esa era la verdad. Era fácil decir que ella pertenecía al museo por su belleza, pero era él quien estaba paralizado.

Podrían encerrarlo allí para siempre y seguiría igual.

Alex sentía una desgarradora desesperación por hacer desaparecer esos pensamientos. Por sentir algo. Cualquier cosa. Como lo que solo podía sentir cuando la tocaba.

–Preciosa –repitió, y le besó el cuello. Ella se estremeció–. Estamos solos aquí.

–Lo sé –susurró ella.

–No hay cámaras. No hay guardias.

–No podemos.

–Sí podemos.

Él empezaba a darse cuenta de algo. Y no quería darse cuenta. Lo que quería era tomarla. Al menos una última vez.

–Déjame –susurró.

Le bajó lentamente la cremallera del vestido y dejó que cayera al suelo. Y ella se convirtió realmente en una de esas gloriosas obras de arte, allí de pie, con su melena rubia suelta sobre los hombros, sus pechos turgentes y magníficos, su cintura estrecha y sus caderas redondeadas. Esa pálida mata de rizos entre sus piernas era una gloriosa tentación.

Era lo más cerca que estaría jamás de sentirse real. Gracias a ella.

Lo había sabido desde el momento en que la conoció: ella tenía el poder de llegar a él. Pero él no tenía el poder de poseerla. Podría retenerla. Físicamente. Pero nunca sería capaz de…

Alex no quería pensar. Por primera vez en su vida, quería sentir. Nada más.

–Oh, Verity. –Se acercó a ella y la besó en los labios.

Él la tomó en brazos y la acostó en uno de los bancos de piedra, y ella dejó caer la cabeza hacia atrás mientras miraba hacia arriba. Se parecía mucho a una de esas estatuas. Pero ella era real. Estaba allí. Él podía tocarla. Saborearla. Podía tenerla. Eran de carne y hueso… de momento.

Daba igual que se viera a sí mismo oscurecido en todas esas obras de arte. Daba igual que fuera de esas paredes no fuera más que mármol frío. En ese momento, con ella, era vida. Respiraba.

En ese momento podía tenerla. En ese momento.

Alex empezó a desvestirse, dejando su ropa esparcida por el suelo junto a la de ella.

–Pareces tallado en piedra. –Verity lo miró, con una sonrisa en los labios.

Él le agarró la mano y la puso sobre su estómago, deslizándola hacia su pecho.

–Pero no lo estás –susurró ella cerrando los ojos–. Siento los latidos de tu corazón. Tan rápidos.

–Solo para ti –contestó él.

Nunca antes había sido consciente de los latidos de su corazón. Solo con ella.

Alex la besó para ahogar sus pensamientos. Pero aún oía los latidos furiosos de su corazón.

Le besó el cuello, bajando hasta los pechos. Y derramó todo su deseo sobre ella. Le dijo lo hermosa que era. Porque nunca se cansaba de alabarla.

En ese momento, comprendió lo que era tener a alguien. Por primera vez.

Tener a alguien y querer conservarla para siempre.

Nadie lo había querido nunca de esa manera. Nadie lo había retenido nunca. Tal vez porque no podían. Y tal vez, si no podía, lo más amable era dejar marchar a la otra persona.

Verity había vivido atrapada en una casa llena de gente que solo se preocupaba por ellos y no por ella. Y ahí estaba, libre, hermosa y suya, pero ¿qué precio tendría que pagar? La había visto infeliz

desde el momento en que llegaron allí. Obviamente, le recordaba a vivir con sus padres. ¿Sería él capaz de ser diferente?

Nunca había deseado algo para otra persona más de lo que lo deseaba para sí mismo, pero de repente sentía un profundo deseo por ella. Por que fuera feliz. Incluso si tenía que alejarla de él.

Su primer impulso había sido retenerla para siempre. Contratarla, mantenerla a su lado.

Había sido así desde el principio. Ella nunca había sido solo una empleada para él. No. Ella había sido especial desde el principio. Y él estaba… roto, aunque lo ocultaba gracias a todo el dinero que había ganado. Gracias a todo el éxito que había tenido.

Pero ¿su cuenta bancaria qué importaba? No significaba nada. Cualquiera podía tener dinero. Cualquiera podía perderlo. Cualquiera podía nacer en una familia o tener un hijo. Pero la conexión, el amor, era lo único que no estaba garantizado para todos. Lo único que no se podía crear, manipular ni comprar.

Y él no tenía nada de eso. Si hubiera sido posible, su dinero habría bastado.

Pero no lo era. Y él tampoco.

Alex era demasiado débil para dejarla marchar antes de volver a poseerla, allí, rodeado de tanta belleza.

La tomó, se despidió de ella, la besó y luchó contra la sensación de desmoronamiento en su pecho. Porque no tenía sentido. Debía conservar el muro porque lo mantenía a salvo y no sabía cómo desprenderse de él. Y en algún lugar de su interior, sus pensamientos se confundieron, porque, si tenía que aferrarse al muro, ¿entonces era inevitable? ¿Podía derribarlo, podía…? No. No.

Ella se arqueó contra él, y él se entregó al sentirla disfrutar. Alex también disfrutó. Se aferró a ella hasta que el último resto de placer se le escapó.

Verity se incorporó y le tocó la cara. Él cerró los ojos.

–Vistámonos.

Ella parecía preocupada, y Alex sabía por qué. Ya empezaba a poner distancia entre ambos.

Verity se vistió y salieron del museo, donde los esperaba el coche.

–Eso ha sido, literalmente, lo más loco que he hecho nunca, o que he pensado hacer. Ha sido…

–No puedo hablar de ello –la interrumpió él.

–Ha sido… ha estado bien, ¿no? –Ella frunció el ceño.

Se refería al sexo. Algo se hacía añicos dentro de él. La ira se apoderó de él, y sabía que no era justo. Nada de eso era justo. Envió un mensaje de texto con instrucciones al conductor.

–¿A dónde vamos?

–Al aeropuerto.

–¿Por qué?

–Vas a volver a Atenas.

–¿Yo?

–Sí, Verity. Vas a volver a Atenas. Porque esto… no podemos seguir así. Lo siento. Te he manipulado y te he estado utilizando. No puedo seguir haciéndolo. Esto es… el equivalente de un hombre roto que intenta ser un niño real, y no lo estoy consiguiendo. Te estoy haciendo daño.

–No lo entiendo. Acabamos de pasar una velada maravillosa. Acabamos de… acabamos de tener sexo en un banco de un museo. ¿Y ahora me dices que me vas a alejar de ti?

–Has sido infeliz desde que volvimos de nuestra luna de miel.

–No he sido infeliz desde que volvimos de la luna de miel –ella se quedó paralizada por un momento–, he estado muy nerviosa. Porque… era tan fácil cuando estábamos en ese pequeño capullo. Y, de repente, regresamos y me di cuenta de que mis sentimientos habían cambiado. Era fácil decirme a mí misma que era la luna de miel, pero volvimos a la realidad y esos sentimientos se vinieron conmigo. Lo siento. Debería habértelo dicho. Te amo, Alex.

–No me amas. –Las palabras de Verity lo golpearon como una bofetada.

Esas palabras que nunca antes le habían dicho, pronunciadas con tanta facilidad en el silencio de un coche, le parecieron grotescas. Una farsa. Tenían que serlo. Porque no podía ser tan fácil.

Que alguien lo quisiera, después de tantos años. Nadie lo había hecho nunca. Nadie.

–Sí. Te amo y…

–Hace dos meses amabas a Stavros.

–No es cierto. Ya te lo he explicado. Él era una distracción. Porque en el momento en que entré en tu oficina me sentí atraída por ti. ¿Por qué crees que acepté el trabajo? ¿Por qué crees que me esforcé por ser tu mejor asistente? ¿Por qué crees que acepté casarme contigo?

–Te manipulé. Manipulé la situación para que no pudieras negarte. Me dejaste claro que lo hice.

–Como me gusta decirte cuando intento comportarme como una mocosa: tengo capacidad de decisión. Y, sí, también me gusta evitar situaciones desagradables y, definitivamente, no defendí mis intereses cuando debí o pude hacerlo. Pero habría elegido casarme contigo de todos modos. Te merecías que te regañaran por la forma en que lo hiciste, pero yo habría aceptado porque… porque te amo. Yo misma me impuse todas esas reglas. No involucrarme con un hombre intenso. No querer a un hombre que pudiera hacerme daño. Y sabía que tú eras ese hombre. Desde el momento en que te conocí, supe que lo eras. Pero no porque hubiera algo malo en ti. Era porque yo tenía miedo.

–Esto no es lo que yo quería.

–Entonces, ¿qué querías? Dijiste que querías probarlo. ¿Cómo pensabas que sería el matrimonio? ¿De verdad querías que nunca sintiera nada por ti? ¿Pensabas que esa era la clave de la felicidad?

–No. Solo quería mantenerte atrapada, que fueras mía. Pero tienes razón, no tiene nada que ver contigo. –La mentira salió de su boca, porque sabía que eso lo mantendría a salvo. Porque sabía que era exactamente lo que necesitaba para alejarla. Para mantener el muro protegido.

–Lo que quería era que fueras esa versión perfecta de ti misma que eres cuando complaces a todo el mundo. Lo que quería era tu trauma, Verity, porque me ayuda a ocultar el mío. No tiene nada que ver contigo. Y no está bien que te mantenga conmigo.

Alex supo que lo había conseguido. Le había clavado un cuchillo verbal en pleno corazón.

–De acuerdo. –Ella respiró hondo–. No voy a rebajarme para que me rechaces otra vez. Pero tampoco te lo voy a poner fácil. Porque,

si es verdad, entonces eres todo lo que has dicho. Un mentiroso, frío, despiadado. Pero yo no creo que lo seas. Creo que eres un cobarde. ¿Sabes cómo lo sé? Porque dijiste que no sentías nada cuando te preparé esa cena, cuando te hice un pastel de cumpleaños, pero yo creo que sí sentías algo. Por la forma en que merodeabas por la cocina como un perro hambriento buscando sobras. Lo deseas tanto que te da miedo. Tienes miedo de admitirlo. Todas las historias que me has contado sobre el niño que fuiste no me hacen pensar en un hombre sin sentimientos. Sigues siendo ese niño aterrorizado esperando a que alguien te quiera, y, ahora que está sucediendo, no sabes qué hacer. Peor aún, creo que me amas. Creo que te da miedo.

–No –aseguró él–. Porque no sé cómo amar, nunca lo he sabido.

–Creo que simplemente no sabes lo que es. Esa sensación terrible, horrible, que te devora por dentro, eso es el amor. Es incómodo. Te empuja, te desafía. El amor no te pide que te sientes cómodamente, te pide que hagas cosas. Que te sacrifiques. No es una sensación cálida y difusa que te hace sentir euforia. Puede serlo, y lo ha sido cuando estamos juntos y me dices que te complazco. Cuando soy perfecta para ti y tú lo eres para mí, y estamos desnudos, pero eso es la luna de miel. Luego hay que llevarlo al mundo real, y ahí es cuando se pone difícil. Tenemos que enfrentarnos a las cosas de nosotros mismos que no están completas. Eso es difícil. Vas a tener que cambiar. Eso es difícil. Pero eso no significa que esto esté mal, que no debamos tenerlo.

Verity respiró hondo y continuó.

–Lo aprendí amándote. Sé que puedes sentir algo –insistió–. Solo tienes que arriesgar tus sentimientos. Creo que los tienes, más que la mayoría de la gente, no menos. Solo tienes que ser lo suficientemente valiente como para permitirte tenerlos. –Golpeó la mampara que los separaba del conductor–. Pare el coche.

–¿Verity? ¿Qué estás haciendo?

–Me voy a bajar. No voy a volver a Atenas. No voy a volver a trabajar contigo, no voy a… lo que creas que está pasando…

–No vas a bajarte aquí, en medio de la ciudad.

–Sí, lo haré. Me da igual si estás enfadado conmigo. –Ella respiró hondo–. Te mereces sentirte molesto. Tendrás que averiguar por qué. Y no te lo pondré fácil. Te obligaré a hacer el trabajo duro. Porque me lo merezco. ¿No lo entiendes? Esto, lo que tenemos, es real. No solo nos cuidábamos a nosotros mismos, cuidábamos el uno al otro. Y podría ser lo más maravilloso… Podría serlo todo. Si lo permitieras.

Verity se bajó del coche, tambaleándose hacia la calle. Él se desabrochó el cinturón y la siguió.

–Has perdido la cabeza.

–¿A quién le importa? –le gritó ella mientras se alejaba.

–Y estás montando una escena.

–Me da igual. Puedes quedarte con tu dinero. Puedes quedarte con todo. Siempre he tenido una opción, y me elijo a mí. Mi autoestima, como mínimo. Y elijo valorar lo que siento. No voy a aplastarlo, exprimirlo, retorcerlo para convertirlo en algo que te haga sentir mejor. Tengo mis ahorros, y conseguiré otro trabajo. Ya me alejé de una situación que no me convenía y salí adelante. Voy a seguir haciéndolo. De verdad deseo… deseo que algún día te permitas ser feliz, Alex. Aunque no sea conmigo. –Verity echó a andar, pero se detuvo–. Solo asegúrate de comer ensalada de vez en cuando, por favor. –Se secó una lágrima de la mejilla, y siguió caminando.

Alex quiso ir tras ella, pero algo lo detuvo.

Lo mismo que le había hecho enviarla a casa en primer lugar. Y se quedó allí parado.

Sí. Era multimillonario. Con muchísimo poder. Paralizado por una mujer. Esa mujer.

Y no creía que volviera a ser el mismo.

Capítulo 16

Para cuando se registró en el pequeño hotel, muy inferior al que había compartido con Alex, Verity se sentía abatida y derrotada.

Todo el día había sido una montaña rusa emocional, y el final había sido… todo lo que temía.

Esa declaración de amor. ¿De qué había servido decirlo?

–Alex, idiota. –Se secó las lágrimas que no dejaban de correr por sus mejillas.

La había llevado a la cita más romántica. Le había hecho el amor, y había sido glorioso. La había hecho creer en algo imposible, hermoso y glorioso. Y luego había vuelto a esconderse.

Gritarle había sido una evolución de su carácter. Tampoco había sentido la necesidad de apaciguarlo. Qué curioso. La ira de él no la asustaba. La suya tampoco, al menos ya no.

Sin embargo, le parecía una victoria vacía. Quizás no sentiría que había cambiado realmente hasta que gritara a sus padres de esa manera. Pensó en llamarlos y gritarles, descargar toda la rabia acumulada durante años. Pero la idea no le producía ningún tipo de satisfacción.

Básicamente, porque no era lo que ella quería. No se había enfadado con Alex para satisfacer algo, lo había hecho porque estaba desesperada por llegar a él. Había tenido un propósito. Pero hablar con sus padres no tenía sentido. Ellos no cambiarían, pero ella sí. Y seguiría cambiando, incluso sin Alex. Aunque…

Su vida sería menos sin él. Lo había amado desde el primer momento. Y algún día, tal vez, celebraría el riesgo que había corrido, el haber dado pasos para conocerse a sí misma en lugar de solo protegerse. Él le había enseñado mucho sobre su propia valentía,

sobre sus deseos. Sobre lo que le importaba y lo que, al final, no era negociable. Así que tal vez debería sentirse feliz… algún día. Aún no. De momento, se sentiría miserable, comería pasteles y se lamentaría. Se enfrentaría a sus sentimientos, los sentiría. Porque no se estaba escondiendo de nadie. Ni de él ni de sí misma.

Ambos habían pasado toda su vida temiendo la incomodidad. Ella había puesto buena cara e intentado que todo a su alrededor fuera más agradable, más cómodo. Él fingía no sentir nada. Y Verity comprendió que toda la vida así había creado una vida insípida, sin autenticidad.

Alex la había contratado para que fuera su conciencia. Y ella debía mantenerse firme incluso en ese momento. Porque permitir que él siguiera mintiéndose a sí mismo, permitir que ella viviera una mentira, iría en contra de todo lo correcto.

Se tumbó en la cama e intentó dormir. Pero la cama estaba demasiado vacía sin él. De modo que se acercó a la ventana y miró hacia la ciudad que se extendía a sus pies. La ciudad del amor.

Y allí lo había arriesgado todo por amor. Había tenido sexo increíble en un museo. Muy parisino.

Alex regresó a su habitación de hotel en París y no salió durante dos días. Finalmente, recibió una llamada del presidente de la junta directiva diciéndole que tenía que volver a mostrarse.

–No tengo ganas. Ahora no. Mi esposa y yo nos estamos separando.

–No puedes separarte de tu esposa ahora –balbuceó el hombre, indignado.

–Lástima, porque lo voy a hacer. Ella me ha dejado.

–Tienes que recuperarla. Tienes que pagarle para que vuelva.

–Eso no arreglará nada.

–Arreglará la imagen de la empresa. Tu relación con Verity Carmichael es lo mejor que te ha pasado nunca.

Las palabras resonaron en el interior de Alex. Porque estaba de acuerdo. En todos los sentidos.

Verity había sido lo mejor que le había pasado nunca y, al final, había tenido que apartarla. Porque solo con mirarla… se sentía enfermo de arrepentimiento. De impotencia.

Le recordaba a cuando era niño, pasando de casa en casa. Observado por los posibles padres, que nunca se lo llevaban con ellos. Había jurado que nunca volvería a sentirse así. Y ella le había obligado a hacerlo. Ella le había hecho eso. Ella…

Ella había cambiado algo en su interior. Le había hecho perder el control de sí mismo. Toda su vida había pensado que no era capaz de conectar con nadie, y ella le había mostrado cómo podía ser. Solo por un momento. Y de repente ella actuaba como si él hubiera elegido… quedarse solo.

Pero él no había elegido eso. Jamás.

«Por primera vez en tu vida, alguien se acerca a ti, te dice que quiere estar contigo, ¿y qué haces?».

–Señor Economides. –El presidente habló con voz conciliadora, devolviéndolo al presente.

–Lo que pasa entre Verity y yo no tiene nada que ver con los negocios. Es mi vida –dijo él.

Su vida. Su vida era ella. Los negocios ya no eran su vida. No le importaba lo que pasara con el lanzamiento del producto. Sería un éxito, aunque saliera a la calle y le robara el helado a un niño. Quizás no tendría tanto éxito, quizás no sería tan popular, pero tampoco importaba. No realmente. Sí, podría hacer más. La empresa podría ser más grande, más esencial. Ese había sido su plan, su legado. Pero ya no significaba nada. No tenía ningún sentido. Verity…

Ella lo era todo. Lo significaba todo.

«Podías pedirle un deseo a esa estrella…».

Si fuera tan sencillo, si pudiera pedirle un deseo a una estrella y que todo se arreglara, lo haría.

Ella decía que, aunque fuera difícil, merecía la pena…

Pero estaba lo difícil y estaba lo imposible. Recordó la fiesta de cumpleaños. Pensó en la Navidad. La Navidad no significaba nada.

Tenía la imagen de un árbol y una casa que no era la suya, niños abriendo regalos. Ninguno para él, sino para los verdaderos

miembros de la familia. Una familia de la que él nunca formaría parte.

Excepto que la Navidad sí significaba algo. Él siempre había esperado que alguien lo adoptara y, cada vez que iban a verlo, le quitaban algo. Su esperanza. Solo era un niño pequeño, y no había pedido nada de eso. No había nacido con una madre que lo cuidara, pero sí con esperanza.

Y, muy poco a poco, el mundo se la había quitado. Así que tuvo que dejar de esperar, de que le importara. Tuvo que dejar de creer que podría encontrar a alguien que lo cuidara. Había tomado el control y lo había convertido en una elección.

Había construido un muro tan grueso, alto y fuerte que era él quien mantenía alejados a los demás.

Pensó en Verity, decorando ese ridículo pastel. Ese «Feliz cumpleaños» garabateado encima. Nadie le había hecho nunca un pastel de cumpleaños. Ni le había dicho nunca que lo querían.

El presidente del consejo de administración seguía hablando, pero él no lo oía. Colgó el teléfono, que volvió a sonar de inmediato. No contestó. No le importaba.

Porque dentro de él se estaba desmoronando, el muro agrietándose por la mitad.

–Importa –dijo–. Importa.

La vio. Mirándolo desde el otro lado del escritorio, comiendo su ensalada y riéndose de él. Hablándole de su día, de cada detalle. Verity, desnuda en la villa. Cómo la había visto herida tras el encuentro con sus padres. Ella cocinando para él, riendo con él. Y, por último, el museo.

Verity, desnuda debajo de él. Alex estaba convencido de que el sexo con ella era una especie de extraña magia que evocaba un sentimiento que solo existía en ese momento.

Pero era el único lugar donde se perdía lo suficiente como para sentirlo. Era la verdad. Todo lo demás era mentira. Tenía que encontrarla. Tenía que encontrarla y dárselo todo.

Cerró los ojos, y una sensación tan grande que casi lo derribó se expandió en su pecho.

Esperanza.

Capítulo 17

Verity decidió dejar de lamentarse y salir a comer. Y así fue cómo se encontró vagando triste por la calle, a las once de la mañana en París.

–Verity. –Ella se detuvo y se irguió, la piel de gallina–. Grillo.

Se volvió y allí estaba Alex. Bueno, una versión de Alex. Ese hombre no era elegante ni impenetrable. Sus ojos no eran dos pozos oscuros. Estaba ardiendo.

Corrió hacia ella, como si no estuvieran en público, como si no hubiera gente mirándolo. Ese hombre nunca podría confundirse con un robot o una IA. Y ella nunca lo había hecho.

–Alex…

–Tenías razón –dijo él con la voz quebrada–. Mi hermosa Grillo, tenías razón. –Le tomó el rostro entre las manos y la besó–. Lo sabías. Todo este tiempo. Sabías que yo podía sentir, que lo estaba ocultando. Estoy… tan increíblemente dañado por las cosas que me han pasado. No quiero que eso sea cierto. Quiero creer que soy más fuerte que eso. Quería creer que podía hacerme un nombre con este negocio y que fuera lo único que realmente importara. –Respiró hondo, la voz quebrada–. Pero el dinero no lo arregla todo, y protegerte tampoco. Levanta un muro frente a todo ese dolor, pero no lo hace desaparecer. Tú… tú me hiciste derribarlo. Prefiero sufrir. Prefiero desangrarme en la calle y tenerte en los últimos momentos de mi vida que vivir para siempre protegido pero sin ti –susurró–. Sí me importaba la Navidad. Sí me importaba mi cumpleaños. Quería que esa gente me adoptara, que mi vida fuera mejor, que alguien me quisiera. Tardé treinta y cuatro años. Tú lo hiciste. Me quisiste, y yo no supe qué hacer con ello.

–Claro –contestó ella, abrazándolo con fuerza, las lágrimas ya cayendo–. Por supuesto.

–Intenté fingir que tenía el control. Que no me importaba.

–Nunca fue problema tuyo, Alex. Siempre fue un defecto del mundo. Y sé que es difícil creerlo, pero tú siempre has importado. Siempre. No es tu éxito lo que lo hace cierto. Eres tú.

–En el museo, me entró el pánico. –Él agachó la cabeza–. Me vi a mí mismo en la estatua, duro y frío. En ese cuadro brumoso, neblinoso e inalcanzable. Y no fui capaz de pedir un deseo a una estrella. Porque desear es esperar. Y hace mucho tiempo que dejé atrás la esperanza. Pero la necesito o, si no, más vale que ni siquiera esté aquí. No me di cuenta de lo importante que era. No me di cuenta de lo que me estaba perdiendo hasta que entraste en mi vida y, por algún milagro, superaste el muro. Te infiltraste. Llegaste a partes de mí que nadie ni nada había alcanzado jamás. Que ni siquiera yo podía alcanzar.

–Tú hiciste lo mismo por mí, Alex. –Verity le levantó la cara para que él la mirara a los ojos–. Me enseñaste quién soy y qué quiero. Y me hiciste sentir lo suficientemente fuerte como para pedirlo. Incluso exigirlo, aunque me doliera.

–Lo siento mucho –dijo él–. Mi chica perfecta. No volveré a hacerte daño. Quiero que estemos juntos. Le dije al presidente de la junta que no me importaba el lanzamiento del producto. Y no me importa. Contaré toda la historia, la verdadera historia, al mundo entero.

–No hace falta –contestó ella–. No necesito que demuestres nada. Estás aquí. Es prueba suficiente.

–Te amo –susurró él–. Nunca se lo había dicho a nadie ni a nada. Te amo, Verity.

–Lo sé. –Ella cerró los ojos, empapándose de las palabras–. Me alegro mucho de que lo hayas dicho. Pero ya lo sabía, porque, aunque tú no, me lo estabas demostrando. Hasta que te asustaste.

–Lo siento.

–Tenía que pasar. Igual que tuve que gritarte después de la boda. A veces pienso… que hay que sentir estas cosas. No se pueden

reprimir. No para siempre. A veces tendremos que sentir cosas difíciles. Pero nos tenemos el uno al otro.

–Sí. –Alex asintió–. Y nosotros… somos una familia.

–Sí, Alex. –Verity tenía los ojos llenos de lágrimas–. Lo somos.

–¿A dónde ibas? –preguntó él, tomándole la mano.

–A comer algo.

–He echado de menos comer contigo.

–Yo también. ¿Una ensalada?

–Pensándolo bien –Alex echó la cabeza hacia atrás y rio–, ¿por qué no nos saltamos el plato principal y pasamos directamente al postre?

Epílogo

Si algo aprendió Alex durante los siguientes diez años fue que el amor era un recurso infinitamente renovable. El amor que sentía por Verity aumentaba día a día, y cuando ella quedó embarazada de su primer hijo, ese amor se expandió. Cambiaba de forma a medida que aprendía nuevas cosas de ella.

Cuando ella dio a luz a su primer hijo, fue como descubrir el amor de nuevo.

Y lo mismo ocurrió con el segundo y el tercero.

De regreso a la villa sobre el agua para celebrar su aniversario, tuvo que admitir que ya no era un refugio de sexo e intimidad. Los gritos de sus hijos llenaban el aire mientras se salpicaban unos a otros en las olas bajo la luna llena, con el cielo cuajado de estrellas.

–Ya no es exactamente una isla privada –observó Verity, leyéndole el pensamiento.

–No, es una isla familiar. –Alex se volvió hacia ella y sonrió–. Creo que esto es mejor. Ya he tenido suficiente aislamiento.

–Estoy de acuerdo. –Ella apoyó la cabeza en su hombro–. Mira las estrellas. Podrías pedir un deseo.

–Pequeña Grill. –Él le besó la cabeza–. ¿No sabes que ya tengo todo lo que podría desear?

Si te ha gustado este libro...

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.

